

GANADORA DEL WORLD FANTASY AWARD 2018

FONDA LEE CIUDAD DE JADE

Traducción de Antonio Rivas



LA FAMILIA ES DEBER
LA MAGIA ES PODER
EL HONOR LO ES TODO

se

El jade es el alma de la isla de Kekon. Durante siglos, los kekoneses lo han extraído de las entrañas de la tierra, han comerciado con él, lo han robado y han matado por él. Honorables guerreros huesos verdes como la familia Kaul lo han empleado para aumentar sus habilidades mágicas y defender la isla de las invasiones extranjeras.

Ahora la guerra ha terminado y una nueva generación de la familia Kaul compite por el control de la floreciente capital de Kekon. Solo les preocupa proteger a los suyos, monopolizar el mercado de jade y defender los distritos que se hallan bajo su protección. En estos tiempos de cambio no hay lugar para las antiguas tradiciones.

Cuando aparece en las calles una nueva y poderosa droga que permite a cualquiera (incluso a los extranjeros) usar el jade, la creciente tensión entre la familia Kaul y sus rivales, la familia Ayt, estalla y transforma la ciudad en un campo de batalla. El resultado de esta guerra de clanes decidirá el destino de todos los huesos verdes y el futuro de la propia Kekon.

OceanofPDF.com



Fonda Lee

Ciudad de jade

Saga de los huesos verdes - 1

ePub r1.0

Titivillus 01-02-2021

OceanofPDF.com

Título original: *Jade City*
Fonda Lee, 2017
Traducción: Antonio Rivas

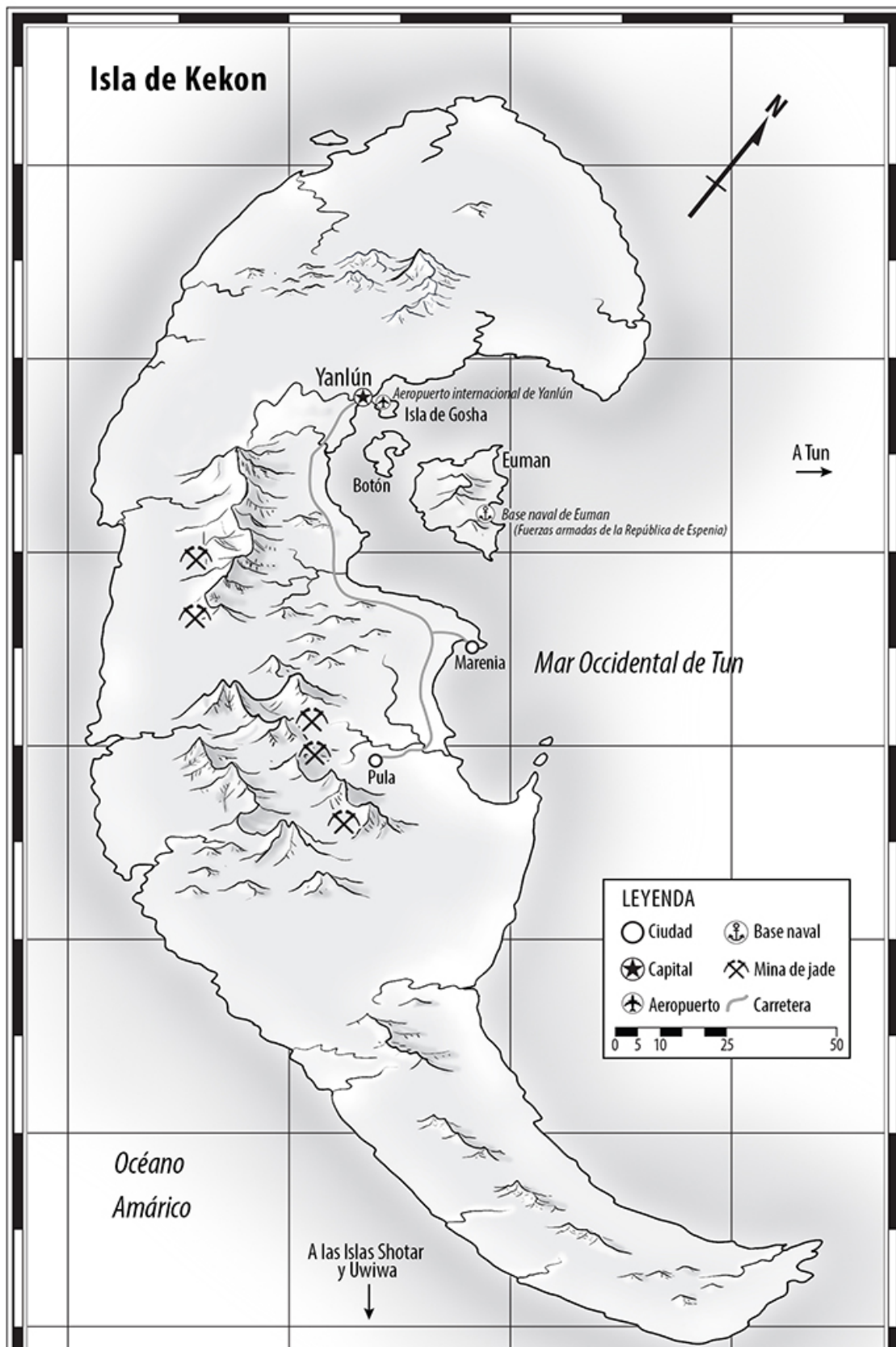
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



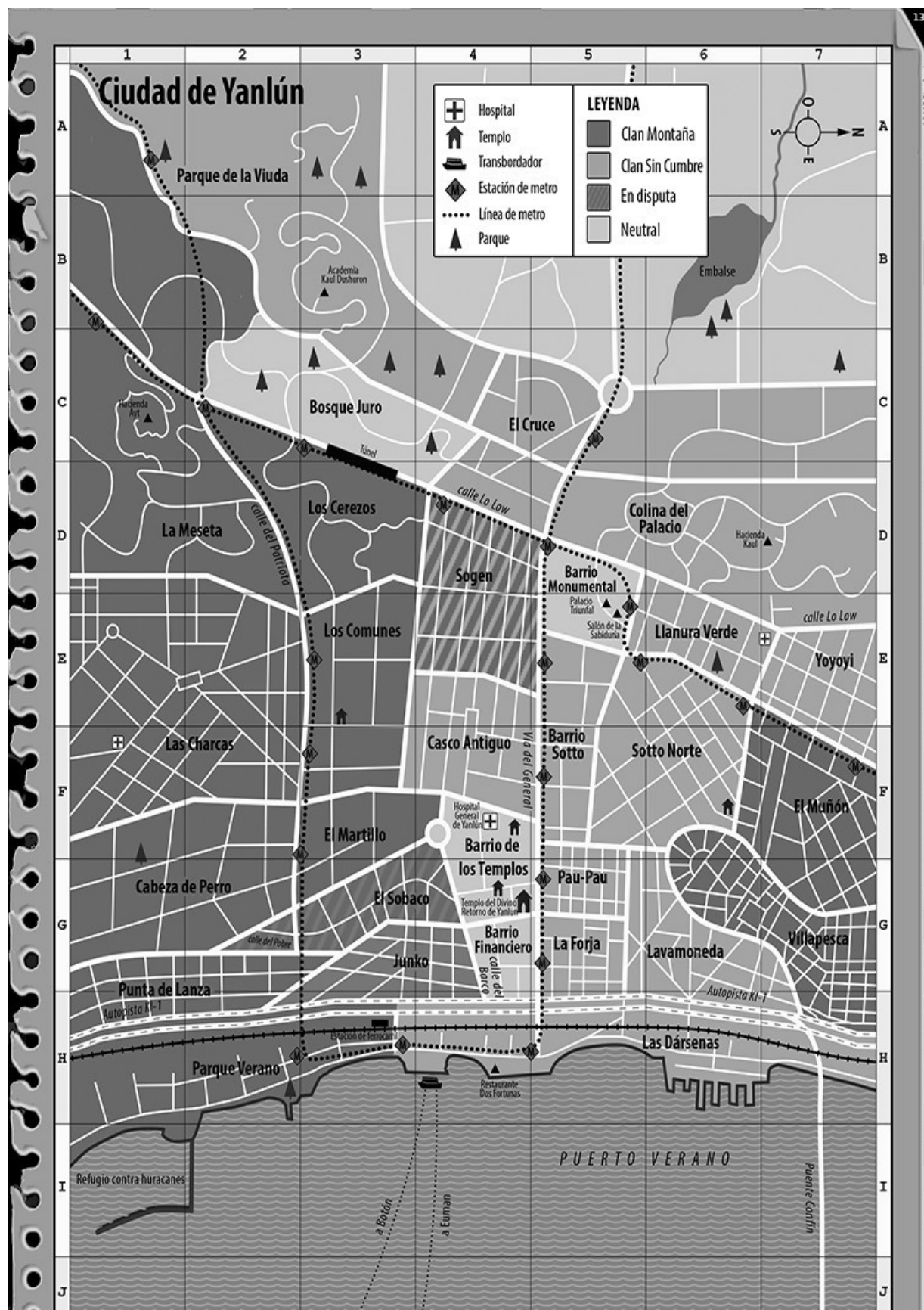
OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

A mi hermano.







CAPÍTULO 1

El Dos Fortunas

LOS dos aspirantes a ladrones de jade sudaban en la cocina del restaurante Dos Fortunas. Las ventanas del comedor estaban abiertas, y la tarde había caído acompañada de una brisa marina que refrescaba a los clientes, pero en la cocina solo había dos ventiladores de techo que llevaban todo el día girando con muy poco efecto. Apenas acababa de empezar el verano y la atmósfera de la ciudad de Yanlún ya era cargante y olorosa como un amante agotado.

Bero y Sampa tenían dieciséis años y, después de planearlo durante tres semanas, habían decidido que su vida cambiaría aquella noche. Bero llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca de camarero que se le pegaba incómodamente a la espalda. Tenía el rostro cetrino, tenso, y los labios agrietados. Concentrado en sus pensamientos, llevó al fregadero la bandeja cargada de vasos sucios, la dejó, se secó las manos con un trapo y se inclinó hacia su compinche, que estaba enjuagando la vajilla con la manguera rociadora y colocándola en los escurrerplatos.

—Ahora está solo —dijo Bero en voz baja.

Sampa levantó la mirada. Era un adolescente abukei; piel cobriza, pelo espeso y mejillas algo regordetas que le daban aire de querubín. Parpadeó rápidamente y volvió la atención al fregadero.

—Acabo el turno en cinco minutos.

—Tenemos que hacerlo ahora, keke —dijo Bero—. Dámelo.

Sampa se secó una mano en la pechera de la camisa, se sacó un sobrecito del bolsillo y lo depositó con rapidez en la palma de Bero. Este ocultó la mano tras el delantal, cogió la bandeja vacía y salió de la cocina.

En la barra pidió al camarero un ron con chile y lima con hielo: la bebida favorita de Shon Judonrhu. Salió con él y después, de espaldas al comedor, dejó la bandeja y se inclinó sobre una mesa desocupada, junto a la pared. Mientras fingía limpiarla con un trapo, vació el contenido del sobre en el vaso. El polvo burbujeó y se disolvió rápidamente en el líquido ambarino.

Se irguió y se dirigió a la mesa de la esquina de la barra. Shon Ju estaba sentado a solas, inmóvil, con el corpachón empotrado en una sillita. Un rato antes estaba en compañía de Maik Kehn, pero, para alivio de Bero, este se había ido con su hermano a otra mesa del otro extremo de la sala. Bero puso el vaso delante de Shon.

—Cortesía de la casa, Shon-jen.

Shon cogió el vaso y asintió distraídamente sin alzar la vista. Era un asiduo del Dos Fortunas y bebía como un cosaco. Las luces del comedor le teñían de rosa la calva de la coronilla. Sin que pudiera resistirlo, la mirada de Bero se vio arrastrada más abajo, hasta los tres pendientes verdes de la oreja izquierda.

Bero se marchó antes de que lo pillasen mirando. Era ridículo que aquel borracho corpulento y avejentado fuera un huesos verdes. Ciertamente era que Shon cargaba con muy poco jade; pero resultaba tan poco impresionante que más tarde o más temprano se lo quitarían, quizá a la vez que la vida. «¿Y por qué no yo?», pensó. Por qué no, desde luego. Quizá no fuera más que el bastardo de un obrero del puerto, que nunca recibiría formación marcial en la escuela del templo Wie Lon ni en la academia Kaul Dushuron, pero al menos era un kekonés de pura cepa. Le sobraban redaños y audacia; tenía lo que hacía falta para ser alguien. El jade podía convertirlo en alguien.

Pasó frente a los hermanos Maik, sentados en una mesa fija con otro joven, y refrenó un poco el paso, lo justo para verlos mejor. Maik Kehn y Maik Tar; esos sí que eran auténticos huesos verdes. Tipos nervudos, con

los dedos cargados de anillos de jade y cuchillos garra de combate al cinto, con la empuñadura incrustada de jade. Iban bien vestidos: camisa oscura con cuello, chaqueta de cuero a medida, zapatos negros relucientes y gorra de visera. Los Maik eran miembros famosos del clan Sin Cumbre, que controlaba la mayoría de los barrios de aquella parte de la ciudad. Uno de ellos miró hacia Bero.

El joven giró con rapidez y se puso a recoger platos. Lo último que quería era que los hermanos Maik se fijasen en él aquella noche. Resistió el impulso de bajar la mano y acomodarse la pistola de pequeño calibre que llevaba en el bolsillo del pantalón, oculta por el delantal. Paciencia. Después de aquel turno ya no tendría que volver a ponerse el uniforme de camarero. Ya no tendría que volver a servir a nadie.

Cuando regresó a la cocina, Sampa había terminado y estaba fichando la salida. Miró interrogativamente a Bero, que asintió: estaba hecho. Los dientes superiores de Sampa, pequeños y blancos, quedaron a la vista cuando se mordió el labio inferior.

—¿De verdad crees que lo conseguiremos? —dijo en voz baja.

Bero acercó la cara a la del otro joven.

—Tranquilo, keke —siseó—. La cosa está en marcha; ya no podemos echarnos atrás. ¡Tienes que cumplir tu parte!

—Lo sé, keke, lo sé. Y la cumpliré. —Sampa dirigió a su compañero una mirada dolida y apesadumbrada.

—Piensa en el dinero —dijo Bero, y lo empujó con suavidad—. Ponte en marcha.

Sampa echó una última ojeada nerviosa hacia atrás y atravesó la puerta de la cocina. Bero se quedó mirándola, deseando por centésima vez no necesitar a un socio tan pasmado e insulso. Pero no había forma de evitarlo: solo un abukei nativo de pura sangre, inmune al jade, podía coger una joya con la mano y salir de un restaurante abarrotado sin hacerse notar.

Le había costado trabajo convencer a Sampa. Como muchos miembros de su tribu, el muchacho probaba suerte en el río y pasaba los fines de semana sumergiéndose en busca de restos de jade arrastrados por la corriente desde las lejanas minas. Era peligroso: cuando las lluvias lo alimentaban, el torrente se llevaba por delante a un buen montón de

nadadores desafortunados, e incluso si uno tenía suerte y encontraba jade (Sampa presumía de haber encontrado una vez una pieza del tamaño de un puño), lo podían detener. Acababa en la cárcel si tenía suerte, y en el hospital si no.

Así no llegaría a ningún sitio, había insistido Bero. ¿Por qué pescar jade en bruto solo para vendérselo a un intermediario del mercado negro que lo tallaría y lo sacaría de contrabando de la isla, y que solo pagaría una parte minúscula del precio por el que lo vendería más tarde? A un par de tipos listos y audaces como ellos podía irles mucho mejor. «Si te la vas a jugar por el jade —decía Bero—, apuesta a lo grande». Lo que daba dinero de verdad eran las piezas ya trabajadas, talladas y montadas.

Bero volvió al comedor y se dedicó a limpiar y colocar mesas; de vez en cuando echaba una ojeada al reloj. Se podría deshacer de Sampa más adelante, cuando tuviera lo que necesitaba.

—Shon Ju dice que ha habido problemas en el Sobaco —dijo Maik Kehn, que se había inclinado para hablar discretamente cubierto por el ruido ambiental—. Un grupo de chicos está sacando dinero a los comerciantes.

Su hermano menor, Maik Tar, alargó el brazo sobre la mesa y hundió los palillos en un plato de bolas de calamar crujientes.

—¿De qué clase de chicos hablamos?

—De dedos de bajo nivel. Matones jóvenes con uno o dos trozos de jade.

El tercer hombre sentado a la mesa mostraba un ceño pensativo poco habitual en él.

—Hasta los dedos más insignificantes son soldados de clanes. Siguen las órdenes de los puños, y los puños, las del cuerno. —El distrito del Sobaco siempre había sido un territorio en disputa, pero amenazar directamente a establecimientos afiliados al clan Sin Cumbre era una jugada demasiado atrevida para que fuera obra de unos pandilleros descuidados—. Huele a que alguien nos está provocando.

Los Maik lo miraron, y luego se miraron entre sí.

—¿Qué ocurre, Hilo-jen? —preguntó Kehn—. Pareces inquieto esta noche.

—¿Sí? —Kaul Hiloshudon se recostó en el respaldo, hizo girar el vaso de cerveza que se calentaba con rapidez y limpió distraídamente la condensación—. Será por el calor.

Kehn hizo un gesto a un camarero para que volviera a llenar los vasos. El adolescente paliducho mantuvo la mirada baja mientras los atendía. Echó un vistazo rápido a Hilo, pero no pareció caer en que era él; pocos de los que no conocían en persona a Kaul Hiloshudon esperaban que tuviera un aspecto tan joven. El cuerno del clan Sin Cumbre, cuya autoridad solo superaba su hermano mayor, solía pasar desapercibido en público. Era algo que a veces irritaba a Hilo; otras veces le resultaba útil.

—Hay otra cosa rara —dijo Kehn cuando se marchó el camarero—. Nadie ha visto a Gee Tres Dedos ni ha tenido noticias de él.

—¿Cómo es posible perder la pista a Gee Tres Dedos? —preguntó Tar. El tallista de jade del mercado negro era tan reconocible por la barriga como por la mutilación.

—Igual ha dejado el negocio.

Tar soltó una risilla burlona.

—Solo hay una manera de dejar el negocio del jade.

Una voz habló cerca de la oreja de Hilo:

—Kaul-jen, ¿cómo está usted esta noche? ¿Todo está a su satisfacción?

El señor Une había aparecido al lado de la mesa y sonreía con la ansiedad servil que siempre les reservaba.

—Todo excelente, como siempre —dijo Hilo, que había adoptado la relajada sonrisa de medio lado tan habitual en él.

El propietario del Dos Fortunas entrechocó las manos, marcadas con cicatrices de la cocina; asintió y sonrió mientras daba las gracias humildemente. El señor Une era un sesentón calvo y regordete, de la tercera generación de una familia dedicada al restaurante. Su abuelo había fundado aquel venerable establecimiento, y su padre lo había mantenido en pie durante la guerra y la posguerra. Al igual que sus predecesores, el señor Une era un linterna leal al clan Sin Cumbre y acudía en persona a presentar sus respetos cada vez que Hilo ponía el pie en el local.

—Por favor, hágame saber si puedo ofrecerle cualquier otra cosa — insistió.

Cuando un señor Une adecuadamente tranquilizado se marchó, Hilo volvió a ponerse serio.

—Preguntad por ahí. Averiguad qué ha pasado con Gee.

—¿Qué más te da? —preguntó Kehn; no con impertinencia, sino con curiosidad—. Que le den. Un tallista menos para entregar nuestro jade a debiluchos y extranjeros.

—Me preocupa un poco, nada más. —Hilo se irguió y cogió la última bola de calamar crujiente—. Que los perros empiecen a desaparecer de las calles es mala señal.

Bero empezaba a tener los nervios de punta. Shon Ju casi se había terminado la bebida drogada. En teoría, los polvos eran inodoros e insípidos, pero ¿y si Shon, con los sentidos intensificados de un huesos verdes, podía detectarlos de algún modo? ¿O si no funcionaban como debían y Shon Ju se marchaba y se llevaba el jade fuera del alcance de Bero? ¿Y si Sampa se acobardaba al final? Le tembló la mano mientras dejaba una cucharilla en la mesa. «Tranquilo, tío. Pórtate como un hombre».

El tocadiscos de la esquina empezó a hacer sonar una melodía operística lenta y romántica, apenas audible bajo la charla incesante de los comensales. El humo de los cigarrillos y el aroma especiado de los platos flotaba con languidez sobre los manteles rojos.

Shon Ju se levantó de repente, corrió dando tumbos hacia la parte trasera del restaurante y empujó la puerta del servicio de caballeros.

Bero contó mentalmente hasta diez, dejó la bandeja y fue tras él con aire despreocupado. Al entrar en el servicio metió la mano en el bolsillo y la cerró en torno a la empuñadura de la pequeña pistola. Cerró la puerta, corrió el pestillo y apoyó la espalda contra la pared.

De un cubículo salía el sonido de alguien que devolvía sin cesar, y Bero sintió arcadas al notar el olor nauseabundo del vómito empapado de alcohol. Sonó la cadena de la cisterna y cesó el ruido. Entonces se oyó un

golpe apagado, algo pesado que caía en el suelo de baldosas, y lo siguió un silencio enfermizo. Bero avanzó unos pasos. Los latidos del corazón le tronaban en los oídos. Alzó la pistola a la altura del pecho.

La puerta del cubículo estaba abierta. La mole de Shon Ju yacía en el interior, con las extremidades desparramadas. El pecho ascendía y descendía al compás de unos ronquidos suaves. De la comisura de los labios manaba un hilillo de baba.

Unas zapatillas de lona mugrientas se movieron en el cubículo más alejado, y Sampa asomó la cabeza por la esquina tras la que había estado esperando. Puso los ojos como platos al ver la pistola, pero fue junto a Bero y los dos se quedaron mirando al hombre inconsciente.

«Hay que joderse, ha funcionado».

—¿A qué esperas? —Bero señaló a Shon con la pistola—. ¡Venga! ¡Cógelo!

Sampa se escurrió con vacilación por la puerta entreabierta del cubículo. Shon Ju tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda, con la oreja de los pendientes de jade atrapada contra la pared. Con la expresión de quien va a tocar una línea de alta tensión, el muchacho puso una mano a cada lado de la cabeza de Shon. Se detuvo un momento, pero el hombre no se movió. Sampa hizo girar la cara mofletuda hacia el otro lado, sujetó con dedos temblorosos el primer pendiente de jade y soltó el cierre.

—Ponlo aquí. —Bero le dio el sobrecito vacío. Sampa echó adentro el pendiente de jade y empezó a quitar el siguiente. Los ojos de Bero saltaban entre el jade, Shon Ju, la pistola, Sampa y de nuevo el jade. Se acercó un paso y puso el cañón de la pistola a pocos centímetros de la sien del hombre caído. Parecía preocupantemente pequeña e inútil; el arma de una persona vulgar. Daba igual. Shon Ju no podría ejecutar Acero ni Desviar nada en su estado. Sampa recogería el jade y saldría por la puerta trasera sin que nadie se enterase; Bero terminaría el turno y después se reuniría con él. Nadie se ocuparía del viejo Shon Ju durante horas; no era la primera vez que un borracho se quedaba inconsciente en los aseos.

—Date prisa —dijo Bero.

Sampa había retirado dos pendientes de jade y se afanaba con el tercero. Hundió los dedos en el pliegue de la oreja carnosa.

—No puedo quitárselo.

—¡Arráncalo! ¡Arráncalo y ya está!

Sampa dio un tirón al pendiente testarudo, que se desprendió de la carne que había crecido a su alrededor. Shon Ju tuvo un espasmo. Abrió los ojos.

—Oh, mierda —dijo Sampa.

Shon Ju lanzó un aullido inmenso, sacudió los brazos sobre la cabeza y golpeó hacia arriba el arma de Bero justo cuando el muchacho apretaba el gatillo. El disparo fue ensordecedor, pero el tiro salió desviado y la bala se hundió en la escayola del techo.

Sampa se revolvió para salir y casi tropezó con Shon mientras intentaba llegar a la puerta del cubículo. Shon se agarró a la pierna del muchacho. En los ojos inyectados en sangre brillaban la confusión y la rabia. Sampa se tambaleó hacia delante y extendió los brazos para protegerse de la caída; el sobre se le escapó de la mano y corrió por el suelo embaldosado, pasando entre las piernas de Bero.

—¡Ladrones! —Los labios tensos de Shon Ju formaron la palabra, pero Bero no la oyó. El disparo aún le resonaba en la cabeza, y todo ocurría como en el interior de una cámara de silencio. Contempló como el huesos verdes, con el rostro enrojecido, tiraba del aterrorizado muchacho abukei como un demonio surgido del infierno.

Bero se inclinó, cogió el sobre arrugado y corrió hacia la puerta.

Había olvidado el pestillo. Durante unos instantes tiró y empujó, preso de un pánico irracional, antes de descorrerlo y salir como una flecha. Los comensales habían oído el disparo y docenas de rostros asombrados se volvieron hacia él. Bero conservó la serenidad suficiente para meterse la pistola en el bolsillo y señalar con el dedo la puerta del servicio.

—¡Hay un ladrón de jade! —gritó.

Luego echó a correr por el comedor esquivando las mesas. Las dos joyas de jade perforaron el papel y entraron en contacto con la palma de la mano izquierda, fuertemente cerrada en un puño. La gente se apresuró a apartarse de él. Las caras quedaron atrás como manchas borrosas. Bero tropezó con una silla, cayó, se levantó de nuevo y siguió corriendo.

Le ardía la cara. Una ola de calor y energía, distinta de cualquier cosa que hubiera sentido antes, le traspasó el cuerpo como una corriente

eléctrica. Llegó a la ancha escalera curvada que llevaba a la segunda planta, donde los comensales se estaban levantando y miraban por la balconada para ver a qué se debía el escándalo. Bero subió la escalera a toda velocidad, recorriéndola entera en pocos saltos; sus pies apenas tocaban el suelo. Un murmullo ahogado circuló entre los presentes. La sorpresa de Bero se transformó en éxtasis. Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. Aquello debía de ser la técnica de la Ligereza.

Era como si le hubieran quitado un velo de los ojos y los oídos. El arrastrar de las patas de las sillas, el golpe de un plato, el sabor del aire en la lengua... Todo se había agudizado. Alguien intentó sujetarlo, pero era tan lento, y Bero, tan veloz... Lo esquivó con facilidad y saltó por encima de una mesa, tirando los platos y provocando gritos. Ante él había una puerta corredera que daba al patio con vistas al puerto. Sin pensar, sin detenerse, cargó contra la barrera como un toro a la embestida. La celosía de madera se quebró, y Bero pasó por el agujero del tamaño de su cuerpo lanzando un grito exultante. No sentía dolor en absoluto, solo una invulnerabilidad feroz.

Aquel era el poder del jade.

El aire nocturno lo golpeó y le cosquilleó la piel. Más abajo, el agua reluciente lo llamaba de forma irresistible. Por las venas de Bero parecían correr oleadas de un calor delicioso. El mar parecía tan frío, tan refrescante... La sensación sería maravillosa. Corrió hacia la verja del patio.

Unas manos le agarraron los hombros y lo detuvieron en seco. Bero rebotó hacia atrás como si hubiera tensado al máximo una cadena. Dio media vuelta y se encontró frente a Maik Tar.

CAPÍTULO 2

El cuerno del clan Sin Cumbre

EL sonido apagado del disparo llegó al otro extremo del comedor. Al cabo de un par de segundos, Hilo sintió en la mente el grito repentino de un aura de jade descontrolada, chirriante como un tenedor arrastrado por un cristal. Kehn y Tar giraron en el asiento a la vez que el camarero adolescente salía del servicio y echaba a correr hacia la escalera.

—Tar —dijo Hilo.

Pero no hacía falta; los dos Maik ya estaban en movimiento. Kehn se dirigió al servicio; Tar llegó de un salto a lo alto de la escalera, atrapó al ladrón en el patio y lo lanzó con violencia al interior del local, a través de la celosía rota. Un resuello colectivo y varios gritos se alzaron entre los comensales cuando el muchacho reapareció volando, golpeó el suelo y resbaló hasta el principio de la escalera.

Tar entró tras él, inclinándose para pasar por la puerta destrozada. Antes de que el muchacho pudiera ponerse en pie, Tar le sujetó la cabeza con la mano y se la pegó al suelo. El ladrón se sacó del bolsillo un arma, una pistola pequeña, pero Tar se la arrancó de la mano y la arrojó por la puerta del patio; la pistola voló y cayó en las aguas del puerto. El muchacho dejó escapar un grito ahogado cuando el hueso verde le inmovilizó el antebrazo con la rodilla y le arrancó el sobre del puño. Todo ocurrió tan deprisa que la mayoría de los presentes no lo vio.

Tar se levantó. El muchacho tendido a sus pies se retorció y gimió cuando la energía rechinante del jade le abandonó el cuerpo con brusquedad; a la vez desapareció el zumbido irritado del interior del cráneo de Hilo. El Maik más joven agarró por la espalda la camisa de camarero, lo puso en pie de un tirón y lo obligó a bajar la escalera hasta el salón principal. Los comensales que, alterados, habían abandonado sus mesas, se apartaron en silencio, abriéndole paso. Kehn salió del servicio tirando del brazo de un muchacho abukei gimoteante. Lo puso de rodillas y Tar llevó a su lado al ladrón.

Shon Judonrhu avanzó tambaleándose detrás de Kahn, apoyándose en los respaldos de las sillas. No parecía tener muy claro dónde se encontraba ni cómo había llegado ahí, pero conservaba la lucidez suficiente para estar furioso. Los ojos parecían saltarle del cráneo; tenía la mirada desenfocada y se apretaba la oreja con la mano.

—Ladrones —balbuceó. Se introdujo la mano bajo la chaqueta y empuñó el cuchillo garra que guardaba en la sobaquera—. Los voy a destripar.

El señor Une apareció corriendo, agitando los brazos en protesta.

—Shon-jen, se lo ruego, por favor, ¡en el comedor no! —Tendió ante sí las manos temblorosas, la cara regordeta pálida por la incredulidad. Ya era bastante horrible que hubieran avergonzado al Dos Fortunas, que la cocina del restaurante hubiera albergado a ladrones de jade, pero si mataban a los dos muchachos justo al lado de la mesa de los postres... Ningún negocio podría sobrevivir a semejante baldón de mala suerte. El propietario del restaurante dirigió una mirada temerosa al arma de Shon Ju, y luego a los hermanos Maik y a los comensales paralizados que los rodeaban sin perder detalle—. Es un ultraje espantoso, pero, caballeros, ¡por favor!...

—¡Señor Une! —Hilo se levantó de la mesa—. No sabía que hubiera contratado espectáculos en vivo.

Todas las miradas se volvieron hacia Hilo mientras cruzaba el salón. Sintió que un remolino de entendimiento se extendía por el grupo de comensales. Los más cercanos se dieron cuenta de una cosa que Bero, en su breve ojeada anterior, no había visto: bajo la americana gris y los dos botones desabrochados de la camisa azul celeste de Kaul Hilo había una

larga línea de gemas de jade incrustadas en la piel que cubría la clavícula, como un collar fundido con la carne.

El señor Une se le acercó corriendo y caminó junto a él agitando las manos.

—Kaul-jen, me siento infinitamente avergonzado por que hayan perturbado su velada. No sé cómo ese par de mierdecillas rateras indignas han podido arrastrarse hasta mi cocina. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo? Lo que sea. Toda la comida y bebida que desee, por supuesto...

—Son cosas que pasan. —Hilo le dirigió una sonrisa afable, pero el dueño del restaurante no se tranquilizó; si acaso pareció aún más nervioso mientras asentía y se secaba el sudor de la frente. Hilo se dirigió a Shon Ju —: Guarda el cuchillo garra, tío Ju. El señor Une ya tiene bastante que limpiar sin que añadamos manchas de sangre en la moqueta. Y estoy seguro de que toda esta gente que ha pagado por una buena cena no quiere que le echen a perder el apetito.

Shon Ju vaciló. Hilo lo había llamado «tío», mostrándole respeto a pesar de la humillación pública evidente. Pero, aparentemente, aquello no fue suficiente para ablandarlo. Apuntó con el cuchillo a Bero y Sampa.

—¡Son ladrones de jade! ¡Tengo derecho a cobrarme sus vidas y nadie puede decirme lo contrario!

Hilo tendió la mano hacia Tar, quien le entregó el sobre, y se volcó las dos gemas en la palma de la mano. Kehn le dio el tercer pendiente. Hilo amasó pensativamente las tres joyas y miró a Shon con los ojos entrecerrados y expresión de reproche.

La ira desapareció de la cara de Shon Ju, sustituida por la inquietud. Miro el jade que le pertenecía y que estaba en la mano de otro hombre; su poder corría a través de Kaul Hilo y no de él. Se quedó inmóvil. Nadie más habló; el silencio se había vuelto ominoso de repente.

Shon se aclaró la garganta.

—Kaul-jen, mis palabras no pretendían en modo alguno faltar al respeto a su posición como cuerno. —Aquella vez habló con la deferencia que habría mostrado a un hombre mayor que él—. Obedeceré el criterio del clan en cualquier asunto relacionado con la justicia, por supuesto.

Hilo sonrió, cogió la mano de Shon y depositó en ella las tres joyas; luego le cerró los dedos con delicadeza, envolviéndolas.

—No ha pasado nada grave. Me gusta que Kehn y Tar tengan motivos para mantenerse alerta. —Guiñó un ojo a los hermanos como si compartieran una broma infantil. Pero cuando volvió a mirar a Shon Ju, su expresión estaba desprovista de humor—. Quizá, tío Ju, haya llegado el momento de beber un poco menos y vigilar el jade un poco más.

Shon Ju cerró el puño con fuerza en torno a las joyas devueltas y se lo llevó al pecho con un espasmo de alivio. El grueso cuello se le puso rojo por la vergüenza, pero no dijo nada más. Aunque estuviera confuso y medio drogado, no era estúpido; comprendía que le habían dado un aviso, y después del lamentable descuido de aquella noche, si seguía siendo un huesos verdes era solo porque Kaul Hilo había decidido que así fuera. Retrocedió inclinándose servilmente.

Hilo giró y sacudió los brazos hacia la multitud hipnotizada.

—Se acabó el espectáculo, gente. La función de hoy es gratis. ¡Pidamos un poco más de la deliciosa comida del señor Une y otra ronda de bebidas!

Un rumor de risas nerviosas recorrió el comedor mientras la gente obedecía y volvía a sus platos y sus acompañantes, aunque todos siguieron echando miradas furtivas a Kaul Hilo, a los Maik y a los dos adolescentes arrodillados. No era habitual que los ciudadanos corrientes sin jade pudieran presenciar una exhibición tan espectacular de las habilidades de los huesos verdes. Volverían a casa y les contarían a sus amigos lo que habían visto: cómo el ladrón se había movido más deprisa que cualquier humano normal y había atravesado una puerta de madera, lo mucho más rápidos y fuertes que habían sido en comparación los hermanos Maik y cómo habían rendido pleitesía al joven cuerno.

Kehn y Tar pusieron en pie a los ladrones y los sacaron del local.

Hilo fue tras ellos, con el señor Une apurándose a su lado y tartamudeando en voz casi inaudible.

—Le ruego de nuevo que me perdone. Selecciono cuidadosamente a todo el personal; no tenía ni idea...

Hilo le puso una mano en el hombro.

—No es culpa tuya; no siempre se puede saber si alguien contraerá la fiebre del jade y se torcerá. Nos ocuparemos del asunto fuera.

El señor Une asintió enérgicamente, con alivio. Tenía la expresión de alguien a quien casi atropella un autobús y ve que el vehículo lo esquivo de un volantazo a la vez que le cae a los pies una maleta llena de dinero. Si Hilo y los Maik no hubieran estado allí, habría tenido entre manos a dos muchachos muertos y a un huesos verdes cabreado y borracho, pero con el apoyo público del cuerno, el Dos Fortunas se había librado de una mancha desastrosa y había ganado respeto. Correría la voz sobre lo que había pasado y, durante algún tiempo, el restaurante estaría lleno gracias a la publicidad.

Pensar en aquello hizo que Hilo se sintiera mejor. El Dos Fortunas no era el único negocio del barrio afiliado a Sin Cumbre, pero era uno de los más grandes y lucrativos, y el clan necesitaba el dinero de los tributos. Y lo que era más importante: Sin Cumbre no podía permitirse el desprestigio que conllevaría que el local fracasara o se traspasara. Si un linterna leal como el señor Une perdía el negocio o la vida, la responsabilidad sería de Hilo.

Confiaba en el señor Une, pero la gente es como es: se alía con el poderoso. El Dos Fortunas podía ser en aquel momento un establecimiento Sin Cumbre, pero si ocurría lo peor y el propietario se veía obligado a mudar lealtades para mantener el negocio familiar y la cabeza sobre los hombros, Hilo no se hacía ilusiones sobre qué decisión tomaría. Al fin y al cabo, los linternas eran civiles sin jade; formaban parte del clan y eran imprescindibles para su funcionamiento, pero no morirían por él. No eran huesos verdes.

Hilo se detuvo y señaló la celosía destrozada.

—Mándame la factura; yo pagaré la reparación.

El señor Une parpadeó, unió las manos y se las llevó varias veces a la frente en señal de respeto agradecido.

—Sois generoso en extremo, Kaul-jen. No es necesario...

—No seas tonto —dijo Hilo. Lo miró de frente—. Dime, amigo mío: ¿Has tenido últimamente algún otro problema por aquí?

Los ojos del propietario del restaurante miraron con sobresalto alrededor antes de detenerse con nerviosismo en el rostro de Hilo.

—¿Qué clase de problema, Kaul-jen?

—Huesos verdes de otros clanes. Esa clase de problema.

El señor Une vaciló, se llevó a Hilo a un aparte y bajó la voz.

—Aquí en las Dársenas, no; todavía no. Pero un amigo de mi sobrino que trabaja de camarero en el Danzarina, en el distrito del Sobaco, dice que todas las noches van hombres del clan Montaña, se sientan donde les da la gana y esperan que les sirvan copas gratis. Dicen que forma parte de los tributos debidos y que el Sobaco es territorio de Montaña. —El señor Une retrocedió un paso, asustado por la expresión de Hilo—. Quizá solo sean habladurías, pero me ha preguntado...

Hilo le dio unas palmadas en el brazo.

—Las habladurías nunca son solo habladurías. Si te enteras de algo más, avísanos, ¿de acuerdo? Llámanos si es necesario.

—Por supuesto. Por supuesto, Kaul-jen —dijo el señor Une, llevándose de nuevo las manos a la frente.

Hilo le dio una última palmada en el hombro y salió del restaurante.

En la calle, Hilo se detuvo y se sacó un paquete de tabaco del bolsillo. Eran cigarrillos espenios caros; le encantaban. Se llevó uno a los labios y miró alrededor.

—¿Qué tal allí? —propuso.

Los hermanos Maik tiraron de los muchachos, alejándose del Dos Fortunas y los empujaron por la pendiente de guijarros que llegaba hasta la orilla, fuera de la vista de la calzada. El rechoncho abukei gritó y se resistió todo el camino; el otro avanzaba mustiamente, en silencio. Los Maik los tiraron al suelo y empezaron a apalizarlos. Golpes pesados y cadenciosos en el torso, machacando las costillas, el abdomen, la espalda. Puñetazos en la cara hasta que las facciones de los muchachos se hincharon hasta quedar irreconocibles. Ningún golpe en los órganos vitales, el cuello ni la nuca. Kehn y Tar eran buenos puños: no eran descuidados ni se dejaban llevar por la sed de sangre.

Hilo fumaba un cigarrillo y observaba.

La noche había caído por completo, pero no estaban a oscuras. Las luces de la calle se extendían a lo largo de toda la costa, y los faros de los coches que pasaban bañaban la calzada con ráfagas blancas. Mar adentro se desplazaban lentamente las luces de los barcos mercantes, convertidas en borrones difusos por la bruma y la contaminación de la ciudad. El aire era cálido y estaba cargado de vapor, del aroma dulzón de la fruta madura y del hedor del sudor de novecientos mil habitantes.

Hilo tenía veintisiete años, pero hasta él recordaba una época en que coches y televisores eran una novedad en Yanlún. Ahora estaban por todas partes, acompañados de gente nueva, fábricas nuevas y puestos callejeros de comida con influencias extranjeras, como albóndigas de *tempura* y requesón picante. La metrópoli se tensaba por las costuras y daba la sensación de que todo el mundo, incluidos los huesos verdes, se tensaban con ella. Hilo tenía la impresión subyacente de que todo iba peligrosamente deprisa todo el tiempo, justo al borde de quedar fuera de control, perturbando el orden natural de las cosas. ¿Adónde iba a parar el mundo cuando un par de mocosos del puerto, torpes y sin entrenamiento, podían plantearse robarle el jade a un huesos verdes... y habían estado a punto de conseguirlo?

Lo cierto era que a Shon Judonrhu le habría estado bien empleado perder el jade. Hilo se podría haber quedado las tres joyas, a modo de castigo justificado a la ineptitud de Shon. Desde luego, se había sentido tentado por la energía que irradiaron, como calor líquido por sus venas, cuando las sostuvo en la mano.

Pero no habría sido honorable quitarle unas pocas joyas a un viejo apaleado. Aquello era lo que no entendían los ladrones: el jade, por sí solo, no convertía a nadie en un huesos verdes. Eran la sangre, el entrenamiento y el clan los que creaban a un guerrero de jade; así había sido siempre. Hilo tenía que estar en todo momento a la altura de su reputación personal y de la del clan. Shon Judonrhu era un borracho, un viejo idiota y una parodia del huesos verdes que había sido, pero seguía siendo un dedo del clan Sin Cumbre, por lo que cualquier ultraje que sufriera era asunto de Hilo.

Tiró el cigarrillo y aplastó la colilla.

—Ya basta —dijo.

Kehn se detuvo de inmediato. Tar, que siempre había sido el más entusiasta de los dos hermanos, dio una última patada a cada ladrón antes de parar. Hilo observó con atención a los muchachos. El que llevaba uniforme de camarero tenía el aspecto de los isleños kekoneses: esbelto, brazos largos, pelo y ojos oscuros. Yacía como si estuviera medio muerto, aunque era difícil decir si se debía a la paliza o a la resaca del jade. El abukei de cara redonda sollozaba quedamente mientras desgranaba una letanía de ruegos.

—No fue idea mía, de verdad, yo no quería, por favor, soltadme, por favor, prometo que no...

Hilo consideró la posibilidad de que los muchachos no fueran los imbéciles que aparentaban, sino espías o delincuentes a sueldo que trabajasen para Montaña o para alguno de los clanes menores. Decidió que era muy poco probable. Se agachó y apartó el pelo de la cara del abukei, lo que hizo que este reculase aterrorizado. Hilo meneó la cabeza y suspiró.

—¿En qué estabas pensando?

—Me prometió que ganaríamos mucho dinero —sollozó el muchacho; sonaba indignado—. Dijo que el viejo estaría tan borracho que ni se daría cuenta. Dijo que conocía a un perista de fiar, un tipo que paga un buen precio por el jade tallado y no hace preguntas.

—¿Y te lo creíste? Nadie que esté tan loco como para robar el jade a un huesos verdes tiene intención de venderlo. —Hilo se puso en pie. No había nada que hacer con el kekonés. Los jóvenes resentidos eran propensos a sufrir la fiebre del jade; lo había visto muchas veces. Pobres e ingenuos, llenos de energía indómita y de ambición, el jade los atraía como la miel a las moscas. Tenían una imagen romántica de los legendarios huesos verdes, mitad héroes y mitad bandidos, cuyas hazañas llenaban los cómics y las películas. Se fijaban en que la gente decía «jen» con respeto y un ligero temor, y era algo que querían para sí. Ni se paraban a considerar que sin los años de estricto entrenamiento en artes marciales serían incapaces de controlar los poderes que otorgaba el jade. Ardían, enloquecían y se destruían a sí mismos y a otros.

No; no tenía remedio.

El abukei, por otra parte, no era más que un estúpido. Lo que podía ser letal, quizá. Se podía perdonar a alguien como él por jugársela sumergiéndose en el río, pero no se le podía perdonar una grave ofensa al clan.

Como si leyera los pensamientos de Hilo, el muchacho aceleró el torrente verbal:

—Por favor, Kaul-jen, fui un idiota; sé que fui un idiota. Jamás volveré a hacerlo, lo juro. Solo he cogido jade del río. Si no hubiera sido por el nuevo tallista que quitó de en medio a Gee, ni siquiera se me habría ocurrido hacer nada más. He aprendido la lección, lo juro por la tumba de mi abuela. No volveré a tocar el jade, lo prometo...

—¿Qué has dicho? —Hilo se agachó de nuevo y se inclinó hacia él, entrecerrando los ojos. El muchacho alzó la vista, confuso y temeroso.

—Yo... Qué he...

—El nuevo tallista —dijo Hilo.

El muchacho se plegó ante aquella mirada penetrante.

—Antes vendía cualquier cosa que encontrara en el río a Gee Tres Dedos. Pagaba en efectivo y en el acto por el jade en bruto. No mucho, pero estaba bien. Gee era el tallista de este barrio, y casi todos le llevábamos...

—Sé quién es —dijo Hilo con impaciencia—. ¿Qué le ha pasado?

En los ojos del muchacho apareció lentamente un brillo de esperanza, cuando se dio cuenta de que tenía información que el cuerno del clan Sin Cumbre desconocía.

—Está muerto. El mes pasado llegó el nuevo tallista; dijo que compraría todo el jade que le pudiéramos llevar, en bruto o tallado, sin hacer preguntas. A Gee Tres Dedos le propuso unir fuerzas, pero Gee no veía por qué tenía que repartir el negocio con un recién llegado. Así que el otro lo mató. —Se limpió con la manga los mocos y la sangre de la nariz—. Dicen que lo estranguló con un cable de teléfono, le cortó los demás dedos y se los envió a los otros tallistas de la ciudad a modo de advertencia. Ahora, todo lo que encontramos en el río se lo llevamos a él, y solo paga la mitad que Gee. Por eso intenté dejar el río...

—¿Has visto a ese hombre? —preguntó Hilo.

El muchacho vaciló; intentaba adivinar qué respuesta lo salvaría y cuál haría que lo matasen.

—S... Sí. Una vez.

Hilo miró de reojo a los hermanos Maik. El abukei había resuelto un enigma irritante, pero había planteado otro. Gee Tres Dedos podía ser un tallista del mercado negro, pero sabían quién era: alguien conocido, el perro callejero que se colaba en el patio de Hilo y robaba de los cubos de basura pero no causaba problemas por los que mereciera la pena matarlo. Mientras se limitara a comprar jade en bruto a los abukei, el clan lo dejaba tranquilo con sus trapicheos a cambio de algún chivatazo de vez en cuando sobre otros peces más gordos. ¿Quién lo habría matado, desafiado la autoridad del clan Sin Cumbre?

Se volvió hacia el muchacho.

—¿Puedes describirnos a ese... tallista nuevo?

De nuevo el titubeo.

—Sí... Creo que sí.

Cuando el muchacho acabó de tartamudear la descripción, Hilo se puso en pie.

—Trae el coche —le dijo a Kehn—. Vamos a llevar a estos chicos a ver al pedestal.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

El pedestal insomne

KAUL Lanshinwan no podía dormir. Hasta entonces, nunca había tenido problemas, pero en los tres últimos meses se encontraba, como mínimo una vez a la semana, con que no podía conciliar el sueño. El dormitorio, que daba al este desde la última planta de la residencia principal de la hacienda Kaul, se le antojaba obscenamente grande y vacío, al igual que la cama. Algunas noches miraba por la ventana hasta que el resplandor del amanecer ascendía perezosamente sobre el horizonte de la ciudad. Había probado la meditación para tranquilizarse antes de ir a dormir. Había bebido infusiones y se había sumergido en baños con sales. Supuso que tendría que consultar a un médico. Quizá alguno que fuera huesos verdes pudiera determinar si tenía algún desequilibrio energético, desatascar cualquier flujo bloqueado y recomendar los alimentos adecuados para restablecer la armonía.

Pero se resistía. A sus treinta y cinco años, debería tener una salud óptima y estar en la cúspide de su poder. Por eso su abuelo había consentido al fin a cederle el liderazgo; por eso el clan Sin Cumbre había aceptado que el cargo pasara del legendario pero anciano y enfermo Kaul Seningtun a su nieto. Si corría la voz de que el pedestal del clan tenía problemas de salud, su imagen se resentiría. Incluso algo tan corriente como el insomnio podría

levantar rumores. ¿Sería mentalmente estable? ¿Sería incapaz de portar el jade? Si daba la impresión de ser débil, el efecto podía ser fatal.

Lan se levantó, se puso una camisa y se dirigió a la planta baja. Se calzó y salió al jardín. En el exterior se sintió mejor de inmediato. La hacienda familiar se encontraba cerca del corazón de Yanlún; por las ventanas de la planta alta de la mansión se veían el techo rojo del edificio del Consejo Real y el remate cónico escalonado del Palacio Triunfal. Pero los edificios y los terrenos ajardinados de la hacienda Kaul se extendían a lo largo de dos hectáreas cercadas por un gran muro de ladrillo que los aislaba del bullicio urbano circundante. El lugar no era silencioso para un huesos verdes; Lan podía oír el murmullo de un ratón por la hierba, el chirrido de un insecto al otro lado del estanque, el crujido de sus propios zapatos por el sendero empedrado; pero el zumbido omnipresente de la ciudad llegaba con debilidad. El jardín era un oasis de paz. A solas en aquella pequeña parcela de naturaleza, lejos de la turbulencia impetuosa de otras auras de jade, podía relajarse.

Se sentó en un banco de piedra y cerró los ojos, concentrado en los latidos del corazón y en la respiración, en el flujo constante de la sangre por las venas, y exploró sin prisas. Siguió los aleteos de un murciélago que zigzagueaba atrapando insectos en pleno vuelo. En la brisa que pasaba sobre el estanque seleccionó el aroma del azahar, las magnolias, las madreselvas. Buscó por el terreno al ratón que había percibido antes hasta dar con él: un punto cálido de vitalidad vibrante, nítida y reluciente en la oscuridad del césped.

Cuando estudiaba en la academia Kaul Dushuron había pasado una noche encerrado en una celda subterránea, cavernosa y negra como boca de lobo, en compañía de tres ratas. Era una de las pruebas de Percepción que pasaban los iniciados cuando tenían catorce años. Había tanteado a ciegas las frías paredes de piedra tratando de captar el chirrido inaudible de las garras minúsculas, buscando el calor de la sangre como una serpiente, consciente de que el examen terminaría si, y solo si, atrapaba y mataba con las manos desnudas a los tres roedores de dientes afilados. Sintió que se le tensaba la espalda al recordarlo.

Un empujón intenso en la periferia de su percepción: Doru se acercaba por el jardín; el aura de jade que lo rodeaba, invisible pero distintiva, se abría paso en la noche como un rayo de luz roja a través del humo.

Lan exhaló, abrió los ojos y dejó que un atisbo de sonrisa le curvara los labios. Si Doru lo descubría cazando ratones en el jardín en plena noche, lo tomaría como un síntoma de inestabilidad mucho mayor que el simple insomnio. Pero le resultaba irritante que hubieran interrumpido su aislamiento, y no se levantó a saludar al recién llegado.

La voz de Yun Dorupon era suave y áspera. Sonaba como gravilla agitada en una batea y tenía un deje medicinal.

—¿Sentado a solas aquí fuera? ¿Ocurre algo, Lan-se?

Lan frunció el ceño al ver que usaba el tratamiento familiar afectuoso; ese sufijo se usaba con niños y ancianos, no con un superior. Que el hombre del tiempo del clan se dirigiera así al pedestal parecía una insubordinación sutil. Lan sabía que Doru no pretendía faltarle al respeto; simplemente, era difícil deshacerse de las viejas costumbres. Doru lo conocía desde que era un chiquillo, y había sido un elemento constante en el clan y en la hacienda Kaul desde que Lan tenía memoria. Ahora, sin embargo, se suponía que era su estrategia y consejero de confianza, no su tío y cuidador.

—Nada. —Lan se levantó por fin y se volvió hacia el hombre—. Me gusta el jardín por la noche. Es importante estar a solas con los propios pensamientos de vez en cuando. —Una leve reprimenda por la interrupción, de la que Doru no pareció darse cuenta.

—Estoy seguro de que tienes muchas cosas en la cabeza. —El hombre del tiempo era un individuo delgadísimo, de cabeza ovalada y mentón puntiagudo, que se embutía en jerséis de lana y americanas oscuras incluso con el calor agobiante del verano. Su aspecto severo le daba un aire de profesor universitario, pero se trataba de una percepción totalmente equivocada. Décadas antes, Doru era un Montaña: uno de los rebeldes indómitos a las órdenes de Kaul Seningtun y Ayt Yugontin, quienes lucharon contra la ocupación extranjera de la isla de Kekon y lograron acabar con ella. El último año de la guerra de las Naciones lo había pasado en una cárcel shotariana, y corría el rumor de que bajo la vestimenta desaliñada faltaban trozos de carne en brazos y piernas, además de los

testículos—. La AJK tiene que tomar una decisión a fin de mes en cuanto a las últimas propuestas sobre exportaciones. ¿Has pensado hacia dónde te inclinarás en la votación definitiva?

La Alianza del Jade de Kekon había pasado toda la primavera debatiendo la conveniencia de aumentar las ventas de jade a potencias extranjeras, concretamente a Espenia y sus aliados.

—Ya sabes lo que opino —dijo Lan.

—¿Has hablado de ello con Kaul-jen? —Doru se refería a Kaul Seningtun, por supuesto. Que en la familia hubiera otros tres huesos verdes más jóvenes era irrelevante; para Doru solo había un Kaul-jen.

—No hace falta molestarlo sin necesidad —respondió Lan, disimulando la irritación. Quizá Doru no fuera el único miembro del clan Sin Cumbre que esperaba de él que consultara a su abuelo las decisiones importantes, pero aquello tenía que acabar. Ya era hora de empezar a transmitir el mensaje de que la responsabilidad como pedestal era exclusivamente suya—. Los espenios piden demasiado. Si cedemos cada vez que quieren algo de nosotros, hasta el último guijarro de jade de la isla acabará en un almacén militar espenio antes de que nos demos cuenta.

El hombre del tiempo guardó silencio unos instantes; después inclinó la cabeza.

—Como ordenes.

Lan no pudo reprimir una idea: «Doru se está haciendo viejo, demasiado viejo para cambiar. Fue el hombre del tiempo del abuelo y siempre pensará en sí mismo como tal. Tendré que sustituirlo pronto». Cortó en seco ese hilo de pensamiento. La habilidad de la Percepción, por buena que fuese, no capacitaba a un huesos verdes para leer mentes, pero aquellos que la tenían agudizada podían captar los cambios físicos sutiles que desnudaban emociones e intenciones. El único verde visible en Doru eran los discretos anillos de los pulgares, pero Lan sabía que ocultaba la mayor parte de su jade y era más hábil de lo que parecía; podría ser capaz de Percibir el repentino giro de los pensamientos de Lan, aunque no lo mostrara en la expresión.

Enmascaró como impaciencia cualquier posible desliz:

—No has venido para incordiarne con los asuntos de la AJK. ¿Qué ocurre?

Los focos del portón se encendieron y cubrieron de luz amarillenta la fachada de la mansión y el camino de acceso.

—Hilo acaba de llegar —dijo Doru—. Ha solicitado verte de inmediato.

Lan cruzó el jardín y se dirigió a paso vivo hacia la silueta inconfundible del enorme automóvil blanco de Hilo. Uno de los lugartenientes de su hermano, Maik Kehn, estaba apoyado en la puerta trasera del lado del conductor del Duchesse Priza y miraba el reloj. Junto a él esperaban Hilo y Maik Tar. A sus pies había dos bultos. Cuando Lan estuvo más cerca se dio cuenta de que eran un par de muchachos arrodillados con la frente en el asfalto.

—Me alegro de haberte pillado antes de que te fueras a dormir —bromeó Hilo. El joven Kaul solía rondar por las calles hasta el amanecer. Afirmaba que era parte de las obligaciones de un buen cuerno: la amenaza de su presencia nocturna refrenaba a los agentes del vicio que ejercían sus actividades en el territorio del clan cuando caía la oscuridad. Nadie podía decir que Kaul Hilo no se tomara el trabajo en serio, sobre todo cuando incluía comida y bebida, chicas guapas, música escandalosa, bares y garitos, y algún que otro incidente de violencia explosiva.

Lan pasó por alto la pulla y miró a los dos muchachos. Antes de llevarlos allí en el coche y arrojarlos al camino les habían dado una buena paliza.

—¿De qué va esto?

—Esa cuba de Shon Ju ha estado a punto de quedarse sin el poco jade que tenía por culpa de estos payasos —dijo Hilo—. Pero resulta que este... —Empujó con el pie al más gordo—. Este tiene noticias interesantes que creo que deberías oír en persona. Vamos, chaval, dile lo que sabes al pedestal.

El adolescente alzó la cara. Tenía los dos ojos morados y un labio roto. Con voz gangosa por la hinchazón de la nariz, relató a Lan cómo alguien se había apoderado de repente del negocio de jade de Gee Tres Dedos.

—No sé cómo se llama el nuevo. Nosotros lo llamamos simplemente el Tallista.

—¿Es un abukei? —preguntó Lan.

—No —balbuceó el muchacho—. Es un ojos de piedra extranjero. Lleva un abrigo estilo Ygutan y uno de esos sombreros cuadrados. —Echó una mirada nerviosa a su compañero, que se había agitado y gemía.

—Descríbele al Tallista —dijo Hilo.

—Solo lo vi un momento —se defendió el muchacho, asustado por el tono seco de la orden—. Es bajo, un poco gordo. Tiene bigote y manchas en la cara. Viste como un ygutano y lleva pistola, pero habla kekonés sin acento.

—¿En qué territorio trabaja?

El interrogatorio hacía sudar al abukei. Alzó los ojos morados hacia Lan con expresión suplicante.

—No... No estoy seguro. Buena parte de la Forja. Parte de Pau-Pau y de las Dársenas. Quizá llegue a Lavamoneda y Villapesca. —Se inclinó hasta tocar el suelo con la frente y habló con voz ahogada—: Kaul-jen. Pedestal. No soy nada para usted, nada en absoluto; solo un chico estúpido que ha cometido un error estúpido. Le he dicho todo lo que sé.

El otro joven había recuperado la consciencia, aunque seguía en silencio a excepción de los jadeos.

—Mírame —dijo Lan.

El muchacho levantó la cabeza. Tenía el blanco de los ojos cubierto de rojo donde habían estallado los capilares, y una expresión hundida y perturbada; ya no era en absoluto la expresión de un adolescente, sino el rostro de alguien que ha probado el jade de la forma incorrecta y ha quedado destruido. Debía de estar sufriendo un dolor horrible, pero aún emanaba de él una rabia interior que ardía como una lámpara de gas.

Lan sintió una punzada de lástima por él. Era una víctima de aquella época confusa. En el pasado, las leyes de la naturaleza estaban claras. Los abukei eran inmunes al jade. Casi todos los extranjeros eran demasiado sensibles; incluso si un shotariano o un espenio aprendía a controlar los poderes físicos y mentales, era casi seguro que caería víctima del mal conocido como la comezón. Solo los kekoneses, un pueblo aislado producto de la remota hibridación entre los abukei y los antiguos pobladores tuni de

la isla, poseían la habilidad natural de controlar el jade, aunque para dominarla necesitaban años de preparación intensiva.

Por desgracia, los relatos exagerados sobre extranjeros que teóricamente se autoadiestraban para portar el jade transmitían ideas erróneas a los kekoneses pobres: les hacían pensar que lo único que necesitaban eran unas cuantas lecciones de lucha callejera y, quizá, unos cuantos estimulantes químicos apropiados.

—El jade es la muerte para la gente como tú —dijo Lan—. Lo robáis, lo pasáis de contrabando, os lo ponéis... Todo acaba siempre igual: con vosotros alimentando a los gusanos. —Le clavó una mirada mortalmente severa—. Largo de mi propiedad, los dos. Y que mi hermano no vuelva a veros jamás.

El abukei se puso en pie de inmediato; incluso el otro se levantó más deprisa de lo que Lan lo habría creído capaz. Se alejaron cojeando a toda prisa hacia la salida, sin volver la vista atrás.

—Dile al guardia que les abra la puerta —le dijo Lan a Maik Kehn. Kehn miró de reojo a Hilo, pidiendo confirmación, antes de cumplir la orden. El leve gesto irritó a Lan. Los dos Maik eran servilmente leales a Hilo. Observaron con atención a los dos muchachos que se marchaban, grabándose las caras en la memoria.

La sonrisa de Hilo había desaparecido. Sin ella mostraba su auténtica edad; ya no parecía un poco mayor que los adolescentes a los que había hecho apalizar.

—Yo habría dejado con vida al abukei —dijo—, pero el otro... Has hecho mal. Volverá, se le notaba en la cara. La única diferencia es que tendré que matarlo más adelante.

Quizá Hilo tuviera razón. Había dos clases de ladrones de jade. La mayoría quería lo que imaginaba que podía proporcionarle el jade: posición social, dinero, poder sobre otros; pero para algunos, el deseo por el jade era como una podredumbre instalada en el cerebro, una obsesión que no dejaba de crecer. A Hilo no lo incomodaba sentenciar a muerte por el primer delito, pero Lan no estaba preparado para aceptar que el muchacho no tenía esperanza de encontrar otra vía de escape para su ambición imprudente.

—Ya les has enseñado la lección —dijo—. Tienes que darle a la gente la oportunidad de aprender. Solo son unos mocosos estúpidos, al fin y al cabo.

—Me parece que, cuando yo era un crío, la estupidez no servía de excusa por aquí.

Lan miró a su hermano. Hilo tenía las manos en los bolsillos, los brazos en jarras y los hombros inclinados levemente hacia delante, en una postura de insolencia despreocupada. «Todavía eres un crío», pensó Lan con dureza. El cuerno era el segundo del clan y tenía el mismo rango que el hombre del tiempo; en teoría debía tratarse de un guerrero veterano. Hilo era el cuerno más joven que nadie hubiera conocido; a pesar de ello, nadie parecía cuestionar su posición. Ya fuese porque era un Kaul y portaba bien el jade, o quizá porque cuando se retiró el viejo cuerno, un año y medio antes, aprobó el nombramiento de Hilo con poco más que un encogimiento de hombros. «¿Para qué otra cosa iba a servir?», había dicho Kaul Sen.

Lan cambió de tema.

—Crees que el nuevo tallista es Tem Ben. —Era una afirmación, no una pregunta.

—¿Quién iba a ser, si no? —dijo Hilo.

Los Tem formaban parte del poderoso y expansivo clan Montaña. Era una digna familia de huesos verdes, pero Tem Ben era un ojos de piedra. Ocurría a veces: los genes recesivos se combinaban para producir un kekonés tan inmune al jade como un abukei. Además de ser una vergüenza para su estirpe, Tem Ben era un zoquete redomado, así que la familia lo había mandado hacía años a estudiar y trabajar en el norte, en el desolado Ygutan. Su regreso repentino a Kekon y su brutal entrada en el negocio del trapicheo de jade en bruto tenía cierto sentido. Solo un ojos de piedra inmune al jade podía comprar, acumular, tallar y vender jade callejero. En cuanto a las repercusiones de aquella actividad... Eran lo más preocupante.

—No habría vuelto sin permiso de su familia —dijo Hilo—. Y los Tem no harían nada sin la aprobación de Ayt. —Carraspeó y escupió en los arbustos. Estaba claro que se refería a Ayt Mada, hija adoptiva del gran Ayt Yugontin y actual pedestal del clan Montaña—. Me apuesto el jade a que esa bruja rapaz no solo está al tanto de esto, sino que lo ha organizado.

Doru había estado todo el tiempo en segundo plano, pero en ese momento se acercó como una furia e intervino en la conversación.

—¿La pedestal del clan Montaña, relacionándose personalmente con tallistas de jade del mercado negro? —No ocultó su escepticismo—. Es mucho suponer a partir de la palabra de un mocoso abukei asustado.

Hilo dirigió al anciano una mirada teñida de desdén.

—Aunque sea un borracho, Shon Ju está al tanto de lo que pasa por ahí. Dice que alguien anda exprimiendo a nuestros linternas del Sobaco. El propietario del Dos Fortunas me ha contado la misma historia, y dice que los dedos Montaña están detrás. Si los del clan Montaña intentan echarnos del Sobaco, ¿tanto cuesta creer que quieran que en nuestros distritos trabaje alguien a quien controlen y les pase información? Confían en que dejaremos tranquilo al nuevo tallista y no correremos el riesgo de enemistarnos con los Tem por un poco de contrabando.

—Sacas conclusiones muy precipitadas, Hilo-se. —La voz tranquila de Doru contrastaba con la agitación de Hilo—. Los apellidos Ayt y Kaul tienen una historia común muy antigua. El clan Montaña no actuaría contra vuestro abuelo mientras siga con vida.

—Esto es lo que sé. —Hilo paseaba de un lado a otro por delante de los dos hombres mayores. Lan podía sentir la tensión que le corría por dentro; el aura de jade de Hilo era como un fluido brillante al lado del humo espeso de Doru—. El abuelo y Ayt Yugontin se respetaban mutuamente aunque fueran rivales, pero eso pertenece al pasado. El viejo Yu ya murió, y es Ayt Mada quien dirige la orquesta a su ritmo.

Lan dirigió la mirada a la fastuosa mansión Kaul mientras meditaba sobre las palabras de su hermano.

—Sin Cumbre lleva años creciendo más deprisa que Montaña —dijo—. Saben que somos el único clan que representa una amenaza para ellos.

Hilo interrumpió el paseo y agarró por el brazo a su hermano.

—Déjame ir con cinco puños al Sobaco. Ayt nos está tanteando; manda a sus dedos de menor nivel a armar jaleo para ver qué hacemos. Si cortamos unos cuantos y se los devolvemos amortajados, le transmitiremos el mensaje de que más le vale no tocarnos los cojones.

Doru apretó los labios como si hubiera mordido un limón. Giró la ovalada cabeza y miró al joven Kaul con incredulidad y desdén.

—¿Han matado a alguno de los nuestros?, ¿a algún huesos verdes o algún linterna? ¿Propones que seamos los primeros en derramar sangre? ¿En romper la paz? De un cuerno se espera cierta ferocidad, pero una reacción tan infantil y exagerada sería hacerle un mal servicio a tu pedestal.

El aura de Hilo centelleó como una llama avivada por el viento. Lan sintió que lo golpeaba el calor un instante antes de que Hilo hablase:

—El pedestal puede decidir por sí mismo si le sirven mal —dijo con un tono discordantemente frío.

—Ya basta —dijo Lan con un gruñido—. Estamos aquí para tomar una decisión entre todos, no para ver quién tiene la polla más larga.

—Lan-se —dijo Doru—, esto no parece otra cosa que unos cuantos jóvenes enardecidos armando jaleo en el Sobaco, que siempre ha sido un barrio conflictivo. —El aura del hombre del tiempo tenía el brillo uniforme de unas brasas que ardían lentamente, la energía residual de alguien que había sobrevivido a demasiados incendios y no tenía ganas de prender más—. Seguro que se puede encontrar una solución pacífica que preserve el respeto que se tienen nuestros clanes desde hace mucho tiempo.

Lan paseó la mirada entre su cuerno y su hombre del tiempo. Los dos cargos existían para ser la mano derecha y la mano izquierda del pedestal, responsables respectivamente del brazo guerrero y el brazo comercial. El cuerno era visible, táctico, el guerrero más temible del clan, jefe de los puños y de los dedos que patrullaban y defendían el territorio y a sus residentes de clanes rivales y delincuentes comunes. El hombre del tiempo era estratega, operativo, el cerebro que trabajaba entre bambalinas a través de despachos ocupados por los hábiles hacedores de fortuna y que gestionaba los ingresos del clan, procedentes de tributos, patrocinios e inversiones. No era sorprendente que existiera cierta rivalidad entre aquellos dos cargos fundamentales; de hecho, incluso era esperable. Pero Hilo y Doru eran de naturalezas y posturas marcadamente opuestas. Al contemplar a los dos hombres, Lan se preguntó en quién confiar: en la fuerza y los instintos callejeros de Hilo o en la prudencia y la experiencia de Doru.

—Averigua si los Ayt respaldan a Tem Ben —le dijo a Hilo—. Mientras tanto, manda unos cuantos puños al Sobaco, pero... —Negó con la cabeza en respuesta a la mirada expectante de Hilo—. Solo para tranquilizar a nuestros linternas y proteger sus negocios. Nada de ataques, nada de venganzas, nada de dejar caer nombres. Nadie debe derramar sangre sin el consentimiento de la familia, ni aunque les pongan un cuchillo en la mano.

—Muy prudente —dijo Doru, asintiendo.

Hilo frunció el ceño, pero pareció apaciguarse parcialmente.

—Vale —dijo—. Pero esto solo va a empeorar, te lo advierto. No podremos seguir apoyándonos mucho tiempo más en la reputación del abuelo. —Se tiró del lóbulo de la oreja derecha, un gesto ritual para ahuyentar la mala suerte—. Que viva trescientos años —gruñó respetuosamente, pero sin sentimiento—. El hecho es que Ayt hace ostentación de su poder como pedestal, y si los Sin Cumbre queremos conservar el nuestro, tendrás que hacer lo mismo.

—No necesito que mi hermano pequeño me dé consejos como si fuera un anciano —dijo Lan con sequedad. Hilo inclinó la cabeza ante la reprimenda; luego sonrió alegremente, y su cara se transformó y recuperó el aspecto juvenil.

—Es verdad; ya tienes bastantes viejos por aquí, ¿eh?

Se encogió de hombros con desparpajo, dio media vuelta y echó a andar hacia el monstruoso Duchesse blanco, donde Maik Kehn y Maik Tar fumaban un cigarrillo y esperaban con paciencia a que volviera su capitán. El aura cálida de jade de Hilo se encogió con la fluidez de un río en verano; el cuerno no era alguien que guardase rencor tras una confrontación. Lan se asombraba de que toda una infancia de entrenamiento implacable en la academia Kaul Dushuron no hubiera mellado el carácter incansablemente animado del nieto menor del abuelo Kaul, ni afectado a la forma en que se paseaba por el mundo como si fuera un escenario construido a su alrededor.

—Debes disculpar la brusquedad que le he mostrado, Lan-se —dijo Doru en voz baja—. Hilo es un cuerno temible; lo que pasa es que hay que atarlo corto. —Arqueó los labios en una sonrisa, como si supiera que Lan había pensado lo mismo—. ¿Me necesitas para algo más?

—No. Buenas noches, Doru.

El anciano consejero inclinó la cabeza y se marchó en silencio por el sendero lateral que llevaba a la residencia del hombre del tiempo.

Lan lo observó mientras se alejaba, y después echó a andar por el camino de la mansión Kaul. Era el edificio más grande de la hacienda y el más majestuoso: elegante, de simetría moderna y con elementos de la arquitectura kekonesa clásica: la fachada de madera, el tejado de tejas verdes y las baldosas de hormigón con el destello de los fragmentos de conchas marinas. Las columnas blancas eran un ostentoso toque extranjero que confería esplendor al edificio, pero probablemente, Lan no las habría añadido si la decisión hubiera estado en su mano; no fue así: su abuelo había gastado buena parte de su fortuna en el diseño y la construcción de la residencia familiar. También se jactaba del simbolismo; decía que indicaba lo lejos que habían llegado los huesos verdes, que ahora vivían abiertamente en la riqueza cuando solo una generación atrás eran fugitivos que se ocultaban en campamentos secretos de las montañas y sobrevivían gracias a la habilidad, el sigilo y la ayuda de los linternas.

Alzó la mirada hasta la ventana izquierda de la planta alta. La luz del interior perfilaba la silueta de un hombre sentado en un sillón. El abuelo seguía despierto, incluso a aquellas horas de la noche.

Lan entró en la mansión y, ya en el vestíbulo, vaciló. Por mucho que odiara reconocerlo, Hilo tenía razón: necesitaba mostrar con más firmeza su poder como pedestal. Tenía la responsabilidad de tomar las decisiones difíciles y, ya que estaba claro que aquella noche no iba a poder dormir, bien podía ocuparse de una de ellas. Con bastante más que una leve aprensión, empezó a subir la escalera.

CAPÍTULO 4

La Antorcha de Kekon

LAN entró en la habitación del abuelo, repleta de arte y mobiliario exquisitos: mesas de palisandro de Stepenland, tapices de seda de la era de los Cinco Reyes del imperio Tun, lámparas de cristal del sur de Ygutun... La mayor parte del espacio que quedaba en las paredes estaba ocupada por fotografías y recuerdos. Kaul Seningtun era un héroe nacional, uno de los cabecillas del alzamiento guiado por los huesos verdes que, más de un cuarto de siglo atrás, había acabado con el control de la isla de Kekon por parte del imperio de Shotar. Después de la guerra, declarando con humildad que no le atraía la política ni tenía interés en gobernar, Kaul Sen se había convertido en un próspero hombre de negocios y una figura cívica imponente. En las paredes se alternaban diplomas y galardones con fotos que lo mostraban estrechando manos y posando en actos de Estado y actividades de beneficencia.

El anciano que había recibido el apodo de Antorcha de Kekon no parecía recrearse en los testimonios de sus logros ni en los objetos de lujo que había adquirido. Pasaba la mayor parte del tiempo con la vista fija más allá del horizonte urbano, en las lejanas montañas verdes cubiertas de selva y veladas por la bruma. Lan se preguntó si sería allí donde, ya en el ocaso de su vida, reposaba el corazón de su abuelo: no en la ciudad a la que había ayudado a resurgir de las cenizas de la guerra hasta convertirla en la

bulliciosa metrópoli de la actualidad, sino en el interior profundo de la isla, un lugar que los antiguos kekoneses consideraban sagrado, y los extranjeros, maldito; donde el joven Kaul Sen había pasado sus días de gloria como rebelde y guerrero junto a sus camaradas.

Lan se detuvo con cautela a poca distancia del sillón de su abuelo. Últimamente era difícil adivinar de qué humor estaría. Kaul Sen había sido siempre un hombre temible e implacablemente enérgico, presto a alabar e igualmente presto a criticar, con entusiasmo en ambos casos. Nunca se andaba con rodeos y nunca se conformaba con una ganancia pequeña si se podía arriesgar para conseguir una victoria absoluta. Incluso entonces, a sus ochenta y un años, irradiaba un aura de jade densa y potente.

Pero ya no era el que había sido. Su esposa, que los dioses acepten en su seno, había muerto tres años antes; cuatro meses después, Ayt Yugontin murió de un infarto a los sesenta y cinco años. Desde entonces, algún elemento vital de la voluntad inquebrantable de la Antorcha se había ido apagando poco a poco. Había entregado el liderazgo a Lan sin entusiasmo, y a menudo se mostraba pensativo y circunspecto, o voluble y cruel. Estaba sentado inmóvil; se cubría los estrechos hombros con una manta a pesar del calor veraniego.

—Abuelo —dijo Lan, aunque sabía que no era necesario que anunciara su presencia. La edad no había embotado los sentidos del patriarca; aún era capaz de Percibir a otro huesos verdes a una manzana de distancia.

Kaul Sen tenía la mirada fija en algún punto alejado; era difícil saber si estaba prestando atención al programa que emitía el televisor en color que le habían instalado hacía poco en una esquina de la habitación. El sonido estaba apagado, pero Lan echó una ojeada y vio que era un documental sobre la guerra de las Naciones, conflicto en el que la independencia de Kekon había sido tan solo un elemento secundario. El repentino resplandor de una explosión en la pantalla se reflejó en los numerosos cristales de los marcos que cubrían las paredes.

—Los shotarianos nos bombardeaban en las montañas —dijo Kaul Sen con voz lenta pero aún estentórea, como si se estuviera dirigiendo a un público enardecido en vez de a la ventana cubierta de oscuridad—. Pero tenían miedo de provocar avalanchas. Cruzaban la selva en fila, los

soldados shotis. Parecían todos iguales, como hormigas. Torpes. Nosotros éramos como panteras. Los íbamos liquidando uno por uno. —Kaul Sen apuñaló el aire con el dedo como si estuviera abatiendo soldados shotarianos por toda la habitación—. Sus armas y sus granadas contra nuestras espadas luna y nuestros cuchillos garra. Nos superaban diez a uno y ni por esas consiguieron aplastarnos, por mucho que lo intentaron. Ah, vaya si lo intentaron.

«Otra vez. Más batallitas». Lan se dispuso a ser paciente.

—Así que fueron a por los linternas, la gente normal que colgaba linternas verdes en las ventanas noche tras noche, para guiarnos. Hombres, mujeres, viejos, jóvenes, ricos, pobres... Daba igual. Si los shotis sospechaban que alguien pertenecía a la Sociedad de la Montaña, no avisaban. Simplemente desaparecía. —Kaul Sen se recostó en el sillón. Su voz adquirió un tono pensativo—. Había una familia que nos escondió tres días a Yu y a mí en el granero. Un hombre, su esposa y su hija. Gracias a ellos logramos volver con vida al campamento. Unas semanas después fui a ver cómo estaban, pero no había ni rastro. Los platos y los muebles seguían en su sitio; la olla seguía en el fogón, pero ellos ya no estaban.

Lan carraspeó.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Eso fue cuando te enseñé lo que tenías que hacer si era necesario: cortarte el cuello con el cuchillo garra. Rápido, como... —Kaul Sen hizo un gesto violento sobre su propia yugular—. Tendrías unos doce años, pero lo entendiste perfectamente. ¿Te acuerdas, Du?

—Abuelo —Lan torció el gesto—. No soy Du. Soy yo, Lan, tu nieto.

Kaul Sen giró la cabeza para mirarlo. Durante un instante pareció desconcertado; no era la primera vez que Lan se lo encontraba hablando en voz alta al hijo que había perdido hacía veintiséis años. Entonces, la niebla desapareció de los ojos del anciano. Apretó los labios decepcionado y suspiró.

—Hasta tu aura se parece a la suya —gruñó. Volvió a mirar hacia la ventana—. Pero él la tenía más fuerte.

Lan apretó los puños y apartó la mirada para ocultar su irritación. Ya era bastante doloroso entrar en esa habitación y ver las fotografías de su padre

en la pared, rivalizando en número con los galardones, para además tener que aguantar los insultos gratuitos de su abuelo, cada vez más frecuentes.

De niño, Lan atesoraba las fotografías de su padre. Pasaba horas contemplándolas. En la mayor de todas las imágenes en blanco y negro se veía a Kaul Du entre Kaul Sen y Ayt Yugontin, dentro de una tienda de campaña militar. Los tres estudiaban un mapa extendido en la mesa. Llevaban cuchillos garra al cinto y espadas luna colgadas al hombro, y vestían la túnica verde de los generales de la Sociedad de la Montaña. Kaul Du miraba directamente a la cámara, destilando confianza y celo revolucionario.

Pero ahora, las fotos enmarcadas no eran más que reliquias frustrantes para Lan. Mirarlas era como mirar una fotografía imposible de sí mismo atrapado en una época y un lugar desaparecidos. Era la viva imagen de su padre; el mismo mentón y la misma nariz, incluso la misma expresión de concentración, con el ojo izquierdo entrecerrado. De niño se sentía lleno de orgullo cuando alguien señalaba el parecido. «¡Es igual que su padre!», «Será un gran guerrero huesos verdes», comentaba la gente. «Los dioses nos devuelven al guerrero encarnado en su hijo».

En la actualidad, las fotografías y las comparaciones solo resultaban irritantes. Se volvió hacia su abuelo, decidido a arrastrarlo de vuelta al presente.

—Shae vendrá esta semana. Llegará el diacuarto por la tarde, y se pasará a presentar sus respetos.

Kaul Sen giró bruscamente en el sillón.

—¿Respetos? —Se irguió en el asiento, indignado—. ¿Dónde tenía el respeto hace dos años? ¿Dónde tenía el respeto cuando dio la espalda a su clan y a su país y se vendió a los espenios como una puta? ¿Sigue con ese hombre, con el shotariano?

—Shotarianoespenio —corrigió Lan.

—Lo que sea.

—Ya no está con Jerald.

Kaul Sen se recostó ligeramente en el sillón.

—Al menos una buena noticia —gruñó—. Nunca habría funcionado. Hay demasiada mala sangre entre nuestros pueblos. Y sus hijos habrían sido

débiles.

Lan reprimió un comentario en defensa de Shae; era mejor dejar que el anciano se desahogase hasta quedarse a gusto. No estaría tan enfadado si Shae no hubiera sido siempre su favorita cuando era niña.

—Se quedará una temporada —dijo—. Sé amable con ella, abuelo. Me ha escrito; te envía su cariño y reza por que tengas salud y una larga vida.

—Bah —gruñó el viejo Kaul, pero pareció apaciguarse—. Salud y larga vida, dice. Perdí a mi hijo. Perdí a mi esposa. También perdí a Ayt Yu. Todos eran más jóvenes que yo. —En la pantalla del televisor, filas de soldados caían bajo disparos silenciosos—. ¿Por qué sigo vivo cuando ellos han muerto todos?

Lan sonrió suavemente.

—Los dioses te aman, abuelo.

Kaul Sen soltó un bufido.

—No acabamos bien, Ayt Yu y yo. Luchamos codo con codo en la guerra, pero cuando llegó la paz dejamos que los negocios se interpusieran entre nosotros. Negocios —Kaul Sen escupió la palabra. Agitó una mano nudosa hacia la habitación, señalando con aire de desdén y resignación todo lo que había construido—. Los shotis no fueron capaces de romper la Sociedad de la Montaña, pero nosotros sí. Separamos los clanes. Ni siquiera tuve ocasión de hablar con Yu antes de que muriera. Éramos demasiado testarudos. Maldito sea. Nunca habrá nadie como él. Era un auténtico guerrero huesos verdes.

Había cometido un error al subir. Lan miró de reojo a la puerta y se preguntó cuál sería la mejor excusa para marcharse. El abuelo estaba demasiado sumido en los recuerdos de los tiempos en que los huesos verdes estaban unidos en su meta nacionalista; no estaría dispuesto a oír que ahora, si Hilo tenía razón, la sucesora y el clan de su viejo camarada eran el enemigo.

—Es tarde, abuelo —dijo—. Te veré por la mañana.

Se dispuso a marcharse, pero Kaul Sen alzó la voz.

—¿Para qué has venido a estas horas, entonces? Habla.

Lan se detuvo con la mano en el pomo.

—Puede esperar.

—Has venido a hablar, así que habla —ordenó su abuelo—. ¡Eres el pedestal! El pedestal no espera.

Lan exhaló bruscamente y dio media vuelta. Se acercó al televisor, lo apagó y giró hacia su abuelo.

—Es sobre Doru.

—¿Qué pasa con él?

—Creo que es hora de que se retire, y de que nombre a un nuevo hombre del tiempo.

Kaul Sen se inclinó hacia delante muy atento, con cara de concentración.

—¿Te ha fallado?

—No; no es eso. Quiero a otra persona en el cargo. Alguien que tenga puntos de vista nuevos.

—¿Y quién sería?

—Woon, quizá. O Hami.

El anciano Kaul frunció el ceño; el mapa de arrugas de su cara adoptó una nueva configuración de disgusto.

—¿Crees que alguno de esos podría ser un hombre del tiempo tan diestro y leal como Yun Dorupon? ¿Hay alguien que haya hecho más por el clan que él? Nunca me ha aconsejado mal ni me ha fallado, ni en la guerra ni en los negocios.

—No lo dudo.

—Doru se mantuvo a mi lado. Podía haberse ido con los Montaña. Ayt lo habría recibido con los brazos abiertos. Pero estaba de acuerdo conmigo en que teníamos que abrirnos al mundo. Si caímos ante los shotis fue sobre todo porque habíamos pasado aislados demasiado tiempo. Doru se mantuvo a mi lado y nunca flaqueó. Inteligente. Inteligente y previsor. Calculador.

«Y todavía te pertenece de la cabeza a los pies», pensó Lan, pero dijo:

—Te ha prestado un servicio inmejorable durante más de veinte años. Es hora de que se jubile. Me gustaría que se retirara con elegancia, con todo respeto. Sin resentimiento. Te ruego que, como su amigo, hables con él.

El anciano lo apuntó con el dedo.

—Necesitas a Doru. Necesitas su experiencia. ¡No cambies simplemente por cambiar! Doru es sereno y fiable, no como Hilo. Ya tienes

bastante con un cuerno al que le falta un tornillo. A saber qué demonio del pantano se coló en la cama de tu madre para engendrar a ese muchacho mientras Du luchaba por su país.

Lan sabía que su abuelo estaba mostrándose cruel para confundirlo y distraerlo de sus intenciones. Siempre se le había dado de maravilla desconcertar a los adversarios en el campo de batalla y, más tarde, en las salas de juntas. A pesar de ello, Lan no se pudo contener.

—Te has superado; has insultado a la mitad de tu familia de una tacada —dijo con dureza—. Si en tan poca estima tienes a Hilo, ¿por qué diste tu aprobación cuando lo nombré cuerno?

Kaul Sen bufó ruidosamente.

—Porque tiene fuego en la sangre, eso no se puede negar. Un hombre del tiempo debe inspirar respeto, pero un cuerno debe inspirar miedo. Si ese muchacho hubiera nacido cincuenta años antes, habría infundido el terror en el corazón de los shotarianos. Habría sido un guerrero temible, igual que Du. —El patriarca entrecerró los ojos en una mirada escrutadora—. Du murió a los treinta años. Era un dirigente endurecido en la batalla. Tenía dos hijos y una esposa que llevaba otro más en el vientre. Portaba el jade como un dios. Quizá te parezcas a él físicamente, pero nunca serás ni la mitad de hombre. Por eso los demás clanes creen que te pueden faltar al respeto. Por eso te abandonó Eyni.

Lan se quedó sin palabras unos instantes. Después, una rabia sorda empezó a acumulársele y a latirle en el fondo de los ojos.

—No metas a Eyni en esto.

—¡Tenías que haber matado a ese hombre! —Kaul Sen alzó los brazos y los agitó como si fuera incapaz de creer lo estúpido que era su nieto—. Dejaste que un extranjero sin jade se llevase a tu mujer. ¡Te avergonzó ante todo el clan!

Por la cabeza de Lan pasó un deseo espantoso de tirar a su abuelo por la ventana del segundo piso. Eso era lo que quería el viejo, ¿no? Pura violencia egoísta. Pensó que, en efecto, podía haber desafiado al amante de Eyni, haber luchado con él y haberlo matado, algo a lo que cualquier kekonés con autoestima consideraría que tenía derecho. Quizá habría sido una forma de actuar más propia de un pedestal. Pero no habría tenido

sentido; habría sido un gesto vacuo. No habría podido conservar a Eyni; ella ya estaba decidida a marcharse. Lo único que habría conseguido sería destrozar su felicidad y hacer que lo odiase. Y si se ama a alguien, si se lo ama de verdad, ¿no debería importar más su felicidad que el propio honor?

—¿Cómo es que no matar a otro hombre por un asunto amoroso me hace indigno de ser pedestal? —preguntó Lan con voz entrecortada—. Me nombraste sucesor, pero nunca me has mostrado apoyo ni respeto. He venido a pedirte ayuda con Doru y lo único que he obtenido han sido desvaríos e insultos.

Kaul Sen se puso en pie. El movimiento fue repentino y sorprendentemente fluido. La manta que le cubría los hombros cayó al suelo.

—Si eres un pedestal digno, demuéstalo. —Los ojos del anciano eran como la obsidiana, y su cara, un desierto seco y escabroso—. Muéstrame cuánto verde hay en ti.

Lan se quedó mirando fijamente a su abuelo.

—No digas tonterías.

Kaul Sen cruzó en un instante el espacio que los separaba, hizo ondular el cuerpo como una serpiente y golpeó el pecho de Lan con las dos manos. El golpe, como un latigazo, lo hizo tambalearse hacia atrás. Apenas tuvo tiempo de ejecutar Acero para encajarlo; el impacto le reverberó por todo el cuerpo con el poder alimentado por el jade. Cayó sobre una rodilla.

—¿A qué ha venido eso? —jadeó.

La respuesta de su abuelo fue lanzarle a la cara un puño huesudo.

Esta vez, Lan se levantó y desvió el golpe con facilidad, así como otros tres puñetazos que siguieron rápidamente al primero. Sintió que el aire zumbaba con el choque de las energías del jade.

—Abuelo. Ya basta.

Retrocedió hasta chocar contra una mesa, sin dejar de desviar la andanada de golpes. Frunció el ceño ante la velocidad descontrolada del anciano. «Ya va siendo hora de que deje de portar tanto jade». Como ocurría con los automóviles y las armas de fuego, el jade no era algo que debieran manejar los viejos decrepitos. Por otro lado, no era probable que

Kaul Sen estuviera dispuesto a ceder ni la gema más minúscula de las pulseras y el grueso cinturón que llevaba todo el tiempo.

—Ni siquiera puedes derrotar a un viejo.

El anciano Kaul era como un tejón, todo fibra, huesos y un mal genio exagerado. Tenía los labios tensos en un rictus burlón mientras golpeaba y se retorció. Lan se desplazó para esquivarlo y tiró al suelo un cuenco de arcilla antiguo, que aterrizó ruidosamente en la madera y salió rodando.

—Venga, chico —resolló el anciano—. ¿Dónde has dejado el orgullo? —Coló un golpe bajo el brazo de Lan y hundió el nudillo del dedo corazón en las costillas flotantes de su nieto.

Lan soltó un gruñido de sorpresa y dolor. Por puro reflejo, reaccionó estampando un golpe con la mano abierta en la cabeza del anciano.

Kaul Sen se tambaleó, puso los ojos en blanco y cayó al suelo con una expresión de estupefacción casi infantil.

Lan se sintió avergonzado. Cogió a su abuelo por los hombros.

—¿Cómo estás? Abuelo, lo siento...

El anciano hundió dos dedos extendidos, rígidos como clavos, en un punto de presión del centro del pecho de Lan, que se desplomó tosiendo violentamente. Kaul Sen rodó por el suelo, se levantó y se irguió ante él.

—Para ser el pedestal, todos tus actos deben ser intencionales. —Durante un instante, la edad pareció abandonar a Kaul Sen y fue una vez más la imponente Antorcha de Kekon. La espalda, erguida; la expresión, dura. Hasta el menor fragmento de jade de su cuerpo indicaba fuerza y exigía respeto. Y durante un instante, Lan vio a través de un velo de rabia y humillación al héroe de guerra que había sido su abuelo—. ¡Intencionales, todos ellos! —ladró—. El jade amplifica lo que tienes en el interior. ¡Tu intención! —Se golpeó el pecho, que produjo un sonido hueco, como una calabaza—. Sin intención detrás, no existe jade suficiente para hacerte poderoso. —Regresó al sillón y se sentó—. Doru se queda.

Lan se levantó sin decir palabra. Recogió el cuenco caído y lo colocó en la mesa; después se apoyó pesadamente con una mano en la pared, en un instante de epifanía pesadosa. Solo en aquel momento, justo en ese momento, su abuelo lo había convertido en el pedestal... al demostrarle más allá de cualquier duda que estaba solo.

Salió en silencio de la habitación y cerró la puerta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

La gatita del cuerno

CUANDO Kaul Hilo se sentó al volante del Duchesse, Tar se apoyó con los antebrazos en la ventanilla abierta del copiloto.

—Bueno, ¿qué ha dicho?

—Vamos a rondar por el Sobaco —respondió Hilo. Y añadió—: Nada de matar. Solo para proteger lo nuestro. Nuestros linternas, nuestros negocios.

—¿Y si nos plantan cara? ¿Te parece bien que nos contengamos? —dijo Tar con un tono de escepticismo que daba a entender que conocía bastante bien a su jefe.

Hilo reprimió un suspiro; era raro que Kehn pusiera sus decisiones en tela de juicio, pero Tar había sido su compañero de clase en la academia Kaul Du y a veces se mostraba respondón. El Maik más joven no se molestó nunca en guardar en secreto que pensaba que Lan era demasiado conservador y que Hilo era el más fuerte de los hermanos Kaul. Por supuesto, miraba por su propio interés, y a Hilo no le hacía tanta gracia como sospechaba que creía Tar.

—Nada de matar —dijo con firmeza—. Mañana hablaremos. —Arrancó el Duchesse; rodeó la rotonda, ante la fachada de la mansión, y bajó por el largo camino de acceso.

Al llegar al portón no giró por la estrecha calzada que llevaba a la casa que se alzaba detrás de la de su hermano, la residencia asignada al cuerno del clan. Su predecesor había sido uno de los generales veteranos de su abuelo, y tenía un gusto más que dudoso en cuanto a la decoración. Cuando Hilo se mudó, la casa olía a perros y a guiso de pescado. Tenía moqueta verde y papel pintado cuadriculado. Desde entonces había pasado año y medio, pero Hilo aún no había renovado el mobiliario; tenía intención, pero no le apetecía. Tampoco era que pasara mucho tiempo allí. No era un cuerno que dictara órdenes detrás de muros altos y puertas cerradas, dejando el trabajo a los puños. De modo que la casa era un lugar para dormir y nada más.

Se alejó con el coche de la hacienda Kaul, con un brazo apoyado en la ventanilla abierta y tamborileando con los dedos al ritmo de la radio. Músicaailable shotariana. Si no emitían música machachona espenia o, peor aún, música clásica kekonesa, era músicaailable shotariana. Mucha gente de la generación anterior seguía negándose a comprar productos fabricados en Shotar, a escuchar música shotariana y a ver programas de televisión shotarianos, pero Hilo ni siquiera había cumplido un año cuando acabó la guerra y no compartía esas reservas.

Ya estaba de mejor humor. No le habían dado tanta manga ancha como había pedido, pero había dicho lo que pensaba y sabía qué hacer a continuación. Lo que Tar no entendía era que Hilo no envidiaba lo más mínimo la posición de su hermano. Tener que vérselas con el viejo y amargado abuelo, el chalado de Doru, los politiqueos de la AJK, el Consejo Real... Quizá Lan tuviera paciencia para todo aquello, pero él, desde luego que no: la vida era muy breve. Comprendía y apreciaba la simplicidad de su papel: liderar y gestionar a los puños, proteger el territorio de la familia, defender a Sin Cumbre de sus enemigos. Disfrutar mientras tanto.

Condujo unos treinta minutos, dejando atrás la acaudalada ladera de Colina del Palacio, la zona que rodeaba la hacienda Kaul, y aceleró por el amplio bulevar de la Vía del General; después torció por una avenida de dos carriles y por último empezó a recorrer calles cada vez más estrechas conforme se adentraba en Pau-Pau, un antiguo barrio obrero atestado de tiendas pequeñas, vendedores callejeros de comida dudosa y callejones

retorcidos que atrapaban a conductores de rickshaw despistados, ciclomotores y perros callejeros. Pau-Pau se había mantenido prácticamente intacto durante la guerra y no había cambiado mucho desde entonces, ampliamente al margen de la atención de los extranjeros visitantes y del ritmo del progreso. Por la noche, las calles resultaban especialmente laberínticas, y los retrovisores laterales del Duchesse apenas dejaban hueco para pasar entre los coches mucho más pequeños y desvencijados, aparcados a los dos lados de las calles que se abrían entre los edificios de ladrillo, tan apiñados que se podía estirar el brazo por la ventana y tocar la pared del vecino.

Hilo aparcó a cinco manzanas de su destino. No le preocupaba: estaba en territorio Kaul. Pero no quería que su automóvil, tan inconfundible, fuera visto todas las noches en el mismo lugar. Parecería que sus movimientos seguían una pauta, y era importante que su presencia fuera imprevisible. Además, le gustaba caminar. Por fin había bajado la temperatura, y la noche era agradable. Dejó la chaqueta en el coche y paseó sin prisa, disfrutando de la paz de aquella hora de nadie entre el «muy tarde» y el «muy temprano».

En vez de entrar por el portal, subió por la destartada escalera de incendios hasta la quinta planta. Había luz en el piso. La ventana estaba abierta de par en par, por el calor. Hilo entró por ella; pasó las piernas sobre el alféizar descascarillado y avanzó en silencio por el suelo enmoquetado hacia la luz del dormitorio.

Estaba dormida con un libro abierto en el regazo. La lámpara de la mesilla le bañaba un lado de la cara con un velo anaranjado. Hilo se quedó en el umbral observando como el pecho de la mujer ascendía y descendía suavemente, al ritmo de la respiración. Se había tapado hasta las rodillas, nada más. Llevaba una camiseta de algodón, de tirantes finos, y unas bragas azules con encaje blanco. La melena negra se desparramaba en contraste con la blancura de la almohada; algunos mechones se curvaban sobre la piel pálida, suave e inmaculada de los hombros desnudos.

Hilo admiró la imagen hasta que la espera se le hizo insoportable. Cruzó la habitación y le retiró el libro de entre las manos; puso un marcapáginas y lo dejó en la mesilla. Ella no se movió; era algo que lo asombraba: la

absoluta inconsciencia ante un posible peligro. Era tan distinta de un huesos verdes que bien podrían haber pertenecido a especies diferentes.

Apagó la luz y la oscuridad cubrió la habitación. Entonces se subió encima de ella, inmovilizándola, y le tapó la boca con la mano. La mujer se despertó sobresaltada; abrió mucho los ojos y se agitó bajo el peso de Hilo. Dejó escapar un grito ahogado. Hilo rio suavemente.

—Deberías tener más cuidado, Wen —le susurró al oído—. Si dejas la ventana abierta por la noche, podrían entrar por ella hombres con malas intenciones.

La mujer dejó de pelear. El corazón aún latía con fuerza bajo el peso de Hilo, cosa que lo excitaba, pero su cuerpo se relajó. Apartó la mano que le cubría la boca.

—Es culpa tuya —espetó—. Me he quedado dormida esperándote, y solo se te ocurre darme un susto de muerte. ¿Dónde estabas?

Le agradó que hubiera estado esperándolo.

—En el Dos Fortunas, atendiendo un problema.

Ella alzó las cejas.

—¿Un problema de juego o de bailarinas exóticas?

—Nada tan divertido, te lo aseguro. Pregunta a tus hermanos si no me crees.

Wen se retorció provocativamente bajo él, rozándole la ropa con los hombros y los muslos desnudos.

—Ni Kehn ni Tar me dirán una palabra. Te son demasiado leales.

—No te creas. —Le cogió el lóbulo de la oreja entre los labios y lo lamió mientras se quitaba los pantalones—. Estoy seguro de que planearon matarme; en cuanto vieron cómo te miraba, supieron que pensaba tirarme a su hermanita. —Le quitó las bragas y le acarició la entrepierna, y después introdujo dos dedos en su interior—. Tuve que nombrarlos mis puños personales para que no me destriparan.

—¿Y los culpas? —Movié las caderas, animándolo. Los dedos de Hilo entraban y salían, húmedos y calientes. Le desabrochó tres botones de la camisa y se la sacó por la cabeza—. ¿Qué intención podría tener un hijo de la gran familia Kaul con una ojos de piedra de una familia caída en desgracia, aparte de echar un polvo fácil?

—¿Echar muchos polvos fáciles?

La besó con ansia, impaciente, atacándole la boca con los labios y la lengua. Tenía la polla tan dura que le dolía, apretada contra la cara interior del muslo de Wen. Esta alzó las manos y se las hundió en el pelo; después le recorrió con la yema de los dedos el cuello y el pecho, acariciando las gemas de jade incrustadas en la clavícula y los pezones. Las tocaba y las lamía sin una pizca de temor, envidia ni deseo, admirándolas como una parte hermosa de él y nada más. Hilo nunca habría permitido que otra mujer le tocara el jade, y aquella intimidad sin miedo que tenía con Wen lo excitaba hasta el paroxismo.

Entró de golpe en ella. Era deliciosa, un tumulto de sensaciones. Luz del sol y mar, fruta de verano y almizcle. Gimió de placer y aferró la cabecera de la cama, deseoso de más. Sus sentidos aguzados por el jade rugieron con intensidad cegadora: el tumulto del corazón de Wen, el trueno de su respiración, el fuego de la piel contra la suya. Lamentó haber apagado la luz; deseaba poder verla mejor y absorber cada detalle de aquel cuerpo.

Wen despegó las caderas del colchón y se apretó contra él, mirándolo fijamente a los ojos; la luz de la calle se reflejaba en dos motas minúsculas, como dos velas que flotaran en un estanque. La adoración que le mostraba lo excitó aún más. Le lamió los pezones. Se sumergió en el valle que formaban los dos pechos y se ahogó en aquel perfume incomparable. Wen le agarró las caderas y tiró de él, implacable, hasta que Hilo se corrió y se dejó llevar deliciosamente fuera de control.

Se quedó tumbado encima de ella mientras sentía que su consciencia se alejaba, respirando en el suave hueco de su clavícula.

—Eres lo más importante del mundo para mí.

Despertó al amanecer. El sol se iba abriendo paso entre las hendeduras que separaban los edificios y se colaba por las ventanas. Aquel día también haría calor.

Hilo contempló a la hermosa criatura que dormía a su lado y lo aferró un intenso deseo: quería agarrarla y envolverla y, de algún modo mágico, absorberla hacia sí para mantenerla segura en su interior allá donde fuese. Antes de estar con Wen había disfrutado de las mujeres y experimentado sentimientos cálidos, incluso tiernos, hacia ellas. Pero no eran nada en

comparación con lo que sentía por Wen. El deseo de hacerla feliz era como un dolor físico. La idea de que alguien le hiciera daño o la apartase de él lo llenaba de una rabia febril. Ella podía pedirle cualquier cosa, y él lo haría.

El amor verdadero, meditó Hilo, era sensual y eufórico, pero también doloroso y tiránico; exigía obediencia. Era marcadamente distinto del encaprichamiento rebelde de Shae por aquel espenio o del discreto afecto que habían sentido Lan y Eyni.

Recordar a Eyni lo desinfló un poco. Había tardado unas cuantas semanas, pero acabó dando con aquella zorra y el hombre que había ofendido abominablemente a su hermano. Estaban viviendo en Lybon, en Stepenland. Se planteó encargar el trabajo a alguien, pero ante un insulto al clan debía responder el clan. Así que mandó a Tar que comprase un billete de avión con un pasaporte y un nombre falsos; pero cuando reveló su plan a Lan, este no solo no lo agradeció, sino que se puso furioso.

—Nunca te he pedido tal cosa —había espetado Lan—. Si hubiera querido susurrar sus nombres me habría encargado yo mismo, así que tendría que haberte resultado evidente que no quise. Déjalos en paz, y a partir de ahora no vuelvas a meterte en mi vida privada.

Hilo se había enfadado mucho por el trabajo desperdiciado. Intentaba hacerle un favor a su hermano y eso era lo que conseguía. Lan siempre guardaba sus sentimientos en secreto; ¿cómo iba a saber Hilo cuáles eran?

Wen se estiró y dejó escapar un delicioso gemido soñoliento. Hilo olvidó las cavilaciones y se introdujo bajo la sábana para despertarla con la boca y los dedos. Trabajó con paciencia y lo recompensó un orgasmo estremecido; después volvieron a hacer el amor, esta vez con calma, regodeándose.

Más tarde, mientras estaban tumbados en un nudo pegajoso, Hilo habló:

—Lo que dijiste anoche de tu familia... No deberías pensar así. Lo que pasó con tus padres fue hace años, y nadie alberga dudas sobre Kehn y Tar. Ahora, el apellido Maik está bien considerado en el clan.

Wen guardó silencio unos instantes.

—No en todo el clan —dijo al fin—. ¿Qué pasa con tu familia?

—¿Qué pasa con ella?

Wen le recostó la cabeza en el hombro.

—Shae nunca se ha fiado de mí.

Hilo se echó a reír.

—Shae se largó con un marinero espenio, y ahora vuelve arrastrándose como un cachorrillo avergonzado que acaba de mearse en la alfombra. No está en posición de juzgar. ¿Por qué tendría que preocuparte lo que piense? —Por la falta de aprecio de su propio tono se dio cuenta, con cierta sorpresa y decepción, de que aún no la había perdonado del todo.

—Tu abuelo siempre le hizo caso. No creo que él me aceptase ni aunque no fuera una ojos de piedra.

—Es un viejo chocho —dijo Hilo—. El pedestal es Lan. —Le dio un beso tranquilizador en la sien, pero su actitud cambió; se puso boca arriba y se quedó mirando pensativo el ventilador amarillo que daba vueltas en el techo.

Wen se tumbó de costado y lo observó con preocupación.

—¿Pasa algo?

—Nada.

—Dime.

Cuando Hilo le contó lo que había pasado la noche anterior en el Dos Fortunas, y la conversación frente a la hacienda Kaul, Wen se apoyó en un codo y frunció los labios, preocupada.

—¿Por qué soltó Lan al chico? Un ladrón de jade tan joven es incurable. Volverá a darte problemas.

Hilo se encogió de hombros.

—Lo sé, ¿qué quieres que te diga? Lan es un optimista. El duro de mi hermano mayor, que siempre me ponía en mi sitio... ¿Cómo se habrá vuelto tan blando? Es un hueso verde, sin duda, pero no piensa como un asesino, mientras que Ayt sí que lo es, completamente. Está claro que tenemos por delante una guerra con Montaña, ¿es que no lo ve? Esa comadreja vieja y prepotente de Doru no lo aconseja bien.

—Pero seguro que Lan te escuchará a ti antes que a Doru...

—Doru es como una vieja enredadera que rodea al clan; no hay forma de esquivarlo.

Wen se sentó. La melena negra y brillante le cayó por la espalda, y la luz de la mañana le iluminó la curva impecable de la mejilla.

—Entonces, tienes que empezar a prepararte para defender por tu cuenta a Sin Cumbre —dijo—. Doru tiene sus contactos, sus informadores, sus métodos ladinos. Pero todos los puños, y los dedos a las órdenes de los puños, son tuyos. Los huesos verdes son ante todo guerreros, y solo después, hombres de negocios. Si se declara una guerra, se librará en las calles. Y las calles pertenecen al cuerno.

—Mi gatita. —Hilo rodeó con los brazos los hombros de Wen y le besó la nuca. Haría avergonzarse a más de un puño—. Tienes el corazón de un guerrero de jade.

—En el cuerpo de un ojos de piedra. —El suspiro fue encantador, aunque la voz sonara amarga—. Si al menos fuera huesos verdes, podría ayudarte. Sería tu puño más leal.

—No necesito otro puño. Eres perfecta tal como eres. Déjame a mí las preocupaciones de los huesos verdes.

Le cogió los pechos con las manos, sosteniendo aquel peso agradable, y se inclinó para volver a besarla. Wen apartó la cara, negándose a dejarse distraer.

—¿Cuántos puños tienes? Buenos puños en los que puedas confiar. Kehn me ha dicho que algunos son blandos; están acostumbrados a la paz, a vigilar y cobrar tributos, pero no a luchar. ¿Cuántos han ganado duelos? ¿Cuántos portan más que unas pocas gemas?

Hilo suspiró.

—Tenemos algunos que portan mucho verde y tenemos unos cuantos pesos muertos. Igual que Montaña.

Wen se giró para mirarlo. Sus rasgos no poseían una belleza convencional, pero a Hilo le parecían interesantes hasta el infinito: grandes ojos felinos y cejas oscuras inclinadas, una boca sutilmente lasciva y una mandíbula casi masculina. Cuando estaba muy seria, como en aquel momento, Hilo pensaba que debería ser modelo de una serie de fotografía artística; tenía una mirada directa tan fría, intensa y enigmática que desafiaba al observador a adivinar si estaba pensando en el sexo, en el asesinato o en la compra.

—¿Te has pasado por la academia últimamente? —preguntó ella—. Puedes ir a ver a tu primo y echar un vistazo a los de octavo curso. Hacerte

una idea de los que te resultarán útiles cuando se gradúen el año que viene.

Hilo se animó.

—Tienes razón. Hace tiempo que no visito a Anden. Iré. —Le pellizcó suavemente los pezones, le dio otro beso y se levantó para vestirse. Tarareaba mientras se ponía los pantalones y se ajustaba la funda del cuchillo garra—. Ese chico llegará lejos —dijo mientras se abotonaba la camisa delante del espejo del armario—. En cuanto consiga el jade, será como los huesos verdes de las leyendas.

Wen sonrió y se recogió el pelo.

—Igual que su cuerno —dijo, adúladora.

Hilo le guiñó un ojo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Regreso a casa

KAUL Shaelinsan llegó al aeropuerto internacional de Yanlún con la sensación algodonosa, parecida a una resaca, propia de los vuelos de trece horas. Mientras cruzaba el océano con la mirada perdida en la gran extensión azul del otro lado de la ventanilla, se sentía como si retrocediese en el tiempo y dejase atrás a la persona en que se había convertido en un país extranjero y volviese a la infancia. Le resultaba desconcertante la combinación de emociones que surgía en su interior: una mezcla punzante, agridulce, de entusiasmo y derrota.

Recogió el equipaje de la cinta transportadora; no llevaba gran cosa. Dos años en Espenia, una titulación universitaria inexplicablemente cara y todas sus posesiones terrenales cabían en una maleta de cuero rojo. Estaba demasiado cansada para sonreír ante aquella penosa ironía.

Descolgó el teléfono de una cabina y fue a introducir una moneda, pero se detuvo al recordar el trato que había hecho consigo misma. Sí, estaba regresando a Yanlún, pero bajo sus propias condiciones. Viviría como otra ciudadana de la capital, no como la nieta de la Antorcha de Kekon. Lo que incluía no llamar a su hermano para que enviase un coche con chófer a recogerla en el aeropuerto. Colgó el teléfono.

La había pillado por sorpresa la facilidad con que había caído en las viejas costumbres a los pocos minutos de poner el pie en Kekon. Se sentó

un rato en un banco de la zona de recogida de equipajes, resistiéndose de pronto a recorrer los últimos pasos y atravesar la puerta giratoria de la salida. Algo le decía que en cuanto la empujase hacia el exterior, el viaje sería irrevocable.

Al final decidió que no podía retrasarlo más. Se puso en pie y siguió la corriente de pasajeros que se dirigía a la hilera de taxis.

Dos años antes, cuando se marchó, Shae tenía intención de no volver jamás. Estaba llena de rabia y optimismo, decidida a labrarse una nueva vida y una nueva identidad en el gran mundo moderno que se extendía más allá de Kekon, lejos de los clanes anacrónicos y los egos gigantescos de su familia. Al llegar a Espenia descubrió que resultaba más duro de lo que esperaba escapar al estigma de proceder de una pequeña nación isleña conocida solo por una cosa: el jade. De hecho, descubrió que la mención de Yanlún solía provocar miradas de desconcierto. Los extranjeros la llamaban de otra manera: Ciudad de Jade.

Cuando la gente se enteraba de que era kekonesa, las reacciones eran previsiblemente cómicas. Primero: sorpresa. Kekon era un lugar exótico, casi imaginario, en la mente de la mayoría de los espenios. El auge posbélico del comercio con ultramar estaba deshaciendo los siglos de aislamiento, pero aún no del todo. Para el caso, bien podría haber dicho que venía del espacio exterior.

La segunda reacción: bromas entusiastas. «¿Puedes volar?», «¿Puedes atravesar esa pared de un puñetazo?», «Haz algo asombroso», «Mira, ¡rompe esa mesa!».

Había aprendido a encajarlo con elegancia. Al principio intentaba explicarse: había dejado todo el jade en Kekon; ya no era distinta de ellos. Todas las ventajas que tenía en fuerza, velocidad y reflejos se debían a que seguía levantándose temprano todos los días y se entrenaba en el patio. Las costumbres de una vida entera eran persistentes, al fin y al cabo.

Las dos primeras semanas habían sido casi insoportables; se sentía como encerrada en una cámara de aislamiento fabricada por ella misma. Todo era mucho menos que antes: menos color, menos sonido, menos sensación; un paisaje onírico insípido. Su cuerpo era más lento, más pesado; estaba más dolorido. Tenía la irritante sospecha de haber perdido algo vital,

como si al bajar la vista descubriese que le faltaba una pierna. Sufría terrores nocturnos y la sensación de flotar a la deriva en un mundo irreal.

Ya habría sido bastante malo incluso sin estar rodeada de escandalosos jóvenes espenios con la capacidad de atención de un mono y que siempre estaban hablando de ropa, coches, música popular y las extravagancias de sus relaciones retorcidas y superficiales. Estuvo a punto de ceder; incluso reservó un billete de vuelta a Kekon al acabar el primer trimestre. Pero el orgullo venció incluso al pánico debilitante del síndrome de abstinencia del jade. Por suerte, el billete era reembolsable.

Era demasiado complicado explicar a sus pocos amigos de la universidad lo que significaba portar el jade y pertenecer a una familia de huesos verdes, y por qué había renunciado a ello. De modo que se limitó a sonreír inocentemente y esperar hasta que se les disipó la curiosidad. Jerald siempre la azuzaba: «Vas por ahí actuando toda normal, pero un día vas a estallar y hacer alguna locura, ¿verdad?».

No; ya la había hecho. Él era esa locura.

Una curiosa mezcla de bruma y luz menguante llenaba el cielo. El hormigón estaba húmedo a causa del Sudor del Norte, la llovizna y la neblina incesantes que impregnaban la llanura costera que rodeaba Yanlún en la estación de los monzones. Era tarde; ya había pasado la hora de la cena. Shae se puso en la cola de los taxis; el resto de la gente no le prestó la menor atención. Llevaba un vestido veraniego corto y colorido, adecuado para Espenia, pero que en su país resultaba pegajoso y llamativo; aparte de ese detalle, se confundía con el gentío y no destacaba entre los demás viajeros. Una sin jade cualquiera. Con alivio y una punzada de autocompasión, se dio cuenta de que era muy poco probable que alguien la reconociera.

Llegó el taxi siguiente. El taxista metió el equipaje en el maletero mientras Shae ocupaba el asiento trasero y bajaba la ventanilla.

—¿Adónde, señorita?

Shae se planteó ir a un hotel. Quería ducharse, relajarse después del largo viaje, estar a solas un rato. Al final decidió que sería una falta de respeto.

—A casa —dijo. Le dio la dirección al taxista, que abandonó la parada y se unió a la corriente caótica de coches y autobuses.

Mientras el taxi cruzaba el puente Confín, y el horizonte de hormigón y acero de la ciudad aparecía ante sus ojos, Shae sintió que la golpeaba una nostalgia tan intensa que le cortó la respiración. El aire húmedo que entraba por la ventanilla, el sonido de su lengua materna en la radio, incluso el tráfico espantoso... Tragó saliva, al borde de las lágrimas; apenas tenía una vaga idea de qué iba a hacer en Yanlún, pero era innegable que aquel era su hogar.

Cuando entraron en el distrito de la Colina del Palacio, el taxista empezó a echarle miradas por el retrovisor cada pocos segundos. Cuando se detuvo ante las imponentes puertas de hierro de la hacienda Kaul, Shae bajó del todo la ventanilla y se asomó para hablar con el guardia.

—Bienvenida a casa, Shae-jen —dijo este, sorprendiéndola con el sufijo, ahora inapropiado, y también con la sensación de familiaridad con que se lo adosaba al nombre. El guardia era un dedo de Hilo. Shae reconoció la cara, pero no fue capaz de recordar cómo se llamaba, así que se limitó a saludarlo con una inclinación de cabeza.

El taxi cruzó la puerta y siguió hasta la rotonda, frente a la residencia principal. Shae echó mano al bolso para pagar la carrera, pero el taxista se negó.

—No es necesario, Kaul-jen. Lamento muchísimo no haberla reconocido antes, con esa ropa extranjera. —Giró hacia ella y le sonrió con expresión de ansiedad esperanzada—. Mi suegro es un linterna leal. Últimamente ha tenido unos problemillas en su negocio. Si usted pudiera, de algún modo...

Shae le puso el dinero en las manos.

—Cóbrate —insistió—. Ahora solo soy la señorita Kaul; no tengo voz en los asuntos del clan. Dile a tu suegro que se ponga en contacto con el hombre del tiempo por los canales debidos. —Reprimió una punzada de culpa ante la expresión decepcionada del hombre, salió del taxi y cargó con la maleta por la escalera de la entrada.

Kyanla, el ama de llaves abukei, la recibió en la puerta.

—¡Oh, Shae-se, qué distinta estás! —Abrazó a Shae y luego se apartó un poco—. Y hueles como una espenia. —Se echó a reír alegremente—. Pero no sé por qué me sorprende; ahora eres una importante mujer de negocios espenia.

Shae sonrió tímidamente.

—No seas tonta, Kyanla.

A base de determinación y obsesión por el trabajo, se había licenciado en el tercio superior de su promoción a pesar de que estudiaba en una segunda lengua y de que, después de haber estudiado en la academia Kaul Du, el entorno estudiantil espenio le resultó absolutamente desconcertante. Consistía demasiado en sentarse en aulas grandes y hablar, como si todos los estudiantes quisieran ser el profesor. En primavera había acudido a entrevistas con algunas de las grandes empresas que reclutaban personal en el campus. Una de ellas, incluso, le había ofrecido trabajo. Pero se había dado cuenta de cómo la miraban los entrevistadores.

Cuando entraba en la sala, los hombres sentados en torno a la mesa, porque siempre eran hombres, la tomaban por tuni o shotariana, y en sus ojos aparecía el primer destello de prejuicios. Cuando leían el currículum y descubrían que era de Kekon, y que la habían educado para ser huesos verdes, las expresiones se cubrían directamente de escepticismo. Los espenios estaban orgullosos de su poderío militar, pero no tenían en gran consideración la educación marcial que había recibido Shae. ¿De qué iba a servir en un lugar civilizado y profesional como una empresa espenia? Aquello no era Kekon, donde el apellido Kaul era ley; unas palabras del abuelo no iban a conseguirle nada. En momentos como aquellos, su idea romántica de abrirse camino por sí misma le parecía una idiotez. Se sentía estúpida y solitaria. Y allí estaba ahora: de vuelta en la casa que le había faltado tiempo para abandonar dos años antes.

Lan estaba al pie de la escalera. Le sonrió.

—Bienvenida a casa.

Shae corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Hacía dos años que no veía a su hermano mayor, y la abrumó la oleada de afecto que sintió hacia él. Lan tenía nueve años más que ella; nunca habían sido compañeros de juegos, pero siempre la había tratado con cariño. La defendía de Hilo; no la

había juzgado por marcharse, y había sido el único miembro de la familia que le había escrito mientras estuvo estudiando en Espenia. A veces, aquellas cartas, escritas con caligrafía pulcra y uniforme, le parecían el único vínculo que le quedaba con Kekon, la única prueba de que había tenido una familia y un pasado.

«El abuelo no está muy bien —terminaba la última carta—. La decadencia está más en su espíritu que en su salud. Sé que te echa de menos. Estaría bien que vinieras a verlo, y también a mamá, cuando te licencies». Con la separación de Jerald aún doliéndole como una quemadura reciente y supurante, había releído la carta de su hermano, había rechazado la solitaria oferta de empleo y había sacado un billete de vuelta a Yanlún.

Lan le devolvió el abrazo y la besó en la frente. Shae dijo «¿Cómo está el abuelo?» exactamente a la vez que él decía «Vaya pelo llevas». Se echaron a reír, y Shae se sintió de repente como si hubiera soltado una bocanada de aire que llevara dos años conteniendo.

—Te está esperando —dijo Lan—. ¿Quieres subir?

Shae inspiró profundamente y asintió.

—Supongo que retrasarlo no lo hará más fácil.

Lan le rodeó los hombros con un brazo y subieron juntos la escalera. Al estar tan cerca, Shae podía sentir el zumbido del jade que portaba su hermano: una textura apenas perceptible en la atmósfera a la que su cuerpo respondía con una tensión anhelante en el abdomen, que la empujaba a acercarse más a él. Había pasado tanto tiempo sin sentir los efectos del jade que se mareaba. Se obligó a apartarse de Lan y encaró la puerta doble que tenía delante.

—Últimamente ha empeorado —dijo Lan—. Pero hoy tiene el día bueno.

Shae llamó a la puerta con los nudillos. Al otro lado sonó la voz de Kaul Sen, sorprendentemente vigorosa.

—Te he Percibido aunque no portes jade; cuando has cruzado la puerta y has subido la escalera ronceando. Venga, entra.

Shae abrió la puerta y esperó ante su abuelo. Pensó que debería haberse duchado y cambiado de ropa. Kaul Sen fijó la mirada, penetrante, en la chillona indumentaria extranjera; el rabillo de los ojos se le tensó en una

maraña de arrugas. Le temblaron las narinas, y se reclinó en el sillón como si le ofendiera el olor de su nieta.

—Dioses —murmuró—, el último par de años te ha sentado tan mal como a mí.

Shae se recordó que, a pesar de sus defectos tiránicos, su abuelo había sido uno de los héroes más respetados del país; que ahora era un anciano solitario y decrepito, y que ella le había roto el corazón dos años antes.

—He venido directamente desde el aeropuerto, abuelo. —Unió las manos y se las llevó a la frente en el gesto tradicional de respeto; después se arrodilló ante el sillón con la mirada baja—. He vuelto a casa. ¿Me aceptarás de nuevo como tu nieta, por favor?

Cuando levantó los ojos vio que la mirada del anciano se había ablandado; la tensión de la boca había desaparecido, y le temblaban ligeramente los labios.

—Ah, Shae-se, por supuesto que te perdono —dijo, aunque ella no había pedido perdón.

Kaul Sen tendió las nudosas manos, y Shae se las agarró y se puso en pie. El contacto con el anciano fue como una descarga eléctrica; incluso a su avanzada edad, tenía un aura de jade intensa, y Shae sintió un aguijonazo de anhelo en los huesos de los brazos.

—La familia no ha estado bien sin ti —dijo Kaul Sen—. Tu sitio es este.

—Sí, abuelo.

—Está bien hacer negocios con los extranjeros. Lo he dicho muchas veces, bien saben los dioses que es cierto, se lo he dicho a todo el mundo: debemos abrir Kekon y aceptar la influencia del exterior. Por eso rompí mis lazos de hermandad con Ayt Yugontin. Pero... —Kaul Sen alzó un dedo en el aire—. Pero nunca seremos como ellos. Somos diferentes. Somos kekoneses. Somos huesos verdes. No lo olvides nunca.

El anciano le giró las manos y sacudió la cabeza, con tristeza y disgusto, al ver los brazos desnudos.

—Por mucho que te quites el jade, seguirás sin ser como ellos. Nunca te aceptarán, porque sentirán que eres distinta, igual que los perros saben que son menos que los lobos. El jade es nuestra herencia; nuestra sangre no está

destinada a mezclarse con la de otros. —Le apretó las manos como si arrugara papel, un gesto con el que pretendía consolarla.

Shae inclinó la cabeza en un silencio resignado, ocultando su resentimiento ante la evidente alegría de su abuelo por que Jerald fuese ya un recuerdo del pasado. Lo había conocido en Kekon. En aquella época, él estaba destinado en la isla de Euman, donde aún debería pasar quince meses, y tenía planes de licenciarse después en la universidad. Cuando Kaul Sen se enteró de que Shae tenía una relación con un marino extranjero, declaró con indignación que estaba condenada al fracaso. A pesar de que lo había dicho por motivos básicamente racistas (Jerald era shotariano, aunque había nacido en Espenia; era un debilucho de sangre aguada que estaba por debajo de ella; era un cabrón superficial), a Shae le irritaba sobremanera que la predicción del anciano hubiera acabado por ser cierta. Pensándolo bien, en lo de «cabrón superficial» también había acertado.

—Me alegro de verte bien de salud, abuelo —dijo Shae tímidamente, intentando descarrilarle el monólogo. Kaul Sen no hizo caso de la distracción.

—No he tocado nada de tu habitación —dijo—. Sabía que volverías en cuanto dejaras atrás esa etapa. Sigue siendo tuya.

Shae pensó con rapidez.

—Abuelo, he sido una enorme decepción para ti. No podía esperar tener un lugar en esta casa. Así que alquilé un piso, no muy lejos de aquí, y ya envié allí mis cosas. —No era cierto; no había organizado el alojamiento y no tenía nada que enviar. Pero, desde luego, no le entusiasmaba la idea de volver a su habitación de la infancia en la hacienda Kaul, como si no hubiera ganado nada ni hubiera cambiado nada en dos años y a un océano de distancia. Si se quedaba a vivir ahí, tendría que soportar las auras de jade de los huesos verdes que iban y venían, y el perdón paternalista de su abuelo—. Además, me convendría estar un tiempo a solas para asentarme. Para decidir qué hacer.

—¿Qué hay que decidir? Hablaré con Doru para ver de qué negocios puedes ocuparte.

—Abuelo —interrumpió Lan, que hasta entonces observaba la escena desde la puerta de la habitación—, Shae acaba de hacer un viaje muy largo.

Deja que deshaga el equipaje y descanse. Ya habrá tiempo para hablar de negocios.

—Oh —dijo Kaul Sen, pero soltó las manos de Shae—. Supongo que tienes razón.

—Vendré a verte pronto —dijo Shae. Se inclinó y lo besó en la frente—. Te quiero, abuelo.

El anciano gruñó, pero se le iluminó el semblante con un cariño que, Shae se dio cuenta, había echado de menos desesperadamente. A diferencia de Lan, ella nunca había conocido a su padre; cuando era pequeña, Kaul Sen lo era todo para ella. Él la adoraba, y ella a él. Mientras salía de la habitación, el anciano murmuró:

—Por el amor de todos los dioses, vuelve a ponerte el jade. Me duele verte así.

Shae salió al exterior con Lan. Estaban solos. El sol se había puesto y había dejado atrás un resplandor neblinoso que silueteaba los tejados de los edificios que rodeaban el patio central. Shae se dejó caer en un banco de piedra, al lado del arce, y soltó un profundo suspiro. Lan se sentó a su lado. Al principio no hablaron. Después cruzaron las miradas y los dos se echaron a reír sin mucho entusiasmo.

—Podía haber sido peor —dijo Shae.

—Hoy tenía el día bueno, ya te lo he dicho. Según el médico, tiene que empezar a portar menos jade, pero esa guerra la he estado aplazando. —Lan apartó la mirada un instante, pero Shae captó la breve mueca.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Está a gusto donde vive, es un sitio muy tranquilo.

Mucho tiempo atrás, su madre se había resignado a ser una madre solitaria y atendía a su exigente suegro a cambio de una vida segura y cómoda, en el papel de la respetada viuda de la familia dirigente del clan Sin Cumbre. Pero en cuanto Shae cumplió dieciocho años, Kaul Wan Ria se retiró a la residencia costera de la familia, en Marenia, a tres horas por carretera al sur de Yanlún. Que Shae supiera, no había vuelto ni una vez a la ciudad desde entonces.

—Deberías hacerle una visita —dijo Lan—. No urge; cuando te hayas asentado.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

Lan giró la cabeza y la miró de frente, con el ojo izquierdo entornado. Todo el mundo decía que era igual que su padre, pero Shae no veía el parecido. Su hermano tenía un aire firme y expresivo, nada semejante al guerrillero feroz de las viejas fotografías colgadas de la pared del abuelo. Pareció a punto de decir algo, y luego cambiar de idea y decir algo diferente.

—Estoy bien, Shae. Los asuntos del clan me tienen entretenido.

Shae se sintió culpable. No se había esforzado en contestar a las cartas de Lan cuando estuvo en Espenia; mal podía esperar ahora que le hiciera confidencias. Ni siquiera estaba segura de querer que se sincerase con ella, y menos si eso significaba oír hablar de disputas territoriales, linternas díscolos o puños muertos en duelos; asuntos del clan de los que se había prometido mantenerse alejada. A pesar de ello, pensó que su hermano había estado soportando su cargo como pedestal al tiempo que encajaba el abandono de Eyni y la espectacular decadencia del abuelo, y solo había tenido a Hilo y al viejo irritante de Doru para ayudarlo.

—No he estado a tu lado —dijo—. Lo siento.

—Tienes que vivir tu propia vida, Shae.

En la voz de su hermano no había reproche, y Shae agradeció a los dioses que Lan hubiera sido el primer miembro de la familia que había visto al volver. No le había hecho sentirse avergonzada, ni por marcharse ni por regresar. Era más de lo que merecía, y más de lo que podría esperar del resto de la familia.

Empezaba a sentir el desfase horario y estaba agotada. Se encendieron las luces de la casa y luego se amortiguaron; la figura de Kyanla recorrió las ventanas de arriba según iba bajando las persianas. En la oscuridad, las siluetas inmóviles de los bancos y los árboles entre los que Shae había jugado de niña parecían desaprobala con frialdad, como unos parientes lejanos. Se dio cuenta de que Kekon tenía un olor especial, cierto aroma indescriptible, especiado, sudoroso. ¿Ella olería así para sus compañeros de clase espenios? Se imaginó el olor penetrándole los poros. Puso una mano

en el brazo de Lan; su aura de jade la rodeó como una vibración grave, y se inclinó para acercarse a él, pero no demasiado.

Shae se registró en un hotel de la ciudad y pasó los tres días siguientes buscando piso. Aunque no quería estar demasiado cerca de la mansión Kaul, tampoco podía vivir donde le pareciera. Podía quitarse el jade, pero no la cara ni el nombre; había zonas de la ciudad que era mejor que evitara. Pero aunque limitó la búsqueda a los barrios bajo el firme control de Sin Cumbre, pasó los días desde el amanecer hasta bien pasada la puesta de sol viajando en el metro atestado y maloliente de parada en parada, sudando a mares en el calor del verano, visitando un edificio tras otro.

«Esto podría ser mucho más fácil», se quejó para sus adentros más de unas cuantas veces. Unas palabras de Lan a cualquier casero que fuera un linterna del clan le conseguirían un piso bien equipado en un abrir y cerrar de ojos. El alquiler le saldría a mitad de precio, suponiendo que tuviera que pagar algo, y el propietario tendría garantizada la aprobación inmediata de cualquier permiso o contrato de construcción que tuviera pendiente. Pero se mantuvo firme en su decisión de conseguirlo sin la ayuda de la familia. Mientras estudiaba vivía con austeridad, y con el cambio de moneda, el dinero espenio que había ahorrado el verano que trabajó en prácticas sería más que suficiente para pagar seis meses de alquiler si lo administraba con cuidado. Al final del tercer día de búsqueda le dolían los pies y estaba agotada, pero había firmado el contrato de un apartamento en Sotto Norte, modesto pero adecuado, y se sentía orgullosa.

Cuando volvió al hotel, Hilo la esperaba en el vestíbulo. Estaba repantingado en uno de los mullidos sillones de cuero, pero se irguió al ver llegar a Shae, y el puño que lo acompañaba (uno de los hermanos Maik; Shae no podía recordar cuál) se levantó del sillón de al lado y se fue al otro extremo del vestíbulo, para que pudieran hablar a solas.

Su hermano no parecía haber cambiado mucho desde la última vez que lo había visto, dos años antes, y Shae se preguntó con una inseguridad inesperada si él la encontraría distinta, si el pelo o la ropa la harían parecer mayor o extranjera. Hilo solo tenía once meses más que ella; cuando se

marchó estaban en un plano de igualdad, más o menos. Ahora, ella estaba en paro, soltera y sin jade; él era uno de los hombres más poderosos de Yanlún y tenía cientos de huesos verdes a sus órdenes.

Sabía que no podría evitar aquel encuentro, pero se decía que podía esperar un poco más. ¿Lan habría revelado dónde se alojaba, o habría sido el personal del hotel el que había informado a los dedos de Hilo? Cuando se levantó para saludarla, Shae se tensó. El vestíbulo de un hotel no era precisamente el lugar donde había imaginado que se verían.

—Hilo...

Su hermano la abrazó efusivamente.

—¿Qué haces en un hotel? ¿Me estás evitando? —Parecía verdaderamente dolido; Shae había olvidado lo sensible que podía ser a veces. Hilo le cogió la cabeza y la besó en las dos mejillas y en la frente—. He olvidado el pasado —dijo—. Todo está perdonado ahora que has vuelto. Eres mi hermanita, ¿cómo no te voy a perdonar?

Shae pensó que sonaba como el abuelo, tanto hablar de perdón. Por supuesto, a él no había que perdonarlo por llamarla puta y traidora al clan, ni por ofrecerse delante de Lan, del abuelo y de ella a matar a Jerald si le daban permiso. Y si Jerald no hubiera sido oficial del ejército de Espenia y Lan no hubiera estado presente para calmar los ánimos, Kaul Sen bien podría habérselo dado.

Una parte de ella estaba decidida a seguir enfadada con Hilo. Habría sido fácil si él siguiera estando furioso. Pero la magnanimidad de Hilo era como su aura de jade: impetuosa e inconfundible. Shae se sintió envuelta en una calidez que deshacía la tensión que cargaba como una armadura en la espalda y los hombros.

—No te estaba evitando —dijo—. Es que acabo de llegar y necesitaba un tiempo para asentarme, nada más.

Hilo se apartó un paso sin dejar de sujetarla por los codos.

—¿Y tu jade?

—No lo porto.

El rostro de Hilo se torció en una mueca. Se inclinó hacia su hermana y bajó la voz.

—Te necesitamos, Shae. —Puso los ojos a la altura de los de ella, paralizándola con una mirada insistente—. El clan Montaña viene a por nosotros. Todas las señales lo indican. Creen que somos débiles. El abuelo se pasa el día sentado y nunca sale de casa. No me fío un pelo de Doru. Pero contigo aquí, las cosas serán diferentes. Siempre has sido la favorita del abuelo, y si tú y yo estamos juntos apoyando a Lan...

—No me voy a meter. Que haya vuelto a Yanlún no significa que haya vuelto a los asuntos del clan.

Hilo ladeó la cabeza.

—Pero te necesitamos —dijo sencillamente.

Unas pocas palabras crueles lo harían marcharse. Se sintió muy tentada de herirlo, de rechazarlo, de provocarlo. Pero estaba harta de su eterna rivalidad. Pelear con Hilo era una muletilla, una mala costumbre adictiva que había tenido toda la vida y que había intentado dejar atrás, al igual que el jade, y no quería retomarla. Los dos eran adultos. Tenía que recordarse que, ahora, Hilo era el cuerno de Sin Cumbre. Si quería quedarse en Kekon, no podía estar a mal con él.

Reprimió la actitud defensiva.

—No estoy lista —dijo—. Necesito un tiempo a solas para aclararme. Puedes intentar respetar eso, ¿no?

Varias expresiones lucharon abiertamente en la cara de Hilo; parecía contener la decepción mientras intentaba valorar la sinceridad de Shae. Había acudido a ella, todo sonrisas y calidez fraternal, y cuando se ofrecía abiertamente esperaba lo mismo de los demás. No responder de forma equivalente era arriesgado. Cuando volvió a hablar adoptó un tono más medido:

—De acuerdo. Tómate el tiempo que necesites, como has dicho. Pero no hay nada que aclarar. Si no quieres ser una Kaul, no deberías haber vuelto. —Levantó un dedo antes de que ella pudiera responder—. No discutas; no quiero olvidarme de que te he perdonado. Quieres que te deje sola de momento y te dejaré. Pero no tengo tanta paciencia como Lan.

Echó a andar hacia la salida; su aura de jade se alejó rápidamente de Shae como una gran ola que retrocediera hacia el mar.

—¡Hilo! Saluda a Anden de mi parte.

Su hermano giró la cabeza a medias y dijo mientras se marchaba:
—Ve tú misma a saludarlo.

El lugarteniente dirigió una mirada de reproche a Shae y los dos hombres desaparecieron en la noche calurosa, más allá de las puertas del hotel.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 7

La academia Kaul Dushuron

AUNQUE estaban a la sombra, el sudor corría por la espalda y la cara de los estudiantes de octavo. Diez esperaban de pie, nerviosos, cada uno tras una pequeña torre de ladrillos incandescentes.

—Otro más —dijo el maestro, y los ayudantes, alumnos de tercero, fueron corriendo al fogón armados con tenazas; sacaron un ladrillo cada uno, con cuidado pero rápidamente, y lo colocaron encima de la pila humeante que les correspondía.

—Bueno, ¿dolor o fracaso? —murmuró entre dientes Ton, un alumno de octavo.

La pregunta de Ton estaba dirigida, sin lugar a dudas, a sus compañeros, y no pretendía que lo oyera nadie más, pero el maestro Sain tenía los sentidos muy agudos.

—Teniendo en cuenta que si no superáis los exámenes finales no volveréis a portar ni una brizna de jade en el resto de vuestra vida, me atrevería a sugerir que es preferible el dolor —replicó con sequedad. El maestro recorrió con una mirada feroz la hilera de alumnos vacilantes—. ¿Y bien? ¿Estáis esperando a que se enfríen los ladrillos?

Emery Anden acarició la muñequera de entrenamiento que llevaba en el antebrazo izquierdo, más por costumbre que porque necesitase un contacto adicional con las gemas de jade incrustadas en el cuero. Cerró los ojos e

intentó concentrarse y aferrar la energía característica que solo un pequeño porcentaje de kekoneses lograba aprender a manipular. Desde luego, era una elección entre dolor y fracaso, como había dicho Ton. Si activaba Fuerza, rompería los ladrillos, y si ejecutaba Acero, evitaría quemarse con la arcilla abrasadora. A menos que una persona, como aquel ejercicio pretendía enseñar, pudiera utilizar las dos cosas: Fuerza y Acero en conjunción. Un huesos verdes realmente hábil, la clase de guerrero que Anden y sus compañeros aspiraban a ser, podía invocar cualquiera de las seis disciplinas en cualquier momento: Fuerza, Acero, Percepción, Ligereza, Desviación y Canalización.

Anden oyó a su lado un crujido resonante, y un grito de dolor ahogado surgido de los labios de Ton. «El álgebra es más difícil», pensó, intentando tranquilizarse, y golpeó con la base de la palma el centro del ladrillo superior. Este se aplastó contra el siguiente, y aquel contra el de más abajo, en una onda de fuerza que recorrió la pila; solo duró un segundo, pero Anden lo sintió con claridad como la caída silenciosa de un castillo de naipes. El impacto provocó también un efecto de retroceso que se le dispersó por el brazo, el hombro y el cuerpo. Apartó la mano de inmediato y se la examinó con los ojos muy abiertos.

—Enseñadme las manos —dijo Sain con tono casi aburrido. Caminó ante la línea de estudiantes con expresión decepcionada, sin dejar de acariciarse la nuca tachonada de jade—. Veo que algunos pasaréis la hora de descanso de la tarde en la enfermería —dijo arrugando la nariz ante la imagen de las manos cubiertas de ampollas. Dio una patada a un ladrillo intacto, en el suelo—. Otros tendréis que repasar el entrenamiento de Fuerza. —Llegó al final de la hilera, miró los seis ladrillos rotos de Anden y las manos sin quemaduras y soltó un gruñido; era lo más cercano a una alabanza que había expresado nunca el maestro.

Anden mantuvo la mirada baja, fijada con humildad en los ladrillos rotos que tenía delante. Sonreír o recrearse en el éxito personal habría sido una grosería, y aunque había nacido en Kekon y jamás había salido de la isla, siempre tenía cuidado de no dar la impresión de ser de algún modo extranjero; era un viejo impulso subconsciente que lo había acompañado toda la vida.

Sain dio una palmada.

—Quitaos las muñequeras. La semana que viene volveremos a hacer esto, y lo repetiremos hasta que mejoréis o estéis demasiado lisiados para aprobar.

Los estudiantes se llevaron a la frente las manos unidas, reprimiendo gemidos de dolor, y se apartaron para que los de tercero limpiaran los escombros. Anden se alejó, se desabrochó la muñequera de entrenamiento y la guardó en la caja. Después se agachó, con la espalda apoyada en la pared, y cerró los ojos cuando lo golpeó la resaca. Cuanta mayor era la sensibilidad al jade, peor resultaba el efecto, aunque la exposición hubiera sido breve. A veces, Anden necesitaba el doble de tiempo que los otros estudiantes para recuperarse, pero ya tenía más práctica. Respiró y se obligó a relajarse mientras pasaba la sensación mareante de que le habían quitado el mundo de debajo de los pies; todo le pareció más apagado y con los bordes quebrados durante unos instantes, antes de volver a concretarse y reafirmarse en una normalidad embotada. Al cabo de un rato había recuperado el control; se puso en pie y se echó la mochila al hombro.

—He oído gruñir a Sain —dijo Ton; tenía la mano metida en un barreño de agua fría que un par de alumnos de tercero habían llevado con diligencia a sus mayores—. Muy bien, Emery. —Pronunció el nombre con acento kekonés: «Em-ri».

—Mis ladrillos eran más finos —respondió Anden con cortesía—. ¿Qué tal la mano?

Ton hizo una mueca, se envolvió la mano en una toalla y se la pegó al estómago. Era un muchacho esmirriado, más bajo que Anden, pero dominaba la Fuerza de forma excelente. El jade era así de extraño; a veces, una mujer flacucha podía doblar barras de metal, y un hombre grande y pesado mostraba una Ligereza que le permitía subir por las paredes y saltar desde tejados. Una prueba más, como si fuera necesaria, de que las habilidades que liberaba el jade eran más que puramente físicas.

—Ojalá la Canalización funcionara mejor con las heridas superficiales —dijo abatido—. Y ha tenido que pasar justo antes del Día del Barco. —Se interrumpió y miró a Anden—. Oye, keke, unos cuantos hemos pensado en

pasarnos la semana que viene por los bares de las Dársenas antes del hundimiento del barco. ¿Te apetece venir, si no tienes planes?

Anden tenía la firme impresión de que invitarlo había sido una idea de último momento, lo que ocurría a menudo; pero, por supuesto, no tenía planes, y existía la posibilidad de que Lott Jin estuviera en el grupo. Así que contestó:

—Claro, suena bien.

—Estupendo —dijo Ton—. Nos vemos entonces.

Se sujetó la mano quemada y echó a andar hacia la enfermería. Anden partió en sentido contrario, hacia la residencia, y fue cavilando por el camino. Después de más de siete años en la academia, se había acostumbrado a existir en un territorio social respetable pero algo solitario que solo habitaba él; una zona en la que nunca lo excluían, pero tampoco lo incluían activamente. Los compañeros eran cordiales con él (tenían que serlo), y consideraba auténticos amigos a Ton y a unos pocos más, pero sabía que muchos de sus homólogos se sentían vagamente incómodos en más de un sentido y no esperaba que lo aceptaran por completo.

Pau Noni, otra alumna de octavo, se le acercó corriendo por el campo de entrenamiento, con la cara enrojecida a causa del calor húmedo del mediodía.

—¡Anden! Tienes visita. Te espera delante. —Señaló la senda que llevaba al pabellón de la entrada de la academia.

¿Visita? Anden se colocó bien las gafas en el sudoroso puente de la nariz y miró hacia las puertas. La miopía hacía que la resaca del jade fuera aún más dura, y le hacía perder el sentido de Percepción. ¿Quién habría ido a verlo? La mochila de la escuela le rebotó contra los hombros mientras trotaba por el campo de entrenamiento.

El pequeño terreno del lado este era uno entre varios repartidos por las veinticinco hectáreas del campus. La academia Kaul Dushuron se alzaba en una colina del distrito Parque de la Viuda. Aunque la bulliciosa ciudad de Yanlún y sus arrabales se extendían alrededor, los altos muros de la academia, y los olmos y alcanforeros que daban sombra a los largos edificios de una sola planta, separaban el campus de la metrópoli y conservaban la atmósfera de los tradicionales santuarios de entrenamiento

de los huesos verdes. La academia era el legado de Kaul Sen, un homenaje a su hijo; pero en un sentido más profundo era una de las pruebas más visibles de que la cultura de los huesos verdes había arraigado hasta ocupar una posición preponderante en la sociedad kekonesa. Cuando se paraba a pensarlo, Anden se daba cuenta de que la academia tenía tanto de símbolo como de escuela.

Cuando llegó al pequeño jardín de rocas que se extendía tras el portón principal, refrenó el paso. Había un hombre sentado en uno de los muretes, con una postura desgarbada de aburrimiento. Llevaba pantalones beis a medida y tenía las mangas de la camisa arremangadas hasta la mitad del antebrazo; había dejado la chaqueta doblada en el murete. Cuando Anden se acercó, el hombre se puso en pie con lánguida elegancia, y el joven vio que se trataba de Kaul Hilo.

Una sensación de nerviosismo le aferró el pecho.

—Parece que te sorprende verme, primo —dijo Hilo—. ¿Creías que me había olvidado de felicitarte el cumpleaños?

Pocos días antes, Anden había cumplido los dieciocho. Había pasado el día como otro cualquiera, pues los instructores de la academia consideraban vulgares las celebraciones personales y no las miraban con buenos ojos. Se recompuso y se llevó las manos unidas a la frente a modo de saludo respetuoso.

—No; sé que estás ocupado. Es un honor que me visites, Kaul-jen.

—«Es un honor, Kaul-jen» —imitó Hilo con voz engolada. Curvó la comisura izquierda de la boca en una sonrisa burlona—. ¿A qué viene tanta formalidad, Andy? ¿Te está planchando este sitio? —Abrió los brazos—. Porque conmigo no pudo.

«Eres un Kaul. La academia lleva el nombre de tu padre». Incluso entre los iniciados sin jade existían privilegios; a cualquiera que fuera de otra línea familiar o tuviera menos talento lo habrían expulsado por las faltas que había acumulado Hilo durante su entrenamiento. Ahora era el cuerno de Sin Cumbre. Nada menos.

Anden intentó relajarse en presencia de su primo. Hilo tenía nueve años más que él, pero parecía que no había envejecido nada desde que se

licenció; cualquiera que los viera les echaría aproximadamente la misma edad.

—¿Cómo está el abuelo? —Anden llamaba abuelo a Kaul Sen, igual que llamaba primos a los Kaul más jóvenes—. ¿Y Lan-jen?

—Oh, siguen luciendo su pedestalidad.

Hilo se acercó a Anden. Este se descolgó la mochila del hombro, se apresuró a quitarse las gafas y se las guardó en un bolsillo lateral. Eran nuevas, y no quería...

Apenas tuvo tiempo de dejar la mochila en el suelo; Hilo lo agarró tan rápido como un mono robando fruta. Las manos se cerraron como grilletes de metal en la muñeca y el antebrazo de Anden y retorcieron. Con un giro violento, Hilo lanzó al suelo al joven.

Anden se dejó llevar siguiendo el movimiento y descargó el peso para aflojar la llave de brazo. Tiró de su primo hacia sí mientras forcejeaban. Hilo le dio dos fuertes rodillazos en el costado y Anden jadeó y se encogió, aferrado a los brazos del otro, y se meció como un suplicante en un templo. La frente le rebotó contra el hombro de Hilo.

El sabor intenso de la energía del jade le llenó la boca. El jade de Hilo. A tan corta distancia, la resonancia cubrió a Anden; zumbaba y latía al ritmo del pulso, la respiración y los movimientos del otro hombre. La sangre se le agolpó en la cabeza; no era un auténtico subidón de jade, pero se parecía. Intentó aferrarlo con ansia, sujetarse a los bordes oscilantes del aura de su primo, como si intentara aferrar vapor con las manos. Cuando Hilo levantó la rodilla de nuevo, aprovechó aquel instante de desequilibrio para golpearlo en el esternón con la palma de la mano, con Fuerza suficiente para hacerlo retroceder varios pasos.

Hilo no perdió la sonrisa; dio un par de pasos danzarines hacia un lado y después volvió a cargar contra Anden con una ligereza amenazadora. Anden se preparó para encajar. No podía huir de Hilo; no era una opción. Daba igual lo mala que pudiera ser la paliza en ciernes. Hilo lo golpeó en el cuerpo con rapidez cegadora, con golpes despreocupados que dejaron a Anden tambaleándose y reprimiendo un quejido. El joven consiguió bloquear el puñetazo siguiente y, al desviarlo, quedar con Hilo justo a su alcance; entonces alargó el brazo sobre el bíceps de su primo, pasándole por

encima de la guardia, y lo golpeó bajo la barbilla con el canto de la mano abierta.

La cabeza de Hilo se sacudió hacia atrás; se tambaleó y tosió. Anden no vaciló: le dio un puñetazo en la boca. Hilo dijo «¡Guau!», giró en redondo y empotró una violenta patada en el abdomen de Anden, aplicando Fuerza; el joven salió volando y aterrizó de espaldas en el suelo de grava.

Anden gimió. «¿Por qué hacemos esto?». Solo era un estudiante y tenía prohibido portar jade fuera de las sesiones de entrenamiento supervisadas. Hilo era un huesos verdes poderoso. La lucha no estaba igualada ni de lejos. Por supuesto, esa no era la cuestión. Se las arregló para ponerse en pie tambaleándose y siguió peleando; no tenía alternativa si quería evitar que lo hicieran pulpa.

Habían atraído espectadores. Unos cuantos iniciados jóvenes que andaban por los alrededores se habían acercado para ver mejor como el estudiante número uno del último curso de la academia se llevaba una paliza a manos del cuerno de Sin Cumbre. Hilo parecía disfrutar del público y, de vez en cuando, dirigía a los estudiantes una mirada de amable tolerancia. De repente, y de forma absurda, a Anden le preocupó que los espectadores que no conocían a Hilo pudieran creer que estaba furioso o era cruel. Era posible que no notasen que se movía con aire relajado, que tenía una expresión amistosa y atenta, como si Anden y él estuvieran charlando durante una comida en vez de machacándose mutuamente.

Soportó el castigo que le infligía Hilo y le devolvió todo lo que pudo; le atacó las costillas y los riñones, le volvió a manchar la cara de sangre, incluso fue a por las rodillas y la entrepierna. Pero al final, Hilo lo arrojó al suelo y lo clavó en él, hundiéndole una rodilla entre los omoplatos, y Anden se quedó tumbado mirando al mundo de reojo y respirando polvo, incapaz de moverse, deseando que aquella tarde lo hubiera visitado cualquier otro pariente excepto Kaul Hilo.

Hilo se quitó de encima de Anden y se sentó en el suelo a su lado, con las piernas estiradas y apoyado en los brazos.

—Guau —dijo. Se limpió la cara con el faldón de la camisa, manchándolo de sudor y sangre—. Te queda menos de un año para licenciarte, Andy. Tengo que aprovechar mientras pueda. ¿Sabías que Lan

me daba unas palizas espantosas cuando empezó a portar jade, antes de que yo lo tuviera?

«Lan —pensó Anden, aunque no lo dijo en voz alta— opinaba que estabas loco». Lan le había contado que Hilo solía atacar a su hermano mayor e insistía en pelear aunque aquel le sacaba ocho años, era más voluminoso físicamente y portaba jade. Así que en más de una ocasión no tuvo más remedio que apalizarlo hasta dejarlo casi inconsciente.

—Ya me las devolverás cuando portes jade. Fíjate. Soy un huesos verdes. Soy el puto cuerno del clan. Y me has hecho esto. —Se señaló el labio ensangrentado—. Y esto. —Se tocó un chichón en la cabeza—. Y esto. —Se levantó la camisa y enseñó a Anden el moratón del torso. Volvió a dejar caer la camisa y sonrió con tanta alegría que Anden se quedó mirándolo fijamente—. Siempre he sabido que eres especial. Podías sentir mi jade, ¿verdad? Creo que hasta podías usarlo. ¿Sabes lo infrecuente que es eso? ¿A tu edad? Piensa cómo serás cuando consigas tu propio verde.

Anden agradecía los elogios de su primo, pero no estaba tan orgulloso de su propio rendimiento. Le dolía todo. Se sentía como un ratón al que un tigre hubiera estado sacudiendo durante horas. Se preguntó si el que no encontrara aquello ni tan remotamente divertido como su primo se debería a que no era un kekonés de pura sangre. Según el tópico, los kekoneses eran incapaces de negarse a poner a prueba su destreza. Era imposible asistir a una reunión social sin que tuviera lugar algún tipo de confrontación física; cualquier cosa, desde escupir huesos de fruta en vasos hasta competiciones acaloradas de balón relevo, e incluso verdaderas peleas. La costumbre y la cortesía dictaban que después de tales enfrentamientos, que en general eran amistosos pero a veces se ponían mortalmente serios, el vencedor hiciera algún comentario humilde («Tenía el viento a favor», «Hoy he comido más») o expresara alguna alabanza que permitiera al rival salvar la cara («Si hubieras llevado mejor calzado, no habría podido contigo», «He tenido suerte de que tuvieras agujetas»), por improbable que fuera la justificación.

Así que era posible que Hilo estuviera siendo cortés, pero Anden no creía que fuera el caso. No; aquella era la forma en que Hilo creaba un vínculo con él, comprobaba de qué estaba hecho y averiguaba si era de los

que, al verse superados y sin esperanza alguna de vencer, se rendían o seguían peleando hasta que no podían más.

Hilo se puso en pie y se sacudió los pantalones.

—Vamos a dar un paseo.

Anden habría querido explicarle que de verdad necesitaba ir a la enfermería. Pero se levantó, recogió la mochila polvorienta y cojeó en silencio junto a su primo por el sendero del jardín de rocas. Por lo visto, ya podían hablar.

Hilo sacó dos cigarrillos y le ofreció uno. Encendió primero el de Anden y luego el suyo.

—Tendrás que empezar como un dedo, igual que todos; así es como funcionamos. Pero si todo va bien, serás un puño en seis meses. Tendrás tu propio territorio y tu propia gente. —El público se había dispersado. Hilo miró al otro extremo del campo, donde unos cuantos estudiantes se preparaban para entrenarse—. Este año tienes que estar atento y empezar a pensar a quiénes de tus compañeros querrás como dedos. La habilidad es importante, pero no lo es todo. Necesitas a los leales y disciplinados, a los que no empiecen broncas pero tampoco aguanten que los pisen.

La mezcla del choque de adrenalina y las palabras de Hilo hizo que a Anden le temblaran las manos. Dio una calada al cigarrillo.

—Kaul-jen... —empezó a decir.

—Maldita sea, Andy. ¿Tengo que darte otra paliza? Deja de llamarme así. —Le pasó un brazo por los hombros. Anden se encogió, pero Hilo lo atrajo hacia sí y le dio un fuerte beso en la mejilla—. Eres tan hermano mío como Lan. Lo sabes.

Un golpe de vergüenza lo hizo acalorarse. No pudo evitar mirar alrededor para ver si alguien había presenciado el arrebato cariñoso de su primo. Hilo se dio cuenta y lo azuzó:

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa que se lleven una impresión equivocada? ¿Saben que te gustan los chicos? —Cuando Anden lo miró estupefacto, Hilo se echó a reír—. No soy idiota, primo. Algunos de los huesos verdes más poderosos de la historia eran maricas. ¿Crees que me importa? Límitate a no olvidar una cosa: pronto tendrás que fijarte mucho en con quién te juntas, no vaya a ser que anden detrás de tu jade.

Anden se sentó pesadamente en el murete de piedra. Sacó las gafas del bolsillo de la mochila e intentó limpiarse un poco el polvo de la cara, empastado por el sudor, antes de ponérselas. El consejo de su primo parecía una tontería; no andaba envuelto en ninguna relación romántica y a veces albergaba la convicción resignada de que nunca la tendría. Pero no le apetecía compartir aquel sentimiento con el cuerno, y además tenía preocupaciones más apremiantes, relacionadas con el último año de estudios.

—Hilo —dijo en voz baja—, ¿qué pasará si al final no puedo manejar el jade? ¿Qué pasará si no soy capaz? Solo soy medio kekonés.

—La mitad que tienes basta y sobra —aseguró Hilo—. Hasta puede que un poco de sangre extranjera te haga mucho mejor.

La sensibilidad al jade era un asunto complicado. Solo los kekoneses poseían la suficiente para ser huesos verdes. La ascendencia mestiza de Anden lo convertía en un caso límite. Era más sensible, no cabía duda, lo que con el entrenamiento adecuado podría conllevar una capacidad mayor... o una propensión letal a la comezón.

—Conoces la historia de mi familia —musitó.

Un grupo de niños cargados con cubos y palas recorría el campo, guiado por un instructor. Se tambaleaban de agotamiento bajo el sol inclemente, pero sabían que no debían quejarse. Los dos primeros años de academia consistían en estudio y trabajo físico constantes, combinados con la exposición programada y gradual al jade; aquellos niños no empezarían a estudiar las seis disciplinas hasta tercero. La tolerancia al jade se desarrollaba mediante un condicionamiento físico y mental riguroso, igual que se desarrollaba la musculatura del cuerpo, pero también existía un factor de suerte y genética. No había forma de saber por qué algunos huesos verdes podían portar una carga de jade mayor sin sufrir ninguno de los terribles efectos secundarios y otros no.

Hilo se rascó una ceja con el pulgar, con el otro brazo aún sobre los hombros de Anden.

—¿La historia de tu familia? Tu abuelo fue una leyenda en la guerra; tus tíos fueron puños famosos. Dicen que tu madre era capaz de Percibir a un

pájaro que volase sobre ella y Canalizar a tal distancia que podía pararle el corazón en pleno vuelo.

Anden contempló el extremo encendido del cigarrillo. No estaba pensando en eso.

—La llamaban la Bruja Loca.

Una noche, cuando tenía siete años, Anden había encontrado a su madre sentada desnuda en la bañera, en plena noche. Recordaba que había ocurrido después de una día caluroso en pleno verano, uno de esos días agobiantes en que la gente metía las sábanas en hielo por la tarde y colgaba toallas mojadas delante de los ventiladores. Se había levantado a mear. La luz del baño estaba encendida, y cuando entró, la vio allí sentada. El pelo le caía por la cara en mechones lacios y húmedos, y los hombros y las mejillas relucían bajo el resplandor amarillo. Lo único que llevaba encima era la gargantilla con tres capas de jade que nunca se quitaba. La bañera estaba medio llena; el agua, tintada de rosa por la sangre. La madre de Anden le dirigió una mirada desenfocada y confundida, y él vio que tenía en la mano un rallador de queso. Se había arrancado la piel de los antebrazos; parecía como si se los hubiera cubierto de carne picada.

Tras un momento que creyó que nunca acabaría, su madre le dirigió una sonrisa tímida.

—No podía dormir, me picaba demasiado. Vuelve a la cama, cariño.

Anden salió corriendo del baño y llamó a la única persona en la que pudo pensar: Kaul Lanshinwan, el joven que los visitaba a menudo, compañero y mejor amigo de su tío antes de que este se arrojase al mar desde el puente Confín una mañana del año anterior. Lan y su abuelo acudieron y llevaron a la madre de Anden al hospital.

Era demasiado tarde. Aunque la sedaron y le quitaron todo el jade que portaba o tenía cerca, no tenía salvación. Cuando despertó se sacudió en las correas que la sujetaban, gritó y los maldijo, los llamó perros y ladrones, exigió que le devolvieran el jade. Anden se quedó sentado en el pasillo, a la puerta de la habitación de su madre, tapándose los oídos con las manos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Murió pocos días después y no dejó de gritar hasta el final.

Once años más tarde, aquel recuerdo todavía poblaba las pesadillas de Anden. Cuando estaba preocupado o lo invadían las dudas, resurgía. Si se despertaba inquieto en la habitación, no podía obligarse a levantarse e ir al baño. En esas ocasiones se quedaba acostado a oscuras con la vejiga dolorida, la garganta seca y picores psicósomáticos por toda la piel, con el temor insidioso de llevar en la sangre una maldición que significaría que también él estaba destinado a morir joven y demente. El poder era hereditario en su familia; la locura, también. Por ese motivo no se había cambiado nunca el nombre, aunque los Kaul lo animaban a ello, y prefirió conservar el apellido extranjero Emery, que no significaba nada para nadie, en vez de adoptar el de la familia materna. El apellido «Aun» iba cargado de expectativas de grandeza y locura, y Anden no quería para sí ninguna de las dos cosas.

Tras la muerte de la madre de Anden, Lan habló con su abuelo. Sin ceremonia alguna, los Kaul lo acogieron y lo aceptaron como parte de la familia; le dieron comida y techo hasta que cumplió diez años y luego lo enviaron a la academia Kaul Dushuron con el dinero y las bendiciones de Kaul Sen. Resultó así que la familia dirigente del clan Sin Cumbre fue la única que tuvo. Toda la rama materna de Anden había caído presa de la tragedia, y su padre no era más que un recuerdo lejano: un hombre de ojos azules vestido de uniforme que había regresado a un lejano país de mujeres de cabello claro y automóviles veloces.

—Tu madre tuvo una mala vida; empezó mal y terminó mal —dijo Hilo—. Tú no serás como ella. Estás mejor entrenado. Y nos tienes a todos, que cuidaremos de ti. —Apagó el cigarrillo—. Y si lo necesitas de verdad, ahora existe el SN1.

—Sene —dijo Anden, usando el nombre callejero del producto—. Drogas.

Hilo arrugó la nariz con desdén.

—No me refiero a la mierda que los advenedizos con fiebre del jade fabrican en laboratorios mugrientos para vendérsela en la calle a los débiles y a los extranjeros. Hablo del SN1 de calidad militar, lo que dan los espenios a su gente de operaciones especiales. Mitiga lo peor de la sensibilidad al jade; te da un poco de margen si lo necesitas.

—Dicen que es venenoso y es fácil tener una sobredosis; que quita años de vida.

—Eso es si eres un extranjero de sangre aguada y sin entrenamiento que se lo inyecta continuamente como un yonqui —dijo Hilo con sequedad—. Tú no eres así. Todo el mundo es diferente; todavía no sabes cómo te afectará portar el jade. No digo que vayas a necesitar ayuda, solo señalo que existe. Si te hace falta, podemos conseguírtelo sin problemas. Eres un caso especial; no hay nada de lo que avergonzarse, Andy.

Hilo era el único que lo llamaba con aquel apodo de sonido extranjero. Al principio, eso irritaba a Anden, pero ya no le importaba. Se había dado cuenta de que Hilo lo consideraba algo especial, un tratamiento exclusivo entre ellos dos. Anden reparó en que el cigarrillo se había consumido. Lo apagó del todo y se guardó la colilla en el bolsillo para no ensuciar el jardín de rocas y evitar una reprimenda.

—Me pregunto si el sene habría podido salvar a mi madre.

Hilo se encogió de hombros.

—Quizá, si hubiera estado disponible en aquella época. Pero tu madre tenía muchos problemas más: la marcha de tu padre, el suicidio de tu tío... Cualquiera de esas cosas la podría haber desquiciado de todas formas. —Observó a Anden con cierta inquietud—. Oye, ¿por qué te preocupas tanto de repente? Pronto serás un huesos verdes; no estés tan sombrío, joder. Nunca dejaré que le pase nada a mi primito.

Anden se estrechó el torso magullado.

—Lo sé.

—Y no lo olvides —dijo Hilo. Se apoyó en el muro—. Por cierto, recuerdos de Shae.

—¿Has hablado con ella? —preguntó sorprendido—. ¿Ha vuelto?

Pero Hilo había dejado de sonreír y no dio señas de haber oído la pregunta. En vez de responder, se puso a hablar en voz baja:

—Te vamos a necesitar pronto, Andy. —Pasó la mirada por los alrededores, como si estuviera contando los estudiantes. La mayoría ya tenía algún tipo de afiliación al clan; eran hijos de huesos verdes y de linternas. La academia era en buena parte la cantera de Sin Cumbre, del mismo modo que su rival, la escuela Wie Lon, era la de Montaña—. Vamos

a necesitar pronto a todos los iniciados leales que podamos conseguir. A Lan no le gustará que te lo diga, pero debes saberlo. La verdad es que al abuelo le falta más de un tornillo y tiene un pie en la tumba. Ayt Yu murió, y esa zorra de Mada va a por nosotros. Pronto habrá problemas con el clan Montaña.

Anden miró a su primo con preocupación, pero no supo qué decir. Habían circulado rumores por el campus todo el verano; se decía que estaba creciendo la tensión entre los clanes. El hermano mayor de nosequién era un dedo al que alguien del clan Montaña había insultado, y habría un duelo. A la tía de nosecuántos la habían echado de casa después de que un promotor inmobiliario afiliado al clan rival comprara el edificio donde vivía. Cosas así. Nada que Anden no hubiera oído antes en todos los años que llevaba allí; siempre había disputas entre los clanes menores. En el entorno cerrado de la academia, los problemas inminentes de los que hablaba Hilo parecían muy lejanos; cosas que preocupaban a sus primos, pero nada que lo afectara personalmente hasta que se licenciara la primavera próxima.

Se equivocaba. Los problemas le cayeron encima al cabo de una semana.

CAPÍTULO 8

El encuentro del Día del Barco

LE pasó por ir a mear solo.

El Día del Barco marcaba el inicio de la estación de los tifones; esta terminaba tres meses después, momento en que se celebraba el Festival de Otoño. El Día del Barco era una festividad centrada en sobornar a Yofo, el caprichoso dios de los tifones, con suficiente destrucción para que se diera por satisfecho durante el año siguiente y contuviera los Azotes de la Tierra: unas tormentas de tremenda fiereza, capaces de arrancar árboles, arrasar pueblos y provocar avalanchas. Niños y adultos construían barcos de papel, casas de cerillas y coches en miniatura, y los destruían con gran alborozo; prenderles fuego y arrasarlos a manguerazos eran los métodos más habituales, pero también servía arrojarlos desde sitios elevados, aplastarlos con piedras o cubrirlos de barro. En la tarde del Día del Barco, el puerto de Yanlún se convertía en el escenario de una batalla naval simulada, con llamas, cañonazos y marineros que saltaban por la borda. La festividad terminaba con el hundimiento ceremonial de uno o dos barcos viejos.

Desde que era pequeño, Anden había presenciado el espectáculo del puerto las veces suficientes para que no le apeteciera volver a verlo, pero aceptó la propuesta de Ton de ir al muelle con unos compañeros y disfrutar de la juerga general. La academia, con el fin de inculcar un espíritu de austeridad y disciplina, servía comidas insípidas y magras, prohibía el

consumo de alcohol y daba pocos días libres a los estudiantes. De modo que en las festividades especiales, los alumnos de séptimo y octavo, que tenían permiso para salir del campus sin supervisión, tendían a excederse y a comer y beber hasta hartarse antes de que al día siguiente, según la tradición, se llevaran unas cuantas palizas y castigos a manos de instructores poco comprensivos. Anden, Ton y otros tres alumnos: Lott, Heike y Dudo, visitaron cuatro bares de las Dársenas, devoraron media docena de platos de comida callejera en los tenderetes del muelle y, a media tarde, se pusieron a debatir si se quedaban a ver el hundimiento o intentaban abrirse camino contra la corriente de espectadores que se acercaba.

Anden sentía la vejiga a punto de estallar y no había aseos a la vista. Hacía un calor húmedo, como era habitual, y en la última media hora había bebido un montón de refrescos mientras maldecía su débil sangre espesa por no tolerar bien el hoji, el licor de dátiles kekonés, y no poder achisparse.

—Vamos ahí arriba; tengo que mear —dijo antes de darse cuenta de que nadie le prestaba atención. Dudo estaba vomitando en un cubo de basura; Ton estaba al lado, dándole apoyo moral. Heike y Lott discutían acaloradamente sobre balón relevo.

Anden se dispuso a esperar y los observó. Heike era alto, tenía buenos brazos y era sin duda el más atractivo de los dos, pero Lott Jin tenía algo que siempre captaba su atención. Un mohín sensual en la boca curvada como un arco; el pelo levemente ondulado que caía en mechones sobre unos ojos de largas pestañas que no sonreían. Cierta descuido animal en los movimientos del bien proporcionado cuerpo que le hacía dar la impresión de mantener una actitud desdeñosa hacia todo.

La discusión sobre balón relevo no tenía trazas de acabar, y no parecía que ninguno del grupo fuera a estar listo para moverse a corto plazo, así que Anden decidió atender sus propias necesidades. En vez de luchar contra el gentío que se empujaba para conseguir una buena vista del puerto, se dejó llevar por el muelle y acabó en el embarcadero del transbordador, desde donde partían barcos hacia las islas Euman y Botón. Cualquiera habría supuesto que habría aseos en el muelle, pero no era así. Anden cruzó la calle y caminó tres manzanas antes de dar con un local de pan frito, en una esquina. Se abrió paso pidiendo disculpas a través de la cola que se había

formado ante el mostrador, entró en el baño y cerró la puerta. Suspiró con alivio y musitó una oración a Tewan, el dios de los comercios, pidiendo bendiciones para los propietarios de la freiduría La Choza Caliente.

Para salir del local tuvo que volver a abrirse paso por un grupo de jóvenes que ganduleaban en la entrada. Un muchacho que tendría más o menos su edad le dio un empujón.

—¿No vas a comprar nada? —dijo.

—¿Perdón?

El muchacho señaló con la cabeza hacia La Choza Caliente sin apartar la mirada de Anden.

—¿Te echas una meada ahí y no haces gasto? ¿No te gusta el pan frito? Es el mejor de la ciudad. Tendrías que tener más respeto, keke.

—No es un keke —dijo otro; tragó un bocado de pan frito humeante y apuntó a Anden con la barbilla—. Es un perro callejero y está en la parte incorrecta de la ciudad.

Anden miró de reojo la ventana del local y se dio cuenta de inmediato de su error. Con las prisas había salido de las Dársenas y se había metido en el distrito de Parque Verano. Encima de la caja registradora había una linterna de papel colgada, pero era de color verde claro, no blanco. Estaba en el territorio del clan Montaña y llevaba una camisa con los colores de la academia Kaul Du.

Casi no le quedaba dinero, y lo último que le apetecía a su estómago inflado era pan frito.

—Tenéis razón —dijo—. Voy a entrar a comprar algo. —Dio un paso hacia la cola de clientes.

El joven que había hablado primero le dio un empujón en el hombro y se irguió desafiante.

—No; con esa camisa fea no entras. —En la cara con cicatrices de acné se dibujó una sonrisa burlona—. Dámela. La consideraremos tu tributo a la escuela Wie Lon y la colgaremos en el urinario.

—No te voy a dar mi camisa —replicó Anden, pero estaba inquieto. Aunque ya tenía dieciocho años, todavía era un estudiante sin jade propio; no era un hombre según las costumbres de los suyos. Los huesos verdes, gobernados por el código de honor del aisho, tenían prohibido dar muerte a

cualquier miembro de la familia de sus enemigos que no portase jade. Por desgracia, los miembros sin jade de clanes y escuelas rivales no estaban sujetos al código. Podían hacer con él lo que les diera la gana. Desde muy temprana edad le habían enseñado que nunca debía salir a solas del territorio Sin Cumbre. Maldijo en silencio a sus compañeros borrachos, al quinto chupito de hoji y a su propia imprudencia.

Eran tres: el jefe con la cara marcada de acné, su compañero flacucho y un muchacho silencioso que parecía más joven, quizá de quince o dieciséis años, pero que ya era más grande y corpulento que los otros. Cerraron filas en torno a Anden con una naturalidad que le demostró que no era la primera vez que peleaban juntos. El jefe en el centro, ligeramente atrasado; el joven delgaducho y el muchacho corpulento cerrando los lados.

—Toca el suelo con la frente y danos la camisa, perro —dijo el jefe—. Y di que la academia Kaul Du es una escuela de bastardos y comemierdas de sangre aguada.

Los otros dos soltaron una risilla. Si volvían a la escuela Wie Lon con una camisa ensangrentada de la academia Kaul Du y el relato de una buena paliza, su prestigio entre los compañeros aumentaría inmensamente. Anden no retrocedió, pero otros sí: toda la cola de clientes se desvió a la derecha como una serpiente, pegándose a la fachada de La Choza Caliente y dejando a los cuatro jóvenes todo el espacio de la acera. La mujer que tomaba nota de los pedidos en el mostrador se puso de puntillas y les gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡No peleéis delante de la puerta de cristal! —Agitó los brazos indicándoles que se alejaran.

Anden aprovechó la distracción repentina para atacar primero. Hizo una finta hacia la derecha, dio un paso a la izquierda y encadenó una secuencia de golpes en la cara del flacucho: puño izquierdo, codo izquierdo, revés en la mandíbula con la base de la palma derecha. El otro cayó como un saco.

Era lo mejor. No podía huir sin avergonzar a la academia y a Hilo, y no podía vencer sin jade y contra tres adversarios, dos de ellos más grandes que él. Pero lo único que harían sería darle una paliza. No lo iban a matar en público en el Día del Barco, y menos si luchaba suficientemente bien para granjearse su respeto.

Anden agarró por los hombros al adversario que caía, giró y lo empujó dando tumbos hacia el camino del jefe, que ya cargaba hacia él. El joven corpulento se le acercó rápidamente por detrás y lo sujetó con un abrazo de oso que le pegó los brazos al cuerpo; Cara de Acné saltó por encima del compañero caído y se puso a atizarle puñetazos en el estómago y los costados. Anden gruñía con cada estallido de dolor. De repente descargó el peso hacia abajo, golpeó con el talón la espinilla del muchacho corpulento y le dio un violento pisotón en el empeine. El muchacho soltó una maldición y apartó el pie; en ese momento, Anden levantó las dos piernas y asestó una patada doble en el pecho del jefe.

Su adversario trastabilló hacia atrás, hacia la puerta de La Choza Caliente, y tropezó con las piernas del compañero que estaba en el suelo, pero la gente con la que había chocado lo sujetó y lo empujó de vuelta al combate. El muchacho corpulento había perdido el equilibrio y había tenido que soltar a Anden para protegerse de la caída. Anden aterrizó encima de él y golpeó ciegamente con el codo; oyó como impactaba con fuerza. Se apresuró a apartarse rodando, pero antes de que pudiera volver a levantarse, los gruesos brazos del muchacho le rodearon la cintura, lo arrastraron al suelo y lo fijaron allí como un ancla. El jefe, ya recuperado, le descargó una lluvia de golpes.

Anden encajó dos puñetazos, uno en la mejilla y otro en una oreja, y de repente, el ataque se detuvo y sintió que se libraba del peso de sus adversarios.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —dijo una voz de hombre. Anden alzó la mirada y vio a un huesos verdes de piel oscura del clan Montaña; el hombre había levantado de un tirón a los tres estudiantes de Wie Lon, que se encogieron acobardados. No eran rivales para su Fuerza mientras los sacudía como si fueran unos cachorros revoltosos—. Es el Día del Barco, mierdecillas. Mirad ese parque lleno de gente. Hay hasta turistas. Y lo que ven es a unos estudiantes de Wie Lon revolcándose en el suelo y peleando como perros. Pero qué cojones.

—Le estábamos dando una lección, Gam-jen —gimoteó el jefe—. Es un mocoso de Kaul Du, y además mestizo. Y ha golpeado primero.

Una voz diferente, lenta pero profunda, como el rugido de un oso irritado, intervino en la conversación:

—¿Así es como hablan a los puños unos futuros dedos?

Anden miró al hombre que se acercaba; nunca lo había visto, pero lo reconoció de inmediato por su reputación. Los tres estudiantes se mostraron compungidos.

—No, Gont-jen —murmuraron con la cabeza gacha.

—Perdónanos si nos hemos sobrepasado —dijo el jefe con un deje de resentimiento.

Gont Aschentu, el cuerno del clan Montaña, dispersó a los espectadores simplemente con su tamaño y su aire de autoridad peligrosa. Giró la mandíbula cuadrada en dirección a Anden y luego se volvió ligeramente a los estudiantes de Wie Lon.

—Largo de aquí.

Los tres jóvenes se apresuraron a tocarse la frente con las manos unidas mientras retrocedían, y salieron corriendo sin dejar de echar ojeadas hacia atrás. Anden se levantó e intentó colocarse bien las gafas; se le había torcido la montura. Al verse frente a frente con el cuerno de Montaña casi deseó que regresaran los tres atacantes. Unió las manos y las elevó en un saludo cauto y profundamente respetuoso.

—Gont-jen.

—Eres Anden Emery —dijo Gont. Pronunció el nombre según la costumbre extranjera, con el apellido al final, lo que sobresaltó a Anden—. El hijo de Aun Uremayada. Te adoptaron los Kaul.

Anden titubeó.

—Sí, Gont-jen —dijo al fin.

Gont Asch era inconfundible. Era calvo, de extremidades gruesas y cuello de toro, y llevaba unos anchos guardabrazos incrustados de jade. Tenía el aspecto de un matón poderoso, de un cuerno que ladraba órdenes y maldiciones, que mutilaba primero y preguntaba después. En realidad usaba un lenguaje exquisito y se decía que aquel aspecto brutal ocultaba un ingenio afilado y paciente.

—Dicen que eres uno de los mejores estudiantes de la academia —dijo sin dejar de mirar a Anden. Luego se volvió hacia Gam—. Es una pena que

hayas interrumpido la pelea; me habría gustado ver cómo acababa.

—No sabía que fuera un Kaul —dijo Gam.

—No lo es por sangre, pero lo tratan como si lo fuera —dijo Gont con cierto tono artero. Observó a Anden como un enterrador que intentara calcular el tamaño del ataúd—. De hecho, Kaul Hilo te considera su hermano pequeño, ¿verdad?

Anden notó que se le aceleraba el pulso. Sabía que Gont y Gam serían capaces de Percibir el miedo que sentía y empezó a respirar lentamente, en silencio, intentando recuperar la calma. No había hecho nada malo ni cometido ningún delito... Era inconcebible que aquellos hombres violaran el aisho y le hicieran daño, por muchas ganas que les tuvieran a sus primos Kaul.

—Lamento haber causado una escena, jen —dijo retrocediendo—. Me he separado de mis amigos en el puerto y me he alejado demasiado. En adelante tendré más...

La pesada mano del cuerno cayó en el hombro de Anden antes de que pudiera dar otro paso.

—Vamos a charlar un poco, Anden. Sin duda ha sido un golpe de suerte que se hayan cruzado nuestros caminos. —Se dirigió al puño—: Trae el coche.

Gam se alejó de inmediato. Anden se quedó inmóvil como una estatua; su mente trabajaba a toda velocidad. Podía intentar echar a correr, pero era ridículo pensar que podría ser más rápido que un huesos verdes como Gont Asch.

—No tengas miedo —dijo el cuerno con un levísimo tono de diversión—. Sé que todavía no eres un hombre.

La vergüenza cubrió de rojo las mejillas de Anden, y se impuso a la preocupación. Giró la cabeza lentamente hasta fijar la mirada en la mano que le sujetaba el hombro. Las gemas de jade que cubrían el guardabrazo estaban colocadas de manera que trazaban la forma abstracta pero identificable de un río. El río era una entidad sagrada; transportaba el agua que daba vida y el jade que daba poder. Era manso y armonioso, pero cuando la lluvia de los monzones lo hacía crecer se convertía en una fuerza irresistible y letal. Anden sentía que las numerosas gemas de Gont atraían

su sangre como la fuerza de la gravedad. Alzó los ojos hacia la cara del hombre.

—No tengo miedo. Sin embargo, es posible que mis primos no se fíen de tus intenciones.

Gont soltó una risilla curiosamente suave, y en ese momento, un ZT Valor reluciente apareció por la esquina. El cuerno abrió la puerta trasera.

—Sube —dijo. A Anden le temblaron las rodillas, pero el brazo de Gont lo empujó inexorablemente hacia el vehículo—. No te preocupes por los hermanos Kaul; nos aseguraremos de que sepan que estás con nosotros.

Lleno de aprensión, Anden ocupó el asiento trasero del voluminoso automóvil negro. Gont entró a su vez y cerró la puerta. Se pusieron en marcha.

El conductor del ZT Valor, un tipo con aire de comadreja, pelo blanco y motas de caspa en la camisa de seda oscura, llevó el coche por las calles secundarias de Parque Verano hasta llegar a la calle del Patriota, donde aceleró en dirección oeste. A pesar de su situación, Anden miró por la ventana lleno de curiosidad. Se había criado pensando que ciertas zonas de Yanlún eran territorio enemigo, y quedó un poco decepcionado al ver que no eran en absoluto diferentes del resto de la ciudad: calles y tiendas bulliciosas, grúas de construcción, edificios nuevos relucientes y chamizos viejos y embarrados, perros durmiendo a la sombra, coches extranjeros que adelantaban a porteadores en bicicleta. Las personas normales, las que no eran huesos verdes, se movían con libertad por todo Yanlún; no sabía por qué esperaba que aquello pareciera otro país.

Se escurrió subrepticamente en el asiento, intentando alejarse un poco más de los hombros desnudos de Gont Asch, musculosos y cubiertos de cicatrices blancas. Eran muy conocidas las historias sobre cómo había conseguido aquellas cicatrices, y estaba claro que al cuerno le resultaba conveniente llevar ropa sin mangas para que la gente las recordara a menudo. En el caos de los primeros días de la posguerra se alzaron en Yanlún varias bandas criminales que ocasionaron problemas en las calles y desafiaron a los huesos verdes supervivientes forjados en la batalla. Algunas

bandas consiguieron jade, que en aquella época no estaba bajo un control estricto, y con él se volvieron razonablemente poderosas a pesar de que la comezón diezmaba sus filas como una epidemia. El joven Gont Asch tuvo un conflicto con una de aquellas bandas, y una noche cayó en una emboscada y lo llevaron ante el jefe.

Gont exigió un duelo a cuchillo, pero se lo negaron. Alzó los puños desnudos e insistió en recibir una «muerte trascendente»: el derecho de los huesos verdes de morir luchando en vez de ejecutados. Le habían quitado las armas y los gángsters llevaban cuchillos, machetes y hachas. El jefe de la banda sonrió ante la bravata del joven, pero se le heló la sonrisa cuando empezó la pelea. El virtuosismo de Gont en la disciplina de Acero no tenía rival. Resistió una tormenta de cortes, le quitó el arma a un contrincante y mató a los ocho hombres que integraban la banda. Se decía que el jefe cayó de rodillas, se llevó a la frente las manos unidas y juró lealtad a Gont Asch y al clan Montaña. Que se supiera, Gont era la única persona viva que había escapado de una muerte trascendente.

—Apaga eso —dijo el cuerno. Gam, sentado junto al conductor, alargó la mano y apagó la canción operística que sonaba en la radio; el silencio llenó el vehículo y se mezcló incómodamente con el calor veraniego que las ventanillas abiertas no conseguían suavizar. Gont acomodó su cuerpo de toro y observó a Anden con interés—. Vi una vez a tu abuelo y a tu madre. Fue hace veinte años. Los Aun eran unos guerreros excepcionales; tenían tanto talento que creo que a los dioses les pareció mal que unos mortales poseyeran todo ese poder, y por eso hicieron que los acechara la mala suerte. Yo era más joven que tú, aunque ya era dedo; en esa época no podíamos permitirnos el lujo de pasar tantos años en la escuela.

Anden parpadeó y no dijo nada, desconcertado por el giro de la conversación. Costaba trabajo no dejarse arrastrar por la suave voz de barítono del cuerno, amistosa y relajada, parecida a la de un buen narrador radiofónico. Contrastaba con lo sobrecogedor de su presencia física.

—El país era un caos —siguió diciendo Gont—. Crecía y se reconstruía a un ritmo demencial, pero era un caos apestoso. Los huesos verdes mantenían la paz y garantizaban que ni los criminales ni los extranjeros se hicieran con el mando, pero en medio de todo aquello, Ayt Yu y Kaul Sen se

enemistaron y partieron por la mitad la Sociedad de la Montaña. Recuerdo que los Aun estaban entre los que deseaban con más vehemencia que Ayt y Kaul se reconciliaran y mantuvieran a los huesos verdes unidos en un solo clan.

»Al final, tu abuelo se alineó con los Kaul, pero la familia Aun dividió sus lealtades. Tu tío fue a la academia Kaul y llegó a ser el mejor amigo de Kaul Lan, pero tu madre fue a la escuela del templo Wie Lon. Si hubiera seguido con vida y hubiera podido opinar, el año que viene pronunciarías el juramento del clan Montaña.

Anden mantuvo la vista fija al frente y la mandíbula cerrada con firmeza. ¿A qué estaba jugando Gont?

—Mi madre no pudo opinar —dijo con sequedad—. Kaul Sen me acogió cuando ella murió. Le debo mi educación y el jade que portaré cuando me licencie.

Gont se encogió de hombros; el movimiento hizo ondular toda la musculatura.

—La Antorcha de Kekon es un anciano. Deberías plantearte si tu deuda hacia él te obliga a ser un subordinado de Kaul Hilo. —Hasta aquel momento, la voz uniforme de Gont no había transmitido nada, pero al pronunciar esas palabras se filtró sin lugar a dudas el desprecio que sentía hacia el otro cuerno.

El coche circulaba por una carretera que serpenteaba en dirección a las colinas. A ambos lados se alzaba un muro de vegetación lujuriente, interrumpido de vez en cuando por casetas con la pintura desconchada construidas junto a la carretera y caminos de fincas cuyo acceso quedaba cortado por portones de metal oxidado. Anden intentó que no se le notara el nerviosismo en la voz.

—¿Adónde me lleváis?

Gont se recostó, aplastando el asiento.

—A la cima de la Montaña.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

Al límite del aisho

LA estaba reunido con Doru y dos linternas importantes cuando la secretaria de Doru golpeó discretamente la puerta con los nudillos y dijo con voz chillona:

—Lo siento mucho, Kaul-jen, pero un hombre quiere hablar con usted por teléfono. Dice que es urgente.

El pedestal frunció el ceño; quizá se tratase otra vez de alguien de la embajada de Espenia con la idea de camelarlo o sobornarlo para que cambiara su postura en lo relativo a las cuotas de exportación de jade. Se disculpó ante los reunidos y salió por la puerta que sujetaba la secretaria de Doru. Esta le dirigió una sonrisa tímida. Lan no sabía cómo se llamaba; el hombre del tiempo consumía secretarias con rapidez. Esa tenía un aire especialmente femenino; llevaba una blusa rosa casi transparente tras la que Lan podía ver el sujetador negro. La joven se adelantó a toda prisa hasta la mesa y transfirió la llamada en espera al teléfono del despacho.

Lan no lo consideraba realmente su despacho, aunque estaba reservado para que lo usara siempre que quisiera gestionar algún negocio desde allí. El resto del tiempo estaba vacío. La planta superior del edificio de oficinas propiedad del clan Sin Cumbre en la calle del Barco, en el Barrio Financiero, disfrutaba de unas vistas incomparables, pero era el territorio del hombre del tiempo. Lan prefería su despacho en la mansión Kaul.

Cogió el teléfono y atendió la llamada.

—Kaul-jen —dijo una voz profunda y tranquila—, tenemos a su joven amigo Anden. Nos tropezamos con él en la fiesta del Día del Barco. No hemos roto ninguna regla; solo estamos teniendo una charla con él, una charla de lo más cordial y civilizada. Dentro de tres horas lo liberaremos en el Barrio de los Templos, cerca de la rotonda. No debe preocuparse por su seguridad... siempre y cuando nadie de Sin Cumbre tenga una reacción desproporcionada. Y me refiero al cuerno.

—Entendido —dijo Lan. Sabía que hablaba con un miembro del clan Montaña; ningún otro se habría atrevido a hacer algo así. Sospechaba que el hombre del otro lado de la línea era Gont Asch, aunque no podía estar seguro. Se apoyó en la mesa y habló en tono frío como el acero—. Tenga una cosa muy clara: lo hago responsable de cumplir lo que promete.

—No se preocupe por Anden. Ha sido absolutamente cortés y respetuoso. Preocúpese de que su hermano no convierta esto en un problema. —Colgó.

Lan presionó la horquilla del teléfono, se miró el reloj de pulsera con esfera de jade y tomó nota de la hora exacta. Entonces soltó la horquilla y marcó el número de la casa de su hermano Hilo, aunque sabía que era muy poco probable que estuviera allí. Como imaginaba, no hubo respuesta. Llamó a la residencia principal y ordenó a Kyanla que, si veía a Hilo, le dijera que lo llamara de inmediato al despacho de la calle del Barco. Luego colgó y dedicó unos instantes a tranquilizarse.

El asombroso descaro de Montaña lo enfureció. Si Ayt Madashi quería enviar un mensaje a Sin Cumbre, podría haber organizado una reunión con Lan por medio de los hombres del tiempo. O podría haber mostrado respeto enviando a un miembro de su clan con una propuesta. Las dos formas habrían sido apropiadas. Secuestrar a Anden, el único miembro sin jade del núcleo de la familia Kaul, y usarlo como mandadero, rozaba preocupantemente la violación del aisho. Cargaba injustamente sobre los hombros de Lan la responsabilidad de evitar un estallido de violencia. El hombre que había llamado tenía razón: ahora tenía que preocuparse por su cuerno. Si Hilo descubría que Montaña se había llevado a Anden, era imposible prever cómo reaccionaría.

Lan sacó la agenda y buscó el número del apartamento de Maik Wen. Tras no obtener respuesta allí tampoco, telefoneó en vano a los dos hermanos Maik. Entonces recordó que era el Día del Barco; la gente de Hilo estaría patrullando el muelle y los establecimientos de la zona. Llamó al Dos Fortunas y le dijo al propietario, el señor Une, que pusiera al teléfono al huesos verdes de mayor rango que encontrara en el restaurante o por los alrededores. A los pocos minutos, un hombre habló al otro lado de la línea.

—¿Quién eres? —preguntó Lan.

—Juen Nu. —Era uno de los hombres de Maik Kehn.

—Juen Nu, soy el pedestal. Necesito localizar al cuerno de inmediato. Llama a cualquiera de los Maik si sabes donde andan, y que todos los dedos que estén contigo se pongan a buscarlo. Que mi hermano me llame al despacho del hombre del tiempo en cuanto reciba el aviso. Que nadie se ponga nervioso, pero ponte en marcha en el acto.

—Ahora mismo, Kaul-jen —dijo Juen con tono preocupado, y colgó.

Lan regresó al despacho de Doru. Pidió disculpas a los linternas (dos promotores inmobiliarios que solicitaban el visto bueno del clan, apoyo económico y ayuda para acelerar la aprobación de unos permisos para construir un nuevo edificio de viviendas) y se sentó, pero dejó de prestar atención a la reunión. Estaba preocupado por Anden. Consideraba al joven un sobrino, y se sentía responsable de él. Todavía recordaba como le sujetó la mano y lo consoló, como lo llevó a la mansión Kaul y le dijo que a partir de ese momento aquella era su casa. Lan creía que Gont había sido sincero al decir que no le harían daño, pero las cosas podían cambiar. El clan Montaña podía retenerlo como rehén si algo iba mal. ¿Dónde diablos estaba Hilo?

Doru tendría que haber perdido por completo la capacidad de Percepción para no darse cuenta de la alteración en el aura de jade de Lan. El hombre del tiempo despachó la reunión tan deprisa como le fue posible sin mostrar descortesía. Prometió a los solicitantes que el clan se ocuparía de lo que necesitaran; obviamente, se esperaba que los futuros tributos de los linternas a Sin Cumbre tuvieran en cuenta el patrocinio recibido. Los

linternas recogieron los documentos, saludaron a Lan, reiterando su agradecimiento y fidelidad, y se marcharon.

—¿Qué ha pasado, Lan-se? —preguntó Doru.

—El clan Montaña tiene a Anden.

Cuando explicó la situación, Doru parpadeó y soltó un chasquido de escepticismo con los labios.

—No pueden haberlo planeado. El muchacho está siempre en la academia, fuera de su alcance. Esto ha sido una jugada agresiva oportunista por parte de Gont, pero si pretendieran hacerle daño o insultarnos, no habrían telefoneado para avisarte. Deben de ser sinceros cuando te piden que contengas a Hilo.

—¿Seguro? —Lan recordó otra cosa. El año anterior, unos negocios entre Montaña y Tres Carreras, un clan menor, se habían torcido. Las cosas se pusieron violentas, y cuando todo acabó, Montaña se había anexionado el otro clan. Dos hombres de Montaña capturaron a la prometida del hijo del pedestal de Tres Carreras, la llevaron a dos horas de la ciudad en coche y la abandonaron en la cuneta; la mujer tuvo que regresar a Yanlún caminando descalza y a oscuras. El heredero de Tres Carreras, furioso, lideró a su clan en un ataque contra Gont. Las cosas acabaron muy mal para su familia y para él.

Hilo se quejaba a menudo y con vehemencia de las cosas que estaba haciendo Montaña: escaramuzas y disputas territoriales que, en su mayoría, Lan dejaba en manos de su hermano. Pero ahora consideró la posibilidad de que el secuestro de Anden por parte de Gont fuera exactamente lo mismo que había hecho Montaña con Tres Carreras: sin transgredir explícitamente el aisho, poner un cebo para que sus rivales desataran la violencia y, a continuación, atacar en represalia al tiempo que alegaban ser la parte agraviada.

Sonó el teléfono y Lan lo descolgó de inmediato.

—Soy yo —dijo Hilo.

—¿Dónde estás?

—En una cabina, enfrente del edificio donde vive el sobrino de Gont, en el Martillo, y estoy con veinte hombres. —Hilo habló en voz baja, pero Lan podía captar la ira contenida a duras penas—. Gont tiene a Andy. Un

informador que andaba por Parque Verano vio una pelea y dice que ese cabrón follaperros se largó llevándose a mi primo en el coche.

—Tranquilízate —dijo Lan—. Lo sé. Gont me ha llamado. Van a soltar a Anden en la rotonda del Barrio de los Templos dentro de un par de horas. —Casi le dio miedo preguntar—: ¿Has hecho algo que pueda cambiar eso?

Hubo una pausa antes de que Hilo respondiera.

—No. Tengo rodeado el puto edificio y va a seguir así hasta que vuelva Andy y yo compruebe que no le han tocado ni un pelo. Gont ha ido demasiado lejos, joder. ¡Mi primo!

Lan soltó un silencioso suspiro de alivio.

—También es mi primo, Hilo, y sea lo que sea a lo que está jugando Montaña, no podemos darle una excusa para romper el aisho. Controla a nuestra gente y vete al lugar donde dicen que lo van a soltar. Lo más importante ahora mismo es recuperar a Anden.

Al otro lado del teléfono oyó la respiración jadeante de Hilo.

—Lo sé —masculló este, y colgó.

Doru entrelazó los delgados dedos en torno a una rodilla huesuda y sonrió con estoicismo.

—Deduzco que nuestro cuerno no ha declarado una guerra todavía, alabados sean los dioses. Si es verdad que Montaña intenta provocarnos, Hilo mordería el anzuelo sin pensárselo dos veces. Has hecho bien manteniendo la cabeza fría.

El pedestal no respondió; aunque estaba de acuerdo con las palabras de Doru, el tono le pareció demasiado paternalista. Las valoraciones frías y cuidadosas eran la marca de un buen hombre del tiempo, pero era posible que su compromiso con el mantenimiento de la paz entre los clanes lo estuviera cegando. Hilo podía ser impetuoso, pero al menos Lan no tenía dudas de que la seguridad de Anden era también su preocupación principal. Por la parte que tocaba a Doru, el anciano nunca había desarrollado una relación con el muchacho adoptado y parecía tratar los acontecimientos de aquel día como una negociación interesante, en vez de lo que Lan sabía que era: un flagrante intento de intimidación. Montaña dejaba claro que podía llegar hasta la familia Kaul.

Lan se planteó ir al Barrio de los Templos y reunirse con Hilo, pero decidió que era más importante que se quedase donde estaba por si el clan Montaña volvía a ponerse en contacto con él.

—Cancela todas las reuniones de hoy. Estaré en mi despacho —dijo a Doru, y se fue a esperar a solas las noticias del cuerno.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 10

La casa del clan Montaña

LO llevaron a la mansión Ayt.

Cuando Ayt Yugontin era el pedestal del clan Montaña, había elegido para construir su residencia, adecuadamente, el lugar más elevado de la ciudad, y se había esforzado por recrear en su hacienda la atmósfera de un santuario de entrenamiento de los huesos verdes, como la escuela del templo Wie Lon. La entrada de los terrenos parecía la de una fortaleza en un bosque, pero cuando Gont bajó la ventanilla e hizo un gesto a los dos guardias, sin duda sus propios dedos, las gruesas puertas giraron en silencio, accionadas a distancia.

Anden no había visto nunca una mansión más imponente que la residencia de los Kaul, pero la de los Ayt era igual de espléndida, aunque de una manera diferente. La suya era majestuosa y moderna, con detalles arquitectónicos tanto kekoneses como de influencia extranjera, mientras que la residencia Ayt era de estilo kekonés clásico: un amplio edificio de una sola planta con fachada de piedra y madera oscura, tejado de tejas verdes muy inclinado y terrazas amplias. Podría haber sido el hogar de un terrateniente de siglos pasados, salvo por las cámaras de seguridad, los sensores de movimiento y los lujosos coches de importación aparcados enfrente.

El ZT Valor se detuvo ante la casa, y Gont se apeó. Cuando el conductor abrió la portezuela del otro lado, Anden salió con nerviosismo y siguió a Gont hasta la puerta, donde dos dedos montaban guardia. Saludaron al cuerno, pero no dirigieron a Anden más que una mirada somera; podían Percibir que no portaba jade.

Gont señaló un banco con el asiento acolchado que había junto a la pared, cerca de la puerta.

—Espera ahí y no te muevas hasta que te llamen —ordenó. Sin más explicaciones, cruzó el suelo de madera del vestíbulo y desapareció por un pasillo.

Anden se sentó, tal como le habían mandado. Miró a su alrededor y no pudo evitar admirar el paisaje cuidado y las armas antiguas colgadas de las paredes, a pesar de que tenía las palmas sudorosas y el estómago hecho un nudo.

Sin duda lo habían llevado allí como rehén para usarlo contra los Kaul por algo que ocurría entre Sin Cumbre y Montaña; los problemas de los que le había hablado Hilo la semana anterior. ¿Debería haber intentado resistirse o huir? Dudaba que el resultado hubiera sido diferente. ¿Qué haría Lan cuando se enterase? ¿Qué haría Hilo? La posibilidad de que Montaña le hiciera daño o lo mantuviera prisionero podría disparar la violencia entre los clanes. ¿Era eso lo que querían? Estudió los alrededores, preguntándose si podría escapar, y vio que Gam estaba en la entrada junto a los guardias y no le quitaba ojo. No conocía a todos los miembros importantes del clan Montaña, pero sabía que Gam era el segundo puño de Gont y tenía fama de ser un luchador temible. Anden se quedó donde estaba.

Pasó un buen rato, quizá una hora. Lo suficiente para que el nerviosismo de Anden se convirtiera en aburrimiento y más tarde en impaciencia, hasta que al fin regresó Gont.

—Ven conmigo —dijo, de nuevo sin más explicaciones, y encabezó la marcha por el pasillo. Anden tuvo que correr para seguir las zancadas largas y decididas del cuerno.

Por el camino se cruzaron con dos hombres trajeados. Anden los miró de reojo y sospechó que uno era Ree Turahuo, el hombre del tiempo de Montaña, pues había oído decir que era un tipo bajito. El otro sería

probablemente un subordinado suyo o algún linterna importante. Gont y Ree no dieron muestra de reconocer la presencia del otro. Interesante. Por lo visto, el clan Sin Cumbre no era el único en el que el hombre del tiempo y el cuerno tenían una relación tensa.

Gont se detuvo ante una gruesa puerta cerrada y giró su figura imponente hacia Anden.

—No te muestres tan nervioso —aconsejó—. No le gusta la gente nerviosa.

Abrió la puerta y le indicó con un gesto que pasara.

Ayt Yugontin había muerto sin herederos. Había perdido a su mujer y a su hijo en la guerra, enterrados bajo toneladas implacables de barro y tierra cuando las bombas shotarianas provocaron una avalancha que destruyó la aldea natal de Ayt.

Durante la guerra, la gente llamaba a Ayt la Lanza de Kekon. Era un guerrero huesos verdes osado, vengativo y fiero, temido y odiado por los shotarianos, un hombre de pocas palabras que, tras desatar el infierno sobre los invasores, se escabullía entre las sombras y desaparecía en las montañas.

Su camarada más allegado, Kaul Sen, era el rebelde más viejo y curtido; un astuto maestro de tácticas que, junto a su hijo Du, repartía panfletos en secreto y emitía por la radio mensajes subversivos que inspiraron y organizaron la red de linternas, la clave del éxito de la Sociedad de la Montaña.

La Lanza y la Antorcha.

Un año después del final de la guerra, Ayt Yugontin adoptó a tres huérfanos procedentes de su aldea. Sostenía que las habilidades y las tradiciones de los huesos verdes tenían que conservarse y transmitirse a las siguientes generaciones de kekoneses, por lo que enseñó artes marciales en la escuela del templo Wie Lon a sus tres hijos adoptivos: una adolescente y dos niños. Ella mostró un talento natural innegable, a pesar de que empezó a entrenarse a edad tardía. El mayor de los niños, Ayt Im, tenía un ego más grande que su habilidad, y murió en un duelo a cuchillo a los veintitrés años. El menor, Ayt Eodo, era bastante hábil, pero resultó ser un joven

vanidoso más interesado en ser un conquistador coleccionista de arte que un guerrero del clan. De modo que la hermana, Ayt Madashi, se convirtió en el hombre del tiempo del clan Montaña.

No había pasado ni una hora desde la muerte de su padre cuando Mada mató al veterano cuerno del clan. A aquello lo siguió de inmediato el asesinato de otros tres rivales, todos ellos amigos cercanos y consejeros de la Lanza. La comunidad de los huesos verdes se quedó estupefacta, no solo porque los matara, sino porque actuó rápida y públicamente antes del funeral de su padre. Nadie esperaba que el hombre del tiempo superara al cuerno en combate. Los adversarios de Mada dentro del clan invocaron a Ayt Eodo con la esperanza de que regresara de su residencia de vacaciones, en el pintoresco sur de la isla, y plantase cara a la furia de su hermana.

La expresión kekonesa «susurrar el nombre de alguien» nació en el periodo de la invasión, cuando la identidad de los oficiales extranjeros que iban a ser asesinados circulaba en secreto por la red de rebeldes. Ayt Mada susurró el nombre de su hermano adoptivo, y al día siguiente, la amante de Eodo salió de la ducha y se lo encontró degollado en la cama; todo el jade que portaba había desaparecido.

Cuando acabó el baño de sangre, Ayt Mada envió un mensaje al antiguo camarada de su padre, Kaul Sen, expresando su más profundo respeto, sus condolencias por el reciente fallecimiento de la esposa de este, su tristeza por la violencia inevitable durante la transición de poder dentro del clan Montaña y su más sentido deseo de que se mantuviera la paz entre los dos clanes. Kaul Sen ordenó a Doru que enviase al funeral de su viejo amigo un cargamento de dicentras blancas y clemátides, símbolos de condolencia y amistad respectivamente, dirigido a su hija, el pedestal.

Durante los dos años y medio siguientes, dos clanes menores se unieron a Montaña. Viento Verde lo hizo voluntariamente; el patriarca se jubiló y se marchó al sur de Kekon, y los demás líderes del clan decidieron adherirse a Montaña. El otro clan fue Tres Carreras, que no tuvo más remedio después de que Gont Asch decapitara al pedestal.

El despacho de Ayt Mada era amplio, luminoso y desordenado. Había libros y documentos apilados en los estantes, la mesa y el suelo. El sol entraba por los grandes ventanales. El espacio estaba dividido en dos partes:

el despacho propiamente dicho y una zona de recepción con un sofá y varios sillones de cuero marrón. Ayt estaba sentada en un sillón con una pila de carpetas en el regazo. Tenía unos cuarenta años; llevaba unos pantalones de lino amplios, una camiseta verde sin mangas y sandalias. Daba la impresión de acabar de volver de una sesión de ejercicio o de comer. No usaba maquillaje y tenía el pelo largo recogido en una sencilla coleta.

Anden no sabía muy bien qué había esperado encontrar. Imaginaba que el pedestal de Montaña podría haber sido una femme fatale glamurosa y letal. O quizá una machorra amargada que rezumaba dureza y una autoridad de hierro. Pero tenía un aspecto completamente anodino, salvo por la impresionante cantidad de jade que portaba en los dos brazos. Lo llevaba montado en pulseras y brazaletes espirales de plata enroscados como serpientes en los antebrazos y los bíceps, y tendría como mínimo una docena de gemas en cada brazo. Tanto jade portado con tanta sencillez... Un huesos verdes no tenía necesidad de mostrar más símbolos de estatus.

—¿Has llamado? —dijo el pedestal sin levantar la mirada.

Gont gruñó afirmativamente.

—Ha entendido. Es un tipo razonable, como dijiste. Su hermano ha reunido un pequeño ejército en el Martillo, pero de momento sigue a la espera.

Ayt cerró la carpeta que estaba hojeando y dejó la pila en una mesita de madera pulida. Hizo un gesto hacia Anden, indicándole que se sentara en el sofá de enfrente. Incluso a cierta distancia, Anden podía notar el aura de jade de la mujer: una intensidad roja firme y concentrada. En el centro de la mesita había un cuenco con naranjas y una tetera de hierro.

—¿Té? —preguntó Ayt.

Pillado por sorpresa, Anden no respondió de inmediato, pero cuando Ayt alzó una mirada tan temible como su aura, se las arregló para decir:

—Sí, muchas gracias, Ayt-jen.

Ayt abrió un armario pequeño que había debajo de la mesita y sacó dos tazas de arcilla. Puso una delante de Anden y la otra ante sí.

—Está recién hecho —explicó, como si fuera importante servir a los rehenes té fresco y no restos recalentados.

Llenó primero su taza y luego la de Anden. A un invitado de categoría, sobre todo si era otro huesos verdes, le servirían antes que al anfitrión, pero el muchacho no era ninguna de las dos cosas. Anden miró de reojo a Gont, que se había sentado en un sillón cerca de Ayt. La mujer no le ofreció té y él tampoco se sirvió; por lo visto no participaba en aquella conversación, y si estaba allí era solo como un observador silencioso e inquietante.

—Estoy segura de que te preguntas a qué te hemos traído. —Ayt no perdió el tiempo con cortesías preliminares—. Hemos corrido un gran riesgo para aprovechar esta oportunidad de hablar contigo. Al fin y al cabo, existe la posibilidad de que tu familia adoptiva atribuya motivos poco honorables a nuestros actos, cuando en realidad lo hacemos todo en beneficio tuyo.

Anden bebió un traguito, lo justo para humedecerse la boca. Estaba más desconcertado que nunca, pero sintió con aprensión que lo que estaba ocurriendo era algo distinto de lo que había sospechado al principio, que se trataba de una trama más complicada que mantenerlo prisionero para provocar violencia o para que Sin Cumbre cediera en alguna disputa.

—Me han dicho que eres el mejor alumno de la academia Kaul Du —prosiguió Ayt—. Cuando yo era joven, mi padre nunca permitió que nadie de sangre extranjera se entrenara en Wie Lon, pero los tiempos han cambiado. No soy como mi padre. Me aparté de la tradición cuando vi que había motivos para ello y ganancias que conseguir. Opino que se pueden superar las diferencias, y que los desacuerdos del pasado se pueden dejar a un lado. Tienes un linaje impresionante, y aunque no tengas el apellido ni la sangre de los Kaul, eres un representante de la familia.

»Te propongo que te unas a Montaña.

A Anden se le aceleró el pulso. Sabía que Ayt y Gont podían percibir su miedo, aunque ninguno de ellos cambió la expresión. La reacción del muchacho era una señal de que comprendía lo que estaba pasando, lo que se estaba diciendo en realidad. Traicionar a su mecenas y a su familia adoptiva pasándose al clan Montaña sería un suicidio; jamás podría aceptar aquella oferta, y lo sabían. No; aquello era una propuesta apenas disimulada, pero no estaba dirigida a él, sino a los Kaul, al clan Sin Cumbre. Un gambito de apertura.

Se dio cuenta de que lo habían llevado allí para que hiciera de mensajero al más alto nivel; que Ayt esperaba que infiriese la importancia de sus palabras y se las transmitiera directamente a Lan. Aquello hizo que Anden se relajase hasta cierto punto: no iban a hacerle daño ni a mantenerlo prisionero. Pero tras el alivio llegó un estallido de perplejidad mezclada con ira ante lo desaforado de la situación. ¿Por qué llevárselo a la fuerza en un coche en vez de hablar del asunto en un lugar neutral? ¿Por qué provocar a Lan y a Hilo, a riesgo de que lanzaran un ataque? Y ya puestos, ¿por qué involucrarlo a él?

Anden se imaginó poniéndose en pie, arrojando el contenido de la taza a la cara de Ayt Mada y diciendo con voz llena de desprecio: «Kaul Lan jamás secuestraría a un estudiante sin jade de la escuela Wie Lon. El pedestal de Sin Cumbre tendría la decencia de no recurrir a maniobras tan retorcidas».

Por supuesto, Lan no querría que hiciera una estupidez semejante. Querría que se mantuviera sereno, prestara atención y volviera a casa sano y salvo. Anden siguió inmóvil, y mantuvo la expresión y la voz serenas cuando respondió con mucho cuidado:

—Me siento halagado, Ayt-jen.

Ayt sonrió ante la incomodidad del muchacho.

—Me alegra que comprendas la importancia de esta oferta sin precedentes. Serías un puño con muchos dedos, en una posición de una categoría y una responsabilidad enormes. Pero no aquí en Kekon. En Ygutan.

Anden parpadeó.

—¿Ygutan?

—Hemos establecido allí operaciones de gran importancia. Necesito huesos verdes con talento e iniciativa al cargo de nuestra expansión en ese país. Estarías por debajo del cuerno, pero responderías directamente ante mí.

Ygutan era un lugar frío y desolado; la comida era espantosa y no había ni un guijarro de jade en todo el vasto país. ¿Para qué diablos querría Montaña expandirse por Ygutan? Quizá Ayt Percibiera su desconcierto, porque sonrió levemente.

—El mundo se está abriendo. El comercio internacional está en auge. ¿Por qué deberíamos los huesos verdes preocuparnos solo por el pedacito de tierra que es Kekon cuando existen inmensas oportunidades más allá?

—Pero... ¿qué hay en Ygutan?

Ayt detuvo la taza a mitad de camino de los labios.

—Producción de SN1. —Bebió un trago y dejó la taza—. Vamos a vender sene a los ygutanos.

Anden se quedó sin palabras. El sene era ilegal en Kekon y los kekoneses lo despreciaban. Era una droga creada por extranjeros; un artificio para permitir que los no kekoneses, gente sin la tolerancia desarrollada con gran esfuerzo y ejercida con orgullo por los huesos verdes, pudieran portar jade. En Kekon habían asentado una cultura y una civilización enteras sobre la verdad inviolable de que el jade destruía a cualquier portador, excepto a los guerreros kekoneses más dignos.

Los espenios, más arrogantes e ingeniosos que nadie en el mundo, habían esquivado el problema. En cuanto establecieron bases militares en Kekon, supuestamente para ayudar a sus aliados a defenderse y a reconstruir después de la guerra de las Naciones, empezaron a trabajar en laboratorios secretos para descubrir la forma de que sus soldados adquiriesen las capacidades legendarias del jade que poseían los huesos verdes. Diez años antes habían logrado un triunfo parcial al crear el SN1.

La fórmula del suero experimental se había filtrado desde las bases militares espenias instaladas en Kekon, y nació el boyante tráfico ilegal de sene. Aparentemente, un montón de gente, tanto en la isla como en el extranjero, estaba dispuesta a perder años de vida por usar una droga peligrosa que permitía portar jade a los no kekoneses, sin dedicar años a entrenarse intensivamente y sin sufrir una muerte horrible a causa de la comezón. Algo menos sabido, pero despreciado por todos, era que algunos huesos verdes la usaban en secreto para aumentar artificialmente su tolerancia natural al jade.

El SN1 era un asunto polémico entre los huesos verdes. Anden había oído discusiones en la escuela, e incluso hubo un debate en la mansión Kaul; algunos tenían la firme opinión de que la droga era una lacra social sin paliativos; otros argumentaban que su uso limitado era aceptable en

individuos autorizados y bien entrenados como, por ejemplo, huesos verdes heridos o enfermos que pudieran beneficiarse del uso medicinal para aumentar provisionalmente su tolerancia.

Anden no tenía muy claro hacia qué postura inclinarse, sobre todo teniendo en cuenta su historial familiar. En cualquier caso, según su experiencia, había algo en lo que todo el mundo estaba de acuerdo: que la circulación ilegal de sene perjudicaba los intereses de los huesos verdes y había que erradicarla. Que Ayt Mada, pedestal del mayor clan de huesos verdes de Kekon, estuviera planeando comerciar con sene le resultó tan pasmoso que se olvidó de su papel y de mantener la cautela.

—¿Vas a proporcionar a más extranjeros la capacidad de portar jade? —balbuceó—. ¿No es eso exactamente lo que no queremos?

Se dio cuenta de que su estallido había bordeado la falta de respeto, pero Ayt pareció divertida.

—Lo que no queremos es perder el control. Los espenios ya usan el SN1 con sus soldados. Otros países pretenden seguir el ejemplo. Pronto habrá cada vez más extranjeros que porten jade. —Ayt se inclinó hacia delante. Anden, sin pretenderlo, se apartó un poco; el aura de jade y la mirada directa de la mujer parecían superficies sólidas que lo empujaban implacablemente—. Puede ser la mayor amenaza a la que nos hayamos enfrentado o una oportunidad sin precedentes. Cuanto más deprisa se modernice Kekon, más importante será que los huesos verdes tengamos un control estricto de nuestros recursos. Nos pueden arrebatarse el lugar que nos pertenece o podemos beneficiarnos sobremanera.

»Mi padre luchó por mantener fuera a los extranjeros, pero asumamos la realidad: han venido para quedarse. Kekon ha dejado de ser un remanso misterioso apartado de la civilización. En todo el mundo conocen el jade, y gracias a la invención del SN1, ahora pueden hacerse con él. En vez de intentar impedir lo inevitable, démosles lo que quieren. A un precio que controlemos, en las condiciones que controlemos. El tráfico de sene en Kekon nos ha permitido saber más que nadie sobre su producción, a excepción de los espenios, y podemos garantizar la seguridad de las fábricas que establezcamos. Si somos nosotros los productores del

suministro de SN1, podremos decidir hasta qué punto pueden usarlo los extranjeros.

Anden se sentía como un pez fuera del agua. Se obligó a inclinarse hacia delante, coger la taza y beber el líquido ahora tibio. La cercanía del jade de Ayt le activó la Percepción durante un instante. La voz del pedestal era cordial pero firme. No sonaba amenazadora, pero Anden captó la amenaza. Una codicia tenaz.

—Los huesos verdes se unieron en el pasado contra los peligros del exterior. Es hora de que volvamos a actuar así. Hora de que los clanes se hermanen y formen una nueva alianza. Por eso te propongo que te unas a nosotros. La recompensa será enorme. —Ayt se recostó en el sillón, y su expresión se tornó inescrutable y estremecedora—. Si rechazas la mano que te tendemos, bueno, es tu elección, por supuesto. Pero recuerda que te hacemos esta oferta de buena fe y que es sincera. Te recomiendo encarecidamente que correspondas al respeto mostrado evitando adoptar en el futuro una postura que pueda enemistarnos.

El corazón de Anden latía desbocado. El muchacho se agitó en el asiento; sentía calor en el cuello. Ayt había planteado la oferta en términos tan claros como si estuviera hablando directamente con otro pedestal.

—Ayt-jen... —Carraspeó. La certeza casi total de que volvería de una pieza para transmitir las palabras de Ayt a Sin Cumbre le proporcionó valor para hablar con más decisión que antes—. ¿Puedo... hacer una pregunta ingenua?

Ayt alzó las cejas.

—Adelante, por favor.

—Solo soy un estudiante; por tanto, discúlpame si no lo entiendo, pero... ¿por qué tomarse tantas molestias y correr riesgos trayéndome aquí e involucrándome en esta conversación? Si deseas proponer una alianza con Sin Cumbre, ¿por qué no hacerlo directamente?

En el rostro de Ayt se dibujó una sonrisa enigmática y satisfecha, desprovista de toda calidez.

—Te subestimas. La oferta personal que te hago es auténtica. En el futuro tendrás un papel importante de cara a garantizar la paz entre nuestros clanes, si tu pedestal se da cuenta. Y en cuanto a hablar con los Kaul... —

Abrió las manos en un gesto de decepción impotente—. Me encantaría debatir el asunto con Kaul Lan, pero no será posible mientras su cuerno siga agraviándonos. Nunca deja pasar una oportunidad para acosarnos tras las fronteras de los territorios. Sus dedos nos espían; sus puños montan peleas por cualquier incidente trivial. ¿Cómo podemos mantener así un diálogo razonable con Sin Cumbre? —Por primera vez durante toda la conversación, Ayt Mada dirigió la mirada a su cuerno, y mantuvo con él un breve diálogo silencioso antes de volverse de nuevo hacia Anden—. Si el pedestal nos ofreciera alguna prueba de que habla en serio sobre la paz, ya sería otra cosa.

Ayt se puso en pie despacio, con tranquilidad. Gont se levantó a su vez, y Anden los imitó de inmediato. Ayt era más alta de lo que había creído; Anden sobrepasaba en estatura a la mayoría de los kekoneses, y los ojos de la mujer estaban al nivel de los suyos. La luz del sol cayó sobre las espirales de jade que llevaba en los brazos y arrancó destellos al metal.

—Ya te hemos robado demasiado tiempo esta tarde; vamos a llevarte a casa antes de que alguien te eche de menos... demasiado. —Hubo un toque sarcástico en la voz y en el gesto de los labios—. Te hemos hecho la oferta. Sabes qué hacer a continuación. Esperaré una respuesta, pero no demasiado tiempo.

Anden unió las manos y se las llevó a la frente.

—Ayt-jen.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Donde se afirma el pedestal

El ZT Valor se acercó a la acera del bulevar en curva y dejó a Anden frente a la amplia zona ajardinada que se abría al lado del mercado de artesanía del Barrio de los Templos. En cuanto Anden se apeó vio a su primo Hilo, que lo esperaba al frente de un grupo de hombres. En la cara de Hilo se mezclaron el alivio y el ansia homicida, y durante un ridículo momento, Anden temió por el chófer de Gont. Cerró rápidamente la portezuela trasera, y el vehículo arrancó de inmediato y se perdió en el tráfico en dirección a la frontera territorial.

Hilo se acercó, cogió a Anden por el cogote y lo sacudió con brusquedad.

—Debería darte otra paliza. ¿Qué cojones hacías en Parque Verano? Antes de un año portarás verde; tienes que estar atento a cada puto segundo, porque no siempre voy a estar cerca si hay problemas, ¿entendido?

Anden asintió avergonzado. Hilo le sujetó la barbilla y entrecerró los ojos con una expresión temible al fijarse en el hematoma que le habían dejado los alumnos de Wie Lon en la mejilla como recuerdo del paseo descuidado.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Hilo—. ¿Te han pegado Gont o sus hombres?

—No; no han sido ellos —se apresuró a explicar—. Es de antes, de una pelea estúpida con unos de Wie Lon. La gente de Gont no me ha tocado.

Hilo estudió la expresión de su primo para ver si era sincero. Después, relajándose al fin, le dio un cálido abrazo que acabó de disipar la tensión.

—Me alegro mucho de verte, primo. —Le puso una mano protectora en la espalda y lo llevó hasta el Duchesse, aparcado con descaro en la zona de carga y descarga del mercado junto a otros dos vehículos de Sin Cumbre. Maik Tar estaba apoyado en el maletero con ademán inquieto, pero se irguió en cuanto los vio acercarse y les abrió la puerta.

—Tengo que hablar con Lan —dijo Anden con voz débil cuando subieron al coche. Ahora que ya estaba a salvo, la adrenalina que le había recorrido las venas en las últimas horas estaba desapareciendo como el agua por un sumidero tras una lluvia torrencial, dejándolo tembloroso.

—Está en las oficinas del hombre del tiempo —dijo Hilo.

Solo tardaron diez minutos en llegar a la calle del Barco. Allí, Hilo dio instrucciones a sus hombres:

—Decidles a los que están en el Martillo que se dispersen.

Acto seguido, Tar y él atravesaron el vestíbulo con Anden, sin molestarse en avisar en recepción. Anden no había estado nunca en el edificio del hombre del tiempo. Era una faceta del clan de la que sabía muy poco, y se sintió intimidado por los hacedores de fortuna con trajes a medida, cargados con maletines y carpetas. Hilo y Tar, con la camisa arremangada y el cuello desabotonado, sudorosos tras esperar al sol, con espadas luna colgadas del hombro y cuchillos garra enfundados al cinto, parecían fuera de lugar. La gente se detenía y los miraba al pasar; algunos les dirigían saludos informales.

Subieron en el ascensor hasta la última planta. Lan los esperaba; tenía la expresión tranquila que Anden había visto siempre, pero también lo abrazó con alegría.

—Pasa y siéntate —dijo, y lo guio hasta el despacho.

—Me han llevado ante Ayt Mada —dijo Anden—. Lan-jen..., quiere que hable contigo de inmediato. —Enfatizó ligeramente el «contigo».

Lan lo entendió. Cuando llegaron al despacho, el pedestal se giró hacia Hilo.

—Antes que nada, quiero hablar a solas con Anden. Vete a buscar a Doru y esperadme.

Hilo pareció molesto, pero no sorprendido. Dedicó un guiño a Anden para darle a entender que no estaba enfadado de verdad y, con un gesto de la cabeza, indicó a Tar que lo siguiera. Los dos hombres se fueron y Lan cerró la puerta del despacho.

Anden se sentó en la silla que tenía más a mano y aceptó con agradecimiento la botella de refresco de limón que el pedestal había sacado de una nevera.

—No te voy a negar que nos has tenido preocupados —dijo Lan. Miró a Anden, que bebía ávidamente, y añadió—: Bebe tranquilo. Y después me cuentas qué quiere Montaña.

Cuando su primo terminó de hablar, Lan guardó silencio un rato.

—Te has portado muy bien, Anden —dijo al fin—. Has mantenido la calma y has hecho exactamente lo que debías. Siento que te fastidiaran el Día del Barco, y deberías tener más cuidado en lo sucesivo. Seguro que Hilo también te lo ha dicho. Pero al final has actuado valientemente por el clan.

—Siento haber causado problemas, Lan-jen.

Lan sonrió. El muchacho («que ya es casi un hombre», se recordó Lan) siempre había sido así: un poco nervioso, un poco demasiado formal. Cuando pasaba por la mansión Kaul seguía actuando como un invitado y esperaba alguna autorización sutil para sentarse, comer o decir lo que opinaba, a pesar de que había vivido allí desde que era niño y volvía durante las vacaciones de la academia.

—Nunca causas problemas, Anden. Creo que Montaña tenía intención de aguijonearnos así desde hace tiempo. Simplemente, has proporcionado a Gont una forma de conseguirlo. —Se levantó y Anden lo imitó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el joven—. Sobre la propuesta de Ayt.

—Hablaré de ella con el cuerno y el hombre del tiempo. No debes preocuparte por este asunto; concéntrate en los estudios y en prepararte para

los exámenes. ¿Sigues por buen camino para licenciarte como el número uno?

—Creo que sí. Haré todo lo posible —prometió Anden, y Lan sintió una oleada de orgullo. Anden era un buen chico; había sufrido una tragedia familiar, pero se había convertido en una persona de provecho. No pasaba un día sin que Lan se alegrase de haber convencido al abuelo de que lo acogieran e hicieran de él un Kaul.

Lan acompañó a su primo hasta el ascensor, junto al cual esperaban sentados Doru, Hilo y Maik Tar. Tar llevó a Anden a la academia. Lan volvió al despacho, con el cuerno y el hombre del tiempo, y sirvió tres dosis generosas de hoji con hielo.

—Bebed —aconsejó—. Nos va a hacer falta.

Vació el vaso de un trago y observó a los dos hombres. Doru estaba sentado en un sillón, con las largas piernas cruzadas y una expresión de curiosidad paciente. Hilo se había apoyado contra la pared y lo miraba expectante. Las auras de jade zumbaban con firmeza en la consciencia de Lan: fría y sombría la de uno, suave y cálida la del otro.

—Montaña planea fabricar SN1 en Ygutan —anunció—. Ganarán un montón de dinero, y Ayt propone que nos unamos a ellos.

Cuando Lan acabó de explicar todo lo que le había contado Anden, Hilo se irguió.

—¿Por quién nos toma Ayt? —Tenía expresión de enfado, pero sonaba más desconcertado que otra cosa—. Montaña lleva meses azuzándonos, y hoy Gant ha secuestrado a Anden en plena calle. Ha estado a punto de empezar la guerra. ¿Y creen que vamos a meternos en la cama con ellos justo después? Si Ayt quisiera de verdad hablar de negocios, habría acudido a ti formalmente, con respeto. Esto no es una propuesta seria; es un insulto.

Hilo tenía razón; que Montaña enviase un mensaje a Sin Cumbre de aquella forma vagamente amenazadora era un desaire descarado, pero al menos Lan conocía la presunta justificación de Ayt. «Me encantaría debatir el asunto con Kaul Lan, pero no será posible mientras su cuerno siga agraviándonos». El otro pedestal estaba diciendo que no se dignaría negociar directamente con Kaul Lan a menos que este atara corto a su hermano o lo depusiera del cargo de cuerno.

Era una petición indignante. Un pedestal diciéndole a otro lo que tenía que hacer con su cuerno. ¿Era siquiera posible iniciar una negociación tras una falta de respeto de tal calibre? Lan no tenía la menor duda de que Hilo y sus hombres causaban problemas a Montaña, pero su hermano sostenía que actuaba en respuesta a las intromisiones crecientes del otro clan. ¿Hilo era el agresor que impedía la paz o hacía demasiado bien su trabajo y Ayt quería quitarlo de en medio para poder dominar a Sin Cumbre con más facilidad o, directamente, anexárselo?

Ceder en el asunto del liderazgo militar del clan estaba fuera de discusión, pero quizá hiciera falta recordar al cuerno que tenía su parte de culpa en la mala relación entre los dos clanes. Lan mantuvo la mirada fija en su hermano y dijo:

—Ayt afirma que hablará con nosotros en persona si detenemos las escaramuzas callejeras y demostramos que tenemos interés en los aspectos relativos a los negocios.

Por el rabillo del ojo vio que Doru asentía, y sospechó que el viejo consejero había deducido con toda exactitud el significado de aquella condición.

—Así que hablará con nosotros si nos tumbamos en el suelo y dejamos que Montaña nos pase por encima. —Hilo agitó las narinas—. Sé que crees que a veces me paso de susceptible, que me enfado y me lo tomo todo como algo personal, pero confía en mí: sé qué está pasando ahí. Gont parece un gorila, pero es astuto. Cada vez que aparto la vista nos roba un pedacito más. Muy pequeño, nunca lo suficiente para provocar una guerra abierta. Descubro que un par de linternas nuestros han pasado a pagar tributo a los puños de Gont. O que, de algún modo, ha habido problemas con los alquileres en un edificio que aloja negocios nuestros y el propietario se lo ha vendido a un primo leal a Montaña. No pueden tragarnos de un bocado, como hicieron con el clan Tres Carreras, así que van mordisqueando.

Lan se giró hacia el hombre del tiempo.

—¿Qué opinas, Doru?

El anciano tardó en responder. Quizá demasiado, pensó Lan, como si intentase deliberadamente que no pareciera que tenía la respuesta demasiado preparada.

—Creo que la propuesta de Ayt-jen es digna de consideración. Los puños de los dos clanes no ven más allá de sus cuchillos; ningún desacuerdo mezquino que surja sobre los territorios es demasiado importante en el esquema general de las cosas, y no debería afectar a la decisión que tomemos cuando se trata de negocios a gran escala. —En la voz áspera se podía captar una crítica implícita a la manera en que el cuerno del clan gestionaba su jurisdicción—. Ayt-jen tiene razón en que todos los extranjeros desean el SN1 y en que se puede ganar un montón de dinero creando un suministro fiable bajo el control de los huesos verdes. Ya que el proceso tendrá lugar fuera, en Ygutan, no hay peligro de que contaminemos nuestro país. Los huesos verdes siempre han sido más fuertes cuando han estado unidos; en vez de intentar dividir Kekon entre nosotros, podemos crear una alianza con Montaña y aumentar los beneficios de todos.

Hilo había tensado los labios y mostraba los dientes.

—No existen las alianzas con Montaña; Tres Carreras lo descubrió por las malas. Al final seremos dos clanes con dos pedestales o un solo clan con un único pedestal. —Se introdujo en la boca un cubito de hielo y, tras aplastarlo entre las muelas, siguió hablando con el ceño fruncido—: Si mostramos interés por la oferta, si aceptamos trabajar con ellos, aprovecharán la oportunidad para controlarnos. No me creo ni un instante que Ayt hable en serio sobre compartir el poder. No es su estilo. Ni siquiera ha dejado claro qué quiere de nosotros. ¿Dinero? ¿Mano de obra?

—Para empezar, parece que quiere que garanticemos que, si no otra cosa, al menos no nos oponemos a ellos —dijo Doru—. Tiene sentido. ¿Por qué si no iban a intentar hacerse con Anden? Cuando el muchacho se licencie podemos mandarlo a trabajar con Montaña en Ygutan. Es un buen trabajo, como ha dicho Ayt-jen, de gran responsabilidad. A través de él estaremos al tanto de todo lo que haga Montaña allí, y por su parte estarán seguros de que nos interesa mantener la paz, de que no los sabotaremos ni acudiremos a los espenios. Así que habrá confianza por ambas partes.

—¿Entregar a Andy al enemigo? —Hilo puso los ojos como platos, de pura incredulidad; empezó a ser incómodo Percibirle el aura.

—Durante la época de las Tres Coronas, las casas reales intercambiaban niños para que las dos partes se sintieran motivadas a mantener buenas

relaciones —dijo Doru.

—Quieres decir ofrecer a Andy como rehén. —Hilo soltó un gruñido feroz y se giró hacia Lan—. ¡Nunca! ¡Ni durante un puto momento!

Doru bufó.

—A veces, las costumbres antiguas entrañan cierta sabiduría.

Lan alzó una mano para que Doru no dijera ni una palabra más. Miró el rostro enrojecido de su hermano.

—Tranquilo —dijo con voz suave—. Anden no es ningún títere, y no vamos a mandarlo a ningún sitio adonde no quiera ir. —Había estado haciendo girar los cubitos de hielo en el vaso mientras escuchaba y valoraba. Dejó el vaso en la mesa. Había llegado a una conclusión inevitable sobre cuál tendría que ser la respuesta a Montaña. Hilo tendía a reaccionar de forma personal, mientras que Doru evaluaba las posibilidades con sangre fría y pragmatismo estratégico; pero había un tercer punto de vista que ninguno había mencionado y que era, para Lan, el factor decisivo. Se volvió hacia Doru—: Voy a preparar la respuesta y quiero que la envíes a través del despacho del hombre del tiempo, la forma en que hay que hacer las cosas en los asuntos de negocios como este. No tenemos que saltarnos las formalidades solo porque ellos se las hayan saltado. Voy a rechazar cualquier alianza o asociación con Montaña en todo lo relacionado con la fabricación de sene. Sin embargo, tampoco nos interpondremos. Son libres de dedicarse a ello mientras no amenacen los territorios ni los negocios de Sin Cumbre. —Hizo una pausa—. No mencionaré a Anden en absoluto; no forma parte de este asunto. Si Ayt quiere garantías de neutralidad, tendrá que limitarse a aceptar nuestra palabra.

Doru inclinó la cabeza, pero estaba claro por su expresión tensa y el cambio en el aura que se sentía decepcionado.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo para decidir tan deprisa sobre un asunto tan importante?

Lan no quería escuchar ninguno de los argumentos en contra que sabía que Doru iba a exponer, pero debía una explicación a sus dos consejeros principales.

—Nos llevaría por una senda peligrosa. Si hay más extranjeros con acceso al sene, también aumentará la demanda de jade. Presionarán a la

Alianza del Jade de Kekon para que aumente el ritmo de extracción y para modificar las cuotas de exportación y de ventas, no solo a Espenia, sino a Ygutan y otros lugares; de lo contrario existirá el peligro de que el mercado negro cubriera la demanda con jade de contrabando.

Era algo que Lan no podía tolerar; acababa de votar en contra del incremento de las exportaciones de jade en la última reunión de la AJK. El jade era el recurso natural más valioso de Kekon. Era el derecho de nacimiento de los kekoneses y el núcleo de la cultura y el estilo de vida de los huesos verdes. La venta del jade como un producto de aplicación militar a los extranjeros, a personas que no tenían el entrenamiento ni la educación de los guerreros de jade, que no comprendían el aisho ni apreciaban lo que significaba ser verde, le provocaba un inmenso disgusto. Ciertamente: la exportación de jade mantenía la alianza con los espenios y llenaba las arcas del país, pero había que limitarla estrictamente. Por eso los clanes de huesos verdes tenían autoridad sobre la Alianza del Jade de Kekon, en primer lugar. Ahora, uno de los grandes clanes proponía algo que sin duda socavaría a la larga el poder de la AJK, y eso lo inquietaba de verdad.

—Perdona, Lan-se —protestó Doru con más energía de lo habitual—, pero sin duda la AJK es un ejemplo de que nuestros dos clanes son capaces de coexistir en asociación. Las decisiones futuras sobre extracción y exportaciones tendremos que tomarlas entre nosotros y Montaña. Parece prematuro preocuparse ahora por ellas.

Lan miró al hombre del tiempo con cierta sorpresa. Personalmente, él no habría puesto a la Alianza del Jade de Kekon como ejemplo rutilante de la asociación entre clanes. Los niveles de responsabilidad y las votaciones de los accionistas parecían impedir que ninguna decisión de la AJK se tomase en menos de seis meses.

—Está claro que tienes una visión de la AJK mucho más optimista que la mía —replicó—. Pero hay otros motivos para no involucrarnos.

—Como el detalle de que la propuesta entera de Ayt es un montaje —insistió Hilo—. Un teatrillo para hacerse los razonables mientras nos sacan ventaja.

Lan se inclinaba a estar de acuerdo con las sospechas de Hilo, pero no lo dijo.

—El sene es un veneno —afirmó—. Socava el orden natural de la sociedad. Incita a gente que no debería acercarse al jade. Como aquellos muchachos, los ladrones que atrapó Hilo en el Dos Fortunas el mes pasado. —Adoptó un aire resolutivo—. Si nos implicamos de cualquier forma en la producción de sene, estaremos colaborando con el tráfico de jade y su uso no aprobado. No voy a juzgar las ideas de otro pedestal, pero a mi modo de ver sería una transgresión del aisho.

—¿Acaso la principal finalidad del aisho no es que los huesos verdes protejan el país? —preguntó Doru—. Trabajar unidos para controlar el SN1 reforzaría los clanes. Eso reforzaría a Kekon, que sería menos vulnerable ante los extranjeros.

—¿Y qué pasa si los espenios descubren que los clanes de huesos verdes están vendiendo drogas de uso militar a Ygutan? Los ygutanos echarán la culpa a las fábricas de SN1 kekonesas y negarán cualquier participación oficial suya. Montaña coquetea con los problemas, y no quiero que salpique a Sin Cumbre. —Lan cortó el intento de Doru de continuar—. Doru-jen, he tomado una decisión definitiva. ¿Cumplirás tu obligación como hombre del tiempo y harás las cosas tal como he pedido?

El anciano consejero bajó la cabeza y asintió con reticencia. En un intento final de defender su postura, contestó con mansedumbre sibilina:

—Por supuesto, Lan-se, pero quizá deberíamos hablar con Kaul-jen antes de tomar la decisión definitiva.

—Ya estás hablando con Kaul-jen —dijo Lan, harto, con tal frialdad que Doru se sobresaltó y guardó silencio. Hilo sonrió.

A pesar de haber tomado la decisión que consideraba correcta, Lan estaba abatido. Por todos los dioses del cielo, qué duro era ser el pedestal con su impetuoso hermano menor a un lado y el ladino camarada de su padre al otro. Sin embargo, había esperanza. Hilo había conservado la sensatez aquella tarde, y Doru, aunque a regañadientes, había entrado en vereda. Ahora que había terminado la parte difícil de la conversación, Lan habló en tono más conciliador:

—Creo que estamos un poco tensos. Quiero que sepáis los dos que aprecio vuestras opiniones.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Hilo—. ¿Esperamos a ver cómo responde Ayt?

—Desde luego que no. He dicho que no interferiremos con Montaña, pero sabiendo lo que se traen entre manos, tendremos que ser más cuidadosos. Doru, organízame una reunión con el canciller Son. —Después que lo pusieran en su sitio tan enérgicamente un momento antes, el hombre del tiempo asintió sin discusión. Lan se dirigió a su hermano—: Hilo, a partir de ahora, lo que te dije sobre el Sobaco también se aplica a Sogen y a los demás territorios fronterizos. Refuerza las defensas donde haga falta, pero no quiero derramamientos de sangre sin el visto bueno de la familia. Tampoco quiero represalias por el secuestro de Anden. Nos han escupido en un ojo, pero el muchacho ha vuelto ileso. Ahora les negamos la alianza que querían, así que es mejor no crear más resentimientos durante una temporada.

Hilo se cruzó de brazos y se encogió de hombros.

—Como quieras.

—Otra cosa. Quiero que Shae esté bien protegida. Vive en Sotto Norte, así que no debería tener ningún problema allí; me refiero a cuando se mueve por Yanlún. Que la vigile un par de los tuyos.

Ahora fue Hilo quien pareció disgustado. Hizo una mueca que a Lan le pareció infantil, como si tuviera ocho años y lo regañasen diciéndole que fuera bueno con su hermana.

—Shae puede cuidarse de sobra.

—Sabes que no porta jade —dijo Lan exasperado—. No está metida en los asuntos del clan, pero puede que Montaña no lo sepa. Después de lo que le ha pasado hoy a Anden, prefiero tomar precauciones.

—Si portara su jade, podría cuidarse de sobra —se corrigió Hilo; estaba claro que aún le molestaba el detalle, pero no discrepó.

Lan lo dejó correr. Se alegraba de que Shae hubiera vuelto, con jade o sin él, pero si lo decía, solo aumentaría el malhumor de Hilo. Hacía mucho que había llegado a la conclusión de que no había nada que hacer ni decir si sus hermanos pequeños decidían andar a la greña.

CAPÍTULO 12

Un hombre llamado Mudt

ABero se le curó la cara, pero se le quedó desfigurada, y cuando se miraba al espejo pensaba que se había vuelto feo. También cojeaba un poco al correr. No eran detalles que le importasen, pero cuando se fijaba en ellos, lo que sucedía a menudo, recordaba la noche desastrosa en el Dos Fortunas. Recordaba los duros puños de los hermanos Maik, el desdén indiferente del cuerno y la mirada de lástima indisimulada del pedestal, como si Bero fuera un perro con tres patas al que ni siquiera merecía la pena matar.

Pero por encima de todo, Bero recordaba el jade. Lo que había sido tenerlo y lo que había sido perderlo.

Sampa, el cagón abukei, se había vuelto más recto que una estaca. Acojonado por la idea de que cualquiera con verde le diera una paliza, había encontrado trabajo de porteador en bicicleta. Bero lo veía recorrer resoplando las calles de la barriada de trabajadores portuarios a un lado de la Fragua, su cuerpo rechoncho esforzándose sobre los pedales mientras acarreaba cajas y paquetes en una bicicleta oxidada y chirriante con transportín. Cuando Bero lo saludaba, Sampa hacía caso omiso. Para vengarse, Bero le pinchó las ruedas un día; el abukei no pudo realizar las entregas y perdió el trabajo.

La tía de Bero trabajaba doce horas al día cosiendo en una fábrica de ropa, y Bero dormía en el suelo del apartamento cuando ella no estaba. El novio de su tía trabajaba en un almacén del puerto y sabía cómo sisar un poco; nunca tanto como para que lo pillaran y lo despidieran, pero suficiente para subvencionarse la afición a la bebida. El cabrón nunca le hizo ningún favor a Bero, pero gracias a él se enteró de la existencia de un hombre llamado Mudt que vendía material robado en la parte trasera de una tienda de saldos de Junko.

No era nada que le interesara mucho, pero otros rumores le llamaron más la atención. Encontró al hombre en la trastienda; estaba haciendo inventario. Era un individuo moreno de pelo rizado y ojos pequeños; quizá tuviera sangre abukei.

—¿Qué quieres? —preguntó Mudt.

—Dicen por ahí que tienes trabajo para quien esté interesado.

—Quizá. —Mudt tosió, cubriéndose la boca con la cara interior de codo, y estudió a Bero con ojos húmedos y brillantes. A pesar del calor pegajoso, llevaba una camisa gris de manga larga con los puños abotonados, la tela del cuello y las axilas oscurecida por el sudor—. Eso sí: no es para cobardes. ¿Sabes conducir? ¿Usar una pistola?

—Sí a las dos cosas. —Bero lo observó—. ¿Es verdad que eres verde?

Mudt sonrió con suficiencia. Sacó la lengua y enseñó el *piercing* de jade que llevaba en el centro.

—Oh, es real —aseguró—. No me importa decírtelo porque sé que tienes mono de jade. Estas hambriento de verdad. —Se dio unos golpecitos con el índice en el centro de la frente y sonrió mostrando los dientes torcidos—. Ya sabes, Percepción.

Si era cierto que Mudt portaba jade, probablemente también serían ciertas las demás cosas que había oído Bero: que tenía documentación falsa y un proveedor de sene fiable; que como propietario de un pequeño negocio en el territorio de Sin Cumbre pagaba un tributo simbólico al clan, pero el grueso de sus ganancias provenía de trabajar como informante para Montaña. Mudt era un hombre hecho a sí mismo y la prueba de que no hacía falta nacer en una familia especial ni ir a una escuela especial para

tener lo que tenían los huesos verdes; para conseguir el poder que nadie le iba a regalar.

—Quiero trabajar para ti —dijo Bero.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 13

La petición de un favor

A Shae le estaba gustando su nueva vivienda en Sotto Norte. La tarea de instalarse en un apartamento le hacía sentirse productiva, y aunque no sabía muy bien a qué se iba a dedicar para ganarse la vida, le infundió la confianza que necesitaba: se veía capaz de vivir en Yanlún y estar cerca de la familia, sin dejar de ser independiente. Adquirió un mobiliario básico pero de buen aspecto, hizo acopio de las cosas que necesitaba y recuperó la costumbre de cocinar para una sola persona. Empezó a explorar la zona que rodeaba su edificio y se alegró al descubrir que había un montón de tiendas que vendían de todo, desde bolsos de marca hasta infusiones malolientes, y montones de lugares para comer, desde marisquerías hasta puestos callejeros de tallarines que abrían toda la noche. Sotto Norte era un distrito de más categoría que el atestado y descuidado Barrio Sotto; un lugar más gentrificado y de moda habitado por jóvenes profesionales, artistas y un buen puñado de extranjeros expatriados. Allí podía vestir diseños audaces y faldas de colores vivos procedentes de su guardarropa espenio y, en vez de desentonar, parecer elegante y moderna. Era la zona más cosmopolita de Yanlún.

Pero aunque a un visitante esporádico de la ciudad pudiera pasarle desapercibido, Shae se daba cuenta de que el clan gobernaba allí con tanta fuerza como en cualquier otro lugar. Por todas partes se veían linternas

blancas, ya fueran auténticas o recortadas en papel, colgadas en las ventanas. Más de una vez se cruzó con individuos, parejas y a veces tríos que formaban parte del personal de Hilo. Como no portaba jade, no podía Percibir las auras, pero era fácil identificarlos: hombres jóvenes, a veces mujeres, de aspecto duro y atlético, bien vestidos, armados sin disimulo con cuchillos y espadas, y con el jade casi siempre bien visible. La mayoría de la gente pasaba a su lado sin detenerse, para no atraer una atención indeseada. Ella hacía lo mismo, aunque por motivos diferentes.

Los vecinos de Shae eran una pareja de veintitantos años con pinta de trabajar en el Barrio Financiero (la mujer tenía un perrito con el tamaño y el encanto de una rata bien alimentada), una soltera de mediana edad a la que visitaban continuamente más solteras de mediana edad para beber vino y jugar ruidosamente a las cartas, y un joven de edad universitaria que se había mudado al apartamento del fondo del descansillo de Shae, un par de semanas después de que ella llegase. Entraba y salía a menudo, y después de que se hubieran saludado varias veces con un gesto cuando se cruzaban por los pasillos o las escaleras, Shae pensó que debería presentarse. Pero tenía dudas: en cuanto pronunciara el apellido Kaul, se acabaría el agradable anonimato.

Se dijo que era ridículo dejar que ese detalle le impidiera conocer gente. La siguiente ocasión en que vio al vecino fue un día que salían del edificio a la vez.

—Nos cruzamos todo el tiempo, pero no sé cómo te llamas —le dijo sonriendo.

—Oh —dijo él con cierta timidez. Se inclinó un poco hacia delante y se tocó la frente en un saludo informal—. Me llamo Caun Yudenru.

Shae devolvió el saludo.

—Yo soy Shae.

Caun Yu alzó las cejas, y Shae sintió que se ruborizaba. Estaba dispuesta a decir su nombre completo, pero por algún motivo, de sus labios solo había salido el diminutivo del nombre de pila. «Dioses». Aquel joven debería de haberla tomado por una coqueta desvergonzada. Caun era atractivo (aunque era más joven y siempre llevaba un gorro negro que le

daba aspecto de delincuente), pero esa no era la cuestión. No estaba interesada en una relación de rebote.

—Encantada de conocerlo, señor Caun —se apresuró a añadir en tono formal; por dentro se moría de vergüenza por la manera en que estaba complicando una simple presentación—. Nos... veremos pronto, pues.

De algún modo se las arregló para mantener el aplomo, sonreír amablemente y salir a la calle con paso tranquilo, como si comportarse de aquella forma tan rara hubiera sido su intención desde el principio.

Fue a la biblioteca pública y echó una ojeada al listado de empresas de Yanlún, decidida a avanzar en la búsqueda de empleo; apuntó en una libreta de muelle los nombres y direcciones de las que le parecieron interesantes. Al cabo de un par de horas, al igual que le había pasado cuando buscaba piso, la golpeó el pensamiento de lo innecesariamente lento e ineficaz que era aquel proceso. Sin Cumbre controlaba negocios en muchas áreas; era propietario directo de algunos, pero en la mayoría de los casos se trataba de relaciones de patrocinio con los lineros que pagaban tributo al clan. Con un par de llamadas telefónicas bien pensadas, se podría ahorrar todo el trabajo de búsqueda. Se preguntó si respetar a toda costa la norma de no pedir ayuda a la familia era de verdad una cuestión de principios o simple orgullo estúpido por su parte.

Sabía qué opinaría Hilo. Siguió buscando con testarudez media hora; después cerró los libros y se marchó de la biblioteca. No estaba segura de si había perdido el tiempo o lo había aprovechado bien. De camino a casa compró una máquina de escribir, con el fin de actualizar el currículum. No llevaba ni veinte minutos en el apartamento cuando llamaron a la puerta.

Abrió y se encontró a Lan en el descansillo.

—¿Puedo pasar? —dijo con amabilidad.

Estaba tan sorprendida que no dijo nada; se limitó a sujetar la puerta abierta. Lan entró en el apartamento y cerró; los dos guardaespaldas se quedaron fuera vigilando. Dedicó un instante a observar con curiosidad la estancia principal, y Shae sintió una intensa punzada de vergüenza. Qué austero debía de parecerle aquel lugar, qué vulgar y poco digno como residencia de un miembro de la familia Kaul. Shae cruzó los brazos y se sentó en el duro sofá nuevo, a la defensiva a pesar de que su hermano aún

no había dicho ni una palabra. Si no hubiera sido Lan, sino Hilo, estaría paseando por la salita y tocando las cosas. «Muy bonito —habría dicho Hilo, y se habría encogido de hombros sonriendo como alguien a quien divierte la rabieta de un chiquillo que insiste en dormir en el patio—. Supongo que si a ti te gusta, está bien».

—¿Tienes algo de beber? Todavía hace calor en la calle —dijo Lan.

Empezó a caminar hacia la zona de cocina, pero Shae se levantó rápidamente.

—Perdona, ya voy yo. Tendría que haberte ofrecido algo, pero... me has pillado por sorpresa.

Pasó junto a su hermano y entró en la cocina, donde en cualquier caso solo cabía cómodamente una persona, y sacó de la nevera una jarra de té helado con especias. Llenó un vaso, puso unas galletas de sésamo y un puñado de frutos secos en un plato y lo llevó todo a la mesita.

Lan aceptó el vaso con una sonrisa que casi parecía de disculpa, como si le incomodase causarle molestias, y después señaló el sofá y se sentaron los dos. Se removió un poco en los cojines nuevos, demasiado rígidos.

— Va...?  Va todo bien? —preguntó Shae. No entendía por qué habría ido all  Lan en vez de convocarla en la mansión Kaul.

— Es que necesito una excusa para visitar a mi hermanita? —dijo Lan con severidad. Shae se quedó helada ante la reprimenda aparente, y entonces Lan le gui n  un ojo para que supiera que le estaba tomando el pelo. El gesto era algo tan propio de Lan cuando estaba relajado, y a la vez tan chocante con el aire de autoridad que mostraba como pedestal, que Shae se echó a reír.

Lan se bebió la mitad del vaso y después se giró hacia ella con expresión más seria.

—S  que he venido por un motivo, Shae. —Elegi  con cuidado las palabras antes de seguir hablando—: Empiezo a dudar de que Doru me cuente todo lo que debo saber. Desde luego, no existe un hombre del tiempo más experto, y sabes lo mucho que aprecia al abuelo. Pero a veces dice cosas, pequeños detalles, que me hacen sospechar que no puedo contar con él por completo.

Shae torció el gesto. Detestaba a Doru.

—Deberías sustituirlo.

Lan le dirigió su típica mirada sincera.

—Respeto tu decisión de no mezclarte en los asuntos del clan. No me gusta la idea de que andes por la ciudad sin jade, pero tampoco te lo voy a impedir. Decidas lo que decidas, te apoyaré. Ya te lo he dicho antes y eso no ha cambiado.

—Pero... —dijo Shae. Se estremeció. «Tenía que pasar».

—Necesito a alguien de confianza. Alguien que conozca el negocio, que vaya a las minas y eche un vistazo. Que revise la contabilidad y compruebe que todo está en orden, y que se asegure de que las cifras coinciden con los registros oficiales de la AJK. Como favor personal.

Shae no respondió de inmediato. Ahora entendía por qué había ido a su apartamento con la excusa de una visita de cortesía en vez de mantener aquella conversación en la mansión, donde Doru vería que conversaban y se pondría a cavilar.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Lan frunció el ceño, como si sospechara que estaba siendo sarcástica.

—Serán semanas de trabajo.

—Lo sé. Pero ¿eso es todo lo que quieres que haga? ¿Nada más después de eso?

—Nada más. Eso es todo. No pienso ir metiéndote en los negocios del clan de forma sibilina, poquito a poquito, si eso es lo que sospechas de mí.

Habló con cierta sequedad que hizo a Shae bajar la mirada, sintiéndose culpable. Lo había ofendido al desconfiar de sus intenciones, después de que él se rebajara a visitar a su hermana pequeña en busca de ayuda.

Años antes, el trabajo de Shae con los espenios había comenzado con unas pocas peticiones, pequeñas y sencillas, que habían dado pie a peticiones un poco más importantes, y estas a su vez habían llevado a que existiera un archivo con su nombre y a que la relación con su abuelo hubiera estado a punto de irse al traste. No había olvidado que un simple pasito en una dirección podía provocar un cambio irrevocable en su trayectoria.

Pero ahora era su hermano el que le pedía algo, no Jerald ni alguno de sus sonrientes superiores. Como pedestal, Lan podía exigirle fidelidad;

podía pedirle que se arrodillara y reiterase el juramento, y podía expulsarla de la familia si no obedecía. No había hecho nada de eso. Shae sospechaba que ni siquiera lo haría aunque ella se negase a hacer lo que le pedía. Siempre había dado por supuesto que contaría con el apoyo de Lan, y entonces recordó por qué.

Un viaje imprevisto al sur, al interior de la isla, supondría un retraso en su plan, por lo demás bastante indefinido, de buscar trabajo, pero no era como si tuviera una fecha límite.

—Iré, Lan —dijo al fin—. Como favor personal.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

Oro y jade

COMO pedestal, Lan tenía un grupo de personal propio a cargo de Woon Papidonwa, un antiguo amigo de la academia. Este grupo no pertenecía ni a la rama militar ni a la comercial de Sin Cumbre, y no respondía ante el cuerno ni ante el hombre del tiempo. Gestionaban la agenda de Lan y se ocupaban de tareas administrativas y domésticas, como el mantenimiento y la seguridad de la hacienda Kaul y otras propiedades del clan, incluida la residencia costera de Marenia. Aunque no tenían mucha autoridad formal en el clan, no eran personas a las que se pudiera menospreciar; el jefe de los ayudantes del pedestal era a menudo su confidente, y a veces acababa ocupando puestos de más influencia.

A pesar de la oposición testaruda del abuelo, Lan estaba más decidido que nunca a jubilar a Yun Doru y nombrar a otro hombre del tiempo antes de que acabara el año. Sin embargo, debido a los acontecimientos recientes y a la tensión entre clanes, no sería inteligente perder al hombre del tiempo actual antes de encontrar uno nuevo de absoluta confianza y listo para ocupar el cargo. Woon había sido en secreto uno de los candidatos principales para sustituir a Doru, pero Lan tenía dudas de que su fiel ayudante tuviera suficiente inteligencia para ocupar un puesto tan importante en el clan. Decidió que en los meses siguientes encomendaría

tareas de más enjundia a Woon para ver cómo se las arreglaba. Mientras tanto, quizá Kaul Sen acabara suavizando su postura.

Cuando acudió al Salón de la Sabiduría para reunirse con el canciller Son, fue acompañado de Woon. El Salón de la Sabiduría era un edificio imponente de ladrillo oscuro y teja roja que alojaba a la cámara legislativa del Consejo Real de Kekon, el Gobierno oficial del país. Estaba a tiro de piedra del Palacio Triunfal, donde el príncipe Ioan III y su familia vivían en el lujo ceremonial financiado por el Estado. Los dos edificios estaban en el Barrio Monumental, que, a pesar de estar a menos de quince minutos de la hacienda Kaul, era el territorio más neutral de Yanlún, aparte del Barrio de los Templos.

El chófer detuvo el Roewolfe plateado de Lan justo al lado del gran estanque reflectante que se extendía al pie de las imponentes hileras de escalones de mármol. Lan y el ayudante del pedestal se apearon y recorrieron la senda de piedra que atravesaba por el centro la superficie de agua, inmóvil como un cristal. Los dos se detuvieron al llegar al final de la senda para presentar sus respetos ante el Monumento a los Guerreros, como imponía la tradición.

Formaban el Monumento a los Guerreros dos grandes estatuas de bronce. La más pequeña representaba a un niño que sostenía una linterna e iluminaba el rostro de la otra estatua: un guerrero huesos verdes anónimo arrodillado ante el niño. Parecía como si el hombre hubiera llegado hasta él y se estuviera arrodillando para protegerlo; también podría ser que el niño se hubiera acercado al guerrero perdido en la oscuridad y sostuviera la linterna para iluminarle el camino. Cualquiera de las dos interpretaciones era adecuadamente patriótica. La inscripción de la base del monumento rezaba:

SALIENDO DE LA OSCURIDAD

**EN MEMORIA DE LOS MONTAÑESES QUE LUCHARON POR LA
LIBERTAD DE KEKON Y LOS VALIENTES CIUDADANOS QUE LOS
AYUDARON**

Lan intentó imaginar a su irascible abuelo como el joven guerrero representado en bronce: uno de los patriotas luchadores por la libertad que hicieron frente durante cincuenta años a la dominación shotariana y que al final obligaron a un imperio poderoso, debilitado por la guerra de las Naciones pero todavía superior en número y armamento, a devolver Kekon a su pueblo. Le sorprendía pensar que tan solo una generación antes se perseguía a los huesos verdes como bandidos y criminales, mientras en secreto los ayudaba una población que celebraba sus gestas sobrehumanas. Y allí estaba él ahora: a punto de entrar en el Salón de la Sabiduría para reunirse con uno de los políticos de mayor rango del país. En algunos aspectos, pensó, debió de haber sido más fácil, más peligroso pero más heroico, ser un huesos verdes en tiempos de su abuelo, cuando el enemigo era una potencia extranjera cruel.

La estatua del guerrero arrodillado llevaba una espada luna al cinto y brazaletes con monturas para muchas gemas pequeñas. Al pasar junto al monumento, Lan se dio cuenta de que las monturas estaban vacías; unos vándalos habían robado el jade del guerrero homenajeado, a pesar de que se trataba de piedras verdes inertes engarzadas como decoración.

El vestíbulo del Salón de la Sabiduría era un espacio amplísimo con baldosas de mármol claro y gruesas columnas verdes que se alzaban hasta el techo, cubierto de elaboradísimos frescos. Un asistente joven recibió a Lan y Woon, los saludó con respeto y los acompañó hasta el despacho del canciller.

—Son nos pedirá algo —le dijo Lan a Woon en un aparte—. Piensa qué podrá ser y qué deberíamos concederle.

Atravesaron una puerta doble de madera. Cuando entraron, el canciller rodeó la enorme mesa de despacho para darles la bienvenida. Son Tomarho era un hombre de constitución poderosa de unos cincuenta años; tenía un hoyuelo en la mandíbula y cejas pobladas. De joven debía de haber sido físicamente imponente, pero los años de darse a la buena vida habían convertido los músculos en lorzas. Dirigió a Lan una amplia sonrisa de político.

—Adelante, adelante, Kaul-jen. ¿Cómo lo tratan los dioses?

—Razonablemente bien, mi canciller —respondió Lan. Tras dedicar unos minutos al intercambio de cortesías, se sentó en un sillón, delante de la mesa de Son. Woon colocó el otro sillón un poco por detrás y a la izquierda de Lan, como imponía la jerarquía, y se sentó también.

El canciller se dejó caer en su sillón de cuero de respaldo alto, arrancándole un chirrido de protesta. Entrecruzó los dedos sobre la enorme barriga y miró a Lan con solicitud.

—¿En qué puedo ser de ayuda al pedestal del clan?

Lan puso en orden sus pensamientos.

—Canciller Son, me temo que acudo ante usted profundamente preocupado.

A diferencia de sus hermanos, Lan recordaba a su padre. El último año de la guerra de las Naciones, unos meses antes de que Kaul Dushuron pereciera en una de las últimas batallas contra el hostigado ejército de Shotar, le había preguntado:

—¿Quién mandará en Kekon cuando se vayan los shotis? ¿Tú?

—No —dijo Kaul Du con indulgencia—. Yo no.

—Entonces, ¿el abuelo? ¿O Ayt-jen?

—No mandará ninguno de nosotros. Somos huesos verdes. —Su padre estaba copiando una lista de nombres, un horario de trenes y un mapa en tres papeles distintos. Los guardó en sobres sin marcas—. Oro y jade no se mezclan.

—¿Por qué dice eso la gente?

Lan había oído muchas veces la expresión «oro y jade», que equivalía a avaricia y excesos. Un nivel de ambición inapropiado. Alguien que aspirase a tener demasiada suerte podría escucharlo como advertencia: «No pidas oro y jade». Un niño que pidiera un pastel de crema después de haberse comido un bollo se llevaría una regañina: «¡Quieres el oro y el jade!».

El padre de Lan lo miró entrecerrando los ojos. Durante un instante, Lan tuvo miedo de que su padre se hubiera hartado de tantas preguntas y lo mandara a su cuarto para poder terminar el trabajo en paz. Kaul Du no pasaba a menudo por casa; el abuelo y él dedicaban mucho tiempo a las

misiones secretas y, cuando volvían, la abuela y la madre de Lan se comportaban como si hubieran recibido una visita de los dioses: un gran honor, una interrupción antinatural, algo digno de celebrar, pero que era mejor que acabase deprisa. Kaul Du besaba a sus hijos, pero no sabía relacionarse con ellos. Hablaba a Lan como hablaría con un adulto. En la habitación de al lado, Hilo, el hermano pequeño de Lan, berreaba mientras su madre intentaba consolarlo.

—Hace mucho tiempo, muchos siglos antes de que llegaran los shotarianos, había tres reinos en Kekon —dijo Kaul Du mientras volvía parte de su atención a las listas y los mapas—. El reino de Jan, que estaba en la costa norte, donde estamos ahora; el reino de Hunto, en la cuenca central, y el de Tiedo, en la península sur. Hunto era el más fuerte, pero su rey tenía la sangre aguada y estaba obsesionado con el jade. Una noche enloqueció por culpa de la comezón, recorrió el palacio y asesinó a toda su familia, incluidos sus propios hijos.

Lan dirigió la mirada al jade que llevaba su padre al cuello y alrededor de las muñecas. Al darse cuenta, Kaul Du sonrió, cogió a Lan por un brazo y lo atrajo hacia sí en una ruda muestra de afecto.

—¿Te preocupa eso, hijo? —Kaul Du desenfundó de un tirón el cuchillo garra que llevaba al cinto y lo alzó entre los dos. Lan se fijó en lo afilado que estaba, en que la empuñadura estaba desgastada por el roce de la mano de su padre—. ¿Estás preocupado por papá? ¿Temes que le pueda pasar algo?

—No —contestó Lan con voz tranquila. A sus ocho años, sabía que todos los hombres de la familia eran huesos verdes, y eso significaba que portaban jade y juraban fidelidad a un clan secreto que luchaba contra la injusticia y los extranjeros.

—Bien —dijo Kaul Du, aún rodeando con el brazo los hombros de Lan—. No tienes que preocuparte. Hay personas destinadas a portar jade y personas que no. Tú eres de los primeros, y tu hermano también, igual que tu papá y tu abuelo. Toma, coge el cuchillo garra. ¿Todavía no tienes uno? Dioses, deberías. Me tendría que haber ocupado ya de eso. Adelante, solo tiene unas pocas gemas, no te hará daño.

Lan empuñó el arma y la hizo girar, tal como había practicado con el cuchillo de juguete. Las gemas de jade de la empuñadura eran suaves al tacto y le provocaron un hormigueo cálido y agradable en el pecho, como si hubiera aspirado una enorme bocanada de aire y llevara un buen rato conteniendo el aliento. Kaul Du lo miró con aprobación.

—¿Qué pasó luego, cuando el rey mató a su familia? —dijo Lan.

Kaul Du cogió el cuchillo garra y lo guardó en la funda.

—Con la familia real de Hunto muerta, Jan y Tiedo invadieron el reino y se lo repartieron, y después entraron en guerra entre ellos. Al final, la isla de Kekon quedó unida. Se decretó que, por la seguridad del país, los que gobernaban no debían portar jade y los que portaban jade no debían gobernar.

En la habitación de al lado, los gritos de Hilo, que durante un rato se habían aplacado, se reanudaron con energía renovada.

—Maldito sea ese demonio aullador —gruñó el padre de Lan, pero una sonrisa ufana se superpuso a la exasperación. Según un cuento de viejas kekonés, cuanto más insoportable fuera un bebé, mejor luchador estaba destinado a ser.

Otro sonido atravesó la noche, a lo lejos, y enmascaró los gritos de Hilo: las sirenas de aviso de ataque aéreo en Yanlún. Kaul Du hizo caso omiso del escándalo y siguió hablando con voz tranquila:

—El hombre que porta la corona de rey no puede portar el jade de guerrero. Oro y jade no se mezclan. Los huesos verdes vivimos con arreglo al aisho. Defendemos al país de sus enemigos y a los débiles de los fuertes. —Kaul Du sujetó a su hijo a un brazo de distancia, entrecerró el ojo izquierdo y adoptó una expresión pensativa—. Cuando acabe la guerra y hayamos derrotado a los shotis, el clan tendrá que reconstruir el país y proteger a la gente del caos. Ah, no creo que yo vaya a vivir para verlo, Lan-se, pero tendrás que ser un huesos verdes distinto de mí.

—Quiero que se apruebe una ley —explicó Lan al canciller Son—. Que impida que un clan aislado tenga mayoría absoluta en la Alianza del Jade de Kekon.

El canciller frunció los gruesos labios. Luego habló lentamente:

—Interesante, teniendo en cuenta que la estructura de propiedad de la AJK no ha experimentado prácticamente ningún cambio en los quince últimos años, con los dos clanes principales del país al cargo de partes aproximadamente iguales.

—Treinta y nueve por ciento de Montaña, treinta y cinco por ciento de Sin Cumbre, y el resto repartido entre los clanes menores —concretó Lan—. Y si me permite la corrección, mi canciller, el cambio más reciente se produjo el año pasado, cuando Montaña aumentó su parte en un dos y medio por ciento después de anexionarse al clan Tres Carreras. Lo que consiguió matando a todos los miembros con jade de la familia Run.

El canciller Son torció el gesto, y Lan reprimió una sonrisa. Nunca hacía daño recordar a los políticos que los huesos verdes se guiaban por criterios diferentes de velocidad y violencia.

—Esta ley que propone..., ¿es una jugada defensiva, Kaul-jen? —tanteó Son con voz neutra. Se le formó una arruga entre las espesas cejas grises.

Lan podía figurarse lo que estaba pensando: ¿tenía motivos para temer que Montaña pudiera conquistar los clanes menores o, los dioses no lo quisieran, el propio Sin Cumbre?

—Es una jugada defensiva para el país —dijo con firmeza—. La AJK se creó después de la guerra, bajo la premisa razonable de que los huesos verdes deberían estar al cargo de gestionar la producción nacional de jade. La idea era, por supuesto, que todos los clanes estarían interesados en cooperar para limitar y proteger el suministro de jade. Pero aquello fue antes de la invención del SN1, antes de que empezara a entrar el dinero de las exportaciones y antes de que... tuvieran lugar ciertos cambios en el liderazgo de los clanes principales.

El canciller Son fue directo:

—¿Cree que Montaña intenta controlar la AJK?

—Creo que sería bueno para el país eliminar la tentación.

—¿Bueno para el país o bueno para Sin Cumbre?

—No busco ventajas para el clan Sin Cumbre —dijo Lan con un leve pero inconfundible tono de reproche—. Cualquier ley que se apruebe en relación con la AJK se aplicará por igual a mi clan y al de Ayt Madashi. —

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa de Son. El movimiento le subió un poco las mangas y, durante un instante, el canciller entrevió las muñequeras tachonadas de jade—. El jade es un recurso nacional; nunca debería estar bajo control de una persona o un grupo. Tiene que existir un equilibrio de poder.

El canciller Son se rascó una mejilla.

—Será difícil redactar la ley para impedir argucias. Alguna parte interesada puede trabajar a través de subsidiarios o intermediarios para hacerse *de facto* con el control.

—Estoy seguro de que el Gobierno tiene personal inteligente que sabrá resolver el problema. —Lan habló con tono más relajado al darse cuenta, con satisfacción, de que estaban pasando de hablar del «si...» al «cómo»—. Se podría activar una redistribución automática de la propiedad entre los demás accionistas en caso de que algún clan o sus afiliados supere un umbral del cuarenta y cinco por ciento. O incluir una cláusula de nacionalización de la AJK si esta cae bajo el control de un único clan. No creo que llegue a surgir la necesidad de aplicar una medida tan extrema —añadió al ver la expresión de incredulidad del canciller—, pero serviría para disuadir a cualquier clan de la idea de hacerse con el control de todo el jade del país eliminando a los rivales.

Son exhaló con fuerza por la nariz y tamborileó en la mesa con los dedos regordetes.

—Una ley no se elabora y aprueba por arte de magia ni porque yo lo desee sin más, por supuesto —dijo sonriendo—. Tendré que proponérselo al Consejo Real; para ello necesitaremos el apoyo de todos los miembros afiliados a Sin Cumbre y el de casi todos los independientes.

—Entonces ha sido una suerte —dijo Lan con una sonrisa igual de significativa— que haya acudido directamente ante alguien cuya amistad con el clan es tan antigua y estrecha. Un hombre que tiene la influencia necesaria para que estas cosas se hagan realidad.

El canciller gruñó e hizo un gesto displicente con la mano, pero pareció complacido. Antes de meterse en la política, Son Tomarho había sido un linterna de Sin Cumbre razonablemente acaudalado. Sus hijas dirigían ahora el negocio textil de la familia y seguían pagando puntualmente el

tributo al clan. Son era el hombre de Sin Cumbre en el puesto más alto del Gobierno; lo sabía todo el mundo. Casi todos los concejales y el personal del Salón de la Sabiduría estaban afiliados a algún clan de huesos verdes; el tesorero del consejo, que ocupaba el despacho opuesto al de Son, era un conocido miembro de Montaña.

«Oro y jade no se mezclan», había dicho el padre de Lan hacía más de veinticinco años. Pero el axioma no era tan sencillo. Después de la guerra, los huesos verdes, siguiendo el ejemplo de Kaul Sen y Ayt Yu, habían actuado con fidelidad al aisho y habían renunciado al poder político para dedicarse a sus asuntos privados. Pero habían abandonado las sombras para siempre; ya no se ocultaban y entrenaban en las montañas, sino que vivían abiertamente en las ciudades que habían luchado por liberar. En los años de caos posbélico y crecimiento desaforado, la gente corriente seguía recurriendo a ellos en busca de protección y favores, tal como había hecho en las décadas de opresión extranjera, y los clanes proporcionaban ambas cosas. La red secreta de afiliados, los linternas, se convirtió en un vehículo para hacer negocios en vez de para hacer la guerra. Tenían influencia y garantizaban nombramientos y contratos a los camaradas y aliados leales de la época de la ocupación. Quienes habían sido delincuentes para los shotarianos se convirtieron en la clase gobernante de la isla. Y aunque no formaban parte del Gobierno kekonés oficialmente, los clanes estaban tan implicados en su funcionamiento que eran indistinguibles en muchos aspectos.

Por eso Lan no había albergado ninguna duda sobre el resultado de la reunión: Son Tomarho haría lo que había pedido; las únicas incógnitas eran a qué velocidad, con cuánto entusiasmo y a qué precio.

El canciller se recostó en el asiento y habló con el tono amistoso bien depurado de un político veterano:

—Ya me conoce, Kaul-jen. Quiero lo mejor para el país y coincido con usted al ciento por ciento. Estamos totalmente de acuerdo en este asunto. Pero preveo que será difícil reunir todos los votos que necesitaremos. Aunque sean leales al clan, algunos concejales no se atreverán a apoyar públicamente algo que parece destinado en exclusiva a controlar el comportamiento de Montaña. Sería mucho más fácil reunir apoyo para la

propuesta si el clan diera muestras de estar interesado en tomar otras medidas importantes de interés público.

—¿No estamos de acuerdo en que esta ley es en sí misma un gran avance en ese sentido? —Por supuesto, Lan había previsto que Son intentaría sacarle algo más, pero por dentro se sentía irritado de todas formas. El canciller debería darse cuenta de que era su obligación cívica proteger a la AJK de caer en manos de un solo clan, al margen de que Sin Cumbre le concediera otras peticiones. Pero las viejas costumbres de los linternas eran difíciles de cambiar.

—Lo estamos, lo estamos —aceptó Son amigablemente—. Pero los ciudadanos corrientes también tienen preocupaciones más apremiantes, más tangibles. El funcionamiento del puerto, por ejemplo. Como sin duda sabrá, hace unos meses hubo una huelga de trabajadores portuarios en las Dársenas que causó problemas a la ciudad. Varias familias, incluida la mía, pidieron ayuda al cuerno de Sin Cumbre, pero por desgracia no la obtuvieron.

—Le dejo al cuerno las decisiones del cuerno —dijo Lan—, y en este caso concreto estoy de acuerdo con su decisión. —La familia Son y otros linternas querían que Hilo enviara a sus hombres a intimidar a los líderes sindicales, dispersar las reuniones y, si era necesario, a obligar a los estibadores a volver al trabajo. Hilo había soltado un bufido. «¿Qué se creen que somos?, ¿matones a sueldo?». Los trabajadores del puerto también eran miembros de Sin Cumbre. Los líderes sindicales pagaban tributo. Lan se sintió impresionado aquella vez por el comportamiento de su hermano. Hilo nunca vacilaba a la hora de usar la fuerza, pero al menos pensaba primero y sabía que no convenía que los linternas creyeran que podían pedir lo que les diera la gana.

Pero ahora necesitaba la colaboración de Son, de modo que añadió:

—Tomo nota de sus preocupaciones y comprendo que asumir las pérdidas en aquella ocasión resultaría una carga. Estoy seguro de que podremos hacer algo para aliviarla. El hombre del tiempo está muy ocupado estos días, de modo que Woon-jen se encargará de dar prioridad al asunto.

Al decir aquello indicó a Woon que tenía permiso para intervenir. Como era de esperar con cualquier subordinado del clan en una situación como

aquella, había guardado silencio mientras el pedestal se encargaba de la conversación, sin mostrar emoción alguna, pero observando con atención al interlocutor para, más adelante, poder confirmar o discutir las impresiones de su jefe. Pero en aquel momento, el asistente del pedestal se inclinó hacia delante y Lan esperó con cierto nerviosismo el resultado de la prueba.

—Canciller —dijo Woon—, tengo entendido que algunas empresas, las de ropa y productos textiles por ejemplo, sufren la competencia de las importaciones extranjeras. Si en los puntos de entrada se aplicara un arancel y el clan se encargara de imponer su cumplimiento, ¿serviría de ayuda para que los productores kekoneses pudieran trabajar en condiciones más igualadas?

Aquello le gustó a Lan. Era una buena oferta: el aumento de los impuestos portuarios a los productos textiles de importación sería una fuente de ingresos para el clan, resultaría fácil ponerlo en práctica y hacer que se cumpliera, y daría buenos beneficios al negocio de la familia Son sin favorecer demasiado a cambio de nada a otros linajes. El canciller fingió meditar las palabras de Woon, pero Lan se dio cuenta de que reprimía una sonrisa satisfecha.

—Sí, desde luego, sería beneficioso.

Lan se puso en pie y se ajustó los puños de la camisa.

—Estamos de acuerdo, pues.

El canciller se levantó a su vez y caminó hasta la puerta del despacho.

—Dígame, Kaul-jen: ¿cómo está últimamente su abuelo, que ojalá viva trescientos años?

—Por desgracia, la edad acaba por pasarnos factura a todos; incluso a los huesos verdes —dijo con suavidad. Reconocía la aparente pregunta de cortesía como lo que era: Son intentaba averiguar hasta qué punto Kaul Sen dirigía Sin Cumbre escudado tras su nieto. El canciller quería saber si lo que había acordado con Lan era la postura definitiva del clan—. Mi abuelo ya no es el que era, pero sigue bien de salud y disfrutando de su merecida jubilación.

Son se llevó a la frente las manos rollizas en un saludo de despedida.

CAPÍTULO 15

Un pacto con los diablos

DELANTE del almacén había una docena de motocicletas Torroyo tuneadas y decoradas en tonos neón, al gusto de los moteros de la zona norte de Yanlún: rojo vivo, verde lima, azul eléctrico. Hilo se detuvo a admirar un par, acarició el sillín de cuero de un vehículo especialmente llamativo, se inclinó para observar el motor reluciente y echar una breve ojeada al cuadro de mandos, y luego siguió hasta la puerta de aluminio del edificio reconvertido, que vibraba al ritmo de la música que sonaba a todo volumen.

Lo acompañaban Maik Tar y dos dedos veteranos a los que Hilo tenía la esperanza de ascender pronto a puños: Obu era inteligente, algo rechoncho, de aire modesto, y dominaba la mejor técnica de Desviación que Hilo hubiera visto en su vida, pero tenía que aprender a liderar para merecer el ascenso; Iyn no tenía un talento destacado en ninguna de las disciplinas del jade, pero como ocurría con muchos huesos verdes, sobre todo en las áreas del clan bajo la jurisdicción de cuerno, trabajaba mucho más duro que los hombres, y eso era algo que Hilo valoraba. Iyn Ro y Maik Tar tenían una relación intermitente que en aquel momento estaba en pausa; se parecían demasiado, y en las temporadas en que eran amantes se peleaban como gatos.

Los cuatro huesos verdes entraron en el cuartel general de la banda de moteros. Había cerca de una veintena, casi todos entre los dieciséis y los veinticinco años, repartidos por sofás desvencijados, fumando y bebiendo; unos cuantos jugaban al billar, otros veían la televisión. En una esquina había tres hombres contando una pila de dinero. Hilo observó a su alrededor con interés. En comparación con la mayoría de las bandas del distrito de Lavamonedas, la morada de los Diablos Cromados era una de las mejor instaladas y equipadas, y tenía relativamente menos mugre, alimañas y drogadictos indolentes a la vista.

Todas las miradas se volvieron hacia los intrusos. En una fracción de segundo, todos los integrantes de los Diablos Cromados estaban en pie y empuñaban pistolas, cuchillos y cualquier cosa que tuvieran a mano y pudieran usar como arma: botellas, tacos de billar. Los tres hombres de la esquina se sobresaltaron e intentaron ocultar tras ellos la gran pila de dinero, casi cómicamente.

—¡Atención, perros! —gritó Tar. Alguien apagó la música.

—¿De quién es esa preciosa Torroyo RP550 rojo fuego que hay fuera? —preguntó Hilo.

—Es mía —respondió alguien desde el fondo de la sala. Se adelantó un tipo huraño. Era musculoso y llevaba la cazadora de cuero con las mangas hechas jirones que era el uniforme de la banda. Tenía el pelo modelado en forma de dos picos rígidos y vagamente fálicos. Parecía sacar unos cuantos años a la mayoría de los jóvenes que lo rodeaban, y por su moto más lujosa y su aire de autoridad, Hilo dedujo que era el jefe de aquel grupo de Diablos.

—¿Qué es más importante para ti?, ¿tu moto o tu cara? —preguntó.

—¿Qué? —gruñó el motero, desconcertado.

—La moto o la cara —repitió Hilo—. ¿Cuál eliges?

El motero miró las gemas de jade que lucía Hilo en la clavícula, y luego a Maik, Iyn y Obu.

—La cara —dijo titubeante.

Hilo lo golpeó como un rayo y le rompió la nariz. El hombre cayó de espaldas con los ojos lagrimeantes, aturdido por el dolor; ni siquiera había tenido tiempo de alzar las manos para cubrirse. Algunos de los Diablos más

jóvenes e ignorantes intentaron usar las pistolas, pero antes de que pudieran disparar una sola vez, Obu ejecutó una Desviación que empujó a todos los miembros de la banda contra las paredes, y desplazó los sofás y la pesada mesa de billar.

Mientras los Diablos Cromados intentaban volver a ponerse en pie, Hilo se dirigió a ellos con tono razonable:

—Hemos recibido muchas quejas por el ruido y las molestias que causan las carreras callejeras en el barrio. Además, la cantidad de robos se ha desmandado. Viendo los estupendos vehículos que hay aparcados ahí fuera, está claro que los Diablos Cromados no andan escasos de dinero. Parece justo que vosotros, delincuentes, paguéis tributo al clan que cuida a los ciudadanos honrados a los que molestáis tan despreocupadamente.

Mientras Hilo hablaba, Iyn cruzó la sala, metió en una gran bolsa de tela el dinero de la mesa del fondo y luego fue confiscando las armas con metódica eficacia. Maik y Obu vigilaban hasta el menor movimiento, y nadie se atrevió a resistirse. Los Diablos Cromados eran gente dura y entre ellos había asesinos amenazadores, tatuados y curtidos en las calles, pero casi todos entregaron las armas y el dinero rápidamente y con resignación; estaba claro que no era la primera vez que los sancionaban los huesos verdes, y sabían que la cooperación les garantizaba salir con vida, al tiempo que resistirse les garantizaría lo contrario. Los clanes supervisaban todos los aspectos de la sociedad, incluida la delincuencia; era un hecho aceptado como parte natural de la vida en Yanlún. Un estúpido dirigió una mirada iracunda a Iyn, pero esta le devolvió otra que transmitía tales ansias homicidas que el joven se encogió compungido y vació los bolsillos antes de que le rompieran algún hueso. Hilo estaba satisfecho del comportamiento de los dos dedos; hasta el momento habían captado todas sus señales y solo habían aplicado la fuerza estrictamente necesaria. Ninguno se había sobrepasado, pero nadie en la sala tuvo dudas de que derramarían sangre sin vacilar. Era un delicado punto de equilibrio que un buen huesos verdes debía alcanzar.

Iyn acabó la ronda y dejó la bolsa con las armas y el dinero a los pies de Hilo.

—Normalmente —dijo este— cogería vuestras ganancias delictivas y os dejaría con la advertencia de que si vuelvo a oír quejas os arrojaré al fondo del puerto atados a las motos. Pero para eso me habría bastado con enviar a los puños. He venido por otro motivo.

—¿Y por qué cojones has venido? —masculló el jefe, con la mano en la cara.

—Me alegra que lo preguntes —dijo Hilo—. ¿Conocéis a Gee Tres Dedos?

—Gee está muerto —dijeron al fondo.

—Dando de comer a los gusanos —convino Hilo—. El que lo mató trabaja para Montaña. De eso estoy seguro; lo que quiero saber es cómo. Quiero saber qué está haciendo y quién trabaja con él. Buena parte de esto —Hilo empujó con el pie la bolsa con el dinero y las armas— sale de la fabricación y la venta de sene callejero a ladrones y contrabandistas de jade. El tipo de gente que haría negocios con tallistas del mercado negro como Tem Bem. Os propongo una cosa: seguid a vuestros contactos. A los ladrones, a los carteristas, a los vendedores de sene y a los proxenetas. Seguidlos discretamente. Encontrad a Tem Bem y a todos los colaboradores suyos que podáis, y me iré, pero dejaré esta bolsa en el suelo. —Extendió las manos con las palmas hacia arriba y barrió con un gesto magnánimo el destartalado local—. Obu, Iyn y Mail Tar volverán por aquí en busca de noticias, pero a mí no volveréis a verme mientras no causéis más problemas en territorio Sin Cumbre. Lo que hagáis al otro lado de la frontera, en Villapesca o en el Muñón, estoy dispuesto a pasarlo por alto.

Se hizo un silencio denso, solo roto por algunos murmullos. Básicamente, el cuerno de Sin Cumbre había dado vía libre a los Diablos Cromados bajo ciertas condiciones. A cambio de información, los eximía de sufrir represalias del clan y de pagar sanciones, y de hecho los animaba a sembrar el caos en territorio Montaña y a robar al otro lado de Lavamoneda, sin repercusiones si eran capaces de salir indemnes. Los hombres que llenaban el almacén se agitaron con cierta emoción: el cuerno debía de estar furioso. Y las guerras entre clanes significaban nuevas oportunidades.

—Debemos aceptar, Okan —le susurró uno de los moteros jóvenes al jefe, que se estaba restañando con la camisa la sangre de la nariz.

—Eso lo decidiré yo —replicó Okan con un gruñido, intentando reafirmar su autoridad tras el duro golpe sufrido. Giró y miró amenazadoramente a los intrusos huesos verdes, pero evitó sus ojos; clavó la vista en la bolsa que reposaba a los pies de cuerno. El hombre no tenía aura de jade, por supuesto, pero Hilo Percibía con claridad la tensión en él: la humillación y el dolor batallaban contra la consciencia creciente de que le habían ofrecido algo que solo rechazaría un idiota. Al final contestó—: ¿Nos llevaremos una parte cuando acabéis con Tem Bem y la gente de Montaña?

—No seas ridículo —dijo Hilo con dureza; el aire relajado con que se había comportado hasta aquel momento se disipó tan deprisa que todos los presentes, incluidos sus tres acompañantes, se encogieron ante el cambio—. Esto es un asunto del clan. Encontrad a Tem y decidme qué hace y quiénes son sus contactos, pero lo que pase después es algo entre huesos verdes. Os estoy colocando en una posición más ventajosa que la de los Rojos, los Sietes o cualquier otra banda. Que los dioses se apiaden de vosotros si abusáis de mi generosidad en territorio Sin Cumbre y me entero. Y ahora, contesta.

—Muy bien; nos hemos entendido —balbuceó Okan—. Aceptamos.

—Se dice «A la orden, Kaul-jen», y arrodíllate al darle tu palabra al cuerno, perro —dijo Maik Tar con furia.

Hilo pensó que aquello último había sido innecesario; el jefe de la banda ya estaba bastante resentido y acobardado, y por mucho que Hilo apreciase la naturaleza ardorosa del más joven de los Maik, la crueldad de Tar redujo en vez de reforzar el impacto de las palabras del cuerno. No dijo nada, pero tomó nota mental de reprender a Tar más tarde. Por el momento recogió la bolsa del suelo y se la entregó a Okan con un leve aire ceremonioso, restaurando así simbólicamente un poco del respeto que le había hecho perder; estaba razonablemente seguro de que el resto de la banda aceptaría el acuerdo.

El jefe de los Diablos Cromados, aún furioso, se arrodilló ante Hilo en el suelo de cemento del almacén y elevó las manos en un saludo.

CAPÍTULO 16

La mina de jade

SHAE se detuvo y se limpió el sudor de la frente. Windton, la ciudad espenia donde había realizado los estudios empresariales, era un lugar seco de gran altitud rodeado de granjas comerciales e industria pesada. Había odiado los inviernos fríos y ventosos de aquel lugar, tan ajenos a sus vivencias, pero estaba descubriendo que tampoco era fácil adaptarse a la humedad sofocante del interior montañoso de Kekon. A pesar del breve chubasco de la noche anterior, el sur de la isla seguía en la estación seca. En la época central de la primavera, las lluvias torrenciales inundaban las carreteras y aislaban la zona por completo.

El edificio de oficinas de la mina estaba al final de un camino embarrado que salía desde la explanada de grava donde el conductor había aparcado el camión destartado y traqueteante al lado de dos excavadoras cubiertas de tierra; no estaba muy lejos, pero la pendiente era empinada. En cada etapa del viaje de dos días, Shae había tenido que emplear medios de locomoción cada vez más lentos. Primero fue en metro hasta la estación de Isla Grande; después realizó un largo viaje en autocar desde Yanlún a la ciudad de Pula, de mayoría abukei; allí pagó a un camionero para que la llevase, y el último tramo, lo estaba recorriendo a pie. Cada paso chapoteante la acercaba un poco más a la mismísima fuente del jade.

El dosel de vegetación filtraba la luz del sol; algunos rayos atravesaban las copas de los árboles. El gorjeo de las aves y los esporádicos aullidos de algún mono le recordaron lo viva y vibrante que era la selva, y a pesar de que la camisa se le pegaba a la espalda, le corrían gotas de sudor entre los pechos y le picaba todo, Shae se alegró de haber aceptado la petición de Lan. Yanlún era un estudio de contradicciones capaz de desconcertar incluso a alguien que hubiera nacido allí: un guiso espeso y burbujeante y una ciudad moderna y glamurosa al mismo tiempo, un lugar que era consciente de que intentaba ser cosmopolita a pesar de que en esencia era un sistema de feudos de clanes.

Pero fuera de la ciudad, Kekon era una isla preciosa. Shae entendía que en épocas pasadas los marinos extranjeros la hubieran llamado la Belleza Maldita. Estar en la montaña era justo lo que necesitaba para recordar visceralmente por qué había regresado. Había algo especial en su hogar, en el hecho de ser kekonesa, mucho más profundo que las complicaciones inevitables de ser una Kaul.

La oficina del capataz de la mina era una barraca que parecía haber sobrevivido a varias avalanchas; seguía aferrada de forma inestable a la montaña gracias a unos cuantos postes clavados toscamente en el suelo de la pendiente, que sostenían las paredes inclinadas. Shae llamó a la puerta. Alcanzaba a oír el rumor de la maquinaria y la actividad de la cantera, de modo que debería haber alguien de servicio. Esperó, pero no hubo respuesta, así que abrió la puerta y entró directamente.

Encontró al capataz en la habitación trasera, concentrado en un partido de balón relevo que emitía un pequeño televisor en blanco y negro. Se sobresaltó al verla entrar.

—¿Quién es? —apagó el televisor a toda prisa y la miró de arriba abajo, sorprendido. Estaba claro que allí no recibían a menudo la visita de jóvenes de la ciudad, ni siquiera con las botas cubiertas de barro y los pantalones enrollados hasta la mitad de la pantorrilla.

—He llamado a la puerta, pero no debe de haberme oído —dijo Shae.

—Sí, lo siento, estoy un poco sordo —dijo el capataz—. ¿Qué desea? ¿Ha venido con alguien? —La observó con desconfianza. A veces había

ladrones espectacularmente estúpidos que intentaban robar en la mismísima mina. Miró de reojo a la mesa, donde Shae supuso que guardaba un arma.

—He venido a inspeccionar los trabajos y los registros —explicó.

—No me han dicho nada de una inspección. ¿Con qué autoridad está aquí?

—Con la autoridad de mi hermano Kaul Lanshinwan, pedestal de Sin Cumbre.

Sacó un sobre y se lo entregó al capataz, que rompió el lacre y leyó la carta con el ceño fruncido. La había escrito Lan a mano y la había firmado con su nombre y su título de director de la junta de la Alianza del Jade de Kekon, y luego había estampado la enseña circular del clan en tinta roja.

El capataz dobló la carta y miró a Shae con cortesía malhumorada.

—Muy bien. ¿Qué desea ver, Kaul-jen? ¿O debo llamarla «señorita Kaul»? —volvió a observarla con incomodidad, desconcertado porque no parecía portar jade.

—«Señorita Kaul» está bien. Si no es molestia, me gustaría ver los trabajos en la mina.

El capataz gruñó para sí, pero la invitó a salir de la habitación trasera y pasar al despacho. Se puso un sombrero de paja, salieron de la barraca y echaron a andar por el sendero que bordeaba la colina. El ruido de la maquinaria se intensificó y ahogó los sonidos de la selva. Mientras caminaban, Shae sintió un hormigueo en la piel, como si se hubiera producido un cambio en la atmósfera húmeda. La sensación crecía con cada paso que daba, hasta que al salir de entre los árboles y situarse en una cornisa que dominaba la cantera, del tamaño de un estadio, se convirtió en el inconfundible tirón en el abdomen que parecía arrastrarla como una cuerda que le atravesara el ombligo. Dejó escapar un jadeo de asombro.

Según la antigua leyenda abukei que le relataba Kyanla cuando era pequeña, la primera diosa madre, Nimuma, cayó al mar y pereció de agotamiento después de crear el mundo. Su cuerpo se convirtió en la isla de Kekon, y las vetas de jade que corrían bajo las montañas eran sus huesos. Huesos verdes. Shae pensó que desde aquel punto de vista, la escena que tenía delante era el mayor saqueo de tumbas que cupiera imaginar. En aquel lugar sacaban a la luz y arrancaban de la tierra la piedra preciosa más

valiosa y ambicionada del mundo. Vistos desde la cornisa, las grandes máquinas que rompían las rocas y los desvencijados edificios con tejado de aluminio parecían juguetes, y los mineros abukei eran figuras minúsculas que se movían laboriosamente entre colinas de escombros. El aire olía al humo de escape de la maquinaria diésel y vibraba con el gemido chirriante de las sierras de diamante refrigeradas con agua que cortaban la roca. Entre los peñascos del suelo y en los volquetes planos de los enormes camiones donde habían cargado las rocas cortadas distinguió el brillo verde del jade en bruto.

—Cuidado, señorita —dijo el capataz cuando Shae empezó a bajar por la rampa metálica que zigzagueaba por la pared de la cantera hasta llegar al núcleo de actividad del fondo. Shae se sujetó a la barandilla cuando las suelas de las botas embarradas pisaron el enrejado de la rampa. El capataz la siguió—. ¡Deténgase en el cartel, por favor! —gritó por encima del ruido de los camiones y la maquinaria.

Al final de la penúltima rampa había una pequeña plataforma de observación y un gran cartel:

«ATENCIÓN.

SOLO PERSONAL AUTORIZADO MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO.

**ÁREA PELIGROSA PARA LAS PERSONAS CON SENSIBILIDAD AL
JADE.**

¡CONTINÚE BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD!».

Shae se detuvo. Allí había más jade en bruto del que podía tolerar sin peligro una persona sin inmunidad. Miró a los mineros abukei que pasaban por debajo. Llevaban casco, guantes de trabajo y pantalones de lona embarrados, pero trabajaban a pecho desnudo debido al calor. Al igual que sus ancestros, solo ellos podían vivir con seguridad en el interior profundo de Kekon. En el mundo moderno, los abukei habían dejado de ser ciudadanos de segunda gracias a su inmunidad. Los escuálidos mineros de allí abajo trabajaban todo el día, todos los días; se apoyaban despreocupadamente en las grandes rocas y tocaban el verde lustroso sin

sentir lo que Shae estaba sintiendo en aquel momento; aquel apetito mareante en el fondo del estómago, más profundo y mordiente que el hambre.

El prejuicio arraigado entre los kekoneses sostenía que los abukei eran una raza inferior, pero Shae había estudiado historia y ciencia en una universidad espenia y sabía que aquella creencia era incorrecta. Los abukei habían habitado Kekon desde siglos antes de que llegaran los primeros colonizadores de Tun, así que lo cierto es que eran los supervivientes. Vivían sin que los afectara la sustancia que había empujado a matarse entre sí o a arrojarse al mar a los que llegaron después. Resultaba irónico que los abukei más afortunados, como aquellos que tenía delante, trabajasen para la Alianza del Jade de Kekon en una labor durísima con el fin de gastarse en bebida, juego y prostitutas, durante los tres meses de inactividad que duraba la estación de las lluvias, el dinero ganado con esfuerzo; mientras tanto, los menos afortunados se amontonaban en chabolas junto al río y se sumergían en busca de restos arrastrados por la corriente.

Shae avanzó unos pasos más por la pasarela. Si hubiera portado jade, el martilleo de aquella energía vibrante a través de su cuerpo habría sido insoportable.

—Señorita Kaul, ¿ha leído el cartel? —gritó el capataz.

—No iré muy lejos —gritó ella en respuesta. ¿Qué pasaría si no hiciera caso, fuera hasta una de esas rocas y pusiera la mano en el jade en bruto? Se preguntó si perdería el conocimiento o se le pararía el corazón. ¿Sentiría durante un instante un destello de poder y claridad insuperables que la haría arder como una polilla en una llama? ¿O no tendría efecto inmediato, pero al día siguiente, o una semana o un mes después, se volvería loca poco a poco y empezaría a arrancarse la piel cuando llegara la comezón?

«No te despistes. Has venido a hacerle un favor a Lan y nada más». Shae sacó una libreta y un bolígrafo de la mochila, se apoyó en la barandilla y contó los camiones y los trabajadores. Anotó el número de excavadoras y niveladoras que había en la cantera. Todo parecía estar en orden; no vio nada extraño ni fuera de lugar. Los hombres tenían la piel oscura y estaban fibrosos debido al trabajo duro, pero parecían sanos y eficientes. Empezó a subir de nuevo por la pasarela y el capataz la siguió, aliviado.

—Quiero ver los registros contables de los dos últimos años —dijo Shae cuando llegaron a la barraca de la oficina.

—La AJK los tiene archivados —dijo el capataz—. El personal del hombre del tiempo puede conseguir copias sin salir de Yanlún. Aquí solo tenemos los informes de gastos originales...

—Me gustaría verlos, por favor.

Con reticencia, el hombre la llevó de nuevo a la sala del televisor. Abrió un armario y encendió una bombilla desnuda. El armario estaba lleno de archivadores de cartón apilados, con fechas escritas en rotulador de trazo grueso. Quitó el televisor de la mesa plegable y limpió con el antebrazo desnudo la capa de polvo, dejando marcas húmedas.

—Puede usar la mesa —dijo resentido; estaba claro que le fastidiaba no poder sentarse a ver el partido por culpa de Shae.

—Gracias. ¿Le importaría bajar a decir que me espere al conductor del camión que me ha traído? Voy a pasar unas horas aquí. ¿Tiene fotocopiadora?

El capataz le dijo dónde estaba y la dejó a solas. Shae lo oyó trastear por la barraca y encender la radio del despacho de al lado.

Encontró el archivador de fecha más reciente, lo sacó del armario, lo llevó a la mesa y lo abrió. Sacó el primer archivo y se sentó. Informes de producción diarios. Abrió la libreta por una página en blanco y empezó a leer. Aquello le iba a llevar un rato.

Le pareció extraño estudiar la minería de jade con aquel distanciamiento analítico. Al repasar los aburridos archivos parecía un negocio cualquiera, con entradas y salidas, ingresos y gastos. Había notas de contabilidad, facturas y pedidos. El jade no era distinto de cualquier otra cosa que se fabricara y vendiera. El folklore abukei tradicional relacionaba el jade con la Primera Madre y la creación del mundo. Los deístas lo consideraban un regalo divino, el camino a la salvación de la humanidad. Algunas religiones extranjeras afirmaban que era una sustancia maligna creada por el demonio, creencia que los shotarianos habían querido imponer a la fuerza durante las décadas de ocupación. El jade estaba cargado de tanta mitología y tanta emoción, tanto misterio y poder... Y a pesar de todo, allí era... aburrido. Un

producto para sacarlo excavando, cortarlo, trasladarlo, tallarlo, pulirlo y venderlo para sacar beneficios.

Sacó copia de las páginas que le parecieron importantes y pasó al archivo siguiente. Listas de personal. Las hojeó. Se preguntó qué buscaba exactamente. Lan le había dicho que auditara las operaciones, pero no le había explicado qué creía que podría estar fuera de lugar. Los listados de personal corroboraban los aumentos del gasto en salarios. No había mucho movimiento de trabajadores: un par de bajas por lesiones y unos pocos contratados nuevos. Todo parecía vulgar. Algunos informes usaban términos técnicos, siglas y abreviaturas que no entendía, pero conocía bastante bien el sector minero kekonés para aclararse. Yun Doru había sido su profesor durante los dos últimos cursos de la academia, en la época en que tenían expectativas de que ocupara un puesto importante en la rama comercial de Sin Cumbre, quizá incluso de que algún día reemplazara a Doru en el puesto de hombre del tiempo.

A diferencia de sus hermanos, Shae no había hecho muchos amigos en la academia Kaul Du. De las otras estudiantes, su amiga más cercana era Wan Payadeshon, la inteligente pero tímida hija de un linterna de poca categoría. Una enfermedad se había llevado a la madre de Paya hacía unos cuantos años, y Shae la invitaba a menudo a la mansión Kaul. Un día que estaba buscando algo, ni siquiera recordaba qué, Shae encontró una carpeta llena de fotografías en la mesa de Doru. La hermosa Paya en ropa interior, Paya a cuatro patas con un collar de perro, Paya desnuda con las piernas abiertas, pálida y avergonzada, con los ojos húmedos.

Su amiga lloró de vergüenza y alivio abyecto cuando Shae le dijo que no volviera nunca a la mansión. Le rogó que la comprendiera: no era de esa clase de chicas, nunca quiso hacerlo, pero Doru-jen ayudaba mucho al negocio de su padre; ¿qué podría haber hecho o dicho?

Shae le dijo a su abuelo que no quería que Doru siguiera dándole clases. Aprendería todo lo que tuviera que aprender sobre los negocios del clan con un hacedor de fortuna más veterano, Hami Tumashon, pero no quería volver a tener nada que ver con el hombre del tiempo. «Sé razonable, Shae-se — había dicho Kaul Sen—. Todos los hombres tienen alguna debilidad; no

sabes lo que le hicieron en la guerra a Doru-jen; a ti nunca te ha faltado al respeto».

Los años transcurridos no habían aplacado el desprecio que sentía hacia Yun Dorupon. No solo le había costado una amiga, sino la admiración absoluta que había sentido hacia su abuelo.

Rebuscó en la mochila y sacó una botella de agua y una tartera con panecillos de cebolla, verduras salteadas y un huevo escabechado que había pedido en la posada la noche anterior. Comió sin dejar de leer documentos. El capataz de la mina asomó la cabeza por la puerta y le preguntó cómo iba todo; Shae le contestó que bien. Ya había entendido el sistema usado en el archivo; localizaba con facilidad los informes contables mensuales y los copiaba para poder leerlos con atención más adelante y compararlos con los informes anuales de la AJK. Tenía intención de alquilar una habitación en Pula; así podría volver a la montaña si lo necesitaba. Incluso aunque no encontrara nada especialmente interesante que comunicar a Lan, se tomaría aquello como una especie de vacaciones laborales: hacía algo útil al tiempo que se relajaba en las montañas antes de tener que emprender en serio la búsqueda de empleo. Como mínimo le serviría para familiarizarse con las operaciones mineras, y si podía proporcionar a Lan algún consejo para hacer mejoras, habría conseguido dar un uso inmediato a su título de empresariales. Levantó la tapa de otro archivador y abrió la carpeta siguiente. Pedidos de equipo.

La mina había realizado varias inversiones importantes el año anterior, como perforadoras de diamante, separadores hidráulicos o camiones de gran capacidad, destinadas en su mayoría a ampliar la cantera y abrir otras. En opinión de Shae, absorber todo aquel gasto en un solo año era una muestra de mala planificación; se preguntó si la oficina del hombre del tiempo habría presionado a la AJK para que evaluara adecuadamente las inversiones. Escribió «¿¿¿Presupuesto del capital???» en la libreta, y luego cogió un archivador que había marcado y comprobó los informes financieros; la depreciación del equipo en el primer año era la causa de la mayor parte del aumento de los costes operativos. La producción de la cantera había aumentado un quince por ciento el año anterior, pero ese incremento no se había contabilizado aún como ingreso; ¿la AJK estaría

almacenando el exceso de jade? El cártel mantenía un control estricto de la cantidad de jade asignada a las escuelas de huesos verdes, los templos deístas y otros usuarios autorizados en los campos de la medicina y el ejército, y de la cantidad que se vendía, principalmente al Gobierno de Espenia. El resto se almacenaba en una enorme cámara acorazada, en los sótanos de la Tesorería de Kekon.

Volvió a revisar otras páginas de pedidos de equipo. Su mirada se fijó en la firma del final. No la había visto en ningún otro archivador. La estudió un instante y cayó en la cuenta de cuál era el nombre: Gont Aschentu. El cuerno de Montaña.

¿Qué hacía el jefe militar del clan de los Ayt firmando pedidos de material de minería? Aunque los clanes de huesos verdes eran miembros de la AJK con capacidad de control, era el Estado el que gestionaba las minas. El presupuesto anual de las operaciones mineras lo aprobaba la junta de las AJK, de modo que cualquier firma que figurase en ese formulario tendría que ser la de un representante de la junta o de alguien que respondiera ante ella: Doru, Ree Tura, que era el hombre del tiempo de Montaña, o un subordinado directo de aquellos. ¿Qué significaba que la firma de Gont apareciera en aquella página y unas cuantas más?

Shae hizo copia de todas y las guardó con cuidado en la mochila. Metió las carpetas en el archivador y este en el armario, y salió de la estancia. Al final no pasaría la noche en Pula; tenía por delante un largo viaje de vuelta a la ciudad y debía ponerse en marcha cuanto antes.

CAPÍTULO 17

Noche en el Lila Divina

LA encantatriz tenía una voz exquisita; pasaba de unos agudos de pureza operísticas a unos graves apasionados y sugerentes. Tocaba el arpa tuni y cantaba con los ojos cerrados mientras movía la delicada cabeza y el pelo oscuro oscilaba al ritmo de la melodía. Sentado en unos cojines mullidos, Lan dejó que se le aligerara la tensión de los hombros y que su mente se dejara llevar por la música. Era el único ocupante de la lujosa estancia; se trataba de una función privada. La canción hablaba de un viajero perdido que añoraba su isla natal. Nadie habría tenido la falta de tacto de cantar canciones sobre el amor o su ausencia.

Lan acostumbraba a moverse con uno o dos guardaespaldas, pero acudió en solitario al club de caballeros Lila Divina. Quería disfrutar un rato sin llevar auestas a nadie del clan. Mientras estaba en el club no quería acordarse de que era el pedestal. La señora Sugo, la linterna propietaria del Lila Divina, era consciente de aquel detalle, y Lan podía contar con su discreción y su excelente gusto. Además, en aquel lugar nunca había problemas; todo el mundo sabía que era un establecimiento frecuentado por Sin Cumbre y solo un suicida se atrevería a causarlos, ni siquiera si la situación en las mesas de juego de la planta baja se salía de madre.

Había que atribuir ciertos méritos a los huesos verdes, pensó Lan: en conjunto, Yanlún era una de las ciudades más seguras del mundo. Los clanes impedían la llegada de delincuentes y gángsters extranjeros, aplastaban la delincuencia en las calles, imponían sanciones y mantenían la corrupción a un nivel aceptable para los políticos y el público. Si la señora Sugo ofrecía algunos servicios nocturnos que no eran legales del todo, tenía el sentido común suficiente para pagar tributos generosos a su debido tiempo, y no escatimaba esfuerzos para que Lan disfrutara en sus visitas.

Yunni, la encantatriz, alargó con deje melancólico la última nota de la canción; las cuerdas vocales vibraban y los dedos danzaban con ligereza por las cuerdas del arpa. Lan dejó la copa de vino y aplaudió. Yunni inclinó la cabeza con timidez fingida y lo miró entre las pestañas.

—¿Te ha gustado, Lan-jen?

—Muchísimo. Ha sido preciosa.

Yunni dejó que el chal de seda cayera de los hombros y empezó a levantarse, pero Lan la interrumpió.

—¿Qué tal otra canción?

La joven volvió a sentarse con elegancia.

—¿Algo más alegre, quizá? —Pinzó las cuerdas y se puso a cantar una tonada ligera.

Lan fijó la mirada en la curva del cuello y en el movimiento de los labios rojos hinchidos de la joven. Admiró la forma en que la tela transparente del vestido colgaba de los pechos y los muslos pálidos. Le resultaba cada vez más fácil animarse a estar con ella. Como pedestal podía haber tenido a cualquiera de las jóvenes del establecimiento, varias a la vez si quería, pero las primeras veces que visitó el club, después de haber aceptado que Eyni se había marchado para siempre, lo único que pidió fue sentarse a escuchar las canciones de Yunni. Se decía que no buscaba sexo; solo una evasión, solo compañía. Se estremeció al recordar la clase de sitios que Doru le había sugerido en algunas ocasiones. Pero con Yunni podía hablar con comodidad, y tenía una voz y un físico hermosos. No mostraba una deferencia excesiva ni ansia por complacer; hablaba con él de música y de cine extranjero, pero nunca le preguntó nada sobre el clan. Cuando por fin se acostó con ella, la encontró agradable y activa.

Sin embargo, aquella noche le estaba costando más de lo normal olvidarse de las preocupaciones. Habían pasado dos meses sin más comunicación entre los clanes, pero Lan sabía que Ayt podía interpretar con claridad las cosas que había estado haciendo. Había rechazado la propuesta de Montaña de unir fuerzas para fabricar SN1, había presionado al canciller Son para que propusiera reformas en la AJK y, en vez de retirar a Hilo, había permitido que su hermano reforzara la presencia del clan en la frontera de los territorios. Lan creía que había actuado correctamente en todas las ocasiones, pero sabía que recorría una senda peligrosa, sobre todo con la última decisión que había tomado.

La semana anterior se había producido un estallido de violencia de bandas entre Lavamonedá y Villapesca, suficientemente intensa para que se mencionara brevemente en las noticias, que no era poco; los dos distritos eran suburbios superpoblados donde unos cuantos muertos no llamaban la atención de los medios de comunicación. Los huesos verdes no estaban implicados directamente, por lo que ningún clan podía alegar que lo hubieran ofendido; pero todo el mundo sabía que los cuernos de las dos zonas fronterizas no solo mantenían a raya a los criminales, sino que también los manipulaban. Lan estaba preocupado por la idea de que bastaría con que un huesos verdes o un linterna se viera implicado en algún incidente violento para que la situación escalase hasta algo que involucrara abiertamente a los clanes.

Lan conocía bien a su hermano Hilo: la sutileza no era su punto fuerte. Respetaba demasiado la jerarquía del clan y no desobedecería al pedestal en cuestiones importantes, pero tenía autoridad absoluta sobre las actividades cotidianas del clan en las calles, y su código personal consistía en no dejar lugar a dudas de que iría más lejos que sus enemigos si lo ofendían. Una mirada recibiría como réplica una palabra; se contestaría a una palabra con un golpe; a un golpe, con una paliza; a un paliza, con una ejecución. Quizá sí que fuera mejor tener un cuerno más prudente y contenido, alguien que no empeorase las tensiones que iban en aumento.

Pero dejar de lado a su hermano podría ser la peor decisión posible. No había nadie que pudiera ni quisiera ocupar el puesto de Hilo. Los puños de Sin Cumbre y, por extensión, los dedos, no eran simplemente leales al clan

o al cargo de pedestal; eran leales a Kaul Hilo. Era algo que preocupaba a Lan más de lo que estaba dispuesto a reconocer: si se veían obligados a elegir entre Hilo y él, muchos guerreros huesos verdes del clan podrían ponerse de parte de su hermano pequeño. Al exigir que sustituyera al cuerno como condición para seguir negociando, Ayt le estaba pidiendo que se debilitase a sabiendas y creara disidencias en su propio clan. Lo ponía en una encrucijada que tenía todo el aspecto de una trampa.

—Creo que te sentaría bien un masaje. —Yunni había acabado la canción y se había sentado a su lado. Lan ni se había dado cuenta.

—Lo siento. Sé que estoy distraído.

—Tienes muchas cosas en la cabeza —dijo ella con amabilidad.

A Lan le gustaba la aceptación paciente de la joven; era algo que Eyni no había estado dispuesta a ofrecer. Le acarició el pelo largo y suave, se acercó un mechón a la cara, y saboreó la sensación y el perfume mientras ella le desabotonaba la camisa y se la quitaba.

—Espera —dijo. Se levantó y fue al vestidor de la esquina. En el espejo, bajo la tenue luz rojiza, se vio con el torso desnudo y se preguntó si estaría a la altura de la persona que aparentaba ser: un hombre fuerte y seguro de sí mismo, un guerrero huesos verdes endurecido, un líder adornado con jade. Un hombre como su padre.

Lan se quitó las muñequeras y el cinturón tachonados de jade y se quedó solo con las gemas que llevaba en un colgante en torno al cuello. Guardó el cinturón y las muñequeras en la caja fuerte del vestidor y giró la rueda. Yunni afirmaba que era medio abukei, casi una ojos de piedra, pero Lan se quitó casi todo el jade de todas formas, por consideración hacia ella y por seguridad.

A decir verdad, pasados los minutos de desconcierto iniciales le resultaba extrañamente relajante no portar todo aquel jade. Todo cuanto lo rodeaba se volvía un poco nebuloso, como desenfocado. Con la pérdida de la agudeza de los sentidos, le parecía estar haciendo el amor en una habitación en penumbra, quizá como en un sueño erótico, y podía dedicarse a actuar sin ver con tanta claridad, sin pensar demasiado. Se sentía más desapegado, más sereno. Se preguntó si eso lo convertía en un bicho raro entre los huesos verdes. Al fin y al cabo, Hilo se había incrustado el jade en

el cuerpo para no poder quitárselo nunca. Shae había ido demasiado lejos en la dirección contraria. Lan se preguntó si él podría soportarlo, si podría ser un sin jade.

Algo más le preocupaba aquella noche. El mes anterior, Shae había ido a las minas, tal como él le había pedido. Lo telefoneó desde Pula y le dijo que Gont Asch había encargado compras de equipo. Ninguno de los dos sabía cómo interpretarlo. ¿Gont Asch estaría usurpando la autoridad de Ree Tura? Pasaron tres semanas antes de que le volviera a llamar. Era lo que Lan se había temido. «He revisado las cifras una y otra vez, y las compras de equipo aprobadas por Gont no aparecen en los informes contables de la AJK —había dicho Shae—. Montaña se ha estado implicando directamente en las minas sin consultar a la junta directiva». Añadió que iría a la Tesorería de Kekon para estudiar los archivos. No tardaría en ponerse en contacto con él.

Lan había albergado dudas sobre meter a Shae en los negocios del clan, pero ahora sabía que había merecido la pena. Su hermana había confirmado la sospecha de que Ayt Mada iba ya un paso por delante cuando él se reunió con el canciller Son; la pedestal de Montaña había empezado a trabajar para aumentar su control de la producción nacional de jade. Además, estaba convencido de que no podía fiarse de Doru. El hombre del tiempo no tenía excusa para desconocer aquella información, y menos aún para ocultársela. Si se lo planteaba directamente, estaba seguro de que el viejo consejero negaría cualquier negligencia o subterfugio por su parte, ofrecería una explicación perfectamente razonable y buscaría el apoyo de Kaul Sen. Lan necesitaba pruebas indiscutibles para justificar la retirada del hombre del tiempo no solo del cargo, sino del círculo interno de la familia. Woon tendría que estar preparado para ocupar el puesto inmediatamente y de forma absoluta, sin ningún periodo de transición.

Aquel era otro motivo por el que no podía degradar a Hilo: el clan no podía quedarse a la vez sin un cuerno y un hombre del tiempo veteranos. Demasiados problemas.

Yunni lo llevó a la cama, lo desnudó y lo tumbó boca abajo. Lan cerró los ojos mientras la joven le untaba la espalda con aceite perfumado.

—Estás tenso —dijo con voz suave; le amasó con los pulgares los músculos del cuello—. Quizá sea por llevar encima tanto jade.

La almohada ocultó la mueca de Lan. Las encantatrices de aquel establecimiento sabían unas cuantas cosas sobre los huesos verdes, y sabían cómo halagarlos. Incluso los que portaban más jade se sentían inseguros sobre su poder.

Pero cada persona tenía un nivel de tolerancia diferente. Lan portaba una cantidad considerable en comparación con cualquier huesos verdes respetable, pero no sentía la necesidad de poner a prueba sus límites. Una vez superado cierto punto, añadir jade hacía que se sintiera descentrado, nervioso y de un humor inestable. El problema era que, aunque el cargo de pedestal implicaba muchas más cosas que mostrar una cantidad de jade llamativa, la gente era superficial. Según los ancianos, el gran Kaul Du portaba más jade que cualquier otro guerrero de su época. Cuando la rival de su hijo, una pedestal, mostró ostentosamente mucho más jade, empezaron a circular rumores. Se hablaba de ello como si fuera un fracaso personal de Lan.

Yunni le masajeó la cintura. Se untó las manos y los antebrazos con aceite cálido y se los pasó arriba y abajo por el cuerpo. Después empezó a masajearlo entre los muslos. Lan no habría sido capaz de decir en qué momento se había quitado el vestido, pero sintió que los pechos desnudos le rozaban la espalda y el largo cabello se arrastraba sobre su piel mientras la joven se frotaba con él de manera lenta y sensual.

Cuando lo puso boca arriba y se montó encima, poniéndole el vientre desnudo y la entrepierna a la altura de la cara, las preocupaciones abandonaron por fin la mente de Lan. Levantó la cabeza para embriagarse con el aroma mientras los dedos de arpista le acariciaban el pecho, el abdomen, la pelvis y la cara interior de los muslos. Las numerosas habilidades de la encantatriz lo impresionaban de verdad. Durante un instante pensó en Eyni y sintió una intensa añoranza, pero fue una emoción pasajera, embotada por la costumbre. Se le aflojó la erección un momento, pero la recuperó en cuanto las manos y la boca de Yunni empezaron a trabajar con maestría; al sentir que se acercaba el clímax le dijo que se tumbara ella. Yunni gimió y susurró:

—Oh, sí, por favor.

Le agarró las caderas mientras la tomaba. Lan se corrió más deprisa de lo que esperaba; se estremeció y todo lo abandonó mientras salía de ella y se dejaba caer en el mullido colchón.

Yunni le limpió la cara, el cuello y el pecho con una toalla caliente humedecida.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —arrulló.

Lan sabía que no era verdad, pero de todas las mentiras que tenía que soportar, las de Yunni eran las más inocuas y tolerables. Lo complacía que la joven pareciera disfrutar el tiempo que pasaban juntos. E incluso aunque fuera tan solo un hábil artificio, lo agradecía. Por la fuerza de la costumbre, se acarició las gemas de jade mientras la habitación parecía difuminarse; se sentía flotar.

Llamaron a la puerta. Lan creyó no haber oído bien; nadie lo interrumpía allí. Yunni frunció el ceño con desagrado, se sentó, cogió una bata y se cubrió. Empezó a levantarse para ir a abrir la puerta, pero Lan la detuvo.

—¿Quién es? —dijo.

—Kaul-jen —llegó la voz de la señora Sugo; sonaba chillona y temerosa al otro lado de la puerta—. Le ruego que me disculpe por la interrupción. En condiciones normales, jamás... Pero lo busca alguien del clan. Dice que es muy urgente.

Lan salió de la cama y se puso los pantalones.

—Quédate aquí —le dijo a Yunni. A continuación fue hasta la caja fuerte e introdujo dos veces la combinación antes de conseguir abrir la puerta. Se puso el cinturón y las muñequeras de jade y se aferró a un estante del vestidor mientras la energía le recorría e inundaba el cuerpo. Todo pareció oscilar, y luego se agudizó; el sonido, las imágenes y las sensaciones le golpearon el cráneo. Respiró profundamente mientras se adaptaba y luego se irguió. Volvió a observarse en el espejo: a pecho descubierto, pero con todas las gemas de jade en su sitio. Fue hasta la puerta de la habitación y abrió.

La señora Sugo se apartó; estaba pálida como un cadáver. Tras ella, Maik Kehn; jadeaba con rabia; tenía la chaqueta manchada de sangre ajena.

—Montaña ha actuado —dijo con voz ahogada—. Ha susurrado el nombre de Hilo.

OceanofPDF.com

Primer interludio

El Cielo y la Tierra

SEGÚN las enseñanzas deístas, hace mucho tiempo, en el Cielo, la gran familia de los dioses vivía en relucientes palacios de jade. Como ocurría en cualquier familia extensa, los dioses tenían sus discusiones, aunque la mayor parte del tiempo se dedicaban a vivir felizmente sus vidas inmortales. Pero cuando tuvieron hijos y estos hijos tuvieron otros a su vez, el espacio del Cielo empezó a quedárseles demasiado pequeño para estar cómodos. Así que los dioses construyeron una segunda residencia siguiendo el modelo de la primera y la llamaron Tierra.

Al principio, la Tierra era tan hermosa como el cielo en todos los aspectos, con mares extensos, montañas altas, selvas lujuriantes e incontables plantas y animales. Por desgracia, los numerosos hijos de los dioses se habían malcriado y empezaron a pelearse por la Tierra, antes incluso de que estuviera terminada. Varios querían el mismo océano; otros discutían quién se quedaría con la cordillera más alta o el continente más grande.

Al final, las peleas se volvieron tan frecuentes e insoportables que los dioses padres se enfurecieron.

—Os hemos construido un hogar perfecto y así nos lo pagáis, peleando por mezquindad, codicia y envidia, volviéndose el hermano contra el hermano y la hermana contra la hermana. Quedaos con la Tierra, pues, pero

sufrid por ella, pues no sacaréis nada más de nosotros. —Y los padres les quitaron los poderes divinos y los hicieron pequeños y débiles; los dejaron desnudos y los expulsaron del Cielo.

Yatto, el Padre de Todos, rompió en pedazos el primer y único palacio de jade, a medio construir en la Tierra, y enterró los restos en una isla montañosa.

Pero los dioses no dejaban de ser padres, y no pudieron resistirse a observar los esfuerzos de sus hijos descarriados. Algunos, como Thana, la Luna, o Poya, la diosa de la agricultura, se apiadaron de sus descendientes y se mantuvieron cerca, iluminándoles el camino por las noches y asegurándose de que tuvieran para comer. Otros, como Yofo, el dios de los tifones, o Sagi, la enfermedad, se negaron a olvidar su enfado, y a menos que se los aplacase, descendían de vez en cuando para recordar a la humanidad las ofensas cometidas.

Los filósofos deístas afirman que todos los conflictos terrenales proceden de la ofensa original de los hijos contra los padres y de unos hermanos contra otros. Todo el progreso de los humanos y sus intentos por ser virtuosos surgen a su vez del deseo de lograr el perdón paterno y regresar al estado divino físico y espiritual, que sigue latente en ellos pero que apenas recuerdan.

CAPÍTULO 18

El nombre susurrado

UNAS horas antes, Hilo había recibido una llamada desesperada del señor Pak, que regentaba junto a su esposa una tienda de comestibles desde hacía doce años.

—Tengo que irme —le dijo a Wen después de colgar.

Se sentía frustrado porque ella se negaba a abandonar el pequeño apartamento de Pau-Pau e ir a vivir con él a la residencia del cuerno, en la hacienda Kaul, a menos que se casaran.

—Tengo que pedírselo formalmente a Lan y luego tenemos que planear la boda; tardaríamos meses —había argumentado—. La situación entre los clanes está empeorando. Vengo aquí demasiado a menudo; es peligroso para ti.

El edificio donde vivía Wen estaba a solo una manzana de Lavamoneda, donde en los últimos tiempos habían aumentado los delitos violentos. Aunque estaba en territorio Sin Cumbre, Hilo no estaba dispuesto a correr riesgos con la seguridad de Wen. No podía contar con que Montaña esquivase el aisho de algún modo y orquestase algún accidente desafortunado si descubrían que serviría para provocarlo más.

—Si no atiendes a razones, tendré que poner a vigilarte a unos cuantos dedos, y eso significará que no podré usarlos en otra parte. La casa es un

lugar seguro. Más grande, además. Podrás arreglarla a tu gusto; se te da bien eso. Te gustará.

Wen se cruzó de brazos y lo miró imperturbable.

—No pienso dar a tu familia más motivos para mirarme por encima del hombro. Viviremos juntos cuando estemos casados y no antes. Mientras tanto, tengo una pistola y sé usarla. No seré una carga. Puedo cuidarme.

—Una pistola. —Hilo rio con desagrado—. ¿Y eso me debe tranquilizar? Mis enemigos son huesos verdes. Tú eres una ojos de piedra.

—Gracias por recordármelo —replicó Wen con frialdad.

En la calle, Kehn tocó el claxon del Duchesse. Hilo soltó un gruñido.

—Hablares de esto más tarde.

Cuando llegó a la tienda con los Maik, encontró al señor Pak sentado en la acera con la cara entre las manos, y a la señora Pak, llorando mientras barría cristales rotos en el interior. Dos jóvenes con *piercings* de jade en las cejas habían hecho añicos los escaparates y el cartel de neón de encima de la puerta, y habían tirado por el suelo varios estantes de mercancía, como castigo porque el matrimonio no había pagado tributo al clan Montaña. Hilo contempló los destrozos y frunció el ceño, cada vez de peor humor. No habían robado nada, pero incidentes como aquel estaban costando caros a Sin Cumbre, no solo en dinero para cubrir los daños, sino en buena voluntad de los lineros del barrio.

—No puedo pagar tributo a dos clanes —gimoteó el señor Pak.

—Nos encargaremos de esto —dijo Hilo—. No volverá a pasar.

Poco más tarde surgieron dudas sobre si los Pak se habían pasado a Montaña y habían participado en la trampa. Cuando el señor Pak se enteró, se cortó una oreja para clamar su inocencia y se puso a merced de Kaul Lan. Registraron la tienda y la casa del matrimonio, que quedó libre de sospechas, pero dos meses después, los Pak cerraron la tienda y se marcharon del Sobaco para siempre.

Aquella noche, sin embargo, Hilo y los suyos hicieron preguntas hasta que descubrieron que los dos hombres que habían atacado la tienda de comestibles eran Yen Io y Chon Daal, y que podrían encontrarlos en un salón de juegos abierto ininterrumpidamente en un bullicioso centro comercial del Sobaco. Normalmente, Hilo habría enviado a un puño y a un

par de dedos a atender un problema de poca importancia como aquel, pero estaba harto y cansado de que Lan se contuviera tanto y de la situación de mierda en el Sobaco. La gente tenía que saber que Sin Cumbre era fuerte allí y no iba a aguantar tonterías. Bullicioso, ruidoso, colorido y algo sórdido, el Sobaco era uno de los distritos más valiosos de Yanlún. De día atraía turistas y compradores; por la noche, los agentes de bolsa y los trabajadores portuarios se mezclaban en las calles y disfrutaban de la inmensa cantidad de restaurantes, garitos, bares, clubs de desnudos y cines. Sin Cumbre no podía permitirse perder terreno allí. Hilo decidió que era necesario que se encargara personalmente de lidiar con aquella ofensa. El pedestal había ordenado que no hubiera muertes, pero eso no quería decir que no pudiera dejar las cosas bien claras.

Dejaron el coche en un aparcamiento de pago, al final de la calle donde estaba el salón de juegos Superalegría. Kehn estaba con sinusitis y se iba sonando la nariz con un pañuelo húmedo. El mayor de los Maik se había fracturado un pómulo de adolescente, y desde entonces lo pasaba mal los días de mucha humedad y contaminación alta.

—Quédate en el coche —dijo Hilo—. Tar y yo no tardaremos mucho.

Kehn accedió sin protestar, puso en marcha la radio y encendió un cigarrillo; Hilo y Tar se apearon y echaron a andar por la acera en dirección al Superalegría. Que Kehn se quedara en el coche fue lo que salvó la vida al cuerno. Mientras Hilo y Tar cruzaban la calle, dos hombres en motocicleta aceleraron; cuando pasaron por delante del Duchesse, Kehn entendió de inmediato lo que estaba pasando. Gritó un aviso e hizo sonar el claxon. No fue el sonido lo que llegó primero a Hilo, sino la oleada de alarma visceral en el aura de Kehn; al cabo de una fracción de segundo Percibió las intenciones homicidas de los asesinos cuando abrieron fuego.

Una bala rasgó la hombrera de la chaqueta de Hilo y otra le pasó silbando junto a la oreja mientras se agachaba y alzaba un muro de Desviación que apartó a los lados el resto de los proyectiles que iban hacia él. Se estrellaron en las puertas de los coches y en la pared de los edificios cercanos. Empezaron los gritos; la gente huía de la escena empujándose. Pero la primera descarga había sido solo la apertura, sin más intención que

la de aturdir. Los dos atacantes saltaron de las motos usando Ligereza a la vez que Yen Io y Chon Daal salían del coche donde esperaban emboscados.

Hilo se puso en pie y empuñó el cuchillo garra. La energía del jade lo recorrió a la vez que la adrenalina. Los dos atacantes de las motos corrieron hacia él y las espadas luna cayeron trazando arcos salvajes. Hilo se echó a un lado, bloqueó con las muñecas cruzadas el brazo alzado de un hombre y le clavó el cuchillo garra. Redirigió el impulso de la espada de su adversario, pivotó para salir de la trayectoria del arma y mandó al espadachín hacia delante dando tumbos mientras tiraba del cuchillo garra en dirección al codo y le desgarraba los tendones.

La espada del otro atacante se dirigió hacia el abdomen de Hilo, que apenas tuvo tiempo de ejecutar Acero. Torció el cuerpo para evitar el tajo, pero el metal blanco se combó a causa de la enorme tensión y abrió una herida sangrienta con espantosa lentitud cuando la Fuerza del atacante chocó contra la defensa jade del cuerno. Los ojos de Hilo se encontraron con los del asesino. Lo reconoció: Gam Oben, el segundo puño de Gont Asch.

Hilo no acabó destripado por muy poco. Con un gruñido de esfuerzo, saltó hacia atrás usando Ligereza y aterrizó en la capota de un coche aparcado. Gam le lanzó una poderosa oleada de Desviación a los pies, e Hilo no tuvo tiempo de equilibrarse; cayó de bruces en el coche, golpeó el metal con la barbilla y se le nubló la vista. Oyó que Maik Tar gritaba de dolor y rabia.

El Duchesse Priza, con Kehn al volante, embistió por la calle como un rinoceronte. Golpeó una de las motos y la hizo salir dando vueltas, y luego se llevó por delante a Chon Daal. Gam logró quitarse de en medio por los pelos cuando el joven salió volando por encima de la rejilla plateada y rebotó en el capó. El cuerpo Acerado de Chon rompió el parabrisas, y salió volando y cayó en la acera cuando Kehn pisó el freno. El mayor de los Maik salió del coche gritando.

Hilo rodó, cayó de la capota del coche y se puso en pie. Se lanzó hacia Gam, pero antes de que pudiera alcanzarlo, el otro guerrero Montaña, el del codo destrozado por el cuchillo garra, cargó contra él lanzando un rugido y volvió a abatirlo. Los dos cayeron contra el asfalto; Hilo forcejeó y rodeó

con los brazos el torso de su rival. El aura del huesos verdes se expandió descontroladamente mientras este se retorció en el abrazo de Hilo, quien absorbió todo el poder del jade que fue capaz de reunir y, con un golpe seco de la palma de la mano, lo Canalizó en el corazón de su adversario. El Acero del asesino cedió como madera de balsa, y el corazón se estremeció y estalló.

El retroceso de la energía liberada con la muerte del huesos verdes golpeó con dureza a Hilo. La fuerza vital del hombre hizo que el cuerpo se le iluminara con fuerza explosiva, y el subidón de jade resultante fue peor que si le hubieran golpeado el cráneo con un martillo. Se tambaleó. Durante un instante apenas pudo respirar, y sintió un intenso y amargo regusto metálico. Solo fue capaz de mantener el control gracias a que sabía lo que estaba ocurriendo. Se separó rápidamente del cadáver antes de quedar desorientado por completo. Empuñó con fuerza el cuchillo garra, se puso en pie y buscó a alguien más a quien matar. Pero solo vio a Yen Io en medio de la calle, muerto a manos de los Maik. Gam y Chon, que de algún modo había sobrevivido al atropello del Duchesse, habían huido.

No habían pasado ni dos minutos desde que empezó el ataque.

Tar estaba apoyado en la rejilla abollada del coche, inclinado y con una mano en el costado. Había encajado unas cuantas balas desviadas por Hilo, y tenía la camisa manchada de sangre. Kehn metió a su hermano en el asiento trasero. Hilo vio que comprimía las heridas con las dos manos y Canalizaba su energía hacia Tar, pero no era médico y solo podía ralentizar la hemorragia, no detenerla.

Una furia gélida se alzó y se extendió como una niebla ante los ojos de Hilo. Se irguió y señaló hacia la multitud de transeúntes asustados que se apretujaban como sardinas en lata en los portales y detrás de los coches.

—Tú —dijo con voz dura, señalando a un quiosquero—. Tú. Y tú —señaló a otros dos: una mujer que se apretaba el bolso contra el pecho y el portero de un local—. ¡Venid!

Los tres palidecieron; pareció como si desearan echar a correr, pero no se atrevieran a desobedecer el tono de mando de la voz de Hilo. El portero dio unos pasos nerviosos y los otros dos no tuvieron más remedio que seguirlo. Hilo los miró uno a uno, asegurándose de que sabían quién era y

que él se había fijado en ellos y los recordaría; que estaba hablándoles personalmente.

—Corred la voz por toda la calle y decid a todos con quienes habléis que se lo digan a otros. —Alzó la voz para que lo oyeran todos los que estaban cerca—. Quien me diga dónde están los hombres que acaban de huir será un amigo del clan Sin Cumbre y un amigo mío. Quien los ayude o los oculte será un enemigo mío y del clan. —Señaló un cadáver, luego el otro—. Eso es lo que les pasa a mis enemigos.

Puso manos a la obra con rapidez. Tenían que llevar a Tar al hospital cuanto antes, pero un huesos verdes tenía derecho a recoger el jade de los enemigos abatidos y nunca debía dejarlo atrás al alcance de ladrones. Cogió de un cadáver tres anillos de jade, un brazalete y un colgante. Del otro, un cinturón, dos *piercings* de las cejas y un reloj con corona de jade. Tuvo que arrancar sin delicadeza los anillos y los *piercings*. Recogió también las armas caídas que tenían jade en las empuñaduras: dos espadas luna y un cuchillo garra, y corrió de vuelta al Duchesse. Abrió la puerta y tiró las armas al suelo, frente al asiento del copiloto.

—Llaves —pidió.

Kehn rebuscó en el bolsillo y se las dio. Hilo limpió con la manga de la camisa la sangre de los dientes metálicos y arrancó el motor. En el asiento trasero, Tar dejó escapar un gemido. El coche saltó hacia delante, esparciendo cristales rotos por el salpicadero. Hilo giró el volante y pisó a fondo el acelerador.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 19

Consejo de guerra

HABÍA pasado ya la medianoche y no quedaba nadie en la Tesorería de Kekon, a excepción de un par de vigilantes nocturnos en el vestíbulo y dos limpiadoras que iban de cubículo en cubículo por el departamento de archivos vaciando papeleras, pasando la aspiradora y charlando en el melodioso y vocálico dialecto abukei, aunque bajaban la voz cuando se acercaban a Shae para no molestarla. Hacía horas que el edificio había cerrado, y solo gracias a que era una Kaul y a la carta que llevaba en un bolsillo, escrita de puño y letra por Lan y con el sello del clan, le habían permitido quedarse y ocupar una mesa libre todo el tiempo que necesitase, lo que durante los últimos días había sido hasta bien entrada la noche.

Shae dejó el bolígrafo y la calculadora, se recostó en la silla y se frotó los ojos, que le escocían después de pasar horas estudiando cifras bajo las incómodas luces fluorescentes. Se le pasó por la cabeza que estaba casi a solas con la mayor cantidad de jade del mundo almacenada en un único lugar. Varios pisos por debajo, cubiertas por capas inmensas de hormigón, había bóvedas forradas de plomo que contenían jade procesado contado en piezas de distintos tamaños, desde piedras de un gramo hasta losas de una tonelada. Teniendo en cuenta que almacenaba en las entrañas unas reservas que constituían una porción considerable de la fortuna del país, la Tesorería de Kekon estaba menos protegida de lo que cabía esperar; no solo porque

todos los clanes de huesos verdes marcarían para la muerte a cualquiera que intentara robar allí, sino porque los avanzados sistemas de seguridad garantizaban que si alguien entraba en una bóveda, se quedaría encerrado dentro. A menos que los ladrones poseyeran una inmunidad absoluta, quedarse encerrado dentro de una bóveda llena de jade significaba emprender un descenso lento y doloroso a la locura y luego a la muerte.

Aun así, alguien estaba robando en la Tesorería de Kekon. Shae había repasado los cálculos muchas veces y cotejado los registros de las minas con los informes financieros oficiales de la Alianza del Jade de Kekon y, ahora, con los de la propia Tesorería. Había olvidado lo bien que se le daba aquello: rastrear como un sabueso corazonadas y migajas de información hasta que todo se organizaba en una imagen clara. Al contemplar las cifras que cubrían las páginas de la libreta, ni siquiera el cansancio acumulado a aquellas horas pudo embotar el asombro y la ira que sintió cuando las frías matemáticas confirmaron sus sospechas. Las minas producían jade que ni se registraba oficialmente en la Alianza del Jade de Kekon ni se llevaba a almacenar en las bóvedas de la Tesorería. Faltaba jade en las reservas nacionales.

A pesar de que nunca había querido involucrarse en los asuntos del clan, temblaba de euforia e indignación cuando recopiló sus descubrimientos y abandonó el edificio. Sus pasos despertaron ecos en las salas vacías cuando bajó las escaleras hasta la planta baja. Pidió a un vigilante que le abriera la puerta para salir. Era un aburrido huesos verdes de mediana edad que llevaba la gorra plana verde ceremonial y un fajín que lo identificaba como miembro de Escudo Haedo, un clan menor dedicado a una única tarea: la seguridad del príncipe Ioan III, de la familia real y de los edificios del Gobierno, incluidos el Salón de la Sabiduría y la Tesorería de Kekon. Sabiendo que no regresaría a la noche siguiente, Shae dio las gracias al vigilante al salir. No le preocupaba que aquel hombre hablase a alguien de sus actividades; los miembros de Escudo Haedo pronunciaban férreos juramentos de neutralidad respecto a los demás clanes. Ni siquiera tenían voto en la Alianza del Jade de Kekon.

El trayecto en metro del Barrio Monumental a Sotto Norte era corto, pero a aquella hora, la frecuencia de paso de los trenes era menor; no fue

sino hasta cuarenta minutos más tarde que Shae empezó a recorrer las pocas calles que separaban la estación de su edificio. Estaba tan concentrada en sus pensamientos, en lo que diría a Lan la mañana siguiente, que no se dio cuenta de que la seguían hasta que estuvo a cien metros de casa.

Se sintió tan sorprendida y avergonzada que simplemente se detuvo en seco y giró. Si hubiera portado jade, habría Percibido al hombre mucho antes. Incluso sin jade, si hubiera prestado atención, debería haber oído los pasos que la seguían.

Dejó caer el bolso en la acera y sacó el cuchillo garra que llevaba enfundado a la espalda, en la cintura. No era un cuchillo con jade en la empuñadura, como el que había llevado encima durante años y que ahora tenía guardado; era un arma callejera corriente y sencilla, pero de buena calidad y bastante letal en manos de alguien entrenado. Shae se había educado en una cultura que consideraba inconcebible no responder a un desafío; ni se le pasó por la cabeza que si salía corriendo estaría a salvo en su vivienda en menos de treinta segundos.

El hombre que la seguía no se detuvo, aunque tampoco corrió hacia ella. Mantuvo el paso, pero sacó las manos de los bolsillos y las abrió para indicar que no pretendía hacerle daño. Al cabo de un momento, Shae se dio cuenta de que era Caun Yu, su vecino. La saludó con una inclinación de cabeza respetuosa y amigable; bajó la vista hasta el arma y se dio cuenta de que la sostenía con una firmeza fruto de la práctica, en una posición de guardia instintiva, concentrada y con el peso bien repartido entre los pies.

—Pareces una huesos verdes —dijo con una sonrisa torcida.

—Me estabas siguiendo —replicó Shae, a la defensiva.

—Vivo en el mismo edificio.

—¿Por qué vuelves tan tarde?

Caun la miró con incredulidad.

—Trabajo por las noches. Y tú, ¿qué?

Shae encogió los dedos de los pies. Por supuesto, el horario de Caun no era asunto suyo. Se había decepcionado a sí misma y se desahogaba con alguien que no merecía recibir su ira. Guardó el cuchillo garra y recogió la bolsa.

—Te pido disculpas; he sido muy descortés. Me has pillado por sorpresa. ¿Vamos a casa, pues?

Caun asintió y caminó junto a ella, a cierta distancia.

—A mí me has parecido bastante en guardia, señorita Shae. Si de verdad hubiera tenido malas intenciones, no me habría gustado enfrentarme a ese cuchillo garra.

Shae optó por cambiar de tema.

—¿En qué trabajas, señor Caun?

—Soy vigilante nocturno. Nada peligroso; más bien aburrido, para ser sincero. Espero encontrar pronto otro trabajo, algo que sea más interesante.

—Le sujetó la puerta para entrar y subieron las escaleras hasta el tercer piso. No hizo ninguna pregunta, pero cuando llegaron ante la puerta de Shae, Caun se detuvo y le dijo con un brillo burlón en la mirada—: Buenas noches. De ahora en adelante no olvidaré saludarte de lejos, antes de quedar a tiro de cuchillo. —Siguió andando hasta su apartamento y Shae echó de menos, con tristeza, la Percepción que le habría dado algún indicio de qué estaba pensando.

Apartó a Caun de su cabeza y se fue a dormir. Por la mañana, nada más despertarse telefoneó a la mansión Kaul. El sol acababa de salir. Respondió Doru.

—Shae-se —dijo amaneradamente, con falsa sorpresa—. ¿Por qué no te he visto aún? Creí que vendrías a casa más a menudo.

Shae hizo una mueca.

—He estado ocupada, Doru-jen. Instalándome. Muchas cosas que hacer, ya sabes.

—Deberías haber acudido a mí. ¿Por qué vives en ese sitio, de todas formas? Te podría haber encontrado algo mejor, mucho mejor.

—No quise molestarte. —Que el hombre supiera dónde vivía hizo que se le acentuase la mueca. Se apresuró a preguntar—: ¿Está Lan?

—Oh —dijo Doru. Siguió una pausa larga, y Shae empezó a oír campanas de alarma en la cabeza—. Me temo que ha habido problemas. Quizá deberías venir.

Shae llamó a un taxi y fue directa a la mansión Kaul. El vehículo se arrastraba de forma exasperante por el lento tráfico de la mañana, luchando

contra los coches que no paraban de tocar el claxon, las motocicletas y las bicicletas cargadas de paquetes, todos los cuales aplicaban una estrategia de supervivencia del más apto en lo relativo a los cruces y las señales de tráfico. Shae se pasó todo el camino mirando por la ventanilla. Se sentía contrita y no solo porque hubieran intentado matar a su hermano Hilo. Aquello no la sorprendía; de hecho, lo raro era que no ocurriera más a menudo. Pero nadie había telefoneado para avisarla. Ni siquiera Lan. Si no hubiera llamado ella, seguiría sin enterarse. Quizá en medio de todo el alboroto no se le había ocurrido a nadie ponerse en contacto con ella. Había estado fuera del país e inaccesible durante años. Quizá no debería disgustarle tanto que no la hubieran informado de inmediato.

Cuando llegó, encontró a sus hermanos en consejo de guerra. Había puños armados y malencarados por todas partes, vigilando el portón y la entrada de la casa, rondando por la hacienda y de guardia en los pasillos. Hilo y Lan estaban en el despacho del pedestal, fumando y planeando, muy serios. Doru estaba con ellos. Cuando entró Shae, sus posturas se lo dijeron todo: Lan estaba apoyado en la mesa, sacudiendo el cigarrillo en un cenicero, con expresión tensa y cansada. Hilo estaba sentado en el borde de un sillón con los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida y el cigarrillo colgando entre los dedos. Doru estaba recostado en el otro sillón con las piernas cruzadas, sutilmente distante, a la espera. La atmósfera estaba tan cargada de tensión que la indignación de Shae se disipó, empujada por una aprensión implacable.

Hilo alzó la mirada cuando ella entró en el despacho. Las arrugas que le surcaban la cara lo hacían parecer una persona distinta, no el individuo despreocupado de costumbre. Shae se fijó en que tenía sangre seca bajo las uñas, y por debajo de la camisa blanca, probablemente de Lan, se distinguían las vendas que le rodeaban la cintura.

—Tar está en el hospital —dijo Hilo, como si ella hubiera estado ahí plantada todo el tiempo.

Shae ni siquiera estaba segura de cual de los Maik era Tar; quizá fuera el que había visto con Hilo en el hotel.

—¿Se pondrá bien? —preguntó; parecía lo más apropiado.

—Vivirá. Wen está con él. —Hilo se levantó y empezó a pasear en círculos, como un perro incapaz de estarse quieto.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza Maik Kehn. No era el que Shae había visto en el hotel; entonces, aquel otro sería Tar, el que ahora estaba en el hospital.

—Ya están todos aquí —dijo Kehn—. Estamos listos para salir.

—Lan-se —dijo Doru—. Te ruego otra vez que lo reconsideres. Esto puede salir muy mal. Todavía podemos negociar una tregua en el Sobaco.

—No, Doru. —Lan aplastó el cigarrillo en el cenicero y fue a la puerta, acompañado por Hilo—. Se acabó.

Shae lo entendió todo por la postura de los hombres: habían dejado fuera a Doru. Lan ya no confiaba en él. El intento de asesinato de Hilo había apretado demasiado las tuercas al pedestal, que ahora se alineaba con su hermano. Doru también debía de saberlo, porque mantuvo una expresión engañosamente impasible y no se movió del sillón cuando salieron los otros dos.

Shae siguió a sus hermanos. El vestíbulo de la mansión estaba lleno de hombres de Hilo armados hasta los dientes con espadas luna, cuchillos garra y pistolas. Cuando Hilo caminó entre ellos, se apiñaron a su alrededor. Él no habló, pero pareció reconocer de algún modo la presencia de todos y cada uno sosteniendo una mirada, inclinando la cabeza, tocando un hombro o un brazo.

Shae se acercó a Lan.

—¿Adónde vais?

—A la Fábrica. —Se puso un chaleco de cuero y se lo ajustó. Alguien le llevó su mejor espada luna: una Da Tanori de ochenta y seis centímetros con una hoja blanca de cincuenta y seis centímetros de acero templado al carbono y cinco gemas de jade en la empuñadura. Se la colgó del cinto. Hacía tanto desde la última vez que Shae lo vio con un aspecto tan militar, tan parecido a su padre, que el efecto le resultó desconcertante. Lan siguió hablando—: Allí es donde están los que han intentado matar a Hilo. Gont también. Y quizá Ayt.

Shae se dio cuenta de golpe: iban a la guerra. Agarró del brazo a su hermano.

—¿Cómo puedo ayudar?

Lan la miró y ella se dio cuenta de lo ridícula que había sido la pregunta. No podría ayudar; no en aquello, no en aquel momento. No sin jade.

—De ningún modo —dijo Lan—. No dejes que Doru se haga con el clan.

«En caso de que lo maten».

—He descubierto una cosa —dijo Shae, casi desesperada por retrasar la partida—. En la Tesorería. No quise decir nada delante de Doru, pero tengo que hablar contigo.

—Cuando vuelva. —Le dio un beso en la frente.

—¿Por qué no me llamaste anoche?

—No hacía falta. No tienes por qué formar parte de esto. Te prometí que no te forzaría más allá de lo que te pedí, que ya sé que era más de lo que querías. —De repente enfocó la mirada detrás de ella y se le tensaron los rasgos.

Shae se giró. Kaul Sen se alzaba en la escalera como una momia siniestra, cubierto con una bata blanca que colgaba de su figura escuálida. Recorrió con una mirada fiera el grupo de guerreros y al final la fijó en Hilo con ardiente desprecio. Apuntó a su nieto más joven con el dedo huesudo como si fuera un arma.

—Es culpa tuya —masculló el anciano—. ¿Qué has hecho ahora? Siempre has sido un matón impulsivo y nada más. ¡Vas a acabar con la familia!

—Abuelo... —dijo Lan con tono de advertencia.

Hilo se adelantó a través del grupo de guerreros.

—Han intentado matarme, abuelo —dijo con voz suave, pero Shae sabía que solo hablaba en ese tono cuando estaba realmente furioso—. Han estado a punto de matar a uno de mis puños. Es la guerra.

—¡Ayt nunca iría a la guerra contra mí! —Los brazos de Kaul Sen temblaron, aferrados a la barandilla—. Éramos como hermanos. Teníamos nuestras diferencias, pero una guerra... ¡Una guerra entre huesos verdes! No. Jamás. Si alguien ha intentado matarte, es que lo merecías.

La mirada de Hilo arrojó fuego y dolor. Se giró, y el desprecio pareció flotar tras él como una capa.

—Vamos.

Sus guerreros fueron tras él cuando cruzó la puerta y salió de la casa. Se amontonaron en los coches aparcados en la rotonda, frente a la mansión.

Kaul Sen se estremeció y se sentó en la escalera, con las extremidades dobladas como el marco de una silla plegable, y la bata colgada como una sábana de los hombros huesudos y las rodillas.

—Kyanla —dijo Lan—, lleva al abuelo a su habitación. —Apoyó la mano en la espalda de Shae y añadió en voz baja—: Quédate con él.

Shae asintió. Intentó decir algo más, como «Ten cuidado», «Suerte» o «Vuelve, por favor», pero nada parecía adecuado y Lan ya se estaba marchando.

El pedestal bajó los escalones de la entrada y subió al coche cuya puerta sostenía un puño del clan.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

Hojas limpias en la Fábrica

LA Fábrica era un viejo edificio industrial situado justo al otro lado de la frontera entre territorios, en el distrito Punta de Lanza, controlado por Montaña. En la fachada aún se podía leer «Compañía de Textiles Especiales de Kekon» en grandes letras desvaídas, pero hacía años que se había convertido en lugar de reunión y sala de entrenamiento de los huesos verdes del clan Montaña. Según los dedos y los linternas de Sin Cumbre que habían informado durante la noche y a primera hora de la mañana, los dos asesinos supervivientes, Gam Oben y Chon Daal, habían huido a pie del Sobaco y se habían refugiado allí.

La caravana llegó justo antes del mediodía: seis coches cargados de guerreros Sin Cumbre. Aparcaron delante de la Fábrica y se reunieron a la entrada, en una tormenta de puertas que se cerraban y armas relucientes. Hilo y Lan estaban juntos en vanguardia, hablando. El edificio de ladrillo era alto y tenía las ventanas tapadas; era imposible saber cuántos huesos verdes de Montaña los esperaban dentro. Hilo señaló a los centinelas que los observaban desde la azotea. Hasta el momento, nadie había salido del edificio.

—Manda un mensaje —dijo Lan.

Hilo hizo un gesto a uno de los dedos, un joven con el pelo más largo por un lado que por el otro y dos *piercings* de jade en el labio inferior. El

guerrero cayó de rodillas y tocó el suelo con la frente.

—Estoy listo para morir por el clan, Kaul-jens.

Hilo le dio instrucciones y el dedo partió desarmado hacia la puerta principal de la Fábrica. La petición era sencilla: o entregaban las cabezas de los dos hombres que habían atacado a Hilo y cedían el control del distrito del Sobaco, o el clan Sin Cumbre saldría de la selva. «Salir de la selva» era una antigua expresión de los huesos verdes, que significaba guerra sin cuartel; todo el territorio, toda la gente y todos los negocios de Montaña serían objetivos válidos. Los Kaul observaron mientras dos guardias recibían al mensajero. Cruzaron unas palabras y el joven entró en el edificio.

Hilo se sentó a esperar en el capó del Duchesse. Lan se apoyó en el Roewolfe y se quedó mirando la puerta de la Fábrica con los nervios en tensión y la boca seca. Era uno de esos días en los que el sol y las nubes peleaban en el cielo, y parches alternos de sol y sombra cubrían a los hombres que esperaban, como si ni el mismísimo clima estuviera seguro de cómo se desarrollaría la jornada. Desde el momento en que la señora Sugo lo interrumpió en el Lila Divina la noche anterior, Lan se había sentido como arrastrado por un maremoto. Como si no tuviera ningún control sobre la dirección en que se movía y tuviera que limitarse a luchar por mantenerse a flote.

No quería una guerra entre clanes. Sería malo para todo el mundo: los huesos verdes, los negocios, la gente, el país. Había creído todo el tiempo que mientras hilase fino podría evitar un conflicto abierto con Montaña. Había pasado por alto las faltas de respeto de Ayt, había rechazado con cortesía la presión para formar una alianza y había dado pasos razonables para proteger a la AJK y salvaguardar su propia posición en el clan. Ahora se daba cuenta de que esos actos eran las maniobras defensivas de un toro estúpido que se enfrentaba a un leopardo. Solo habían envalentonado al enemigo y habían dado la impresión de que el pedestal de Sin Cumbre era blando, no alguien a quien hubiera que temer.

Había sido un idiota. Sabía que Montaña quería quitarse a Hilo de en medio, pero no había previsto que el pedestal enemigo pudiera actuar tan deprisa y con tanta violencia. ¿Había supuesto que, como su rival era una

mujer, dudaría en ser la primera en derramar sangre? Si era así, había sido un fallo casi mortal por su parte. Ayt había susurrado el nombre del segundo hijo de Sin Cumbre. Las demás discrepancias comerciales y territoriales entre los clanes eran irrelevantes: aquello no era nada que se pudiera resolver con una negociación. El apellido de la familia Kaul no podía invocar ninguna autoridad ni inspirar respeto a menos que respondiera sin contemplaciones a aquella ofensa.

Cerca de allí pasó un tren de carga de más de un kilómetro de largo, anunciando su aproximación con una sirena y haciendo temblar los raíles. Transportaba productos de toda la isla hasta los almacenes portuarios de Parque Verano y las Dársenas. Desde el mar llegó una brisa que corría hacia el oeste. Pasó media hora. La Fábrica permaneció silenciosa e inescrutable. Los hombres de Sin Cumbre rezongaban, paseaban y fumaban. Maik Kehn se acercó.

—No contestan. Probablemente se lo han cargado. —El rostro de Maik lucía una expresión de impaciencia y ganas de matar—. ¿Qué vamos a hacer si no contestan?

—Asaltaremos ese puto sitio y sacaremos a Gont Asch arrastrándolo por las micropelotas —dijo Hilo. Aquello dejó satisfecho al lugarteniente, que respondió con un gruñido de conformidad, pero Hilo se enardecía aún más. Saltó del capó del Duchesse y se adelantó la mitad del camino hasta la puerta de la Fábrica—. ¿Me ves, Gont? —gritó. Abrió los brazos de par en par y dio una vuelta completa con arrogancia—. ¡Sigo vivo! No mandes a tus cachorros a matarme. ¡Ven a encargarte tú mismo, cobarde follaperros!

Detrás de él, los puños rugieron su asentimiento y golpearon en los coches.

En ese preciso instante, de golpe, Lan comprendió una cosa con absoluta claridad: Montaña había mandado guerreros para matar a Hilo, no a él; no a Lan, el primogénito, el pedestal. Era a Hilo a quien el enemigo consideraba una amenaza. Hilo era salvaje y violento, y podía liderar a los puños en una guerra. Ahora había sobrevivido al intento de asesinato y había ganado más respeto.

Lan sabía qué decía aquello sobre él: que era el pedestal por orden de nacimiento y por decreto de Kaul Sen, y porque tenía la misma cara que su

padre. En todo momento se había esforzado por ser un líder fuerte y prudente, por mantener la paz, por respetar el legado de su abuelo. Y aunque todas esas cosas le habían granjeado respeto y credibilidad dentro del clan, no intimidaban ni disuadían a los rivales. El enemigo había golpeado primero, no a la cabeza política del clan, sino a su guerrero más fuerte, y con ello había despejado todas las dudas de que Montaña pretendía atacar a Sin Cumbre y conquistarlo por la fuerza.

Por naturaleza tardaba en enfadarse, pero las manos de Kaul Lan se cerraron en puños y un torbellino de vergüenza y rabia se fue alzando en su interior como una marea turbia.

Se abrió la puerta de la Fábrica y salieron tres hombres. Lan y Maik Kehn se adelantaron hasta donde estaba Hilo, que mantuvo su posición dando la cara a los que se acercaban. Llegó primero el mensajero de Sin Cumbre, que se acercó deprisa y cayó otra vez de rodillas; casi parecía pedir disculpas por seguir vivo.

—Kaul-jens, lamento que los perros no me hayan dado la oportunidad de morir por Sin Cumbre. Me han mandado venir con estos dos.

Lo seguían dos huesos verdes de Montaña.

—Son ellos —le dijo Hilo a Lan—. El que cojea es Chon; el moreno es Gam.

Los dos grupos se miraron con odio mutuo titubeante. Chon, un dedo de rango medio, estaba herido y asustado. El sudor le cubría la cara magullada, y solo pudo mirar un instante a los guerreros de Sin Cumbre antes de apartar la vista. Gam era más verde, tanto en cuerpo como en espíritu; el jade le colgaba del cuello, le adornaba la nariz, le rodeaba las muñecas. Miró directamente a Lan y habló primero:

—Mi pedestal acepta tu petición. Aprobó el ataque a tu cuerno al sentirse insultada por sus numerosas ofensas contra nuestro clan, pero se da cuenta de que quizá actuara apresuradamente y motivada por la ira. Como prueba de su voluntad de negociar, nos retiraremos del Sobaco, con excepción de la pequeña zona del sur de la calle del Patriota que hemos controlado desde siempre.

—Muy generosa —se burló Hilo—, pero eso no es lo único que hemos pedido.

A Gam le tembló una mejilla, pero siguió mirando a Lan.

—Mi cuerno te ofrece nuestra vida como castigo por nuestro fracaso. Este —dijo señalando a Chon con un gesto de la cabeza— no es digno de morir como un guerrero, pero mi clan y mi honor exigen que muera de acuerdo a mi rango, como un auténtico puño de Montaña. Kaul Lanshinwan, pedestal de Sin Cumbre, te ofrezco una hoja limpia.

Lan estaba francamente estupefacto. Pero de repente entrecerró los ojos.

—Acepto.

Los guerreros de Sin Cumbre se habían acercado a escuchar, y en aquel momento todos retrocedieron y formaron un gran círculo. Todos excepto Hilo. Se giró hacia Lan.

—Gam merece una ejecución, no un duelo —dijo en voz baja—. Esto es un truco.

—Mantente alerta por si es así —dijo Lan—. Pero no creo.

No se paró a explicar por qué estaba seguro de que, con aquello, Ayt pretendía tomarle las medidas. La pedestal ya sabía una cosa sobre Hilo: había intentado matarlo y había fracasado. Ahora quería saber si Lan era tan débil como sospechaba. Lo que descubriese allí determinaría la jugada siguiente; al parecer era una información por la que valía la pena ceder la mayor parte del Sobaco. Si el pedestal de Sin Cumbre se echaba atrás, quedaría desprestigiado ante el enemigo y ante sus propios huesos verdes.

—Una muerte trascendente, entonces —sugirió Hilo—. Nos ocupamos Kehn y yo.

Lan respondió con una mirada airada, y el cuerno guardó silencio. ¿Qué clase de huesos verdes sería Lan si mandara a su hermano pequeño herido a luchar por segunda vez contra Gam, en lugar de responder personalmente a un desafío directo? Sabía sin la menor duda que tenía que ser un pedestal en tiempo de guerra, le gustase o no, y lo menos inteligente que podía hacer era seguir aumentando la reputación guerrera de Hilo a costa de la propia ante los puños del clan y los ojos del enemigo.

Así que tenía que ser de aquel modo: según la tradición de los huesos verdes. Si el único lenguaje que entendía Ayt era la fuerza, tendría que hablar claro.

Gam retrocedió unos pasos.

—¿Cuchillo o espada?

La elección del arma era prerrogativa del desafiado. Hilo prefería el cuchillo garra: pequeño, brutal, cuerpo a cuerpo. Pero Lan no era un luchador callejero, y la formalidad y la elegancia de la espada luna parecían más apropiadas en aquella situación.

—Espada —respondió.

Hilo seguía sin fiarse.

—¿Esperas que honre esto?

El ofrecimiento de una hoja limpia era un compromiso férreo. El ganador tomaba la vida y el jade del perdedor sin más consecuencias; ningún pariente ni aliado podía exigir venganza. La pregunta de Hilo era retórica, y Lan lo miró de reojo.

—¿Te preocupa que pueda perder?

Hilo giró levemente la cabeza y señaló a Gam con la mirada.

—No es del montón.

—Yo tampoco —dijo Lan con más dureza de la que pretendía.

—Tengo una docena de puños que pueden luchar con Gam en tu nombre. Eres el pedestal.

—Si no soy capaz de hacer esto, no puedo ser el pedestal —replicó secamente. Habló en voz tan baja que solo pudo oírlo Hilo, pero en cualquier caso había expresado lo que sin duda otros creían pero no decían: que el hijo del gran Kaul Du tenía que demostrar que era un auténtico guerrero de jade.

Lan desenvainó la Da Tanori y la sostuvo ante su hermano, que escupió en el metal blanco para atraer la suerte, pero no sonrió.

—Gam usa la Desviación como ataque —dijo Hilo—. Será mejor que pelees de cerca. —Apretó con una mano el hombro de Lan y se retiró junto a Kehn.

Lan sintió una punzada indescifrable en el pecho; debería decirle algo a Hilo, solo por si acaso, pero podría ser invocar a la mala suerte.

No era especialmente religioso, pero envió una oración silenciosa a Jenshu el Monje, El Que Regresó, patrono de los guerreros de jade. «Anciano Tío en el Cielo, júzgame hoy el más verde de los tuyos si es tu

voluntad». Después se giró hacia Gam y se llevó la espada a la frente a modo de saludo. El otro guerrero le devolvió el gesto.

Caminaron en círculo haciéndose frente. El cielo se había despejado de repente, y el sol golpeaba con fuerza el asfalto. Las gemas encastradas de la empuñadura parecían latir bajo la palma de Lan; le enviaban energía de jade, aumentaban su lucidez y alteraban la forma en que se desplazaban el espacio y el tiempo. Los segundos se alargaron; las distancias se acortaron. El pulso de Gam latió en el centro de su Percepción. Sintió que el aura de jade de su rival se ondulaba, tanteaba, se expandía y se contraía intentando decidir sutilmente cuándo y cómo atacar.

Durante un segundo terrible lo invadieron las dudas. Lan había sido el primero de su promoción en la academia y había vencido en una buena cantidad de enfrentamientos violentos, pero habían pasado años desde la última vez que participó en un duelo. Gam Oben se había formado con Gont Asch y tenía mucha más experiencia como luchador, y más reciente. Quizá Ayt estuviera apostando con inteligencia; Lan podía perder ante aquel hombre, podía condenar el clan a la perdición.

Al Percibir la momentánea indecisión de Lan, Gam eligió ese momento para atacar. Avanzó lanzando un tajo elevado, una apertura clásica, y de repente cambió la dirección con habilidad y golpeó bajo. Lan se dio cuenta a tiempo de la finta; desvió el golpe, giró la espada y respondió con una estocada hacia arriba. Gam se retorció y levantó el brazo a un lado de la cabeza; la hoja de Lan golpeó contra el brazo Acerado.

Lan tomó la ofensiva y lanzó un torbellino de tajos rápidos. Las espadas cantaron en un dueto letal. Gam fue cediendo terreno mientras bloqueaba y desviaba los golpes, y de repente pivotó y estampó una patada en el costado del pedestal. Lan sintió que se le comprimían las costillas y cedió ante la Fuerza del adversario. Ejecutó Ligereza, salió volando hacia atrás y aterrizó de pie. El círculo de espectadores se apresuró a retroceder para dejar más espacio.

Con el rival fuera del alcance de la espada, Lan recordó la advertencia de Hilo justo a tiempo; con un grito y un estallido de energía de jade, Gam sacudió el brazo izquierdo hacia delante y disparó una onda de Desviación suficientemente intensa para tirar a un hombre al suelo. Lan afianzó los

pies, se inclinó hacia delante y activó su propia Desviación para crear un escudo vertical, que hendió el ataque del otro huesos verdes como la proa de un barco hiende las olas. La reverberación del choque de energías hizo que le rechinaran las muelas, y tuvo que inclinarse hacia atrás clavando el talón en el suelo.

Sintió que el aura de Gam se retiraba como la resaca de la marea cuando este la absorbió para preparar otra lanza de Desviación. Lan corrió hacia él; la Ligereza y la Fuerza ejecutadas a la vez lo convirtieron en un borrón en movimiento. Su espada luna trazó un surco mortífero que se dirigía hacia el cuello de Gam. El otro huesos verdes se agachó para esquivar el corte y estampó un golpe con la palma de la mano en el esternón del pedestal.

El puño de Montaña usó toda la energía que había acumulado para lanzar la Desviación y la Canalizó en el golpe. Lan dedicó toda la energía de su ser a convertirse en Acero, sabedor de que moriría o viviría en ese instante, según la fuerza del otro hombre fuera capaz de romperlo o no.

Todo se desdibujó. Sintió que la energía de Gam lo golpeaba y lo abrazaba, le sujetaba la caja torácica y buscaba el corazón. La muerte acarició el límite de su mente. Su Acero se agrietó, pero no se rompió. Resistió durante un instante de tablas y, de repente, se expandió rugiendo y dispersó la fuerza del golpe asesino. Después de todo, era un Kaul.

Gam había explotado su habilidad al máximo en aquel intento. Se tambaleó. Su aura de jade osciló, pálida y débil. La espada de Lan se le hundió en el costado como si atravesara un bloque de tofu.

A Lan tampoco le quedaba casi energía, pero empujó el arma y segó tejido y arterias. Su Percepción se inundó de blanco como si se ahogara en ruido psíquico: la última punzada de dolor y miedo de Gam, el latigazo de energía cuando la vida lo abandonó, el subidón multitudinario de triunfo y euforia de los guerreros de Sin Cumbre...

El segundo puño de Montaña se desplomó.

Lan cayó de rodillas, jadeando.

—Gracias por tu bendición, Anciano Tío Jenshu —susurró. Luego, alzando la voz para que todos lo pudieran oír, se dirigió al cadáver de su rival—: Has portado bien el jade y has muerto como un puño. Has sido un digno adversario, Gam; una pérdida para tu cuerno. —Limpió los dos lados

de la espada en la cara interior de la manga del brazo izquierdo, se puso en pie y alzó el arma—. Mi hoja está limpia.

Kaul Hilo dirigió una leve inclinación de cabeza a Maik Kehn. El puño se puso detrás de Chon Daal, que se arrodilló, resignado a su destino. Maik le echó la cabeza hacia atrás y le rajó el cuello de lado a lado con un corte rápido y profundo del cuchillo garra, y después lo empujó de bruces al asfalto.

—¡Sin Cumbre! ¡Sin Cumbre! —estallaron los huesos verdes a coro—. ¡Kaul Lan-jen! ¡Nuestra sangre para el pedestal! —Cayeron de rodillas y golpearon el suelo con los puños en un tamborileo de aplauso, liberando con euforia la Fuerza contenida hasta resquebrajar el asfalto.

Lan se agachó, cortó la gargantilla y los brazaletes de jade del enemigo y le arrancó las gemas de la cara. Todo aquel jade en la mano hizo que se le secara la garganta y le hormigueara el cuero cabelludo, como si tuviera las raíces del pelo cargadas de electricidad. Se movía como en sueños, mareado de alivio.

Se puso en pie.

—Nos vamos —gritó—. Pero que nuestros enemigos sepan esto: Sin Cumbre defiende y venga a los suyos. Quien ofende a uno, nos ofende a todos. Quien busque guerra, la encontrará multiplicada por cien. ¡Nadie coge lo que es nuestro! —Lan alzó el puño que aferraba el jade que había ganado, y el fragor de los guerreros arreció. Vio que Hilo se cruzaba de brazos y se balanceaba sobre los talones sin dejar de sonreír.

Los huesos verdes se amontonaron en los coches. Aunque no habían aplacado del todo el ansia de sangre, el resultado del duelo los había saciado. Lan se permitió una sombría sonrisa de satisfacción al ver que los guerreros del clan jaleaban su nombre como habían jaleado el de Hilo. Para cualquier espectador, la pelea había sido rápida y decisiva. Montaña no se vengaría por las muertes. Sin Cumbre no había perdido vidas, y el Sobaco era suyo casi por completo. Era una victoria, ¿no?

Lan pasó junto a su coche, el Roewolfe plateado, pero en vez de entrar, abrió la puerta del Duchesse. Sentado a solas en el amplio asiento trasero, dejó a su lado el jade tomado al rival. Se quitó del cinto la espada luna y la depositó en el suelo, delante de los pies. Le dolía todo. El jade que le

rodeaba los brazos y la cintura parecía más pesado de lo habitual, y se sintió herido de algún modo en su interior. Se preguntó si alguien se habría dado cuenta de lo ajustado que había sido el combate.

Hilo ocupó el asiento del copiloto. Cuando Maik Kehn entró en la autopista con el coche y aceleró atravesando la ciudad, Hilo se giró hacia atrás, ofreció un cigarrillo a su hermano y se lo encendió. Volvió a mirar al frente y bajó la ventanilla hasta la mitad.

—Debe de doler un huevo —dijo en voz baja—. Túmbate, Lan. Aquí no nos ve nadie.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 21

Consejo de familia

SHAE estaba sentada al lado del abuelo, con una mano apoyada en la rodilla huesuda del anciano. Después del alboroto de la partida de sus hermanos, la mansión había quedado extrañamente silenciosa. Se preguntó adónde habría ido Doru, si aún seguiría en la casa o se habría ido a hacer llamadas telefónicas o lo que fuera que hiciese. Pensó en ir a averiguarlo, pero no quería dejar al abuelo. Kaul Sen parecía pequeño y frágil de una manera que Shae no había visto nunca. Por debajo de la piel cubierta de manchas podía notar aún la vibración de su poderosa presencia, un aura de jade densa anclada en una voluntad de hierro, pero la manera en que estaba sentado, la postura descuidada, insinuaba una resignación profunda; la amarga comprensión de que había dejado de ser el corazón latiente del clan. Ya no era la Antorcha de Kekon.

Kyanla llevó al anciano una bandeja con un cuenco de fruta troceada, y luego se puso a trajar con las mantas y los cojines para que estuviera cómodo en el sillón de al lado de la ventana. Kaul Sen le ordenó marcharse con un gesto y después dirigió los ojos, lúcidos pero con expresión cansada, a Shae.

—¿Por qué no vienes a vivir aquí? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —dijo. Shae se envaró, pero las preguntas del abuelo mostraban más desconcierto que enfado. Tristeza—. ¿Quieres vivir en Yanlún, pero no

con tu familia? ¿Estás viendo a otro hombre? ¿Otro extranjero que no quieres traer a casa?

—No, abuelo —respondió Shae, irritada.

—Tu hermano te necesita —insistió—. Deberías ayudarlo.

—No necesitan mi ayuda.

—Pero ¿qué diablos te pasa? Ya no sabes quién eres —afirmó Kaul Sen—. Antes decía que eras mi mejor nieta. ¿Te acuerdas?

Shae no respondió.

Intentó no mirar continuamente el camino de la entrada, de la misma manera que no se mira una tetera puesta al fuego. Se dio cuenta, con un desaliento embotado, de que se había convertido en alguien que había jurado no ser nunca: una mujer como su madre, sentada en casa preocupándose mientras los hombres salían a enfrentarse al peligro e infligir violencia. Su yo más joven estaría disgustada. Era hija de Kaul Du, nieta de Kaul Sen; su favorita, de hecho. Mientras crecía, la idea de ser menos que sus hermanos había sido anatema.

En alguna parte, en el fondo de un cajón, en el dormitorio de su infancia, estaba el diario en el que escribía en la academia de adolescente. Si lo apoyaba en el lomo, se abriría por una página con una línea trazada en el centro que la dividía en dos columnas. En lo alto de una columna estaba su nombre; en la otra, el de Hilo. Durante años estuvo anotando todos los puntos y honores que recibió cuando era una iniciada. Sin que él lo supiera, anotaba también los de Hilo. Él tenía más talento en algunas áreas, pero ella se entrenaba más asiduamente, estudiaba más, lo deseaba más. Se licenció la primera de la clase a pesar de ser la más joven. Hilo quedó el sexto.

Había sido una huesos verdes con un rango más alto que su hermano, y estaba orgullosa de ello. Había tardado unos años en darse cuenta de que importaba muy poco. Las sanciones que habían rebajado la puntuación de Hilo (reprimendas por faltar a clase, escaparse del campus, meterse en peleas callejeras) le habían granjeado la admiración y el respeto de sus pares. Las horas incontables que Shae había pasado a solas estudiando o entrenándose compulsivamente la habían aislado del resto de los alumnos, sobre todo de las otras mujeres. Hilo dedicaba ese tiempo a malgastarlo con la enorme pandilla de amigos que se habían convertido en sus dedos y

puños más fieles. Al mirarlo retroactivamente, Shae casi se reía de la ingenuidad de aquella adolescente, de su formalidad desesperada, de su inevitable decepción.

Un día, Hilo encontró el diario y la página con dos columnas donde comparaba meticulosamente las puntuaciones. Se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Se lo contó a los amigos, que se burlaron de ella sin piedad. Shae se sintió furiosa y humillada por lo divertida que encontraba la obsesión de su hermana por superarlo, por la indiferencia absoluta que le provocaba.

—¿Para qué guardas esto? —decía sacudiendo la libreta ante ella—. Eres mejor que yo en la academia, vale. ¿Piensas restregármelo por las narices dentro de diez años? —Se la lanzó, sonriendo, y eso la enfureció aún más: ni siquiera se molestaba en quitársela o romperla—. ¿Por qué tienes que intentarlo con tanta fuerza todo el tiempo, Shae? Un día, Lan será el pedestal; yo seré el cuerno y tú serás el hombre del tiempo. ¿A quién le importarán entonces nuestras notas?

Casi había acertado. Lan era el pedestal; Hilo era el cuerno. Ella era la pieza que faltaba. Cuando se marchó, Hilo se enfureció, no porque odiase a los espenios, ni a Jerald, ni siquiera las cosas que había hecho y los secretos que había guardado. Lo que lo había enfurecido era que rechazase encajar en el lugar que le había reservado en su visión del mundo. En el hotel afirmó que la había perdonado, pero a Shae le costaba creerlo.

Intentó que el abuelo se concentrara en el cuenco de fruta, pero no hubo manera, así que se la comió ella.

—Era más fácil cuando la guerra —murmuró de repente Kaul Sen—. Los shotarianos eran despiadados, pero podíamos resistirnos. ¿Hoy? Los espenios lo compran todo: nuestro jade, nuestros nietos. Los huesos verdes luchan entre ellos en las calles. ¡Como perros! —Le cruzó la cara un rictus de dolor—. Ya no quiero seguir viviendo en este mundo.

Shae le apretó la mano. Podía ser un viejo tirano, pero la preocupaba oírlo hablar así. Se tiró del lóbulo de la oreja derecha; recordó que Jerald siempre se burlaba de ella por aquella costumbre supersticiosa kekonesa.

—No digas eso, abuelo.

Volvió a mirar por la ventana y se levantó tan deprisa que casi tiró la bandeja. El portón se estaba abriendo. Entraron coches y aparcaron en la rotonda.

Llamó a Kyanla y bajó la escalera corriendo. Sus hermanos entraban juntos por la puerta principal. Por su propio pie. La invadió el alivio y le temblaron las rodillas; apoyó una mano en la barandilla para sujetarse. Lan le dirigió una sonrisa que parecía cansada.

—No nos mires así. Te dije que volveríamos, ¿no?

—Te has perdido la diversión —dijo Hilo. Pasó orgullosamente un brazo por los hombros de Lan y llamó a su primer puño—. Kehn, organiza a los hombres. Tengo que hablar con mi familia. Que no entre nadie.

Fueron al despacho de Lan y cerraron la puerta.

—¿Qué pasa con el abuelo? —preguntó Shae—. ¿Y Doru?

—Pueden esperar —dijo Lan.

Shae se quedó asombrada. Que ella recordase, Lan siempre había incluido a Kaul Sen y a Doru en las decisiones del clan. Dejar fuera al patriarca y al hombre del tiempo era una afrenta. Recibió el mensaje inconfundible de que los vientos del clan habían cambiado espectacularmente.

Y algo más preocupante: ella estaba allí. Sus hermanos la habían incluido, a pesar de que ni siquiera portaba jade. La gente podría empezar a pensar que estaba sustituyendo a Doru. Ella no quería estar allí de ningún modo, pero en aquel momento no se podía marchar. Mientras cavilaba si debía quedarse o no, se sentó en uno de los sillones de cuero. Lan se acomodó con cuidado en el de enfrente, y Shae se dio cuenta de que estaba herido. No sangraba, pero lo veía pálido y agotado, frágil de una manera que nunca imaginó que llegaría a ver en su hermano.

—Necesitas un médico.

—Luego —dijo Lan. Shae reparó en que estaba moviendo la mano izquierda; amasaba en la palma unas cuantas gemas de jade. Jade nuevo. Jade que había ganado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Hemos mandado a la tumba a dos Montaña. —Hilo seguía de pie. Aún estaba armado hasta los dientes y no se había relajado—. Lan ha

acabado con uno de sus mejores puños en una hoja limpia y hemos ejecutado al otro. El Sobaco es nuestro.

—No estás sonriendo —dijo Shae. Al cruzar la puerta delante de sus hombres, Hilo sonreía con expresión triunfante. A solas con Lan y Shae tenía el ceño fruncido.

—Esto solo ha sido la jugada de apertura —dijo Lan—. Volverán a intentarlo.

Hilo paseó por delante de las estanterías pulcramente ordenadas de su hermano.

—Anoche, unos hombres de Ayt me tendieron una emboscada. Hoy, Gont ha enviado a su puño a desafiar a Lan. Montaña se jacta de que puede golpearnos en lo más alto sin siquiera enseñar la cara. Ahora mismo puede parecer que les sacamos ventaja, pero se están acercando demasiado. Nos hieren. La gente hablará, y eso será malo para nosotros.

—Habéis matado a cuatro de los suyos —dijo Shae.

—Como si les matamos diez puños; no son nada al lado de un pedestal —dijo Hilo.

Lan desvió su atención hacia Shae. Parecía que intentaba moverse lo mínimo imprescindible.

—Cuéntanos qué has encontrado en la Tesorería.

Por puro reflejo, Shae recorrió el despacho con la mirada, casi esperando ver a Doru husmeando desde una esquina.

—Ya te dije lo del equipo nuevo que firmó Gont. Pues bueno: lo están usando. La producción de las minas ha aumentado un quince por ciento este año, el mayor incremento en una década —explicó—. Así que me pregunté adónde iría el jade extra. Examiné los informes financieros de la AJK y no aparece el incremento. Las ventas al extranjero no han aumentado; tú mismo me dijiste que no se aprobó el aumento de la cuota de exportación. La asignación a las escuelas marciales, los templos y los usuarios autorizados solo ha subido un seis por ciento. Eso deja un montón de jade que ha salido de la mina pero no se ha distribuido.

—Entonces estará en las cámaras acorazadas —dijo Hilo.

—No; no está ahí. Fui a la Tesorería de Kekon y examiné los registros de los tres últimos años. No ha habido ningún aumento en el inventario de

jade equiparable al aumento de la producción. El jade desaparece en alguna parte, entre las minas y las cámaras.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lan—. La oficina del hombre del tiempo audita... —Se interrumpió. Apretó los dientes y tensó la mandíbula.

—Doru. —Hilo escupió el nombre del hombre del tiempo. Giró la cabeza hacia la puerta—. Está en el ajo. Montaña está produciendo jade extra y lo pasa de contrabando bajo nuestras narices, burlando a todos los demás clanes de la AJK y también al Consejo Real. Esa comadreja sin pelotas ha estado tapando a Ayt y nos ha mantenido a oscuras.

La expresión de Lan se ensombreció.

—Doru siempre ha sido leal a la familia. Ha sido como nuestro tío desde que éramos pequeños. No me puedo creer que nos haya traicionado a beneficio de Montaña.

—Es posible que no se haya enterado de las discrepancias —apuntó Shae—. Puede que un subordinado le esté pasando informes falsos.

—¿Eso crees? —preguntó Hilo.

Shae titubeó. Por mucho que le repugnase Doru, tenía que coincidir con Lan en que era difícil creer que el veterano hombre del tiempo estuviera socavando el clan. El abuelo había confiado en él durante decenios en lo relativo a la guerra y a los negocios. ¿Cómo podría la Antorcha haber juzgado tan mal a una persona?

—No lo sé —dijo al fin—. Pero se tiene que marchar. Si no es un traidor, es un hombre del tiempo negligente.

Lan cruzó una mirada con Hilo.

—Descubriremos cuál de las dos cosas es. De momento, todo esto queda entre nosotros. —Miró a Shae—. ¿Estás segura de que tienes pruebas de todo lo que has dicho?

—Sí.

—Documéntalo todo y envía tres copias a Woon Papidonwa mañana mismo. A Woon y a nadie más. —Lan hizo una pausa—. Gracias, Shae. Agradezco mucho lo que has hecho, que hayas encontrado esto. Espero que no te haya causado muchas molestias. En caso contrario, lo siento.

Y ya estaba. La sacaban de allí con tanta rapidez como la habían metido.

—No ha sido ninguna molestia —consiguió responder. Semanas de viajar y de sentarse en la sala de registros de la Tesorería a mirar archivos con lupa, a revisar libros de contabilidad e informes hasta que le dolían los ojos y se hacía de noche. Podía sentir el peso de la mirada de Hilo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta.

—Shae —dijo Lan. Ella se detuvo con una mano en el tirador—. Ven a casa a cenar alguna vez —añadió con voz más amable—. Cuando quieras; no hace falta que avises antes.

Shae asintió sin volverse y se marchó. La gruesa puerta chasqueó al cerrarse. Se apoyó en ella, cerró los ojos unos instantes e intentó contener la misma mezcla desconcertante de sensaciones que había sentido en el taxi aquella mañana. ¿Por qué le molestaba que la dejaran fuera si apenas unos minutos antes ella misma no quería estar en el despacho? Tuvo ganas de abofetearse. «¡No puedes tenerlo todo a la vez!».

Menos mal que Lan la había forzado a marcharse. Avergonzada, reconoció que el abuelo tenía razón después de todo: ya no sabía quién era.

CAPÍTULO 22

Honor, vida y jade

CUANDO la puerta se cerró detrás de Shae, Lan se dirigió a Hilo: —Que alguien de tu confianza vigile a Doru. Alguien con poco jade, para que no se dé cuenta. ¿Tienes algún informador en la oficina del hombre del tiempo? —Hilo asintió y Lan siguió hablando—: Quiero saber si ha mantenido algún contacto con Montaña. Si realmente es un traidor.

—Podríamos traerlo y averiguarlo en un momento.

Lan negó con la cabeza.

—¿Y si nos equivocamos? Además, ¿y si acertamos? Doru es como un hermano para el abuelo. Es la única persona que le queda de sus tiempos de gloria. No los has visto juntos todas las mañanas; yo sí. Siguen bebiendo té y jugando al ajedrez bajo el cerezo del patio, como un viejo matrimonio. El abuelo se moriría si ve a Doru acusado de traición. —Lan cerró los ojos un momento; luego los volvió a abrir—. No. Tenemos que saberlo con certeza, y si es verdad, tendremos que gestionar el asunto con discreción para que el abuelo no se entere jamás.

—Doru sospechará que andamos detrás de él —dijo Hilo—, y la gente hará preguntas. ¿Cómo vas a explicar que lo hayamos dejado fuera ahora?

—Ya suavizaré las cosas. Diré que queríamos hablar en privado con Shae, de hermanos a hermana, para intentar convencerla de que volviera al clan.

Hilo se sentó por fin, justo en el sillón que había dejado Shae. Lan se tuvo que recostar ligeramente, apartándose. Con el jade nuevo que tenía en la mano y en el bolsillo, el aura de Hilo resultaba demasiado brillante dentro de su mente.

—¿Y Shae? —preguntó Hilo.

—¿Qué pasa con ella?

—Me decías que no la presionara. Decías que la dejáramos en paz y le permitiéramos andar por ahí sin jade, poniéndose en vergüenza si era lo que quería.

—En efecto.

—Y entonces la mandas a escarbar en los negocios del clan. Ni siquiera me avisaste. Si hubiera sabido que estaba trabajando para ti, me habría portado mejor con ella. —Hilo ladeó la cabeza—. No me malinterpretes: no estoy en desacuerdo con tus actos. Pero ¿en qué quedamos? ¿La quieres dentro o fuera?

Lan dejó escapar lentamente el aire por la nariz.

—Nunca le habría pedido que hiciera algo por el clan, pero para investigar mis sospechas necesitaba a alguien que tuviera cabeza para los números; alguien a quien no controlase Doru. Teniendo en cuenta lo que ha encontrado, no me arrepiento. Pero eso no quiere decir que haya cambiado de idea.

—Pronto te hará falta otro hombre del tiempo —señaló Hilo.

—No —dijo Lan tajante—. Si ella decide que quiere entrar, perfecto. Pero no voy a arrastrarla de vuelta al clan con órdenes o amenazas, ni haciendo que se sienta culpable. Y, sobre todo, no necesita que la presiones tú. Por ese lado ya tiene bastante con el abuelo. Shae tiene formación espenia, algo que no tenemos ni tú ni yo, así que tiene más alternativas en la vida que nosotros. Yanlún no es solo para los huesos verdes. Cualquiera puede elegir vivir sin jade, ser un ciudadano corriente con una vida corriente como millones de personas más.

Hilo levantó las manos, a la defensiva.

—Vale, vale.

—Ya no sois niños; podéis elegir por vuestra cuenta. No quiero tener que limpiaros la sangre de la nariz y deciros que os portéis bien.

—He dicho que vale. —Hubo un momento de silencio—. Oye, Lan, no me había dado cuenta hasta que me he sentado cerca de ti, pero parece que le pasa algo a tu aura. Está... —Cerró los ojos, apartó la cara y se concentró en su Percepción—. Está llameando. Como si latiera. Parece extraña, como si no fuera la tuya.

—Es el jade nuevo —dijo Lan—. Me está costando un poco acostumbrarme. Ya sabes cómo es. —Seguía sentado sin moverse, pero tenía el pulso acelerado.

Hilo abrió los ojos.

—Creo que no deberías llevarlo encima.

—He ganado este jade. —Lo sobresaltó su propia reacción defensiva—. Es mío por derecho. Tú llevas todo el jade que has ganado, ¿no?

Su hermano se encogió de hombros.

—Claro.

—¿Qué recogiste anoche?

Hilo se recostó en el sillón y elevó la cadera para meterse la mano en el bolsillo. Sacó el botín.

—Los anillos, el brazalete y el colgante. Los mandaré a retallar, claro. —Se lo enseñó todo a Lan—. El reloj y los *piercings* pertenecen a los Maik. En el coche tengo un cinturón que es también suyo por derecho. —Volvió a guardarse el jade en el bolsillo y se sentó enderezado—. No es tanto como lo de Gam.

—En total sigues portando más que yo. —Lan parpadeó. ¿De verdad había dicho eso?

Hilo abrió mucho los ojos, sorprendido también.

—¿Es por eso? —Se pasó la lengua por los labios—. Soy el cuerno, hermano. Nadie espera que sea inteligente. Esperan que porte jade a capazos. Cada persona es diferente.

—Hay algunos que son mejores. Con la sangre más espesa. —Lan se preguntó qué diablos le pasaba, por qué sonaba tan amargado e irascible. El cansancio de llevar treinta y seis horas despierto, el combate delante de la Fábrica y ahora el jade... Todo empezaba a afectarlo. Demasiadas cosas, demasiado deprisa—. Hacía años que no participaba en un duelo, Hilo. Ayt mató al cuerno y a dos puños de su propio padre. Hoy he tenido que luchar

delante de nuestros hombres, y tenía que vencer. Mañana me observarán para ver si llevo encima la prueba de que tengo la sangre suficientemente espesa para que Sin Cumbre pueda hacer frente a Montaña en una guerra. Sabes mejor que nadie que es así.

Hilo lo miró.

—Tienes razón. Es así. —Bajó la vista a la alfombra, con los labios fruncidos. Al cabo de un momento volvió a fijarse en su hermano—. Pero no tienes que portarlo ahora mismo. ¿Después de todo lo que te lanzó Gam? Estás herido. Quítatelo, Lan. Recupérate un poco.

Se levantó y tendió la mano, ofreciéndose a cogerlo. En un arrebato de posesividad, Lan cerró el puño con fuerza en torno al jade. Su jade. ¿Cómo se atrevía su hermano a pensar que se lo podría quitar? El aura de Hilo era demasiado intensa y estaba demasiado cerca; lo cegaba mentalmente. Pero siguió de pie con la mano extendida y Lan Percibió que no había codicia en él, solo preocupación.

De repente tuvo las ideas claras y supo que era el jade lo que le hacía aquello; lo estaba poniendo nervioso y le sesgaba las emociones. Desde que era pequeño le habían enseñado cuáles eran los síntomas iniciales de la sobreexposición al jade; todos los huesos verdes aprendían aquello. Cambios de humor bruscos, distorsión sensorial, temblores, sudor, fiebre, pulso acelerado, ansiedad y paranoia. Los síntomas podían aparecer poco a poco o de repente. Podían ir y venir durante meses o años, pero el estrés, los problemas de salud y las heridas los potenciaban. Si no se trataban, podían desarrollarse y convertirse en la comezón, que era casi siempre mortal.

Hilo lo miraba con atención. Lan se obligó a abrir el puño y dejar las piezas de jade en la mesa. Se sacó la gargantilla del bolsillo de la camisa y empujó todo el jade de Gam para alejarlo de sí.

Pasaron unos segundos antes de que notara el cambio, pero el efecto fue espectacular, como si de repente le hubiera bajado una fiebre muy alta. Disminuyó el ritmo cardíaco; la agudeza dolorosa de la sala recedió. El aura de Hilo volvió a emitir el zumbido suave habitual. Lan inspiró profundamente y soltó el aire despacio, intentando que no fuera demasiado evidente el alivio que sentía.

—¿Me ves mejor?

Hilo asintió y se volvió a sentar, pero en la mirada tenía una incertidumbre que no gustó a Lan. Incluso su hermano dudaba de sus capacidades. Kaul Sen era un viejo decrepito, Doru quizá fuera un traidor, y Shae se negaba incluso a portar jade. Solo estaban su hermano y él. ¿Qué le estaba pasando a la gran familia Kaul?

—Deberías irte —dijo—. Los dos tenemos cosas que hacer.

Hilo no se movió del sillón.

—Quiero pedirte otra cosa —dijo. Lan no había visto nervioso a su hermano casi nunca, pero en aquel momento, Hilo se frotó las manos y carraspeó—. Quiero casarme con Wen.

Lan intentó no suspirar ruidosamente.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora mismo?

—Sí. —La voz de Hilo adquirió un tono apremiante—. Después de lo que pasó anoche, no quiero perder más tiempo. No quiero estar tumbado en el asfalto desangrándome y pasar los últimos segundos de mi vida pensando que no hice todo lo que tenía intención de hacer. Que no le di al menos esto mientras tenía la posibilidad.

A Lan le dolía la cabeza y estaba deshidratado. El añadido repentino de la gran cantidad de jade y la resaca posterior, al quitárselo, fue como si se le hubiera expandido demasiado el cráneo y luego se lo hubiera encogido apretando con demasiada fuerza. Se frotó el entrecejo.

—La quieres de verdad.

Le sorprendió ver que Hilo parecía ofendido.

—¿Por qué lo iba a pedir si no?

Lan pensó en decirle que el amor no era suficiente; estaban hablando de matrimonio. Hubo una época en que creía que bastaría. Eyni también lo creyó. Sabía que Lan sería el pedestal algún día; le aseguró que entendía lo que significaba, que todo iría bien al final porque se amaban. Él la convenció, y se convenció, de que estar al mando de Sin Cumbre no lo cambiaría y no cambiaría las cosas entre ellos. Se habían equivocado los dos, por supuesto. Al analizarlo retrospectivamente, Lan podía ver que había grietas desde el principio, pero las exigencias del clan las habían convertido en brechas infranqueables.

Pero las advertencias sobre la transitoriedad del amor no funcionarían con Hilo. No era alguien que pudiera estudiar en abstracto algo tan importante para él.

—Sabes lo que opino de Wen —dijo Lan—. Es una joven encantadora. Siempre se ha mostrado respetuosa con el clan y estaré encantado de tratarla como a una hermana. Pero su familia está por debajo de ti. Todos saben que los Maik cayeron en desgracia. Hay muchos en Sin Cumbre que aún creen que no se puede confiar en ellos. Y aunque no lo digan en voz alta, hay quienes creen que Wen es hija ilegítima.

A Hilo se le enrojeció el cuello y su cara adquirió una expresión pétrea.

—Eso pasó hace muchos años. No puedes culpar a los Maik por lo que hicieron sus padres. Nombré a Kehn y a Tar mi puño primero y mi puño segundo; no lo habría hecho si no les confiara la vida. Y me da igual quién fuera el auténtico padre de Wen; por lo que a todos respecta, ella pertenece a Sin Cumbre, y es una buena persona, atenta y leal.

—Estoy seguro de que sí —dijo Lan—. También es una ojos de piedra. Siempre habrá gente que crea que trae mala suerte, o que rumoree que nació así como castigo a sus padres, porque es una bastarda. No te enfades conmigo. Solo te señalo que el clan puede tener recuerdos muy antiguos y muy supersticiosos. Eres el cuerno y tienes que pensar en eso.

—Me da igual lo que piense cualquiera del clan; te lo estoy pidiendo a ti. —Sonó casi desesperado—. ¿Estás dispuesto a perdonar completamente a Shae y a darle la bienvenida, pero te niegas a aceptar a los Maik?

—Eso es distinto. Shae es una Kaul en cualquier caso. Tú estás tomando la decisión de unir a nuestra familia un apellido de mala fama y a tener hijos con una esposa ojos de piedra.

La tensión arremolinó el aura de Hilo.

—¿Qué puedo decir para convencerte? —Clavó la mirada en Lan—. Juro que nunca te pediré nada más.

Lan se asombraba a veces de que su hermano pequeño pudiera ser tan distinto de él. Incapaz de mirar a largo plazo, pero totalmente comprometido. Apasionado de una manera que no le dejaba espacio para las dudas.

—Ya has tomado tu decisión. Yo te he explicado mis preocupaciones, pero es tu decisión. No necesitas que te dé permiso.

—No digas eso —espetó Hilo—. Es una excusa de mierda. —Se inclinó tanto hacia delante que casi se levantó del sillón—. Eres mi hermano mayor. ¡Eres el pedestal! Cuando el abuelo era el pedestal, en el patio no se caía ni una hoja sin su permiso. La gente acudía a él para que aprobara los matrimonios, los negocios nuevos, los nombres de los hijos y los perros, hasta el color del puto papel pintado. Dame tu bendición o condéname, pero no te desentiendas. Casarme con Wen no significará nada sin la aprobación del pedestal. Nadie se lo tomará en serio.

Por una parte, si Lan aprobaba el matrimonio, estaría perdonando públicamente a la familia Maik. Estaría enviando el mensaje de que la traición del pasado quedaba olvidada. Los Maik se convertirían en la mano derecha de la familia Kaul, y otras familias tendrían envidia y se enfurecerían. Por otra parte, si no concedía el permiso, haría daño a Hilo, y el efecto de que Hilo se sintiera herido podía ser espectacular. Perjudicaría la relación con el que era a la vez su hermano y su cuerno en un momento en que el clan no podía permitirse más debilidades.

Lan sintió las extremidades tan pesadas que creyó que lo harían hundirse en el sillón. Parecía que el clan le exigía que tomara decisiones sobre todo; decisiones que, fueran cuales fueran, harían daño u ofenderían a alguien y causarían problemas en el futuro.

Pero al mirar la cara de Hilo se dio cuenta de que no era capaz de negarse a la petición de su hermano. Aunque hubiera sabido cómo acabarían las cosas con Eyni, ¿no se habría arriesgado igual, intentando cambiar el resultado? Suponía que se la habría jugado de todas formas. Y en cuanto a Hilo y Wen, todas las objeciones que había enumerado Lan, como los pecados del pasado, la política del clan y las supersticiones, no eran nada frente al instante de la noche anterior en que Maik Kehn había respondido al pánico no vocalizado del pedestal con las palabras: «Está vivo. Está bien», y Lan había comprendido, aferrándose al marco de la puerta del Lila Divina, que no estaba preparado para ser pedestal en tiempo de guerra. No estaba preparado para hacer frente a una pérdida así de violenta en su propia familia.

—Tienes razón, Hilo. Es mejor pensar en el hoy cuando el mañana puede no llegar nunca. Tienes mi bendición para casarte con Maik Wen — hizo todo lo posible para sonar tan sincero y aprobador como requería aquella declaración—. Fija una fecha. Tan pronto como quieras.

Hilo se levantó del sillón, se arrodilló en la alfombra y se llevó a la frente las manos unidas.

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor —dijo, recitando el juramento ceremonial de los huesos verdes del clan, que los dos habían pronunciado hacía años—. Si alguna vez soy desleal a mi hermano, que muera bajo el cuchillo. Si alguna vez no acudo en ayuda de mi hermano, que muera bajo el cuchillo. Si alguna vez busco el beneficio personal a costa de mi hermano, que muera bajo el cuchillo. —Se inclinó y tocó el suelo con la frente—. Por mi honor, mi vida y mi jade.

Lan quiso protestar ante aquella muestra de gratitud tan teatral, pero cuando Hilo se irguió, exhibía aquella sonrisa franca tan suya que daba a entender que no estaba preocupado ni nadie debía estarlo, que todo marchaba como debía. No parecía alguien que hubiera soportado el mismo día que había soportado Lan.

Hilo se puso en pie y recogió sus armas. Antes de salir del despacho puso una mano en el hombro de su hermano y señaló el montón de jade de Gam.

—Duerme un poco antes de intentar volver a portarlo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 23

Regalos del Festival de Otoño

EL viento aullaba y las gotas de lluvia golpeaban como agujas el cogote de Bero mientras cargaba la última caja en la camioneta, y entraba a continuación. El otro muchacho, al que llamaban Pícaro, cerró la puerta de un tirón.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Bero al conductor.

La camioneta se puso en marcha traqueteando y Bero se vio arrojado contra la pared. Se abrió paso a gatas entre los contenedores llenos de cajas de carteras, zapatos, bolsos y cinturones de marca y se escurrió hasta el asiento del copiloto. Asomó la cabeza por la ventanilla para mirar atrás. El conductor del camión seguía tumbado bocabajo debajo de su vehículo, con las manos en la cabeza. No había indicios de que los persiguieran.

Bero volvió a meter la cabeza, subió el cristal y se relajó un poco, y se tranquilizó más todavía cuando la camioneta entró en la autopista KI-1 y aceleró hacia el sur alejándose de las Dársenas. La lluvia arreció y cubrió el cristal tan deprisa como el ruidoso limpiaparabrisas era capaz de despejarla. A través de la cortina ondulante de agua, las luces traseras de los otros vehículos parecían borrones rojos luminosos que recordaban a las lamparillas del Festival de Otoño. Bero se colocó mejor la pistola en el cinturón, jaleó y dio un puñetazo en el techo de la camioneta.

—Ha ido fino, kekes.

Toda la operación había durado menos de cinco minutos. La rapidez y la planificación eran la clave del éxito en un robo. La seguridad era estricta y cualquier error podía resultar mortal; había vigilantes armados en los barcos, y los huesos verdes patrullaban las Dársenas. La mejor estrategia era asaltar los camiones ya cargados que aún no habían llegado a la autopista. Bero era nuevo en el oficio, pero aprendía deprisa y estaba ansioso por trabajar. Aquel había sido el tercer asalto victorioso en que había participado en otras tantas semanas. Aquello agradaba a Mudt, lo que a su vez complacía a la gente que estaba detrás de Mudt; gente a la que Bero quería conocer.

El conductor de la camioneta, un tipo llamado Tas, taciturno, con dermatitis y que llevaba exclusivamente camisetas negras, salió de la autopista y entró en la zona sur de Junko. Se metió en el callejón que daba a la parte trasera de la tienda de saldos Todo Bueno y se acercó marcha atrás a la puerta abierta del garaje. Mudt salió a inspeccionar la mercancía. Gruñó satisfecho y contó el pago encima de una mesa de billar de segunda mano, mientras Pícaro descargaba cajas con la ayuda del hijo adolescente de Mudt.

—Ahora tenéis que andar con mucho ojo. —Añadió una propina para cada uno—. Los clanes están de bronca.

Una guerra entre clanes era a la vez una oportunidad y un peligro. Cuando los huesos verdes se dedicaban a pelearse entre ellos, prestaban menos atención a ladrones y contrabandistas, pero compensaban el descuido siendo mucho más implacables con los que atrapaban, sobre todo con los que pudieran tener alguna relación con un clan enemigo.

—¿Tienes algún soplo más? —preguntó Bero. Se guardó el dinero en el bolsillo interior de la cazadora.

Una ráfaga de viento sacudió la puerta medio abierta del garaje. Mudt se sacó un sobre doblado del bolsillo trasero y se lo tendió a Tas, que negó con la cabeza.

—Lo dejo.

—¿Lo dejas? —preguntó Bero, sorprendido—. ¿Después de un botín como este?

—No estoy listo para morir —gruñó Tas—. Mejor me retiro mientras voy ganando. —Señaló con la barbilla a Bero—. Dáselo a ese.

Regresó a la camioneta. Mudt ni siquiera lo miró cuando se marchaba. Entregó el sobre a Bero, que lo abrió y echó un vistazo rápido al contenido: unos cuantos papeles grapados. Un listado del plan de trabajo de la empresa de transportes JK con las entradas y salidas en Puerto Verano programadas para los sesenta días siguientes. Bero sonrió, impresionado por la información útil a la que Mudt tenía acceso. Se guardó el sobre en la cazadora junto al dinero.

Otra ráfaga empujó la lluvia dentro del garaje; mojó el suelo de hormigón y sacudió las solapas de las cajas y unos cuantos objetos sueltos.

—¡Eh! —gritó Mudt a su hijo—. Cierra esa puerta antes de que nos ahoguemos. Luego, vete a la tienda y asegura el escaparate con cinta adhesiva. Yofo está de un humor de perros. Mañana, o pasado como mucho, nos caerá un tifón encima. —Se pasó la mano por el pelo húmedo y erizado. La manga dejó a la vista unos centímetros de antebrazo, y Bero distinguió marcas de pinchazos en la cara interior de la muñeca. Mudt hizo un gesto a Pícaro para que se acercara y habló a los dos jóvenes en tono conspiratorio —: Lo habéis estado haciendo muy bien. Tan bien que alguien quiere conocerlos. Quizá os ascienda de categoría y os encargue más trabajo. ¿Va fino?

—Va fino —dijo Bero. Pícaro soltó un bufido nervioso, pero asintió.

—Eso me parecía. —Mudt echó a andar hacia la tienda—. Vamos, pues.

—¿Está aquí ahora mismo? —dijo Bero.

—Justo aquí, justo ahora —canturreó alegremente Mudt, y les indico por señas que lo siguieran—. Hoy es vuestra noche de suerte, kekes.

Cruzaron la puerta que conducía del garaje a la tienda. Hacía un buen rato que había pasado la hora de cerrar, y el local tenía la llave echada. Al fondo había un fluorescente encendido, que iluminaba los estantes llenos de gafas de sol, papeleras y chanclas que había cerca de la puerta del baño. Los pasillos estaban en penumbra en el resto del local. Solo había otras dos personas: el hijo de Mudt, que se dedicaba a cubrir el escaparate con grandes aspas de cinta adhesiva azul, y un hombre sentado a oscuras en el mostrador, al lado de la caja registradora. A los pies tenía una bolsa de deporte.

Mudt, Bero y Pícaro se acercaron al hombre y lo saludaron tocándose la frente con las manos.

—Estos son los chicos de los que te hablé —dijo Mudt—. El otro no tenía bastante hambre y se ha ido, así que son solo estos dos.

El hombre se bajó del mostrador. Era un huesos verdes; llevaba perilla corta, pendientes de jade en las orejas y un aro de jade en la nariz. Vestía un impermeable largo verde oliva sobre ropa oscura y botas. Observó a Bero y a Pícaro con un leve interés; los ojos hundidos se ensombrecieron.

—¿Cómo os llamáis?

Bero contestó; después alzó las manos unidas.

—¿Cómo debemos llamarte, jen?

—De ninguna forma —dijo el huesos verdes—. No os conozco y no me conocéis. Estamos en territorio Sin Cumbre; prefiero que no soltéis mi nombre a gritos si los Kaul os cogen y os torturan hasta que reventéis. —Una sonrisa le curvó los labios ante el silencio de los dos jóvenes—. ¿Tenéis miedo? Si es así, quizá preferáis salir por donde habéis venido.

—No tenemos miedo —dijo Pícaro; no fue muy convincente.

—Quiero lo que tiene Mudt —dijo Bero—. Dime cómo conseguirlo.

El huesos verdes asintió, comprensivo.

—La fiebre del jade es jodida, ¿verdad? Si le ponéis las manos encima a una piedra verde ahora mismo, sin entrenamiento ni un poco de sene decente, el aura se os encenderá como un puto faro. El primer huesos verdes con el que os crucéis sabrá que sois ladrones y os matará en el acto. —Hizo una pausa y se acarició la perilla—. Mudt es un caso especial. Veréis: es amigo del clan; nos cuenta cosas que necesitamos saber; hace trabajos para nosotros en sitios donde no podemos ir. Se lo agradecemos, así que cuidamos de él. Tiene, cómo diría yo..., estatus de asociado. Vosotros podéis tenerlo también si demostráis que sois valiosos para el clan.

Los dos jóvenes asintieron.

—Bien. Los huesos verdes toman el jade de los cadáveres de sus enemigos. Así que si queréis ser guerreros, necesitaréis armas. —Se arrodilló y abrió la cremallera de la bolsa de deporte. Sacó un subfusil Fullerton C55 y se lo entregó a Bero; luego sacó otro y se lo dio a Pícaro. Bero sintió el peso del arma en las manos y contuvo la respiración. Nunca

había manejado nada más grande que una pistola que le cupiera en el bolsillo, y no podía creer en su suerte. Se sentía como si sostuviera a un bebé; no sabía dónde poner las manos, cómo sujetar correctamente aquel objeto tan valioso.

—Mierda, ¿esto es de verdad? ¿Nos das estas armas?

—Feliz Festival de Otoño —dijo el huesos verdes—. Mejor que practiquéis un montón antes de que os mande usarlas. Mudt os enseñará. —Se puso en pie con una rapidez cegadora y cogió a los dos jóvenes por el cuello. Se quedaron helados, sin tiempo para moverse, ni siquiera para jadear. Si usaba la Fuerza, podía aplastarles la tráquea—. Si me entero de que habéis atracado una gasolinera o disparado a un transeúnte, os romperé todos los huesos, y después, el cuello. Ahora trabajáis para mí. ¿Entendido?

Los dos asintieron. El huesos verdes los soltó y le dio una palmada tranquilizadora a cada uno.

—De momento aprended a usarlas. Seguid asaltando cargamentos en las Dársenas cuando lo organice Mudt. Mantened los ojos y los oídos abiertos y, sobre todo, no dejéis que os pillen. Cuando os necesite, os avisaré, y espero que estéis listos. ¿Va fino?

—Va fino, jen —dijo Bero.

Fuera, el viento había arreciado. Las siluetas de los árboles se inclinaban adelante y atrás, recortadas por la luz de las farolas oscilantes. El tejado del edificio se sacudió y crujió. El hijo de Mudt acabó de cubrir los cristales con cinta y desapareció en la habitación trasera.

El huesos verdes de la perilla se echó al hombro la bolsa de deporte.

—Será mejor que me vaya; el clima no es muy amistoso y este barrio tampoco. Un placer hacer negocios contigo, Mudt, como siempre. —Le dio el otro objeto que había sacado de la bolsa, una caja de cartón blanca sin ninguna marca, del tamaño de una caja de zapatos pequeña, cerrada con cinta de embalar. Mudt alargó las manos con avidez, pero el huesos verdes apartó la caja en el último momento y la sujetó fuera de su alcance. Bajó la voz hasta un tono a medias entre la preocupación amistosa y la amenaza inconfundible—. ¿Estás siguiendo las reglas, Mudt? ¿La misma dosis todos los días, sin hacer acopio ni revender? —Mudt asintió con vehemencia, y el

huesos verdes le dio la caja y sonrió—. Siempre es importante recordar las normas de seguridad.

—Gracias, jen —murmuró Mudt, visiblemente aliviado.

El huesos verdes se caló la capucha del impermeable. Sus botas levantaron ecos en el pasillo central del Todo Bueno. Hizo girar la llave, abrió la puerta y desapareció en el tifón que se acercaba.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 24

Después del tifón

EL tifón Lokko cayó sobre Kekon dos días antes del Festival de Otoño, como si Yofo el Implacable se hubiera despertado a tiempo para llegar a la fecha límite del fin de la estación. Los comercios y las escuelas de Yanlún cerraron, y los residentes se atrincheraron en las viviendas y amontonaron toallas bajo puertas y ventanas, mientras el viento fiero y la lluvia torrencial golpeaban la costa este de la isla. Las lámparas rojas, los estandartes de hierba trenzada y el resto de los adornos del Festival de Otoño, que celebraba el matrimonio fértil de Thana la Luna y Guyin el Rey Montaña, salieron volando, arrancados de los aleros, y se esparcieron por las calles inundadas.

En la academia Kaul Dushuron se cancelaron las clases, pero no el trabajo. El Salón de Asambleas estaba lleno de palés con carne curada y enlatada, botellas de agua y pilas de tiendas de plástico y mantas. Sin Cumbre había pagado todo aquello. Los estudiantes de la academia se dedicaron a dividir los suministros y empaquetarlos en cajas pequeñas, para repartirlos entre la gente que los necesitaría después de que pasara el tifón. Los huesos verdes protegían a la gente corriente y acudían en su ayuda en épocas de necesidad; siempre había sido así desde que existían.

Anden cortó el envoltorio plástico de una pila de latas de verdura. El agua corría por los cristales y oscurecía el salón, como si estuvieran dentro

de un túnel de lavado. Las luces oscilaron. El campus tenía un generador de reserva por si había cortes de electricidad, pero si fallaba, tendrían que trabajar con faroles y linternas. A pesar de la furia desatada de los elementos en el exterior, la conversación era bastante animada.

—Mi familia tiene dos tiendas en Sogen —dijo Heike acaloradamente—, y aquello va a ser una maldita zona de guerra. Si Montaña no puede quedarse con el Sobaco, irá a por Sogen. Ya les he dicho que si las cosas empeoran, no vale la pena correr el riesgo; o cierran las tiendas o se comen el coste de pagar doble tributo hasta que las cosas se aclaren.

—Mira que ir a la guerra contra Montaña... —murmuró Lott, que estaba abriendo paquetes de baterías—. Los Kaul deben de haber perdido la cabeza. —Se detuvo en seco con las manos a mitad de movimiento y miró de reojo a Anden, tan deprisa que nadie más se dio cuenta. Le cruzó la cara una expresión de desafío. Luego desvió la mirada y se apartó el pelo de los ojos—. De todas formas, los huesos verdes siempre están sedientos de sangre. ¿Cómo íbamos a demostrar quién es más verde si no buscásemos excusas para pelear entre nosotros? Por eso estamos aquí, ¿no? Para convertirnos en guerreros.

Durante un momento los rodeó un silencio incómodo. Si Lott hubiera hablado con tono despreocupado, como si no se lo tomara en serio, lo podrían haber pasado por alto o haber gruñido algún asentimiento sarcástico. Pero se había expresado de una manera demasiado agria y resentida. Anden bajó la mirada y sintió que enrojecía.

—Ese punto de vista es muy limitado —dijo Pau Noni, algo acalorado también. Pau procedía de una familia acomodada y suficientemente moderna para haber enviado a la academia no solo a sus hijos, sino también a sus hijas; por aquel entonces ya era algo más frecuente en Kekon que en la época en que Ayt Yu había entrenado a su hija adoptiva igual que a sus hermanos varones—. Educarnos como huesos verdes nos ofrece más oportunidades —puntualizó—. Formamos parte de una tradición honorable. Aunque no tengamos que luchar jamás en un duelo, al licenciarnos en la academia ya hemos demostrado algo. Nadie nos lo puede quitar.

—A menos que nos maten —replicó Lott—. Si hay una guerra entre clanes, se espera que luchemos. En cuanto consigamos nuestro jade

seremos carne fresca para Montaña.

—También se puede decir que habrá más oportunidades de ascender en el clan —respondió Pau con voz desafiante—. Para el que tenga lo que hay que tener.

—¿Y el que no lo tenga? —dijo Lott con frialdad.

—Puede dedicarse a la medicina o a la enseñanza —intervino Heike—. O meterse a monje.

Lott dejó escapar un ruidoso bufido de burla y negó con la cabeza. Abrió con tanta fuerza un paquete de plástico que las pesadas pilas que contenía saltaron y rodaron por la mesa. Dudo alzó los brazos.

—Entonces, ¿qué plan tienes, Lott? ¿Hacer de Yomo en octavo?

El comentario hizo que todos soltaran risitas incómodas y suavizó un poco la tensión que se había ido acumulando. Todos los años había alumnos que abandonaban la academia, para vergüenza imperecedera de sus familias, pero lo habitual era que sucediera en los primeros cursos. Solo una persona, diez años antes, había dejado la academia en el último curso y no se había licenciado como huesos verdes. Los instructores todavía pronunciaban su nombre como algo legendario; una referencia admonitoria a la posibilidad de fracasar espectacularmente en el último momento.

Lott se puso colorado y empezó a recoger las pilas con movimientos rápidos y tensos.

—Por supuesto que no —murmuró con la mirada baja, aunque conservaba desdén en la voz.

Ton carraspeó y redirigió la conversación a la situación entre los clanes.

—Personalmente, creo que es el cuerno quien quiere guerra. Kaul Lan no parece de esos.

—Mira, justo por comentarios así tuvo que pronunciarse el pedestal —exclamó Dudo—. Y ya era hora, joder. Montaña fue a por su hermano; ¿qué esperaban? Bien por él. Ha demostrado a todos que tiene la sangre tan espesa como el viejo Kaul. —Dudo era el típico estudiante de la academia. Segundo hijo de una importante familia de linternas, su hermano mayor heredaría el negocio, y él portaría jade y juraría servicio al clan; de ese modo, la familia seguiría recibiendo trato de favor de Sin Cumbre. Aquello le parecía muy bien a Dudo, ya que no tenía interés alguno en la fabricación

de componentes industriales. Tampoco tenía tacto—. Desde que la Antorcha envejeció y se jubiló, los demás clanes dieron por supuesto que Sin Cumbre estaba en decadencia. No nos respetarán a menos que se derrame un poco de sangre de vez en cuando.

El intento de asesinato de Kaul Hilo y el subsiguiente duelo en la Fábrica habían sido tema de conversación constante en la academia el último par de semanas. Parecía que todo el mundo tenía un pariente, un amigo o un pariente de un amigo que era dedo de Sin Cumbre y había estado presente cuando Kaul Lan mató a Gam Oben. A Anden le causaba una sensación extraña saber que Gam, el segundo puño de aspecto atlético y piel oscura que lo había salvado de los muchachos de Wie Lon enfrente de La Choza Caliente y que portaba no poco jade, había muerto a manos de Lan.

Anden siguió metiendo latas de judías en cajas y no intervino en la discusión. Cuando no decía nada sobre los asuntos del clan, los otros estudiantes tenían tendencia a olvidar quién era y hablar libremente delante de él, quizá porque tenía la mala suerte de haber heredado los ojos claros de su padre. Era un bastardo mestizo, el asombroso hijo de una madre tristemente famosa, y además todos sospechaban que era homosexual, aunque Anden aún no tenía la menor idea de cómo había llegado la información a Hilo. En cualquier caso, no era muy dado a mencionar abiertamente el patrocinio de la familia Kaul; no necesitaba que sus compañeros tuvieran más motivos para mantener una distancia cautelosa.

Pero mientras escuchaba la conversación tuvo que disimular lo frustrado que se sentía. Le habría apetecido jactarse de su posición en Sin Cumbre y decirles que no conocían de verdad a los Kaul. Tanto Lan como Hilo eran seres humanos, con preocupaciones y defectos como todo el mundo, y hacían todo lo que podían por el clan; ningún estudiante sin jade tenía derecho a juzgarlos. Desde luego, Lott Jin no. ¿Qué diablos sabía?

Anden mantuvo la boca cerrada y se apartó del grupo para ir a descargar otra caja. ¿Por qué no había replicado a Lott antes de que se le adelantaran Pau y Dudo? Era su familia la que estaba en guerra; era a sus primos, casi sus hermanos, a quienes Lott había denigrado abiertamente. Si Anden hubiera sido un Kaul de sangre y de nombre, aquellas palabras habrían

provocado un combate. Tendría que haber exigido una disculpa, pero ya era demasiado tarde. El hábito de toda la vida de pasar desapercibido y sus sentimientos por Lott Jin le habían paralizado la lengua, y el momento adecuado había quedado atrás.

Frente al Salón de Asambleas, el viento rugía como un animal herido. Anden intentó convencerse de que guardar silencio había sido lo mejor. No tenía motivos para tomarse aquella conversación como algo personal. Para la mayoría de los habitantes de Yanlún, las guerras entre clanes eran como el tifón que soplaba en el exterior: una fuerza de la naturaleza, algo de lo que esconderse y quejarse, pero que había que soportar; un tema de conversación. Era inevitable que causara muertes, y ya se haría recuento cuando acabara. Todos los estudiantes que estaban en el Salón hablaban de la guerra, pero solo para Anden era algo personal.

No se había enterado de lo ocurrido antes que los demás, y las primeras noticias fueron rumores en el comedor a la hora del desayuno: «¿Ya lo has oído? Han matado al cuerno». Anden estuvo a punto de dejar caer el cuenco que llevaba en las manos. Una conmoción y una incredulidad gélidas lo habían recorrido de los pies a la cabeza. Antes siquiera de que pudiera volverse para ver quién había hablado, otra persona comentó: «No es verdad. Intentaron matarlo, pero fue uno de sus puños el que se llevó la bala. El cuerno está vivo, pero unos cuantos asesinos escaparon y ahora los Kaul han ido a por Montaña».

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Anden. Le temblaban las manos.

Los alumnos de sexto que habían estado hablando lo miraron sobresaltados.

—Mi hermano es un dedo que patrulla por el Sobaco —dijo el muchacho que había hablado el último—. Me lo ha contado hace una hora. Dice que se habían pasado toda la noche en vela y que acababan de llamarlo para que fuera a la mansión Kaul.

Los rumores siguieron creciendo, y para el mediodía se habían convertido en conjeturas disparatadas y contradictorias. El pedestal y el cuerno habían ido a la Fábrica. Se había derramado sangre. Los residentes de la academia no tenían teléfono privado en las habitaciones; por la tarde, histérico porque todo el mundo parecía saber más que él, consiguió acceder

al teléfono del edificio de los dormitorios y llamar a la mansión Kaul. Kyanla le dio el teléfono del piso de la novia de Hilo.

—No te preocupes, Andy. —Hilo parecía de un humor excelente.

—¿Puedo hacer algo?

—¿Te puedes licenciar mañana? ¿No? Entonces, como te he dicho, no te preocupes.

—¿Cómo está Lan-jen? —A Anden seguía costándole trabajo imaginar a Lan matando a otro hombre en un duelo. No era que el pedestal no fuese uno de los huesos verdes más poderosos que conocía, pero nunca le había parecido propenso a la violencia. Rara vez levantaba la voz—. Kyanla dice que ha ido a ver a un médico. ¿Está bien?

Se produjo una breve pausa antes de que Hilo volviese a hablar:

—Es el pedestal, Andy. Puede con todo lo que nos arroje Montaña, como ha demostrado hoy. ¿No te advertí de que podría haber problemas así? Pues no te sorprendas. Aprueba los exámenes y ya está.

—Aprobaré —prometió Anden—. Dentro de seis meses podré ayudar.

—Lo sé, Andy; tranquilo. Cuento con ello.

Cuando colgó seguía nervioso y preocupado, y aquella noche le costó conciliar el sueño. Durante toda la vida, Anden había tenido a los Kaul por poco menos que invulnerables. Por su propio padre solo sentía rencor y desprecio; todos los espenios eran iguales: superficiales, arrogantes e impíos. En cuanto a su madre, había sido una figura trágica, un ejemplo de falta de criterio y una demente que le inspiraba una mezcla de lástima, desdén y horror. Los Kaul eran la familia en la que habría querido nacer.

En aquel momento, mientras se afanaba en una esquina del Salón de Asambleas y apilaba cajas ya rellenas para no tener que volver adonde charlaban Lott y los otros, pensó en lo que le había pasado el Día del Barco. Cuando lo metieron en el coche de Gont y lo llevaron ante Ayt, lo consideraban un Kaul. Él había sido angustiosamente consciente de ser un Kaul. Pero lo habían tratado como a un niño incapaz de ayudarlos de ninguna manera significativa. En aquel momento se sentía igual.

Cuando pasó el tifón, parecía que una horda de gigantes torpes había estado fregando Yanlún. Árboles y postes de cables eléctricos derribados, coches volcados, partes de Villapesca, la Fragua y el Barrio de los Templos inundadas. Anden y sus compañeros de la academia pasaron varios días atendiendo los centros de ayuda y distribución de suministros adonde acudía la gente sin electricidad, agua corriente ni comida. En momentos como aquel, las calles estaban en paz. Los clanes cuidaban a la gente de sus territorios y ayudaban a los lineros a limpiar y reconstruir. En las zonas neutrales y los territorios en disputa trabajaban codo con codo en una tregua provisional tácita.

La tarde del día del Festival de Otoño, Anden estaba recogiendo cascotes de las calles del Barrio de los Templos. El tifón había dispersado los restos del calor del verano y limpiado el cielo, ahora de un azul intenso y libre de contaminación. La gente se saludaba diciendo «¡Feliz Festival de Otoño!» con un deje de sarcasmo mientras arrojaba escombros a los contenedores y barría las aceras. La multitud que entraba y salía de los numerosos lugares de culto de la zona era menor de lo habitual, pero el ruido de los rezos y los petardos seguía llenando el barrio.

—Vamos a llevar el contenedor a esa esquina —dijo Lott; señaló una maraña espesa de ramas caídas en medio de la calle. Anden lo siguió arrastrando el cubo de basura de tamaño industrial. Se pusieron a trabajar juntos; recogieron y partieron los restos de madera y llenaron el contenedor. Al principio no hablaron; Anden no sabía si seguía enfadado por los comentarios que había hecho Lott en el Salón de Asambleas dos días antes. Si Lott notó las frecuentes miradas de reojo que le dirigía Anden involuntariamente, no se dio por enterado ni las devolvió. Parecía concentrado en el trabajo y perdido en sus pensamientos, con los labios apretados en una expresión de ligero disgusto mientras tensaba los sudorosos brazos y partía una rama tras otra.

Anden, irritado consigo mismo, se apartó y empezó a recoger tejas caídas. No conocía a ningún homosexual, que él supiera, aparte del maestro Teoh, el instructor de Percepción. En cuanto a Lott, no estaba seguro.

Pertenecían al mismo grupo de amigos, pero no podía considerarlo tal en un sentido personal; siempre estaban con otras personas, y Lott tenía compañeros más allegados, como Dudo y Heike, con los que pasaba el tiempo libre. Anden nunca había intentado integrarse en el círculo que formaban, ni era tan presuntuoso como para buscar a solas a su compañero de clase. Lo había oído expresar interés hacia las mujeres con la típica despreocupación de los jóvenes, aunque por lo que sabía Anden, ninguna relación se había concretado en nada serio. No era fácil mantener relaciones serias en la academia, donde por tradición imperaba una actitud monástica en lo relativo a las relaciones románticas entre estudiantes; esto es, estaban prohibidas oficialmente.

Aun así, hubo momentos en que Anden creyó que captaba algo en el otro joven: una mirada sostenida un poco más de tiempo, un intento rápido de colocarse en el mismo equipo en un partido de balón relevo, un interés hacia algo tan inocuo como compartir la tarea de limpiar los escombros de la calle.

Los kekoneses veían la homosexualidad como un suceso natural, algo que aparecía a veces entre la población, de la misma forma que los ojos de piedra, y no culpaban a la persona que la mostrara, igual que no habrían culpado a un niño por nacer sordo. Pero, al igual que ser un ojos de piedra, se consideraba una desgracia y mala suerte; una señal de que la familia había caído en desgracia ante los dioses, que habían juzgado apropiado cortar la línea de la descendencia como castigo. Aquella actitud no resultaba especialmente sorprendente ni preocupante para Anden; ya sabía que su familia estaba maldita. Pero en general, la gente se sentía incómoda cerca de la desgracia y era reticente a reconocer que pudiera sufrirla personalmente. Anden estaba seguro de que algunos alumnos de la academia se tiraban del lóbulo de la oreja derecha a sus espaldas, pero al volver a mirar de reojo a Lott y observarlo, mientras se limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo y estiraba la espalda antes de recoger otra rama, sintió una punzada dolorosa en el pecho al pensar que pudiera ser uno de ellos.

—Me he enterado de lo que te pasó el Día del Barco —dijo Lott de repente.

Anden se sobresaltó. Se detuvo un momento; luego tiró al contenedor el cascote que sostenía y se limpió en los pantalones las manos cubiertas de polvo. No le había contado a nadie de la academia lo que había pasado aquel día; no porque quisiera guardar el secreto, sino porque no le gustaba llamar la atención. La conversación que había mantenido con Gont y Ayt parecía un asunto del clan que ni a Lan ni a Hilo les gustaría que se comentase, así que a sus compañeros les había dicho que se había perdido en la multitud y había vuelto por su cuenta a la academia.

—Me lo contó mi padre —añadió Lott.

Anden asintió con lentitud. Acababa de recordar que el padre de Lott era un puño de alto rango. Le resultó extraño darse cuenta de que probablemente estaba a las órdenes directas de Hilo.

—¿Estuvo allí? —No recordaba a todos los hombres que acompañaban a Hilo cuando fue a recogerlo.

—Se sintió decepcionado cuando Montaña te soltó. —Los labios de Lott se curvaron en una sonrisa sombría—. Dijo que el cuerno habría ido a la guerra por ti. Mi padre habría podido atacar el Martillo y ganar más jade. Ya tenían un edificio rodeado y todo.

Anden apartó la mirada, se quitó las gafas y se puso a limpiar los cristales para ocultar su confusión. Cada vez que presentía que Lott y él compartían un momento de posible amistad, una conexión, por pequeña que fuera, enseguida pasaba algo que indicaba lo diametralmente opuesto. Era justo lo que parecía estar pasando en esa ocasión. ¿Por qué le decía Lott algo así?

—Entonces, supongo que tu padre estará contento ahora; la guerra parece muy probable —dijo con un tono neutro que no ocultaba que el comentario de Lott había sido de muy mal gusto—. Ni siquiera ha hecho falta que me mataran para empezarla.

Lott sonrió burlón.

—No es nada personal, keke. Me da igual lo que piense mi padre. —Tiró otra rama al contenedor y volvió a inclinarse, pero levantó la vista hacia Anden con interés. A Anden se le aceleró el pulso—. Haces más cosas de las que nos dejas ver, ¿verdad? Eres más del clan que todos nosotros, pero te lo callas. No estoy seguro de que seas lo que pareces. —Hablab

con tono de curiosidad despreocupada, pero en la mirada mostraba una intensa perplejidad, quizá incluso un deje de ira.

Anden, incómodo, intentó pensar una respuesta.

Ton los llamó desde el otro lado de la calle.

—¡Mirad eso!

Anden giró y se le encogió el estómago. Por la calle avanzaba lentamente un ZT Valor negro que arrastraba un remolque descubierto; sentados en la plataforma había dos huesos verdes Montaña, un hombre y una mujer. El coche se detuvo en una esquina e hizo sonar el claxon. Los dos huesos verdes bajaron de un salto y empezaron a repartir pasteles amarillos que cogían de largas bandejas de aluminio, llenas a rebosar del dulce tradicional de la festividad. No tardó en reunirse una muchedumbre ansiosa, pero que guardaba una distancia respetuosa en torno al vehículo.

—Feliz Festival de Otoño —decían los huesos verdes—. Un pastel por persona, por favor. Feliz Festival de Otoño.

Se abrió la puerta del Valor y de ella salió Gont Asch. Aunque iba vestido de fiesta, con camisa blanca, traje negro y la mayor parte del jade oculto a la vista, su presencia física era tan imponente que la muchedumbre le dejó espacio de inmediato.

—Gracias, Gont-jen —decían, saludándolo—. Que el resplandor de los dioses ilumine a Montaña.

El cuerno de Montaña asintió con amabilidad, dirigió unas palabras a algunos de los reunidos, alabó los trabajos de limpieza y repartió pasteles amarillos. Anden siguió trabajando e hizo caso omiso de la escena intencionadamente, pero tenía la mandíbula apretada mientras rompía las ramas caídas contra la rodilla, cada vez con más fuerza.

—¡Vosotros cuatro! ¡Los chicos de la academia! —llamó la voz grave de Gont—. Venid.

Los jóvenes titubearon y cruzaron miradas, pero no obedecer habría sido descaradamente descortés. Ton y Dudo se acercaron al coche, y tras un momento de vacilación, los siguieron Lott y Anden. Gont le dio un pastel a cada uno; estaban tiernos y calientes, recién horneados, y olían a mantequilla y dulce de frutas.

—Habéis trabajado duro —dijo el cuerno.

Ton, Dudo y Lott contemplaron los pasteles que tenían en las manos con sorpresa nerviosa.

—Gracias, Gont-jen —murmuró Ton.

Los otros dos lo imitaron y saludaron con una mano antes de apartarse a una distancia prudencial. Antes de que Anden pudiera hacer lo mismo, Gont le pasó un brazo por los hombros, con el movimiento pesado de una serpiente pitón. Habló con voz baja y retumbante al oído de Anden para que los demás no pudieran oírlo.

—No has aceptado nuestra oferta. Me has decepcionado.

La primera vez que Anden había visto a Gont, delante de La Chozza Caliente, en Parque Verano, se había sentido intimidado e impresionado por su elocuente presencia. Pero ahora pensó: «Gont Asch ha intentado matar a mis primos. Quiere ver muerta a toda la familia Kaul». Sentía el jade que portaba en el brazo, el peso de la densa energía que le presionaba el cuello. Anden se obligó a alzar la mirada y cruzarla con la del cuerno.

—Quizá parezca espenio por fuera, Gont-jen —dijo—. Pero eso no significa que se me pueda sobornar como a un perro.

Gont respondió sin mostrar sorpresa; no parecía ofendido:

—Hoy es el Festival de Otoño y los dioses esperan que nos mostremos generosos, así que voy a darte un consejo, Anden Emery. En lo sucesivo, no insultes el aprecio que te tiene el pedestal ofendiéndonos. Sería una lástima que fuésemos enemigos. —Soltó a Anden y regresó junto al Valor y el cargamento de pasteles.

Anden se reunió con sus compañeros, que lo esperaban al otro lado de la calle y se limpiaban de los labios las migajas del pastel.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Lott; miraba a Anden con más curiosidad y desconcierto que antes, si cabía.

—Me ha deseado un feliz Festival de Otoño. —Miró el pastel caliente que tenía en la mano, pero no le apetecía comérselo. Siguió con la vista el coche de Gont mientras avanzaba por la calle—. Y ha dejado claro que si me convierto en puño de Sin Cumbre, Montaña me matará.

CAPÍTULO 25

Líneas trazadas

AUNQUE Montaña había dejado de aterrorizar los dominios de Sin Cumbre en el Sobaco, Kaul Hilo era consciente de sobra de que el clan no había ganado mucho con el acuerdo. El enemigo había entregado las partes del distrito que pertenecían por derecho a Sin Cumbre desde el principio, pero había tenido la astucia de conservar el control de sus bastiones al sur de la calle del Patriota, que incluían las casas de apuestas más rentables de Yanlún.

Hilo no podía dedicar tiempo ni hombres a reforzar la posición del clan en el Sobaco, porque los necesitaba para atender los problemas en las Dársenas. Nada menos que en las Dársenas: territorio indiscutido de Sin Cumbre y emplazamiento de los largamente establecidos Dos Fortunas y Lila Divina. Se había producido un estallido de delincuencia; los ladrones estaban asaltando los camiones que transportaban artículos de lujo importados, para hacerse con ellos y revenderlos en el mercado negro. Los culpables, hasta donde se podía saber, eran bandas callejeras corrientes, pero la escala y el momento del estallido despertaban sospechas. La intuición de Hilo se confirmó cuando Kehn y sus dedos atraparon a tres ladrones; estos, sometidos a persuasión, reconocieron que un hombre cuyo nombre ignoraban les había proporcionado la programación de los

transportes y los listados de cargamentos que pasaban por Puerto Verano. Un hombre con jade.

—¿Qué hacemos con ellos, Hilo-jen? —preguntó Kehn.

Hilo estiró al máximo el cable del teléfono, dobló una esquina y dio la espalda a la enfermera que empujaba una cama con ruedas por el pasillo del hospital. Se tapó con la mano la otra oreja para bloquear el traqueteo de las ruedas contra el suelo de linóleo. Desde el otro lado de la línea le llegaba un ruido de fondo compuesto de maldiciones, sollozos y sonidos apagados incoherentes. Los ladrones eran los delincuentes más despreciados de Kekon. Robar cargamentos de relojes y bolsos no merecía habitualmente más que una paliza y una marca, pero aquello era diferente. Las huellas de Gont Asch estaban por todas partes. A Montaña no le parecía indigno reclutar criminales sin jade para que acosaran a Sin Cumbre.

—Matad a dos y soltad al más charlatán —dijo Hilo.

Colgó y fue a ver a Tar.

—Buenas noticias —dijo—. Me han dicho que saldrás de aquí en un par de días.

Tar estaba sentado en la cama. Las balas le habían lacerado el bazo y atravesado el intestino; había tenido que pasar por quirófano y recibir transfusiones. Le habían retirado parte del jade antes de operarlo; aunque ya había recuperado suficientes fuerzas para portarlo de nuevo, tenía el aura tan fina y susceptible como el humor.

—Ya era hora. Los médicos de aquí no saben una mierda y la comida es horrible.

—Voy a encargarme que te traigan algo que te guste. ¿Qué te apetece? ¿Tallarines? ¿Algo picante?

—Lo que sea. Me encuentro mucho mejor. El médico verde que trajiste ha hecho un buen trabajo.

—Es un tesoro familiar.

Técnicamente, los huesos verdes que se dedicaban a la medicina no pertenecían a ningún clan; estaban especializados en el uso terapéutico de la Canalización, eran pocos y estaban muy solicitados. Por órdenes de Hilo, el doctor Truw, el médico en plantilla de la academia Kaul Du, había visitado

unas cuantas veces a Tar. En teoría estaba prohibido por las normas del hospital, pero nadie iba a poner objeciones.

—Me voy a casar con tu hermana —dijo Hilo—. Lan ha dado su permiso, así que es oficial. Cuidaré bien de ella, te lo prometo.

—Sabes que te seguiré a todas partes, te cases con Wen o no, ¿verdad? —dijo Tar—. Limítate a sacarme del hospital de una vez.

—Lo sé. Descansa mientras puedas. Te voy a necesitar mucho cuando salgas. —Estaba claro que a Tar le fastidiaba estar herido y no poder participar en la acción, pero a Hilo no le apetecía apaciguarle el ego ni hablar de negocios, así que preguntó—: ¿Tienes algún traje bueno? Quiero que tengas buen aspecto en la boda.

Al menos, Hilo se alegraba y se sentía aliviado de que, a causa del intento de asesinato, Wen hubiera aceptado rápidamente ir a vivir a la hacienda Kaul.

—Me iré a la mansión principal —había asegurado a Wen, aunque maldita la gracia que le hacía la idea de vivir en el mismo edificio que el abuelo—. Tú estarás en la casa del cuerno. Puedes hacer todo lo que quieras: cambiar la moqueta, pintar de otro color, lo que sea. El dinero no es problema; no repares en gastos.

—Vale —dijo ella con labios pálidos y firmes; se le notaba en la cara el cansancio después de las noches pasadas en el hospital junto al lecho de Tar. Paseó la mirada con indiferencia por el apartamento, pequeño pero pulcro y bien decorado, como si estuviera lista para abandonarlo de inmediato—. Tienes razón. Ahora sé que tus enemigos están ansiosos por verte muerto. Mi orgullo no compensa el peligro de que me utilicen para hacerte daño.

Habiéndose ya salido con la suya, se sentía agradecido y cariñoso. Abrazó a Wen, le besó la cara un montón de veces y le dijo:

—No tienes nada de que avergonzarte. Estamos prometidos. Se lo pedí a Lan y dio su bendición. «Kaul Maik Wen», ¿te gusta cómo suena? Podemos planear una boda por todo lo alto. Elige una fecha. Estaba pensando que fuera pronto... ¿Te parece bien en primavera?

Wen lo abrazó por las costillas y se apretó contra él, con tanta fuerza que las nuevas gemas de jade se le clavaron en la carne aún magullada del pecho. Hilo se echó a reír al sentirlo.

—Lan es un buen pedestal en tiempo de paz —dijo Wen con expresión inescrutable—, pero no sirve para comandar a los puños. Nadie más que tú tiene tanto jade y respeto del clan para ser un cuerno fuerte durante una guerra. Montaña sabe que sin ti, Lan no tendría más remedio que rendirse ante ellos. Por eso tuvieron la astucia de intentar matarte antes, y lo volverán a intentar.

Hilo frunció el ceño. No era la clase de conversación que pretendía provocar al darle la noticia de que se casarían.

—Que lo intenten los cabrones. —Cogió a Wen por la barbilla y le hizo mirarlo a los ojos—. ¿Te preocupa ser una viuda joven, como mi madre? ¿Por eso no te emociona la boda? Yo estoy emocionado; creía que tú también.

—¿Debería estarlo? ¿Debería soltar grititos pensando en comprar el traje de novia y en planear la boda mientras otros planean la muerte de mi prometido y mis hermanos?

—No hace falta que me hables así —dijo Hilo, irritado—. Siempre tendremos enemigos, pero eso no significa que no debas ser feliz. Tienes que confiar en mí, Wen. Si me pasa algo, o a Kehn o a Tar, no quedarás desamparada, te lo prometo. Te dejaré todo lo que tengo. Ni siquiera quedarás ligada al clan, como le pasó a mi madre, si no quieres seguir en contacto.

Wen guardó silencio unos instantes.

—Ahora que voy a formar parte de la familia —dijo al fin—, no hay ningún motivo para que no trabaje con el clan. Kehn y Tar son tu puño primero y tu puño segundo. Puedes usarme a mí también, ponerme en algún lugar de Sin Cumbre donde pueda ayudarte cuando empiece la guerra.

Hilo negó con la cabeza.

—Por la guerra no te preocupes.

—¿Porque soy mujer?

—Porque eres una ojos de piedra. Esto es un asunto entre huesos verdes.

Wen dejó caer los brazos y dio un paso atrás, separándose de Hilo.

—Vengo de una familia de huesos verdes. Tú mismo dijiste que tengo el corazón y el cerebro de un guerrero de jade.

—Eso no hace que lo seas —dijo Hilo, incómodo por el rumbo que había tomado la conversación—. Sabes que no creo las tonterías de que el jade acerca a la gente a los dioses o que los ojos de piedra traen mala suerte; nada de eso. Pero si no eres una huesos verdes, la vida es diferente para ti. No mejor ni peor, pero no es la vida de un huesos verdes. Puedes hacer casi cualquier otra cosa que quieras, pero no esto.

—Otros clanes utilizan a sus ojos de piedra. Podemos movernos por toda la ciudad. Podemos manipular jade sin que nos traicione el aura. Me dijiste que el tallista Tem Bem es un ojos de piedra de Montaña, y a pesar de eso trabaja para ellos.

Un regusto de terror y rabia llenó la boca y la nariz de Hilo.

—Tú no eres en absoluto como Tem Bem —dijo en voz baja—. Tem Bem es un títere; voy a seguir todos los hilos que lo unen a Montaña y voy a cortarlos. Es hombre muerto. Tú nunca serás como él. —Volvió a abrazarla tan deprisa que ella no tuvo tiempo de reaccionar. Hilo era consciente en todo momento de lo lenta, frágil y vulnerable que era, de cuánta facilidad podía hierla o romperla, y la idea de ponerla en peligro a manos de sus enemigos, otros huesos verdes, lo llenaba de un miedo que ni siquiera sentía por sí mismo—. Montaña es capaz de cualquier cosa. Reclutar a ladrones vulgares. Mandar a un ojo de piedra a infiltrarse en territorio Sin Cumbre... Supongo que lo siguiente será mandar a niños contra nosotros. No pienso hacer eso. No pienso meter a una ojos de piedra en una guerra entre huesos verdes. Jamás te usaré de esa manera. Y nada me hará cambiar de idea, ¿entendido? —La zarandeó por los brazos.

—Sí —respondió Wen débilmente.

Hilo se amansó y volvió a abrazarla mientras dejaba escapar un suspiro.

—Creo que te aburre tu trabajo. —Wen era secretaria en un bufete—. Eres demasiado inteligente para eso. Cuando nos casemos podrás dejarlo y dedicarte a lo que quieras. Puedes volver a estudiar, si quieres. O poner en marcha tu propio negocio de decoración de interiores, por ejemplo. Se te da muy bien. Piénsatelo.

—Sí —dijo Wen—. Ya lo pensaremos. Más tarde.

Una charla en el despacho del hombre del tiempo le ofrecería unas cuantas posibilidades interesantes, sin duda. El clan tenía linternas con

contactos en casi cualquier área que se le ocurriera. Aunque no pensaba recurrir a Doru. Esperaría a que Lan se hubiera deshecho del viejo pervertido y luego hablaría con alguien como Hami Tumashon.

También tenía que volver a hablar con Shae. No la había visto ni había cruzado una palabra con ella en varias semanas. Para ser propenso a expresar sus emociones abiertamente, Hilo había mantenido para sus adentros una vaga sospecha, cargada de resentimiento, de que quería a su familia más de lo que su familia lo quería a él, cosa que se intensificaba con su hermana más que con nadie. ¿Cómo podía ser tan fría? Aquello le resultaba más molesto de lo que dejaba entrever. ¿Había regresado a Kekon tan solo para que sintieran lástima por ella? ¿Para castigarlos con su rechazo? Estaba claro que sufría problemas de autoestima, teniendo en cuenta la forma en que seguía privándose del jade como si fuera una especie de autocastigo aberrante. Pensaba que quizá había sido demasiado duro con ella y le había dicho cosas dolorosas (como si ella no hubiera actuado igual), y que aquel había sido uno de los motivos por los que huyó a Espenia. Pero estaba dispuesto a olvidarlo todo. Ya eran adultos. Eran Kaul y tenían responsabilidades. Los tres hermanos tenían que mantenerse unidos si querían que Sin Cumbre siguiera siendo fuerte. A veces creía que era el único que se daba cuenta de ello con claridad. Creía que si volvía a hablar con Shae, y si Lan dejaba de tratarla con guantes de seda y lo respaldaba, podría convencerla de que era sincero y hacerle abandonar su postura intransigente.

Aunque tampoco era que hubiese visto mucho a Lan últimamente. Hablaban frecuentemente por teléfono, pero eran conversaciones breves y tácticas: qué había pasado, qué había que hacer. Hilo había ordenado a los puños que mataran a cualquier gángster al que pillaran robando en las Dársenas. En los demás territorios había reforzado las defensas del clan. Había ascendido a puños a Iyn, a Obu y a otros dedos veteranos, y había reasignado los territorios para proteger con más eficacia las propiedades y las zonas más valiosas de Sin Cumbre. Había recorrido la ciudad visitando en persona a todos los linternas para tranquilizarlos. «Mantened las espadas afiladas», había dicho a sus guerreros. Podían hacerse con el jade de Montaña si se les presentaba la oportunidad. Sus espías reunían la

información más precisa posible sobre la organización de Gont: cuántos puños y dedos comandaba, dónde podían encontrarlos, quiénes portaban más jade y eran más temibles.

Al revisar la lista, a Hilo le quedó claro que, aunque el número y la fuerza de los efectivos estaban relativamente equilibrados, Sin Cumbre estaba en desventaja. La franja principal de los territorios del clan lindaba con territorios controlados por el enemigo al norte y al sur. En el último par de años, Montaña había eliminado a dos rivales menores, y por término medio, sus huesos verdes eran luchadores con más experiencia. Hilo necesitaba más guerreros. En la primavera siguiente se licenciaría en la academia una cohorte especialmente grande de huesos verdes, incluido su primo Anden, pero hasta entonces, pensaba con disgusto, se las tendría que arreglar como pudiera.

En teoría, el duelo a hoja limpia en la Fábrica entre Lan y Gam Oben había preservado la paz, pero lo cierto era que solo había servido para dar a los dos bandos una oportunidad para reagruparse y meditar las jugadas siguientes. Aunque los clanes no estaban en guerra oficialmente, Hilo estaba seguro de que no pasaría mucho tiempo antes de que el acoso y las escaramuzas actuales se intensificaran hasta convertirse en una carnicería directa. Tampoco le cabía duda de que Montaña no se había desanimado tras un único atentado fallido contra él. Ya casi nunca paraba en casa, y por ello tenía que mantenerse en guardia constantemente. A veces, después de una larga noche, aparcaba a oscuras en algún sitio que Percibía como seguro, se acostaba en el asiento trasero del Duchesse y dormía un rato mientras Kehn montaba guardia.

Ser el cuerno se había convertido en un montón de trabajo y estrés.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 26

Maniobras bélicas

TODOS los asientos de la gran sala de juntas de la oficina de la calle del Barco estaban ocupados. Una docena de linternas de Sin Cumbre, los presidentes y directivos de algunas de las empresas más importantes del país, habían acudido a hablar directamente con el pedestal y a preguntarle sobre las medidas defensivas y la seguridad de sus negocios. Aunque no eran raros los conflictos sobre territorios y empresas, la perspectiva de una guerra abierta entre los dos clanes principales no tenía precedentes, y los hombres de negocios estaban terriblemente preocupados.

—¿Los proyectos que ya han recibido el patrocinio del clan podrán continuar según estaban programados y planificados? —preguntó un promotor inmobiliario; Lan lo reconoció, era uno de los linternas con los que se había reunido el Día del Barco.

Doru inclinó su cabeza alargada.

—En este momento, todas las iniciativas aprobadas y financiadas por el clan seguirán recibiendo apoyo.

—¿Se tomarán mayores medidas de seguridad para proteger nuestros comercios? —preguntó un linterna que tenía varias tiendas en el Sobaco.

—El cuerno ha tomado medidas para garantizar la defensa de los territorios del clan —dijo Lan—. Se dará prioridad a los distritos donde la amenaza es mayor.

—¿Qué pasa con la posibilidad de que Montaña interfiera con el comercio? Controlan la mayor parte del sector del transporte por carretera. ¿Podrían intentar bloquearnos e impedirnos entregar las mercancías? —preguntó el responsable de una empresa de importación de muebles.

—¿Y qué hay de los sectores a los que dañará una disminución del turismo? —interrumpió el dueño de un hotel—. ¿El clan tiene algún plan para apoyar la industria hostelera?

Lan se puso en pie; alrededor de la mesa, los murmullos se cortaron.

—No puedo garantizar que las empresas no sufran ninguna consecuencia —dijo—. Nos amenaza otro clan y debemos prepararnos para la llegada de una época difícil. Lo que sí puedo prometer es que nos defenderemos; defenderemos todas las partes del clan, todos los sectores, todos los negocios.

Aquello pareció impresionar a los reunidos. El pedestal notó que las miradas se fijaban en todo el jade nuevo que portaba, la prueba irrefutable de que había salido victorioso recientemente, de que podía respaldar con la fuerza sus palabras. Lan recorrió la mesa con una mirada calculadora.

—Me temo que en este momento no puedo responder a todas las preguntas. Si tienen más preocupaciones concretas, concierten una cita para hablar de ellas con el hombre del tiempo y conmigo. Les deseo que pasen buena tarde, caballeros.

—Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre —murmuraron varios linternas como despedida según salían.

Cuando todos se fueron, Lan se dirigió a Doru:

—Quiero que vayas a Ygutan.

Doru ocultó la sorpresa con habilidad.

—¿Es necesario, Lan-se? Creo que es importante que siga en Yanlún en este momento, para ayudarte a tratar con los linternas.

—Las reuniones con los linternas las podemos aplazar unas semanas. Quiero que averigües todo lo que puedas sobre las operaciones de producción de sene de Montaña. Dónde están las fábricas, quienes son los proveedores y los distribuidores, cuál es el volumen de negocio actual. Recurre a todos los contactos que tengas en Ygutan y procede con

discreción. Tenemos que saber dónde está invirtiendo el enemigo. Quizá podamos usar esa información contra él en el futuro, si lo necesitamos.

Doru frunció los labios, tal vez porque presentía que había otro motivo. Desde el duelo de la Fábrica, Lan se había mostrado taciturno cerca del hombre del tiempo, y sin duda, este se daba cuenta de que el pedestal no estaba contento con él; pero Lan no quería que sospechara nada más. Se permitió mostrar un poco de la auténtica ira que sentía y habló con sequedad:

—Necesito que haga esto alguien de confianza, Doru-jen. No podría enviar a nadie más capacitado y más discreto. Hemos tenido algunas diferencias últimamente, pero en este momento no puedo permitir que se alcen dudas entre nosotros. ¿Harás todo lo que ordene de ahora en adelante? Si la respuesta es que no, aceptaré tu dimisión como hombre del tiempo. Puedes quedarte la casa; no te obligaré a marcharte.

Vio que había efectuado la jugada correcta; el viejo consejero se tranquilizó un poco: si el pedestal sospechaba que Doru lo traicionaba, o si pretendía hacerle daño, no habría mostrado sus emociones de aquella forma.

Lan tendría que ser cuidadoso, fingir una reconciliación y mantener a Doru atado corto.

—Me siento dolido, Lan-se —se apresuró a contestar Doru, más tranquilo—. Solo he discrepado contigo debido a mi preocupación por el clan y por tu seguridad. Tienes razón, por supuesto; tenemos que descubrir más sobre las operaciones de Montaña en Ygutan. Partiré mañana mismo.

Lan asintió.

—Agradezco tu preocupación, tío Doru —dijo con un tono más aplacado—. Ahora te necesito más que nunca. Irán contigo dos hombres del cuerno; no es un país muy seguro, y no quieran los dioses que te ocurra nada.

La leve sonrisa que había empezado a mostrarse en los labios de Doru se disolvió cuando oyó aquello. Sospechó la verdad: ciertamente, Lan quería información sobre las operaciones de Montaña en Ygutan, pero, algo más importante, también quería mantenerlo lejos y vigilado en todo momento por los hombres de Hilo, algo que no podía conseguir allí en la

calle del Barco, donde Doru mandaba y estaba rodeado de subordinados. A Lan no le preocupaba lo que hiciera Doru en Ygutan; los hombres de Hilo informarían con frecuencia y corroborarían cualquier cosa que él descubriera. No podría hacer nada en contra del clan.

El estallido de despecho de Lan había ocultado cualquier otra intención negativa que el hombre del tiempo pudiera haber Percibido, y ya que había aceptado marchar, no podía oponerse a las medidas de seguridad adoptadas por el pedestal.

—Lo que consideres necesario, Lan-se —dijo.

En cuanto Doru subió al avión, Lan pidió a Woon que organizara una reunión urgente con el canciller Son Tomarho y veinticinco miembros del Consejo Real de Kekon; tendría lugar en una comida organizada por el pedestal en el salón parrilla Isla Grande.

El Isla Grande estaba en el ático del edificio de veintiocho plantas del hotel Ocho Cielos, en el lujoso Sotto Norte. El linterna propietario del Ocho Cielos cerró el restaurante al público a petición de Lan. El pedestal llegó temprano en compañía de Woon y saludó personalmente a los concejales según llegaban. La noticia del duelo ante la Fábrica había circulado por todo Yanlún, y todos los que se encontraban con Lan aquellos días se fijaban en el jade nuevo que portaba en el cinturón, en los gemelos, en el collar que le rodeaba el cuello. Si no fuera por la importancia inmensa de la percepción de la gente en aquel momento, Lan se habría resistido a portar todo el jade ganado. No se había recuperado del todo del daño que había sufrido al absorber y repeler el ataque de Canalización de Gam, y le costaba soportar una carga tan pesada. Había estado acudiendo a sesiones de curación con el doctor Truw y ya no se sentía tan enfermo como inmediatamente después del duelo, pero tampoco se encontraba bien. A veces se le aceleraba el pulso o rompía a sudar, mareado. Sufría ataques de ansiedad sin previo aviso. Dormía peor y a menudo tenía los nervios de punta.

—Que huyan lejos tus enemigos, Kaul-jen —decían los concejales al llegar, la expresión de felicitación tradicional que se dirigía a un huesos

verdes que acabara de conseguir una victoria.

—Gracias a la bendición de Jenshu —respondía Lan, agradeciendo las felicitaciones, y luego preguntaba «¿Cómo está de salud su esposa, señor Loyi?» o «¿Soportó bien el tifón su casa, señora Nurh?» para devolver las cortesías. Los veintiún hombres y cuatro mujeres presentes eran los políticos más veteranos leales a Sin Cumbre. Provenían de largas estirpes de linternas y familias de huesos verdes, y debían al clan su éxito económico y político. Entre todos representaban una influencia importante en el Consejo Real de Kekon, compuesto por trescientos miembros en su totalidad.

Tras las dos horas de la comida, compuesta por ensalada de mango y col, sopa de aliento de fuego y pulpo a la plancha, todo sin reparar en gastos, durante la cual no se habló de negocios, Lan ordenó que despejaran la mesa. Empezó alabando encarecidamente al canciller Son por su clarividencia al proponer la reforma de las leyes de propiedad de la AJK.

—El clan Sin Cumbre apoya por completo el deseo del Gobierno de garantizar el equilibrio y la transparencia en la gestión del jade de Kekon. Me siento agradecido de contar en el Consejo Real con amigos del clan dispuestos a hacer lo mejor para el país.

El canciller Son sonrió de oreja a oreja y agitó con modestia una mano regordeta, mientras los otros miembros del consejo golpeaban la mesa a modo de aplauso. Era todo una simple cortesía, ya que todos los ocupantes del salón sabían de sobra que había sido el propio Lan quien había dado instrucciones a Son para que realizara la propuesta.

Lan esperó a que se apagaran los aplausos. Después dijo con voz seria:

—Por desgracia, debo comunicarles que todo este trabajo ha llegado demasiado tarde para rectificar los daños que se han producido ya.

Explicó que los había reunido allí para que lo supieran los primeros y de sus propios labios: tendría que ejercer sus capacidades de codirector para suspender las actividades de la Alianza del Jade de Kekon y detener de inmediato y por tiempo indefinido las extracciones mineras. El clan había descubierto unas discrepancias contables significativas entre la producción de las minas y los registros de la tesorería, y dada la importancia del jade en la economía, la seguridad y la identidad del país, no se podía permitir que continuara la extracción hasta que se realizara una auditoría independiente.

Urgió encarecidamente al Consejo Real a ordenarla y ejecutarla cuanto antes. Las operaciones mineras no se reanudarían hasta que se hubieran identificado los problemas y la AJK aprobase normas que garantizaran la supervisión futura.

Son Tomarho fue el primero en romper el silencio estupefacto que siguió a la declaración del pedestal. El canciller apoyó los gruesos codos en la mesa y carraspeó ruidosamente, de una manera que Lan sabía que pretendía expresar su disgusto por que no lo hubiera consultado antes de tomar una decisión tan drástica.

—Con todos los respetos, Kaul-jen, ¿por qué es la primera noticia que tenemos sobre esas discrepancias contables? ¿Y por qué no está aquí el hombre del tiempo para explicarlas?

—El hombre del tiempo está de viaje, atendiendo otros asuntos importantes del clan —dijo Lan, respondiendo a la segunda pregunta y haciendo caso omiso de la primera. No podría haber hablado a Son de sus intenciones por adelantado sin correr el riesgo de que Doru se enterase, a menos que le hubiera revelado las sospechas sin demostrar de traición dentro del propio clan, y eso era algo que no estaba en absoluto dispuesto a hacer con ningún linterna, por antiguo que fuera. Si Doru era realmente un colaborador de Montaña y era cómplice o responsable de las discrepancias que había descubierto Shae, cuando volviera de Ygutan sería demasiado tarde para que detuviese una investigación oficial de los registros de la AJK.

La concejal Nurh Uma, una mujer de cara alargada, hizo la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Acertamos si suponemos que cree que el clan Montaña está detrás de esto?

Lan ordenó con un gesto a los camareros que llenasen las tazas de té de los invitados. No bebió de su taza humeante; tenía un poco de fiebre desde la noche anterior, y los líquidos calientes lo hacían sudar demasiado.

—Sí —dijo—. Eso es exactamente lo que creo.

—Me resulta difícil aceptar que el clan Montaña esté manipulando por sí solo los suministros de jade de forma flagrante a espaldas del consejo y de los demás clanes —dijo el canoso concejal Loyi Tuchada con evidente escepticismo.

—Yo podría creerlo —dijo Nurh, que tenía parientes tanto en la rama comercial como en la rama militar del clan—. Pero, sin duda, los representantes de Ayt Mada negarán cualquier transgresión. ¿Qué espera conseguir con esta auditoría, Kaul-jen?

—Los clanes dependen del apoyo de la gente tanto como la gente depende de la protección de los clanes —dijo Lan—. El país no querrá que un clan se vuelva demasiado poderoso y controle más jade que todos los demás. Si se revela que en Montaña han actuado contra el bien del país, la opinión pública y política se volverá contra ellos. El resultado de la auditoría otorgará credibilidad y premura al objetivo del consejo de aplicar una supervisión más estricta a las actividades de la AJK.

Hizo una pausa para respirar profundamente con disimulo, con el fin de concentrarse. Había evitado comer en demasía, pero aun así se sentía cansado y un poco mareado. Le costaba concentrar la atención por completo en la conversación, por importante que fuera; por suerte, era relativamente fácil engañar a aquellos políticos sin jade, que malinterpretaban los instantes de debilidad como pausas autoritarias.

—Durante años, Kekon ha tenido la suerte de disfrutar de estabilidad y crecimiento económico —prosiguió—. Llegan inversiones extranjeras, la gente conduce coches lujosos, las ciudades crecen... La generación de mi abuelo no habría podido imaginarlo. El jade está en el corazón de esta riqueza y esta seguridad. Lo que significa que se deben exigir responsabilidades a los clanes que controlan el jade.

Los concejales asintieron; aquello era algo en lo que todos podían estar de acuerdo. Uno de ellos, Vang Hajuda, fue a decir algo, pero la Percepción de Lan empezó a descarriarse: se convirtió en una pantalla blanca llena de ruido de fondo. Las energías individuales de las personas que estaban en la sala se combinaron con las de los centenares de todos los pisos que tenían debajo y con las de los millares que caminaban por la calle abarrotada y pasaban conduciendo automóviles; todas se amontonaron sin filtros en la mente de Lan, interfiriendo unas con otras en una repentina cacofonía sin sentido, igual que una señal de televisión cargada de estática.

Le iba a estallar la cabeza. Durante un segundo se sintió como si flotara en el aire, en lo alto de una columna de energía sin sentido. Por debajo de la

mesa se aferró al apoyabrazos de la silla y se ancló en su solidez tranquilizadora. Se inclinó hacia Woon, que estaba sentado justo a su izquierda, y llevándose una mano a la boca para ocultar el movimiento de los labios, le susurró: «Finge que me dices algo». El asistente del pedestal se inclinó hasta quedar casi al lado de su oreja y le dijo con preocupación:

—¿Es muy malo esta vez, Kaul-jen? ¿Invento una excusa para marcharnos?

—No —dijo Lan. Tenía la frente perlada de sudor, pero el mal momento ya estaba pasando. La confusión febril de sus sentidos de jade desaparecía. Su Percepción se asentó y volvió a enfocarse—. Solo repítame qué ha dicho.

—Quiere garantías de que no habrá más derramamiento de sangre.

Lan se irguió y volvió a centrarse frente a la mesa, a la vez que Vang terminaba de hacer una pregunta.

—Pido disculpas por la interrupción —dijo Lan.

Un murmullo de preocupación recorrió la mesa; todos lo observaban atentamente. Van repitió sus palabras un poco irritado.

—Si planteamos ante el Consejo Real las cuestiones que nos ha explicado, Kaul-jen, ¿podemos contar con que usted intente restablecer la paz entre los clanes? Nadie quiere violencia en las calles; asusta a la gente y ahuyenta los negocios con el extranjero.

—Todos queremos paz —dijo Lan. Dejó flotar las palabras mientras se humedecía los labios con un trago de té—. A menos que ataquen a nuestras familias. En ese caso, haremos lo que debamos.

Varios concejales murmuraron con aprobación. Aquellos políticos eran una extraña estirpe. Como representantes de sus distritos, presionaban al pedestal para que mantuviera la paz, pero como leales al clan y kekoneses auténticos, jamás respetarían a un líder incapaz o que titubease a la hora de impartir violencia. Que Lan matara a Gam y portara el jade del vencido hacía que confiaran en él como líder y en las declaraciones del clan. Regresarían al Salón de la Sabiduría y trabajarían para alcanzar el objetivo que les había marcado.

—Comprendemos perfectamente de dónde viene, Kaul-jen —insistió Vang. Representaba a una zona de Yanlún que incluía el territorio en disputa

de Sogen—. Siempre se ha mostrado como un hombre razonable. Pero ¿y el cuerno? ¿También quiere la paz? ¿Podemos contar con que también sea razonable?

Lan fijó la mirada en Vang.

—El cuerno responde ante mí.

Vang se dio por advertido y guardó silencio. El pedestal recorrió lentamente con la mirada los rostros que rodeaban la mesa. Como nadie hizo más preguntas, se puso en pie.

—Quedaos todo el tiempo que queráis, amigos míos. Disfrutad del té y de las vistas. —Hizo un gesto hacia el gran ventanal que se abría al horizonte de la ciudad; después se volvió hacia la mesa—. Canciller. Concejales. Como siempre, agradezco profundamente vuestra amistad al clan y vuestro servicio al país.

Ya en el ascensor, Lan se secó la frente y se apoyó en la pared, agotado. Había mantenido el tipo, pero por los pelos. El doctor Truw le había explicado que su kie, la energía esencial que creaba el aura de cada individuo, y que podía amplificarse y manipularse al tocar el jade, estaba dañado, como un músculo forzado. Tardaría semanas, quizá meses, en recuperarse por completo.

Lan no podía permitirse el lujo de esperar meses. No podía permitirse seguir así, con la tolerancia al jade y las capacidades dañadas, cuando había tanto en juego.

—Woon —dijo poniéndole una mano en el brazo—, siempre he agradecido poder confiar en ti. Ahora tengo que pedirte algo que debes guardar en absoluto secreto. No puedes decir nada, ni siquiera a la familia.

Woon lo miró con preocupación.

—Haré cualquier cosa que me pidas, Lan-jen.

Lan asintió.

—Quiero que hagas una llamada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 27

Errores revelados

SHAE estaba sentada en silencio en la última fila del lento autocar que se dirigía a Marenia, mirando por la ventanilla y evitando conversar; los turistas charlaban y hacían fotos por las ventanillas abiertas mientras circulaban por la autopista costera. Cuando llegó a la ciudad, encontró a su madre paseando por la playa que se extendía detrás de la residencia de la familia. No pareció sorprendida al verla, ni tampoco especialmente emocionada. Quizá la hubiera telefoneado Lan para decirle que esperase su visita. Kaul Wan Ria dio a su hija un abrazo cálido pero breve, como si la hubiese visto un mes antes en vez de hacía más de dos años.

—Podemos pasear por la playa y luego tomar un té —sugirió Ria—. Si caminamos una hora en aquella dirección, llegaremos a una tetería muy buena. Los propietarios son muy amables. —Explicó a Shae que últimamente se dedicaba a dar largos paseos, trabajar en el jardín, ver la televisión e ir a clases de pintura de paisajes con acuarelas en el centro recreativo comunitario. Shae debería probarlo alguna vez. Era muy relajante.

La ciudad costera de Marenia tenía diez mil habitantes, y su atmósfera era muy distinta de la incesante actividad de la capital. Shae descubrió que era justo lo que necesitaba para sentirse cómoda de nuevo, para escapar de

la confusión que sentía después de estar con sus hermanos, que, según sabía, ahora estaban metidos sin ella en una guerra de clanes.

Por las noches, a solas detrás de la casa, Shae se entrenaba con la espada luna; la gran extensión de arena húmeda era una sábana negra y esponjosa debajo de los pies, y el rugido del mar sustituía el zumbido del tráfico que oía por la ventana en Yanlún. Por las mañanas, los puestos de pescado vendían las capturas del amanecer, había surfistas cabalgando el cálido oleaje y la gente se saludaba por las calles. Nadie era un huesos verdes.

Era como cuando estaba en Espenia. Vivir en un lugar que funcionaba perfectamente sin jade ni clanes había sido un descubrimiento perturbador. Las dos cosas que veneraban todos los hombres de la familia de Shae, que le habían inculcado toda la vida que debía poner por encima de todo... Y había otros sitios que se las arreglaban sin ellas. El patrocinio de los clanes y la resolución de disputas mediante duelos se consideraban atrasados. Se veía a los huesos verdes como algo exótico y mágico, pero arcaico y salvaje en última instancia. Fue Jerald quien le abrió los ojos a aquel mundo más amplio; a veces, Shae no sabía bien si debería culparlo por ello o agradecerse. Los dos años que había pasado en el extranjero le habían dado una perspectiva de su país que dudaba que poseyeran la mayoría de los huesos verdes. Sus amigos de la universidad de Espenia nunca habrían podido entender Kekon; se habrían asombrado ante sus aparentes contradicciones, ante la mezcla sin fisuras de modernidad y brutalidad despreocupada.

Marenia le pareció encantadora, pero la compañía de su madre le resultaba deprimente. Kau Wan Ria era como una obra de arte o un mueble: combinaba con la casa y pasaba desapercibida. Antes de casarse había recibido educación básica y suficiente formación marcial para tolerar el contacto con el jade, pero no bastante para poder portarlo y usarlo. Tras la muerte de su esposo se había inclinado ante su suegro, y más tarde ante su hijo mayor. Si estaba disconforme con el lugar que ocupaba, nunca lo demostró. Si encontraba su vida actual aburrida y solitaria, no lo demostró tampoco. Shae la observó mientras removía una olla de sopa puesta al fuego; había engordado un poco y el pelo le empezaba a encanecer.

—Los chicos siempre están ocupados —dijo Ria sin volverse—. Lan viene a verme a veces. Hilo... solo ha venido una vez. A presentarme a su novia. Una chica muy agradable y educada, pero es una ojos de piedra. —Se tiró del lóbulo de la oreja derecha—. De todas formas, es su elección; me parece bien si es feliz y su hermano está de acuerdo. —Apagó el fuego y llevó la olla a la mesa—. Se han metido en combates, ¿lo sabías? ¡Los dos! De Hilo no me extraña, siempre está peleando, pero Lan me dijo que tuvo que luchar en un duelo porque habían faltado al respeto a la familia. Una lástima.

Chasqueó la lengua, como si el pedestal y el cuerno de Sin Cumbre fueran críos que hubieran participado en una riña en el patio del colegio. Era indudable que Lan había suavizado las cosas al contárselas, pero Shae se preguntó si su madre prefería mantenerse ignorante sobre lo que estaba pasando en el clan o si era que, al haber crecido en tiempo de guerra, había aceptado que la violencia era el comportamiento habitual de todos los hombres.

—La he hecho muy picante, como te gusta —dijo mientras llenaba los platos con un cucharón—. Dicen que la comida espenia no es muy buena. ¿Qué comías allí?

Escuchó mientras Shae le hablaba de Espenia. Charlaron de asuntos superficiales: la comida, el clima, la ropa. Kaul Wan Ria no le preguntó por Jerald. Tampoco le preguntó por qué había vuelto ni a qué se dedicaba. Ni siquiera comentó que no portaba jade, salvo en una referencia muy de pasada:

—Ah, trabajaste tan duro por ello... ¡Tanto como los chicos! Me alegra que hayas aprendido a tomártelo con más calma. Es mejor para la salud que no trabajes tan duro. Está bien si a tu hermano no le parece que da mala imagen a la familia.

Por lo general evitaba hacer preguntas curiosas y expresar opiniones firmes. Cuando era niña, Shae acudía a su madre en busca de consuelo, pero jamás en busca de consejo. De hecho, tenía muy poco en común con ella, aparte de los ojos y de las manos ligeramente masculinas.

—¿Te gusta estar aquí, mamá? ¿Eres feliz?

—Oh, sí. Tus hermanos y tú ya sois mayores. No hace falta que siga rondando cerca de los problemas de los huesos verdes. Los hombres no lo pueden evitar, claro, está en su naturaleza. Pero tú te quitaste el jade y te fuiste a vivir lejos, así que lo entiendes.

Shae no estaba segura de entenderlo; ni siquiera en aquel momento tenía claro si había huido hacia Jerald y el mundo moderno y tentador, más allá de Yanlún, simplemente para escapar del enojo de su abuelo y de la humillación de verlo, por primera vez en la vida, abiertamente de parte de Hilo y contra ella.

Además de la indignación extrema que sentía por lo relativo a Jerald, Kaul Sen se había enfurecido al saber que Shae había trabajado con los espenios. «¡Al menos las putas solo venden lo que les pertenece!», había rugido. Jamás le había hablado así antes; siempre se había mostrado amable y aprobador, incluso cuando se ponía estricto. Había salido de la academia hacía pocos años; era joven, arrogante y rebelde, y no pensaba que sus actos pudieran causar daño. Cuando Jerald descubrió la posición que tenía en la familia, la presentó a otros militares espenios que estaban ansiosos por hacerle preguntas.

Al principio habían sido preguntas sencillas, cuya respuesta Shae conocía o podía averiguar con facilidad usando los contactos del clan. Los espenios querían ampliar su influencia política y económica, pero carecían de información sobre cómo funcionaban las cosas en Kekon. Querían saber qué líderes de clanes formaban la junta de la AJK. ¿Cuándo se reunían? ¿Quién tenía más peso en las decisiones sobre la exportación de jade? ¿Quién era el responsable del presupuesto militar en el Consejo Real? ¿Cómo podían concertar una reunión con esa persona?, y ¿qué regalo de presentación sería adecuado?

Pero sobre todo estaban interesados en sus enemigos. Ygutan, menos avanzado, pero con mucho más territorio y población y un poderío militar creciente, era el rival a quien parecían temer más los espenios. Incluso allí, en una isla tan lejana, estaban alerta. Querían saber en qué invertían en Kekon las empresas ygutanas. Cuánto jade creían los clanes que pasaba de contrabando a Ygutan a través del mercado negro. ¿Shae podía preguntar

por ahí y averiguar qué hacía en Kekon cierto presunto hombre de negocios ygutano? ¿Dónde se alojaba y con quién se reunía?

Los espenios se mostraban agradecidos. Shae no necesitaba el dinero que le daban, pero los espenios siempre pagaban los favores para no estar en deuda; era su manera de ser. A Shae le impresionó más el visado de estudios que acordaron concederle para que pudiera ir allí a la universidad. Pocos kekoneses tenían una educación espenia; sería algo más impresionante aún que licenciarse la primera de su promoción en la academia, la pondría por encima de sus hermanos, a otro nivel. Mientras tanto se dedicaba a ayudar a los ignorantes extranjeros a hacer negocios en Kekon, y a decir verdad, se sentía secretamente orgullosa de ello. Era algo que no tenía que ver con el clan, que era suyo por completo. Información y contactos que le pertenecían a ella, no a su abuelo, a sus hermanos o a Doru.

«¿Cómo puedes considerarte una Kaul, niñata idiota y egoísta? —le había dicho el abuelo—. Cualquier cosa que le digas a los extranjeros la pueden usar contra el clan». La Antorcha había recurrido a toda su influencia, que era considerable, y había hecho llamadas telefónicas airadas al embajador espenio, que pidió disculpas y garantizó a Kaul Sen que ningún miembro del ejército ni del servicio de inteligencia de la República de Espenia volvería a acercarse jamás a su nieta. A Jerald lo mandaron de vuelta a Espenia, y Shae, enfurecida por la vergüenza pasada cuando su abuelo cargó contra ella reprendiéndola, se fue tras él. Había sido una idiota, pero, por desgracia, hasta los idiotas tienen su orgullo.

Shae regresó a Yanlún más tranquila y descansada, pero también decidida a reemprender la búsqueda de empleo y valerse por sí misma en cuanto pudiera. Se le ocurrió que nada la motivaba tanto como el temor a convertirse en una mujer como su madre. Si tenía un trabajo en que concentrarse, no pasaría el tiempo de la forma en que lo pasó en el viaje de vuelta a la ciudad: haciendo conjeturas sobre lo que harían Lan y Woon con la maldita información financiera que había reunido para ellos y preguntándose cuando volvería Montaña a intentar matar a Hilo.

Regresó al apartamento y soltó un gemido al descubrir que se había dejado las llaves en la encimera de la cocina de la casa de su madre. Estaba encerrada fuera del piso.

Dejó el equipaje en el pasillo, al pie de la puerta, y fue a ver si estaba su vecino Caun Yu, con la esperanza de poder llamar desde allí al casero. Nadie respondió cuando llamó al timbre. En el suelo había una pila de folletos que daban a entender que Caun llevaba varios días ausente. Salió a la calle y subió por la escalera de incendios metálica, con intención de entrar en su apartamento a la fuerza, pero al pasar frente a la ventana de su vecino se detuvo y se quedó mirando.

El apartamento de Caun estaba casi vacío. Estaba claro que allí no vivía nadie. Había un pequeño televisor en el suelo, y encima, un teléfono. Un saco de dormir en el suelo y un par de cojines, pero nada más. Ni muebles, ni ropa, ni cuadros en las paredes, ni señales de Caun.

Empezó a temblar de indignación, llena de sospechas. Abrió la ventana del vecino y entró en el apartamento. Tenía casi la misma disposición que el suyo. Entró en la cocina y descubrió que los armarios estaban vacíos, salvo por una bolsa de cacahuets y un paquete de galletas. En la nevera solo había unas cuantas botellas de refrescos. Se suponía que Caun llevaba allí casi tanto tiempo como ella, cerca de cuatro meses, pero nunca se había instalado.

Shae volvió a la sala vacía y se sentó a esperar en un cojín. Sospechaba que Caun no tardaría mucho en aparecer, y así fue: cerca de una hora después se abrió la puerta, y el joven entró cargando bajo el brazo el correo basura acumulado. Se detuvo asombrado al ver a Shae sentada allí.

Antes de que se recuperara de la sorpresa, Shae se levantó, pasó a su lado, cerró la puerta y echó el pestillo. Giró, desenfundó el cuchillo garra y avanzó. El joven retrocedió lamiéndose los labios con nerviosismo, sin apartar los ojos del cuchillo. Se detuvo cuando su espalda chocó contra la pared. Shae alargó la mano libre y le quitó el gorro negro que siempre llevaba. El pelo corto estaba revuelto y aplastado, y en el extremo superior de las dos orejas brillaban sendos *piercings* de jade. No era mucho; no habría podido captarle el aura a menos que lo estuviera tocando.

Shae retrocedió un paso y señaló el teléfono.

—Llámallo —dijo—. Dile que venga de inmediato.

Con una mirada asustada, Caun descolgó el teléfono y marcó. Shae no sabía si el nerviosismo se lo causaba ella o el cuchillo; lo que temía era la reacción de su jefe.

—Hilo-jen —dijo Caun al cabo de unos minutos en los que lo fueron redirigiendo por la línea—. Soy Caun Yu. Su hermana..., eh..., me ha pedido que lo llame. Me apunta con un cuchillo garra y quiere que venga usted.

Hubo un instante de silencio, y luego Shae oyó la carcajada de su hermano al otro lado del auricular. Cruzaron unas cuantas palabras más y Caun colgó.

—Dice que está acabando un asunto, pero que vendrá pronto.

—Vigilante, ¿no, Caun-jen? —dijo Shae—. Trabajas de vigilante. Un trabajo aburrido, si no recuerdo mal. Que esperabas poder dejar pronto.

—No quería decirlo así —explicó Caun ruborizándose—. No quiero decir que seas aburrida. Es solo que estar vigilándote no es especialmente emocionante, ya me entiendes.

—No, supongo que no lo es. —La curiosa mezcla de irritación y diversión que sintió se tradujo en una sonrisa fría—. Y yo que empezaba a pensar que si nos encontrábamos tantas veces era porque estabas buscando la manera de entrarme...

—¿A la hermana pequeña del cuerno? —Caun soltó una risa nerviosa—. Venga, guarda el cuchillo. ¿No te parece que últimamente ya me lo has sacado bastantes veces? No me parece muy amable, teniendo en cuenta que se supone que te estoy protegiendo.

Caun parecía estar de un buen humor sorprendente. Sonreía de oreja a oreja, y el pelo, liberado de la gorra, le caía por los ojos de una forma irritantemente atractiva. Shae sospechó que la reacción de Hilo al teléfono había indicado a Caun que no se había metido en un lío tan serio como había creído, y ahora estaba impaciente por acabar con aquella misión tan poco deseable. Enfundó el cuchillo garra.

—Así que has estado acampado aquí y siguiéndome.

—Tenía que vigilarte cuando salías. —Tocó con la punta del pie el saco de dormir—. Al principio salía por la ventana por la noche y volvía por la

mañana antes de que te marchases, pero ahora ha dicho el cuerno que tengo que estar donde estés. —Fue a la cocina y volvió con el paquete de galletas y dos botellas de refresco de mango—. ¿Quieres? Me temo que es todo lo que hay. Si lo prefieres, podemos ir a tu apartamento.

Shae le echó una mirada asesina, y Caun se encogió de hombros y abrió el refresco.

Hilo llegó al cabo de unos veinte minutos. Llamó a la puerta y gritó con voz alegre:

—¡Shae! No habrás hecho daño al pobre Caun, ¿verdad? Le dije que este trabajo tenía ciertos riesgos.

Shae abrió la puerta de un tirón. Su hermano entró sonriendo y fue a darle un abrazo, pero ella lo empujó.

—Me has estado vigilando y siguiendo todo el tiempo —siseó.

En vez de responder, el cuerno se alisó la camisa y se giró hacia Caun, negando con la cabeza.

—Por los dioses del Cielo, Caun —dijo con voz dura—, este es el trabajo más fácil que se le puede encargar a un dedo. ¿Dónde y cómo lo has jodido?

La sonrisa de Caun se desvaneció de inmediato.

—No... No lo sé, Hilo-jen —tartamudeó—. El portero me ha llamado para decirme que había vuelto de Marenia. He venido directamente, pero ella había entrado y me estaba esperando. Siento haberte fallado. —Se inclinó a modo de disculpa.

Hilo dejó escapar un profundo suspiro y paseó la mirada por el apartamento desnudo.

—Es difícil engañar a mi hermana mucho tiempo, pero deberías haberte esforzado un poco más. Preséntate ante Maik Kehn; seguro que te dará algo que hacer en las Dársenas. Puede que hasta tengas la oportunidad de ganar algo de verde si te concentras y no la vuelves a cagar.

Abrió la puerta para despedirlo, y Caun se apresuró a marcharse con la cabeza gacha. Hilo no alteró su expresión adusta, pero le dio una palmada en la espalda cuando pasó a su lado, y el joven dedó lo miró con gesto agradecido. En un instante desafortunado, la imagen que Shae tenía de Caun se había transformado. El amistoso y atractivo vecino de al lado solo

era otro de los subordinados de su hermano. Encontraba irritante lo mucho que le había molestado que Caun no le dirigiera siquiera una mirada de despedida al salir de la estancia.

Volvió a cargar contra Hilo.

—¡No te metas en mi vida!

—No te hagas ilusiones, Shae. Ahora mismo necesito todos los dedos que tengo. ¿Crees que quería desperdiciar uno en vigilarte? Le dije a Lan que la decisión de vivir sin jade era cosa tuya y que eras capaz de cuidarte, joder, pero después de lo que le pasó a Anden, insistió en que había que protegerte. No me echas a mí la culpa.

—¿Lan te dijo que me pusieras un guardián? —Shae estaba atónita. Que Hilo hiciera que la vigilaran la había dejado muda de ira, pero Lan siempre había sido prudente y bienintencionado. Parte del enfado se disolvió en la incertidumbre—. ¿Qué le pasó a Anden?

—Gont Asch lo secuestró en Parque Verano el Día del Barco, lo llevó ante Ayt y nos lo devolvió con mucha fanfarria al tiempo que nos ofrecía una alianza envenenada para fabricar y vender sene en Ygutan. Nos devolvieron a Andy, pero dejaron clara su postura. Nos aguijonearon e insultaron a Lan. Él los rechazó de plano. Así que intentaron quitarme de en medio, y en esas estamos.

Shae negó con la cabeza. No quería reconocer que había sido injusta con sus hermanos, sobre todo con Hilo.

—No sabía lo de Anden. Nadie me lo contó.

Hilo soltó un bufido de incredulidad y paternalismo.

—¿Qué esperabas, Shae? Volviste a Yanlún, pero vives aquí y sin jade, como si no quisieras tener nada que ver con nosotros. Me hiciste buscarte en un hotel y me trataste como a un desconocido. No has ido a ver a Andy; no has visto a ningún amigo de la academia. Ni siquiera te tomaste la molestia de visitar a Tar y mostrarle un poco de respeto cuando estaba en el hospital. Nunca me has invitado a tu casa, ni siquiera ahora que estamos en la puerta de al lado. ¿Qué se supone que significa todo eso?, ¿eh? —Su voz mostraba un asombro y un dolor auténticos—. Y ya puestos, ¿a qué te dedicas últimamente?

Shae sintió que volvía a enfadarse.

—Me pasé varias semanas haciendo aquel trabajo para Lan, ¿recuerdas? Y he estado buscando trabajo. Tengo entrevistas en perspectiva.

—Entrevistas —repitió Hilo con desdén—. ¿Para qué? ¿Vas meterte a empleada en un banco? ¿Por qué? No te entiendo, Shae.

Shae enrojeció.

—No necesito tus consejos. Ni tu protección.

—No, no la necesitabas... antes. Pero ahora estamos en guerra con Montaña y sigues actuando como si no tuvieras nada que ver. Olvidas que eres una Kaul. —Hilo se le acercó con el rostro tenso y habló con voz cargada de desesperación indignada—: Tengo una cosa que decirle a mi dura hermanita, que cree que es demasiado buena para la familia. Lan no te lo va a decir, pero yo sí: no puedes ser una persona corriente. En esta ciudad, no. En este país, no. ¿No te gusta que te tengan desinformada, que te protejan en secreto, que te traten como a una mujer indefensa? Pues tú te has puesto en esa situación.

Shae recordó un día, hacía casi diez años, en que Hilo se había enfrentado a ella escupiendo fuego, como tantas otras veces; de repente se dieron cuenta a la vez de que entonces portaban jade y podían herirse mortalmente. Aquel día se habían contenido, y quizá aquel recuerdo, unido a saber que Hilo portaba un montón de jade y ella nada, fue lo que le impidió lanzarse contra su hermano.

—Dile lo que quieras a Lan —dijo con voz fría para ocultar todas sus emociones—, pero no quiero volver a ver jamás a ninguno de tus hombres rondando mi apartamento ni siguiéndome. Arriesga tu vida si quieres, pero déjame vivir la mía.

Captó de reojo la expresión dolida de su hermano cuando lo empujó al pasar por delante de él para marcharse. En el último momento recordó que seguía sin poder abrir la puerta de su casa, pero era demasiado orgullosa para dejar que la viera esforzarse por entrar; salió del edificio y se metió en una tetería del final de la calle. Se quedó allí, sintiéndose desgraciada, hasta que oscureció.

Cuando regresó, Hilo se había marchado, pero el casero estaba esperándola con un juego de llaves de repuesto y vigilando el equipaje.

—Kaul-jen ha ordenado que me asegurase de que volvía a casa a salvo, señorita —dijo tras saludarla con solicitud—. Debo pedirle mis más sinceras disculpas por no haberme dado cuenta de quién era. Le ruego que de ahora en adelante me llame directamente si necesita cualquier cosa. — Mientras le abría la puerta, giró la cabeza y preguntó—: ¿Seguro que está cómoda aquí? Tengo otra propiedad a diez minutos, un edificio nuevo; lo dirige mi yerno, y los pisos son mucho más grandes. A usted le cobraré el mismo alquiler, por supuesto. ¿No? Bueno, no dude en avisarme si cambia de idea. Mi familia y yo siempre hemos sido amigos del clan.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 28

Entregas y secretos

AAnden le daba mala espina el encargo que estaba haciendo para el pedestal. Era bastante sencillo: Lan lo había telefoneado para preguntarle cuándo tendría una tarde libre en la academia. Quería que fuera a verlo. Y, por favor, de camino ¿podría pasar por cierta dirección, recoger un paquete y llevárselo a su primo?

Anden aceptó, por supuesto, pero era la segunda vez que Lan le pedía el mismo favor, y eso le pareció extraño. El pedestal tenía montones de subordinados a los que podía ordenar que fueran a recogerle un paquete. Que se lo pidiera a Anden una vez podía haber sido porque le venía bien por casualidad. A la segunda sospechó que lo había seleccionado para aquella tarea.

La dirección era de un edificio sin ascensor, justo al pie de la colina de la academia, en el límite del distrito del Cruce. Cuando Anden llamó al timbre, un tipo con pantalones de camuflaje abolsados y camiseta amarillenta sin mangas abrió la puerta.

—¿Otra vez tú?

Tenía los ojos verdes y podría haber sido espenio, aunque hablaba kekonés sin acento. Anden no podía descifrar los tatuajes estilo pintada de los brazos ni la música estrepitosa que llegaba del interior del piso. No era especialmente raro ver extranjeros en Yanlún; de hecho, cada vez era más

habitual. Pero cuando se cruzaba con ellos se sentía incómodo; sabía que él debía de parecérselo a quienes lo rodeaban. De modo que solo saludó al hombre con una leve inclinación de cabeza.

—Espera aquí. —El desconocido cerró la puerta y dejó a Anden en el pasillo, molesto.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió de nuevo y el hombre entregó a Anden un sobre acolchado sin marcas. Anden lo cogió y lo guardó en la mochila de la escuela. Lan le había dicho que lo mantuviera escondido, que no lo abriera y que no hablara a nadie de él.

Fue a la estación en bicicleta y allí cogió un autobús que lo acercó a la residencia Kaul. Aquel era otro detalle curioso: había sistemas de entrega más rápidos que un estudiante sin coche. Anden llegó a la conclusión de que el pedestal le encomendaba una tarea confidencial de la que no quería que nadie del clan supiera nada. Debería haberse sentido halagado, pero se preocupaba. Lan nunca le había pedido nada, aparte de que obtuviera buenos resultados en la academia. No creía que el pedestal lo hubiera involucrado en una tarea secreta para el clan a menos que no tuviera nadie más en quien confiar.

En el autobús, metió la mano en la mochila y tanteó el sobre, intentando adivinar qué podría haber dentro. Estaba bien acolchado, pero cuando apretó el envoltorio de burbujas, notó que contenía varios objetos duros y pequeños.

Bajó del autobús y caminó diez minutos hasta las puertas de la hacienda Kaul. El guardia lo saludó con la mano cuando entró. Fue directo a la casa.

—¿Hola? —llamó en el vestíbulo.

Kyanla contestó desde la cocina, sobre el ruido de platos.

—¿Eres tú, Anden-se? Lan-jen está en la sala de entrenamiento.

Anden pasó por delante del despacho del pedestal, cruzó un patio pequeño y llamó a la puerta de la sala de entrenamiento. Lan corrió la puerta a un lado. Llevaba una túnica blanca suelta y pantalones, e iba descalzo. Era extraño verlo con una indumentaria tan informal. Lo hacía parecer más joven, como Anden lo recordaba antes de que se convirtiera en el pedestal.

—Anden... —Lan se echó a un lado, sonriendo—. Adelante. —Anden se descalzó y entró en la larga sala de suelo de madera. Lan volvió a cerrar la puerta—. ¿Tienes lo que te he pedido que recogieras?

Anden se descolgó la mochila del hombro y sacó el sobre acolchado. Al dárselo a Lan, casi rozó con los dedos los de su primo y se encogió. Aún no se había acostumbrado a la diferencia del aura. Sabía que era más sensible que la gente corriente; pocas personas eran capaces de sentir las auras de jade, a menos que fueran huesos verdes entrenados y portaran jade propio. Para Anden, el jade ganado en el duelo hacía que el aura de su primo pareciera incongruentemente aguda y chirriante, como si se hubiera elevado unas cuantas octavas psíquicas. No encajaba con él.

—Te agradezco que hayas dado este rodeo —dijo Lan.

—No es ningún problema. —Anden quería preguntar qué había en el sobre, pero por la rapidez con que Lan lo guardó en un cajón, que cerró acto seguido, estuvo seguro de que era una pregunta a la que el pedestal no contestaría.

Lan descolgó una toalla de un gancho de la pared y se secó el sudor de la cara.

—¿Qué tal la academia?

—Bien. Ya quedan pocos meses.

—¿Estás preparado para las pruebas?

—Creo que sí.

Lan arrojó la toalla a un contenedor que había al lado de la puerta.

—¿Qué disciplina dominas mejor?

—La Canalización, probablemente.

Lan asintió.

—¿Y peor?

—Hum. Creo que la Desviación.

—¿Qué tal te van las asignaturas? Matemáticas, lengua y todo eso.

—Aprobaré todas. —Anden estaba apenas por encima de la media en los aspectos académicos de la educación de un huesos verdes—. No te preocupes, Lan-jen, no me rebajarán mucho la puntuación final.

—No me preocupa tu puntuación, Anden —dijo Lan con cierta severidad—. Te pregunto por la academia porque estoy seguro de que

últimamente se habla mucho de los clanes. Posiblemente oirás un montón de rumores y opiniones, si no los has oído ya. No quiero que te incomodes ni te distraigas; concéntrate en los estudios.

—Así lo haré —prometió Anden.

Lan le dio una palmada aprobadora en el hombro y señaló la sala de entrenamiento vacía.

—Bueno, ya que estamos aquí, ¿qué tal si practicamos un poco la Desviación?

Anden intentó idear una buena excusa para negarse. No le gustaba la idea de salir a la palestra con el pedestal de Sin Cumbre observándolo, pero Lan ya se había dirigido al otro extremo de la sala y estaba cogiendo de la estantería un paquete de dardos.

—¿Llevas la cinta de entrenamiento? —preguntó Lan.

Anden dejó la mochila junto a la pared. «Es Lan. Quiere ayudar; no va a hacerme sentir mal». Hilo y Shae eran como auténticos primos para él, pero Lan era mucho mayor y siempre había sido más como un tío. Anden rebuscó en el compartimento delantero de la mochila y sacó la caja de plástico que contenía la cinta. Al ser un alumno de octavo tenía permitido llevarla encima todo el tiempo y usarla bajo la supervisión de un huesos verdes adulto. Era de cuero, sencilla, con un cierre de remache y tres gemas de jade. Si seguía sacando notas altas, podría tener cuatro cuando llegara la primavera.

Se ajustó la cinta en la muñeca, cerró los ojos e inspiró profundamente. Cada vez que se ponía el jade notaba una breve resistencia, como la que se siente al saltar de un trampolín o arrancarse una tirita bien pegada. Un instante de «oh, esto va a doler», y luego todo había pasado. Se dejó impulsar por la sensación mientras el organismo se adaptaba al jade; luego abrió los ojos y fue al extremo de la sala opuesto al de Lan, que había acabado de cargar los dardos en la pistola.

—Primero, algo suave para entrar en calor.

Uno por uno, disparó los dardos a Anden, que los Desvió todos; quedaron clavados en el panel de corcho que cubría la pared de detrás. Los dardos eran ligeros y se movían despacio. La dificultad de la Desviación crecía exponencialmente con la velocidad, con los objetos pesados y con

varios objetos a la vez. Lan pasó a la pistola de perdigones, que a Anden no le dio mucho trabajo, pues no le suponía un problema ejecutar Desviaciones más rápidas y amplias, aunque empezó a tener que esforzarse con los puñales arrojadizos, sobre todo si llegaban dos o más desde direcciones diferentes.

—Mantén el control de los puñales —dijo Lan—. Hazlos girar como una honda y conviértelos en tus armas.

Anden asintió, aunque había escuchado aquel consejo cien veces de labios del instructor de Desviación y todavía estaba lejos de ser tan hábil como le habría gustado. Cuando Desviaba los puñales, perdían impulso y caían al suelo detrás de él. Lo ideal habría sido que los impulsara con precisión a cualquier punto de la pared, o incluso, como había dicho Lan, que los hiciera orbitar a su alrededor como un bumerán y los mandase de vuelta al atacante a mayor velocidad. Se balanceó sobre los talones, sacudió las extremidades e intentó seguir relajado y concentrado, no pensar en que estaba decepcionando a su primo.

—¿Preparado?

Lan le arrojó otro puñal en una trayectoria limpia y directa, y Anden sacudió el brazo creando una Desviación en arco. Sintió que atrapaba el puñal y cambiaba la trayectoria. Se esforzó y mantuvo el momento angular de la Desviación al tiempo que giraba en redondo y, con un impulso añadido, hizo girar el puñal a su alrededor y lo mandó de vuelta hacia Lan.

El arma no llegó lejos antes de empezar a caer, pero Lan ejecutó Desviación a su vez y rectificó la trayectoria. Saltó hacia delante y atrapó el puñal al vuelo.

—¡Muy bien! —Se le notaba el orgullo en la cara, y Anden se emocionó—. La mayoría de los huesos verdes nuevos son incapaces de hacer eso. Sigue practicando y se te dará de maravilla en las pruebas.

—Eso espero —dijo Anden con voz débil. Se inclinó, con las manos apoyadas en las rodillas, e intentó recuperar el aliento. Lan fue al depósito que había en una esquina, llenó de agua un vaso de cartón y se lo llevó. Anden lo cogió con agradecimiento, pero de nuevo recibió el impacto de la textura áspera del aura del pedestal. El jade que portaba en la muñeca hizo que fuera peor, mucho más intenso. Estuvo a punto de apartarse.

Por suerte, su primo volvió a alejarse; cruzó la sala y abrió un armario trastero. Sacó media docena de botellas grandes de plástico llenas de arena, con la tapa asegurada con cinta adhesiva, y las colocó como un juego de bolos.

—No debemos olvidar el uso ofensivo —dijo.

A Anden se le encogió el estómago. La Desviación ofensiva era su punto más débil, y Lan lo observaba desde el otro lado de la sala con una expresión que parecía inusualmente expectante. Siempre se había interesado por los progresos de Anden, pero nunca lo había presionado ni se había mostrado exigente. Sin embargo, en aquel momento dijo:

—Venga, ¿a qué esperas?

Anden inspiró profundamente. Se concentró en las pesadas botellas, reunió la energía y lanzó una onda baja de Desviación a través de la sala. La primera botella se tambaleó y cayó, e hizo caer a la que tenía al lado, pero las demás no se movieron.

—No está mal —dijo Lan. Volvió a colocar las botellas—. Otra vez.

Las botellas pesaban, la sala de entrenamiento era larga y Anden se estaba cansando. En el segundo intento tiró tres botellas, pero el esfuerzo lo dejó sin energía. En la tercera Desviación apenas logró tirar una botella, y en la cuarta no logró más que moverla un poco.

—Venga, Anden, no te estás esforzando —dijo Lan.

—Lo siento. Es solo que estoy cansado. —Por la mañana había tenido entrenamiento avanzado de Fuerza, que siempre era agotador. No sabía que la visita a la mansión Kaul se fuera a convertir en un examen improvisado.

—¿Crees que eso te servirá de excusa en una situación de vida o muerte? —espetó Lan—. Otra vez.

Anden intentó reunir energía. Afianzó más la postura, alzó las dos manos y sintió que temblaban y le hormigueaban debido a la tensión; entonces las lanzó hacia delante y hacia abajo, expulsando con fuerza toda la energía que fue capaz de acopiar. La Desviación cruzó toda la sala, pero salió en un ángulo demasiado abierto; hizo temblar las puertas del armario como si se hubiera producido un terremoto, pero las botellas no cayeron.

Lan se pasó una mano por los ojos.

—Si no puedes tumbar una botella llena de arena, ¿cómo vas a hacer caer a un hombre? ¿O defenderte si alguien intenta tirarte a ti?

—Aún no soy un huesos verdes —protestó Anden, encogiéndose—. Practicaré más. Todavía queda tiempo.

—Solo serás estudiante unos pocos meses más. —Lan endureció la expresión y elevó el tono de golpe—. Montaña ya ha mostrado interés hacia ti. Han intentado matarnos a Hilo y a mí, y cuando deje de protegerte el código aisho, también podrán atentar contra tu vida. Y te atacarán enemigos con mucho más jade y experiencia. Jamás debes estar demasiado cansado o débil para defenderte. ¡Jamás!

Sacudió un brazo y lanzó una Desviación en chorro a través de la sala. Las botellas salieron volando, se estrellaron contra la pared del fondo, cayeron al suelo y rodaron. Ni siquiera las había mirado. Cruzó la sala, agarró a Anden por un brazo y lo obligó a erguirse.

—Cuando te licencies, estarás en medio de una guerra. —La voz del pedestal era un gruñido de tono grave—. Tienes que estar preparado para asumir lo que significa ser un Kaul, o no sobrevivirás. ¿Entiendes?

Anden jadeó. Los dedos del pedestal se le clavaban en el brazo, pero el dolor procedía de otra parte; le atravesaba el centro del cráneo. Había mucho jade tras la ira atípica de Lan, y a Anden le costaba respirar.

—Kaul-jen —rogó. Miró a su primo a los ojos y casi no los reconoció; tenía los iris brillantes y lechosos como canicas pulidas, y en ellos se arremolinaba una energía tempestuosa. Los rodeaba una telaraña de finas venas rojas. Anden tragó saliva—. ¿Lan?

El pedestal lo soltó de golpe, casi empujándolo. Lan se quedó mirándolo un instante, y después sacudió la cabeza como para despejarse. Se le agitó el aura de jade, y Anden Percibió sin siquiera intentarlo que la furia inclemente del pedestal se quebraba en un batiburrillo de emociones indescifrables. Lan se apretó los ojos con la base de las palmas y luego bajó los brazos.

—Perdona, Anden —dijo con voz más calmada—. No te merecías esto.

—No pasa nada —susurró Anden, conmocionado. Lan le dio la espalda.

—Últimamente he estado de mal humor —dijo sin mirarlo—. Han sido muchas cosas y mucha tensión. Necesitamos que el Consejo Real y los

linternas sigan de nuestra parte, y hay que considerar la posibilidad de que los espenios se puedan meter... —Miró de reojo a Anden en busca de comprensión. Inexplicable. Aún no parecía él mismo, aunque se esforzaba—. Da igual. He sido demasiado duro contigo.

—No. —Anden estaba desconcertado, y todavía no podía mantenerse en pie con firmeza—. Lo que has dicho es cierto.

—Estoy de verdad orgulloso de ti, Anden; no te lo digo lo suficiente. —Se acercó—. Hilo te ve como un futuro puño. Con tu talento, le serías de gran ayuda. Pero quiero que tengas claro que la elección es tuya. Tal como están las cosas ahora, quizá debas considerar otras posiciones en Sin Cumbre, o incluso seguir un camino fuera del clan.

Anden no supo qué responder al principio. Después, el asombro se transformó en una reacción defensiva y se sonrojó.

—No soy ningún cobarde. —Sabía que no tenía la inteligencia necesaria para ser un hacedor de fortuna. Había huesos verdes fuera del clan: profesores, médicos, monjes; pero ¿cómo podía considerar esas profesiones en un momento como aquel?—. Hilo-jen me ha dicho que necesitáis todos los huesos verdes salidos de la academia que podáis conseguir. Os lo debo todo al clan, al abuelo y a ti. ¿Qué clase de persona sería si no pronunciara el juramento de lealtad?

Antes de que Lan pudiera responder llamaron fuertemente a la puerta.

—Lan-jen, el alcalde de Yanlún al teléfono —dijo Woon.

Lan miró hacia el lugar de donde venía la voz del asistente del pedestal, y luego otra vez a Anden. Se apartó con expresión inescrutable. Durante un incómodo momento, el joven Percibió una sombra de desesperación apremiante.

—Lo siento, Anden; seguiremos hablando de esto más tarde. —Empezó a girar hacia la puerta—. Si esperas un poco en la entrada, mandaré que te lleven a la academia.

—No hace falta; puedo ir por mi cuenta. Tengo que volver a la estación a por mi bicicleta, y no me importa coger el autobús.

Lan se detuvo con una mano apoyada en la puerta y habló sin volverse.

—No he pretendido insinuar en ningún momento que fueras un cobarde; solo quería dejarte claro que tienes elección. Y elijas lo que elijas, siempre

serás un Kaul, igual que Shae.

El pedestal abrió la puerta corredera y siguió a Woon a la residencia principal; el aura extremadamente aguzada se alejó a la vez que la silueta de espalda rígida.

Anden dejó escapar el aliento que no se había dado cuenta de que contenía. «¿Qué ha pasado aquí?». Jamás había visto a Lan con un humor tan inestable, mudando del afecto a la ira, a la duda y al remordimiento. ¿Lo hacía tan volátil el estrés que provocaba el jade nuevo? ¿De verdad creía que Anden no estaba preparado para unirse al clan? Una cosa era que Anden sintiera dudas para sus adentros o que conjeturase ociosamente sobre el camino que podría seguir si no estuviera destinado a ser un puño; otra muy distinta era que el pedestal del clan le repitiera esas ideas a la cara. ¿Se debía a lo mal que había ejecutado la Desviación hacía un rato, o había algo más?

Anden se quitó la cinta de entrenamiento y apoyó la frente en la pared. La resaca del jade le revolvió el estómago más de lo normal. Respiró lentamente para afirmarse y reprimió la sensación mientras guardaba la cinta en la caja de plástico y lo metía todo en la mochila.

Antes de salir de la sala de entrenamiento, recogió las botellas tiradas y las guardó en el armario. Luego reunió los puñales arrojados, desclavó los dardos de la pared y lo devolvió todo a su sitio. La academia tenía una actitud militar en su insistencia en mantenerlo todo ordenado. Las Desviaciones que habían ejecutado Lan y él habían abierto las puertas de los armarios; Anden las cerró todas con cuidado, y estaba a punto de cerrar un cajón entreabierto cuando se detuvo, con los dedos encima de la abertura que dejaba a la vista el sobre blanco que había llevado, el que Lan había recogido y guardado sin dar explicaciones.

Abrió el cajón del todo y sacó el sobre. Mientras lo miraba sintió una tentación espantosa, y unas sospechas más terribles aún. Se le aceleró el pulso. Paseó la mirada por la sala de entrenamiento vacía y pulcra. Si abría el sobre, Lan lo sabría. Pero había un pequeño hueco entre el cierre y la esquina de la pestaña. Anden lo agrandó un poco más. Puso el sobre boca abajo y lo sacudió; los dos dedos que había logrado meter en la abertura tocaron algo suave y duro, quizá cristal. Le temblaban las manos cuando

consiguió sacar por la abertura una ampolla cilíndrica llena de un líquido blanquecino.

Sabía qué era. ¿Qué otra cosa podía ser? Se le cayó el alma a los pies. Rasgó la abertura del sobre y empezó a sacar ampolla tras ampolla, sin pensar en las consecuencias.

La cabeza la daba vueltas. Era lo que temía, y aun así no podía creerlo.

Se abrió la puerta. Lan se detuvo en el umbral. Anden abrió las manos y el sobre y su contenido cayeron en el cajón, pero su culpabilidad era evidente. Lo fue para Lan; una expresión de ira y vergüenza le cubrió el rostro. Anden estaba seguro de que si aún llevara puesta la cinta de entrenamiento no habría podido soportar la llamarada del aura de su primo.

Lan entró y cerró tras sí. La puerta se arrastró con el sonido del acero bajo la piedra de afilar.

—¿Qué haces, Anden? —Su tono era engañosamente neutro.

—Me has hecho cargar con esto. Es SN1 —dijo Anden con voz ahogada. Sentía la necesidad de sujetarse a algo para mantenerse en pie—. ¿Para qué...? ¿Para qué necesitas sene?

Lan avanzó, y Anden retrocedió sin pretenderlo hasta que tocó la pared con la espalda.

—No tenías derecho a abrir ese sobre.

Lan nunca lo había apalizado, ni siquiera le había dado una colleja en broma; pero ahora tenía un aire homicida y Anden sintió un destello de miedo ante su primo por primera vez en la vida. Prefería que Hilo le diera una docena de puñetazos que saber que había enfurecido a Lan lo suficiente para que lo golpeará una vez. Por supuesto, se merecía la paliza, y ni siquiera pensó alegar nada en su defensa. Solo fue capaz de balbucear:

—No estarás enfermo, ¿verdad? ¿No sufrirás la..., la comezón?

La desesperación que le cubría la cara debía de ser tan evidente, pues en aquel momento imaginaba a Lan muriendo de la misma forma que su madre, arrancándose la piel y gritando de locura, que la ira del pedestal se disipó y su expresión cambió, retorcida en una lucha interior. Alzó una mano y la mantuvo inmóvil, como diciendo: «Espera un momento».

—Baja la voz —dijo con sequedad, pero más tranquilo de lo que Anden esperaba, con la ira subyacente bajo control—. No; no tengo la comezón.

Normalmente, cuando se manifiesta ya es demasiado tarde para que el SN1 sirva de algo. —Los ojos mostraron un brillo de conmiseración al darse cuenta de lo que estaba pensando Anden, pero siguió hablando con dureza—. Debería echarte de casa por lo que acabas de hacer. Jamás lo habría esperado de ti. Pero no quiero que te formes ideas equivocadas, así que te lo explicaré. Esto es algo que no puedes decir a nadie, ni siquiera a la familia, ¿entiendes? —Anden estaba demasiado alterado para responder, pero Lan golpeó fuertemente la pared con la palma de la mano, al lado de la cabeza del joven—. ¿Entiendes?

Anden asintió.

—El sene es una plaga —dijo Lan en voz baja—. Lo usa la gente que no tiene tolerancia natural al jade ni entrenamiento: extranjeros, delincuentes, adictos con la fiebre del jade. Por eso es ilegal el tráfico y hay que aplastarlo. Pero el SN1 no es del todo malo. Es una droga que reduce los efectos secundarios de la exposición al jade, y en ese sentido puede ser útil. Hay ocasiones en que la tolerancia natural de un huesos verdes necesita un refuerzo. —Hizo una pausa—. Entiendes eso, ¿verdad?

Los pensamientos de Anden regresaron a la conversación que había tenido con Hilo en la academia, y después al recuerdo de su madre en la bañera. Sí; entendía lo que estaba diciendo Lan. Pero los Kaul eran diferentes; eran el epítome de una educación y una sangre huesos verdes impecables. Si Kaul Lan, pedestal de Sin Cumbre, necesitaba SN1..., ¿qué quería decir eso? Sobre todo para alguien como Anden; ¿qué esperanza le quedaba? Sus pensamientos bullían en un caldo de negación.

—Es por todo el jade nuevo, ¿verdad? —dijo en un susurro nervioso—. ¿Tiene algo malo? ¿Es peligroso porque perteneció a Gam?

Lan sonrió sin humor.

—No. El jade es un amplificador; no retiene energía de los propietarios anteriores, así que olvida los cuentos de viejas que hayas oído. —Apartó la cara y bajó la voz—. No salí ileso del duelo, Anden. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Cuando Gam Canalizó contra mí, perturbó algo. No me he sentido bien desde entonces. Portar el jade nuevo me cuesta más de lo que debería.

—¿Has visto a un médico? —preguntó Anden, lleno de preocupación—. El de la academia es...

—He visto al doctor Truw. Las sesiones de curación ayudan, pero lo único que sirve, aparte de eso, son el tiempo y el descanso. —Torció el gesto, consciente de que tenía una reserva muy escasa de las dos cosas.

Anden comprendió por qué su primo se mostraba tan nervioso y voluble. Además del nuevo jade, tenía que cargar con una herida y con la presión de ser pedestal en tiempo de guerra. Y por añadidura, con la vergüenza de necesitar SN1 para poder portar el jade que había ganado públicamente en el duelo.

—No lles el jade, entonces —insistió Anden—. Hasta que estés mejor. Es demasiado.

Lan negó con la cabeza.

—No puedo ocultarme ahora. Todos los días tengo que ver a alguien: concejales, linternas, hacedores de fortuna, puños, dedos... Todos me miran en busca de garantías de que Sin Cumbre puede hacer frente a Montaña. Mientras tanto, nuestros enemigos buscan indicios de debilidad a la espera de otra oportunidad para golpearnos. No puedo mostrarlos. —Se apartó de Anden con expresión cansada—. Esto no es asunto tuyo. Quiero que lo olvides en cuanto salgas de aquí.

—Pero ¿el sene no es malo? Es adictivo, ¿no? Y...

—Es provisional —espetó Lan; los ojos le ardieron de nuevo de una forma que hizo que Anden se encogiera y cerrara la boca—. No voy a volverme adicto. Y no puedo tolerar que nadie más del clan piense que puede ocurrir eso. Woon ha organizado un suministro privado de SN1 porque resultaría sospechoso que visitase demasiado a menudo al doctor Truw. E incluso es demasiado riesgo que vean al asistente del pedestal recoger paquetes extraños. Nos observan de cerca. Confío en ti, Anden, a pesar de lo que acabas de hacer. Tu tío era uno de mis mejores amigos, y siempre te he considerado un hermano pequeño. Para mí eres más que lo que nunca fue Hilo. Jamás te he pedido nada, pero te lo pido ahora: guarda el secreto.

Anden tragó saliva y asintió. Y de inmediato pensó: «Debería romper la promesa. Debería decírselo a Hilo». Ni siquiera sabía muy bien cómo

ponerse en contacto con el cuerno en aquel momento; pasaba todo el tiempo patrullando el territorio Sin Cumbre con los puños. Y además, ¿qué diría Hilo?

Diría que Lan era el pedestal y que Anden no era nadie para poner en tela de juicio sus decisiones. Que había casos especiales en los que era aceptable usar sene; incluso había sugerido que Anden podía ser uno de esos casos. Sin Cumbre dependía de que el pedestal fuera fuerte y controlase el clan. Tomar dosis pequeñas de SN1 como ayuda para acostumbrarse a la nueva carga de jade era mejor que correr el riesgo de enloquecer y contraer la comezón. Eso era totalmente cierto.

Lan lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo contar contigo, Anden?

El reproche de la voz del pedestal fue como una bofetada. Hasta aquel día, Anden nunca le había dado motivos para desconfiar, y ver la decepción en la cara de su primo fue suficiente para que el remordimiento le atascara la garganta.

—Sé que he hecho mal. Lo siento, Lan-jen. Jamás volveré a traicionar tu confianza; lo juro por todo el jade que porte en la vida, pero, por favor... —Apretó los puños y añadió balbuceando—: ¡Tiene que haber una solución mejor que tomar eso!

La mirada sombría del pedestal se suavizó. Volvía a parecer él mismo, firme y sereno, pero tenía una expresión de inseguridad, casi de desamparo, como si hubiera esperado algo más, algo que Anden lamentaba no poder darle.

—Soy yo quien debe afrontar esto. —Miró a Anden con tristeza durante un largo momento. Luego fue hasta la puerta y la abrió—. Deberías volver a la academia antes de que se haga tarde.

Durante un instante, Anden no se movió. Luego se llevó las manos a la frente en saludo, ocultando la cara.

—Lo sé. Tienes razón, Kaul-jen.

Salió con rapidez de la sala de entrenamiento. Al cruzar el patio quiso dar la vuelta para ver si su primo seguía donde lo había dejado, pero fijó la vista al frente y se apresuró a salir de la mansión.

—¿Anden-se? —llamó Kyanla desde la puerta de la cocina cuando Anden rodeaba la escalera del vestíbulo y se dirigía a la puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí. Tengo que irme. Ya te veré, Kyanla. —Cruzó la puerta y bajó corriendo la escalera de la entrada. Redujo la velocidad lo suficiente para evitar miradas curiosas de los dedos que montaban guardia en la puerta de la hacienda, pero cuando quedó fuera de la vista, echó a correr. La mochila le rebotaba en los hombros mientras los pies golpeaban el asfalto, todo el camino hasta la parada del autobús. Cuando llegó el vehículo, unos minutos más tarde, Anden subió como envuelto en una niebla. Se dejó caer en un asiento del fondo y apoyó la cabeza en la ventanilla. La tirantez del pecho no había desaparecido ni siquiera cuando dejó de correr. Deseó poder llorar para aliviar un poco la presión, como cuando se levanta la tapa de una tetera llena de agua hirviendo.

CAPÍTULO 29

Probablemente moriréis

ROBAR en las Dársenas se había convertido en una actividad mucho más peligrosa desde que Maik Kehn había atrapado a una banda y Sin Cumbre había descubierto el plan. Bero no quería acabar como aquellos pobres desgraciados: los dos con el cuello partido, y el que salió con vida, con los brazos rotos. Aún le entraban escalofríos cuando pensaba en los hermanos Maik. Así que sintió alivio y emoción cuando Mudt le preguntó si había practicado con el Fullerton y ya era capaz de dar en el blanco. Bero le aseguró que Pícaro y él habían estado yendo tres veces por semana a disparar en los descampados del otro lado del embalse.

«Venid a la tienda mañana por la noche», había dicho Mudt.

Cuando llegaron al Todo Bueno, el huesos verdes de la perilla estaba jugando al billar en la vieja mesa que tenía Mudt en el garaje. En vez del impermeable llevaba una gabardina gris, y las mismas botas de combate de la otra vez. Se mostró más amistoso en esta ocasión.

—Ha pasado un mes, y seguíis vivos y haciendo un buen trabajo. Eso quiere decir que o sois listos o tenéis una suerte cojonuda, me da igual el qué.

—Puedo hacer algo más que cargar cajas de bolsos caros —dijo Bero.

—Ya me imagino. Ahora tendrás la oportunidad de demostrarlo —dijo el hombre de la perilla; le puso una mano en el hombro a cada uno—. Mudt

dice que sabéis manejar los Fully que os di. Eso está bien. Así que tengo un trabajo para vosotros. El encargo no es cosa mía; viene de gente que está por encima de mis jefes, así que escuchad con atención y no la caguéis. Si la cagáis, probablemente moriréis, pero si no, iréis finos con el clan, lo que significa... —Dirigió a Bero una mirada intensa, le guiñó el ojo y dio un tironcillo del pendiente de jade que llevaba en la oreja izquierda.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Bero.

—¿Conocéis el club de caballeros Lila Divina? —El huesos verdes sonrió burlonamente. Todos los adolescentes de aquella parte de la ciudad conocían el Lila Divina, pero era un establecimiento de alta categoría; los gorilas de la señora Sugo echaban miradas de desprecio y hacían crujir los nudillos amenazadoramente si alguien como Bero y Pícaro rondaban por la puerta con curiosidad inútil. No esperó a que respondieran a la pregunta retórica y siguió hablando—: Una noche de estas, el diasegundo o el diaquinto, recibiréis una llamada. Os recogerá un conductor y os llevará al Lila Divina; Mudt lo organizará. Cuando estéis allí, quiero que saquéis partido a tope a los Fully. Disparad por todas partes, romped las ventanas, haced que todos los clientes se metan debajo de la cama con la polla floja. Veréis varios coches caros, en especial un Roewolfe plateado de lo más majo: llenadlo de plomo. Fuego a discreción, kekes. ¿Está claro?

—El..., el Lila Divina es un local Sin Cumbre —tartamudeó Pícaro—. Habrá dentro linternas importantes y huesos verdes. Dicen que hasta lo visita el pedestal.

—¿Te has dado cuenta ahora, genio? —El huesos verdes acentuó la sonrisa—. Tendréis que ser más rápidos si luego queréis salir vivos del territorio Sin Cumbre. Eso no es mi problema. Pero si lo conseguís y volvéis, nadie pondrá en duda que vais finos y tenéis lo que hay que tener.

—Lo haremos si nos prometes que después estaremos dentro. —Las palabras abandonaron la boca de Bero antes de que Pícaro pudiera hacer nada más que crispase. Mudt y su hijo estaban colocando cajas de discos robados y fingían que la conversación no iba con ellos, pero se detuvieron y miraron a Bero con intensidad. A Bero le daba igual lo que les mandara hacer el huesos verdes, pero empezaba a impacientarse y no quería que le

tomaran el pelo—. No habrá que pasar más pruebas después de esto, ¿verdad?

—No os prometo una mierda —espetó el huesos verdes—. Haced un buen trabajo, causad buena impresión, demostrad que podéis ser valiosos para el clan... Entonces hablaremos en serio.

Pícaro tragó saliva y se apresuró a asentir. Bero se metió las manos en los bolsillos, y su rostro deformado no cambió de expresión.

Unos años antes, en la zona de la Fragua donde se crio Bero, había un muchacho mayor apodado Garfio que aterrorizaba a los más pequeños, y perseguía y daba palizas a Bero cada vez que tenía la oportunidad. Un día, Garfio puso las manos encima a una chica guapa cuyo padre era líder sindical y linterna de Sin Cumbre, y poco después, un par de dedos pasaron por la esquina donde solía rondar y con toda tranquilidad le rompieron las dos piernas. Garfio no pudo volver a perseguir a Bero.

Todos los huesos verdes le recordaban a aquellos dedos. Iban por el mundo rompiendo despreocupadamente las piernas de la gente o mandándola al otro barrio. Le inspiraban no solo admiración infantil y miedo, sino también una envidia y un resentimiento devoradores.

El huesos verdes de la perilla no era distinto. Sonrió como si aquello le divirtiera, pero mantuvo una mirada fría y artera.

—Esperad la llamada —dijo según salía del garaje—. No tardará.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 30

El templo del Divino Retorno

EL olor de la hierba segada y los dulces higos asados impregnaba el aire, y resonaban los golpes y gritos del partido de balón relevo alternados con exclamaciones esporádicas y murmullos de admiración del público. Shae se abrió paso hasta una sección baja de las gradas, llena de seguidores de la academia Kaul Du, y ocupó un asiento vacío. Echó un vistazo al marcador y vio que el partido estaba reñido. La academia era una escuela marcial donde se tenía en gran estima la destreza física, pero estaba prohibido el uso del jade en los deportes profesionales. El equipo contrario pertenecía a una escuela importante de la ciudad de la que surgían con regularidad jugadores de la liga nacional; sin duda tenían ganas de dar una lección a los futuros huesos verdes.

Shae buscó a su primo Anden, y al principio le costó reconocerlo. Ya no era el chico larguirucho y torpe que recordaba; había adquirido el físico de un huesos verdes adulto. Llevaba unos pantalones cortos oscuros y jugaba de primer defensa. Se pegó a su adversario cuando la pelota se dirigió hacia su zona. El otro jugador saltó para enviársela a un compañero de una patada, pero Anden, más alto y rápido, la interceptó en pleno vuelo. Los dos jóvenes chocaron y cayeron en un amasijo mientras la pelota rebotaba en la red. Sonó el silbato que ordenaba un nuevo saque.

Un campo de balón relevo consta de siete zonas, separadas por redes a la altura del pecho: cinco zonas rectangulares de pases y dos zonas triangulares en los extremos. En cada zona hay dos jugadores, uno de cada equipo, que tienen prohibido abandonar el espacio marcado mientras intentan lanzar, golpear, patear y hacer rebotar la pelota en el cuerpo para pasársela por encima de la red al compañero de equipo de la zona siguiente; la pelota avanza zona tras zona hasta llegar al triángulo final del equipo rival, donde el rematador debe hacerla pasar entre los postes que defiende el portero. Dado que todo el partido es en esencia una serie de escaramuzas violentas entre dos, existe un gran número de oportunidades de que surjan enemistades individuales y entre equipos. Cuando Anden se puso en pie, su rival de zona le dirigió una mirada iracunda y masculló un insulto a sus espaldas. Anden no se dignó volverse y replicar. Flexionó las rodillas y se preparó, mirando con los ojos entrecerrados la línea horizontal anaranjada del sol poniente.

La pelota voló hacia arriba desde las manos del árbitro. Anden saltó para bloquear con el hombro al otro jugador, alargó una mano para coger la pelota y se la lanzó sobre la red a su compañero, un instante antes de que el choque lo arrojara al suelo. Shae pateó la grada junto al resto de la multitud. Le impresionaban la elegancia, la agresividad y la capacidad atlética de su primo en la cancha. Parecía tomarse el balón relevo como una obligación, no como un juego; no parecía alegrarse tras las buenas jugadas y tan solo fruncía levemente el ceño en las malas. Shae podía imaginárselo ya como un huesos verdes, un puño de Sin Cumbre.

No era la única. En la fila detrás, alguien dijo:

—El defensa primero de la academia es el hijo de la Bruja Loca, el chico que adoptaron los Kaul. Seguro que el cuerno está contando los días que faltan para que le den el jade.

—A él y a todos los de octavo —añadió otra persona.

El rematador de la academia marcó un punto y los espectadores patearon el suelo para celebrarlo. El aplauso fue breve y no tardó en silenciarse. En Kekon, los acontecimientos deportivos no eran como en Espenia. Shae se había asombrado al descubrir lo alegre y ruidoso que era el público allí. Los espenios cantaban y entonaban consignas

constantemente, animaban y abucheaban, agitaban banderas y gritaban instrucciones absurdas a jugadores y entrenadores. Los kekoneses eran igual de apasionados en sus lealtades, pero a ninguno se le ocurriría gritar en el campo y distraer a los participantes. Shae había llegado a la conclusión de que los espenios creían que los atletas estaban allí para entretener al público; la energía de la multitud formaba parte del juego. Los kekoneses se veían como una parte separada del conflicto, meros testigos de un combate celebrado en su nombre.

La academia Kaul Du ganó el partido por un único punto. Al acabar, los jugadores saludaron a sus adversarios y luego fueron a los banquillos a recoger el equipo. Shae descendió hasta el campo y se quedó en el límite hasta que Anden reparó en su presencia. El joven entrecerró los ojos en su dirección, y al reconocerla sonrió de oreja a oreja, se echó al hombro la bolsa de deporte y trotó hacia ella.

—Shae-jen —dijo; entonces se ruborizó, avergonzado por el error molesto aunque comprensible. Le dio un abrazo breve, afectuoso pero con respeto, y sacó las gafas de la funda y se las encajó en el sudoroso puente de la nariz—. Perdona. Tardaré un poco en acostumbrarme a llamarte Shae a secas.

—Has estado fantástico —dijo ella—. Habrían empatado si no hubiera sido por tu interceptación en el último tiempo.

—El sol le daba en los ojos al otro chico —dijo, cortés como siempre.

—¿Te apetece comer algo? O podemos dejarlo para otro día si prefieres salir esta noche con tus amigos. —Los otros jugadores de la academia se estaban marchando ya. Shae se dio cuenta de que, aunque fuera alumno de la academia, Anden parecía un poco al margen. A ella le había ocurrido lo mismo, y no quería privarlo de la oportunidad de formar parte del grupo aquella noche.

—No; prefiero hablar contigo —dijo Anden rápidamente, echando solo una breve mirada a sus compañeros de equipo—. Si tienes tiempo, claro está.

Shae le aseguró que así era y salieron juntos del campo. Últimamente, las noches eran más frías de lo habitual en Yanlún, y Shae se echó un jersey por encima mientras recorrían el Casco Antiguo. Fueron a un mercado

nocturno poco bullicioso; los buhoneros vendían cometas coloridas y peonzas de madera al lado de relojes de oro falsos y cintas de música, y de los tenderetes de comida brotaba el aroma de las nueces fritas picantes y las remolachas azucaradas. Hablaron del partido, y cuando agotaron el tema, Shae le preguntó por la escuela, y él preguntó cómo era estudiar en el extranjero y si le gustaba el apartamento de Sotto Norte. Anden no se mostraba reticente, pero no era especialmente hablador; Shae tampoco, así que la conversación se mantenía a muy poca distancia de los silencios incómodos mientras los dos pensaban qué preguntar al otro a la vez que dudaban cuando había que llenar las pausas.

En la puerta de una churrasquería, en una esquina, colgaba una linterna de papel blanca, pero hicieron cola como todo el mundo. Cuando por fin se sentaron a una mesa cubierta con un mantel de vinilo amarillo, en un patio iluminado con linternas y cubierto con una carpa temblorosa, comieron cerdo dulce laqueado y col en vinagre, servidos en cestos de papel grasiento. Anden se aplicó con entusiasmo, pero no pudo acabar la enorme ración de carne asada; los platos pesados del restaurante no caían bien en un estómago acostumbrado a la comida sencilla y a las raciones escasas de la academia.

—Siento haber tardado tanto en venir a verte —dijo por último Shae—. No tengo excusa. Quise verte antes, pero no podía dejar de pensar que me resultaría muy incómodo ir a la academia. He estado ocupada buscando trabajo, y antes estuve de viaje, cumpliendo un encargo de Lan. He tardado más de lo que creía en asentarme en una rutina. —Se interrumpió antes de seguir racionalizándolo. Las cosas que le había dicho Hilo, las acusaciones de que había sido descortés con la familia desde que había vuelto a Yanlún, eran ciertas, y algunas habían dolido.

Anden se miró las manos mientras se limpiaba meticulosamente la salsa de debajo de las uñas con una toallita húmeda que sacó de un paquete de cartón. Tenía el ceño fruncido.

—¿Has visto a Lan últimamente? —preguntó.

Parecía no haber oído nada de lo que Shae acababa de decir.

—Hace unas semanas. Seguro que está muy ocupado. —En realidad, no había intentado pasarse por la mansión.

—¿Cuándo volverás a verlo?

Shae estaba sorprendida. Sabía que su primo siempre había sido cortés, pero su tono era casi exigente en aquel momento.

—Iré a cenar a casa dentro de unos días. Lo veré entonces, supongo. ¿Por qué?

Anden estaba rompiendo en tiras la toallita de papel y no miraba directamente a su prima.

—Creo que podrías hablar con él. Ver cómo le va, si necesita ayuda en algo. Desde el duelo de la Fabrica parece... diferente. Estresado. Podrías... No sé. Hacer que se relaje un poco, quizá.

Shae alzó las cejas. Recordaba que Anden siempre había idolatrado a Lan; siempre había recibido de él una atención especial.

—Lan es el pedestal; su trabajo no es relajarse. Si te parece preocupado o distante, es porque ahora mismo tiene que ocuparse de muchos problemas. —Anden escuchaba, pero seguía rompiendo la toallita, así que Shae dijo, en lo que esperaba que fuera un tono más tranquilizador—: No te preocupes demasiado.

Anden hizo una bola con los trozos de papel y la dejó caer en las sobras de la cena. Habló con vacilación:

—Shae, creo que... Creo que Lan no está tomando las mejores decisiones sobre algunas cosas. Sé que no soy un huesos verdes y no me corresponde decir algo así. Pero pronto conseguiré mi jade, y quiero ayudar. —Las palabras se fueron acelerando hasta convertirse en un torrente—. Pensé que debería hablar con Hilo, pero él también tiene muchas cosas de las que preocuparse, y solo me diría que me calle y me concentre en los estudios y no cuestione al pedestal. Había pensado que quizá tú...

—Por mucho que odie reconocerlo —interrumpió Shae—, Hilo tiene razón. —Le resultaba un poco doloroso ver a Anden tan involucrado emocionalmente en los problemas del clan—. Cuando yo estaba en octavo, era como tú. Estaba impaciente por licenciarme y convertirme en miembro del clan. No debería haber tenido tanta prisa. Solo te quedan cuatro meses de vida de estudiante, así que sé estudiante. No te dejes arrastrar tan pronto a los asuntos del clan ni te metas donde no debes. —Intentó captar la mirada de su primo—. De hecho, no deberías meterte nunca si no quieres.

Ser huesos verdes es solo uno de los caminos en la vida. No tienes por qué elegirlo.

—¿Qué otro camino iba a elegir? —preguntó el muchacho con una hosquedad y un ardor sorprendentes—. No soy tan ingenuo. ¿Por qué me habría traído el abuelo a la familia, y por qué me habría mandado a la academia, si no es para que algún día forme parte del clan? Y ese día ha llegado.

—El abuelo no siempre sabe qué es lo mejor. —En el pasado jamás habría admitido algo así ante nadie—. Lan fue quien te trajo, y lo hizo porque era lo correcto, no porque pensara que te convertirías en un puño útil. —Suspiró—. Me doy cuenta de que estás preocupado por la guerra, pero...

—¿Tú no lo estás? —preguntó Anden. Se ruborizó al estallar así, pero parecía que había dejado de importarle mostrarse grosero.

Shae se recordó que Montaña lo había secuestrado en plena calle el Día del Barco. No era de extrañar que estuviera furioso y asustado. Tenía que aceptar que a ella también le preocupaba aquella cuasitransgresión del aisho; desde que echó a Caun, había tenido mucho cuidado de mantenerse dentro del territorio Sin Cumbre. Intentó hablar sin ponerse a la defensiva.

—Por supuesto que estoy preocupada. Pero no estoy implicada. Ya no soy huesos verdes; elegí no serlo.

—¿Por qué? —Era la primera vez que se lo preguntaba.

Shae se dio cuenta de que no conocía muy bien a Anden. Cuando hablaba con el abuelo o con sus hermanos, adoptaba las viejas actitudes que, a veces, le hacían sentirse como si nunca hubiera abandonado la isla. Pero no tenía esa familiaridad con Anden. Cuando eran pequeños se llevaban bien, pero se había perdido los últimos años de su vida, el momento en que había pasado de ser el chiquillo serio de aspecto asustadizo a convertirse en aquel joven que tenía delante, el protegido de sus hermanos.

—El clan es todo o nada, Anden. Hice unas cuantas cosas que no encajaban en sus expectativas y descubrí bastante deprisa que no estaba permitido. —Sonrió sin humor—. Fue un poco más complicado, pero captas la idea.

Anden no parecía convencido, pero no insistió. Siguió con la mirada el vuelo de las moscas alrededor de las lámparas tenues y luego volvió a fijarse en Shae.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Tengo una oferta de empleo y estoy pensando en aceptarla. —Se irguió en el asiento, encantada de compartir la noticia con alguien, aunque dudaba que nadie de la familia pudiera apreciar lo que significaba para ella—. Es un puesto de desarrollo comercial supranacional en una empresa de productos electrónicos espenia. Tendré que ir a Espenia unos meses, a un curso de formación en la empresa, y luego trabajaré parte del tiempo aquí y parte del tiempo allí, y además viajaré a otros países. Creo que será interesante.

Anden se mostró consternado. Con un esfuerzo visible, consiguió recuperar una expresión apenas neutra.

—¿Te irás otra vez?

Shae estaba desconcertada.

—Solo un tiempo. Como te he dicho, el curso dura unos pocos meses. Después estaré en Kekon como mínimo la mitad del tiempo. No me gustaría vivir en Espenia el año entero, así que creo que este trabajo... —Perdió el hilo de lo que decía; la culpa y la irritación le bloquearon la garganta. Anden acababa de preguntarle si podría persuadir a Lan en su nombre. El muchacho tenía la esperanza de que, aunque ella no desempeñara un papel oficial en el clan y ya no fuera huesos verdes, siguiera presente y conservara cierta influencia; que fuera un miembro de la familia con quien quizá pudiera contar durante la guerra.

¿No acababa de decirle que con el clan era todo o nada?

—Lo siento, he sido un grosero. —Anden pareció reprenderse al darse cuenta de que su respuesta había sido egoísta e improcedente. Se apresuró a seguir hablando—: Es solo que me alegraba de que hubieras vuelto y creí que te vería más antes de que volvieras a marcharte. Me alegro por ti, claro. Parece un buen empleo, el trabajo de una mujer de negocios internacional. Felicidades, Shae. Lo digo de verdad. —A pesar de que su decepción seguía siendo palpable, sonrió con un deseo tan sincero de que las cosas quedaran

bien entre ellos que Shae no pudo evitar enternecerse y desear ser capaz de recuperarse igual de bien.

—No pasa nada, Anden. Y creo que tenemos que pasar más tiempo juntos. Es culpa mía que no nos hayamos visto antes; no me enteré hasta hace poco de lo que te pasó el Día del Barco. Si lo hubiera sabido, habría...

Anden negó secamente con la cabeza, casi enfadado.

—No pasó nada. No me amenazaron ni me hicieron daño. Todavía no soy huesos verdes.

Shae guardó silencio un rato. Detrás de ellos, el personal del mostrador gritaba los pedidos a la cocina abarrotada, la gente hablaba y reía en la cola, las polillas aleteaban atrapadas bajo la lona verde que cubría el patio. En el exterior se había hecho completamente de noche, pero una luna hinchada colgaba sobre las nubes.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Anden.

—¿De qué quieres que hable con Lan? —preguntó Shae—. Si hay algo que te preocupa realmente, se lo comentaré la próxima vez que lo vea. ¿Es algún rumor que has oído en la academia?

—No pasa nada —dijo Anden, negando con la cabeza—. Tienes razón; no necesita mi opinión sobre eso. No te preocupes. —Echó la silla hacia atrás con fingida jovialidad y añadió—: Este sitio es muy bueno; es lo mejor que he comido en meses. ¿Te acuerdas de la comida de la academia?

—Me acuerdo, por desgracia.

Fuera lo que fuese que lo angustiaba, lo que había querido decir, Shae ya no pudo sacárselo. Le dejó llevar la conversación a asuntos más superficiales mientras se levantaban y recogían sus cosas. Caminaron hasta la parada de metro más cercana sin hablar mucho; Anden se había puesto un poco taciturno. Cuando llegó el tren en sentido oeste, la abrazó.

—Me alegro de haberte visto, Shae. Hasta pronto.

La puerta se cerró tras él, y el vagón chirriante se lo llevó. Shae contempló las luces que desaparecían en el túnel con la sospecha inmovible de que había fallado a su primo, de que había dejado pasar una oportunidad crucial entre ellos.

En vez de volver a casa, subió al tren en sentido este y se apeó en la estación que daba casi directamente a la fachada del templo del Divino

Retorno de Yanlún. Habían ensanchado hacía poco la calle a la que salió; desde luego, no recordaba que tuviera tantos carriles ante la entrada del templo. Un edificio de oficinas de seis plantas se alzaba a un lado de la cercana plaza del mercado de artesanía; el lateral del nuevo aparcamiento mostraba un cartel que anunciaba cerveza ygutana. Pero el templo en sí tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba Shae. De noche parecía aún más antiguo y solemne que de día; las columnas de piedra tallada y el inmenso tejado de barro cocido se cubrían de sombras densas y oscilantes a la luz de los faros de los coches que pasaban. No había estado en el templo desde que era adolescente, pero aquella noche, inquieta, sintió la necesidad de cruzar las grandes puertas verdes.

El Barrio de los Templos no solo contenía el templo del Divino Retorno, el edificio deísta más antiguo de la ciudad; dos manzanas más allá estaba el Santuario de Nimuma, y un poco más al oeste, la Primera Iglesia de la Verdad Única de Yanlún. Era alentador pensar que los kekoneses, los abukei y los extranjeros rendían culto a tan poca distancia que podían verse y oraban sobre un terreno común. El fuero de la AJK reservaba jade para los templos deístas antes que para ningún otro grupo y los clanes hacían donativos para el mantenimiento de los edificios religiosos, pero los monjes hacían voto de renuncia a todo compromiso mundanal y acogían a todos los devotos. Al igual que la zona que rodeaba el Salón de la Sabiduría y el Palacio Triunfal, el Barrio de los Templos era territorio neutral. Los clanes no gobernaban allí.

Shae atravesó el patio tranquilo, pasando entre las hileras de árboles sagrados iluminados por el tenue resplandor de la luna, y entró en el santuario, casi a oscuras, donde los monjes residentes se sentaban a rezar y meditar en turnos de tres horas. Cuando vio el círculo de figuras inmóviles vestidas de verde en la plataforma inferior del centro, refrenó los pasos. Se preguntó con qué profundidad la podían Percibir los monjes. Si se disponía del poder de jade suficiente, ¿sería posible llegar más allá de sentir la presencia de una persona y las sutilezas de su estado físico? ¿Ver sus pensamientos e incluso su alma?

Shae fue hasta un cojín y se arrodilló. Tocó el suelo con la frente tres veces, como imponía la costumbre, y después se irguió con las manos

apoyadas en los muslos. Volvió a mirar a los monjes, tres hombres y tres mujeres con la cabeza y las cejas rapadas y los ojos cerrados. Estaban sentados con las piernas cruzadas y las manos posadas en una esfera de jade del tamaño de una bola de bolos pequeña. Estar en contacto con tanto jade... Shae recordó las rocas que había visto en la cantera, la tentación demencial de poner la mano en una. Los monjes debían de poseer un adiestramiento y un control excepcionales. Probablemente eran capaces de oír a una mosca posarse en un cojín al fondo de la sala y de Percibir a la gente que pasaba por la calle, pero se mantenían inmóviles, respirando lenta y relajadamente, con los ojos cerrados. Pasadas las tres horas alzarían las manos, se levantarían y se marcharían en silencio mientras otros ocupaban su puesto. En cada ocasión tenían que luchar contra el subidón del jade y, luego, contra la resaca. Shae sabía cómo era el síndrome de abstinencia y se encogió al imaginar cómo sería sufrirlo en cada turno, día y noche, una y otra vez. Los monjes creían que aquello los acercaba a la divinidad, a ellos y a la humanidad entera.

Shae dejó vagar la mirada. Sobre el círculo de meditación se alzaba el famoso mural de la Expulsión y el Retorno. La obra original, pintada siglos antes, había quedado destruida durante la ocupación shotariana; lo que contemplaban los devotos en la actualidad era una hábil reconstrucción basada en recuerdos y en fotografías antiguas. A lo largo de las paredes de piedra del santuario había hornacinas dedicadas a las deidades más importantes, y en ellas ardían aromáticas varillas de incienso. El suave burbujeo del agua que manaba de dos fuentes, en la pared, se mezclaba con el ruido del tráfico que entraba por las ventanas abiertas. A aquella hora tan tardía, el santuario estaba casi vacío; solo había otros tres visitantes arrodillados en los cojines verdes: un anciano en la esquina del fondo y una mujer de mediana edad acompañada por su hija tres filas por delante de Shae; las dos lloraban y se apoyaban la una en la otra. Shae bajó la mirada hacia su cojín, avergonzada por haber presenciado el sufrimiento íntimo de aquella familia. Se sintió incómoda, hipócrita, por haber acudido a aquel lugar sagrado. No había observado los ritos en muchos años. Ni siquiera estaba segura de poder llamarse deísta a aquellas alturas.

En teoría, los Kaul eran religiosos, por supuesto. En la residencia había una sala de oración poco utilizada, y durante la infancia de Shae, la familia se ponía sus mejores galas en las fiestas importantes y acudía al templo. Los miembros del gran y poderoso clan se arracimaban en el exterior hasta que se detenía delante el coche de la familia, y a continuación se producía un torbellino de saludos y presentaciones de respetos. En esas ocasiones, Kaul Sen se empleaba a fondo y saludaba a todo el mundo con idénticas consideración y magnanimidad, desde el linterna más poderoso hasta el dedo novato de menor nivel. Pasado un tiempo adecuado, el abuelo entraba en el templo seguido de la madre de Shae, sus hermanos, ella (y más tarde, Anden), y la muchedumbre iba detrás. El santuario zumbaba con las voces susurradas y el latido de la energía del jade.

Kaul Sen ocupaba siempre el centro de la primera fila. Su esposa se arrodillaba a su izquierda. A su derecha se situaba Lan, luego Hilo, luego Shae (y luego Anden en cuanto fue un Kaul), y luego la madre de los tres hermanos. El rito se alargaba durante horas. Los Eruditos, los monjes más veteranos, dirigían a los devotos reunidos en los cánticos de exaltación de las divinidades, y luego en los rezos meditativos relacionados con la consecución de las Virtudes Divinas. Durante los cánticos, Hilo se revolvía y hacía muecas, y Kaul Sen le dirigía miradas de enfado. A Shae se le dormían las piernas. Se concentraba en hacer caso omiso de Hilo.

Cuando creció, los ritos empezaron a parecerle soportables. Con el tiempo llegó a darse cuenta de que los cánticos eran esperanzadores y relajantes. El deísmo era una fe muy arraigada entre los kekoneses. Había sectas diferentes, desde las nacionalistas hasta las pacifistas, pero algo en lo que todas estaban de acuerdo era que el jade era un enlace con el Cielo, un obsequio divino pero peligroso que debía usarse devotamente y para el bien. Los huesos verdes tenían que esforzarse por ser dignos. Virtuosos. Gente como su abuelo, opinaba Shae.

Pero cuando era niña no pensaba en la espiritualidad; pensaba en cuánto tiempo más duraría aquel calvario. Cuando desfallecía, se inclinaba o gemía, su madre la obligaba a erguirse. «Siéntate derecha y cállate —reprendía—. Todo el mundo te está mirando».

Aquella había sido toda la filosofía vital de su madre: «Siéntate derecha y cállate. Todo el mundo te está mirando». Bueno, nadie la estaba mirando en aquel momento. Sin aura de jade, podía cruzarse por la calle con cualquiera de sus compañeros de la academia y ninguno la reconocería. Cuando recibió la llamada del director regional de Dispositivos Standard & Croft, se alegró al saber que le habían hecho la oferta sin saber quiénes eran su familia. Pero solo sintió un leve alivio de satisfacción. No felicidad, no entusiasmo. Tenía un título universitario, vivienda propia y una oferta de empleo de una empresa internacional, un puesto por el que la habrían felicitado sus antiguos compañeros de estudios de Espenia. Por fin era una mujer independiente, cosmopolita y culta que se había alzado por encima del salvajismo y la naturaleza insular de su familia, impulsada por el jade y la testosterona. Se suponía que debía sentirse libre y sin lastres, no solitaria e insegura.

Inclinó la cabeza. No estaba segura de creer en los dioses ancestrales, en la Expulsión y el Retorno ni en la idea de que el jade era un don del Cielo. Pero todos los huesos verdes sabían que la energía invisible se podía sentir, palpar, controlar. El mundo funcionaba a un nivel más profundo, y quizá, si se concentraba lo suficiente, podría comunicarse con él. Incluso sin jade.

«Guíame —rezó—. Hazme una señal».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 31

No era lo planeado

LAN estaba en su despacho cuando llegó la llamada de Hilo por una línea independiente. Solo Hilo conocía aquel número, y sabía que solo debía usarlo en situaciones urgentes que exigían una conexión absolutamente segura.

—He encontrado la prueba que querías —dijo el cuerno sin preámbulos—. Doru ha estado en contacto asiduo con Montaña. Ha recibido pagos a través de cuentas bancarias secretas.

Lan sintió que se le caía el mundo encima.

—¿Estás seguro?

—Sí.

La incredulidad dejó mudo al pedestal unos instantes.

—Nos ocuparemos de eso esta noche, pues —dijo al fin.

Miró el reloj. La jornada laboral estaba a punto de acabar; Doru no tardaría en salir de las oficinas de la calle del Barco. No tenía sentido retrasarlo; eso solo ahuyentaría al traidor y haría que el asunto fuera más doloroso para todos.

Hizo los preparativos con Hilo; luego colgó y estuvo varios minutos sentado en un silencio sombrío. El hombre del tiempo había regresado hacía poco de Ygutan con información sobre las actividades de Montaña en aquel país, lo que incluía detalles sobre las fábricas de producción de sene y

acuerdos comerciales. El puño y el dedo que lo habían acompañado en calidad de guardaespaldas lo habían estado vigilando de cerca, e informaron de la ausencia de comportamientos sospechosos por parte del hombre del tiempo durante el viaje.

Doru no era estúpido; sabía que no pisaba con firmeza en el clan, y dado que Kaul Sen estaba menos lúcido a cada día que pasaba, parecía que había decidido bajar la cabeza y comportarse. Incluso se había tragado con entereza el insulto de Lan cuando este suspendió la AJK en ausencia de Doru y sin discutirlo con él. Aunque Lan estaba mentalizado para recibir aquella llamada de Hilo, el agradable cambio de comportamiento del anciano consejero le había hecho pensar brevemente que quizá se hubiera equivocado sobre su mudanza de lealtades.

Llamó a Woon a su despacho. Cuando llegó, Lan se levantó a saludarlo.

—Has sido mi amigo durante muchos años, y un buen asistente en los tres últimos. A partir de mañana serás el hombre del tiempo de Sin Cumbre.

Woon no se sorprendió espectacularmente por el nombramiento, pero aun así lo inundó la gratitud.

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. —Hizo una profunda reverencia—. Gracias por este honor, Kaul-jen. No te fallaré.

Lan lo abrazó.

—Estos últimos meses te he dado más responsabilidades y has cumplido bien. Estás preparado. —Lo cierto era que no estaba del todo seguro de aquella afirmación; aún tenía la impresión de que Woon no tenía el calibre de un hombre del tiempo de primera, pero estaba suficientemente capacitado y no cabía duda de su lealtad. En cualquier caso, no tenía elección; Woon tendría que ponerse al nivel de la tarea—. Ni una palabra a nadie hasta que yo te dé permiso.

—Entendido, Lan-jen —dijo Woon con un tono serio que indicaba que era muy consciente de que había ascendido a causa de otra desgracia.

—Corren tiempos difíciles para el clan; tienes que estar listo para hacerte rápidamente con el control del despacho del hombre del tiempo. Vete a casa temprano y descansa bien esta noche. Pero tomemos una copa antes. —Sacó una botella del mueble bar y llenó dos vasos de hoji, que bebieron en celebración silenciosa.

Después de que Woon reiterara su agradecimiento y se marchara, Lan se puso a leer unos documentos sin prestarles demasiada atención. Últimamente no se sentía en su mejor forma, ni física ni mental. La debilidad corporal aumentaba la ansiedad constante que le provocaban las amenazas al clan, y le costaba concentrarse sabiendo que las veinticuatro horas siguientes iban a ser muy difíciles.

Le llamó la atención un sobre que descansaba en una pila de correo sin revisar. Lo cogió y vio que en el remite figuraba un apartado de correos de Stepeland. Una carta de Eyni. Jugueteeó con los bordes del sobre, a la vez impaciente por conocer el contenido y reticente a abrirlo. Desde el divorcio solo habían cruzado unas pocas cartas, cordiales pero formales, para concretar detalles: ella le decía adónde enviarle sus pertenencias, cosas así. Pero ver la caligrafía de Eyni, imaginar la voz en su cabeza, siempre lo deprimía. Con todo lo que había tenido que atender aquel día, no pudo evitar un sonoro suspiro.

Ella le había confesado que tenía un amante. Un hombre de Hilo la había visto entrar con él en un edificio residencial, y al saber que se había descubierto el secreto, Eyni había ido directamente a la mansión antes de que la noticia llegara a Lan a través del cuerno.

—No lo mates, por favor —había rogado en susurros, sentada en la cama con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas—. No es kekonés, no conoce nuestras costumbres. Dejaré de verlo y me quedaré aquí, o me marcharé y nunca volverás a verme, lo que quieras. Pero no lo mates, te lo ruego. Y no dejes que lo mate Hilo. Solo te pido eso.

Fue la sinceridad del ruego, impulsada por el miedo evidente e innegable, lo que más entristeció a Lan, porque, a pesar de los cinco años de matrimonio, estaba claro que no lo conocía en absoluto.

—¿De verdad es mejor persona que yo? —había preguntado Lan.

Eyni lo miró con las cejas alzadas de sorpresa. A pesar de la expresión consternada, su rostro con forma de corazón seguía siendo hermoso.

—Claro que no. Pero no es el pedestal del gran clan Sin Cumbre. No cancela los planes para cenar, no viaja con guardaespaldas, no lo reconoce y lo saluda todo el mundo en público ni lo paran por la calle para pedirle favores para los parientes. Puede hacer el tonto, dormir hasta tarde e irse de

vacaciones sin aviso previo, y hacer todas las cosas que antes hacíamos juntos tú y yo.

—Siempre supiste que algún día sería el pedestal —le recordó Lan con tono acusador—. Lo sabías de sobra. Muchas mujeres se sentirían honradas y agradecidas por ser la esposa del pedestal. Me prometiste que serías una de ellas.

Los ojos de Eyni se llenaron de lágrimas de dolor.

—Lo fui.

«Debería obligarla a quedarse —había pensado Lan, con el clásico resentimiento kekonés—. A cambio de la vida del extranjero debería quedarse y darme un heredero para el clan».

Pero al final no pudo ser tan cruel con ella ni consigo mismo.

El sobre que sostenía era cuadrado y rígido, parecido a una tarjeta de felicitación. Era grueso, como si contuviera un mensaje más largo y sustancial que otras cartas anteriores. Se imaginó abriéndolo y encontrándose con una carta en la que Eyni se arrepentía y le rogaba que la aceptase de nuevo. Era más probable que se tratara de una carta en la que, con crueldad bienintencionada, le dijera que se encontraba bien, le mandase sus buenos deseos y le hablara de su nuevo hogar en el extranjero y de las cosas que veía y hacía con su novio.

Lan guardó el sobre en el cajón de la mesa. Fuera lo que fuera, no era el momento de distraerse con pensamientos melancólicos sobre su ex. Ya lo leería más tarde. Pero como seguía tentándolo desde el cajón cerrado, se levantó y salió de casa. Era un díaquinto por la tarde y todavía tenía mucho tiempo para volver y esperar la llamada de Hilo.

Pasadas varias horas, Lan no se sentía mucho mejor, ni siquiera después de una cena y un polvo en el Lila Divina. Estaba sentado al borde de la cama fumando un cigarrillo y disfrutando de unos minutos finales de paz antes de tener que marcharse.

—¿Algo va mal? —Yunni se arrastró detrás de él y le pasó los brazos desnudos alrededor del cuello, pero Lan se soltó y se levantó. Se puso los pantalones y entró en el cuarto de baño, lleno de velas aromáticas y luz roja.

Se refrescó la cara en el lavabo, cogió una toalla y se secó el cuello y el pecho. Yunni lo animaba desde la cama—: ¿Tienes que irte tan pronto? Ven aquí. Quédate a pasar la noche.

A ella le gustaría. Ganaba más dinero si él se quedaba; compensaría el detalle de que había estado yendo menos a menudo.

—Quiero estar un rato a solas —dijo. Y como no podía obligarse a no ser amable con ella, añadió—: Por favor.

La expresión artísticamente elaborada de la encantatriz se torció un instante. Cruzó los brazos sobre los pechos. Lan notaba que estaba indignada por el desaire: ¿por quién la había tomado?, ¿por una puta callejera? ¿Dónde estaba aquel cliente sofisticado de otras veces, el que disfrutaba con el canto y la música del arpa, la conversación y el vino?

Yunni se rehízo de forma admirable y se levantó sin prisa, con elegancia.

—Como desees, Kaul-jen.

Se cubrió con la bata, metió los pies en unas chinelas, salió y cerró la puerta con una firmeza que señalaba su irritación. Lan no la observó mientras se marchaba. Se puso el reloj y miró la hora. En aquel momento, tres puños estaban esperando para atrapar a Yun Dorupon a la puerta de su burdel favorito, en el sórdido distrito de Lavamoneda. A Lan no se le escapó la ironía de que Doru y él estuvieran pasando la velada de la misma forma antes de la confrontación.

Cuando los puños atraparan a Doru, lo llevarían a un lugar desconocido. Cuando llegaran, Hilo llamaría a Lan a la mansión. Los puños tenían órdenes de no hacer daño a Doru ni matarlo, al menos de momento, hasta que llegara Lan. Había sido muy claro en ese aspecto. Quería mirar de frente al hombre al que había considerado su tío y preguntarle por qué había traicionado al clan después de tantos años de servicio leal. Después decidiría cómo gestionar el destino del hombre del tiempo para que Kaul Sen no se enterase.

Conforme se acercaba la hora inevitable, se empezaba a sentir inseguro de su capacidad para hacer lo correcto. Ni siquiera en aquel momento, consciente que Doru era un traidor, quería matarlo. Aún recordaba al Doru que regresaba de los viajes de negocios con dulces para los nietos de Kaul

Sel. Le dolió la imagen de Doru y el abuelo jugando al ajedrez en el patio. Pero una traición tan cercana, a un nivel tan alto, no se podía perdonar. Se preguntó si era posible ser a la vez un líder fuerte y una persona compasiva o se trataba de fuerzas opuestas que se negaban mutuamente.

Con la puerta cerrada y Yunni ausente, Lan abrió la caja fuerte y sacó el resto del jade. Era otro motivo por el que iba allí con menos frecuencia: quitarse y ponerse tanto jade era doloroso, como sumergirse en agua helada y luego lanzarse sobre unas brasas, o que lo sacudieran como a un insecto dentro de un frasco. Pasó el dedo por las gemas que le rodeaban el cuello, tocándolas una por una como si las contara, y luego se puso el cinturón y las muñequeras, gruesas y encastradas de jade, que le había ganado a Gam. Se preparó.

Pasaron unos segundos y lo golpeó el subidón del jade, mucho más intenso de lo normal. El mundo osciló y se plegó. El cuerpo de Lan gritó en protesta; sintió opresión en el pecho. Cayó al suelo y se aferró a la alfombra con los dedos engarfiados. «Respira, respira. Recupera el control». Contuvo un gemido. Se suponía que debería mejorar. El médico había dicho que el daño causado por Gam no era permanente. Pero aún no se había curado, y lo acosaba la ida y venida de los síntomas de la sobreexposición. La herida del duelo, el aumento de la carga de jade, el estrés y la falta de sueño se agravaban recíprocamente en un círculo vicioso. Lan se arrastró hasta la cama y cogió la chaqueta que colgaba de la cabecera. Tanteó hasta que encontró la cinta de goma, la ampolla y la jeringa que había metido en el bolsillo interior, y lo sacó todo.

La habitación parecía atacarlo; las paredes se cerraban a su alrededor. Tenía los sentidos desbocados: tan pronto se centraban como enloquecían. Oyó un retazo de conversación en la calle, con tanta claridad como si estuvieran hablando a su lado. Al instante desaparecía, pero la textura de las sábanas era tan espinosa que le hacía daño en la piel. Lan se apretó los ojos con la base de las palmas y aplicó las técnicas de control que había aprendido cuando entró en la academia, técnicas que no había necesitado desde que era adolescente. Tensó y relajó todos los músculos mientras contaba al ritmo de los latidos, hasta que pudo empujar las sensaciones a una distancia soportable y dejaron de temblarle las manos. Se sentó en la

almohada con la espalda apoyada en la cabecera, se ató la goma elástica al brazo, destapó la aguja, llenó la jeringuilla en la ampolla y vaciló.

Recordó la sorpresa y la incredulidad que había visto en la cara de Anden. También la vergüenza que había sentido al saber que había socavado gravemente la admiración que el joven sentía hacia él y la confianza que le tenía. Lan compartía el desagrado de su primo; odiaba las agujas y despreciaba el SN1. Le repugnaba tener que recurrir a él para conseguir la tolerancia que siempre había dado por descontada. Hacía cuanto podía para combatir la fabricación y la expansión de aquel veneno y, sin embargo, ahí estaba: siempre con una ampolla pegada al pecho, como un explosivo minúsculo. El dolor de haber tenido que justificarse ante Anden le había hecho pasar varios días sin inyectarse. Sabía que la droga no debía utilizarse de aquella forma, pero en cada ocasión esperaba todo el tiempo posible con la idea de que acabaría por mejorar y no tendría que recurrir más a ella. Y entonces regresaban la tensión, la distorsión de las percepciones, el sudor y el pulso acelerado.

Al día siguiente iría a ver al doctor Truw para que le hiciera otra revisión y viese si podía hacer algo más para acelerar la curación natural y restablecer su tolerancia hasta un punto en que pudiera portar el jade sin ayudas químicas. Quizá debería correr el riesgo de dejar a Hilo al cargo una temporada; era una idea preocupante, pero le permitiría ir a Marenia una semana, donde podría portar menos jade y recuperar la salud. Sin embargo, aquella noche no podía ser débil. Necesitaba tener la cabeza despejada y mostrarse decidido. No había margen para la confusión mental y las emociones volubles cuando se iba a mandar a un hombre a la muerte.

Se clavó la aguja en la vena y vació el contenido de la jeringa en el brazo. Desató el torniquete de goma y cerró los ojos. La droga circuló hasta el cerebro y, unos minutos después, todo se había aclarado, igual que cuando una antena de televisión capta por fin la señal y la estática da paso a una imagen nítida. La energía del jade vibró en su interior, pero era firme y estaba bajo control, esperando a que su voluntad la manipulase. Tenía los sentidos nítidos como el cristal, pero funcionaban con coherencia y coordinación, sin entrar y salir de foco. Se sentía bien. Poderoso. Podía saltar a un balcón en un segundo piso o alzar una Desviación capaz de

mover un coche. Se permitió un momento de asombro. A pesar de sus objeciones morales al SN1 y todo lo que representaba, sin duda era una droga extraordinaria. No era de extrañar que los extranjeros la desearan tanto. No era de extrañar que Ayt Mada quisiera la fortuna que podía ganar vendiéndosela.

Volvió a guardarlo todo en la chaqueta, acabó de vestirse y salió de la habitación. En el vestíbulo de la planta baja rechazó con un gesto la preocupación de la señora Sugo sobre si la visita había sido satisfactoria y le aseguró que así era, pero que por desgracia no podía quedarse a seguir disfrutando. Tenía que volver a la mansión antes de que llamara Hilo y descolgara el teléfono otra persona.

Después de haber mandado a casa a Woon, sabiendo que el cuerno estaba ocupado en seguir sus instrucciones, Lan no se había molestado en decir a nadie que se ausentaba unas horas. Había optado por dejar el coche y coger un taxi en el garaje para no llamar la atención. El trayecto de la mansión al Lila Divina atravesaba únicamente territorios indisputados de Sin Cumbre, de modo que no corría mucho peligro. Ya en la calle, paró un taxi y le dijo al conductor que lo llevara a casa.

Bero tenía el pulso acelerado, pero cogió con manos firmes el subfusil Fullerton del suelo, frente al asiento del copiloto, se lo puso en el regazo y se preparó para abrir la puerta. Mudt había telefoneado media hora antes, y el coche había aparecido delante del edificio donde vivía la tía de Bero quince minutos después de la llamada.

—Tiene que ser esta noche —había dicho Mudt.

Todo estaba ocurriendo muy deprisa, pero a Bero le parecía bien. Cuanto antes, mejor. Delante de la refinada fachada rojo oscuro del Lila Divina había dos porteros y varios coches de lujo aparcados, pero ningún Roewolfe plateado. Bero se volvió.

—¿Preparado, keke?

En el asiento de atrás, Pícaro gruñó un asentimiento nervioso.

Un hombre salió del Lila Divina; un hombre a quien Bero reconocería en cualquier parte. Mientras miraba asombrado, con la mano en la manija

de la puerta, Kaul Lan, pedestal del clan Sin Cumbre, entró en un taxi, que se unió al tráfico casi delante de él.

Bero se quedó helado un instante. Entonces, todo pareció encajar. Giró en el asiento y gritó al conductor:

—Sigue a ese taxi. ¡Venga, arranca! ¡Vamos!

—¿Qué haces? —gritó Pícaro; volvió a cerrar la puerta trasera cuando el coche se puso en marcha—. ¡Teníamos que ametrallar el club! ¡Es lo que nos mandaron hacer!

—¡Olvídate del puto club! —gritó Bero a su vez—. ¿Por qué crees que nos han mandado aquí esta noche? Porque el puto pedestal de Sin Cumbre estaba ahí; por eso. Y ahora está en ese taxi. Montaña lo quiere a él. ¡No tiene sentido atacar el Lila Divina si no está dentro! —Bero no solo estaba seguro de eso; estaba convencido de que el destino lo sonreía en aquel instante y le ofrecía la ocasión que había estado esperando, algo mucho mejor que lo que le habían prometido—. Es nuestra gran oportunidad, keke.

«Haced un buen trabajo, causad buena impresión, demostrad que podéis ser valiosos para el clan». Esas habían sido las palabras del huesos verdes de la perilla. ¿Qué podía causar mejor impresión y ser más valioso que acabar con el mismísimo Kaul Lan?

Bero sonrió como un demente. No le costaba recordar el desprecio displicente y paternalista de Kaul Lan. Aquella noche, el pedestal de Sin Cumbre iba a descubrir hasta qué punto lo había subestimado. El destino obraba de formas misteriosas y bellas.

—Vale —siseó—. En el próximo semáforo, te paras al lado del taxi.

El conductor era un tipo corpulento de cara picada que no había dicho una palabra en toda la noche. O era demasiado estúpido para alterarse, o los ametrallamientos desde un coche en marcha no le parecían fuera de lo normal en su trabajo. A saber de dónde lo había sacado Mudt. Ni siquiera respondió en aquel momento; se encogió de hombros hacia Bero y pisó el acelerador para acercarse al taxi.

—Estás loco. Es el puto pedestal de Sin Cumbre —murmuró Pícaro con pánico en la voz—. Seremos comida de gusanos, keke. —Aun así, bajó la ventanilla de su lado.

Se prepararon para sacar el cañón de los Fullerton por el lado derecho del coche y abrir fuego. Sería todo muy rápido, muy ruidoso, muy sucio.

Lan se fijó en el coche que lo seguía. No fue lo primero que le llamó la atención; a una manzana de distancia, su Percepción amplificaba captó la hostilidad y el miedo inconfundibles dirigidos hacia él. Miró hacia atrás y vio que el vehículo doblaba la esquina detrás del taxi y lo seguía manteniendo un par de coches entre ellos. Volvió a mirar adelante y extendió y enfocó la Percepción.

Tres hombres. La energía del conductor era fría y mate; los otros dos lanzaban llamaradas de miedo y agresividad excitable. No tenían aura de jade. No eran huesos verdes, pues. Delincuentes comunes o matones a sueldo. Lan hizo una mueca. Sacó dinero de la cartera, suficiente para pagar la carrera y dejar propina, se inclinó hacia delante y se lo dio al conductor.

—Por aquí está bien —dijo—. En el próximo semáforo, dé media vuelta y déjeme en la esquina. Después, mantenga la cabeza baja y lárguese.

El taxi aceleró de repente y giró ciento ochenta grados.

—¡Mierda! ¿Qué hace? —exclamó Bero.

—Nos ha calado —dijo Pícaro desde el asiento de atrás—. Se está bajando del taxi.

—¡Da la vuelta! —gritó Bero al conductor—. Retrocede antes de que se escape.

El tráfico bloqueaba la línea de visión entre los dos coches. El conductor perdió unos segundos antes de poder girar y llegar a la esquina donde se había apeado Kaul. El taxi ya se alejaba calle abajo, y no veían por ninguna parte al huesos verdes. «¡Joder!». Bero abrió la puerta y saltó a la acera; miró en todas las direcciones, intentando averiguar adónde había ido el objetivo.

—¿Qué te crees que haces? —siseó Pícaro por la ventanilla—. Kaul se ha largado. No vamos a perseguirlo a pie. Métete en el coche antes de que

alguien te vea ahí plantado empuñando un puto Fully. Todavía podemos volver al club y hacer lo que nos mandaron.

Bero no veía a Kaul en la acera, por ningún lado. Aquella parte de la calle bordeaba un terraplén empinado: Corrió hasta la barandilla y se asomó. Desesperado, recordó lo deprisa que podía moverse un huesos verdes. La pendiente de tierra salpicada de manojos de hierba desaparecía en la oscuridad hasta llegar a un muelle sin luces donde se alineaban las siluetas de barcas amarradas. La mirada de Bero se llenó de frustración. Aquello iba mal; no era lo planeado en absoluto.

De repente, milagrosamente, como si el destino le hubiera hecho girar la cabeza y posar los ojos en el punto exacto, vio una figura que caminaba por una pasarela, al lado del agua. Todo estaba demasiado oscuro para distinguir claramente a Kaul, pero estaba seguro. La forma del cuerpo, la manera de andar...

—¡Lo veo! —gritó triunfal.

Pícaro maldijo y bajó del coche. Se inclinó sobre la barandilla y miró hacia donde señalaba Bero.

—Olvídalo, keke. Está demasiado lejos y sabe que vamos tras él. Ya lo pillaremos otro día.

—¡No habrá otro día!

Kaul se espabilaría. Iría siempre con guardaespaldas o cambiaría de hábitos. En cualquier caso, el huesos verdes de la perilla consideraría indigno a Bero después de aquel fracaso; un simple aspirante indigno. Y perdería la oportunidad de conseguir jade.

Se colgó el Fully al hombro y saltó la barandilla.

—Quédate si quieres —dijo a Pícaro—. Cuando vuelva con la cabeza de Kaul, les diré que has sido un cobarde de sangre aguada. Más te valdrá irte de la ciudad.

Pícaro era un gallina, igual que Sampa, pero con la diferencia de que no soportaba que se lo llamaran; Bero había tardado poco en darse cuenta. Se dejó caer al otro lado de la barandilla y empezó a bajar por la pendiente, tan deprisa como pudo con la pesada arma desequilibrándolo. No miró atrás. Estaba seguro de que Pícaro lanzaría unas cuantas maldiciones y luego iría

tras él, pero aunque no lo siguiera, le daba igual. No iba a dejar que se le escapara aquella oportunidad de oro.

El huesos verdes de la perilla le había prometido una gema de jade si atacaba el Lila Divina, pero si mataba a Kaul Lan (¡el pedestal de Sin Cumbre!), el jade que portaba sería suyo por derecho. Los huesos verdes arrancaban el jade de los cadáveres de sus enemigos, lo sabía todo el mundo.

Lan había saltado la barandilla y descendido con Ligereza por la pendiente hasta la pasarela de madera, vacía, que bordeaba el muelle. Se colocó bien la chaqueta y echó a andar, dejando atrás a los perseguidores. No le preocupaba que lo siguieran. Su Percepción era increíble, más intensa y nítida que nunca. Podía notar la confusión y el caos que había dejado tras él y estaba seguro de que los matones no eran siquiera profesionales. Los habían contratado para que lo tiroteasen. Casi se sentía insultado.

También le preocupó la idea de que quizá su familia y él no estuvieran tan a salvo como había supuesto dentro del territorio Sin Cumbre. Una generación atrás, durante la ocupación extranjera, los rebeldes kekoneses dominaban la guerra de guerrillas, los ataques sorpresivos y el asedio constante. Hilo le había hablado del robo organizado en las Dársenas; era casi seguro que Montaña estaba detrás, y a Lan no le cabía duda de que aquello formaba parte de lo mismo: un trabajo de zapa constante para agotar a Sin Cumbre, para distraer y abrumar a sus líderes. Los enemigos fingían una actitud pacífica, se negaban a dar la cara y se ocultaban tras las actividades de delincuentes comunes suficientemente temerarios y estúpidos para cumplir las órdenes de Montaña. Tenía todo el aspecto de una guerra paciente y basada en la táctica que habrían aprobado Ayt Yu y Kaul Sen contra los shotarianos, pero que eran totalmente contrarias a la tradición de resolver las disputas entre huesos verdes mediante combates públicos. Era un insulto y una falta de respeto. Lan estaba furioso, y entendía por qué lo estaba Hilo.

Quizá debería dar la vuelta y matar a esos hombres. Pero no tenía tiempo y no quería armar una escena que lo retrasara. Aquella noche tenía

que ocuparse de problemas más acuciantes, y se suponía que tendría que estar en su despacho esperando la llamada de Hilo. Aceleró el paso. La pasarela recorría todo el camino hasta el lugar donde la Vía del General pasaba por debajo de la autopista KI-1. Allí podría regresar al nivel de la calle y coger otro taxi que lo llevara tranquilamente a casa.

Estaba a punto de llegar cuando empezó a dolerle el pecho. Fue una presión repentina, como si le hubieran agarrado el diafragma en un puño. Redujo el paso, preocupado, y se llevó una mano al esternón. No vio ningún movimiento en la oscuridad casi absoluta. Las farolas de la calle que corría por encima solo iluminaban las figuras planas de los sampanes y los mástiles de los juncos que se balanceaban lentamente con el suave oleaje.

Se sintió desorientado de repente, como si hubiera pasado de un lugar a otro distinto atravesando una puerta en un sueño. Sacudió la cabeza, intentando concentrarse. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacía allí? Se puso a jadear y se preguntó por qué le latía el corazón de forma irregular.

Estaba en el muelle. Intentaba volver a casa. Había salido del Lila Divina y subido a un taxi. Lo seguían... Por eso había dejado el taxi y estaba allí abajo. ¿Por qué se le había olvidado todo hacía un momento? Dio unos pasos más y se tambaleó. Las piernas no lo sostenían. Algo iba mal. Una niebla descendía sobre él, arrebatándole la claridad mental y la fuerza del cuerpo. Se sintió febril, acalorado, pero cuando se llevó una mano a la frente descubrió que no estaba sudando. Tenía la piel caliente y seca.

Aquellos síntomas no estaban relacionados con el jade; no se parecían a nada que hubiera experimentado antes. Se le ocurrió que quizá estuviera sufriendo un ictus o un ataque al corazón. Entonces cayó en una explicación mejor: el SN1 que se había inyectado unos minutos antes. ¿Cuántos días habían pasado desde la inyección anterior? ¿Ocho? ¿Nueve? Después de aquel periodo de abstinencia, debería haber tomado solo media dosis. Probablemente estaba distraído y apurado y se había metido una dosis entera.

Intentó concentrarse. Debía llegar a la calle y encontrar un teléfono de inmediato. Había tomado la precaución de guardar en casa un neutralizador del SN1; solo necesitaba llegar. Puso un pie delante del otro, calculó mal la

distancia y tropezó. Apretó los puños. Podía conseguirlo. Se impuso conseguirlo. ¡La calle no estaba lejos y él era un Kaul! En cierta ocasión, su padre pasó tres días arrastrándose por la selva con una bala en la espalda. Fijó la mirada al frente. Se obligó respirar con regularidad y dio otro paso, y luego otro más. Se le fue aclarando la mente y empezó a andar con paso más firme.

Un ruido a su espalda le hizo volverse. Lan estaba asombrado, no solo porque los dos hombres (no: los dos adolescentes) del coche negro lo hubieran seguido, sino porque en su estado habían conseguido acercarse a cincuenta metros de él sin que se diera cuenta. Cuando giró, los muchachos se detuvieron y transcurrió un instante de silenciosa inmovilidad. El más alto trasteó con el cerrojo del Fullerton que empuñaba, pero fue el rostro deformado del joven de la izquierda lo que hizo que Lan se quedara mirando con incredulidad.

—¿¡Tú!?

Abrieron fuego.

En el cráneo de Lan detonó una explosión de perplejidad y rabia. «Ya basta». Ya estaba bien de aquello. Alzó los brazos y ejecutó Acero y Desviación a la vez, liberando una cantidad inmensa de energía de jade. Los jóvenes no eran tiradores muy buenos, y la adrenalina y el miedo les empeoraron la puntería. Las balas impactaron a los pies de Lan en los tablones de madera, le pasaron silbando sobre la cabeza, agujerearon los cascos de los barcos e incluso levantaron pequeñas salpicaduras en el agua. Las que habrían acertado al pedestal quedaron atrapadas como moscas en una galerna. Tal como había enseñado a Anden, las absorbió en la estela de la Desviación, las hizo girar a su alrededor y las arrojó de vuelta como un puñado de canicas.

No tenían la velocidad y la precisión letales de las balas disparadas por un arma, pero seguían siendo peligrosas. Uno de los atacantes dejó caer el Fully y se agarró el brazo. El otro recibió el plomo en las rodillas y cayó con un grito; el subfusil rebotó en las tablas de madera. Lan ya estaba en movimiento, más rápido que una sombra. Llameando de Fuerza, golpeó a un atacante en la garganta y le aplastó la nuez antes de que cayera al suelo. Se volvió al otro joven; era al que le había perdonado la vida seis meses

antes. Estaba herido e intentaba levantar el arma con la mano izquierda. Lan se la quitó, dobló el cañón con las manos desnudas y la tiró a un lado. El muchacho se arrastró hacia atrás con la boca abierta cuando el miedo superó por fin la codicia temeraria.

—Quieres esto, ¿verdad? —Lan levantó las cuentas de jade que le rodeaban el cuello—. Crees que vale la pena morir por esto. Crees que te convertirá en algo que no eres. —Agarró al idiota por el pelo y tiró hacia delante con intención de romperle el cuello como a un pato, como Hilo había hecho tiempo atrás—. Entonces, eres un estúpido. Demasiado estúpido para vivir.

La mano de Lan se cerró en el aire cuando de repente le fallaron las piernas. Cayó al suelo; un calor rugiente debajo de la piel le engulló el cuerpo y lo llenó de dolor. El dolor del pecho regresó redoblado, dejándole la mente vacía de pensamientos.

El joven retrocedió, mirándolo con los ojos muy abiertos y expresión de desconcierto. Entonces se volvió y echó a correr. Los pasos resonaron como golpes de címbalo dentro del cráneo de Lan, que no se dio ni cuenta de que escapaba. No podía respirar. Tenía la boca seca y le ardía la garganta. Necesitaba detener aquello, apagar el fuego. El fuego era como el jade, la codicia, la guerra y las expectativas insatisfechas; consumía todo lo que tocaba. Agua. Ir al agua.

El mundo se embotaba a su alrededor. Él se desmoronaba rápidamente, como si le hubieran arrancado todo el jade de golpe. Tanteó frenéticamente en busca de las cuentas que llevaba al cuello, de los gemelos que llevaba en las muñecas. Seguía teniendo todas las gemas. «Levántate —se azuzó—. Sigue andando». Consiguió ponerse en pie y dio unos pasos. Cuando se entrenaba en la academia era capaz de correr con agilidad por vigas estrechas, pero en aquel momento perdió el equilibrio y acercó demasiado el pie al borde del muelle. Cayó al agua, y cuando chocó contra la superficie, el frescor y el alivio fueron tan instantáneos que no se resistió cuando el silencio se cerró sobre su cabeza.

Segundo interludio

El Que Regresó

EL texto más conocido de la religión deísta, el Pacto del Retorno, narra la historia de un devoto llamado Jenshu que, en un pasado lejano, denunció las maldades de un rey despótico y se vio obligado a abandonar su país. Reunió a su familia, incluidos sus hermanos y hermanas y las familias de aquellos, y todos subieron a un gran barco y zarparon en busca de las ruinas legendarias del palacio original de jade en la Tierra.

Después de navegar cuarenta años, deteniéndose de vez en cuando pero sin establecerse en ningún lugar, ayudados por algunos dioses y entorpecidos por otros, tras sobrevivir a aventuras que sentarían la base de muchos mitos de la cultura kekonesa, Jenshu y su clan llegaron a una isla fértil y virgen. Yatto, el Padre de Todos, impresionado por la entrega y la devoción de Jenshu, que para entonces ya era anciano, lo guio a unas montañas donde encontró piedras de jade: los restos del hogar divino que estuvo destinado a la humanidad. Un regalo de los dioses.

Mientras su familia construía un poblado a orillas del mar, Jenshu se retiró a vivir como un ermitaño y meditar en las montañas. Rodeado de jade, desarrolló con maestría unas habilidades y una sabiduría semejantes a las de los dioses, y así se acercó más aún al estado de virtud divina. Sus nietos y los hijos de sus nietos acudían a él en busca de ayuda; Jenshu abandonaba su aislamiento durante periodos breves para mediar en

disputas, aplacar terremotos, frenar tormentas y rechazar a invasores bárbaros. Cuando cumplió trescientos años, los dioses acordaron que, de entre todos sus descendientes humanos, solo Jenshu merecía regresar al Cielo.

Los deístas devotos kekoneses se consideran descendientes de Jenshu, los humanos más bendecidos por los dioses. Los huesos verdes que practican la religión deísta en la actualidad consideran que su forma de vida fue dictada por Baijen, el sobrino favorito de Jenshu, que fue a las montañas para aprender de su tío y, cuando este abandonó la Tierra, se convirtió en el protector de los isleños: el primer y más valiente guerrero de jade según la leyenda de la isla. Mientras que todos los kekoneses veneran a Jenshu como El Que Regresó, solo los huesos verdes se consideran bastante cercanos a su legado para referirse a él simplemente como «Anciano Tío».

Por influencia de Jenshu, los dioses proclamaron más adelante que, cuando el resto de la humanidad siguiera su ejemplo y alcanzase humildad, compasión, valentía y bondad, las cuatro Virtudes Divinas, también sería acogido de vuelta a la divinidad. Todos los deístas creen que la promesa se materializará, y a esto lo llaman el Retorno.

CAPÍTULO 32

La que regresó también

EL teléfono sonó antes del amanecer y Shae se despertó; era la mañana del día en que tenía intención de ir a cenar con su abuelo y sus hermanos en la mansión familiar. Cuando descolgó, se asombró al oír la voz de Hilo.

—Quédate ahí. Te mando un coche.

—¿Hilo? —Durante un momento no estuvo segura de que fuera él.

—Tienes que venir a la mansión, Shae.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —El embotamiento del sueño se le despejó de golpe. Nunca había oído a Hilo tan cercano al pánico—. ¿Es el abuelo? —Hubo un silencio al otro lado de la línea, tan profundo que podría haber oído el eco de su voz en un pozo. Apretó el auricular con fuerza—. ¿Hilo? Si no vas a hablar conmigo, pásale el teléfono a Lan.

Algo en la pausa que siguió hizo que la noticia la golpeará un instante antes de oír las palabras.

—Lan ha muerto.

Shae se sentó. El cable del teléfono se tensó y las palabras de Hilo le llegaron elongadas, como si tuvieran que cruzar un extenso brazo de mar.

—Lo cazaron anoche en las Dársenas. Unos estibadores encontraron el cadáver en el agua. Ahogado.

La profundidad de la pena, lo repentino de su llegada, hizo tambalearse a Shae.

—Manda el coche. Estaré lista.

Colgó el teléfono y esperó. Cuando el gran Duchesse Priza blanco de Hilo se detuvo ante el edificio de apartamentos, Shae salió sin cerrar la puerta ni apagar la luz. Subió al asiento trasero.

Maik Kehn se giró y le dirigió una mirada de compasión, tan sincera que se habría echado a llorar si no hubiera sido demasiado pronto.

—Tengo que pasar por el banco —dijo Shae.

—Se supone que debo llevarte directamente a casa —dijo Maik.

—Es importante. Hilo lo entenderá.

Maik asintió y arrancó el coche. Shae le indicó cómo ir al banco. Cuando llegaron, Maik aparcó y salió del coche con ella. Iba armado hasta los dientes: espada luna, cuchillo garra, dos pistolas.

—No puedes entrar al banco con todo eso.

—Esperaré en la puerta.

El banco acababa de abrir. Shae entró y solicitó acceso a su caja de seguridad.

—Por supuesto, señorita Kaul —dijo el encargado—. Acompañeme.

La llevó a la sala interior, con las paredes cubiertas de portillas de acero, y la dejó a solas.

Shae no había abierto la caja de seguridad desde hacía dos años y medio. Cuando introdujo la llave y la hizo girar, la invadió un miedo irracional durante un instante. ¿Y si no estaba allí? Pero estaba. Su jade. Todo. Ya antes de meter la mano sintió el poder que le tiraba de la sangre, como la gravedad de la Luna tira de los mares. Fue contando las gemas mientras se ponía los pendientes y se encajaba las pulseras en los antebrazos, los aros en los tobillos y la gargantilla al cuello. Luego cerró la puerta de la caja, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y se abrazó las rodillas.

Hacía tanto tiempo que no portaba jade que el subidón se acercaba como un maremoto antes de golpear la playa. No se tensó ni se encogió. Corrió con él y se dejó llevar en su camino inexorable. Cabalgó sobre la ola y dejó que le pasara sobre el cuerpo a la vez que se adentraba en su interior.

Estaba dentro de la tormenta. Ella era la tormenta. Le daba vueltas la cabeza, en una desorientación eufórica como la que sentiría al regresar a un antiguo hogar y abrir los cajones, tocar las paredes, sentarse en los muebles; recordó todo lo que había olvidado. Se alzaron la culpa y las dudas, intentando oponerse, pero enseguida cayeron arrastradas por la inundación.

Se puso en pie. Salió del banco y volvió al Duchesse con Maik Kehn. Montó en el asiento del copiloto.

—¿Quieres que te lleve ya a casa, Kaul-jen? —preguntó Maik. Ella asintió.

No hablaron durante el trayecto. La mente de Shae estaba tan desgarrada que su cara y su cuerpo no sabían cómo reaccionar. Cualquiera que la mirase, como Maik Kehn, que de vez en cuando le echaba un vistazo de reojo, creería que era de hielo y no sentía nada.

Que Lan hubiera muerto abría en Shae un abismo de desolación tan extenso que no era capaz de ver el otro lado. Su hermano mayor era la roca de la familia, la persona con la que siempre podría contar pasara lo que pasara. Nunca había sido cruel con ella ni la había juzgado; siempre le había prestado atención, y la respetaba aunque fuese mucho más joven que él. Shae quería estar a solas con el dolor de la pérdida, pero no podía evitar saborear el redescubrimiento de sus sentidos de jade. No podía evitar la sensación de euforia que le causaba el poder recuperado, y eso le causaba unos remordimientos terribles. Mientras tanto, otra parte de ella estaba pensando con claridad, si bien de manera febril, en la venganza.

Cuando llegaron a la mansión pasó por delante de los centinelas y encontró a Hilo en la cocina, de pie, con las manos apoyadas en la mesa con tanta fuerza que le sobresalían los omóplatos y la cabeza parecía colgar entre ellos. Estaba cargado de armas, igual que Maik. Parecía mantener el control, casi pensativo, pero su aura de jade se alzaba y se retorció con la consistencia incandescente de la lava a punto de saltar en erupción. Lo flanqueaban varios puños, de modo que la cocina familiar estaba abarrotada de hombres feroces que esperaban. El clamor colectivo de las auras de aquellos cuerpos cargados de jade asaltó el recién despertado sentido de la Percepción de Shae, que tuvo que detenerse un momento para prepararse antes de entrar.

De algún lugar de la mansión llegaban los sollozos apagados de Kyanla. Hilo alzó la cabeza y la miró, pero no se movió.

—Voy con vosotros —dijo Shae—. Sé adónde.

Hilo se irguió, rodeó la mesa y se le acercó. Shae intentó descifrar la mirada de su hermano, pero era tan sombría y distante como se sentía ella. El cuerno le puso las manos en los hombros, la acercó hacia sí y apoyó la mejilla contra la suya.

—Que el Cielo me asista, Shae —le susurró al oído—. Los voy a matar a todos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 33

La salida de la selva

GONT Asch pasaba casi todos los días sextos en el Espolón Plateado, un bar con un reñidero de gallos perteneciente a su primo, un linero del clan Montaña. Gont siempre había sido aficionado a las peleas de gallos, y poseía una docena de campeones que su sobrino le había criado y entrenado. En aquel momento, su gallo de pelea estaba acabando con el contrincante en un torbellino de aleteos, picoteos y destellos de espolones acerados. En torno la pista se alzaron gritos de alegría y gruñidos de decepción de los apostantes. El dinero cambió de manos mientras el árbitro alzaba a los dos gallos, arrojaba al perdedor espasmódico a un cubo de plástico azul y devolvía al vencedor a las manos de su sonriente entrenador.

La pista y las gradas ocupaban la planta baja del Espolón Plateado. En la planta superior, abierta por el centro, estaban el restaurante y el bar; la mitad de las mesas tenían vistas a la acción de la planta baja, y los que no podían ocuparlas veían las peleas en las pantallas de circuito cerrado colgadas de las paredes. Entre combate y combate, Gont despachaba una comida tardía y hablaba de negocios con tres puños. Entonces, un mensajero cruzó la puerta, subió la escalera corriendo y llevó la noticia a la mesa: Kaul Lan había muerto y Kaul Hilo iba para allá a matar a Gont personalmente.

El cuerno se quedó estupefacto, pero no dejó que se le notara en la cara. Gont era experto en guardarse para sí los pensamientos y emociones. Solo Waun Balu, su puño primero, notó el minúsculo cambio en la expresión de su jefe: un aleteo de las narinas y los labios apretados con escepticismo.

Gont miró a su alrededor. Estaba en un edificio de la zona sur de las Charcas, muy adentrado en el territorio de Montaña, en pleno día y rodeado de guerreros huesos verdes del clan. ¿De verdad Kaul estaba tan loco como para atacarlo allí?

Decidió que sí.

—Llamad a todos los dedos que anden cerca —ordenó a los puños—. Sacad a la gente. Poned centinelas a los dos extremos de la calle y guardias a la puerta.

Sus hombres obedecieron sin dilación. Gont llamó a su sobrino y le dijo que sacara los gallos por la puerta trasera y se los llevara lejos. El dueño del Espolón Plateado se negó a marcharse con los clientes, de modo que Gont le dijo que se encerrara en la cocina con los empleados y tuviera un par de escopetas apuntando a la puerta.

La batalla iba a ser sangrienta. El segundo de los Kaul era un luchador fiero cargado de jade y por mucho que en Montaña se rumorease que Sin Cumbre estaba en decadencia, Gont sabía que seguía siendo un clan temible, con guerreros jóvenes entregados a su servicio. Después del intento de asesinato fracasado y el duelo de la Fábrica, Ayt-jen había ordenado que todo el mundo tuviera mucho cuidado y se concentrara en los objetivos a largo plazo de Montaña. De modo que Gont no esperaba que se produjera tan pronto un enfrentamiento violento. Por mucho que deseara separar la cabeza del cuerpo de Kaul Hilo, se preguntaba qué habría marchado mal y por qué habrían fallado los planes. Pero en ese momento no tenía tiempo para hacer conjeturas.

Los huesos verdes ocuparon el Espolón Plateado y las calles adyacentes. En pocos minutos, Gont tenía catorce hombres dentro del edificio y alrededor: tres puños y once dedos. Ocuparon posiciones cerca de la puerta y en las ventanas de la primera planta. Otra media docena de guerreros de jade se reunió al final de la calle, en el hotel Armas de Bronce, propiedad de Montaña; desde allí podrían aparecer detrás de los luchadores Sin Cumbre y

atacarlos por la espalda. Gont suponía que Sin Cumbre tendría superioridad numérica, pero estaban en territorio de Montaña y tenía la ventaja del terreno.

Se planteó si telefonear al pedestal, pero decidió que no. Los refuerzos no llegarían a tiempo, y además tenía intención de enfrentarse a Kaul Hilo y matarlo personalmente.

La trampa fue idea de Shae.

Antes de que llegara a la mansión, Hilo estaba dispuesto a meterse directamente en el corazón del territorio de Montaña para matar a Gont y a todos los guerreros que pudiera. Ya se había bebido un vaso de hoji y se había hecho un corte en la lengua con el cuchillo, al igual que sus puños: el rito tradicional de los huesos verdes cuando emprendían una misión de la que no esperaban regresar.

Shae lo miró desde el otro lado de la mesa de la cocina, como cuando eran pequeños.

—Tenemos que ser más inteligentes. Si morimos hoy, gana Montaña. —Era importante hacer planes con cuidado, incluso en aquel momento tan horrible—. Gont estará preparado y esperándonos. Aunque lo matemos, no derrotaremos a Montaña. ¡No los destruiremos!

Quizá aquel estallido de emoción desatada, que inflamó el aura de jade de Shae con una vehemencia que Hilo no pudo pasar por alto, fue lo que lo obligó a pensar con claridad. Miró a sus puños de confianza y vio que algunos asentían a las palabras de Shae. Se volvió hacia ella.

—Habría rogado a los dioses que no hubiera hecho falta esto para que volvieras. Pero eres verde, una de los nuestros de nuevo, así que dime qué estás pensando.

Cuando Shae explicó la idea, Hilo, con una sonrisa de determinación fría y satisfecha, la adoptó con tanta convicción como si se le hubiera ocurrido a él. Dio órdenes a sus hombres, que salieron corriendo a transmitirlas. Mientras los hermanos Maik organizaban los grupos de ataque, Shae fue a equiparse a la armería que había detrás de la sala de entrenamiento. Cuando regresó, Hilo estaba sentado en la escalera con Wen,

despidiéndose de ella. Había acercado la cabeza y hablaban en voz baja. Wen tenía los ojos secos, pero le temblaban los dedos al acariciar el pelo de Hilo con ternura. Shae se giró, sintiéndose una intrusa; no quería interferir en un momento íntimo. Salió por la puerta principal y vio como el Duchesse y cinco coches más salían de la hacienda.

Quien estuviera vigilando vería que la caravana de vehículos entraba en el túnel de la calle Lo Low, y Gont Asch recibiría aviso de que Kaul Hilo iba de camino al Espolón Plateado a entablar batalla. Montaña se apresuraría a organizar la defensa mientras la caravana encabezada por el Duchesse circundaba tranquilamente el distrito de las Charcas antes de regresar a territorio Sin Cumbre.

A los pocos segundos de que los señuelos abandonaran la rotonda de la mansión Kaul, los Maik y otros tres puños montaron en vehículos anodinos que les había proporcionado apresuradamente un linterna que tenía cerca un negocio de venta de automóviles. Hilo salió, ya desprovisto de la ternura que Shae había contemplado poco antes. Bajó a zancadas la escalera exterior y se giró hacia la mansión; se puso de rodillas y tocó el suelo con la frente. Después se echó hacia atrás y alzó el rostro al cielo.

—¿Me oís? —gritó, y Shae no estuvo segura de a quién gritaba, si a sus hombres, a la ventana de la habitación del abuelo, al espíritu del hermano asesinado o a los propios dioses—. ¿¡Me oís!? Estoy listo para morir. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor.

A Shae siempre le había disgustado la afición de Hilo por los gestos dramáticos, pero inclinó la cabeza y tragó saliva cuando todos los huesos verdes reunidos cayeron de rodillas y gritaron con fervor:

—¡Nuestra sangre por el cuerno!

Las tres casas de apuestas más grandes y lucrativas de la ciudad eran el Palacio de la Fortuna, la Dama Cong y el Doble Doble. Estaban instaladas codo con codo en el mismo tramo de la calle del Pobre, en la parte sur del Sobaco, que todavía pertenecía a Montaña. Eran una de las posesiones más conocidas del clan y el lugar donde los linternas de alto nivel realizaban tratos fuera del horario de oficina, donde se sobornaba y recompensaba con

lujos y diversiones a los colaboradores políticos y comerciales. Un lugar adecuado para una represalia sin precedentes.

Hilo había asentido con admiración ante la elección de Shae.

—Lan luchó por el Sobaco y es nuestro por derecho. Todo entero.

Cruzaron la calle del Patriota con una docena de los puños más fuertes de Sin Cumbre. Shae tomó el Dama Cong con cuatro guerreros que le asignó Hilo, mientras los Maik asaltaban el Doble Doble con otro grupo. Hilo marchaba con su equipo a destruir el Palacio de la Fortuna.

Para Shae, todo fue un sueño febril y violento. El coche se detuvo delante del casino; Shae se apeó y pasó a zancadas frente al asombrado aparcacoches, que se encogió al verlos; rodeó la fuente iluminada con la estatua de la bailarina en el centro y subió los escalones de mármol hasta la puerta giratoria de cristal. Se había acabado lo de ocultarse en la multitud; la luz del sol arrancó destellos a los brazaletes de jade, y miradas temerosas y expectantes siguieron todos y cada uno de sus movimientos. El ansia era embriagadora, y se sentía poderosa de una manera que no había sentido en años. Los extranjeros tenían razón: los kekoneses eran unos salvajes. Lan no lo había sido, al menos de corazón, pero había muerto.

El puño más veterano que la acompañaba, un hombre de ojos grises llamado Eiten, no parecía estar seguro de cómo comportarse ante ella. Era uno de los lugartenientes de mayor nivel de Hilo, pero ella era una Kaul; no sabía si darle órdenes u obedecerlas.

—¿Cuál es el plan, Kaul-jen? —preguntó justo antes de que llegaran a la puerta.

Shae desenvainó la espada luna y se la tendió; Eiten escupió en la hoja para atraer la suerte.

—Matar a todos los que porten jade.

Era una consigna suficientemente sencilla. Cuando cruzaron la puerta empezaron los gritos. Shae detectó las cuatro auras de jade que había en la sala como una cobra detecta el calor corporal. Destacaban como faros en medio de los demás ruidos y movimientos irrelevantes. Un par de los huesos verdes habían percibido las intenciones homicidas y estaban preparados; desenvainaron las espadas y saltaron en el acto sobre los intrusos.

Habían pasado años desde el último combate a muerte de Shae. Por el camino había estado preguntándose si todavía tendría la habilidad, los reflejos y el instinto necesarios, o si los dos años y medio sin jade de su pacífica vida espenia la había echado a perder. De modo que casi se sorprendió cuando liquidó al primer adversario en cuestión de segundos. Desvió con la espada el primer ataque, metal blanco cantando contra metal blanco, y lanzó un tajo evidente hacia el abdomen del rival. El hombre se Aceró y curvó la columna para apartarse; el movimiento hizo que la cabeza se le inclinara hacia delante, y la mano izquierda de Shae se movió como un látigo y hundió el cuchillo garra en el cuello desprotegido. Ejecutó Ligereza al arrancar el cuchillo y se desplazó de inmediato hacia el siguiente objetivo.

Parecía una práctica de la academia, otra prueba cronometrada. El entrenamiento y la experiencia se hicieron cargo. Se convirtió en un ente concentrado y eficaz, y la energía del jade le circulaba por la sangre como una canción que hacía tiempo que no oía pero sabía de memoria. Luchó contra otro hombre de la primera planta hasta que Eiten lo degolló desde atrás. Shae saltó con Ligereza a la galería de la segunda planta.

Un puño, otra mujer, custodiaba la puerta de la estancia donde se había refugiado el personal. Recibió a Shae con una descarga de Desviaciones ofensivas que tiraron sillas, hicieron salir volando cartas y fichas como confeti y sacudieron las paredes. Shae serpenteó entre las barreras y bloqueó los ataques con Desviaciones hasta que se acercó lo suficiente y los cuchillos garra se enfrentaron en el pasillo estrecho. El cuchillo no podía cortar el Acero de la mujer. Al final, Shae le aplastó la rótula de una patada, y cuando su rival se dobló hacia delante a causa del dolor, la golpeó con el codo en la coronilla con toda la Fuerza que pudo invocar y le atravesó el cráneo.

Cuando todos los huesos verdes del edificio, seis en total, estuvieron muertos arrancaron literalmente la puerta de la sala trasera y Shae se dirigió al aterrorizado personal del Dama Cong que se había amontonado allí:

—Todos los negocios de la calle del Pobre son propiedad del clan Sin Cumbre a partir de ahora. Podéis marcharos con vida y no volver. O podéis

jurar lealtad, pagar tributo y conservar vuestro trabajo en las mismas condiciones y con el mismo sueldo bajo la nueva dirección. Elegid de prisa.

La cuarta parte de los empleados se marchó; los demasiado veteranos o demasiado bien conectados con Montaña, que eran leales de verdad o tenían miedo a las repercusiones si cambiaban de bando. El resto se quedó y se recuperó de la perturbación con una rapidez notable; los kekoneses estaban acostumbrados a los cambios de dirección locales y los sobrellevaban como desastres naturales: incidentes violentos, repentinos e imprevisibles; después arreglarían los daños tranquilamente y los negocios recuperarían la actividad habitual. Al poco rato, el personal restante del casino estaba atareado colocando el mobiliario, barriendo los cristales rotos y limpiando las manchas de sangre antes de que estropearan las lujosas alfombras y tapices.

Shae recogió el jade de los enemigos que había matado y dejó al cargo a Eiten y a los otros hombres de Hilo. Encontró a su hermano en la calle; daba órdenes a gritos y señalaba aquí y allá con el cuchillo garra ensangrentado; el delirio del combate le encendía el rostro y el aura. Se había declarado un incendio en el Doble Doble; era imposible saber si había sido accidental, lo había provocado Montaña al huir o era cosa de un guerrero Sin Cumbre demasiado entusiasta. El humo salía en volutas por las ventanas de la planta alta y se mezclaba con los colores desvaídos del cielo.

Hilo la miró cuando se acercó; se fijó en el puñado de jade que sostenía y los labios se le curvaron en algo que no era exactamente una sonrisa. Volvió la vista hacia el caos: el fuego, la gente que corría, los sonidos intermitentes de otros combates. No procedían solo de huesos verdes; por la calle del Patriota llegaba gente del sector del Sobaco que pertenecía a Sin Cumbre. En las calles había gritos y enfrentamientos entre ciudadanos que apoyaban a un clan u otro.

—No es suficiente —murmuró Hilo. Shae no sabía muy bien si se refería a la cantidad de jade que tenía en la mano, a las casas de apuestas o al número de huesos verdes Montaña que habían muerto aquella tarde. Estaba demasiado agitada para responder.

Hicieron falta otros treinta minutos para apagar el incendio del Doble Doble y para que el caos se fuera transformando en el tenebroso silencio

que sigue a las batallas. Cuando el sol se ocultó tras el horizonte cubierto de humo, Hilo organizó a los suyos para pasar la noche y Shae terminó en el asiento trasero de un coche que se dirigía a la mansión Kaul. Para entonces, todo se había convertido en un borrón, una película surrealista de venganza y salvajismo.

Gont Asch atendió la llamada en silencio, pero todos los hombres que tenían un mínimo de habilidad Perceptiva se apartaron de él. Gont se había quedado helado de asombro y estaba empezando a ponerse rojo de rabia.

Veintiún miembros del clan Montaña habían muerto en el ataque por sorpresa, dedos y puños jóvenes que habían acudido a defender las tres casas de apuestas de la calle del Pobre pero no eran rivales para los asesinos de Sin Cumbre que había reunido Kaul Hilo. Un par de linternas estúpidos que habían disparado contra los atacantes estaban en el hospital. Absolutamente todo el Sobaco había quedado bajo el control de Sin Cumbre. Yanlún no había presenciado jamás semejante estallido de violencia entre clanes.

Gont colgó. Se quedó inmóvil varios segundos. Después arrancó de la pared el teléfono con su carcasa y lo lanzó a través de la sala, con tal fuerza que se empotró en la pared opuesta del Espolón Plateado. Sus hombres se quedaron paralizados, conmocionados por aquel estallido tan impropio de él.

—Kaul Lan ha muerto —dijo Gont—. Su familia ha salido de la selva. Estamos en guerra abierta contra Sin Cumbre. Sus vidas y bienes son objetivos legítimos, y el jade será para el vencedor.

CAPÍTULO 34

Se lo debes a los muertos

SHAE se despertó confusa. Aún era de noche y estaba en su dormitorio de la infancia. Hacía tiempo que no pisaba aquel lugar, salvo para recoger ropa y otras pertenencias. Cuando abrió los ojos, la luna que iluminaba tenuemente la habitación le dejó ver en el suelo, al lado de una lámpara vieja y un montón de novelas, una pila de armas y ropa manchada de sangre. Se dio cuenta de que se había arrastrado bajo la sábana sin nada más que la ropa interior... y el jade.

Entonces lo recordó todo. La muerte de Lan; ella poniéndose el jade y empuñando las armas; acompañar a Hilo para desatar una venganza atroz en la calle del Pobre. En su interior empezó a crecer una presión que se expandió como un globo dentro de una caja, hasta que le salió del pecho un gran sollozo. Se acurrucó en posición fetal, hundió la cara en la almohada, y lloró y lloró hasta que se quedó sin lágrimas ni energía. Entonces se quedó inmóvil, respirando entrecortadamente, y repasó su nueva y terrible realidad.

Algo la había poseído. Era la única explicación, o quizá tan solo una excusa. La víspera, un dique con finísimas fracturas que había estado soportando la presión había estallado dentro de ella, y en vez de horrorizarse había acogido de buen grado la destrucción definitiva; se había deleitado en el dulce poder del jade y en el frenesí de la venganza violenta.

Sin embargo, en la fría claridad posterior a la batalla se sentía embotada. Había hecho algo irreversible la noche anterior, algo cobarde y valeroso a partes iguales, y se preguntó si aquella mezcla de tristeza, euforia extraña y aceptación tranquila era lo que se sentía en los instantes de caída libre después de saltar desde un puente elevado. Tras una elección semejante no se podía cambiar el destino, solo aceptar la decisión tomada y prever el desenlace inevitable. Aquel pensamiento la tranquilizó de algún modo, y poco a poco fue relajándose.

La Percepción le dijo que no era la única que estaba despierta. Ahora que podía sentir de nuevo las auras de jade con tanta facilidad como veía los colores, le parecía inconcebible la idea de que no volvería a sentir la textura fresca y pesada de la presencia de Lan. Sin embargo, se trataba de una verdad más inmutable e inmisericorde que el efecto de la gravedad sobre un cuerpo en caída libre.

Salió de la cama y encendió una lámpara. Encontró en el armario una camiseta y unos pantalones de chándal, ropa que no se había molestado en llevarse. Se vistió con lentitud. Le dolían el cuerpo y la mente. El entrenamiento cotidiano seguía sin ser lo mismo que portar jade y luchar con él. Tenía moratones y cortes superficiales que no había notado la noche anterior, y sospechaba que pasaría más de una semana antes de que pudiera moverse o desplegar sus habilidades de jade sin sufrir dolor. Se miró al espejo del vestidor y vio que tenía un aspecto maltrecho y cansado, más el de una víctima de malos tratos que el de una guerrera huesos verdes, salvo por el jade en los brazos, las orejas y el cuello.

Salió de la habitación y recorrió el pasillo a oscuras en dirección a un resplandor procedente de la planta baja. En el exterior seguía siendo de noche. Los únicos sonidos que perturbaban el silencio espectral de la mansión eran el tictac del reloj y el golpe de una cuchara contra la loza. Resultaban ensordecedores. Bajó la escalera, entró en la cocina y vio a Hilo sentado a solas ante un bol de gachas calientes. Llevaba la misma ropa que el día anterior. La espada luna envainada estaba apoyada en una silla, y el cuchillo garra manchado de sangre descansaba en la encimera de piedra. No se había afeitado y, a juzgar por su aspecto, tampoco había dormido, pero

desayunaba con tanta tranquilidad que cualquiera habría creído que no pasaba nada fuera de lo normal.

Shae se sentó enfrente de él, en silencio.

—Hay una olla en el fogón, si te apetece —dijo Hilo al cabo de un rato—. Kyanla la hizo ayer, pero no comió nadie. Sigue estando bueno; solo hace falta echar un poco de agua.

—¿Dónde está todo el mundo? —La voz de Shae sonó seca—. ¿Y el abuelo?

Hilo señaló el techo con el mango de la cuchara.

—En su habitación. Probablemente sigue sedado. Ayer, Kyanla tuvo que llamar al médico mientras estábamos fuera. Parece que tuvo que darle al viejo algo bastante fuerte para calmarlo.

—¿Qué le pasa?

—Está viejo y loco. —Hilo volvió hacia ella los ojos oscuros—. Tuvo un colapso cuando supo lo de Lan. Creyó que estaba en la guerra y era a Du a quien habían matado; ha estado despotricando contra los shotarianos. Normalmente no me reconoce, y cuando sabe quién soy, me echa la culpa; dice que soy la causa de la muerte de Lan.

Hilo habló con voz neutra, pero Shae no se dejó engañar. Quería levantarse e ir corriendo a ver al abuelo, pero si se marchaba en aquel momento, Hilo se sentiría herido, y parecía peligroso herirlo en aquel momento. El abuelo siempre había sido más afectuoso con ella que con sus hermanos, y al que peor había tratado había sido Hilo.

Su hermano siguió comiendo y Shae se preguntó: «¿Cómo puede comer justo ahora?». Ella llevaba un día sin probar bocado, pero no tenía apetito en absoluto; no estaba segura de si lo volvería a tener.

—¿Y los demás?

—Están ocupados, Shae. Estamos muy saturados. Kehn está a cargo del jaleo. He mandado a Tar que recorra la ciudad y se asegure de que tenemos defensas en los demás sitios.

Shae se irguió. Había recordado una cosa.

—¿Dónde está Doru?

—¿El traidor? —Hilo torció el gesto—. Lo atrapamos esa noche, ya sabes. Lan tenía que reunirse con nosotros para encargarse él mismo.

Estuve llamándolo, pero no conseguí dar con él. Nadie sabía dónde estaba. Fue cuando supe que algo iba mal.

—¿Has matado a Doru?

Hilo negó con la cabeza.

—Iba a decidirlo Lan. ¿Qué iba a hacer yo con esa comadreja? En cualquier caso, le quité todo el jade y lo encerré en su casa, bajo guardia. Lleva allí desde entonces. Sin teléfono ni visitantes.

Sin jade. Sería una humillación terrible para aquel viejo huesos verdes que había sido el hombre de confianza de la Antorcha de Kekon. A pesar de lo que lo odiaba, Shae se lo imaginó sufriendo la virulenta abstinencia del jade y vigilado por los insensibles hombres de Hilo, encerrado en su propia casa, y sintió lástima por él, fuera un traidor o no.

—No puedo ejecutarlo ahora —dijo Hilo—. No quiero empañar el funeral de Lan con algo tan nefasto. Pero ya no es el hombre del tiempo; se lo he dejado claro al clan.

Fue entonces cuando Shae entendió realmente la situación: Hilo era el pedestal.

Observó con atención a su hermano. Jamás había habido un pedestal de menos de treinta años. Hilo era poco mayor que ella; de hecho, había sido el cuerno más joven que se recordaba. Y ahí estaba sentado: cubierto de sangre y apestando al humo del incendio, comiendo un cuenco de cereales después de haber dirigido una masacre. Su aura tenía el filo agudo del jade nuevo que había recogido. Shae se estremeció. «Esto es el fin —pensó—. Esto es el fin del clan Sin Cumbre».

La cuchara repiqueteó en el cuenco vacío. La silla se arrastró ruidosamente hacia atrás cuando Hilo se levantó de la mesa. Posiblemente no necesitaba Percibir la reacción emocional de Shae; seguro que se le notaba en la cara. Pero no dijo nada. El nuevo pedestal dejó los cacharros en el fregadero, y luego se lavó y se secó las manos. Cogió una silla y la puso delante de Shae; se sentó y la cogió por los codos. Las rodillas de ambos se tocaban.

—Vendrán a por nosotros —dijo—. Vendrán con todas sus fuerzas.

—Sí —coincidió Shae. Ayt Mada podría haber negociado con Lan. Después de lo de la noche anterior, después de lo que habían hecho Hilo y

ella, no habría piedad. Montaña saldría de la selva y no descansaría hasta que todos los Kaul hubieran muerto. Ejecutarían a sus aliados más estrechos; la mansión ardería hasta los cimientos. Montaña absorbería lo que quedase del clan.

—Te necesito, Shae. —Por fin empezó a mostrar algo de la tensión que soportaba; todos sus rasgos parecían más afilados que antes—. Sé que no siempre hemos estado de acuerdo. Sé que a veces he dicho cosas, he ido demasiado lejos... Pero ha sido porque eres mi hermana y te quiero. Aunque todavía estés enfadada conmigo, sé que te importa el clan. El abuelo lo construyó; Lan murió por él, y ahora yo necesito tu ayuda. No puedo hacer esto sin ti. —La agarró con más fuerza; se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza para mirarle la cara abatida; aquella mirada firme era un ruego solemne—. Shae, necesito que seas mi hombre del tiempo.

Pocos días antes había insistido ante Anden en que había dejado atrás los asuntos del clan y la vida de huesos verdes. «No te metas, no te preocupes, Lan no necesita ayuda, no son problemas tuyos». Egoísmo. Orgullo. Desapego. Lo contrario de las Virtudes Divinas sobre las que meditaba cuando se arrodilló en el templo del Divino Retorno y rezó pidiendo una señal. Un mensaje inequívoco. Había conseguido lo que pidió.

Muchas veces, los dioses son crueles. Todo el mundo lo sabe.

Si Sin Cumbre quería tener alguna esperanza de sobrevivir, el pedestal necesitaba un hombre del tiempo en quien pudiera confiar. ¿Quién había en el clan que pudiera hacer frente a Hilo? ¿Quién podía moderarlo y evitar que consiguiera que lo mataran, arrastrando al clan con él? Si ocurría aquello, el espíritu de Lan jamás estaría en paz. «No es cierto que los muertos no se preocupen —pensó Shae—. Se lo debes a los muertos».

Shae se escurrió lentamente de la silla y se arrodilló en las frías baldosas de la cocina. Unió las manos y se las llevó a la frente.

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. Por mi honor, mi vida y mi jade.

CAPÍTULO 35

Una recepción inesperada

LO único que no le faltaba a Bero era dinero. Había una clínica en la Forja que abría toda la noche, una entre unas cuantas repartidas por la ciudad en las que médicos de formación dudosa remendaban heridas sin hacer preguntas mientras se pagara el servicio. A la mañana siguiente a los sucesos del muelle, temprano, más o menos al tiempo que encontraban el cadáver de Kaul Lan, Bero estaba sentado en una mesa de acero bajo un fluorescente que zumbaba mientras un hombre lleno de arrugas, con los ojos llorosos y mechones de pelo que parecían hilo dental sucio, le sacaba dos balas del brazo y lo vendaba. Enrollaba la venda con tanta lentitud que a Bero le apetecía golpearlo. Había pasado horas escondido en la maleza, bajo un puente de la autopista, y en aquel momento estaba furioso.

Cuando salió de la clínica, la noticia ya corría por la ciudad. Oyó comentarlo mientras hacía cola para comprar una empanada de carne y un refresco en la primera tienda que encontró. Kaul Lan, pedestal de Sin Cumbre, había muerto. Se creía que lo había asesinado Montaña.

Se le disparó el pulso. Estaba confuso, pero empezó a extenderse una sonrisa por la cara y tuvo que obligarse a reprimirla. Había sido simple suerte, la dulce y misericordiosa suerte de los dioses, que él siguiera con vida y esa mierdecilla idiota de Pícaro hubiera muerto, pero ahora estaba seguro de que le sonreía la fortuna. Todo estaba oscuro y había huido preso

del pánico. No se había dado cuenta, pero parecía que, después de todo, la ráfaga de balas había alcanzado a Kaul; simplemente había tardado más de lo normal en morir. Lo que significaba que él, Bero, había matado al pedestal de Sin Cumbre. Empezó a sonreír otra vez. Nadie, ningún huesos verdes de la ciudad, podía decir aquello. Se pateó mentalmente por haber echado a correr, por no haber vuelto al muelle a comprobarlo.

Tardó casi todo el día en recorrer el camino de vuelta al Todo Bueno, en el extremo sur de Junko. Se compró ropa nueva y un sombrero, y tiró las prendas viejas a un cubo de basura. Después fue andando; no se fiaba de nadie, ni siquiera de los taxistas y los conductores de autobús, por si hubiera habido algún testigo y el clan lo estuviera buscando. Estaba en territorio leal a Sin Cumbre y había mucha gente enfadada. Bero vio un montón de caras sombrías, grupos de personas amontonadas en torno a los escaparates de las tiendas de electrodomésticos para ver las noticias por televisión, e incluso gente llorando en público. El espectáculo lo animó aún más y dio viveza a sus pasos cansados. Todas aquellas personas lo lincharían si supieran lo que había hecho. Lo atarían, lo desmembrarían y prenderían fuego a sus restos.

Cuando llamó por tercera vez, Mudt abrió la puerta trasera del Todo Bueno. Miró asombrado a Bero como si hubiera visto un fantasma; después lo cogió por un brazo, lo arrastró al interior y cerró la puerta.

—Vete delante y vigila; grita si viene alguien —ordenó Mudt a su hijo; este dejó en el suelo la caja que cargaba y obedeció a toda prisa. Mudt se giró hacia Bero—. ¿Qué cojones ha pasado?

—¡Lo hice! —dijo Bero—. ¡Maté a Kaul!

Para su sorpresa, Mudt pareció horrorizado.

—¿Dónde está Pícaro?

—Muerto.

Mudt boqueó como una carpa fuera del agua.

—Putos dioses —dijo finalmente—. ¡Joder! —Paseó arriba y abajo unas cuantas veces mientras se pasaba las manos temblorosas por el pelo erizado. De repente se giró hacia Bero—: Tienes que largarte ahora mismo.

Bero empezó a enfadarse. Aquella no era la recepción que esperaba.

—¿Por qué? Me he pasado andando el puto día para llegar aquí. No sabes la noche que he tenido. Lo conseguí: maté a Kaul. Así que coge el

teléfono y llama al huesos verdes. Hice lo que me pidió y quiero la recompensa ya. Quiero mi jade, me lo merezco sin ninguna duda.

—¡Nadie te dijo que mataras a Kaul, imbécil! —espetó Mudt—. Tenías que ametrallar el Lila Divina y salir corriendo. Asustar a Kaul en su propio territorio, destrozarle el coche y uno de sus negocios favoritos y cabrearlo. ¡No matarlo! La idea de que un par de idiotas pudierais matar a un huesos verdes como Kaul Lan... —Mudt soltó una risa de desprecio. Luego se puso serio—: Estamos jodidos.

—Montaña quería muerto a Kaul, ¿no? —preguntó Bero, negándose a creer lo que oía—. Dejar un mensaje espectacular, es lo que quería el huesos verdes que hiciéramos. ¿Me estás diciendo que nunca creíste que pudiéramos conseguirlo?

—¿Con alguien con tanto jade como el pedestal? ¡Nadie esperaba matarlo con una rociada de balas del Fully disparadas por dos críos que apenas son capaces de apuntar! La idea era que se desatara el pánico, quizá un par de transeúntes heridos, y que tuvierais la suerte de escapar con vida. Ni siquiera sé cómo es posible que lo hayas matado, cómo es que estás aquí... —Mudt se quedó sin palabras, incrédulo. Después cogió a Bero por el brazo y lo arrastró por la sala trasera atestada de cajas, papeles y productos de limpieza. Bero se soltó de un tirón.

—¿Qué haces?

Mudt abrió la puerta de un armario, sacó un archivador con ruedas y apartó una alfombrilla. Había una trampilla en el suelo.

—Él ya ha llamado una vez para preguntar si habías vuelto —dijo Mudt. Tiró de una argolla de bronce y abrió la trampilla—. Va a venir hoy; puede aparecer en cualquier momento. Si te encuentra, eres hombre muerto, keke. Si tienes suerte, solo te matarán por haber jodido las cosas. Si no, te entregarán a Sin Cumbre como oferta de paz. Aunque probablemente ya sea tarde para eso; dicen que Sin Cumbre ha declarado la guerra...

—¿Estás diciendo que debo huir?

—Dioses, de verdad que te faltan unas cuantas neuronas, ¿eh? —musitó Mudt. Señaló la abertura del suelo—. Creo que nadie te ha visto venir y no me arriesgaré a que te vean marcharte. El túnel cruza todo Parque Verano y termina cerca del mar. Es estupendo para el contrabando, y en esta época

del año estará seco. Si has tenido la suerte de seguir vivo hasta ahora, quizá la tengas para largarte de Yanlún.

—¿Irme de Yanlún? —exclamó Bero—. ¿Cómo?

—En eso no te puedo ayudar, keke. Esto es lo máximo que voy a hacer. Si Montaña descubre que estoy haciendo siquiera esto, me cortarán la lengua, para empezar. —Palideció—. Adiós jade, adiós sene, adiós comidas sólidas.

Bero entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Mudt se detuvo y miró a Bero como si él mismo se estuviera haciendo aquella pregunta. Frunció el ceño como si no le gustara la respuesta.

—He ganado un montón de dinero gracias a ti y nunca te atraparon, como atraparon a otros. Y entonces, de algún modo, por algún puto milagro que no me puedo imaginar, matas a Kaul Lan y apareces por aquí solo con una venda en el brazo. No sé qué pasa contigo, keke, pero los dioses te están concediendo una suerte extraña y no pienso enredar con eso. Ni hablar. —Señaló la escalera que conducía bajo tierra—. No toques nada ahí abajo. Y ahora lárgate antes de que cambie de idea.

Bero no se podía creer lo que pasaba. Lo había hecho todo bien, había aprovechado todas las oportunidades que se le habían presentado, había sido audaz donde los demás se acobardaban... ¿y eso era lo que conseguía? Hacía un rato se creía invulnerable, estaba convencido de que las recompensas empezarían a llegar por fin. Ahora descubría que todo era una broma horrible. Pensó en negarse a marchar. Esperaría ahí, en la trastienda del Todo Bueno, hasta que apareciera el huesos verdes de la perilla, y entonces le exigiría lo que le debía.

Pero Mudt tenía razón. Gozaba de una suerte extraña y era mejor no cuestionarla. Del mismo modo que la noche anterior le dijo que persiguiera a Kaul, ahora le decía que, si se quedaba, no viviría lo suficiente para disfrutar de otro vuelco de la fortuna.

Empezó a bajar al túnel.

—Está oscuro —protestó.

Mudt le dio una linterna y Bero la encendió. Cuando llegó al último escalón, Mudt cerró la trampilla, sobresaltándolo. Oyó que volvía a colocar

el archivador en su sitio y un pánico repentino le aferró la garganta. ¿Y si no era una vía de escape, sino una trampa? ¿Y si Mudt lo había encerrado allí para entregarlo más tarde a alguno de los clanes, o sencillamente para que muriera?

Apuntó alrededor con la linterna. El haz de luz temblaba, agitado por el miedo de Bero, e iluminó cajas y paquetes sin inscripciones. Debía de ser allí donde Mudt almacenaba el contrabando más valioso. En otras circunstancias se habría dedicado a abrir las cajas y echar un vistazo, pero cuando el círculo de luz amarillenta pasó sobre los objetos cercanos y desapareció por un túnel largo e invitador, el alivio le corrió por las venas; se apresuró a meterse en él y huir de la odiosa sensación de que se la habían vuelto a jugar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 36

Que los dioses lo reconozcan

POR lo menos no llovía, pensó Hilo.

El cortejo fúnebre de Lan avanzaba lentamente en su largo camino por las calles del terreno ancestral de la familia, en el cementerio situado en la cima de una colina de Parque de la Viuda, no lejos de la academia Kaul Dushuron. No había riesgo de violencia, pues interrumpir el último trayecto de un huesos verdes atraería una mala suerte inconmensurable, pero la tensión era palpable y colgaba sobre la ceremonia como las nubes espesas de finales del otoño. Sobre Yanlún habían caído cuatro días de calma ilusoria mientras los clanes enterraban a sus muertos. Sin Cumbre había devuelto los cadáveres de los huesos verdes caídos en las casas de apuestas para que Montaña pudiera celebrar los funerales. En viviendas y comercios de las partes de la ciudad dominadas por Sin Cumbre se habían colgado lámparas ceremoniales, usadas tradicionalmente para guiar a los espíritus, en honor a Kaul Lan, nieto de la Antorcha, pedestal del clan; que los dioses lo reconozcan.

Hilo había caminado durante horas detrás del coche fúnebre. Shae y Maik Kehn, el cuerno recién nombrado, avanzaban codo con codo detrás de él. Los seguían los cabezas de otras familias importantes del clan, todos ellos puños, hacedores de fortuna o linternas, y tras ellos, una extensa multitud de leales al clan que se habían unido al cortejo fúnebre para

presentar sus respetos. En algún punto de la comitiva estaban Wen y Tar. A Hilo le habría gustado que Wen estuviera con él en la cabecera, pero aún no se habían casado; la boda se había pospuesto indefinidamente. En vez de planear los esponsales, estaba caminando en el funeral de su hermano.

La costumbre dictaba que los miembros de la familia velasen el ataúd cubierto de tela blanca dos días y dos noches antes del entierro; Hilo no había dormido más de cuatro horas seguidas durante los días anteriores, de modo que el agotamiento había adquirido una especie de carácter infernal. Cada pocos minutos, los gongs y los tambores armaban un estrépito espantoso delante del coche fúnebre, con el fin de llamar la atención de los dioses para que observasen el tránsito de Lan al mundo de los espíritus, con lo que sobresaltaban a Hilo y lo forzaban a seguir poniendo un pie delante del otro. Se decía que no se debía hablar ni dormir durante el velatorio, porque si el espíritu del difunto quería transmitir algún mensaje final, sería durante ese periodo. Si no ocurría nada, era que el amado difunto había abandonado el dominio terrenal y estaba en paz.

En opinión de Hilo, aquello era otra prueba de que los proverbios espirituales eran un montón de mierda. El fantasma de Lan, si rondaba por allí, no estaba en paz, y a Hilo no le cabía duda de que tendría cosas que decirle si pudiera. «No eres el pedestal —diría—. Yo nací y me eduqué para serlo, y mira cómo me ha matado. ¿Crees que se te va a dar mejor? El abuelo siempre dijo que solo valías para matón».

—Cállate —murmuró Hilo, aunque sabía que realmente no era Lan quien hablaba, sino sus propios temores usando la voz de su hermano. La noche anterior, en un momento de debilidad supersticiosa mezclada con la falta de sueño, había puesto las manos en la empuñadura de la espada luna de Lan y había extendido tanto la Percepción que docenas de auras y cientos de corazones despertaron un ruido blanco de ecos en su mente. No había sentido la menor señal de la presencia de Lan. Ningún espíritu se había aparecido ni le había hablado durante el velatorio, ni siquiera para decirle: «No te preocupes, hermano; pronto te reunirás conmigo».

Llegaron por fin al cementerio. El coche fúnebre ascendió lentamente hasta la zona de enterramiento, donde habían excavado una tumba al lado del monumento de mármol verde dedicado a la familia, bajo el cual yacían

el padre de Hilo y otros ancestros. Allí esperaban tres monjes deístas vestidos con túnicas funerarias blancas, preparados para realizar los últimos ritos. La madre de Hilo estaba junto a Kaul Sen, sentado en una silla de ruedas al lado de la tumba; Kyanla lo cubría con una sombrilla a pesar de que estaba nublado. Los habían llevado por delante del cortejo fúnebre. Kaul Wan Ria, a quien habían ido a buscar a la casa de Marenia, tenía la postura inclinada de alguien que hace mucho tiempo ha dejado de cuestionar al mundo y luchar contra él; sus ojos velados por la pena tenían la mirada ausente de una muñeca vieja. El patriarca estaba inmóvil; sus manos nudosas aferraban los apoyabrazos de la silla como raíces hundidas en la tierra.

Hilo abrazó a su madre, aunque ella devolvió el gesto con los brazos inertes y apenas pareció verlo. Lan había sido el hijo más cumplidor de sus deberes filiales, más que los otros dos juntos.

—Te quiero, mamá —dijo Hilo.

Ella no respondió. Su pelo canoso destacaba más que nunca, y las prendas funerarias blancas y amorfas le hacían parecer una estatua más. De toda la familia, quizá fuera quien había sufrido el mayor impacto. Hilo dudaba de que Lan le hubiera explicado en detalle a su madre la situación entre los clanes en la ciudad. En su ignorancia cómplice, era quien más sufría en aquel momento; Hilo se obligó a tomar nota mental de trasladarla más cerca de la familia o contratar a alguien en Marenia para que la cuidase.

Hilo se acercó a su abuelo, se arrodilló ante él con respeto y se llevó las manos unidas a la frente.

—Abuelo...

Se levantó y se inclinó para dar un beso en la frente del odioso anciano. Mientras se le acercaba, casi esperaba que disparase una mano como una garra y le aplastara la tráquea delante de todos los asistentes. A Kaul Sen le temblaron los dedos, pero se limitó a mirar al nieto que le quedaba con un vago desdén. Hilo se apartó y dejó que Shae se acercara a la silla y le cogiera una mano al abuelo.

—¿Dónde está Doru? —oyó que gruñía el anciano.

A Hilo le había resultado preocupante la presencia de su abuelo. Kaul Sen era más imprevisible que nunca. ¿Qué diría? ¿Acusaría a Hilo en público? ¿Se pondría a divagar sobre lo maravilloso que había sido su hijo Du? Pero en aquel momento se relajó un poco. Era bueno que el abuelo estuviera allí; en la silla de ruedas parecía frágil y confundido. Un hombre acabado, estaba claro; ya no era la Antorcha de Kekon. Hilo sabía que en el clan quedaba gente, la vieja guardia, que podría haber incitado a que Kaul Sen retomase la posición de líder del clan. Ahora verían que no era posible.

Hilo se colocó al lado del ataúd. Según fueron llegando los demás miembros del clan, fue tomando nota de si acudían primero ante él para presentar sus respetos al pedestal o si antes iban a susurrar un pésame a Kaul Sen. La mayoría fue ante él, como dictaba la tradición. Algunos, no. Suficientes para que Hilo supiera que su puesto como pedestal aún no era aceptado por todos.

Cuando se acercó Wen, en compañía de Tar, le dio unos besos castos en las mejillas. Estaba encantadora, incluso con la cara cubierta del polvo blanco que indicaba duelo y le apagaba el brillo natural de la piel. Wen le tocó la mano brevemente al rozarle la cara con los labios.

—No te preocupes por esos viejos —susurró ella como si le hubiera leído el pensamiento, o más probablemente, al darse cuenta de cómo observaba al grupo de asistentes que aún no se había acercado ni se había dirigido a él como pedestal—. Todavía no han aceptado la realidad.

—Algunos son poderosos —dijo Hilo en voz baja—. Hay varios políticos.

—Los políticos son inútiles en una guerra —dijo Wen—. Los linternas no necesitan ahora normativas ni rebajas de impuestos; necesitan protección. Necesitan la fuerza del clan. Mira a los puños; mira como acuden a ti. También lo ven todos los del clan. —Le apretó los dedos y se retiró para unirse a sus hermanos.

Hilo pasó la mirada por la multitud hasta que vio a Anden a un lado. Captó la mirada de su primo y le hizo un gesto para que se acercara al resto de la familia. Anden vaciló, luego echó a andar. El pobre muchacho parecía destrozado por la pena; tenía los ojos enrojecidos y la cara tan pálida como el cadáver de Lan cuando Hilo lo había visto.

—¿Qué haces ahí solo, Andy? —dijo Hilo con voz amable—. Tu sitio está aquí, con nosotros. —A Andén le tembló la expresión como si estuviera manteniendo la compostura a duras penas, pero asintió sin decir nada y se colocó al lado de Shae.

Los gongs y los tambores lanzaron un último estallido ruidoso que hizo que a Hilo le doliera la cabeza, y luego quedaron en silencio, al igual que la multitud. El monje más veterano, un Erudito, se adelantó y se puso a entonar en voz baja los extensos cánticos que guiarían al espíritu de Lan al más allá, donde viviría en paz hasta el momento largamente esperado del Retorno, cuando la humanidad entera sería admitida de nuevo bajo el cobijo del Cielo para reclamar la hermandad perdida con los dioses.

Al cabo de unos minutos, Hilo dejó de prestar atención. En los momentos adecuados movía los labios para corear los cánticos, pero nunca había tenido fe en lo que no podía ver o percibir con sus impresionantes sentidos. El deísmo, como todas las demás religiones, inventaba historias complicadas a partir de verdades sencillas que a la gente le costaba aceptar.

El jade era una sustancia misteriosa pero natural, no un regalo de los dioses ni los restos de algún lugar celestial. Los kekoneses habían tenido suerte genéticamente, como los primeros monos con pulgares oponibles, pero eso era todo; los humanos no descendían de los dioses y no volverían a ser dioses. La gente era gente. El poder del jade no la hacía mejor ni la acercaba a la divinidad; únicamente la volvía más poderosa.

Hilo estudió a la muchedumbre afligida. Estaba llena de linternas influyentes: propietarios de comercios, directivos de empresas, jueces, políticos. Habían acudido con sobres blancos que contenían el dinero de un tributo especial destinado a sufragar las exequias de Lan y a proclamar públicamente que mantenían la lealtad al clan. En un momento como aquel era un gesto, no una promesa. La fuerza verdadera de su compromiso se revelaría en las próximas semanas y los próximos meses. Dependía de lo que ocurriera a continuación y del desarrollo de la guerra entre clanes.

Hilo miró a izquierda y derecha, a la familia que lo rodeaba en primera línea de los plañideros reunidos. Aquel día estaba montando un espectáculo para el clan: Shae como hombre del tiempo, los temibles hermanos Maik como cuerno y puño primero, su prometida y su talentoso primo

adolescente, todos reunidos. Se trataba de declarar públicamente, con confianza, que la generación más joven de Sin Cumbre seguía siendo fuerte y garantizaba que el clan tenía futuro. Esperaba que por el momento fuera suficiente.

El sermón concluyó con unos cuantos «Que los dioses lo reconozcan» en murmullos, y todos se volvieron hacia el ataúd y miraron mientras lo bajaban a la tumba. Hilo aún tendría que seguir allí un rato para recibir el pésame de los simpatizantes reunidos. Habría preferido tumbarse en el suelo y dormir un poco. Shae, que había velado con él, estaba erguida con la mirada al frente y sujetando del brazo a su madre. Kaul Sen parecía hundido y perdido en la silla de ruedas. La gente empezó a mezclarse y conversar en voz baja. Era todo deprimente hasta el extremo.

—Ahí viene el canciller Son —susurró Shae.

El político gordo y rubicundo se acercó y dejó con delicadeza el sobre blanco en el plato de ofrendas colocado junto a la tumba.

—Kaul-jen —dijo con seriedad; se giró y alzó las manos unidas en saludo; pero, Hilo se dio cuenta, sin tenerlas así mucho tiempo ni inclinarse en nada parecido a una reverencia—. Me pesa el corazón indescriptiblemente por vuestra pérdida.

—Gracias por acompañarnos en el duelo, canciller —dijo Hilo.

—Tu hermano no fue pedestal todo el tiempo que merecía, ni de lejos. Era un líder razonable y sabio que siempre pensó en las necesidades del país y nunca olvidó las muestras de amistad hacia el clan. Jamás albergué nada que no fuera el mayor de los respetos hacia Kaul Lan. Lo echaremos muchísimo de menos.

—Es cierto —convino Hilo esforzándose por mantener una expresión impasible, pues estaba del todo claro que el canciller le estaba enviando un mensaje, y su mirada aviesa indicaba que ya establecía comparaciones desfavorables entre el antiguo pedestal y el nuevo. Son pronunciaba las palabras suaves de un diplomático, pero Hilo no necesitaba recurrir a la Percepción para notar que la cautela y la ambivalencia de aquel hombre se extendían entre todos los lindeños allí reunidos. Confiaban en la protección y el patrocinio del clan, y cuando miraban a Hilo veían su juventud evidente y su reputación violenta.

Al día siguiente, Shae revisaría las contribuciones económicas y él tendría una idea más clara del terreno que pisaba y de cuánto debía preocuparse. Por mucho que deseara tranquilizarse con las palabras de Wen, Hilo sabía que no importaba cuantos puños leales tuviera; si perdía el apoyo de los linternas, si empezaban a desertar y pasarse a Montaña, perdería el clan. Se giró con reticencia a saludar cortésmente al hombre que llegaba detrás de Son a dejar un sobre y dar el pésame.

Cuando la fila de asistentes iba llegando al final y la multitud empezaba a dispersarse, se acercó Anden.

—Hilo-jen —dijo titubeando—, tengo que hablar contigo. —El rostro del joven estaba retorcido, como si sufriera dolor físico. Hablaba atropelladamente y tenía la expresión de alguien que pidiera perdón por haber cometido un crimen terrible—. Hay una cosa que no te dije cuando habría debido. Si solo... Si solo hubiera...

Hilo se llevó a un lado a su angustiado primo.

—¿De qué se trata, Andy?

—Estuve haciendo recados para Lan antes de que muriese. Me mandaba ir a un sitio a recoger paquetes y llevárselos sin decírselo a nadie. —Habló con un susurro dolorido, tenso como un cable—. Lan actuaba de forma extraña la última vez que lo vi. Furioso, no parecía él mismo, y su aura era diferente, demasiado aguda. Los paquetes... Contenían ampollas, Hilo. Ampollas de...

Hilo agarró a Anden por una solapa de la chaqueta y lo arrastró hacia sí. Negó con la cabeza de forma brusca, una sola vez.

—No lo digas —dijo en voz baja y airada.

Anden guardó silencio y lo miró paralizado.

La expresión de Hilo parecía tallada en piedra. Se inclinó y le dijo a Anden al oído:

—Lan era el primero de la familia, el pedestal de nuestro clan. Montaña lo ha matado y me aseguraré de que pague por ello. Y pase lo que pase, no toleraré que nadie empañe la memoria de mi hermano ni arroje dudas sobre la fuerza de la familia. Jamás. —Aflojó el agarre de la solapa de Anden y se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Lo que acabas de decirme... ¿Se lo has dicho a algún otro? ¿En la escuela?

—No —dijo Anden con los ojos muy abiertos—. A nadie.

—No vuelvas a mencionarlo.

Anden tragó saliva, pero no surgió sonido alguno de su garganta. Asintió.

Hilo aflojó la presa y su expresión airada se aplacó. Alisó la chaqueta de Anden y le puso las manos en los hombros.

—También me reconcome pensar qué más podría haber hecho, Andy. Debería haber estado más atento. Debería haber tenido guardias escoltándolo aquella noche. Pero ya no importa; lo pasado, pasado está, y no podemos cambiarlo. No fue culpa tuya en absoluto.

Anden no lo miró. Se secó los ojos con el dorso de la mano. Hilo odiaba verlo así, abrumado por el dolor y la culpa.

—¿Necesitas tiempo libre? —preguntó con suavidad—. ¿Quieres que hable con la academia?

Anden negó con la cabeza de inmediato.

—No; quiero licenciarme cuando sea el momento.

—Muy bien. Es lo que habría querido Lan. —Hilo intentó mostrarle una sonrisa de consuelo, pero su primo seguía sin alzar la mirada. El joven asintió y se alejó en dirección a un grupo de compañeros de la academia que estaban cerca con sus familias.

Hilo dejó escapar un suspiro cansado mientras veía marchar a su primo. No había pretendido hablar con tanta dureza, pero Anden no tardaría en pronunciar el juramento de lealtad y sumarse al clan en plena guerra; era importante que entendiese. En un clan de huesos verdes, el legado era esencial. La autoridad de Lan se había apoyado en el legado de su abuelo y su padre, y la de Hilo se apoyaría en el de su hermano. El clan era como un organismo: los linternas eran la piel y los músculos; los puños y los hacedores de fortuna eran el corazón y los pulmones, pero el pedestal era la columna vertebral. Y en la columna no podía haber debilidad, o el cuerpo no podría mantenerse en pie ni luchar. Lan había caído en una emboscada de sus enemigos y había muerto como un guerrero; jamás debía quedar duda de aquello.

—Saca a esa gente de aquí —dijo Hilo a Tar—. Quiero estar a solas.

Con amabilidad pero con firmeza, Tar y Kehn guiaron a los asistentes que quedaban en dirección a las puertas del cementerio. Shae inclinó la cabeza un largo momento. Movía los labios como si se estuviera dirigiendo en silencio al ataúd de Lan. Después se volvió y se marchó, llevándose a su madre con pasos lentos. Wen se acercó a Hilo y le puso una mano en el brazo, interrogándolo.

—Vete con tus hermanos —dijo Hilo—. Ya iré detrás.

Wen obedeció.

Kaul Sen seguía junto a la tumba abierta; Kyanla esperaba con paciencia detrás de la silla de ruedas.

—Era un buen chico —dijo por fin el anciano—. Un buen hijo.

De repente, Kaul Sen se echó a llorar. Lloró en silencio, con la desagradable expresión de alguien a quien avergüenza llorar; alguien que cree que las lágrimas son de débiles. Kyanla intentó consolarlo y le dio unos pañuelos de papel que se sacó del bolso.

—Vamos, vamos, Kaul-jen, está bien llorar. Todos somos humanos, todos necesitamos llorar para sentirnos mejor, incluso el pedestal.

Kaul Sen no le prestó atención.

Hilo apartó la mirada. Ver llorar al anciano hizo que el pecho le pesara como plomo. Su abuelo era un tirano insoportable, pero había tenido una vida más trágica que lo que merecía nadie. Todos los logros militares y civiles y los reconocimientos públicos, todas las décadas de gobernar sobre la familia y el clan, no podían compensar el hecho de que había enterrado a su único hijo y ahora enterraba a su nieto mayor.

Cuando, unos días antes, el abuelo había perdido la razón y habían tenido que sedarlo, Hilo había dado órdenes al doctor Truw de que le quitara una parte del jade y la guardara a buen recaudo. Unas cuantas gemas del cinturón, para empezar. El doctor dijo que aquello ayudaría; sería menos probable que el anciano se hiriera a sí mismo o hiriera a otros, le embotaría los sentidos, le ralentizaría el metabolismo y lo tranquilizaría. Cuando despertó, Kaul Sen no pareció darse cuenta de que portaba menos jade, lo que de por sí ya era triste, pero Hilo sí lo notó. El aura antaño indómita de la Antorcha era una sombra de lo que fue; la pérdida de jade solo lo hacía más evidente. Al verlo así en aquel momento, Hilo supo con brusca certeza

que a su abuelo no le quedaba mucho tiempo de vida. Pronto se celebraría otro funeral entre los Kaul, aunque no iba a apostar por quién sería el difunto.

Hilo sabía que, de todos sus descendientes, a él era a quien menos quería su abuelo, pero se obligó a ir junto a Kaul Sen.

—Está bien, abuelo —le dijo en voz baja—. Hiciste que el clan sea más fuerte que cualquiera de nosotros. —Se agachó al lado de la silla de ruedas—. No te preocupes; me encargaré de todo. No soy Du ni Lan, pero sigo siendo un Kaul. Haré que las cosas vayan bien, te lo prometo.

No sabía si lo oyó ni si le importó, pero el anciano dejó de llorar, bajó la cabeza hasta tocar el pecho con el mentón y cerró los ojos. Hilo le dijo a Kyanla que lo llevara al coche.

Por fin estaba a solas ante la tumba de su hermano. Y a pesar de que no creía en el Cielo ni en los fantasmas, había cosas que tenía que decir.

—Tu jade, hermano. Lo hice guardar en el forro del ataúd. Nadie te lo quitará y nadie lo portará jamás. Es tuyo. —Guardó silencio un rato; luego prosiguió—: Sé que no me crees capaz de hacer esto, pero no me has dejado muchas alternativas, ¿verdad? Así que te demostraré que te equivocas. No dejaré que ocurra. No dejaré que caiga Sin Cumbre. Y si existe otra vida, cuando vuelvas a verme ya me dirás si he mantenido las promesas que te hice.

CAPÍTULO 37

El indulto del hombre del tiempo

SHAE fue a la casa del hombre del tiempo, donde dos hombres vigilaban constantemente a Yun Dorupon. Los dos eran dedos novatos que no habrían sido rivales para un huesos verdes veterano, pero no era necesario que lo fueran para custodiar a un cautivo desprovisto de jade. Uno estaba en la puerta principal, para que no entrase nadie, y el otro estaba dentro con Doru para impedir que saliera. Solo llevaban pistolas; ni siquiera cargaban con los cuchillos garra, para que el prisionero no tuviera ninguna oportunidad de poner las manos encima de un arma con jade en la empuñadura.

Cuando Shae se acercó, la interceptó el centinela:

—Hilo-jen ha dicho que no puede entrar nadie. —Incluso aquellos dedos novatos se referían a Hilo con el nombre familiar, como si fueran amigos suyos.

—Esta es la casa del hombre del tiempo —dijo Shae—. Yo soy el hombre del tiempo, así que es mi residencia. El hombre que está ahí dentro solo es un huésped provisional, y quiero hablar con él. —El dedo aún vacilaba, de modo que Shae añadió—: Será mejor que te limites a informar a mi hermano en vez de impedirme el paso.

El dedo consideró su posición en relación a la de ella y la dejó pasar. El interior estaba a oscuras, a pesar de que estaban a media mañana. Todas las

persianas estaban bajadas, y los ventiladores del techo hacían circular un aire cálido y cargado que olía a clavo y a lana enmohecida. Doru nunca tiraba nada; la casa estaba llena de muebles que no conjuntaban, plantas de interior y todo tipo de regalos acumulados durante las décadas que había sido hombre del tiempo: estatuillas, cajitas decorativas, jarrones coloridos, pisapapeles tallados, alfombrillas, posavasos de ébano... En una esquina del salón, al lado de la ventana, el otro guardia estaba sentado con aire aburrido en un sillón. Doru estaba tendido cuan largo era en el sofá; una toalla húmeda doblada le tapaba los ojos.

—¿Eres tú, Shae-se?

—Doru-je... —Shae se interrumpió—. Hola, tío Doru. —El antiguo hombre del tiempo ya no tenía derecho al sufijo que le habían dirigido casi toda la vida.

Doru se quitó la toalla de los ojos, movió las piernas larguiruchas y se sentó lentamente y con cuidado, como si no estuviera acostumbrado a aquel cuerpo y tuviera miedo de romperlo. Sin el jade parecía demacrado y artrítico. El antiguo hombre del tiempo se pasó la lengua por los labios secos y delgados y miró a Shae entrecerrando los ojos, como para asegurarse de que era ella.

—Ah —dijo; echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, como si el mero hecho de moverse lo hubiera agotado—. ¿Cómo te las arreglaste, Shae-se? Soportar esto tú sola y tan lejos de casa...

Ella era más joven y estaba más sana, en mejores condiciones para soportar los dolores de cabeza, la fatiga aplastante y los ataques de pánico causados por el síndrome de abstinencia del jade. Doru era casi tan anciano como el abuelo. Shae no pudo evitar preguntarse si una muerte rápida no habría sido un destino más amable que aquel tormento humillante.

—Después de las dos primeras semanas es más fácil —dijo.

—Lo sé, Shae-se. —Doru suspiró—. No es la primera vez que me quitan el jade y me encarcelan. Al menos, esta vez estoy en la comodidad de mi casa y no en una celda de tortura shotariana. —Movié los dedos haciendo un gesto de «no importa». No espero que esto dure mucho, de todas formas. Acércate; ya no te oigo tan bien. Siéntate y dime por qué sigo vivo.

Shae fue hasta un sillón y se sentó frente al anciano.

—El entierro de Lan, tío. Fue ayer.

La humedad se acumuló bajo los finos párpados de Doru, cayó por los rabillos de los ojos y trazó regueros estrechos por los lados de la cara, como estuarios buscando el camino a través de un paisaje de arrugas.

—¿Por qué él? Siempre fue un hombre bueno y atento, y un hijo honorable. Ah, Lan-se, ¿por qué fuiste tan estúpido? ¿Tan bueno y tan estúpido? —Pasó a hablar con tono acusador—: Deberíais haberme permitido asistir al entierro. Hilo podía haber tenido al menos esa cortesía.

—Sabes que no podía.

—¿Cómo ocurrió? Pobre Lan-se, ¿cómo murió?

—Una emboscada cuando volvía a casa desde el Lila Divina. Se ahogó en el puerto. —Shae se sorprendió de ser capaz de pronunciar las palabras.

Doru negó tajantemente con la cabeza.

—No es posible. Tiene que haber habido un error terrible. Ese no fue jamás el plan; no, jamás.

Una furia fría corrió por las venas de Shae.

—¿Por qué nos traicionaste, Doru? Después de tantos años... ¿Por qué?

—Solo hice lo que creí que sería mejor. Lo que habría querido el propio Kaul-jen. Jamás lo habría traicionado, por nadie ni por nada. —El pesar le invadió el rostro—. Ni siquiera por sus propios nietos.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Estás diciendo que el abuelo quería que conspirases con Montaña contra nosotros?

—Un buen hombre del tiempo puede interpretar al pedestal como si fuera su propia mente. Kaul-jen nunca me pidió que hiciera esto o aquello; nunca tuvo que decir: «¿Qué debería hacer, Doru-jen?». Siempre supe cuál era su objetivo, incluso antes de que él lo viera con claridad. Si decía: «Debemos capturar esta ciudad», yo sabía que se refería a cortar las líneas de transportes. Si decía: «Deberíamos hablar con tal y cual», sabía que se refería a sobornarlos y debía empezar los preparativos. Yo veía y hacía las cosas que Kaul-jen no pedía. ¿Lo entiendes, Shae-se?

—No.

—En su vida, Kaul-jen solo cometió unos pocos errores de los que se arrepintió. Cuando Ayt y él trabajaban juntos, la Sociedad de la Montaña era

fuerte... ¡Tanto como para liberar un país! Tú naciste después del fin de la guerra, Shae-se; no puedes apreciar ni comprender lo que eso significa. Fue la paz y no la guerra lo que nos dividió en clanes, lo que nos convirtió en rivales que luchaban por el territorio, los negocios, el jade. Sé que a tu abuelo le rompía el corazón la idea de que Ayt y él dejaran ese legado de divisiones. Intenté arreglar lo que él deseó poder arreglar. Intenté volver a unir a los clanes.

—¿Ocultando las maniobras de Montaña mientras extraían jade a nuestras espaldas? ¿Poniéndote de acuerdo con su hombre del tiempo para vendernos? He revisado los registros de la AJK y de la Tesorería. Te estabas llenando los bolsillos.

—¿Para qué necesito más dinero a mi edad? —El desdén le arrugó el rostro alargado—. La hija de Ayt quería unir los clanes, pacíficamente o por la fuerza. Es una pedestal más fuerte, más ambiciosa y más astuta de lo que nunca fue Lan, que el Cielo me perdone por decir eso. Intenté convencerlo muchas veces para que negociase una fusión, pero se negaba a considerarlo. El orgullo le cabalgaba en un hombro, y la voz de ese lobo de Hilo, en el otro.

La voz de Doru se iba apagando, como si la energía lo abandonara.

—Acepté ocultar las actividades mineras de Montaña —prosiguió— a cambio de dinero; dinero que luego entregaba al clan. Reforcé nuestra posición en los negocios en los que ya somos fuertes: inmuebles, construcción, hospedería, y empecé a abandonar las actividades donde Montaña tenía ventaja: juego, fabricación, comercio y cosas así. Ellos se volverían más ricos y poderosos, pero nosotros también seríamos más fuertes, y encajaríamos mejor, como dos piezas de un rompecabezas roto. Lan acabaría por entrar en razón y se daría cuenta de que una unión sería la única solución sensata y pacífica.

Shae cerró los ojos un largo momento.

—¿Sabías que intentarían matar a Hilo? ¿Que asesinarían a Lan?

Doru movió la cabeza adelante y atrás en los cojines del sofá.

—No; a Lan, que los dioses lo reconozcan, no. Con Hilo no podía hacer nada. Trabajaba con objetivos opuestos, robaba los negocios que yo entregaba a Montaña, hostigaba las fronteras e intensificaba los combates.

Los puños son como tiburones, ¿sabes? Basta con un poco de sangre en el agua para que se vuelvan locos. El conflicto en las calles se extendía como el fuego, y Montaña se impacientaba. Sabía que decidirían que Hilo tenía que morir. Lo sabía, pero no dije ni hice nada. Así que no me incomoda que Hilo me mate pronto.

Shae miró a Doru, la piel apergaminada y llena de manchas de las manos y el cuello del anciano, y pensó en su amiga Paya, con quien no había hablado desde hacía años. Lo que recordó no fue el amor de Paya hacia la música, su habilidad con las matemáticas ni el talento que tenía en la disciplina de la Ligereza. Lo que le atravesó la mente fue el impacto de ver una docena de fotografías asquerosas salidas de una carpeta. No se atrevió a conjeturar que más encontraría si registraba aquella casa atestada. Doru había estado presente en la familia Kaul durante toda la vida de Shae, había sido como un tío para los nietos de la Antorcha, pero había estado abusando de muchas formas de su posición como hombre del tiempo, incluso antes de empezar a socavar en secreto la posición de Lan. Pese a cualquier lástima que pudiera sentir por Doru, no podría estar en desacuerdo con lo que sin duda iba a decir Hilo: «Actuó contra el clan. Un hombre del tiempo no actúa contra el pedestal. Tiene que morir, no hay más remedio».

Salvo que Hilo aún no había dado la orden de ejecutar a Doru. Era implacable con los enemigos, pero se ablandaba con la familia. Shae sospechaba que estaba retrasando la decisión, que no quería que fuera una de sus primeras acciones como pedestal. Pero con Lan ya enterrado, no tardaría mucho. Quizá ocurriese aquel mismo día o al siguiente.

Shae tomó una decisión. Dedicó un rato a organizar las palabras que quería escupir a Doru y luego se sentó en el borde del sillón.

—Me repugnas, tío Doru. No tengo que explicarte por qué. En mi opinión, ya has vivido demasiado, protegido por tu amistad con el abuelo hicieras lo que hicieras. No pienso derramar una lágrima por ti, pero evitaré que te ejecuten si ayudas al abuelo. —Se le atascó la voz e hizo una pausa antes de seguir—: Lo único que hace es estar sentado en la habitación. Lo vimos muy frágil en el entierro y apenas ha hablado desde entonces. Cuando habla, pregunta por ti.

Doru había recostado la cabeza en el sofá, pero estaba escuchando. Shae veía cómo se le movían los ojos bajo los párpados delgados y cómo le temblaba la garganta al tragar saliva.

—Está perdiendo la cabeza —prosiguió Shae—. El médico dice que necesita compañía y rutinas. Si juegas al ajedrez y tomas té con él por las mañanas, como siempre habéis hecho, sé que le resultaría reconfortante. Si juras que no volverás a intervenir en los asuntos del clan, hablaré con Hilo y lo convenceré para que te perdone la vida a cambio de ayudar al abuelo ahora que te necesita, cuando ya está cerca del final.

Sospechaba que tendría que discutir mucho con Hilo por aquello, y justo al empezar su nueva relación. Pero estaba dispuesta. Estaba perdiendo a su abuelo tan poco tiempo después de haber perdido a Lan... En la víspera, en el entierro, para todos los miembros del clan que habían acudido solícitos a reconocer a Hilo como pedestal había sido evidente que la voluntad de vivir de Kaul Sen se desvanecía con rapidez, incluso más deprisa que el aura de jade según le iban retirando poco a poco las gemas que había ganado y portado durante décadas.

Era una ironía desoladora que se hubiera pasado los últimos años buenos de la vida de su abuelo en un país lejano, y todo lo que obtendría a partir de ahora serían unos momentos de lucidez pasajera que aparecían y desaparecían como ráfagas de lluvia tropical. Él la había querido más que a sus nietos y había deseado desesperadamente que regresara al clan, pero cuando por fin había vuelto, ni siquiera se daba cuenta. Shae podía aceptar aquello, pero no estaba preparada para presenciar su decadencia, para ver que el cuerpo de Kaul Sen se encogía hasta convertirse en una carcasa y su mente se dispersaba como el polvo.

—Quiero lo mejor para el abuelo —le dijo a Doru—. Eso es incluso más importante que la justicia del clan. ¿Estás de acuerdo, tío?

Doru alzó la cabeza. El cráneo oscilaba como si fuera demasiado pesado para aquel cuello. Tenía los ojos hundidos, pero aún brillaban como oscuras canicas de cristal.

—Siempre haré lo que necesite Kaul-jen.

—Le diremos al abuelo que has tenido problemas de salud, síntomas tempranos de la comezón. Por eso no portas jade. Siempre habrá un guardia

presente, y tienes prohibido hablar de asuntos del clan. Es la única forma en que puedes actuar, y si rompes las reglas, no te protegeré de Hilo por segunda vez.

—Ya no puedo jurar por mi jade —dijo Doru con humor amargo—, pero te doy mi palabra. Sé cuál es mi posición, Shae-se. Hice todo lo posible por dirigir las cosas a un desenlace mejor para todos, pero fracasé. Lan ha muerto; Hilo es el pedestal. Me doy cuenta de que vivo solo gracias a su clemencia y la tuya, y si al menos puedo hacer compañía a Kaul-jen durante el breve tiempo que nos queda, es más que suficiente. No tienes que preocuparte por mí.

Shae asintió y se levantó. Le parecía inapropiado darle las gracias cuando era ella quien le estaba perdonando la vida, y también le parecía inapropiado disculparse por la situación en que se había puesto él mismo, así que se limitó a decir:

—De acuerdo, entonces.

Doru volvió a acostar su figura frágil y delgada en el sofá.

—Me canso enseguida. No puedo decir si es por culpa de este cuerpo viejo y sin jade o por el dolor de mi corazón. —Se apretó los ojos con la toalla húmeda y se quedó inmóvil, aunque siguió hablando con voz áspera—: Puedes odiarme por mis debilidades, sé que así es, pero nunca te desearé ningún mal, Shae-se, y nunca te lo desearé. Lo único que me alegra de mi destino es verte... fuerte, inteligente, hermosa y portando el jade. Han hecho falta un asesinato y una guerra para que regreses, pero ¿recuerdas una cosa? Siempre le dije a tu abuelo que un día me sustituirías como hombre del tiempo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 38

El dilema del linterna

EN los últimos meses, el negocio había ido viento en popa en el Dos Fortunas. Como estaba cerca de una salida de la autopista no muy alejada de la frontera territorial, el señor Une se inquietó, pero no se sorprendió del todo, cuando dos huesos verdes de Sin Cumbre armados hasta los dientes aparecieron una mañana, se sentaron en el bar todavía cerrado y se dedicaron a jugar a las cartas en la barra mientras vigilaban la entrada principal. El dueño se acercó a ofrecerles cualquier cosa que quisieran comer o beber.

—¿Esperan problemas, jens? —preguntó.

—Quizá —dijo uno de los huesos verdes, un hombre de barba corta llamado Satto. El otro era mucho más joven y atendía por Caun—. El cuerno cree que es posible. Necesitamos un teléfono para llamarlo si es necesario.

El señor Une tardó un momento en recordar que ya no se referían a Kaul Hilo, sino a Maik Kehn. Sacó un teléfono de su despacho y lo enchufó detrás de la barra.

—¿Debería cerrar hoy? —preguntó, más nervioso a cada minuto que pasaba.

—Tú decides —dijo Satto—. Por ahora no es necesario.

Desde luego, apenas había necesidad, pues el día iba muy lento. Normalmente, el local estaría lleno en un diaquinto a la hora de comer, pero la víspera había tenido lugar el cortejo fúnebre del pedestal asesinado, Kaul Lan, que los dioses lo reconozcan. Todo el mundo esperaba que, aquel día, los clanes reanudasen la guerra con ímpetu renovado, y los habitantes de Yanlún habían decidido sabiamente quedarse en casa siempre que fuera posible. El señor Une había oído decir que algunos negocios de los barrios en disputa habían reducido el horario de apertura o incluso, como la Danzarina, en el distrito del Sobaco, habían echado el cierre aquel día. El padre del señor Une, sin embargo, había mantenido abierto el Dos Fortunas prácticamente a diario incluso durante la guerra de las Naciones, cuando los soldados shotarianos y las bombas espenias amenazaban con cerrarlo de forma permanente, de modo que Une, por una cuestión de principios, no se inclinaba a dejar que las amenazas, fuera cual fuera su naturaleza, perturbaran el negocio.

Empezó a reevaluar su postura poco después del mediodía, cuando sonó el teléfono y, al otro lado de la línea, una voz pidió hablar con Satto. Para entonces, los dos huesos verdes ya habían sacado partido al bufé y parecían aburridos. Los escasos clientes que habían pasado por el Dos Fortunas se habían sentado tan lejos como habían podido, y echaban miradas nerviosas a los dos hombres. Cuando Satto colgó el teléfono, se dirigió al señor Une:

—Di a los clientes que se vayan. Montaña ha atacado las Dársenas. Vienen hacia aquí. —Caun se había tomado la libertad de cerrar y asegurar las contraventanas de madera.

—¿Cu... cuándo llegarán? —tartamudeó el señor Une. Satto se encogió de hombros.

—Dentro de quince minutos, quizá.

El señor Une recorrió en persona todas las mesas. Ninguno de los comensales protestó; se marcharon del Dos Fortunas de inmediato. Algunos echaron el contenido de los platos a medias en recipientes para llevar, y muchos dejaron propinas generosas bajo la suposición de que el señor Une iba a necesitar pronto el dinero para hacer reparaciones. También mandó a casa a la mayoría de los empleados jóvenes. El personal que se quedó se dedicó a poner a buen recaudo ollas, sartenes, platos y vasos; cualquier cosa

que se pudiera romper y que pudieran guardar. Esperaron a que se marcharan todos los clientes, como se esperaba que se comportasen en circunstancias como aquella, y después se repartieron entre la sala de descanso y la cocina y se sentaron en el suelo. El señor Une se quedó en el restaurante, estrujándose las manos y secándose la frente con un trapo.

—¿Solo estáis vosotros dos? —preguntó—. No dudo de vuestras capacidades, jens, pero sin duda...

En aquel momento cruzaron la puerta otros tres huesos verdes del clan, dos hombres y una mujer, jadeando y sudorosos como si hubieran llegado corriendo. El alivio del señor Une ante la aparición de refuerzos se hizo añicos rápidamente cuando habló la mujer:

—Han tomado prácticamente todo al sur de la Vía del General. Gont lidera el ataque en persona. —La espada luna que empuñaba estaba manchada; al señor Une se le encogió el estómago—. Llegarán en cualquier momento.

Junto a la puerta, Caun giró la cabeza hacia la calle como si hubiera oído un ruido repentino que el señor Une no había podido captar.

—Ya están aquí.

Los huesos verdes desenfundaron las armas y corrieron a la puerta para defender el edificio. El señor Une dejó escapar un chillido y corrió en sentido contrario. Se ocultó detrás de la barra justo cuando, delante del restaurante, sonó un estruendo de frenazos, puertas de coches cerrándose y disparos.

La ráfaga inicial salpicó la fachada y rompió tres ventanas delanteras del Dos Fortunas (el señor Une gimió al pensar en los daños), pero después cesaron los disparos. Era una lucha por el territorio; ni al clan atacante ni al defensor les servía de nada arruinar a un pagador de tributos en potencia ni matar transeúntes. Se oyeron gritos en el exterior, sonidos de acero contra acero, un aullido de dolor, el chirrido de los frenos de otro coche y más ruidos ahogados de lucha. El señor Une creyó oír a alguien gritar: «¡Retiraos!», pero nuevos disparos ahogaron las voces.

Después de aquello, el silencio. El señor Une no se atrevía a respirar.

Justo cuando consiguió reunir valor para ponerse en pie y ver qué estaba pasando, la puerta delantera se abrió de golpe y entró un huesos verdes

gigantesco que solo podía ser Gont Asch, cuerno de Montaña. Lo seguían de cerca tres guerreros de mirada brillante y fiera, con la cara y la ropa manchadas de sangre. Gont se plantó en el vestíbulo y contempló el comedor vacío.

—Bonito sitio —dijo. Se volvió hacia la barra. El señor Une se había vuelto a esconder detrás y ahogaba los gemidos con la manga—. Sal, amigo mío —llamó Gont.

El señor Une se puso en pie, vacilante. Gont le hizo un gesto para que se acercara. Tragando saliva, el dueño del restaurante se obligó a adoptar su comportamiento más profesional y solícito y se acercó al grupo. Según avanzaba, miró de reojo a la puerta y se horrorizó al ver sangre en los cristales y la mitad inferior del cuerpo de Caun en su ángulo de visión. Saltó como una ardilla cuando Gont le preguntó:

—¿Dónde está el personal?

El señor Une intentó hablar, pero no pudo, de modo que señaló hacia la cocina y la sala de descanso.

—Tráelos —dijo Gont a uno de sus hombres. El señor Une se llevó otro sobresalto cuando se volvió a abrir la puerta y entraron dos huesos verdes de Montaña arrastrando entre ellos a Satto. Lo dejaron delante de Gont como gatos que ofrecieran una rata muerta.

—Jade para nuestro cuerno —dijo uno de los guerreros Montaña, saludando a Gont—. Ha sido una victoria digna. El Dos Fortunas es una de las joyas de Sin Cumbre.

Satto consiguió ponerse de rodillas y escupió en los zapatos de Gont.

—Mi sangre por mi clan. Hilo-jen arrancará el jade de tu frío cadáver...

Gont dejó caer la espada luna con tal velocidad y fuerza que el señor Une no tuvo tiempo de emitir sonido alguno antes de que la cabeza de Satto rodara por la moqueta y se detuviera al pie del atril de la metre.

—Todos habéis luchado bien; repartíos el jade —dijo a sus hombres—. Decidle a Oro que no traiga a los empleados hasta que nos hayamos llevado los cadáveres; no hace falta asustarlos. —El cuerno envainó la espada y se sentó en la mesa más cercana, miró alrededor y asintió. Echó un vistazo a la pizarra con los platos del día escritos con tiza—. ¿Todavía está abierto el bufé?

La pregunta sacó al señor Une del *shock*.

—S... sí, Gont-jen. Aunque lo hemos retirado y quizá no esté tan caliente y fresco como habría estado si hubieras venido hace dos horas... —Dejó la frase en el aire al darse cuenta de lo ridícula que sonaba.

—Me han dicho que este es el restaurante favorito de mi enemigo Kaul Hilo —dijo Gont—. Y que, en especial, los calamares crujientes que servís son excelentes. Por desgracia, nunca tuve oportunidad de comer aquí. Es una consecuencia desafortunada de ser un huesos verdes en esta ciudad.

Pasaron dos hombres arrastrando el cadáver decapitado de Satto.

—Me halaga que conozcas la reputación del Dos Fortunas, jen —dijo atropelladamente el señor Une, sudando en abundancia—. Por favor, permíteme que te traiga un plato de calamares crujientes para que por fin puedas saborearlos.

—Nada me gustaría más —dijo Gont—. De paso, tráeme los libros contables.

El señor Une se apresuró a obedecer. Diez minutos más tarde, el cuerno de Montaña se metió un trozo de calamar en la boca y masticó. Sus subordinados lo observaban con curiosidad. Habían sacado de la sala del fondo al personal del Dos Fortunas, que también estaba allí, formando un semicírculo silencioso y atemorizado detrás del señor Une. Gont frunció el espeso ceño; tragó, levantó una mano y golpeó la mesa varias veces a modo de aplauso.

—No cabe duda de que el Dos Fortunas se merece su reputación —dijo—. La textura crujiente es perfecta; el sabor es único... y tiene la cantidad de picante justa. Con gusto comería esto todos los días. —El señor Une no pudo evitar sonreír ampliamente ante la alabanza. Detrás de él, el personal de la cocina soltó suspiros de alivio.

Mientras seguía comiendo, Gont dirigió su atención al libro de contabilidad con tapas negras que el señor Une le había dejado al lado. Lo abrió.

—¿Cuánto pagas de tributo a Sin Cumbre? —preguntó.

El señor Une se lo dijo y Gont asintió lentamente mientras estudiaba el libro.

—Tu negocio ha ido mejor últimamente, y estamos en tiempo de guerra. Pagarás esa cantidad y un cincuenta por ciento más al clan Montaña. —Con un gesto indicó a los puños que cogieran palillos y comieran calamares, cosa que se apresuraron a hacer—. Ahora, amigo mío, jura tu lealtad y tu compromiso a pagar el tributo, y mañana podrás abrir como siempre.

El señor Une abrió y cerró la boca un par de veces y se secó el sudor de la frente.

—Gont-jen —dijo—, he sido linterna de Sin Cumbre más de veinte años. Mi hermano y mi sobrino también son linternas leales a los Kaul, mi cuñada es una hacedora de fortuna y mi primo es dedo del clan. ¿No me permitirás marcharme honorablemente? —Según la costumbre, si un clan ocupaba el territorio de otro, los propietarios de los negocios y los trabajadores sin jade podían elegir entre cambiar de lealtad o marcharse sin sufrir consecuencias; era lo que había sucedido en las casas de apuestas de la calle del Pobre que habían conquistado los Kaul pocos días antes.

—Eso no será aceptable en este caso —dijo Gont—. La familia Une ha dirigido el Dos Fortunas desde que existe. Sería una farsa que continuase activo sin tu gestión competente y tu visión culinaria al timón.

El señor Une se sintió halagado de nuevo. El cuerno de Montaña tenía una voz de barítono resonante y una dicción impecable que lo hacía parecer de lo más razonable. Quizá no fuera tan malo ser linterna de Montaña; la verdad, ¿sería tan diferente pagar tributo a un clan en vez de a otro? Aun así, el señor Une no se había planteado en serio en toda su vida que el Dos Fortunas pudiera caer en manos de otro clan. Sin Cumbre había sido siempre poderoso allí, y el patrocinio de Kaul Hilo, irrefutable. La guerra todavía podía dar un vuelco, y el restaurante, volver a manos de Sin Cumbre. Era más seguro no traicionar a nadie.

—Por favor, Gont-jen —dijo; unió las manos y saludó repetidas veces—, el Dos Fortunas es el legado de mi familia, pero debo rehusar.

Gont se lo pensó. Se limpió los labios con la servilleta de tela y se puso en pie.

—Muy bien. Comprendo tu posición. —Se volvió hacia sus hombres; dos se habían marchado ya, seguramente para seguir adentrándose en las Dársenas o para luchar en algún otro punto de la ciudad, pero tres se habían

quedado—. Aseguraos de que sale todo el personal —ordenó—. Después, quemad esto hasta los cimientos.

Al señor Une se le congeló la expresión, horrorizado. Mientras los huesos verdes se disponían a obedecer, gritó:

—¡No, Gont-jen! ¡Te lo ruego! —El anciano cayó de rodillas ante el cuerno—. Juro lealtad y entregar tributo al clan Montaña. Alzo mi linterna para iluminar el camino de sus guerreros y pedir su protección. —Le tembló la voz—. Por el amor de los dioses, ¡por favor!

Gont levantó una mano y sus hombres se detuvieron.

—Acepto con placer tu juramento, señor Une. Me habría decepcionado mucho que esta hubiera sido la primera y la última vez que probase tus calamares crujientes. —Rodeó al tembloroso linterna y se dirigió a la puerta, dejando a los puños a cargo—. El Dos Fortunas solo es el principio de lo que arrebataremos a Sin Cumbre. Lo que no podamos tomar, lo destruiremos. Cuando acabe la guerra y Montaña se alce con la victoria, solo habrá un clan en Yanlún, tal como fue en el pasado, y los buenos linternas como tú no tendrán motivos de preocupación.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 39

Al timón en la calle del Barco

SHAE estaba frente al gran ventanal del despacho de Doru, en la esquina del edificio, y contemplaba las imponentes vistas de la ciudad. Estar en aquella sala le ponía los pelos de punta. Transpiraba la presencia de Doru. Todo, desde el viejo sillón de cuero negro que tenía impresa la silueta del cuerpo hasta la pluma de marfil que estaba encima de la mesa del despacho, pasando por la bolsa de nueces de betel abierta en un cajón, le recordaba que aquellos eran los dominios del anciano, dominios que había ocupado casi tantos años como tenía ella.

Tenía las tripas hechas un nudo apretado. No recordaba haber estado tan nerviosa en su vida, ni siquiera el día en que entró por primera vez en un aula enorme llena de espenios. Cuando se arrodilló ante Hilo y juró ser su hombre del tiempo, comprendía intelectualmente lo difícil que sería, pero el dolor y la culpa la habían impulsado durante los días del velatorio y el entierro; no fue hasta aquel momento cuando sintió realmente, con plena intensidad, la aparente imposibilidad de la tarea que tenía por delante. Cualquier desconfianza que pudiera albergar el clan sobre las dotes de Hilo como pedestal, sin duda sería mucho mayor sobre las de ella como hombre del tiempo. Doru era un veterano de guerra y un hombre de negocios consumado con décadas de experiencia; ella era una mujer de veintisiete años que había pasado los dos últimos lejos de Kekon y jamás había

ocupado una posición de autoridad en el clan. Si no podía inspirar respeto y empezar a dirigir de forma competente y de inmediato la oficina del hombre del tiempo, las inversiones no tardarían en fracasar y los linternas desertarían en manada, como las ratas abandonan un barco que se hunde. Podría hacer que Sin Cumbre perdiera aquella guerra más deprisa que cualquier cosa que hiciera o dejara de hacer su hermano.

Shae fumaba rara vez, salvo en acontecimientos sociales, pero encendió un cigarrillo para calmar los nervios. Lo que más necesitaba era el apoyo público de los dos hombres que había señalado Lan como los lógicos sucesores potenciales en el puesto de hombre del tiempo: Woon Papidonwa y Hami Tumashon. El clan tenía que ver que aquellos hombres, que gozaban de credibilidad, la apoyaban. Woon llegaría en cualquier momento. Shae siguió frente a la ventana y no se volvió ni siquiera al Percibir el aura de Woon cuando este salió del ascensor acompañado por Maik Tar.

Tar llamó a la puerta del despacho, la abrió y anunció formalmente:

—Kaul-jen, traigo a Woon Papi, tal como ordenaste.

Shae sintió una punzada de gratitud hacia el teniente de su hermano; estaba claro que Hilo lo había instruido bien. Se tomó su tiempo para aplastar la colilla del cigarrillo antes de volverse.

—Gracias, Tar —dijo. El puño saludó, salió y cerró la puerta firmemente, dejando a Woon de pie justo en medio del despacho.

—Woon-jen... —saludó Shae.

Rodeó la mesa e indicó con un gesto al antiguo asistente del pedestal que se sentara en el feo sofá verde oscuro de la zona de conversación del despacho. Woon tomó asiento sin decir palabra. Shae cogió una jarra de agua de una mesa lateral, llenó dos vasos y dejó uno en la mesita, delante de Woon. Se dio cuenta de que al hombre le tembló un poco la mano cuando cogió el vaso. Se sentó en un sillón frente a él.

—Mi hermano hablaba bien de ti —dijo—. Confiaba en ti y te consideraba un buen amigo, un viejo amigo desde los tiempos de la academia.

Woon no respondió, pero en aquel instante, Shae le leyó en la cara con toda claridad el pesar y la vergüenza que sentía, unidos a un temor legítimo por su vida. Woon había fallado a Lan. No había sabido que el pedestal se

había marchado aquella noche fatídica, no había estado allí para protegerlo en persona ni había tomado la precaución de asegurar que lo acompañasen los guardaespaldas. Después de que Maik Tar le dijera que subiera al coche aquella mañana, Woon se había pasado los siguientes veinte minutos convencido de que Kaul Hilo había ordenado su destierro o su ejecución.

Verse en el despacho del hombre del tiempo en vez de junto a un bosque, arrodillado en la cuneta, parecía haber confundido a Woon, pero después de beber el vaso de agua que Shae le había servido se recobró lo suficiente para alzar la mirada con una mezcla de esperanza y autodesprecio en los ojos.

—No merezco vivir, Kaul-jen.

—Lan te habría perdonado —dijo Shae con amabilidad. Sintió el efecto de aquellas palabras, tanto en el involuntario latido de emoción en el aura del hombre como en la expresión de su cara. Siguió hablando con tono suave pero firme—: Si el clan quiere ganar esta guerra y vengar a Lan, no podemos permitirnos perder a nadie sin necesidad. Ni Hilo ni yo podemos ocupar el lugar de Lan, lo sabemos. Los dos juntos tenemos una oportunidad, pero tú eras el asistente del pedestal. Conocías bien a Lan, y conoces los aspectos comerciales y políticos del clan mejor que ninguno de nosotros. Los fracasos deben tener consecuencias, es cierto, pero hay otras formas de expiarlos.

Woon se ruborizó, contrito y aliviado a la vez.

—¿Qué quieres que haga, Kaul-jen? —preguntó en un susurro, y Shae supo que había gestionado correctamente la situación. Woon estaba convencido de que ella lo había liberado del castigo de Hilo para usarlo con algún fin noble que Lan habría deseado.

—Sé que Lan planeaba que te hicieras cargo de mayores responsabilidades en el clan, quizá que te convirtieras en el hombre del tiempo después de Doru. Hilo me ha nombrado su segunda, pero no puedo hacerlo yo sola. Ayúdame a gestionar la oficina del hombre del tiempo; serás mi jefe de personal. Es un término que aprendí en Espenia, y su papel es muy parecido al del asistente del pedestal, pero más visible y con mayor capacidad de decisión. Hilo lo entenderá. Sé mi mano derecha, como fuiste la de mi hermano. ¿Aceptas, Woon-jen?

A Woon le brillaron los ojos, bajó la cara y asintió.

—Sí. Es lo que Lan-jen habría querido que hiciera —dijo sin más.

—Bien —dijo Shae, aliviada por que aquella conversación hubiera ido según lo planeado—. Tenemos mucho que hacer, pero empezaremos mañana. Por hoy, vuelve a casa, pero empieza a pensar en los pasos que debemos dar para proteger nuestros negocios. Antes de que te vayas: ¿a quién crees que debería nombrar jefe de los hacedores de fortuna?

—A Hami Tumashon —dijo Woon tras meditarlo.

Shae pareció considerarlo; después asintió. Incluso si Woon le hubiera dicho otro nombre, habría sido conveniente que demostrase que ya empezaba a confiar en sus consejos. De todas formas, se alegró de que hubiera señalado a Hami.

Cuando Woon se marchó, Shae se acabó el vaso de agua y recostó la cabeza en el respaldo del sillón. Se preparó para la segunda conversación, que sospechaba que iba a ser más difícil. Se abrió la puerta, y una mujer que parecía tan joven como Anden asomó la cabeza.

—¿Kaul-jen? —dijo con voz aguda y casi infantil—. ¿Necesita algo más?

Por la puerta entreabierta le llegó el rumor habitual de las conversaciones de los pasillos y los timbres de los teléfonos. Técnicamente, el Barrio Financiero no era territorio neutral, pero los bancos y los servicios profesionales que tenían su sede en los rascacielos de la calle del Barco eran menos susceptibles de ser ocupados y controlados a punta de cuchillo. Los miembros de clanes que trabajaban allí, como abogados, contables y otros hacedores de fortuna con formación similar, combatían en la guerra de una forma muy distinta de la de los puños y los dedos, de modo que los negocios continuaban a pesar de la violencia desatada justo al otro lado de la autopista.

—Sí —dijo Shae. Observó a la joven y tomó nota mental de trasladar a aquella desafortunada criatura a otro trabajo en el que no tuviera que vestirse de aquella forma que le recordaba las aficiones de su tío Doru—. Llama a Gestión de Infraestructuras. Quiero que vacíen este despacho y traigan muebles nuevos. Y que Hami Tumashon venga a verme en cuanto llegue.

Se sentó a la lujosa mesa de Doru. Mientras revisaba los documentos de la bandeja de entrada, Hami llamó a la puerta, entró y dirigió a Shae un saludo superficial.

—Me has llamado —dijo con un tono cuidadosamente neutro, pero la miraba con cierto escepticismo.

Shae dejó el documento que estaba leyendo.

—Adelante, Hami-jen. —Señaló el sillón que había frente a la mesa. Cuando Hami se sentó, le ofreció un cigarrillo, que él rechazó. Hami era un hombre directo, bien entrado en la treintena. Había sido un puño respetado antes de que una lesión de balón relevo le provocara una cojera permanente y desviara su carrera hacia el derecho empresarial. Portaba más jade que la media de los habituales de la calle del Barco, y su aura poseía cierta solidez y un deje de orgullo.

Hilo había asegurado a Shae que Hami era leal al clan y se podía confiar en él, aunque la valoración de su hermano quizá estuviera teñida por el detalle de que Hami se había enfrentado a Doru y su carrera se había atascado como consecuencia. Shae sospechaba que Hami había representado un papel esencial al ayudar a Hilo a encontrar pruebas de la traición de Doru. Sin embargo, no debía engañarse creyendo que eso significaba que aquel hombre tuviera el menor deseo de rendir cuentas ante una mujer a la que sacaba doce años, por muy Kaul que fuera.

Shae se irguió en el asiento.

—Me encuentro en una posición difícil, y el pedestal me ha dicho que eres la persona con quien debo hablar porque siempre te expresas con sinceridad, incluso si puede perjudicarte. Es una cualidad poco frecuente en un abogado, debo añadir. —Vio que Hami abría ligeramente los ojos al oír aquello. Había captado su atención. Puede que fuera honrado, pero también sabía reservarse su opinión, y eso parecía hacer en aquel momento mientras esperaba a que ella continuase.

Shae se recostó en el sillón acolchado de Doru y habló como si tuviera reticencias en cuanto a confiar en el hacedor de fortuna.

—Hami-jen —prosiguió—, no esperaba tener que sentarme en este despacho hasta dentro de quince años como mínimo. Hace poco que volví de estudiar en Espenia. En principio iba a dirigir alguna empresa del clan

para adquirir experiencia operativa. Alguno de los negocios más sencillos y estables que todavía tuvieran margen de crecimiento; en inmobiliarias o turismo, quizá. Mientras tanto podría vivir la vida, viajar, quizá conocer a alguien y casarme. Soy la Kaul más joven, así que mi abuelo siempre me dio más libertad.

—Y ahora eres el hombre del tiempo —fue una mera declaración objetiva, pero la leve curva hacia arriba de los labios de Hami indicó que aquello le parecía gracioso e irónico.

—Y ahora soy el hombre del tiempo. —Shae endureció el tono, y sabía que Hami Percibiría el resentimiento y el disgusto auténticos que le crepitaban por toda el aura—. La traición, el asesinato y la guerra tienen esa forma de arruinarle los planes a cualquiera.

Notó que Hami se mostraba cauto. Quizá el veterano hacedor de fortuna hubiera esperado encontrarse a una joven creída que jugaba a los ejecutivos, a alguien a quien pudiera sabotear y manipular en cuanto empezara a darle órdenes con una falsa confianza insufrible. Ya no estaba tan seguro.

—Si creyera que sería mejor para el clan —prosiguió Shae—, le pediría al pedestal que sentase a otra persona a esta mesa. Pero mi hermano no es estúpido. Sabe que los huesos verdes valoran en gran medida el linaje. Estando en guerra como estamos, tener a otro Kaul al mando hace que todo el mundo recuerde a la Antorcha y sus victorias del pasado, lo que, a su vez, le recuerda que el clan es fuerte; que Kekon es fuerte. Con el clan bajo asedio, mis preferencias personales no significan nada.

—¿Por qué me has llamado? —dijo Hami con cierta impaciencia. Shae le dirigió una mirada expectante.

—Porque necesito que me digas la verdad. ¿Cómo será de difícil? ¿Qué debo hacer de inmediato para granjearme la confianza del personal y de los linternas, para que este sitio no se derrumbe y Montaña no nos barra y devore? Porque si fracaso, será el fin de Sin Cumbre.

Hami la observó con lo que Shae notó que era un inicio de respeto. Le había recordado que ella era y siempre había sido el hombre del tiempo en cantera: adiestrada por Doru, educada en una de las mejores universidades de Espenia, favorita de la Antorcha; lo único que pasaba era que había ocupado el puesto antes de lo previsto. Y ahora estaba siendo absolutamente

sincera sobre sus problemas de credibilidad. Había sido astuta al pedirle consejo de inmediato, algo que por fuerza lo halagaría. Shae esperó la respuesta.

Al cabo de un momento, Hami carraspeó y habló sin rodeos.

—Necesitas de tu parte a los hacedores de fortuna veteranos, los que realmente gestionan las relaciones con los linternas. Tendrías que convocar una reunión de personal cuanto antes. Si vas a hacer cambios importantes, hazlos rápidamente, mientras estás en este periodo de gracia en que la gente está esperando a ver qué ocurre en la guerra en las calles.

Shae asintió.

—Pretendo hacer cambios. He aprendido lo suficiente para saber que algunos actos de Doru han debilitado al clan. Tomó en solitario demasiadas decisiones sobre inversiones; hemos sido cautos y actuado en respuesta, esperando a que los linternas acudiesen a nosotros en vez de salir en busca de oportunidades. Eso nos ha puesto en situación de debilidad frente a Montaña. —Sabía que aquello era lo que Hami creía también, pero empezó a hilar fino; no quería insistir en aquel punto y que pareciera que quería aprovechar su descontento—. Según tú, ¿cuántos empleados de la oficina son leales a Doru y podrían representar un problema si siguen en su puesto actual?

—Menos de los que crees —dijo Hami, y Shae vio en su mirada un brillo que le dijo que había tocado con la fuerza justa el disgusto que ambos sentían hacia Yun Dorupon—. Yun-jen no ha sido muy popular últimamente; mucha gente cree que debería haberse jubilado hace cinco años. La mayoría de sus aliados más fieles son suficientemente viejos para que podamos forzarlos a jubilarse con dignidad y una pensión del clan. Los apoyos más fuertes los encontraremos entre los departamentos a los que ha recortado el presupuesto o ha liquidado directamente: hacedores de fortuna que han visto que Montaña se llevaba buenos negocios. Estarán ansiosos por que eso cambie.

Shae tomó nota de que Hami usaba la primera persona al decir «encontraremos» y hablaba sin el menor rodeo; buena señal.

—¿Quién era el principal candidato al puesto de hombre del tiempo antes de que mataran a Lan-jen y el pedestal me nombrase a mí?

Hami apretó la mandíbula, pero se impuso la honradez.

—Woon Papidonwa.

—El asistente del pedestal de mi hermano —dijo con tono pensativo, como si fuera la primera vez que Woon se le pasaba por la cabeza—. Un buen hombre, respetado por todo el clan, aunque quizá no muy flexible. Lo nombraré jefe de personal. —Cada uno de los hombres creería que había seguido su consejo al nombrar al otro—. El actual jefe de los hacedores de fortuna, Pado Soreeto, ¿es leal a Doru?

—Sí. Ha sido el jefe de los hacedores de fortuna los doce últimos años.

—Está despedido —declaró Shae—. A partir de ahora, el jefe de los hacedores de fortuna eres tú, Hami-jen. Suponiendo que estés dispuesto a aceptar el desafío de guiar al clan en tiempos difíciles con la misma lucidez que me has demostrado hoy.

Hami no pareció sorprendido por el ascenso repentino, pero vaciló. Shae esperó la respuesta sin revelar el nerviosismo. Le preocupaba que Hami pudiera dimitir. No abandonar el clan, por supuesto; era casi imposible para un huesos verdes de su nivel, pero desde luego tenía libertad para ganarse la vida fuera de la oficina del hombre del tiempo, como director de algún negocio del clan o trabajando para un linterna importante. Sería una pequeña pérdida de estatus, quizá, pero puede que ganara más dinero. Si se marchara, dispararía una reacción en cadena de deserciones.

Pero había jugado bien sus cartas; tras pensarlo un poco más, Hami contestó:

—Será un honor, Kaul-jen.

—El honor es mío —dijo, y le ofreció la primera sonrisa que había mostrado aquel día—. Como me has aconsejado, debemos movernos deprisa; empezaremos mañana con un comunicado a todo el personal. ¿Podemos reunirnos otra vez esta tarde? Tenemos que acudir a la reunión con una estrategia preparada.

Hami asintió y se levantó. Había sustituido las dudas evidentes que arrastraba al entrar en el despacho por un sentimiento algo confuso de impaciencia por ponerse manos a la obra.

—Estaremos preparados.

Saludó a Shae con una inclinación más marcada que la que le dirigió al entrar y salió del despacho. Cuando se marchó, Shae cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Ya se había ocupado de dos; solo quedaban unos millares más.

Por la tarde del día siguiente, mientras los obreros desmantelaban el despacho, se llevaban la mesa y los sillones de Doru y los cambiaban por muebles nuevos, Shae entró en la gran sala de juntas, atestada de hacedores de fortuna veteranos, de la oficina del hombre del tiempo. Se había maquillado para parecer mayor y llevaba el pelo en la coronilla, apretado en un moño. Se había puesto un traje azul marino de estilo conservador, pero el cuello de la blusa remarcaba la doble gargantilla de jade, y las pulseras de jade le colgaban de las muñecas. No todos los hacedores de fortuna portaban jade, y aquellos que sí, normalmente llevaban mucho menos que los miembros militares del clan, pero una exhibición potente de verde significaba estatus y respeto en cualquier lugar de Kekon, y la planta alta de un rascacielos de la calle del Barco no era una excepción.

Shae se fijó en la gente que la observaba. La mayoría de los presentes eran hombres, y todos mayores que ella. Woon estaba sentado a su derecha, y Hami, a su izquierda. Apoyó las manos con firmeza en la superficie de madera pulida.

—Desearía poder empezar diciendo lo mucho que me emociona y complace estar aquí, pero sería mentira. Estoy aquí porque mi hermano, que los dioses lo reconozcan, fue asesinado. —Un silencio incómodo invadió la sala—. Nos quitan los territorios, nos roban los tributos, atacan nuestros negocios. El Consejo Real ha ordenado una auditoría de la Alianza del Jade de Kekon, que demostrará que nos han robado nuestra justa cuota de jade. Somos gente educada. Trabajamos en despachos, hacemos llamadas telefónicas y llevamos la contabilidad. Pero en última instancia somos un clan.

Silencio alrededor de la mesa, aunque algunos presentes asintieron.

—Yun Dorupon sirvió a la Antorcha con fidelidad durante mucho tiempo. Lo respeto por ello. Pero lo cierto es que nos hemos quedado atrás

y, como consecuencia, nos hemos convertido en una presa para nuestros enemigos. Para que el clan resista, debemos hacer que Sin Cumbre vuelva a ser fuerte, más fuerte incluso que lo que llegó a imaginar mi abuelo, porque esta guerra con Montaña amenaza no solo a nuestro clan, sino a nuestro país. —Shae señaló con la cabeza hacia las ventanas que dominaban la ciudad—. Los clanes controlan la economía de Kekon. Si los lineros, el Consejo Real, los espenios y el público pierden confianza en la supervivencia de Sin Cumbre, perderán la confianza en la estabilidad del país entero. Se vendrán abajo dos décadas y media de crecimiento exponencial. No podemos permitir que ocurra eso. Por eso os pido vuestro compromiso, con el mismo énfasis con que el cuerno pide la sangre a sus puños.

Shae inclinó la cabeza hacia Woon y a continuación hacia Hami.

—Estos dos hombres, que no hace falta que os presente, me han ofrecido ese compromiso. Es un privilegio tener a mi lado su lealtad y su experiencia. Woon es mi mano derecha; será la sombra del hombre del tiempo. Hami será el jefe de los hacedores de fortuna, con efecto inmediato. Os dirigirá unas palabras sobre lo que va a pasar a continuación.

—En las dos semanas próximas —dijo Hami— evaluaremos todos los puestos veteranos. Parte de la evaluación consistirá en un informe detallado de las actividades pasadas de la oficina del hombre del tiempo. En las siguientes semanas y meses tendrán lugar cambios de personal, y contactaremos con los lineros para reclutar nuevos hacedores de fortuna. Si alguien cree que no puede seguir desarrollando su trabajo en estas circunstancias, el clan aceptará su dimisión y le concederá una pensión por los servicios prestados. Tenéis que tomar una decisión antes de que termine la jornada.

Shae pudo notar la consternación y el descontento en algunos, pero como había predicho Hami, fueron menos de los que esperaba. La gente estaba acostumbrada a mostrar respeto al asistente del pedestal, o al menos a no desafiarlo, y Hami, cuyas críticas a Doru tenían muchos apoyos en secreto, captó hábilmente la atención de los presentes, con la intensidad de antiguo puño que lo caracterizaba. Al tener a su lado a dos de los hombres más respetados de esa rama del clan, Shae pudo sentir que se aplacaban las

reservas de los hacedores de fortuna. Como mínimo, no se manifestó abiertamente ningún desacuerdo mientras Hami y Woon describían el resto de los planes inmediatos de Shae.

Al acabar la jornada, Shae se dejó caer en el sillón sin estrenar de la oficina desmantelada, que olía a tapicería y empapelado nuevos. Los muebles de cuero oscuro acolchado y los cortinajes recargados de su predecesor se habían sustituido por asientos con cojines, estanterías abiertas y lámparas de cobre con pantalla esférica, algunas de las cuales seguían envueltas en plástico y no estaban colocadas en su posición definitiva. Casi todo el mundo se había ido a casa y el edificio estaba en silencio.

Se sentía como si hubiera realizado un milagro de pequeño calibre. Había superado las primeras cuarenta y ocho horas sin perder la oficina del hombre del tiempo. Entre las linternas correría la voz de aquel éxito inicial, y le concederían el beneficio de la duda. Durante un tiempo. Era lo mejor que podía esperar.

Sonó el teléfono, que estaba en el suelo. Shae descolgó y respondió. Una voz masculina alterada pidió hablar con Yun Dorupon.

—Me temo que no es posible.

—No me vengas con esas —espetó el hombre, al otro lado de la línea—. Dile que soy el ministro de Turismo y llamo desde el Consejo Real. ¡Acabo de regresar después de pasar tres semanas en el extranjero y me encuentro con que la ciudad entera es un campo de batalla de huesos verdes! ¿Sabes que están informando de ello los noticiarios extranjeros? Otros países están retirando la publicidad de los viajes a Kekon. Es una locura. ¿Dónde está Yun-jen? Tengo que hablar con él.

—Yun Dorupon está confinado en su casa, debido a problemas de salud que lo han obligado a dimitir —dijo Shae. Era la versión que había ideado con Hilo para evitar que los rumores de traición en el clan se extendieran más allá de los niveles más altos de Sin Cumbre.

—¿Dimitir? —gritó el ministro—. ¿Quién es el hombre del tiempo en funciones, pues? Ponme con él de inmediato.

—Está hablando con ella. Soy el hombre del tiempo. Me llamo Kaul Shaelinsan, y si desea decir algo más, dígamelo a mí.

Del auricular emanó un silencio atónito; lo siguió una maldición entre dientes, un clic y el zumbido del tono de llamada.

Shae colgó y giró la silla para mirar por las ventanas que se iban oscureciendo. Había vaciado los archivadores de Doru antes de que se los llevaran, y la reluciente mesa nueva estaba llena de pilas de carpetas donde se detallaban todas las operaciones de Sin Cumbre. Se volvió hacia la mesa, cogió una carpeta de arriba y la abrió en el regazo. La noche era joven y tenía horas de trabajo por delante.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 40

Ser el pedestal

A Hilo no le gustaba usar el despacho de Lan; no encajaba con él. Tan formal y con tantos libros... ¿Lan se los leía de verdad? Pero tampoco conseguía animarse a cambiar aquella sala, así que celebraba las reuniones en la mesa del patio.

Los hermanos Maik parecían cansados y sucios, como soldados de infantería que acabaran de regresar del frente: barba de varios días, ropa sucia de sangre y polvo, armas manchadas. Hilo se las había arreglado para ducharse y cambiarse de ropa, pero sospechaba que no tendría mucho mejor aspecto. Había pasado la noche entera en el Sobaco. Después de conquistar la calle del Pobre, no tenía intención de que Montaña recuperara la más mínima parte del distrito. La lucha se había extendido por Punta de Lanza y por Junko, pero al amanecer, Sin Cumbre seguía conservando todo el territorio que poseía en la zona. No era el caso de otras partes de la ciudad.

Hilo partió un panecillo y se lo fue comiendo sin dejar de mirar a los silenciosos Maik.

—Nadie quiere hablar primero —dijo al fin—, así que deben de ser malas noticias.

—Hemos perdido la zona sur de las Dársenas —dijo Kehn—. Entre ayer y durante la noche han matado a tres puños y once dedos nuestros.

Nosotros también hemos conseguido jade de Montaña, pero no el suficiente. Gont y sus hombres se han instalado en el Dos Fortunas.

—¿Quiénes eran los puños?

—Asei, Ronu y Satto.

El pedestal torció el gesto. Los Maik sintieron que le llameaba el aura y bajaron la mirada al suelo. Hilo echó al plato lo que quedaba del panecillo y se limpió la boca con la mano.

—Que los dioses los reconozcan —dijo en voz baja.

—Que los dioses los reconozcan —corearon los Maik.

—¿Y el señor Une? —preguntó Hilo.

—¿El dueño del Dos Fortunas? —Kehn bufó—. Se ha pasado a Montaña.

Hilo suspiró por la nariz. Sospechaba que Gont había ofrecido al pobre hombre una elección entre mudar lealtades y algo mucho peor, pero la desagradable verdad era que, si podían hacerse con el Dos Fortunas y si un aliado de Sin Cumbre tan antiguo como el señor Une cambiaba de bando, ninguna posesión del clan estaba a salvo. Frunció el ceño mientras expresaba aquel pensamiento sombrío:

—Hasta el mejor linterna es como un calamar que cambia de color para salvarse.

—Tenemos que recuperarlo —insistió Tar—. Gont nos está provocando al establecerse allí. Desde ahí puede seguir adentrándose en las Dársenas, o atacar Junko o la Fragua. Los hombres que le quitaron el jade a Satto están allí; podemos recuperarlo en su nombre.

—¿Y de dónde retirarás efectivos para organizar un asalto al Dos Fortunas? —preguntó Hilo—. Para enfrentarnos a Gont cara a cara necesitaríamos a los mejores puños que nos quedan y a un pequeño ejército de dedos. El Sobaco no puede prescindir de nadie. ¿Y Sogen? Os mandé a conquistar el distrito; ¿lo habéis conseguido?

—No —dijo Tar, aceptando la reprimenda.

Wen salió al patio y les dejó en la mesa un plato con sandía cortada en cubos y una jarra de agua con menta.

—Gracias, cariño —dijo Hilo.

Le puso una mano en la parte trasera del muslo mientras ella llenaba los vasos. Wen llevaba un vestido de color verde lima claro y sandalias de tacón que le marcaban la forma de las pantorrillas. Tener a Wen en la casa del cuerno era una de las pocas cosas buenas de la vida de Hilo aquellos días. La casa pertenecía ahora a Kehn, por lo que todo seguía siendo decente, pero estaba a un corto paseo de la mansión principal y, lo que era más importante, a salvo dentro de los muros de la hacienda. Wen le dirigió una leve sonrisa y después se retiró para dejar que su prometido y sus hermanos siguieran hablando.

—Recuperaremos el Dos Fortunas —dijo Hilo, cambiando el tono de voz para que Tar supiera que no estaba enfadado con él—. Pero no ahora. Gont estará esperando un contraataque inmediato. Incluso aunque consigamos expulsarlo de las Dársenas, el precio será muy alto. —Negó con la cabeza—. Golpearemos en un momento mejor.

—¿Y cuándo será eso? —Kehn cogió una hoja de menta del vaso y la masticó.

—Ahora eres el cuerno, Kehn —dijo Hilo, entrecerrando los ojos—. Tú sabrás. Piénsalo, y luego me lo cuentas y te daré permiso para actuar o no. Así era como funcionaban las cosas entre Lan y yo. Nunca obré contra sus órdenes, pero tampoco esperaba a que me dijera qué hacer. Tomaba las decisiones que me correspondían; en cualquier otro caso acudía a él, le decía lo que pensaba y le pedía lo que creía necesario. —Se había puesto de mal humor. Ahora le tocaba el turno de las reprimendas a Kehn.

—Muy bien, Hilo-jen —dijo el cuerno—. Estás disgustado con nosotros; nos hemos dado cuenta. Lo haremos mejor.

—Sois mis hermanos; vuestra hermana será mi esposa. No os estaría tratando como familia si no fuera sincero con vosotros. —Hilo vació el vaso de un largo trago y se apretó contra la frente el cristal frío durante un momento antes de dejarlo en la mesa—. Voy a hacer algunos cambios. Sabéis que Woon se ha ido a la oficina del hombre del tiempo para ayudar a Shae. Es el mejor sitio donde puede estar; donde puede ser más útil. Tar, a partir de ahora serás el asistente del pedestal.

Tar parpadeó.

—¿Tanto te he fallado, Hilo-jen? —balbuceó. Echó la silla hacia atrás, como para levantarse. El aura de jade se le arremolinaba llena de confusión —. ¡No soy un secretario! Soy un hombre del cuerno; estoy en el lado más verde del clan, lo sabes. ¿Quieres que me ponga a atender el teléfono y cuidar el jardín?

—No harás ninguna de esas mierdas. —Hilo clavó en el asiento al Maik más joven con una mirada fiera cargada de impaciencia—. Tendrás personal que se encargue de esas cosas. Necesito que hagas otro trabajo; es un trabajo importante y solo responderás ante mí. No es algo que pueda encargarle al cuerno; ya está bastante ocupado con la guerra. Elegirás a dos hombres para que te ayuden; que sean dedos de primera categoría, de los que estés seguro de que no se irán de la lengua por descuido y que estén ansiosos por mojar los cuchillos. Eso debería dejarte claro que pienso hacer unos cuantos cambios en el papel del asistente del pedestal.

Tar se recostó en el sillón, aún confuso pero ya más apaciguado, y guardó silencio. Hilo se volvió hacia Kehn.

—¿Quién será tu nuevo puño primero?

Kehn se rascó la mandíbula.

—Juen, o quizá Vuay.

—Decídete: ¿quién?

—Juen —dijo Kehn tras una breve vacilación.

Hilo asintió.

—Bien. —Parecía que iba a decir algo más, pero los tres hombres guardaron silencio al Percibir el aura de Shae, chisporroteante de frustración, que se acercaba desde la mansión principal. Hilo añadió—: Creo que el hombre del tiempo quiere hablar conmigo. —Torció los labios en una sonrisa sardónica.

—Las alegrías de ser el pedestal —dijo Tar mientras Kehn y él se levantaban.

La sonrisa de Hilo se desvaneció de inmediato.

—Nunca quise serlo. Hay gente que va a pagar caro que esté ocupando el puesto de Lan. Nunca lo olvidéis.

Los hermanos Maik cruzaron una mirada y decidieron que por aquel día ya habían pasado bastante tiempo ante el peor aspecto de su capitán;

saludaron y se marcharon.

Hilo se rebuscó en los bolsillos y sacó un paquete de tabaco; al ver que estaba vacío, picoteó la sandía del cuenco hasta que la sombra de Shae cayó sobre él. Su hermana se detuvo al lado de la silla con una mirada furiosa.

—Tienes que reunirte con el Consejo Real —dijo.

—Siéntate, Shae. Me pones nervioso ahí de pie con los brazos cruzados como si estuvieras regañando a un cachorro. —Hilo volvió a llenarse el vaso de agua, lo empujó hasta el otro lado de la mesa y señaló un sillón a Shae, que soltó un bufido.

—Ojalá fueras tan fácil de corregir como un cachorro. —Pero se sentó, cruzó las piernas y cogió el vaso.

Hilo no pudo evitar sonreír al mirarla. Además de que Wan viviera al lado, en la casa del cuerno, la única otra cosa que agradecía era el regreso de Shae. Había vuelto hecha una sombra de sí misma, y a Hilo le daba vergüenza incluso mirarla; se sentía culpable y furioso cada vez que la veía, como si ella intentase avergonzarlos a la familia y a él con cada decisión que tomaba. La discusión a causa de Caun, en el apartamento de Shae, le había escocido varios días. Pero en aquel momento, el fuego helado de su aura, la fuerza y la fiereza que dirigía hacia él, eran un consuelo agri dulce. Si tan solo hubiera vuelto antes...

—¿Me has oído? —preguntó Shae.

—Antes tengo que pedirte un favor —dijo Hilo—. Quiero que busques un trabajo a Wen. Algo para el clan, en una parte segura de la ciudad, donde pueda ser útil. Su trabajo actual no es bastante bueno para ella. Sabe escribir a máquina y hacer cosas de secretaria, pero es capaz de mucho más. Y sería más feliz.

—¿Quieres que dedique mi tiempo a eso?

—No tardarás mucho. Dile a Woon que pregunte por ahí; siempre hay linternas que necesitan buenos ayudantes. No es urgente, pero sé que lo está pasando mal; sus hermanos y yo estamos fuera casi todo el tiempo, y no le conviene salir mucho por ahí.

—Vale. Preguntaré. ¿Podemos hablar del consejo?

Hilo se sintió cansado de repente.

—¿Para qué hace falta que me reúna con ellos?

El hombre del tiempo se quedó con la boca abierta por la incredulidad.

—El Consejo Real es el Gobierno del país. Se están cagando de miedo por la violencia y su efecto en los negocios, los asuntos exteriores, los ingresos del jade y todo lo demás. Los concejales no dejan de telefonar al despacho del hombre del tiempo. El canciller Son se sube por las paredes porque no has acudido a consultarlo ni una sola vez. Esperan noticias del pedestal. Lan se reunía con ellos periódicamente, mientras que a ti aún no han podido ponerte la vista encima.

—Estaba ocupado —dijo Hilo con sequedad.

—Dirigiendo a las tropas. Sigues actuando como si fueras el cuerno, pero ya no estás en primera línea de batalla. Ese es el trabajo de Maik Kehn.

—Necesita mi ayuda.

—Entonces, quizá no deberías haberlo nombrarlo cuerno.

El propio Hilo había sido duro con Kehn un rato antes, pero odiaba que criticaran a sus espaldas a alguien a quien apreciaba. Dirigió una mirada de advertencia a su hermana.

—Kehn es uno de los mejores huesos verdes que tengo; moriría cien veces por el clan.

Shae siguió impertérrita.

—Es un soldado sin imaginación, y lo sabes.

—Hace una semana, yo era el cuerno, y me corresponde a mí y no a ti dirigir al cuerno actual —dijo con frialdad—. De verdad que no estoy de humor para que me sermonee mi hermanita. No te nombré hombre del tiempo para que cuestionases todas mis decisiones.

—Si quieres, dimito. —Shae soltó una risilla burlona. Hilo respondió con otra igual.

—Maldita sea, Shae, ¿por qué tienes que pincharme todo el tiempo?

Apoyó el pie en el borde de la silla que tenía al lado y la tumbó de un empujón. El armazón metálico golpeó con estrépito las baldosas del patio. Hilo se recostó en su asiento. Shae siempre había sido así, siempre había obtenido una satisfacción cruel al azuzarlo, sabiendo que podía contar con que el abuelo se pusiera de su parte. Cuanto más furioso y violento se ponía él, más parecía beneficiarse ella; siempre era la nieta más lista y

disciplinada. Desde luego, teniendo en cuenta cómo se peleaban de niños, había sido una suerte que Lan estuviera allí, o habrían acabado matándose.

Durante un rato, ninguno habló. Sus auras de jade se tantearon con cautela, aguijoneándose como descargas de electricidad estática. Por último, Hilo tomó la palabra:

—No podemos seguir enfrentándonos, Shae; ya no. Te pedí el juramento y lo pronunciaste, y eso quiere decir que no debes faltarme al respeto y que no debes hacer cosas como esa. —Recalcó la última palabra mientras señalaba en dirección a la casa del hombre del tiempo—. ¡Indultar a Doru sin preguntarme siquiera! —Escupió con disgusto una semilla de sandía—. ¡Doru! Debería llevar meses alimentando a los gusanos, pero Lan era un blando cuando andaban por medio los sentimientos del abuelo, y tú eres igual. Dejar vivir a esa serpiente solo para que haga compañía al viejo...

—Aceptaste darle una oportunidad —replicó Shae—. Odio a Doru más que tú, pero esta mañana, el abuelo ha salido de la habitación por primera vez en varios días. Los he visto por la ventana, Hilo. Estuve trabajando toda la noche, igual que tú. Doru empujaba la silla de ruedas del abuelo de camino al patio, y han estado bebiendo té y jugando al ajedrez en esta misma mesa, como han hecho siempre. Y el abuelo sonreía. Incluso despojado del jade, estaba sonriendo. Todavía le queda vida. Es algo que vale la pena por el bien del abuelo.

—¿Vale la pena tener un traidor viviendo con nosotros? ¿Vale la pena desperdiciar a dos dedos para que lo vigilen día y noche? Doru no tiene nada que perder. Es peligroso.

—Es un viejo al que has quitado el jade —dijo Shae—. Actuó radicalmente en contra de lo que quería Lan y eso lo convierte en un traidor y un mal hombre del tiempo, pero no creo que jamás nos desease daños personales. —No apartó la vista ante la mirada escéptica de Hilo—. Estás enfadado conmigo, pero sé que Lan habría estado de acuerdo.

Aquello era cierto, pero a Hilo no le alegraba en absoluto. Habría sido más sencillo para todos que el abuelo estuviera tan ido que la presencia de Doru no representara la menor diferencia.

—El caso es —se centró— que lo hiciste sin preguntarme. Hiciste lo que te pareció, pero no formalmente, igual que...

Se interrumpió, pero Shae ya se había envarado.

—Igual que ¿qué? —preguntó con tono frío—. ¿Igual que cuando me fui a Espenia? ¿Cuando me lie con Jerald? ¿Cuando me quité el jade sin pedir permiso? —Hilo detectó con sorpresa el dolor en la voz de su hermana—. Ibas a decir eso, ¿no?

Aquella conversación le estaba dejando un mal sabor de boca. Habían muerto tres puños; hombres buenos y huesos verdes dignos los tres. Debería estar enviando tarjetas de pésame a las familias. Debería estar en la ciudad, donde lo necesitaban, donde se estaba decidiendo la guerra, no sentado allí peleándose con su hermana.

—Ya te lo dije —dijo en voz baja, reuniendo toda la paciencia que le quedaba—. Lo pasado, pasado está. Cuando me presionas así, a veces me olvido de que lo he olvidado. No volveré a sacar el asunto. Se acabó. Lo que me importa ahora es que solo estamos los dos. Eres mi hombre del tiempo y te lo agradezco. Así que dime lo que hayas venido a decirme.

Shae lo observó en silencio unos momentos, como si estuviera intentando decidir si aceptaba lo que había dicho. Era muy negativa, su hermana. Por último pareció ceder; su aura de jade retrocedió y se asentó en un zumbido resentido.

—El consejo quiere que los clanes negocien una tregua.

Hilo tensó los labios y mostró los dientes.

—¿Una tregua? No habrá ninguna tregua. ¿Quién acepta una tregua cuando su hermano está bajo tierra? Además, el Consejo Real de monigotes sin jade no tiene voz en los asuntos del clan. Esto es entre huesos verdes; los políticos no pintan nada.

—Al Consejo Real le preocupan los asuntos del país. Una guerra entre los dos clanes más importantes es un asunto del país, y por eso el Consejo Real está preocupado.

Hilo frunció el ceño.

—El canciller es un hombre de Sin Cumbre. ¿No deberíamos tener al consejo en el bolsillo? ¿No tenemos bastantes linternas allí?

—Sí, y no les hace ninguna gracia que no les prestemos atención. No son puños y dedos dispuestos a hacer lo que les ordenes, Hilo. Su lealtad al clan nace del dinero y la influencia, no del jade y la hermandad. Si no abordas los problemas que les preocupan, correrá la voz entre los demás linternas. Montaña también tiene concejales, y le dirán a Ayt que estamos perdiendo influencia. Si las cosas se ponen feas, nuestros leales desertarán en masa sin que Gont tenga que derramar una sola gota de sangre. Por añadidura, hay miembros del consejo que no están afiliados a ningún clan, y ganarán poder político si la guerra se alarga y la opinión pública empieza a mirar con malos ojos a los huesos verdes.

Hilo echó la cabeza hacia atrás y contempló con mirada sombría las ramas del cerezo. Shae se inclinó hacia delante y le dio unos golpes en el dorso de la mano para obligarlo a que centrara la atención en ella.

—Y debes tener en cuenta lo más importante: el consejo es la entidad política que trata con los espenios y con otros Estados y empresas extranjeros. Si no prestas atención al consejo, si haces que parezcan inermes e incapaces de mantener el orden, ¿qué impedirá a los extranjeros decidir que ellos tampoco tienen que tratar con el Gobierno? ¿Qué les impedirá acudir directamente al clan que ha estado acumulando jade y fabricando sene a espaldas de los demás? No es el nuestro, por cierto.

—Ya me lo has dejado claro —gruñó Hilo—. Me reuniré con el canciller Son y con el Consejo Real. ¿Qué debo decirles?

—Depende. ¿Qué necesitamos para ganar la guerra?

Hilo respiró lentamente, pensativo. No consideraría que habían obtenido la victoria completa hasta que Ayt y Gont estuvieran alimentando a los gusanos, y su clan, en ruinas, pero tenía que aceptar que un objetivo más alcanzable a corto plazo sería hacerse con todos los distritos en disputa y obligar a Montaña a hacer concesiones lo bastante incapacitantes para que no le quedase esperanza alguna de conquistar Sin Cumbre.

—Si nuestros linternas siguen con nosotros y conservamos hasta final de año los territorios que nos quedan, estaremos en una posición más ventajosa —reflexionó—. El curso que se licencia este año en la academia es más fuerte y numeroso que el que saldrá de Wie Lon. Para la primavera tendremos suficientes dedos para cubrir las bajas. —Se mordió el interior

de la mejilla y añadió, en un tono menos optimista—: Pero de aquí a entonces, las cosas pueden irnos muy mal. Montaña conoce nuestra situación. Derramarán mucha sangre para intentar acabar rápidamente con esto.

Shae asintió.

—Tampoco quieren que la guerra se alargue el tiempo suficiente para que la AJK complete la auditoría, se publique el resultado y se ponga en práctica la reforma de la ley. Aunque no se pudiera hacer nada respecto al jade que ya han robado, si la opinión pública se les pusiera en contra, les resultaría más difícil conservar los territorios en disputa y los que ya han conquistado. —El hombre del tiempo bebió un trago de agua y contempló pensativamente el patio mientras hablaba—: El consejo quiere que Ayt y tú os reunáis para dar comienzo a las negociaciones. Aceptémoslo. Demostremos que estamos dispuestos a hablar. Los linternas se tranquilizarán y seguirán de nuestra parte, y los espenios no actuarán mientras crean que se puede alcanzar un desenlace pacífico. Cuanto más tiempo aguantemos, mejor será nuestra posición en las negociaciones. Podemos usar el consejo para dejar la situación en punto muerto hasta la primavera.

El pedestal suspiró.

—Esas cosas... El consejo, la AJK, los espenios; todas esas cosas políticas no son lo mío. Nunca les he prestado atención.

—Ahora tienes que prestársela —dijo Shae con firmeza, aunque en sus ojos apareció un inesperado brillo de empatía—. Lo que puedo hacer como hombre del tiempo tiene un límite. Tú eres el pedestal. Podemos ganar todas las batallas en la calle y, a pesar de ello, perder el clan si no te das cuenta de que esta guerra es más grande de lo que creías. Ahora mismo, Ayt está en un nivel diferente. Lleva meses, quizá años, trabajando para sacarnos ventaja más allá del territorio de la ciudad; fabricar sene en el extranjero, pasar por encima de la AJK y acumular jade... Son cosas que jamás se le había ocurrido hacer a ningún clan de huesos verdes. A menos que subamos al mismo nivel y seamos mejores que ella, no podremos sobrevivir, y ni hablemos ya de destruir Montaña. —Habló con voz tranquila, la sed de

venganza atemperada por el sentido práctico—: No solo derrotar al clan, sino destruirlo.

Hilo, pensativo, tamborileó con los dedos en el brazo metálico de la silla mientras observaba a su hermana.

—No pienso recriminarte el pasado, te lo prometí —dijo al fin—. Pero dime una cosa: ¿quién cortó la relación?, ¿Jerald o tú?

Shae se irguió y lo miró fijamente.

—Eso, ¿qué tiene que ver con todo lo demás?

Hilo sonrió con una tranquilidad que no había sentido en semanas.

—Tengo curiosidad.

—Fue una decisión mutua en su mayor parte. —Frunció el ceño; rectificó y añadió en voz baja—: Él.

Hilo se puso en pie. Sintió el cuerpo dolorido en una docena de sitios, pero no perdió la sonrisa.

—Qué sorpresa.

Shae lo siguió con una mirada hostil mientras rodeaba la mesa y se colocaba detrás de ella.

—¿A qué ha venido eso?

—Cuando éramos pequeños, yo te pegaba, pero jamás te rendías. Jamás. Me escupías a la cara y venías a por mí más tarde, cuando no me lo esperaba. No dejabas pasar ni una. Una vez casi me rompiste la cabeza, ¿te acuerdas? Luego, en la academia, eras una especie de máquina; jamás dejabas que nadie te viera mostrar debilidad, yo menos que nadie. Tenías acojonados a los chicos. Siempre fuiste demasiado inteligente y peligrosa para un guaperas extranjero de sangre aguada vestido de uniforme, ¿lo sabías? Por la cuenta que le traía, se lo figuró antes que tú; eso es todo. —Hilo se inclinó sobre los hombros de Shae, la abrazó y le dijo al oído—: Todavía puedo matarlo si quieres.

—Que te den. Me basto y me sobro para matar a mis ex.

Hilo se echó a reír, medio esperando que Shae le rompiera la muñeca para dejarle las cosas claras. Cuando vio que iba a dejarle los huesos intactos, le dio un beso en la frente, la soltó y volvió a la mansión.

CAPÍTULO 41

El primero de la clase

EN la academia Kaul Dushuron, dos meses antes de las pruebas finales se realizaban unas pruebas preliminares; tenían lugar al final del año, antes de la llegada de la estación de lluvias. A diferencia de las pruebas finales, que duraban dos semanas y tenían lugar a puerta cerrada, dirigidas por los maestros de la academia, las preliminares duraban un día y eran un acontecimiento público parecido a un acto deportivo. Aunque todo orbitaba alrededor de las seis disciplinas del jade, también había competiciones de poesía y matemáticas, juegos de lógica y otras materias que, al más puro estilo kekonés, atraían sus propias cohortes de seguidores y apostantes.

Un mes antes, Anden había esperado las preliminares con emoción, pero ahora las veía solo como un obstáculo que superar antes de licenciarse, y si le interesaban era únicamente porque le daban algo en que concentrarse. Aquella mañana había desayunado en silencio y de forma mecánica en el comedor, incapaz de unirse a la algarabía nerviosa de los estudiantes de octavo que lo rodeaban. Había consultado el programa y actuado lo mejor posible en los lances matinales, pero al acabar cada uno no esperó para saber los resultados ni se sumó a sus compañeros, reunidos en torno al tablón de anuncios para ver la clasificación actualizada después de cada prueba. Las preliminares eran la manera resumida y sin presión en que los estudiantes se preparaban para los exámenes más duros que estaban por

llegar, pero la mayoría de los alumnos de octavo, al menos los que aspiraban a conseguir un puesto en el clan, que eran casi todos, estaban tan nerviosos como si fueran las auténticas pruebas de fin de curso. Los parientes acudían a presenciar las preliminares, y también los líderes del clan. Era habitual que el cuerno y los puños de mayor categoría estuvieran allí para elegir a los licenciados que después ficharían como dedos. Los hacedores de fortuna veteranos asistían a las competiciones académicas. En los dos meses siguientes, los profesores serían razonablemente duros o severos hasta el sadismo en función del rendimiento que mostrasen los estudiantes aquel día.

Anden no consiguió animarse a que le importara. Durante la comida apenas habló con nadie, y se marchó del comedor en cuanto hubo terminado, de modo que llegó temprano a la prueba de la torre y tuvo que esperar su turno. Estaba nublado y hacía el fresco suficiente para que los participantes llevaran camiseta bajo la túnica del uniforme y el aliento se condensara en nubecillas. Soplaban un poco de viento, pero no tan fuerte como para que Anden se preocupara. Echó la cabeza hacia atrás y contempló la plataforma más alta que coronaba las otras, que rodeaban el grueso poste de madera de quince metros de altura. Cuando lo llamaron, se frotó por costumbre la cinta de entrenamiento, ceñida en la muñeca, y pasó el pulgar por las gemas de jade. Sonó una campana.

Corrió para ganar impulso y saltó. Ascendió con Ligereza plataforma tras plataforma, usando brazos y piernas para sujetarse e impulsarse hacia arriba con cada concentración y liberación de energía de jade, de modo que su cuerpo fue elevándose en contra de la gravedad. El suelo se alejaba con rapidez. Los segundos se alargaban; cada vez que saltaba de un apoyo estrecho al siguiente se sentía como si flotase tanto tiempo que se le acabaría escapando el control de la Ligereza y caería y acabaría con los huesos rotos. El corazón le latía con fuerza, pero respiraba profundamente y a ritmo estable, y no sentía nerviosismo alguno. Le daba igual ganar o perder. Hasta le daba igual caerse. Mantuvo la mirada fija en la plataforma superior y, cuando la alcanzó, oyó la campana que sonaba muy por debajo. La siguió una ronda de aplausos tan intensa que supo que había marcado el mejor tiempo de la jornada.

En lo alto de la plataforma, el viento soplaba con más fuerza y le silbaba en los oídos. La mirada alcanzaba muy lejos; no solo veía todos los terrenos de la academia y de Parque de la Viuda, sino también el reflejo plano del embalse, la boscosa Colina del Palacio y la mansión Kaul al norte, así como la trama del centro de Yanlún al este, un mosaico de tejados de teja, edificios de hormigón y rascacielos de acero. Deseó poder quedarse sentado un rato con las piernas colgando e imaginar que la ciudad era tan pacífica como parecía desde allí.

Bajó. Necesitó solo un poco de Ligereza en el descenso. Dudo se balanceaba sobre los talones cerca de la base de la torre, preparado para ser el siguiente en trepar.

—Te lo has llevado de calle —dijo a Anden—. Nadie va a poder mejorar tu tiempo.

—Es que he comido poco —respondió Anden por cortesía, aunque también era cierto. No era un detalle que importase, y las preliminares no eran el motivo de que tuviera poco apetito. Pasó junto a Dudo, cogió la toalla que le ofreció un voluntario de sexto y se secó el sudor de la cara. Cuando levantó la vista descubrió a Maik Kehn en la primera fila de las gradas; empezó a mirar alrededor, pensando momentáneamente que eso significaba que Hilo también estaría allí. Pero entonces recordó que Maik Kehn era ahora el cuerno, y nadie esperaba que el nuevo pedestal tuviera tiempo para pasarse por las pruebas aquel año. Maik cruzó una mirada con Anden y le dirigió una inclinación de cabeza.

El año anterior, en aquella época, Anden era uno de los alumnos de séptimo que observaban desde el fondo de la muchedumbre. Había sido un día húmedo y frío. Recordó que había estado frotándose las manos y echándoles el aliento, y dando patadas en el suelo para entrar en calor. Hilo estaba allí, sentado en primera fila junto a Maik Tar. Anden había visto a su primo hablando con Maik, haciendo comentarios sobre algún alumno, sonriendo, aplaudiendo y, en apariencia, pasándoselo muy bien. Durante los descansos se levantaba y entraba en el campo para hablar con los de octavo. Lo trataban como a un dios que se hubiera materializado entre ellos; lo saludaban con reverencias profundas y estaban pendientes de cada palabra que pronunciaba, pero los trató con familiaridad. Les dio palmadas en la

espalda y alabó sus esfuerzos; bromeó a costa de los profesores y contó anécdotas de cuando era estudiante en la academia y se metía en líos. Anden se había quedado atrás, observando.

—El año que viene te toca a ti —había dicho Lan a su espalda, sobresaltándolo.

—Lan-jen. No sabía que el pedestal viniera a las preliminares.

—Me gusta venir cuando puedo, al menos para entregar los premios y dar un pequeño discurso al final. Cuando te toque a ti, vendré todo el día.

Anden había apartado la mirada, avergonzado por que el pedestal se tomara molestias por él.

—¿Había preliminares cuando estabas en la academia? —había preguntado Anden.

Lan negó con la cabeza.

—Soy de la primera promoción. El abuelo y dos profesores fundaron la academia un año después de que acabase la guerra de las Naciones. Supongo que existía antes, pero no como una escuela auténtica; eran huesos verdes que enseñaban a los estudiantes en sótanos y campamentos secretos. Aquel primer año solo éramos cincuenta; no había más que un edificio y un campo de entrenamiento. —Hizo un gesto para abarcar los terrenos de la academia—. Cuando vengo ahora, todo me parece nuevo. Aunque supongo que es por los dieciséis años que han pasado desde que acabé. El tiempo pasa deprisa y las cosas cambian.

La voz del pedestal tenía un deje de lamento, y Anden se preguntó si estaría pensando en algo en concreto. No llegó a descubrirlo; unos cuantos profesores de la academia se habían fijado en la presencia de Lan y se habían acercado a presentar sus respetos. Anden se apartó y miró con envidia a los alumnos de octavo. Se preguntó cómo se las arreglaría para estar a la altura de los Kaul, ya que no poseía el carisma de Hilo ni la solemnidad de Lan.

Aquel día, Lan no estaba allí como había prometido. Para Anden, aquel sencillo detalle había arrebatado todo el sentido al acontecimiento. Las preliminares parecían ahora algo vacuo y superficial, una pantomima por la que tenía que pasar para alcanzar la meta real: licenciarse, conseguir jade, ocupar un lugar en el clan, vengarse de lo que le habían hecho a su familia.

La siguiente prueba era el lanzamiento de cuchillos; quedó segundo detrás de Lott, de quien todos sabían que era invencible en aquella disciplina. La prueba final era la de Canalización o, como la llamaban los estudiantes, la Masacre de los Ratones. La vida solo se podía Canalizar en seres vivos, pero la Canalización ofensiva era demasiado peligrosa para que los estudiantes la realizaran unos sobre otros en aquel entorno público competitivo, de modo que en las preliminares se situaban tras una mesa, en el Salón de Asambleas abarrotado, y cada uno recibía una caja con cinco ratones de laboratorio blancos. Solo podían tocar a los ratones con un dedo, y los jueces descalificarían a cualquiera que intentase hacer trampas usando Fuerza o Desviación sobre las pequeñas criaturas. A lo largo de los años se había intentado varias veces convertir aquella prueba, que tenía mucho seguimiento, en algo más emocionante; ¿a quién no le gustaría ver a un hombre intentando Canalizar contra un toro? Pero por motivos prácticos y de presupuesto, siempre se habían rechazado las propuestas.

La Canalización era la disciplina que mejor dominaba Anden, e intentó no pensar en que era bien sabido que también la había dominado su madre. Cuando sonó la campana, no se molestó en intentar tocar los ratones con el dedo; eran demasiado ágiles. Puso las dos manos sobre la caja, con las palmas hacia abajo, y Percibió rápidamente las cinco vidas minúsculas que ardían como velas. Eligió un ratón al azar, se concentró en él, y alzó ligeramente la mano y la bajó, Canalizando en un estallido corto. Sintió que el pequeño corazón del ratón sufría un ataque y se detenía, y una breve calidez eléctrica le cosquilleó el brazo cuando escapó la vida del animal. Tras otros cuatro golpes rápidos de energía Canalizada, Anden dio un paso atrás y cruzó las manos a la espalda para indicar que había terminado. Cuando volvió a sonar la campana, otros dos estudiantes de la ronda de ocho habían matado a todos los ratones, pero Anden tenía el mejor tiempo de la jornada.

Se sintió un poco triste cuando el juez alzó la caja y el público aplaudió. Los cinco cuerpecillos estaban vivos unos minutos antes y ahora se habían ido, liquidados con facilidad. Era el sendero de todas las cosas: vivir y morir conforme al capricho de criaturas más poderosas, pero a Anden no le importaban tanto las preliminares como para sentir que debía matarlos. Era

una culpabilidad estúpida. Estaba seguro de que había ganado el premio del primero de la clase; ¿por qué no podía intentar alegrarse, aunque fuera solo un rato?

—Enhorabuena —le dijo Ton cuando salieron del Salón.

—Parecía que ni siquiera te esforzabas —dijo Heike.

Otros estudiantes se acercaron a felicitarlo mientras el grupo, cansado pero satisfecho, formaba en el campo central, detrás del Salón de Asambleas, y esperaba la entrega de premios y el discurso final del gran maestro Le. Con las pocas semanas que faltaban para licenciarse, de repente se interesaban mucho más por Anden, muy conscientes de que pronto sería el huesos verdes de mayor rango de aquella promoción, muy probablemente su jefe y un claro favorito del fiero pedestal.

Anden intentó asentir, sonreír y pronunciar unas palabras de agradecimiento aquí y allá, pero se sentía extraño, como ausente, casi separado de su propio cuerpo. Había portado jade y empleado la energía de jade todo el día, y tras su reciente aislamiento, el clamor de tantas auras era abrumador. Desde el entierro había estado a solas, concentrado en la rutina del entrenamiento y los estudios. Los demás estudiantes lo trataban con indecisión, sin saber muy bien qué decir a alguien acongojado por la pérdida de Kaul Lan a nivel personal, no por tratarse del pedestal cuya muerte había desencadenado la matanza vengativa en la calle del Pobre y arrojado Yanlún a un torbellino de violencia entre clanes. Pero no importaba que ni lo intentasen; Anden no habría sabido cómo responder a su conmiseración. Lo único que sabía era que el pesar tenía un límite natural. Pasado cierto tiempo dejaba de devorar por dentro y tenía que transformarse en rabia que pudiera dirigirse al exterior, de lo contrario consumiría a su huésped por completo.

Anden sabía que tenía parte de culpa en la muerte de Lan; no creyó a Hilo cuando este afirmó lo contrario. Pero el propio Lan también era culpable. Y Shae, y también Hilo. No podía odiar a su familia por sus fallos, pero podía odiar a los responsables de que tales fallos hubieran producido un resultado letal. Podía odiar a Gam Oben, cuyo golpe final había cumplido su objetivo mortífero después de todo. Podía odiar a Ayt Mada, a

Gont Asch y al clan Montaña entero. Y el sene, aquel veneno de fabricación espenia. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Se decía que Lan había caído en una emboscada de miembros del clan Montaña armados con subfusiles, que cuando fracasaron en el intento de ametrallarlo lo ahogaron en el puerto. Era lo único que sabía Anden; lo único que sabía todo el mundo, al parecer. Se ignoraba incluso la identidad de los asesinos. Fueran quienes fueran, y al margen de lo que hubiera ocurrido aquella noche, el joven estaba seguro de que no habrían tenido éxito si Lan hubiera sido él mismo. Si no hubiera estado herido, desequilibrado y confundido por las drogas, como lo había visto. Si hubiera acudido a Hilo como debería haber hecho, o si aquella noche le hubiera contado a Shae todo lo que sabía después del partido de balón relevo, quizá podrían haber convencido a Lan de que portase menos jade hasta que estuviera mejor, o le podrían haber quitado el sene para que no lo usara de apoyo, o al menos podían haber tenido el buen criterio de asegurarse de que no estuviera solo aquella noche...

—Emery. —Alguien le dio un codazo—. Muévete.

Alzó la mirada. Al parecer, el gran maestro Le había terminado el discurso y anunciado lo ganadores de las pruebas individuales, y después había llamado a Anden. Aguardaba expectante para entregarle el premio al primero de la clase, y sus finos labios se iban curvando lentamente hacia abajo con cada segundo de retraso.

Anden se adelantó con rapidez, se llevó las manos a la frente y se inclinó profundamente, disculpándose. Todos ambicionaban el premio al primero de la clase porque iba acompañado de una recompensa enorme: una gema de jade ofrecida en una caja ceremonial cubierta de terciopelo verde. Se añadiría a la cinta de entrenamiento y garantizaría que, si superaba las pruebas finales, se licenciaría con cuatro gemas de jade, el máximo que se podía conseguir en la academia. Anden aceptó la caja, saludó de nuevo y regresó a su puesto en la formación. No notaba una gran sensación de triunfo, tan solo un alivio apesadumbrado.

El gran maestro Le añadió unos cuantos comentarios sobre las pruebas inminentes y la necesidad de que los huesos verdes estuvieran especialmente bien preparados en aquellos momentos tumultuosos e

incierto; luego deseó suerte a todos los licenciados y declaró el final de las pruebas preliminares. La multitud empezó a dispersarse. Familias y grupos de amigos se reunieron para hacerse fotos. Anden se dispuso a regresar al dormitorio, pero sus compañeros de clase se amontonaban cerca y captó la voz de Lott Jin en medio de la conversación.

—Los Kaul están muy equivocados si creen que van a sacar muchos dedos de la academia este año —estaba diciendo—. Precisamente cuando seguir al cuerno significa acabar como pasto de gusanos.

—Bueno, nadie cree que Maik sea un cuerno a la altura de Kaul —admitió Pau. Heike mostró su acuerdo:

—Patrullar y recoger tributos es una cosa. Ni siquiera los duelos a hoja limpia terminan siempre con la muerte, si alguien se rinde. Pero ¿luchar contra huesos verdes enemigos con más jade y experiencia que quieren arrancar el jade de nuestro cadáver? Eso es diferente.

—En los buenos tiempos, todos quieren ser un dedo, al menos durante un par de años. Se consigue respeto, incluso si no se gana jade ni se asciende a puño. Pero ¿en una guerra de verdad? —Lott alzó la voz con desdén—. Van a descubrir que no todo el mundo es tan idiota ni está tan hambriento de jade como...

No terminó la frase porque Anden giró y se introdujo en el grupo. No sabía a qué se debía; otras veces había oído conversaciones como aquella y no había dicho nada, pero en aquel momento tenía la mandíbula y los puños apretados, y aferraba en una mano la valiosa caja verde. Los otros estudiantes observaron asombrados como Anden acorralaba a Lott.

—Estoy harto de escuchar tus gilipolleces. —El propio Anden estaba más asombrado que nadie por el disgusto que transmitía en su voz—. Ningún cobarde al que le preocupe más salvar el pellejo que defender al clan en tiempo de guerra se merece el jade.

Los demás se quedaron estupefactos. En ocho años enteros, jamás lo habían visto enfadado. Pero Lan había muerto y las cosas eran distintas. Distintas de cuando estaban reunidos en el Salón de Asambleas la noche del tifón, cuando Anden todavía creía que sus primos lo tenían todo bajo control y no hacía falta que hablase.

A pesar de estar abrumado por la pena, Anden había dado vueltas al hecho de que Lott Jin apenas le había dirigido la palabra en varias semanas; parecía esquivarlo directamente. Verlo con la boca abierta de asombro le provocó un subidón de satisfacción cruel. ¿Por qué siempre era tan egoísta? ¿Acaso creía que era el único que temía por su vida o que deseaba que las cosas fueran de otra forma? ¿Cómo se atrevía a hablar con tanta arrogancia, como si simplemente pudiera renunciar al clan y marcharse?

Lott cerró la boca de golpe.

—¿Te he ofendido, Emery? —Pronunció las sílabas del apellido con un acento espenio exagerado, enfatizando el sonido extranjero—. No me había dado cuenta de que te molestara tanto que alguien cuestionara los actos del clan o que dijera una palabra en contra de la gran familia Kaul. —Le brillaron los ojos—. Puede que seas el primero de la clase, pero ninguno de nosotros ha pronunciado el juramento ni recibido un rango. No puedes decirnos qué tenemos que hacer ni cómo tenemos que hablar.

—Somos de octavo —replicó Anden—. Sin Cumbre depende de nosotros. Los cursos inferiores nos observarán para ver qué hacemos. Esa forma de hablar es mala para el clan, y tú estás largando aquí en medio del campo, donde cualquiera puede oírte. —Dirigió los reproches al otro estudiante cada vez más enfadado; las dudas eran como virus: se extendían rápidamente de boca en boca—. Tu padre es puño; deberías tener mejor criterio.

—No me digas qué debo o no debo tener, y no me hables de mi padre —gruñó Lott. De repente, la atmósfera quedó cargada de peligro. Los dos portaban jade aquel día, y Anden sintió que el aura del otro joven llameaba como un incendio. El grupo de alumnos de octavo se agitó con inquietud. Los duelos estaban prohibidos en los terrenos de la academia y había profesores cerca. Otros estudiantes que estaban cerca con sus familias se habían detenido a observar al grupo.

—Ya vale, venga —dijo Ton, interponiéndose entre Anden y Lott—. Hoy estamos todos un poco borrachos de jade. Quizá estemos hablando demasiado a la ligera. Estoy seguro de que nadie pretendía insultar a nadie, ¿verdad? —Miró con severidad a los otros dos.

—Creo que sí lo pretendía —dijo airadamente Lott, pero entonces dirigió la mirada más allá de Anden y se calló. Anden notó que lo cubría el calor líquido inconfundible del aura de jade de Kaul Hilo.

—Andy. —Hilo le puso una mano en el hombro y se unió al grupo como si fuera su costumbre—. Kehn me lo ha contado todo; dice que has estado increíble. Yo solo he visto la entrega de premios. Al menos tenía que venir a verte quedar el primero de la clase. Siento no haber podido llegar antes.

Curvó los labios en la media sonrisa despreocupada que mostraba siempre, pero Anden se dio cuenta de que había cambiado. El aspecto juvenil estaba mezclado con sombras oscuras alrededor de los ojos y los labios. Tenía los rasgos más angulosos, y cicatrices frescas en las manos. La presencia del pedestal acalló al grupo de inmediato y cambió su dirección como una roca caída en medio de un arroyo.

—Me... Me alegro de que hayas podido venir, Hilo-jen —consiguió decir Anden.

—¿No me presentas a tus compañeros?

Anden fue recorriendo el círculo. Cuando llegó a Lott, Hilo se mostró muy interesado.

—¿El hijo de Lott Panshugon? —dijo—. Lamento que tu padre no haya podido venir a verte en las preliminares. Estoy seguro de que habría querido, pero cuento con él para mantener el distrito de Sogen en manos de Sin Cumbre. —El pedestal pareció darse cuenta de la tensión en los hombros y los rasgos de Lott, y dijo con más amabilidad aún—: Le diré lo bien que has estado. Dice que puedes lanzar el cuchillo mejor que él, y eres de los que son capaces de portar el jade, lo veo muy claro. Deberías hablar con Maik-jen. Cuando quieras; no hace falta que esperes a la ceremonia de graduación.

Lott enrojeció.

—Gracias, Kaul-jen. —Le tembló la mandíbula al saludar a Hilo y, durante un instante, miró de reojo a Anden con desconfianza.

—Lo dicho vale para todos —prosiguió el pedestal, pasando la mirada por el pequeño círculo de alumnos de octavo—. Le he estado diciendo a Andy que sois la promoción más grande y fuerte que ha salido de la

academia en muchos años. Ya soy viejo a vuestro lado. Sois el futuro del clan y una honra para vuestras familias.

—Gracias, Kaul-jen —dijo Ton, coreado por los demás.

—Nuestra sangre por el clan —añadió Dudo con fervor, inclinándose profundamente.

—Pronto, amigo mío, pero todavía no —dijo Hilo alegremente, tirándole del cuello de la camiseta—. Os quedan dos meses como estudiantes de la academia. Y no solo estudiantes, sino alumnos de octavo. Tenéis prácticamente la obligación de hacerles la vida imposible a los alumnos de otros cursos y conseguir que los profesores digan, cuando os marchéis, que habéis sido la peor promoción de todos los tiempos. Lo dicen todos los años. Os contaría anécdotas de cuando yo estudiaba, pero es la noche de las preliminares; ¿por qué diablos no os estáis largando del campus a la carrera para emborracharos como cubas?

Unos cuantos se echaron a reír; luego dieron las gracias al pedestal y se marcharon rápidamente, echando ojeadas hacia atrás. Lott dirigió una última mirada escéptica a Hilo y Anden y siguió a los otros.

Hilo paseó con Anden por el campo casi vacío. Le había cambiado la voz; ya no tenía el tono despreocupado.

—Lott y tú pronto estaréis listos para salir. ¿De qué estabas discutiendo con él cuando he llegado?

—Nada importante —musitó Anden. Por enfadado que estuviera con Lott Jin, no le apetecía hablar mal de él al pedestal. Pero Hilo seguía esperando una respuesta, y no tuvo más remedio que explicarse—: Decía que el clan no conseguirá tantos dedos como crees. Que los que puedan elegir no querrán arriesgarse en tiempo de guerra.

—No todos jurarán lealtad, eso es cierto. Quizá ni siquiera tantos como esperamos. ¿Por eso estabas tan enfadado?

—Era la forma en que lo decía, Hilo-jen. Estaba siendo irrespetuoso.

Hilo asintió, comprendiendo.

—¿Lo estabas poniendo en su sitio?

—Eh... —Anden no estaba seguro. La voz de Hilo y el leve levantamiento de una ceja insinuaban que le estaba tomando el pelo. A

Anden lo horrorizaba la idea de que su primo pudiera sospechar que el estallido emocional contra Lott tuviera otras causas—. Tenía que decir algo.

—Andy —dijo Hilo con severidad—, muchos de esos jóvenes que ahora son tus compañeros serán tus dedos en el futuro. Tienes que aprender: hay una forma de castigar a un hombre que hará que te odie para siempre, y otra forma que hará que te aprecie aún más. Para saber cuál es esa forma, tienes que conocer al hombre. ¿Qué sabes de tu amigo?

Anden vaciló. ¿Qué sabía sobre Lott Jin?

—Te diré lo que sé yo —prosiguió Hilo—. Su viejo es un bestia. Lott Pen es tan leal y verde como se puede ser, por suerte para nosotros, pero va por la vida como si estuviera pidiendo a gritos que alguien le monte bronca. Siempre va con cara de pocos amigos; nunca dice nada amable a nadie. La clase de persona que pate a los perros. No es de extrañar que su hijo sea un bocazas y siempre tenga una expresión mohína. No está seguro de cómo ser una persona independiente, con un padre así. No está seguro de qué pensar sobre el clan.

Caminaban alejándose de los dormitorios, pero Anden lo siguió sin decir palabra. Tenía la impresión de que Hilo le estaba diciendo algo que consideraba muy importante: un consejo valioso para un futuro puño.

—Lo que le estabas diciendo cuando he llegado hacía que tu amigo se sintiera inferior a su padre, y eso es difícil de asimilar. Habría encajado cualquier bronca tuya, incluso una paliza, siempre que le hubieras hecho verse como alguien mejor que su viejo.

Nadie podía negar que Hilo tenía don de gentes. Nacía de una preocupación sincera, y era un talento que a Anden le resultaba más misterioso que ninguna habilidad otorgada por el jade. Cruzaron la puerta de la academia y fueron hasta el aparcamiento, donde estaba el Duchesse.

—Las personas son como los caballos, Andy. Los dedos y los puños también. Todo el mundo. Cualquier caballo viejo correrá si lo azotas, pero solo a la velocidad imprescindible para evitar la fusta. Por otro lado, los caballos de carreras corren porque miran al caballo que tienen a la izquierda, luego miran al de la derecha, y piensan: «Ni de coña voy a llegar por detrás de estos cabrones».

Empezó a llover suavemente, una fría llovizna invernal. Anden miró el cielo con preocupación y se frotó los brazos, pero Hilo se detuvo, con las manos en los bolsillos y los codos un poco adelantados, y se apoyó en el Duchesse.

—A veces, la gente con la que crees que puedes contar te deja tirado de mala manera, y es difícil de encajar. Pero la mayor parte del tiempo, si le das a un hombre algo a lo que aspirar, si le dices que puede ser más que lo que es, más que lo que otros creen que podrá llegar a ser jamás, hará lo imposible por materializarlo.

De repente, Anden tuvo la clara impresión de que lo estaba regañando amablemente por haber fallado, por su reacción ante Lott y los demás alumnos de octavo. Si no hubiera aparecido Hilo, se habría enemistado precisamente con los estudiantes que este esperaba que se unieran a las filas de Sin Cumbre la primavera siguiente. Bajó la mirada; comprendía que a él también acababan de darle algo a lo que aspirar.

—Tienes razón, Hilo-jen. —No era suficiente ser un huesos verdes, ni siquiera ser el primero de la clase. Tenía que ser un Kaul.

—Anima esa cara —dijo Hilo—. Crees que me has decepcionado, pero no es así. Todos tenemos que aprender. Te has plantado ante otro hombre y le has exigido que respetase al clan. Eso demuestra que tu intención es la correcta, y eso es lo que importa. Ahora, enséñame el verde que has conseguido por ser el primero de la clase.

Anden entregó la cajita a su primo, que la abrió y sacó la gema redonda, del tamaño de un botón de camisa y el doble de gruesa, montada en un sencillo engarce metálico. Levantó la pieza y la examinó. El jade era de un verde impecable, vívido y traslúcido, casi rozando el azul. Parecía brillar entre los dedos de Hilo, incluso a la escasa luz del atardecer de aquel día nublado. El pedestal soltó un gruñido de aprobación, y durante un instante, a Anden lo invadió una ansiedad insensata, un sentimiento de posesión salvaje e irracional, el deseo repentino de recuperar su premio.

Su primo sonrió, como si pudiera leerle aquel instinto en la cara y en el aura. Alargó la mano y cogió la muñeca de Anden. Con una calma rayana en la ternura, aflojó la cinta de entrenamiento y colocó la cuarta gema de jade en un ojal vacío, al lado de las otras tres. Cerró el corchete del cuero

para que se ajustara cómodamente contra la piel de Anden y luego ajustó la hebilla de la cinta.

—Ya está —dijo; le dio a su primo una palmada amistosa en la mejilla—. Mejor, ¿verdad?

Anden cerró los ojos un momento y saboreó la nueva energía, que le recorrió como un relámpago los músculos cansados y los nervios en tensión. A pesar de que tenía los ojos cerrados, todo era deliciosamente claro y de una hermosura desgarradora; la lluvia que le caía en la cara parecía hervir de sensaciones; el sonido, el aroma y el sabor de la brisa tenían cien mil notas diferentes, y el aura de su primo, su forma, su posición y su cualidad, eran más nítidas que lo que veían los ojos. Anden se echó a reír, un poco avergonzado por su sonrisa estúpida. En aquel momento habría podido repetir de inmediato las pruebas preliminares y obtener un resultado aún mejor, estaba seguro. Cada pieza de jade ganada era como una mejora de la realidad del mundo, del poder que tenía sobre su propio cuerpo y todo cuanto lo rodeaba. Abrió los ojos y vio que Hilo lo miraba con orgullo y también con envidia.

—¿Te sientes así cada vez que consigues jade nuevo? —preguntó.

—No. —Hilo apartó la mirada. Se llevó una mano al pecho—. Nunca se olvidan las primeras piedras; la primera media docena o así. Se recuerda el día en que se consiguió cada una, cómo se consiguió, qué se sintió, todo. Las siguientes van sumando cada vez menos. Todos los huesos verdes alcanzan un equilibrio llegados a cierto punto. Cuando se porta todo el jade que se debe portar, añadir más no supone ninguna diferencia. Con algunas personas, de hecho, se produce la reacción contraria: empieza a estropearlas.

Las palabras de Hilo disiparon la euforia de Anden. «Estropearlas». Pensó en su madre, en su tío, en Lan. Le parecía mal, una falta de respeto, pensar en ellos de aquella forma, pero ¿qué otra había? Ni siquiera el maravilloso subidón del jade nuevo pudo aplacar la aprensión que sintió. Por sí mismo, por otros. Solo podía ver unas cuantas de las piezas de jade de Hilo, entre el cuello de la camisa y los primeros dos botones, que siempre llevaba desabrochados. Pero sabía que le adornaban el torso más gemas, muchos trofeos peligrosos que había añadido en el último mes.

—Eso no te pasará a ti, ¿verdad, Hilo-jen? —preguntó, incapaz de ocultar la preocupación.

Hilo negó con la cabeza con tristeza.

—Ya no siento nada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 42

Rata blanca vieja

LA trastienda de la casa de empeños de Pau-Pau era uno de los pocos lugares donde se podía encontrar a Tem Bem haciendo negocios con aquellos que fueran bastante osados y temerarios para ocupar el escalón más bajo del mercado negro del jade. Era un sector pujante últimamente, pensó Tem con satisfacción. Los huesos verdes estaban entretenidos matándose entre ellos con entusiasmo, así que los delincuentes de todo tipo disfrutaban de manga ancha. Aún tenían que estar atentos a la policía de Yanlún, pero lo cierto era que solo se ocupaba de los delitos menores, de dirigir el tráfico y de pasar la escoba detrás de los clanes. Eran funcionarios, no guerreros. La mayoría no poseía jade en absoluto. Nada que se pareciera al hermoso ejemplar que en aquel momento estaba examinando Tem con una lupa de diez aumentos. Bajo la lente preciaba la pauta uniforme de vetas entrelazadas característica del jade kekonés auténtico, la joya más escasa y valiosa del mundo, que lo distinguía de otras piedras decorativas inertes de color verde.

Tem frunció el ceño para ocultarle su entusiasmo al nervioso abukei que estaba delante del mostrador, y se mordía el labio inferior con los dientes torcidos manchados de rojo por el jugo de la nuez de betel. Tem le hizo un gesto con la mano para que no tapara la luz de la única bombilla del techo. El abukei tenía buenos motivos para estar nervioso; el jade que le habían

llevado estaba encastrado en la empuñadura gastada de un cuchillo garra. Coger el arma de un huesos verdes era un delito mucho más grave que sumergirse en el río; prácticamente garantizaba la muerte de quien atraparan. Aquel tipo furtivo y sudoroso no parecía un ladrón experto ni muy astuto. Tem sospechaba que, al igual que otras piezas de jade que había visto últimamente, aquella se la habían quitado a un cadáver. Los huesos verdes tenían cuidado de recuperar el jade de los enemigos caídos, pero a veces, en el caos de la guerra callejera, se pasaban cosas por alto y se perdían armas, y los carroñeros que se dieran prisa podían tener suerte.

Tem sentía curiosidad, pero era norma de la casa no hacer preguntas y se atuvo a ella. Apartó la lupa y resopló bajo el grueso bigote.

—Tiene algunas imperfecciones —mintió—. Cuarenta mil dienes. —La pieza valía el doble, pero Tem notaba que aquel tipo estaba impaciente por librarse del cuchillo.

—¿Nada más? —protestó; estaba claro que sospechaba que lo estaban estafando—. Otras veces he sacado eso por piedras del río sin tallar. Este es un cuchillo garra auténtico.

—Ahora hay bastante jade. Cuarenta mil.

Seguía siendo una cantidad que aquel hombre nunca había visto junta. Cogió el fajo de billetes que contó Tem y se marchó con aire disgustado. Tampoco era que tuviese muchas alternativas. Gee Tres Dedos estaba alimentando a los gusanos y el pequeño señor Oh había descubierto lo inteligente que sería retirarse del negocio, de modo que un ladrón de jade que actuase por aquella zona tendría que cruzar la ciudad entera para dar con otro comprador fiable.

A solas en la trastienda de la casa de empeños, detrás de vitrinas con relojes y joyería y de un muro de televisores y altavoces de segunda mano, Tem Bem acarició la empuñadura de aquel cuchillo garra afiladísimo y sonrió. Celebró la compra comiéndose un caramelo ygutano. Se los mandaba un amigo; eran un dulce que no se podía encontrar en ninguna parte de Yanlún. Había veces que echaba de menos su país adoptivo, pero tenía que reconocer que los inviernos de Kekon eran más tolerables y había oportunidades de negocio lucrativas. Era una suerte que Ayt Mada comprendiese la utilidad que podía tener un ojos de piedra y lo

recompensase a la sazón. Un año o dos más como aquel y podría vivir como un rey en Ygutan. Es más, el pedestal le había prometido que cuando volviese podría tener un trabajo bien pagado para el clan. Por supuesto, su familia aún lo consideraba una vergüenza inmencionable, pero ser asquerosamente rico era la mejor revancha.

Sonó la campanilla de la puerta; alguien había entrado. La tienda estaba cerrada para el negocio normal; ¿sería otro vendedor de jade? Tem se asomó a la mirilla de la pared; desde allí veía directamente la parte delantera de la tienda. Un hombre con una cazadora marrón y una gorra con visera estaba en la entrada sin moverse, como si estuviera escuchando. Giró con aire tranquilo y echó el cierre con una mano enguantada.

El tallista de jade supo de inmediato que aquel hombre había ido a matarlo. Abrió el cajón de la mesa y sacó una pistola cargada, una Ankev semiautomática con bastante potencia para cargarse a un oso estepario ygutano, y apuntó con ella a la puerta de la trastienda mientras dejaba caer el cuchillo garra en una bolsa llena de billetes. Sin hacer ruido, con la bolsa en una mano y la pistola en la otra, fue retrocediendo hacia la puerta trasera. Giró el picaporte y empujó. La puerta siguió cerrada. Tem empujó con fuerza con el hombro y la puerta cedió levemente, pero se volvió a atascar. Se oyó un golpe metálico producido por algo que la mantenía bloqueada.

Lo invadió el miedo. Dejó caer la bolsa y apoyó la espalda contra la puerta, con la Ankev alzada y preparada, y esperó a que el hombre apareciese tras el recodo. «Si es un huesos verdes, no tengo que disparar cuando asome. Espera hasta que esté demasiado cerca para Desviar. Tengo que vaciarle el cargador entero. Aunque evite el primer disparo, se comerá los demás. El Acero no detiene una Ankev. Nada ni nadie, sea quien sea, detiene una Ankev». Y Tem era un tirador excelente.

No oía los pasos del hombre. De hecho, la tienda estaba inquietantemente silenciosa. El sudor le corrió por los lados de la cara, pero no se movió. Esperó. Siguió sin ocurrir nada. De repente llegó un estrépito enorme de la parte delantera, cuando varias cosas pesadas golpearon el suelo. Ruido de cristales rotos. Tem siguió sin moverse. ¿Estaría buscando algo aquel hombre? ¿Jade? ¿Sería el dueño del cuchillo garra que tenía Tem en la bolsa? El tallista dio un paso de lado hacia la mirilla y se inclinó...

A su lado, la pared estalló en una rociada de astillas y escayola. Un puño atravesó el delgado tabique interior y aferró la muñeca de Tem con una Fuerza inamovible. Tem se dio cuenta demasiado tarde que el ruido lo había provocado el huesos verdes al despejar los estantes de televisores y equipo electrónico del otro lado de la pared que los separaba. El brazo que salía como una extremidad sin cuerpo giró con violencia y le rompió la muñeca como quien disloca la articulación de un ala de pollo. El ojos de piedra aulló de dolor mientras la Ankev golpeaba el suelo.

La mano lo soltó. Tem reculó hasta la mesa sujetándose la muñeca rota contra el pecho, e intentó coger la pistola con la mano izquierda. La pared se vino abajo en una nube de polvo blanco cuando el huesos verdes abrió un agujero de tamaño suficiente para pasar por él. Tem alzó el arma; tembló e intentó estabilizarla con el brazo roto. Gimiendo de dolor, apretó el gatillo. La enorme pistola se sacudió con el retroceso en su débil agarre y la bala abrió un agujero encima de la puerta trasera.

Le arrancaron la Ankev de la mano. El hombre que la sostenía ahora se agachó en la pequeña trastienda y, sujetando el arma como un martillo, golpeó dos veces con la culata y aplastó las rótulas de Tem.

—¡Follacerdos comemierda! ¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte, joder! —gritó el tallista en ygutano.

Su torturador sacó de detrás de la mesa la silla que Tem había ocupado unos minutos antes y se sentó. Dejó la Ankev en la mesa, se quitó la gorra y sacudió de la tela las lascas de escayola. Intentó limpiarse con la mano los hombros de la cazadora, pero ante la falta de éxito, se la quitó, la sacudió bien y la dejó en la mesa, al lado de la pistola. Por último se arremangó la camisa y esperó hasta que el ojos de piedra dejó de gritar y se quedó tumbado, jadeante y con la mirada cargada de odio.

—¿Sabes quién soy?

—Uno de los hijos de puta Maik —dijo Tem.

—Correcto —dijo Maik Tar—. Y tú eres Tem Bem, más conocido en estos tiempos como el Tallista. —Se sacó un objeto negro rectangular del bolsillo de la cazadora. Tem vio que era una grabadora de cinta portátil, como las que usaban los periodistas. Maik rebobinó—. No te ha ido mal.

Quitar de en medio a los otros dos compradores de esta parte de la ciudad... Eso es tener estilo y sangre fría.

—Soy un ojos de piedra —protestó Tem—. El clan dejó trabajar durante años a Gee y al señor Oh, ¿y ahora vas a matar a un ojos de piedra por unos cuantos escombros del río? ¿Dónde está tu precioso código del aisho de los huesos verdes, perro? Puto piojo.

—Eh, si te hubieras limitado a comprar piedras del río, sería diferente. Kaul Lan no habría mandado a nadie a por ti. No habría mandado a nadie a por un ojos de piedra, arriesgándose a cabrear a la familia Tam sin ningún beneficio. Si se saca a un tallista de las calles, otro ocupará su lugar, ¿no es así? —Maik dejó la grabadora en la esquina de la mesa—. Pero ahora que Lan-jen ha muerto y estamos en guerra, es hora de tener una charla. No eres solo un tallista ojos de piedra con ropa ygutana de mal gusto. Eres una rata blanca.

Una rata blanca: un espía y agente de un clan. El código de los huesos verdes que prohibía matar a miembros sin jade de clanes enemigos no se aplicaba a las ratas blancas.

—Mi familia me expulsó. No pertenezco a Montaña. ¡No puedes romper el aisho por una sospecha! —Tem sudaba a mares.

—Oh, no es una sospecha, así que no gastes saliva en negarlo. Llevamos meses vigilándote. ¿De verdad creías que podías mear en territorio Sin Cumbre y no íbamos a olerlo? —Maik abrió la bolsa de Tem, rebuscó entre el dinero y sacó el cuchillo garra envuelto, como si detectase infaliblemente el jade. Lo desenvolvió y soltó un silbido—. La guerra es buena para los carroñeros, está claro. —Cogió el cuchillo, probó el filo con el dedo y después lo dejó junto a la grabadora—. Esto puede ir rápido o puede ir lento, pero en cualquier caso, nos lo vas a contar todo sobre las actividades de Montaña en territorio Sin Cumbre, empezando por adónde mandas todo el jade que te cae en las manos. Ya tengo una idea bastante aproximada, pero quiero que lo dejes dicho para la posteridad. Así que habla claro. —Cogió la grabadora y la puso en marcha.

Tem Bem escupió.

—Dile a Kaul Hilo que le den.

Maik entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas. Pulsó el botón de pausa, volvió a dejar la grabadora en la mesa y cogió el cuchillo garra.

—Irá lento, pues.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 43

Rata blanca nueva

COMO siempre, pasaba la medianoche cuando Shae volvió a la mansión Kaul tras salir de las oficinas del hombre del tiempo. Woon la dejó en la entrada y se llevó el coche al garaje. Era, sin lugar a dudas, la sombra del hombre del tiempo: nunca dejaba el rascacielos de la calle del Barco antes que ella y actuaba como guardaespaldas casi permanente, además de como jefe de personal. Shae se había asegurado su lealtad manipulándolo en un momento de pesadumbre, pero no podía lamentarlo; se sentía demasiado agradecida por la experiencia de Woon y por la profesionalidad infatigable que mostraba. No habría durado ni una semana como hombre del tiempo si no hubiera sido por él.

Subió los escalones de la entrada despacio y con cansancio; el lugar le seguía resultando extraño y hogareño a la vez. Había cancelado el alquiler del apartamento y se había mudado a la mansión Kaul incluso antes de que Hilo se lo pidiera. Era lo único sensato que podía hacer, teniendo en cuenta la guerra y su cargo de hombre del tiempo. El cuerno ya no podía desviar recursos para proteger el apartamento de Sotto Norte. La mansión Kaul era un lugar seguro, y alojarse allí era la única manera fiable de encontrar al pedestal cuando lo necesitara.

De modo que empaquetó sus pertenencias, le dijo al casero que dejaba los muebles para el siguiente inquilino y dio un último paseo por el barrio.

Compró un bollo relleno de carne en la panadería de la esquina y se quedó un rato disfrutando del aroma. Contempló los escaparates a lo largo de la calle. Notó la tensión sutil de los peatones y la manera en que apresuraban el paso cuando pasaban por delante del quiosco de prensa donde se podían leer los titulares sobre la guerra de clanes.

Luego fue al apartamento por última vez, telefoneó al director regional de Dispositivos Standard & Croft y le explicó que, sintiéndolo mucho, debido a circunstancias familiares que no le permitían irse a trabajar al extranjero, tenía que rechazar la oferta de empleo.

Había encontrado aquel apartamento por sí misma. Había conseguido aquel trabajo por sí misma. Habían sido victorias pequeñas, pero muy personales. No había vivido mucho tiempo en aquel lugar ni estaba muy entusiasmada con el trabajo, pero sintió la pérdida de las dos cosas.

No podía mudarse a la casa del hombre del tiempo; Doru seguía prisionero allí cuando no estaba acompañando al abuelo bajo vigilancia. Shae no creía que pudiera vivir jamás en aquella casa, a menos que la derribase entera y la reconstruyera para eliminar cualquier rastro de la presencia de Doru. Así que, ironías de la vida, estaba de nuevo en su antiguo dormitorio. Aunque tampoco era que pasara mucho tiempo allí.

Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta principal. Extendió el sentido de la Percepción y notó que su hermano no estaba en casa. Él también se había mudado a la mansión principal, para que los Maik pudieran instalarse en la residencia del cuerno. A veces, cuando Hilo y ella estaban allí a la vez, a Shae le parecía que volvían a ser niños; dormían cada uno a un lado del pasillo, se cruzaban en la cocina y sus auras zumbaban al rozarse como si fueran cables cargados de electricidad. Nadie tocó la habitación de Lan.

—Shae-jen.

Se giró y vio a Maik Wen detrás, en el camino de la entrada. Wen llevaba una bata de felpa sobre una camisa ancha y un pantalón de vestir, y calzaba unas chanclas. Debía de haber ido corriendo por el camino que unía los edificios al ver llegar a Shae por la ventana de la casa del cuerno.

—Wen... —saludó Shae—. ¿Hay algún problema?

—No. —Se le acercó con pasos gráciles—. No podía dormir y me he preguntado si te apetecería acompañarme y tomar una taza de té.

—Otra vez será. He tenido un día muy duro y creo que no soy buena compañía ahora mismo. —Giró hacia la mansión.

Wen le tocó el brazo.

—¿Ni siquiera unos minutos? Siempre te veo llegar tarde, y luego te pasas otra hora sentada en la cocina con una pila de papeles antes de ir a dormir. ¿No te apetecería cambiar de paisaje por una vez? He estado redecorando la casa y me muero por enseñársela a otra mujer.

Shae solía ver a Wen en la mansión principal. A veces estaba allí esperando a Hilo; otras veces parecía que se marchaba cuando llegaba Shae o llegaba cuando ella se iba. Se saludaban e intercambiaban cortesías en la cocina o en el pasillo, pero nunca habían tenido una conversación de más de veinte palabras. Muchas veces, a Shae le disgustaba la presencia de la otra mujer. En ocasiones se había pasado un buen rato dando vueltas en la cama intentando dormir y luchando por bloquear la Percepción de la energía llameante que desprendía su hermano cuando hacía el amor con Wen al otro lado del pasillo.

Cuando Shae cayó en la cuenta de que la prometida de su hermano prestaba atención a su rutina, se sorprendió, vaciló y se giró hacia ella. Wen se lo tomó como una respuesta afirmativa, le dirigió una sonrisa cálida y enigmática y la cogió del brazo. Parecía una persona muy física, igual que Hilo, siempre conectando con la gente a través del tacto.

—Nuestros hermanos no han vuelto todavía. No me sorprendería que estuvieran tomando una copa juntos. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo? —preguntó Wen.

Shae se obligó a ser amable.

—Si insistes...

Dejó que Wen la llevara a la residencia del cuerno. Formaban una pareja extraña: Wen en bata y con chanclas que le palmeaban los pies; Shae con un traje de negocios conservador y zapatos negros que hacían crujir la gravilla del camino que cruzaba el jardín y unía las casas.

Wen se puso a charlotear.

—Este jardín es mi parte favorita de toda la hacienda. Está muy bien diseñado, lleno de variedad, pero no atestado, y en cualquier época del año hay algo floreciendo. Por las noches huele divino. Por supuesto, las casas son impresionantes, pero el jardín es especialmente bonito.

Shae, que nunca había prestado mucha atención al jardín, asintió.

—Es muy agradable —dijo. Sabía que a Lan le gustaba. Siguió andando y dejó que los pensamientos sobre su hermano recorrieran la breve trayectoria habitual entre la pena y la ira antes de obligarlos a disiparse.

Wen la miró de reojo.

—Al principio tampoco quería mudarme aquí. Hilo y yo discutimos por eso. Mi apartamento de Pau-Pau no era gran cosa, pero lo había arreglado como quería y pagaba por mí misma el alquiler. Para ser sincera, era romántico que Hilo fuera a verme a mi casa. Tenía miedo de sentirme como una intrusa aquí, y me preocupaba que la familia me mirase por encima del hombro. —Se irguió un poco y alzó la cabeza—. Pero ¿de qué vale el orgullo idiota en comparación con hacer lo mejor por las personas que queremos? Venir aquí era lo correcto. No lo lamento en absoluto. Aunque estaría bien tener compañía; todo el mundo está fuera casi todo el tiempo.

Era la parrafada más larga que Wen le había dirigido jamás, y Shae estaba sorprendida por lo personal de la conversación y por lo perceptiva que había sido al captar que ella también sentía reticencia a vivir en la residencia familiar. No sabía muy bien si Wen intentaba empatizar con ella o aconsejarla, pero decidió no complicarse la vida y responder:

—Sé que Hilo agradece que estés aquí.

Llegaron al pequeño porche de la casa del cuerno. Cuando Wen abrió la puerta y entró, Shae no pudo evitar tirarse del lóbulo de la oreja derecha a sus espaldas. Se reprendió: los ojos de piedra no daban mala suerte. Solo eran una recesión genética, como los albinos. La inmunidad al jade no era una especie de castigo kármico, por mucho que Wen fuera una ilegítima, como todo el mundo daba por supuesto. Pero el estigma persistía a pesar de todo. Shae creía que había un motivo más lógico por el que los huesos verdes rehuían a los ojos de piedra: a nadie le gustaba que le recordasen que las capacidades del jade, al igual que la vida misma, eran una tirada de

dados. Era posible tener una impecable ascendencia huesos verdes kekonesa y, aun así, nacer como un vulgar abukei.

Desde luego, Wen había transformado la casa. Shae recordaba la moqueta verde, el papel pintado pasado de moda y el olor acre. La prometida de Hilo había puesto suelo de bambú, lámparas luminosas, alfombras tejidas, y mobiliario y electrodomésticos nuevos. Había pintado las paredes de colores claros que hacían que el espacio pareciera mucho mayor. Shae podía notar todavía el olor de la pintura fresca mezclado con el ambientador con aroma a rosas. Los cojines y las cortinas eran crema y burdeos, bien conjuntados. En la mesa de la cocina había un cuenco de cristal con guijarros negros decorativos y flores de seda blanca. Wen entró en la cocina y puso al fuego el hervidor.

—No me puedo creer que sea el mismo sitio —dijo Shae, impresionada de verdad.

—Yo no me puedo creer que Hilo viviera aquí tanto tiempo con lo horrible que era —dijo Wen—. Y ahora que está presentable, ni siquiera se pasa por aquí porque dice que es la casa de Kehn y no quiere faltar al respeto a mi hermano mayor. —Eché unas hojas molidas de té en una tetera, miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Kehn y Tar apenas pasan por aquí, tampoco, y les daría igual si fuera una cueva con paja en el suelo.

Estaba claro que Wen había dedicado un montón de tiempo y esfuerzo a renovar la casa para que luego no la disfrutara nadie salvo ella, e incluso ella se marcharía en cuanto se casara con Hilo. El primer pensamiento de Shae, envidioso y mordaz, fue: «Debe de tener mucho tiempo libre», pero luego recordó avergonzada que había prometido a Hilo que buscaría a Wen un trabajo nuevo y más estimulante en el clan. Aun no se había encargado; como no era prioritario, se le había ido de la cabeza.

Estaba segura de que Hilo le había prometido el nuevo trabajo a Wen. Eso podría explicar su insistencia en que hablaran aquella noche. Shae suspiró para sus adentros, se quitó los zapatos y se sentó en un taburete de bar frente a la isla.

—Hilo me dijo que esperabas cambiar de trabajo. Tenía intención de preguntar en el clan para ver si había algo disponible. Las cosas han sido un

caos, ya sabes, pero me pondré con ello esta semana. ¿Buscas algo en concreto? ¿Un puesto de secretaria en otra empresa?

Para su sorpresa, Wen no pareció especialmente interesada.

—Mi madre decía que un ojos de piedra debe poseer habilidades prácticas y útiles, como por ejemplo escribir a máquina. Así siempre podría encontrar trabajo. —Rellenó la tetera y las tazas de agua hirviendo, las vació, echó más agua hirviendo y dejó macerar el té—. A poca gente le importa demasiado el asunto de la mala suerte en los puestos de oficinista de bajo nivel sin contacto con los clientes ni con importes considerables. Puedo mecanografiar cien palabras por minuto, ¿sabes? —Una sonrisa burlona le curvó los labios. Se puso a buscar algo en la alacena.

—Deduzco que no es lo que quieres hacer —dijo Shae.

Wen giró con una botella en la mano.

—Aguardiente de canela espenio —declaró. Llenó dos tazas de té y añadió un chorro de licor a cada una—. Pega muy bien con el aroma ahumado de este té molido. ¿Cogiste el gusto a las bebidas espenias cuando viviste allí?

La población estudiantil de Windton era más aficionada a la cerveza de barril barata, pero Shae le dio las gracias con un gesto, cogió la taza, bebió un trago y descubrió que Wen tenía razón en lo de los aromas. «¿Qué quiere de mí esta mujer?». Estaba claro que Wen tenía algo en mente; había pensado en Shae mucho más de lo que Shae había pensado en ella. ¿O era así de perspicaz con todo el mundo?

Shae nunca se había sentido cómoda con Maik Wen. Podía dejar de lado que fuera un ojos de piedra. Le costaba más reconocer que estaba resentida porque era aceptable que Hilo estuviera con una, pero intolerable que ella estuviera con un extranjero. Si alguien se hubiera molestado en mirar más allá de la sangre shotariana y el uniforme espenio de Jerald, habría descubierto que provenía de una familia honorable. Los Maik, por otro lado, tenían mala reputación.

Según había oído Shae en la academia, la madre de Wen había provocado un escándalo unos años antes al quedarse embarazada y escapar de su familia Sin Cumbre para irse con Maik Bacu, su novio del clan Montaña. Unos años después, a Bacu lo acusaron de una ofensa atroz contra

el clan y lo ejecutaron. Nadie de Sin Cumbre estaba muy seguro de lo que había pasado, pero se rumoreaba que había asesinado a un linterna influyente del que sospechaba que se había acostado con su mujer. La viuda cogió a sus dos hijos y a la hija que llevaba en el vientre, huyó con sus parientes de Sin Cumbre y les rogó que la aceptasen de nuevo. La aceptaron porque Kaul Sen dio su permiso a regañadientes, pero los hijos de Maik eran unos huérfanos que inspiraban lástima, y cuando Wen resultó ser una ojos de piedra, la mala fama de la familia se afianzó. «No se puede confiar en los Maik —Shae había oído decir a su abuelo—. Son impulsivos y desleales por parte de sus dos ancestros».

Hilo rechazaba aquel argumento: «Chorradas fatalistas. Nadie está destinado a convertirse en sus padres». Hacerse amigo de los Maik y confiar en ellos cuando todos los demás los rechazaban había resultado muy beneficioso para él. Para Shae era frustrante no poder estar segura de si su hermano actuaba de forma calculada en esos asuntos. ¿Creía que casarse con Wen afianzaría la lealtad de Kehn y Tar, o simplemente se había enamorado de ella sin pensar en nada más?

Observó a Wen. No era exactamente una belleza, pero Shae podía ver por qué embelesaba a Hilo. Tenía un aplomo suave e inescrutable, una presencia sutil que atraía las miradas sin que pareciera que reclamaba atención. Cuando conversaba mostraba una intensidad amable, y por lo visto, pocas cosas se le pasaban por alto.

Wen rodeó la isla y se sentó en otro taburete, al lado de Shae. Le puso una mano en la rodilla y le dijo con seriedad:

—Shae-jen, eres el hombre del tiempo. ¿Qué trabajo puedes darme que sea más útil para el clan ahora mismo?

Shae no se esperaba aquello. Apretó los labios; no le gustaba que la pillasen por sorpresa con una pregunta de la que, seguramente, debería conocer la respuesta.

—Útil, ¿cómo? —preguntó.

—Útil para ti y para Hilo. Útil para ganar la guerra.

Shae dio vueltas al té en la taza.

—La guerra es asunto de los huesos verdes.

—Eso dice Hilo. Pero no tiene sentido intentar protegerme con ese argumento. Si gana Montaña, matarán a mi prometido. Mis hermanos son su cuerno y su asistente del pedestal, por no mencionar que además son los hijos de un traidor a Montaña: también morirán. Puede que yo sea una ojos de piedra, pero en esta guerra puedo perderlo todo, y a todos mis seres queridos. ¿Por qué iba a hacerte perder un tiempo valioso pidiéndote que me busques un trabajo intrascendente haciendo fotocopias y mecanografiando memorandos en el despacho de algún linterna de poca importancia? —Wen alzó las cejas—. ¿Debería alegrarme de conseguir un trabajo así?

Shae pensó en otras mujeres que habían vivido en la mansión Kaul: su abuela, su madre; Eyni, la ex de Lan.

—Vas a ser la esposa del pedestal —dijo—. Nadie espera que trabajes, y mucho menos que intervengas en los asuntos del clan; sobre todo teniendo en cuenta que eres ojos de piedra.

—Las expectativas tienen gracia —replicó Wen—. Quien nace con ellas las odia, se enfrenta a ellas. Quien nunca ha tenido ninguna, siente su ausencia toda la vida.

Wen se había terminado el té. Cogió la botella de aguardiente, se sirvió un poco en la taza y la apuró de un sorbo. En aquel movimiento rápido, Shae captó una dureza oculta en Maik Wen. Se dio cuenta de que no conocía a aquella mujer en absoluto.

—Quiero trabajar para ti, Shae-jen —dijo la futura esposa del pedestal—. En algo que nos ayude a ganar esta guerra.

—Hay puestos en la oficina del hombre del tiempo —dijo Shae lentamente—. Pero no creo que tengas los conocimientos necesarios para ocuparlos...

—¿Cuál es el papel más útil para el clan que puede representar un ojos de piedra?

Shae conocía la respuesta; de hecho, aquella idea inquietante ya se le había ocurrido, pero pasó un tiempo muy largo antes de que cruzase la mirada con Wen y contestase.

—Rata blanca.

—¿Te serviría para algo una rata blanca, Shae-jen?

Aquella mujer se estaba metiendo en un terreno muy peligroso, Shae se daba cuenta. La siguió con mucha cautela, como si estuviera avanzando por una ciénaga. Los ojos de piedra podían manejar y transportar con seguridad y discreción cualquier cantidad de jade sin emitir la menor aura. A diferencia de los abukei, de quienes se sospechaba y se los discriminaba, los ojos de piedra podían mezclarse con los civiles kekoneses. Como rata blanca, un ojos de piedra podía ser útil, desde luego: espía, contrabandista, mensajero, ladrón. Otro motivo para desconfiar de ellos.

—Eres demasiado conocida —dijo Shae.

—Solo por el nombre, y solo dentro de Sin Cumbre. En Montaña, nadie sabe quién soy y nadie me reconocería. Conocen a mis hermanos, pero no me parezco a ellos. —Jugó imperturbable la carta del parentesco dudoso.

—Hilo no lo permitirá jamás.

—Jamás, cierto. No debe enterarse. Tendría que tener otro trabajo como tapadera, algo sencillo. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

—Estás dispuesta a mentir a tu futuro esposo —dijo Shae, incapaz de ocultar el asombro—. Y me estás pidiendo a mí, el hombre del tiempo, que obre en contra de los deseos del pedestal. Si hiciera esto, te pondría en peligro. El aisho ya no te protegería.

Los labios carnosos y los ojos oscuros de Wen transmitieron aflicción.

—Shae-jen, ¿te convertiste en hombre del tiempo para complacer al pedestal o para salvar al clan? —Su sonrisa triste mostró que ya conocía la respuesta. Apartó la cara y añadió en voz más baja—: Hilo es excelente como cuerno. Es sincero y audaz, y sus hombres lo adoran. Si el corazón bastase para ganar esta guerra, ya habríamos cantado victoria. Pero nunca estuvo destinado a ser pedestal. No tiene visión a largo plazo ni está dotado para la intriga política, y ni todo el jade del mundo podría cambiar eso. — Se giró hacia Shae, que se había quedado perpleja ante la fría valoración de Wen—. Sabe que necesita tu ayuda. Si puedo serte útil como rata blanca, estaré haciendo cuanto esté en mi mano para ayudar a que sobreviva mi familia. Hilo insiste en que me ama demasiado para dejar que me involucre en la guerra, sea como sea... y yo lo amo demasiado para obedecerlo.

Debía de ser cerca de la una de la madrugada, pero Shae estaba completamente despejada y su mente había empezado a dar vueltas a las

temibles posibilidades. Miró de nuevo a su alrededor, a la casa renovada, lentamente. Wen había tardado pocas semanas en transformarla por completo, en ensamblar un hábil artificio de imágenes, aromas y texturas que se combinaban para crear un escenario limpio y agradable en la residencia hasta entonces fea pero sencilla de los hombres más violentos de Sin Cumbre. Shae se daba cuenta de que había juzgado mal a Maik Wen; se había fijado en el comportamiento amable, dócil y sensual, y había pasado por alto el corazón huesos verdes de la estigmatizada ojos de piedra; había olvidado que era la hermana de los feroces hermanos Maik. Hasta aquel momento, Wen no le caía bien; ahora se sentía inquieta.

«Dos mujeres decididas en un mundo de hombres —pensó—. Si no se convierten rápidamente en aliadas, están destinadas a ser rivales eternas». Shae estaba acostumbrada a hacer cosas a espaldas de Hilo, pero sabía que aquello no se lo perdonaría.

Tenía que pensarlo bien y obrar con mucho cuidado.

Wen cogió la taza vacía de Shae y se levantó.

—Ya te he robado mucho tiempo y es hora de que te deje ir a dormir, Shae-jen. —Descalza, Shae se dio cuenta de que Wen era más alta que ella y tenía curvas que los años de entrenamiento duro le habían quitado a ella.

El hombre del tiempo se levantó.

—Gracias por el té, Wen. Volveremos a hablar pronto.

Fue hasta la puerta y se puso los zapatos. Cuando abrió, el delicado aroma de las flores invernales de los ciruelos llegó desde el jardín. Se detuvo en la entrada y se giró un instante; la luz del recibidor proyectó su sombra en el porche de la casa del cuerno.

—Creo —dijo— que es posible que mi hermano tenga mejor gusto de lo que yo pensaba.

Wen sonrió.

—Buenas noches, hermana.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 44

Regreso al Todo Bueno

BERO pensaba en el túnel que había bajo el Todo Bueno. Pensaba en él un montón, y siempre se llenaba de una rabia amarga. La muerte de Kaul Lan, ¡obra suya!, había empujado a Yanlún a la guerra, y todos los días se ganaba y se perdía jade en las calles, pero Bero no estaba cerca ni por casualidad de conseguir una simple piedra; bien al contrario, se había visto obligado a huir y ocultarse como una cucaracha bajo una luz intensa.

No se había ido lejos. Tras ir dando tumbos por el túnel oscuro durante lo que le pareció una eternidad, preguntándose a cada paso si se agotarían las pilas de la linterna y se quedaría vagabundeando a ciegas hasta que lo matara un derrumbamiento, sintió una brisa en la cara. Una débil corriente de aire cargada del aroma cáustico del puerto: sal marina, escapes de los barcos, peces y basura mojada. La brisa precedió un círculo de luz del atardecer, hacia la que Bero corrió como si corriese hacia su madre muerta. Tal como Mudt había prometido, el túnel desembocaba al pie de un talud, cerca del muelle de Puerto Verano. En las épocas de lluvias torrenciales de la primavera y tifones del verano, el túnel estaría inundado, pero en la estación seca invernal era una vía excelente para el contrabando. Sucio y agotado, Bero compró un billete en un pequeño transbordador privado, pero no siguió el consejo de Mudt de marcharse lejos de Yanlún.

Pasó semanas en Botón intentando no llamar la atención. La isla estaba a solo cuarenta y cinco minutos por transbordador y no formaba parte de Yanlún oficialmente, pero en los días despejados se podía ver la ciudad al otro lado del estrecho. Botón era un municipio independiente. Había alojado durante siglos un monasterio deísta, antes de que los shotarianos la convirtieran en campo de concentración, y ahora era un lugar turístico con un templo deísta reconstruido, una reserva natural y una población pintoresca llena de tiendecitas que vendían baratijas y objetos de artesanía a precios abusivos. Bero la odiaba.

Sin embargo, era un buen sitio para pasar desapercibido. Al estar llena de visitantes de Yanlún que iban a pasar el día y de turistas extranjeros, le fue fácil conseguir una habitación de motel donde cuidarse en soledad taciturna las heridas del cuerpo y el orgullo, ver la televisión, comer comida para llevar y planear el regreso a la ciudad. Botón estaba a cargo de un pequeño clan familiar que rendía tributo a Montaña, pero por lo que Bero pudo ver, los clanes de Yanlún lo dejaban a su aire. De todas formas, por seguridad, se cambiaba de motel cada semana para que nadie empezara a fijarse demasiado en él.

Por lo que veía en las noticias, sabía que la ciudad era un entramado de violencia callejera, y había zonas de Yanlún donde no estaba claro qué clan mandaba, si es que mandaba alguno. Montaña se había hecho con un buen trozo de las Dársenas, pero Sin Cumbre todavía conservaba el Sobaco y había conquistado gran parte de Sogen. Nadie sabía qué pasaba en Villapesca. Bero llevaba fuera más de un mes. En medio de aquel caos, seguro que nadie lo buscaba, así que una mañana, temprano, bajó al puerto y montó en el transbordador que cruzaba el estrecho.

Bero culpaba de su situación a Mudt y al huesos verdes de la perilla. Le habían tendido una trampa. Le habían prometido jade y luego lo habían abandonado. Jamás tuvieron intención de incluirlo. Además, también pensó en el túnel de debajo de la tienda de Mudt, y en las cajas ocultas que la prisa y el miedo le habían impedido examinar o robar. Volvió a reprenderse. Todas sus desgracias procedían de ir con demasiada prisa. ¿Qué habría en aquellas cajas?

Sabía dónde conseguir el jade que le pertenecía por derecho. Ya no tenía el Fullerton, lo que era una lástima, pero le quedaba bastante dinero y, aunque teóricamente era ilegal en Yanlún que los civiles poseyeran armas de fuego, gracias al caos creado por la guerra entre clanes, la venta callejera estaba a la orden del día. Le bastó con una tarde en el lado de las Dársenas controlado por Montaña para conseguir un revólver decente. El plan consistía en secuestrar a punta de pistola al hijo de Mudt hasta que este le pagara en jade. Si eso no funcionaba, mataría al perista y le quitaría cuanto pudiera.

Aquella noche, su mirada se encontró con algo inesperado cuando llegó al Todo Bueno. Estaba a oscuras, y el edificio, revestido de tablones. Habían arrancado el gran cartel de la fachada y no había rastro de presencia humana en la tienda ni en los alrededores. Bero se asomó por una ventana con desconfianza; el interior estaba hecho un desastre. Habían saqueado el comercio. Los estantes estaban vacíos y habían volcado el mobiliario. La mayor parte del género había desaparecido, y lo que quedaba estaba esparcido por el suelo y ya lo habían cribado; solo quedaban cosas inútiles, como revistas viejas y sombreros para el sol.

Dio una patada a la puerta delantera y sacudió con rabia el candado. Miró alrededor. La calle estaba vacía. Aquella parte de la ciudad estaba tan cerca de la frontera entre Junko y Punta de Lanza que, aparentemente, nadie en su sano juicio quería andar por allí. Golpeó las ventanas de los lados del edificio, que se sacudieron en los marcos. Un sin techo, la única persona a la vista en lo que normalmente había sido un cruce con mucho tránsito, le gritó desde una esquina:

—¿No te has enterado? ¡Mudt ha muerto, keke!

Bero se giró hacia él.

—¿Muerto? ¿Quién lo ha matado?

El hombre cubierto de mantas mostró una sonrisa desdentada. Se encogió de hombros y soltó una risilla.

—¡Él se mató! ¡Si andas por ahí con jade, tú mismo buscas que te maten!

Bero cogió una piedra pesada y rompió una ventana del Todo Bueno. Armó un escándalo increíble, pero aparte del vagabundo, no había nadie

que pudiera darse cuenta. Despejó los cristales con el pie y se coló con cuidado en la tienda en ruinas; lo llenaba una mezcla extraña de decepción y esperanza. Mudt se había ido, y su jade con él. Alguien se había adelantado a Bero. Era de esperar, ¿verdad? Siempre pasaba algo; el destino le sonreía, le agitaba delante de las narices lo que deseaba y luego se lo quitaba. Afortunado y desafortunado, así era él. Y ahora, quizá la mala suerte se convirtiera en buena. Quizá. Quizá.

El trastero de la trastienda estaba abierto. Los cajones del archivador con ruedas estaban abiertos también, y los habían vaciado en una búsqueda apresurada de dinero y objetos de valor, pero nadie había movido el archivador en sí. Con el corazón en un puño, Bero empujó con todo su peso y lo quitó de en medio. Tanteó a oscuras hasta encontrar la junta de la moqueta. Cuando la levantó, descubrió la trampilla por donde había escapado cinco semanas atrás.

Cerró la puerta del trastero y la bloqueó con el archivador. Tiró de la cadencia que encendía la bombilla del interior, y el pequeño espacio se llenó de una luz amarillenta. Tiró de la anilla de metal de la trampilla, que se levantó con un chirrido y una nubecilla de polvo. Temblando de emoción, bajó cuidadosamente los escalones que llevaban al túnel.

Todo seguía allí, cajas y embalajes, sin que los saqueadores que habían destrozado la tienda les hubieran puesto las manos encima. Bero cogió una de las cajas y la puso en un escalón. Cortó la cinta de embalar con una navaja y se quedó sin aliento al ver el contenido.

Volvió la mirada a la pequeña torre de contenedores. ¿Cómo habría reunido Mudt todo aquello? Desde luego, no habría sido gracias al huesos verdes de la perilla, que solo le había dado una cajita la primera noche que Bero lo había visto. Mudt debía de haber sido traficante. Por la cara de Bero se extendió una sonrisa mientras sacaba una de las botellitas selladas de la caja de cartón que tenía delante.

Sene. Suficiente sene para toda la vida. Y todo era suyo.

Con las manos temblorosas por el ansia, cogió todas las ampollas que se pudo guardar en los bolsillos. Después dejó la caja medio vacía encima de las otras, y con una mirada codiciosa hacia atrás, volvió a subir a la tienda. Cerró la trampilla, la cubrió con la moqueta y colocó el archivador en el

sitio exacto donde lo había encontrado, sobre la entrada del túnel secreto. Apagó la luz del trastero y salió a la tienda destrozada con los bolsillos llenos y la mente al galope. Alguien se apropiaría pronto de aquel edificio. Tendría que trasladar el tesoro a algún lugar seguro donde pudiera acceder con más facilidad...

Un ruido a su espalda y el haz de luz de una linterna que le cayó en los hombros le hicieron dar un salto y girar en la oscuridad. Sacó el revólver y apuntó a la cara de un muchacho de unos trece o catorce años. El hijo de Mudt.

—¿Qué haces aquí? —gritó Bero.

—Pensaba que igual eras él, que había vuelto a buscarme —dijo el muchacho con voz aguda y tensa. Empuñaba un cuchillo garra plegable barato y tenía los nudillos blancos. La luz de la linterna siguió enfocando a Bero mientras los dos se miraban fijamente.

—¿Volver a buscarte? ¿Quién? —Acarició el gatillo con el dedo. No quería que aquel crío le dijera a nadie que había vuelto a la ciudad, ni que se le pasara por la cabeza que la tienda de su padre y el sene le pertenecían.

El joven Mudt tuvo un escalofrío que hizo temblar la débil luz de la linterna, pero su voz estaba llena de un odio feroz cuando espetó:

—Maik. Mató a mi padre. ¡Maik Tar mató a mi padre, y lo voy a matar aunque sea lo último que haga! —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Bero tenía aún el dedo curvado sobre el gatillo, pero vaciló. Bajó el revólver lentamente.

—Es difícil matar a un huesos verdes poderoso —dijo.

—¡Me da igual! ¡Haré lo que haga falta! —La linterna y el cuchillo garra cayeron a los costados del muchacho, que se quedó jadeando con la mirada fija en Bero, las mejillas rojas y la expresión enloquecida, como si lo desafiara a decir lo contrario.

—Yo ya lo hice —dijo Bero con un deje de orgullo—. Maté a un huesos verdes. Nadie creía que fuera a poder, pero todos se equivocaban.

Los ojos del muchacho se abrieron con curiosidad ambiciosa. Bero nunca había prestado mucha atención al joven Mudt cuando lo había visto otras veces. Siempre le pareció obediente y banal. Era escuálido, y tenía el

pelo graso y una cara con cierto aire ratonil. Pero no era un cobarde como Sampa y Pícaro.

Bero decidió que no era conveniente que trabajara solo. El destino era como un tigre en mitad del camino: era mejor dividir su atención. Siempre que le habían ido mal las cosas, había alguien más pequeño y débil para atraer hacia sí la mala suerte.

—No me dan miedo los huesos verdes —añadió—. Son ellos los que nos tienen miedo, ¿sabes? Mataron a tu padre porque tienen miedo de que la gente de fuera del clan consiga jade. Lo que necesitamos es un poco de jade para nosotros, keke.

—Sí —dijo Mudt con ferocidad—. Sí, eso es.

—Y sé dónde conseguirlo.

El haz de luz de la linterna se elevó de nuevo.

—¿De verdad?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 45

Un chiste privado

HILO entregó las armas a una huesos verdes uniformada que montaba guardia a la entrada del Salón de la Sabiduría. Era una joven cuya aura de jade zumbaba con intenta concentración mientras se acercaba el pedestal. Los miembros de Escudo Haedo se entrenaban para desarrollar un nivel de Percepción especialmente elevado, con el fin de detectar cualquier señal de intenciones homicidas. Aquella guardia tendría que bajar el listón de la hostilidad Percibida si pensaba dejar pasar a alguien aquel día, pensó Hilo sonriendo para sí mientras se quitaba el cinto con la espada luna, sacaba el cuchillo garra, desenfundaba la pistola y lo dejaba todo en la mesa, ante el detector de metales. No era que dudara de las capacidades de la vigilante ni que no entendiese el motivo subyacente de que no se pudiera entrar con armas en la sala de reuniones, pero eran medidas inútiles. La gente que entraba en la sala portaba jade de sobra. Los huesos verdes asistentes podían matarse entre ellos sin problema, con las manos desnudas, si la negociación iba mal.

De todas formas, probablemente no ocurriría habiendo un monje delante, y había tres en la sala de reuniones donde estaba programado el encuentro arbitrado de los jefes de clan. Al parecer, el consejo había considerado inteligente triplicar las garantías espirituales. Los monjes estaban de pie en silencio, en las esquinas de la sala; un hombre y dos

mujeres con la cabeza rapada inclinada y las manos cruzadas bajo las mangas de las largas túnicas verdes. La violencia no solo estaba prohibida en cualquier templo deísta, sino en cualquier sitio donde hubiera un monje presente. Según la creencia, estaban en comunicación directa con el Cielo; los dioses sabrían quién había obrado en contra de las Virtudes Divinas y golpeado primero. Espías del Cielo, por así decirlo. El alma del pecador se condenaría, pero, por añadidura, toda su estirpe (antepasados, padres, hijos y futuros descendientes) vería vetada su entrada al Cielo el día del Retorno; quedaría obligada a vagar en el exilio por la Tierra vacía toda la eternidad.

La víspera, Hilo había comentado a Shae que podría valer la pena arriesgarse a sufrir cualquier castigo metafísico teórico en el más allá si entre los dos mataban a Ayt Mada allí mismo, sentada en la mesa frente a ellos. Shae le había dirigido una mirada asombrosamente fría.

—Los dioses son implacables, Hilo —dijo como si los conociera en persona—. No los provoques con tu arrogancia.

La sala tenía dos puertas, de modo que Ayt ni siquiera llegaría por el mismo pasillo que ellos. Hilo entró en la sala, se sentó a un extremo de la mesa y saludó con una inclinación de cabeza a la docena de miembros del Consejo Real sentados a los lados, que constituían el comité de arbitraje. Tenían un aspecto muy burocrático con sus trajes oscuros y sosteniendo bolígrafos de lujo sobre tacos de papel amarillo en portafolios de cuero.

Cuatro miembros del comité pertenecían a Sin Cumbre: el adusto señor Vang; el canoso señor Loyi; la señora Nurh, con su cara de caballo, y el sonriente señor Kowi, cuya cabeza tenía forma de nabo. Hilo los reconoció a partir de las descripciones que había hecho Woon la tarde anterior. El diligente exasistente del pedestal estaba demostrando ser un elemento valiosísimo en la oficina del hombre del tiempo; Hilo se alegraba de haberle perdonado la vida. No lo culpaba por la muerte de Lan, o no más de lo que se culpaba a sí mismo, pero era bueno verlo purgar su remordimiento esforzándose por el bien del clan.

De los otros políticos que estaban en la sala, cuatro eran leales a Montaña, y los cuatro restantes no estaban afiliados a ningún clan. Hilo ni siquiera sabía hasta entonces que había concejales sin afiliación, elementos a los que se podía comprar.

—De los trescientos, catorce son independientes y otros dos pertenecen a clanes menores —le había ilustrado Shae—. Intenta recordar estas cosas.

El asiento del otro extremo de la mesa estaba vacío; Ayt no había llegado todavía. Hilo miró el reloj. Se reclinó en la silla y sonrió a los reunidos, en apariencia totalmente cómodo mientras esperaba.

—Ayt-jen se habrá parado a rayarme el coche.

Hubo algunas risitas nerviosas alrededor de la mesa. El señor Loyi mostró media sonrisa y el señor Kowi soltó una carcajada, pero Vang y Nurh siguieron impasibles. La mayoría de los ocupantes de la sala, independientemente del clan al que pertenecieran, observaban a Hilo con una mezcla de respeto nervioso y desdén camuflado; no sabían qué pensar de aquel joven pedestal indómito. Por su parte, Hilo no los tenía en una estima especial. Marionetas detrás de marionetas.

Desde otro asiento, un poco atrasado y a la izquierda, el aura de Shae resonó con un poco más de fuerza. Su hermana dio unos golpecitos con un bolígrafo en el brazo de la silla, como si le estuviera advirtiéndole que recordase que estaban allí para mejorar su posición ante el consejo, no para empeorarla.

De repente, el silencio se adueñó de la sala. Los políticos que habían estado charlando en voz baja se dieron cuenta y se irguieron de cara a la mesa con expectación. Hilo tardó un momento en caer en que el cambio era una reacción provocada por él; se había quedado inmóvil, con la mirada perdida, mientras su Percepción se extendía más allá de las paredes. Ayt Mada y su hombre del tiempo habían entrado en el edificio y se dirigían a la sala. El aura de jade de su enemiga era oscura, densa y líquida, como lava que se acercara fluyendo inexorablemente y aumentando su temperatura. Emanaba una malevolencia tranquila e implacable dirigida de forma inconfundible hacia él, y dado que no había duda de que ella podía Percibirlo, la larga mirada psíquica que cruzaron fue tan intensa que Hilo tuvo la impresión de que no quedaba prácticamente nada que decir cuando Ayt entró en la sala al cabo de un minuto. Todo lo que tenía que pasar ya había pasado; el resto sería charla irrelevante.

Como Hilo esperaba, el aspecto físico de Ayt no tenía nada de destacable en comparación con la impresión que había dejado su aura.

Vestía de negro, con una chaqueta color crema, y no llevaba bolso, joyas ni maquillaje. Entró en la sala, pareció levemente divertida al ver al grupo que esperaba y se sentó de frente a Hilo, al otro extremo de la mesa. Ree Tura, bajita y con el pelo engominado, tomó asiento detrás ella y a su izquierda.

—Buenas tardes, concejales —dijo Ayt.

—Ayt-jen. —Los políticos comprometidos con Montaña inclinaron la cabeza hacia ella. Estaba claro que le mostraban más respeto que los concejales de Sin Cumbre a Hilo, cuyos labios temblaron ligeramente, con los ojos aún fijos en la otra pedestal.

La sala se trasmutó con la entrada de Ayt. Donde antes había expectación negociadora, ahora reinaba la tensión que precede a algo inevitable. La atmósfera era como una cuerda de arco tensada, como una espada antes de caer, como espacio entre el martillo y el clavo. Hasta los asistentes que no tenían la capacidad de Percepción lo notaron con facilidad.

La presidenta del comité, una mujer llamada Onde Pattanya, que era una de los escasos miembros independientes del consejo, tuvo el valor suficiente para ponerse en pie y dar comienzo a la reunión. Carraspeó.

—Respetados huesos verdes y compañeros del Consejo Real, hoy nos reunimos en el Salón de la Sabiduría de buena fe y siguiendo el espíritu de las Virtudes Divinas, bajo la mirada atenta de los dioses... —Echó una mirada a los monjes de las esquinas—. Y bajo los auspicios de su celestialidad el príncipe Ioan III. —Hizo una reverencia hacia el retrato del soberano que colgaba de la pared.

—Que viva trescientos años —murmuraron a coro los asistentes.

Hilo reprimió una sonrisa burlona al mirar el óleo de la pared. Representaba a un individuo de cejas espesas y aire regio vestido con la túnica larga tradicional de la nobleza de Kekon, sentado en un sillón amplio y mullido, con una mano apoyada en la espada luna envainada que tenía en el regazo y la otra sujetando un abanico de hojas de palma, símbolos del papel del monarca como guerrero y pacificador.

Era una simbología arcaica. La espada luna era el arma tradicional de los huesos verdes; Hilo estaba razonablemente seguro de que el príncipe nunca había empuñado una de verdad. Los miembros de la familia real

kekonesa tenían prohibido portar jade, un edicto añadido a la constitución cuando se restableció el trono después de la guerra de las Naciones y el país se independizó del imperio de Shotar. Hilo había visto al príncipe, que era considerablemente menos majestuoso en carne y hueso, durante las celebraciones de Año Nuevo y otras fiestas importantes, y en la mansión Kaul había una fotografía enmarcada del monarca concediendo al abuelo de Hilo alguna condecoración real por sus servicios al país. El príncipe Ioan III era popular como símbolo de la unidad y la historia de Kekon, pero se trataba de una figura decorativa, un hombre que vivía una existencia cómoda subvencionada por el Estado y realizaba tareas ceremoniales. Aquel retrato imponente estaba en la sala, pero él, no. Se limitaba a dar su bendición al Consejo Real, que representaba al pueblo y dictaba las leyes. El noventa y cinco por ciento de los miembros del consejo estaban afiliados a un clan, financiados por linternas importantes que, a su vez, pagaban tributo a los clanes. En Yanlún, y por extensión en el resto del país, el poder auténtico era de los clanes, de los dos pedestales cuyo odio mutuo impregnaba toda la sala como un olor intenso.

—Comenzaré —dijo la concejal Onde— aplaudiendo a Ayt-jen, a Kaul-jen y a sus hombres del tiempo por dar el importante paso de estar aquí y mostrar su voluntad de resolver sus diferencias mediante la negociación y no mediante la violencia. Hablo por todo el Consejo Real al expresar mi esperanza sincera de que lleguemos pronto a un acuerdo que devuelva la paz a la ciudad. Está programado que nos reunamos aquí durante cinco días, pero todos los miembros del comité nos comprometemos a seguir tanto tiempo como sea necesario para ayudar a alcanzar un desenlace satisfactorio. Por supuesto —añadió con una sonrisa optimista—, si terminamos antes, mucho mejor.

Hilo pensó, apesadumbrado, en todo el tiempo que iban a perder, tiempo en que lo mantendrían alejado de las batallas cruciales que se libraban por toda la ciudad. Mientras estuviera allí, el mando de la guerra quedaba exclusivamente en manos de Kehn, y aunque Hilo tenía fe en su cuerno, se estaría engañando si no reconociera que Gont superaba a los Maik como estratega y luchador. Ayt se podía permitir estar ahí sentada; Hilo, no.

—Empezaremos con una declaración de cada parte —dijo Onde—. Se ha decidido por sorteo que hablará primero Montaña. Ayt-jen. —Se sentó y cogió el bolígrafo.

Ayt dejó que la pausa se alargase hasta justo antes de volverse incómoda antes de hablar, con una voz clara y uniforme que a Hilo le recordó a los profesores de la academia.

—Me entristece profundamente que el desencuentro entre los dos grandes clanes de este país haya llevado al derramamiento de sangre. Sin embargo, mi padre, que los dioses lo reconozcan, me inculcó que los huesos verdes tienen la responsabilidad de proteger y defender a la gente corriente. Cuando los que dependen de nosotros para su protección están amenazados, no tenemos más alternativa que responder.

Tendió una mano a su hombre del tiempo, quien de inmediato puso en ella un papel.

—Desde hace ya bastante tiempo, las tácticas abiertamente agresivas de Sin Cumbre han dañado a ciudadanos y negocios respetables. Para ilustrarlo ante el comité, Ree-jen ha elaborado una lista con unos pocos ejemplos. —Ayt miró el papel que sostenía—. Las obras del casino Reino de la Suerte se retrasaron tres meses por culpa de un sabotaje ordenado explícitamente por el cuerno de Sin Cumbre en aquel momento...

Hilo escuchó en silencio la larga lista de agravios enumerados por Ayt, con expresión afable e inalterada, pero en su interior crecían la ira y la impaciencia. Podía responder a todas y cada una de las acusaciones. Sí, había ordenado a los puños que interrumpiesen los trabajos del casino Reino de la Suerte, pero solo porque habían robado descaradamente a Sin Cumbre el contrato de obras. Sí, había permitido a sus hombres que lisiaran a aquellos tres dedos de Montaña..., porque habían estado destrozando negocios de Sin Cumbre y aterrorizando a los propietarios. Ayt siguió con la lista de agravios antiguos, algunos de los cuales habían tenido lugar hacía dos años o más y ninguno de los cuales era relevante en relación con la guerra en curso.

Cuando Ayt terminó, la concejal Onde le dio las gracias y recordó a los presentes que no se debatiría nada hasta que Sin Cumbre hubiera tenido oportunidad de responder. Onde se volvió hacia Hilo y le preguntó si estaba

listo para hacer su declaración inicial. Durante un instante, Hilo se planteó declinar la invitación y abandonar aquel circo antes de que pudiera continuar, pero Shae sacudió ruidosamente el papel que se disponía a dejarle al lado, en la mesa. Hilo lo miró. El hombre del tiempo y su sombra habían preparado varios discursos para elegir, según qué estrategia emplease Ayt, según empezase con declaraciones grandilocuentes, peticiones concretas o acusaciones vagas. Hilo cogió el papel.

—Quisiera felicitar y dar las gracias al Consejo Real por reconocer la necesidad de esta reunión. Como ciudadanos y miembros de la comunidad, los huesos verdes deseamos paz y prosperidad para Yanlún tanto como el que más...

Las palabras sonaban forzadas y antinaturales en sus labios, y se saltó parte del discurso. «¿De verdad espera Shae que diga todo esto?». Siguió leyendo y recitó una lista de las peticiones iniciales de Sin Cumbre a Montaña: retirada de las Dársenas, entrega del Sobaco, cese de la fabricación de SN1 y consentimiento para que se realizara una auditoría externa de sus registros contables y su inventario de jade. Lo último era tan escandaloso que Hilo tuvo que reprimir una sonrisa ante la expresión indignada de Ree, aunque Ayt no pareció sorprenderse y no mostró reacción.

—Gracias, Kaul-jen —dijo la concejal Onde—. Me animan la claridad y la franqueza expresadas por los dos pedestales en sus declaraciones iniciales. Es una base sólida sobre la que construir el debate. — Probablemente, Onde era una de los pocos asistentes que creían que aquello podría ser cierto. A los dos lados de la mesa, los políticos afiliados a algún clan parecían más nerviosos después de escuchar la superficialidad de los discursos, pues presentían que era un indicio de que los pedestales ya habían llegado a un entendimiento sin palabras—. Dado que el asunto de la jurisdicción territorial es el más apremiante, en el sentido de que contribuye a la violencia callejera que se está produciendo, sugiero que empecemos por ahí —dijo animadamente.

Al cabo de varias horas, Ayt aceptó con gran alarde que Montaña mantendría su posición, al sur de la Vía del General, y no se adentraría más en las Dársenas ni en el distrito de Junko. A cambio, Hilo declaró ante el

consejo que no habría más ataques en Villapesca ni en Punta de Lanza. Acuerdos baladíes. Montaña no podía adentrarse más en las Dársenas; Hilo sabía que no tenían hombres suficientes. Igual que sabía que Sin Cumbre no podría conservar Villapesca ni Punta de Lanza ni siquiera si hubiera querido ir a por ellos. Ninguno de esos distritos era especialmente valioso, de todas formas. El Sobaco y Sogen eran los peores campos de batalla, y no habían intentado llegar a un acuerdo sobre ninguno. Justo en aquel momento, Kehn se había instalado con ochenta guerreros en Sogen.

Era revelador que ninguno de los bandos hubiera mencionado el intento de asesinato de Hilo, el asesinato de Lan ni los veintiún huesos verdes de Montaña masacrados en la calle del Pobre. Una sala de reuniones del Salón de la Sabiduría no era el lugar donde se resolverían esos agravios. Hilo miró a Ayt cuando se levantaron para marcharse. «Esto es un chiste. Un chiste privado entre ella y yo».

El segundo día de negociaciones no avanzó mucho más que el primero. En uno de los descansos de quince minutos, Hilo se llevó aparte a su hombre del tiempo.

—Esto es una orgía de cerdos en un montón de mierda —dijo—. Una puta pérdida de tiempo.

—Si nos vamos ahora, parecerá que rompemos las negociaciones y echarán a Sin Cumbre la culpa de que siga la guerra —insistió Shae—. Desde el punto de vista de los políticos, Montaña mató a Lan y nosotros hemos matado a gente de Montaña. En su cabeza, eso iguala la deuda de sangre y deberíamos llegar a un acuerdo sobre lo demás hablando, y que la vida vuelva a la normalidad. —Antes de que pudiera responder con exabruptos, se apresuró a añadir—: Recuerda por qué estamos aquí. Tenemos que mostrar a los lineros y al Consejo Real que hemos hecho un esfuerzo por conseguir la paz. Según se está enrocando Ayt, los tendremos a favor cuando pongamos todas las cartas sobre la mesa el último día.

Shae había conseguido el resultado preliminar de la auditoría formal de la AJK y planeaba usarlo el quinto y último día para presionar a Montaña, y si eso fallaba, lo presentaría ante el comité y dejaría claro al consejo que la

guerra no era solo una cuestión de venganzas entre clanes; que los actos de Montaña violaban la ley y los valores kekoneses. Hilo reconocía que el plan no era malo; o salían de allí habiendo obtenido concesiones que les permitirían haber establecido una posición militar sostenible cuando llegara la primavera, o tendrían la razón moral de su parte y así, con suerte, el apoyo del público y de los linternas del clan. A pesar de todo, Hilo creía que todo aquello era secundario; no cambiaría significativamente el desenlace de la guerra, y estaba harto de tener que representar aquella payasada en provecho de los espectadores.

Ocupó su asiento en la mesa. Lo irritaba cada vez más Percibir la petulancia de la densa aura de jade de Ayt y ver las esporádicas sonrisas de diversión en sus labios. Estaban juntos en aquello, en tranquilizar y apaciguar a los políticos y los hombres de negocios, los engreídos kekoneses modernos que se decían muy ufanos que no era necesario resolver las disputas al estilo antiguo, con hojas limpias bajo la mirada del Anciano Tío. Los dos pedestales sabían que aquella idea era falsa.

Ayt estaba más dispuesta que Hilo a representar su papel, porque se le daba bien. Mucho mejor que a él, cosa que le restregaba por las narices con cada palabra y cada gesto. Antes de ser pedestal había sido hombre del tiempo, y sabía presentarse como una mujer de negocios experta y elocuente. Ahora estaba usando aquella ventaja para provocarlo, para hacerlo quedar como un simple matón bisoño. El contraste entre los dos hacía que aquellos peleles sin jade olvidaran que Ayt Mada se había convertido en la pedestal más poderosa de Kekon tras matar al cuerno de su padre, a sus puños primero y segundo, al asistente del pedestal y a su hermano más joven. En ocasiones, aquel pensamiento hacía que Hilo soltara una risilla.

El segundo día terminó con tan pocos avances respecto al primero que hasta la voluntariosa Onde parecía desanimada. Hilo estaba impaciente por llegar a un teléfono y preguntar si uno de sus puños, Goun Jeru, que había caído en una emboscada antes del amanecer y estaba gravemente herido, había salido con vida del quirófano. Apenas habló con Shae, y se separaron al salir del Salón de la Sabiduría. Shae subió a un coche que la esperaba para llevarla de vuelta a la oficina del hombre del tiempo, en la calle del

Barco. A Hilo le pareció gracioso; para haber armado un espectáculo con lo de evitar enredarse en los asuntos del clan en cuanto volvió a Yanlún, su hombre del tiempo no parecía tener ningún escrúpulo en dirigirlos. Lo que simplemente le demostraba que su hermana se había estado engañando todo el tiempo, y debería haber tenido más cabeza y haber acudido antes de verse obligada.

Hilo buscó con la mirada a su chófer con el Duchesse, frente al estanque reflectante, pero a quien vio fue a Maik Tar con uno de los coches anónimos del clan. Cuando subió al asiento del copiloto, Tar apagó la radio y le ofreció un cigarrillo. Hilo se dio cuenta de que la manga del asistente del pedestal tenía manchas de sangre seca; estaba ojeroso por la falta de sueño, pero su mirada mostraba un brillo triunfal y la textura del aura resultaba áspera por la emoción reprimida.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Tar—. ¿Igual que ayer?

—Peor. Es una lástima que estén los monjes.

—Deberías llevarme. De todas formas no voy a ir al Cielo.

—¿Cómo está Goun? —El cambio triste en el aura de Tar respondió en el acto—. Joder —dijo en voz baja. Goun había sido compañero suyo de clase, un luchador hábil, pero también una persona divertida que hacía que la gente se pusiera de buen humor y siempre tenía una anécdota que contar. Hilo debería haber ido a verlo antes de que muriese; debería haber ido en persona a dar la noticia a los padres y la hermana de Goun. Sin embargo, había estado cogiéndosela con papel de fumar y condescendiendo para nada en el Salón de la Sabiduría. Una ola de rabia le subió por el cuello y le enrojeció la cara—. ¡Joder! ¡Putos dioses! ¡Putas Ayt y puto Gont pinchado en un palo! ¡Hijos de puta! —Golpeó con la nuca el reposacabezas y dio un puñetazo al techo del coche, abollándolo.

Tar sacudió por la ventana la ceniza del cigarrillo y esperó a que el pedestal se calmara.

—Que los dioses lo reconozcan, pobre cabrón —dijo al fin.

—Que los dioses lo reconozcan —dijo Hilo con voz apagada.

—No todo son malas noticias —dijo Tar, y esperó con evidente complacencia a que Hilo le preguntara qué había ocurrido para que acudiera a decírselo en persona. Tar era como un crío a veces, ansioso por complacer,

propenso tanto a las rabietas como a emocionarse en exceso, y poseedor de una mezcla curiosa de audacia e inseguridad. Desde que había salido del hospital había parecido desesperado por tener la oportunidad de ponerse a prueba y borrar la vergüenza de haber resultado herido. Rediseñar el papel del asistente del pedestal a la medida de Tar había sido un golpe de ingenio personal del que Hilo estaba bastante orgulloso.

Aun así, Hilo estaba de un humor espantoso por haber perdido a Goun y, en vez de satisfacer de inmediato las expectativas de Tar, preguntó:

—¿Kehn ha ido a ver a la familia de Goun?

—No lo sé. No he hablado con él.

—¿Quién se ha hecho cargo de sus dedos?

—Vuay o Lott, por lo que sé. —Tar sonaba un poco amargado. Goun también había sido compañero suyo, pero solo parecía un poco disgustado por su muerte. Había muy pocas personas que le importaran en el mundo, pero esas podían pedirle cualquier cosa. Hilo cedió.

—¿Qué te la pone tan dura que has venido a contármelo?

Después de que Tar se lo explicara todo, Hilo se quedó mirando por la ventana con la vista perdida mientras tamborileaba con los dedos en una rodilla.

—Arranca —dijo—. Tengo que pensarlo. —Al cabo de un rato declaró —: Mañana va a ser diferente. Muy diferente. Buen trabajo, Tar.

El asistente del pedestal sonrió satisfecho ante el elogio y acarició el cuchillo garra nuevo que llevaba al cinto.

CAPÍTULO 46

Charla sincera

EN la mañana del tercer día de arbitraje, Hilo y Shae llegaron temprano al Salón de la Sabiduría para ver al canciller Son Tomarho, que llevaba algún tiempo solicitando una reunión con el pedestal y cada vez estaba más irritado.

—Adelante, Kaul-jen. ¿Cómo lo tratan los dioses? —preguntó Son al recibirlo en el despacho.

—Con su habitual sentido del humor sádico —dijo Hilo—. ¿Y a usted?

El político ocultó su reacción refleja a la blasfemia despreocupada de Hilo inclinando la cabeza en un saludo envarado y superficial.

—Ah. Bien. No me puedo quejar, gracias.

Hilo tenía la impresión innegable de que no le caía bien al canciller Son Tomarho. Uno año antes había rechazado su petición de que reventara por la fuerza la huelga de los estibadores de las Dársenas, y en el funeral de Lan solo había mostrado al nuevo pedestal el mínimo respeto imprescindible. Que Hilo hubiera estado dejándolo de lado varias semanas mientras se concentraba en la guerra había agravado su disgusto. De hecho, la forma en que Son lo observaba en aquel momento, con una sonrisa evidentemente forzada que no ocultaba la frialdad de su mirada escrutadora, confirmó lo que sospechaba Hilo: el canciller se consideraba un político refinado y distinguido, alguien que existía por encima del salvajismo desafortunado

pero a veces necesario de ciertas partes del clan. Son miraba a Hilo y veía juventud y músculo; alguien que debería recibir órdenes, no darlas, y que desde luego no debería acudir al Salón de la Sabiduría en calidad de pedestal.

A Hilo le costaba comportarse de manera racional y cortés con gente hacia la cual no sentía ninguna calidez personal. El estatus y la importancia que tuvieran a ojos de los demás le importaban bien poco. Sabía que era un punto débil por su parte; de hecho, anteponer los sentimientos personales a otras consideraciones políticas le había causado problemas en otras ocasiones y le había granjeado la ira de su abuelo. Cuando Hilo y sus hermanos eran pequeños, Kaul Sen pegaba pocas veces a Lan y ninguna a Shae, pero el nieto mediano se había llevado zurras por causar problemas con los profesores de la academia, por romper un brazo al hijo de un socio de su abuelo, por dejarse ver por toda la ciudad en compañía de los hermanos Maik.

Hilo hizo cuanto pudo por reprimir el resentimiento instintivo hacia Son y la sensación general de incomodidad ante la formalidad pomposa de aquel despacho forrado de roble, y siguió la indicación de sentarse frente a la gran mesa del canciller. Shae colocó su asiento detrás y a la izquierda de Hilo, que se alegraba de que estuviera presente porque parecía más cómoda que él. El canciller se sentó y ordenó a su asistente que llevara algo de beber, y luego se volvió hacia Hilo con la misma sonrisa artificial.

—Bueno, aquí estoy —dijo Hilo—. ¿De qué quiere hablar?

La sonrisa de Son tembló visiblemente.

—Kaul-jen —dijo, recuperándose con una velocidad admirable—, soy consciente de que está muy ocupado. Dirigir el clan como pedestal en estos tiempos tan difíciles debe de ser agotador, sin duda. Me atrevería a decir que exige tanto esfuerzo como dirigir un país. —Dejó caer el comentario como quien no quiere la cosa, pero estaba bien claro el reproche. Son era la cabeza ejecutiva del Gobierno y no le hacía gracia que lo hubiera hecho esperar un luchador callejero de veintiocho años que ocupaba el liderazgo del clan por casualidad.

Hilo respondió con una pulla igualmente despreocupada.

—Espero que ninguno de sus rivales políticos intente cortarle la cabeza con una espada luna. —Dio las gracias con un movimiento de cabeza al asistente que acababa de dejar ante él una taza de té con aroma de anís. Se esforzó por tener presente lo que le había dicho Shae sobre la importancia del Consejo Real y sobre que el clan necesitaba apoyo y legitimidad políticos, y cambió el tono para hablar con más seriedad—: Reconozco que tengo mucho que aprender sobre la tarea del pedestal. Mi hermano, que los dioses lo reconozcan, no tuvo oportunidad de prepararme para ello. Nuestros enemigos lo saben y no me han dejado reposar un instante. Le pido disculpas si he mostrado falta de respeto al no reunirme antes con usted.

La sinceridad de Hilo pareció aplacar un poco a Son.

—Bueno, lo más importante es que se ha reunido con Ayt Mada y el comité de arbitraje del consejo. Como canciller no puedo formar parte del comité, pero confío en que se estén realizando progresos. Al fin y al cabo, todos tenemos la esperanza de alcanzar una paz negociada.

Hilo se las arregló con gran dificultad para que no le cruzara la cara una expresión burlona; levantó la taza y se bebió la mitad. Los ojos del canciller Son se dirigieron a la mano de Hilo, a los nudillos encallecidos cubiertos de costras recientes, y tuvo menos éxito que su invitado en ocultar su desprecio; se le torcieron los labios y le tembló la papada un instante antes de que siguiera hablando.

—Cuanto antes resuelvan sus diferencias los clanes y la ciudad vuelva a la normalidad, mejor. Por el bien de la gente y del país.

—Montaña asesinó a mi hermano.

Son Tomarho carraspeó, incómodo.

—Una tragedia terrible que no olvidaremos. Pero me atrevería a decir, basándome en mi trato con Kaul Lan-jen, que él habría puesto el bien del clan y la nación por delante de todo, por delante de cualquier deseo personal de venganza.

—Yo no soy Lan. —De repente, al pronunciar aquellas palabras, Hilo se relajó. Volvió a sonreír—. Los linternas y el Consejo Real tendrán que asumirlo.

El canciller frunció el ceño por primera vez.

—Los linternas de Sin Cumbre, aunque tienen una lealtad y una fidelidad al clan inquebrantables, están lógicamente preocupados por la seguridad de sus comunidades y por las penalidades que sufren.

—Se refiere a la subida de los tributos —infirió Hilo—. Es cierto que hemos tenido que pedir más dinero para la guerra. El hombre del tiempo puede explicarlo.

No había sido la manera más elegante de dar permiso para hablar a Shae, pero Hilo estaba perdiendo la paciencia para andarse con sutilezas. Además, llevaba un rato Percibiendo el nerviosismo en el aura de Shae y su preocupación por que fastidiara aquella reunión, así que bien podía dejar que interviniese. Shae se inclinó hacia delante.

—Como bien ha dicho, canciller, la guerra entre clanes ha perturbado los negocios. Sin Cumbre está obligado a proporcionar ayuda económica a los linternas cuyos bienes han resultado dañados o han visto afectado su medio de vida. Cuando muere un huesos verdes, pagamos el funeral y sustentamos a la familia. Cuando hay heridos, hay que pagar las facturas del hospital. Por desgracia, Montaña cuenta con una ventaja económica considerable gracias a la fabricación de SN1 en el extranjero y a que estuvo apropiándose de jade sin la supervisión de la Alianza del Jade de Kekon. No se ha hecho público el resultado de la auditoría oficial, pero puedo proporcionarle todas las pruebas que necesite. —Inclinó la cabeza y concluyó con tono firme—: En este momento, Sin Cumbre necesita todo el apoyo de los linternas, y solo hemos subido los tributos el mínimo necesario y solo a los que pueden soportarlo. Si desea ver los cálculos detallados de las nuevas tasas, estaré encantada de proporcionárselos.

Hilo estaba impresionado; su hermana sonaba como un auténtico hombre del tiempo. El canciller Son se recostó en el asiento y cruzó los rollizos brazos.

—No dudo de sus cálculos, pero lo cierto es que el aumento de los tributos es una carga, incluso para los miembros más leales del clan. Parece en especial un escaso agradecimiento a aquellos que, a petición de Kaul Lan-jen, han estado trabajando incansablemente para aprobar leyes de inspección y reforma de la AJK. —Hilo no tuvo la menor duda de que Son se refería a sí mismo.

—Que le den a la AJK —dijo Hilo—. Lo que ocurra ahí no importa.

Son Tomarho se quedó en blanco un instante.

—Kaul-jen —dijo al fin, absolutamente desconcertado—, su hermano, que los dioses lo reconozcan, tenía la firme creencia de que establecer salvaguardas sobre la propiedad en el suministro nacional de jade...

—Mi hermano intentaba impedir la guerra. Pero ahora ya estamos en guerra. Quien la gane controlará la ciudad, el consejo, y el suministro de jade. Si Montaña vence a Sin Cumbre y se convierte en el único clan poderoso de Kekon, ¿cree de verdad que a Ayt le van a importar las leyes una mierda de perro? —Se apartó de la mesa, se levantó y se estiró, dolorido a causa de un montón de heridas leves recientes.

Sorprendida, aunque siguiendo el ejemplo de su hermano, Shae se puso en pie, pero el canciller Son continuó sentado; al parecer no tenía ni idea de cómo responder. Por último se puso en pie y habló sin el menor resto de cordialidad profesional.

—Entonces, ¿pretende pasar por alto las preocupaciones de los linternas? ¿Descartar el trabajo del consejo?

—No, en absoluto —dijo Hilo. Era cierto que él no era Lan. No tenía su seriedad ni su instinto diplomático, y no podía gestionar aquello como lo habría gestionado su hermano, pero ya tenía práctica en tratar con subordinados insatisfechos y linternas descontentos cuando era el cuerno—. El clan no valdría nada sin sus linternas y sin gente como usted, canciller. Pero empiezo a pensar que, después de tantos años de paz, la gente ha olvidado por qué paga tributo. Siempre me enseñaron que tiempo atrás, durante la guerra, los linternas eran patriotas que arriesgaban la vida para ayudar a los huesos verdes, porque los huesos verdes protegían a la gente cuando el país estaba en peligro.

»Ahora estamos otra vez en guerra, y el país estará en peligro si Sin Cumbre cae ante Montaña. Si un solo clan controla el jade. ¿No era lo que temía Lan cuando acudió a usted?

Hilo clavó la mirada en el canciller. No era una mirada hostil, pero tenía un aire depredador que hacía que muchos se encogiesen o bajasen los ojos cuando la dirigía hacia ellos, y el canciller no fue una excepción.

—Me doy cuenta de que no le caigo muy bien —añadió Hilo con amabilidad—. Pero soy el pedestal, y usted es el político de mayor rango del país con lazos con Sin Cumbre. Somos hermanos de clan, en cierto modo. Los dos queremos ganar y salir con vida de esto.

Son abrió los ojos desorbitadamente antes de hablar.

—Quiero lo mejor para Kekon, Kaul-jen. Y lo mejor es la paz entre los clanes. Por eso me ocupé de inmediato en la creación del comité de arbitraje.

—El arbitraje es una puta farsa —dijo Hilo—. No tardará en descubrir por qué. Así que tenemos que ganar. Y eso significa que los linternas tendrán que ser linternas de tiempo de guerra. Tendrán que jugarse el cuello por el clan. Demostrar la lealtad de la que siempre presumen cuando vienen a pedir favores. Van a pagar tributos más altos, y usted en persona se asegurará de que así sea.

El canciller Son estalló en una carcajada nerviosa.

—El clan tiene miles de linternas. Está tomando decisiones que pueden provocar una deserción en masa de Sin Cumbre. No puede esperar que yo cargue con la responsabilidad...

Hilo se giró ligeramente hacia Shae.

—¿Cuál era la cifra? ¿Cuántas empresas generan el mayor porcentaje de los ingresos?

—Los veinticinco afiliados más importantes de Sin Cumbre proporcionan el sesenta y cinco por ciento de los ingresos por tributos del clan —dijo el hombre del tiempo.

Hilo se giró hacia Son con expresión satisfecha.

—Eso es. Así que lo que importa es lo que decidan los peces gordos. Los pequeños irán detrás. La familia Son es uno de los peces gordos; tiene que acercarse a los demás y convencerlos de que entren en vereda. Hacer que vean que puede que tengan que sufrir un poco ahora, pero es para que venza el clan. Las personas son personas, sean linternas o puños, tengan jade o no; echarán a correr si pierden la esperanza, pero soportarán cualquier penuria si creen que al final acabarán en lo alto.

Son se tiró del cuello de la camisa, que de repente parecía demasiado ajustado para su rollizo cuello.

—Podría haber muchos linternas que prefieran pasarse a Montaña antes que comprometerse con Sin Cumbre en unas condiciones tan... inflexibles.

El pedestal pareció meditar sobre aquello.

—Usted no será uno de esos, ¿verdad, canciller? —preguntó con suavidad—. Si Montaña destruye a Sin Cumbre y se hace con la ciudad, yo moriré. Mi familia entera morirá. Usted será quien tenga que vivir con lo que pase después.

Hilo podía ver los engranajes dando vueltas en la cabeza del político. Con jade o sin él, nadie ascendía al poder en Yanlún sin una gran dosis de astucia y un instinto de supervivencia poderoso, y el canciller Son era muy consciente de que estaba ligado a Sin Cumbre de una manera demasiado estrecha y pública para poder sobrevivir políticamente en una ciudad gobernada por Montaña. Son había orquestado la propuesta de reforma de la AJK y la auditoría contable dirigida a sacar a la luz las actividades ilegales de Montaña. Sus hijas gestionaban un negocio que tributaba a Sin Cumbre y se habían casado con miembros del clan; uno de sus yernos era un hacedor de fortuna, y el otro, un puño de rango medio. Sus aliados políticos y comerciales se convertirían en objetivos para los rivales afiliados a Montaña. Son Tomarho no tenía más escapatoria que los Kaul.

Hilo vio todos aquellos pensamientos escritos en el profundo silencio resentido del canciller, y se sintió impelido a rodear la mesa y acercarse a él. Son parecía hundido en su propia masa y no intentó alejarse; tan solo se tensó sin mucha energía cuando Hilo le puso una mano en el ancho hombro.

—Mi abuelo y mi hermano mayor le tenían un gran respeto —dijo con voz solemne—, de modo que yo lo respeto también, aunque le vea en la cara que usted no me respeta como pedestal. Normalmente no toleraría algo así, pero estoy dispuesto a pasarlo por alto porque por supuesto que lo entiendo: ¿Por qué me iba a aceptar después de tres años tratando con Lan? Pero puedo asegurarle una cosa: mientras viva, jamás le daré la espalda a un amigo. Pregunte a cualquiera de mis puños, a cualquiera que me conozca, incluso a mis enemigos, y todos le dirán que es cierto. Usted ya es un viejo amigo del clan, así que si está dispuesto a olvidar mi falta de respeto por no haber venido a verlo antes, olvidaré encantado sus deslices para conmigo. Si sobrevivimos juntos a esto, seremos hermanos de armas. Tendrá mucha

gracia, con lo diferentes que somos, ¿verdad? Pero en este momento, el clan nos necesita a los dos para mantenerse firme.

Son llenó de aire su enorme figura y luego lo exhaló ruidosamente. Cuando se volvió hacia Hilo mostraba una expresión digna de un estadista veterano que acaba de tomar una decisión desafortunada pero inapelable y se pertrecha para hacer frente a la tormenta que seguirá inevitablemente. El canciller podría no estar contento ni muy dispuesto, pero Hilo vio su respeto reticente y se dio cuenta de que reevaluaba a regañadientes al nuevo pedestal.

—Soy leal al clan, y ha dejado muy clara su postura, Kaul-jen —dijo con un deje de amargura y admiración—. Creo que tenemos un compromiso mutuo.

Se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó ante Hilo.

—¿A qué ha venido eso? —siseó Shae mientras caminaban desde el despacho de Son hasta la sala de reuniones del comité de arbitraje—. No era lo que habíamos planeado.

—Ha ido bien. —A pesar de haber conseguido lo que quería de Son, Hilo no sonreía mientras avanzaba por el pasillo enmarmolado con determinación sombría. Resistió el impulso de añadir algún comentario burlón sobre lo ocurrido. Con esos tipos no hacía falta hablar con delicadeza y ofrecer patrocinio a cada momento. Había que ser sincero y mostrarles que tenían más que ganar si eran amigos que si eran enemigos. ¿Acaso creía Shae que sus puños lo obedecían porque los recompensaba con favores o los acobardaba con amenazas? No. La supervivencia mutua era la base de la hermandad, de la lealtad e incluso del amor.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que no me has contado? —susurró Shae con apremio cuando llegaban a la puerta de la sala de reuniones. Podía Percibir la furia fría y la irritación de su hermano. Hilo no respondió; se limitó a abrir la puerta y entrar. Shae se iba a enterar muy pronto.

La reunión con el canciller los había retrasado, y fueron los últimos en llegar. Ayt y Ree ya estaban allí; la primera charlaba con formalidad pero amistosamente con dos concejales leales a Montaña. Hilo ocupó su asiento

sin disculparse por la tardanza. En el otro extremo de la sala, la otra pedestal giró la cabeza hacia él; no podía evitar Percibir la ferocidad en su aura. Otros asistentes también se agitaron con incomodidad al notar el cambio. Las dos primeras sesiones habían sido tensas; era de esperar. Pero aquella era diferente. Algo había enfadado de verdad a Hilo.

La concejal Onde carraspeó.

—Ahora que ya estamos todos, empecemos por donde lo dejamos ayer. —Parecía insegura de cómo proceder y hojeó con nerviosismo las abundantes notas que había tomado en el cuaderno amarillo—. Estábamos tratando las condiciones económicas de un acuerdo de paz entre los clanes. —Miró a Hilo, pero vaciló en dirigirse a él y se volvió hacia la pedestal de Montaña—. Ayt-jen, creo que al cierre de la sesión de ayer estaba a punto de hacer una propuesta.

Ayt Mada miró a Hilo con expresión de curiosidad complacida. Estaba claro que algo que había hecho o dicho lo había afectado, y parecía impaciente por averiguar si su temerario rival acabaría por estallar y ponerse en ridículo. Entrelazó los dedos. Las mangas sueltas de la blusa de seda resbalaron por los antebrazos y dejaron a la vista las pulseras serpentinadas de jade.

—Así es, presidenta —dijo—. Estaba explicando que las ofensas de Sin Cumbre a lo largo del año pasado nos han costado tanto que es razonable que hablemos de indemnizaciones.

¡Indemnizaciones! Era demasiado perfecto. Hilo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Ninguno de los presentes pareció considerar que aquel estallido de risa y desprecio hubiera sido apropiado. Los miembros del consejo partidarios de Sin Cumbre lo miraron horrorizados; Hilo sintió que el aura de Shae lo fustigaba con desaprobación.

—Kaul-jen —dijo la concejal Onde nerviosa, con tono recriminatorio—. Ayt-jen ha planteado un asunto válido y serio: las compensaciones económicas. Su respuesta da a entender que rechaza la idea por humorística. El comité agradecería que expusiera con más detalle su postura.

Hilo se inclinó hacia delante, con un antebrazo en la mesa, y apoyó la otra mano en el brazo de la silla con tanta fuerza que casi se levantó. La sala

se congeló cuando la expresión divertida del rostro de Hilo dio paso a la amenaza. Se dirigió a la otra pedestal con una voz suave y uniforme que atravesó el temible silencio:

—Basta de chorradas, Ayt. Eres una ladrona. Una ladrona de jade.

El peor insulto que un huesos verdes podía dirigir a otro era insinuar que no merecía el jade que portaba, que lo había adquirido de forma deshonrosa. Durante un instante, el rostro de Ayt quedó inmóvil y le ardió la mirada; pareció dispuesta a salir volando del asiento para romperle la columna a Hilo. Entonces, con un aplomo impresionante, se giró con una expresión tranquila hacia la concejal Onde.

—Parece que Kaul-jen no siente ningún respeto por esta reunión.

—¡No hables con ellos! —ladró Hilo—. Habla conmigo. —Por primera vez vio que Ayt lo miraba con una evaluación tensa que contenía algo más que desprecio—. Montaña está detrás de las discrepancias de los registros de la AJK. No me mientas a la cara, ladrona. Llevas todo el año sacando jade de las minas por encima de la cuota.

Detrás de él, Shae contuvo la respiración. Su aura de jade llameó y bañó a su hermano, llena de sorpresa y recriminación. «¿Qué haces?», sintió Hilo que le gritaba mentalmente. Era la carta de triunfo, la acusación más importante contra Montaña, y acababa de arrojarla dos días antes de lo debido, sin esperar al resultado de la auditoría, sin hablarlo con ella ni recabar el apoyo de los concejales leales a Sin Cumbre. Había arruinado el plan; habían perdido el potencial elemento de presión que implicaba usar la revelación pública del resultado de la auditoría como moneda de cambio contra Montaña. Estaba furiosa. Hilo se daba cuenta de que solo se mantenía en silencio porque si el hombre del tiempo hablaba en aquella reunión pública sin permiso del pedestal, aún quedarían peor.

Ayt, sin embargo, había recuperado el aplomo. Hilo actuaba de manera impulsiva y desesperada, tal como ella esperaba. Asintió a algo que le dijo Ree Tura al oído y luego habló:

—Concejales, he expuesto agravios territoriales y comerciales auténticos. Kaul-jen arroja una sospecha ridícula e infundada. Sea cual sea el motivo de las presuntas discrepancias contables en la AJK, estoy segura

de que la auditoría revelará que se deben a alguna negligencia inintencionada y no a un acto doloso. Esta acusación es una distracción.

Hilo abarcó la sala con un gesto de las manos.

—Esto sí que es una distracción. Aquí no puede tener lugar ningún arbitraje. —Señaló a la concejal Onde, que se encogió ligeramente—. ¿Quieres paz? ¿Queréis paz todos? Montaña solo está dispuesto a aceptar una clase de paz: un solo clan en el poder. Quiere controlar por completo el jade y el sene. Quiere el oro y el jade. Decidme si esa es la paz que deseáis.

Los reunidos en torno a la mesa se revolvieron en los asientos, incómodos. De los concejales de Sin Cumbre, la señora Nurh estaba boquiabierta y el señor Loyi fruncía el ceño. El señor Vang y el señor Kowi miraban a Hilo, a Shae, cruzaban miradas entre ellos, indecisos y aturridos, sin saber cómo manejar la situación. Nadie los había consultado sobre aquello.

—¡Kaul-jen! —dijo Onde con autoridad admirable—. Debo pedirle que...

Ayt la interrumpió con una voz como el acero.

—Montaña es el mayor clan del país. Tenemos un suministro de jade fiable y adecuado, y casi la mitad de los votos en la junta de la AJK. ¿Por qué tendríamos que robar un jade que ya controlamos?

—Buena pregunta. —Hilo inclinó la cabeza a un lado y se rascó la barbilla como si estuviera verdaderamente sorprendido—. Quizá no lo estéis robando para vosotros. Quizá hayáis encontrado otro uso para el jade que no queréis que conozcan los demás huesos verdes. —Una sombra le oscureció la expresión—. Colarlo en el mercado negro a través de gente como Tem Bem el Tallista. Ponerlo en manos de delincuentes de sangre aguada como vuestro espía Mudt Jindonon, que dirige el crimen organizado en territorio de Sin Cumbre con la bendición de Montaña... y con jade. —La última palabra surgió como un gruñido. Hilo se levantó lentamente—. ¿Cuántos gángsters sin entrenamiento, con fiebre del jade y adictos al sene, corren por la ciudad espionando, robando y sembrando el caos en los territorios de otros clanes por orden de Montaña, a cambio de un jade que no tienen derecho a portar? ¿Cuanta gente integra las filas de Montaña si los incluimos en la cuenta?

Ayt mantuvo el cuerpo inmóvil, pero alzó la cabeza con lenta malevolencia, estirando el cuello como una víbora a punto de atacar. El aura le ardía con intención asesina. Cuando habló, su voz carecía de la profesionalidad ensayada que había mostrado hasta entonces. Sonó como una hoja afilada que cortara suavemente la carne.

—¿De dónde sacas esas historias tan rebuscadas, Kaul Hiloshudon?

Hilo se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Todos se estremecieron excepto Ayt, que no hizo movimiento alguno cuando Hilo sacó una casete negra.

—Me lo dijo Tem Bem, el ojos de piedra. Mudt y él están alimentando a los gusanos en el fondo del puerto.

Arrojó a la mesa la cinta, que se deslizó hasta el centro y se detuvo como una bomba que nadie estaba dispuesto a tocar. Hilo apoyó las manos en la mesa y habló en un susurro:

—He encontrado dos de las malas hierbas que has plantado en mi patio, ladrona, y voy a encontrar las demás. La próxima vez que nos veamos no será en esta sala y no habrá ningún arbitraje.

Giró en redondo y salió por la puerta. Shae siguió sentada un momento; después la oyó levantarse y seguirlo en silencio. No hablaron.

La llamada telefónica llegó dos días después.

—Ayt-jen desea reunirse a solas contigo —dijo Ree Tura al otro lado de la línea—. En algún lugar neutral y privado.

—¿Qué garantías me ofrece? —preguntó Shae.

La voz ligeramente nasal de Ree sonó más baja, como si se hubiera inclinado hacia delante.

—De hombre del tiempo a hombre del tiempo, Kaul-jen. No somos matones. Elige el momento y el lugar.

Tras pensar un momento, Shae dijo:

—El templo del Divino Retorno. Al fondo del santuario, mañana por la noche.

Colgó.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 47

El Cielo está escuchando

A la noche siguiente, Shae llegó al templo con antelación. Cruzó el santuario en silencio y se arrodilló en un cojín, en la esquina del fondo. La casa de culto deísta le pareció distinta de cuando estuvo allí unos meses antes. El jade la hacía distinta. La vez anterior le parecía un duermevela lejano por varios motivos. En aquel momento tenía claro que lo que para una persona normal era calma y silencio, era en realidad el zumbido musical constante de la energía que llenaba el santuario y calaba hasta la médula. Los seis monjes sentados con las piernas cruzadas, en inmovilidad perfecta, radiaban auras poderosas que llenaban la Percepción de Shae como si estuviera mirando una luz enfocada al centro de su visión, que tan solo dejaba intacta la periferia difusa. Cegadoras como eran, las auras de los monjes estaban tranquilas, como armonizadas en el mismo sueño profundo, y las respiraciones de sus dueños eran tan suaves como el viento que agitaba los pergaminos de oraciones y las hojas de los árboles sagrados del patio.

La última vez que Shae se había arrodillado y rezado en el templo, llena de dudas e indecisión, no creía por completo que fuerzas que escapaban a su control pudieran responderle de forma inequívoca, pero ahora, bañada en la resonancia energética que la rodeaba, se estremeció por dentro, porque ya

no dudaba que aquel fuera un lugar sagrado, un lugar donde los dioses estaban prestando atención.

Eso no quería decir que fuera un lugar amable; de hecho, era más peligroso que ningún otro. Cualquier cosa que se dijera o incluso se pensara allí la captarían los monjes y llegaría a oídos del Cielo. Shae tocó el suelo con la frente tres veces.

—Yatto, Padre de Todos —susurró—, te ruego que reconozcas a mi hermano, Kaul Lanshinwan, que ha partido de esta tierra para esperar el Retorno. Era seguidor de Jenshu, al que llamamos Anciano Tío, y aunque no acudiera a menudo a este templo, era humilde, compasivo, valiente y bondadoso; poseía las Virtudes Divinas en mayor medida que ningún huesos verdes que yo haya conocido.

Cerró los ojos y guardó silencio. Podría haber dicho más cosas; podría haber rezado por su abuelo, por Hilo, incluso por Doru, pero aquella noche no podía permitirse tiempo para la contemplación y el duelo. Había ido para sacar toda la información que pudiera sobre una enemiga jurada. Necesitaba tener la mente despejada y el cuerpo preparado.

La entrada de Ayt Mada en el santuario atravesó la frontera de la Percepción de Shae como una lanza al rojo vivo que perforase el martilleo lento y enérgico del templo, una nota disonante en medio de una melodía suave. Shae esperó, concentrándose en mantener la compostura y no traicionar su incomodidad. Ayt no se detuvo ni recorrió el santuario con la mirada: fue directamente hacia Shae y se arrodilló en el cojín de al lado. No miró a la otra mujer ni tocó el suelo con la frente, como imponía la costumbre religiosa.

—Debes saber —dijo— que no ordené la muerte de Kaul Lan.

Todo en Ayt Mada, el habla, los movimientos, el aura, demostraba franqueza y control. En el tiempo que Shae había estado ante ella, en el Salón de la Sabiduría, se había dado cuenta de que más allá de la capacidad del jade y el entrenamiento, era la determinación firme e insensible lo que había permitido a Ayt superar a todos sus rivales masculinos en el clan. Incluso las pausas que hacía parecían intencionadas, nunca síntoma de vacilación o incertidumbre. Dejó que una de aquellas pausas se extendiera entre Shae y ella antes de seguir hablando.

—No tenía ningún motivo para desear la muerte de tu hermano mayor. Era un hombre razonable. Quizá viviera un poco a la sombra de su abuelo, pero en cualquier caso era un líder inteligente y respetado. Estaba segura de que más tarde o más temprano habría llegado a la conclusión correcta. Habríamos negociado un acuerdo entre los clanes y evitado esta situación tan desagradable.

A Shae le costó responder debido a la ira que le nublaba la visión.

—Mi hermano yace en la fría tierra. ¿Esperas que crea que no lo pusiste tú allí?

—Cualquier huesos verdes de Montaña habría lucido con orgullo el jade de Kaul Lan. Nadie lo ha reclamado. ¿No te parece extraño?

—El taxista que lo recogió enfrente del Lila Divina dijo que los seguían unos hombres en un coche negro. Alguien conocía sus costumbres y lo esperaba aquella noche. En la calle, varias personas oyeron disparos en el muelle, y había muchísimos agujeros de bala cerca del lugar donde lo encontraron. En el muelle aparecieron dos subfusiles Fullerton dañados; no es el tipo de arma que llevan los delincuentes comunes en territorio Sin Cumbre. Los hombres que lo mataron trabajaban para Montaña. Si lo niegas, mientes. —Se sentía agradecida y un poco sorprendida de ser capaz de exponer todo aquello con el autodomínio objetivo de un auténtico hombre del tiempo—. El pedestal es el señor del clan, la columna vertebral del cuerpo, sin la cual nada se mueve. A menos que quieras convencerme de que aquellos hombres contravenían tus órdenes, ¿cómo puedes sentarte aquí y decir que no lo mataste tú?

—Tienes razón, Kaul-jen —dijo Ayt, sorprendiendo a Shae con el uso del tratamiento formal—. Soy responsable de su muerte..., pero no susurré su nombre. Quería enviar un mensaje a Sin Cumbre, hacer que Kaul Lanshinwan se diera cuenta de que ir a la guerra contra Montaña sería poco inteligente y, en última instancia, fútil. Con ello esperaba evitar la guerra, o al menos acortarla. Las cosas no salieron como era mi intención.

—Porque era a Hilo a quien siempre quisiste matar.

—Así es.

Durante un momento, Shae se permitió considerar con curiosidad morbosa la idea de que la tragedia se hubiera desarrollado de una forma

muy diferente. Si el primer intento de asesinato hubiera tenido éxito, la muerte de Hilo habría sido un golpe terrible para Lan, pero la sospecha de Ayt de que el pragmatismo y el sentido de la responsabilidad del pedestal se habrían impuesto sobre el deseo de venganza no era del todo irrazonable. Sin un cuerno fuerte en que apoyarse, era muy probable que Lan hubiera aceptado negociar la paz en vez de poner en peligro a todo el clan metiéndose en una guerra cuando estaba en desventaja.

Shae devolvió la atención al presente. Las posibilidades del pasado eran cábalas, puertas cerradas, tan carentes de sentido como las intenciones no materializadas.

—Querías reunirte conmigo —le recordó a Ayt—. No creo que sea solo para intentar convencerme de que querías matar a uno de mis hermanos y no a los dos.

—La guerra es inútil y destructiva para los dos clanes —dijo Ayt con sequedad—. La auditoría de la AJK ha sido una jugada infantil e innecesaria; una invitación a que el Consejo Real y la prensa metan las narices en los asuntos de los huesos verdes. ¿De verdad lo necesitamos cuando podemos resolver el problema discretamente entre nosotros? A los políticos se les ha metido en la cabeza instaurar leyes burocráticas y establecer algún tipo de organismo supervisor, y eso, ¿a quién beneficia? Es posible que hasta atraigamos la atención internacional, y lo último que necesita este país son más extranjeros con intereses propios metiéndose en nuestros asuntos.

—Tú lo has provocado —replicó Shae—. Montaña ha estado transgrediendo con todo descaro las normas de la Alianza del Jade de Kekon. Doru os estuvo cubriendo las espaldas.

—Doru tiene visión de futuro; es leal a Kaul Sen y a sus ideales —dijo Ayt—. Se dio cuenta de que ninguno de los nietos de la Antorcha podría sustituirlo, y de que era inevitable una alianza. —Se giró hacia Shae con la mirada gélida de quien carece de dudas—. Y es exactamente eso, Kaul-jen: inevitable.

—¿Una alianza? ¿Por qué no lo llamas por su nombre? Destruir a tus enemigos. Obtener el poder absoluto en la ciudad y monopolizar el control del jade.

Ayt la observó, evaluándola con tanta frialdad que Shae sintió un cosquilleo de temor, como si tuviera una polilla aleteando en el tórax. Físicamente, Ayt no era mucho más grande que ella, pero eso no quería decir nada en un enfrentamiento de habilidades de jade. Se trataba de alguien que había asesinado antes de acudir al entierro de su padre y que no se inclinaba en un templo de los dioses. Quizá fuera incluso capaz de atacar en presencia de los monjes. Si quería matar a Shae allí mismo, nada podría impedirlo. Shae se obligó a infundir en su cuerpo una consciencia de calma, imponiendo un estado de relajación en todos los músculos y articulaciones. Ayt estaba tan cerca que Percibiría su miedo, por mucho que se mostrara impasible.

Ayt habló por fin, con el tono de un maestro que sermonease a un estudiante testarudo.

—Eres una mujer educada que ha visto mundo, no como los que nunca han salido de Kekon. Considera lo que ocurre en el extranjero. La tensión entre Espenia e Ygutan crece día a día. El mundo se está dividiendo en bandos, y los dos desean el jade que solo se puede encontrar en esta isla. ¿Imaginas la fortuna que invirtieron los espenios en crear el SN1 con el fin de equipar con jade a sus tropas de élite? Los ygutanos van por detrás, pero sin duda tienen las mismas ambiciones. Ha llegado a mis oídos que están investigando la forma de hacer que sus soldados desarrollen tolerancia natural, que sean más como nosotros. Los shotarianos hicieron lo mismo hace años: llevaron mujeres kekonesas y abukeis a instalaciones secretas donde las violaron y dejaron embarazadas, intentando crear un ejército shotariano que tuviera resistencia natural al jade.

»Somos un país pequeño con un recurso natural valiosísimo. Si no tomamos las medidas adecuadas, nos veremos otra vez a merced de las potencias imperialistas. La única manera de resistir a los extranjeros a la larga es volver a estar unidos en un solo clan.

—Unidos por conquista, quieres decir. Primero tienes que debilitar a Sin Cumbre. Habrías podido intentar negociar una alianza directa con Lan, pero lo que hiciste fue conspirar con Doru y suministrar jade e información a los gángsters de nuestro territorio.

La ira de Shae no conmovió a Ayt.

—Es lo que has dicho: el pedestal es el señor del clan, la columna vertebral. Un cuerpo solo puede tener una. Kaul Lan era orgulloso y no habría cedido el control del clan voluntariamente; desde luego, habría sido imposible mientras lo respaldase la fuerza de su cuerno. Y Gont Asch y Kaul Hilo no podían estar en el mismo clan, igual que no se pueden meter dos gallos en un gallinero. Teníamos que establecer la supremacía en las calles para que pudieran tener lugar unas negociaciones sinceras y productivas.

—¿Dónde está el jade extra que sacasteis de las minas?

Ayt sorprendió a Shae al responder sin vacilar:

—Se lo estamos vendiendo a los ygutanos. Es un contrato absolutamente secreto, por supuesto, debido a que Kekon está aliado públicamente con Espenia. Pero sabíamos que los ygutanos ya estaban comprando jade en el mercado negro. Da igual lo que hagamos y lo estrictos que seamos; el contrabando sigue siendo un problema. Los contrabandistas tienen un beneficio potencial tan grande que no es posible disuadirlos, ni siquiera con la pena de muerte. Si ofrecemos a los ygutanos un suministro fiable de jade, destruiremos el comercio clandestino. Habrá menos delincuencia en Kekon y el clan aumentará sus beneficios. Seremos los proveedores de jade de los dos bandos del conflicto que se avecina. Garantizaremos nuestra seguridad y protegeremos nuestros ingresos gane quien gane entre los extranjeros.

—Por eso has empezado a fabricar sene. —Shae no podía evitar admirar la simplicidad del plan—. No puedes vender esa cantidad de jade a los ygutanos sin prometerles el sene necesario para usarlo.

—Fábricas en su país, que producen SN1 barato con rapidez. No de la calidad que queremos en la isla, pero suficientemente bueno para los extranjeros. Los ygutanos no son capaces de notar la diferencia, y de todas formas son tantos que tratan a la gente como un recurso desechable.

Shae se preguntó cuánto dinero estaría ingresando ya Montaña con los contratos secretos. Desviar jade de la reserva nacional, vendérselo a los extranjeros, traficar con sene... Debían de ser millones de dienes. Cientos de millones.

Ayt empezó a hablar con voz emocionada. Shae captó en la textura del aura una tenacidad decidida y letal, como la de un animal cazador de pura sangre que, tras haber olfateado la presa, prefiere perseguirla hasta caer muerto antes que abandonar el rastro. Ayt se giró para mirar a Shae de frente.

—Si introducimos en el mercado un suministro fiable de SN1 —continuó—, aumentarán las ventas de jade y obtendremos beneficios. Si cerramos el grifo, los Gobiernos extranjeros tendrán que vérselas con gente habituada al jade que se vuelve loca, incapaz de controlar sus poderes, y que muere de comezón. Con un poder así en el mercado, los huesos verdes conservaremos nuestro legítimo control del jade... y tendremos la riqueza y los medios para defender el país, como siempre hemos hecho.

Shae guardó silencio unos instantes antes de responder:

—Desde luego, es una estrategia astuta y con visión de futuro. —Lo decía de verdad; Ayt era sin duda una pedestal del más alto nivel, que no se conformaba con conservar el legado de su padre, sino que tenía intención de cambiar el rumbo del clan y del país entero. Una sucesora imponente de la Lanza de Kekon.

Bajo el liderazgo de Ayt, el clan Montaña construiría un imperio internacional cimentado en el jade y las drogas. Eliminaría o absorbería a sus rivales hasta que gobernara Kekon un único clan. El país fomentaría la tensión internacional y se beneficiaría de poner el jade y el sene a disposición de millones de personas más allá de sus fronteras, y los huesos verdes se sentarían en la cima de la pirámide de jade que controlaban.

—Te he revelado mis planes con absoluta sinceridad —dijo Ayt— porque veo que eres una mujer inteligente y ambiciosa. Somos muy pocas en el mundo de los huesos verdes, el mundo de los hombres. Sé que te licenciaste como número uno en la academia y eras la favorita de Kaul Seningtun, y a pesar de ello quedaste a la sombra de tus hermanos. Descubriste que el clan era un lugar insular y restrictivo. Por eso trabajaste para el ejército de Espenia y por eso te marchaste después de Kekon.

Shae se sintió acalorada ante la descripción, presuntuosa pero más que correcta, de Ayt. ¿Cómo había descubierto todo aquello? La indignaba pero

a la vez la halagaba de un modo extraño que la pedestal de Montaña hubiera indagado en su pasado para descubrir la forma adecuada de presionarla.

—Me recuerdas un poco a mí cuando era joven, Kaul Shae-jen — prosiguió—. Si hubiera sabido que regresarías a Kekon y volverías a portar jade, me habría puesto en contacto contigo mucho antes. Resolvamos este conflicto entre las dos. Tu hermano es un adolescente peligroso y alocado, impulsado por el orgullo y la sed de sangre; luchará hasta perder al último hombre aunque solo sea por principios. Es lo único que sabe hacer. —Shae sabía qué llegaría a continuación—. Usurpa su puesto. Termina con esta guerra sin sentido. Ree Tura se va a jubilar pronto, y en cualquier caso estoy cansada de él. Serás mi hombre del tiempo. El hombre del tiempo de un gran clan; el hombre del tiempo de Kekon.

—Me sobreestimas, Ayt-jen —dijo Shae; notó en su voz un deje amargo y vacío—. He pasado muchos años fuera de Kekon y todavía soy una extraña en mi propio clan. Los hacedores de fortuna y los linternas me aceptan a regañadientes. Y todos los puños y dedos de Sin Cumbre son leales a mi hermano.

—No hay motivo para que no sigan siéndolo. Podemos organizarlo todo entre nosotras. Hacer que resulte honorable. Kaul Hilo puede morir en la batalla, como el héroe de guerra que está claro que anhela ser. No habrá ningún estigma de traición por tu parte, no tendrás que preocuparte por la venganza de sus seguidores. Y después actuarás con toda legitimidad.

Shae asintió. Una emboscada, pues; hacer que Hilo acudiera a solas al lugar que eligieran en el momento que eligieran. Aquella vez, Montaña se aseguraría de que el plan homicida fuera mejor, a prueba de fallos. Con cuánta facilidad hablaba Ayt de todo ello, como si el fratricidio necesario no fuera más difícil de gestionar que cualquier otro asunto de negocios. «En verdad que no teme el juicio de los hombres ni de los dioses». La punzada de admiración espontánea le supo amarga. Ayt era más fuerte que ella.

Miró a los monjes que seguían sentados inmóviles, sus auras inalteradas por el contenido de aquella conversación que era posible que estuvieran transmitiendo al propio Cielo. «¿Nos escucha alguien?». Quizá, pensó Shae con una pesadumbre repentina, los monjes meditaran en vano. Los sentidos aumentados por el jade y el poder de Percepción proporcionaban a los

huesos verdes una capacidad mucho mayor de captar con claridad los matices del mundo que los rodeaba, pero en última instancia no ofrecían verdades definitivas, pruebas de la existencia de los dioses ni esperanza de que la gente pudiera ser algo más que lo que era. ¿Estaba prestando atención el Anciano Tío Jenshu en aquel momento? ¿Lamentaba en qué se había convertido el legado de unos guerreros honorables? Unas huesos verdes que planeaban un asesinato en el santuario del templo no podían estar más lejos del Retorno.

Ayt había visto con claridad la ambición y el rencor de Shae, y había aprovechado su rivalidad con Hilo para meter cuña. Shae entendía qué decía eso de ella: si el camino hacia la redención pasaba por las Virtudes Divinas, no estaba más cerca del Cielo que la mujer que tenía al lado. Se giró hacia ella.

—Dices que te recuerdo a ti misma de joven. Tú me recuerdas la clase de huesos verdes que no quiero llegar a ser. El jade significaba algo en el pasado. No voy a romper mi juramento. No traicionaré la memoria de un hermano asesinado ni venderé la vida del otro a cambio de poder. —Se levantó y se preguntó si no acabaría de firmar su sentencia de muerte—. No quiero formar parte del Kekon que imaginas.

Ayt siguió sentada unos instantes. Después se levantó también y miró de frente a la mujer más joven. No había cambiado de expresión, pero el aura osciló con una intención ominosa inconfundible, y a su pesar, Shae retrocedió un paso.

—Odio que me obliguen a actuar —dijo la pedestal, y se ajustó una de las pulseras de jade—. Ayt Yugontin me sacó de un orfanato, a mí, a una niña que debería haber muerto, y me entrenó para ser la huesos verdes más fuerte del clan Montaña. Pero cuando envejeció no fue capaz de nombrarme heredera. Temía el rechazo del círculo interno de hombres del clan, que lo menospreciarían si nombrara sucesora a una mujer. La Lanza de Kekon, que jamás tuvo miedo de morir luchando contra los shotarianos, tenía miedo de nombrar jefa de su precioso clan a una hija adoptiva.

»El hombre al que llamaba padre, al que se lo debía todo, me obligó a actuar. Antes de que se hubiera enfriado su cadáver tuve que matar a sus camaradas más cercanos, huesos verdes a los que yo apreciaba y respetaba,

para ocupar el puesto que debería haber sido mío sin discusión. Con su último aliento, mi padre podría haber evitado el derramamiento de sangre, pero no fue así. Hasta los hombres mejor intencionados pueden ser así de cobardes y estrechos de miras.

La expresión decepcionada del rostro de Ayt mantenía una calma terrorífica. Siguió hablando:

—Te he ofrecido una oportunidad y la has despreciado. No te preocupes, muchacha ingenua e idealista, no te voy a matar ahora. Quiero que recuerdes, cuando veas que arrancan el jade del cadáver mutilado de tu hermano, cuando tu clan esté hecho cenizas, que pudiste evitarlo pero no fue así. Me has obligado a actuar. Lo recordarás.

Ayt giró y salió del santuario; la estela de su paso agitó la estancia sagrada como un viento cálido que arrastrara una promesa de sequía y devastación. Después desapareció, y en el templo volvió a reinar la armonía. Los monjes sentados en círculo no se habían movido. Cuando quedó a solas, la tensión se impuso sobre el autodomínio de Shae. El corazón empezó a latirle con fuerza y la cara se le cubrió de sudor. Se dejó caer en el cojín.

«Que el Cielo nos asista. A mi clan, a todos los huesos verdes, a todo Kekon».

CAPÍTULO 48

Leer las nubes

HILO estaba furioso con su hermana. Entró a zancadas en la mansión Kaul y la encontró sentada ante la mesa de despacho de Lan, en compañía de Woon. A diferencia de él, a Shae parecía agradarle ese retiro, aunque nunca la había visto sentada en el sillón de Lan; en tal caso, Hilo le habría prohibido usar el despacho.

Abrió la puerta de golpe y entró. Shae y Woon lo esperaban en silencio; les habría resultado difícil no Percibir que se acercaba. Hilo barrió la mesa con el brazo y esparció papeles por todas partes. Involuntariamente Desvió el sillón de Lan hacia la pared del fondo, y unos cuantos libros cayeron de la estantería. Apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia el hombre del tiempo.

—Doru ha escapado —dijo.

Shae palideció al comprender de inmediato la importancia del suceso. El traidor huiría directamente con Montaña, llevando consigo todo lo que sabía sobre los secretos comerciales de Sin Cumbre, por no mencionar la hacienda Kaul y sus defensas.

—Me hiciste dejarlo con vida; me convenciste de que no era una amenaza. No debería haberte escuchado. ¡Tendría que haber matado a esa serpiente! —Tenía la cara roja y los ojos congestionados. Abría y cerraba

los puños como si estuviera desesperado por apretarlos en torno al cuello ausente de Doru.

Woon, nervioso, empujó el sillón alejándose del pedestal, pero Shae se limitó a mirar con asombro a su enfurecido hermano.

—¿Cómo ha escapado? —preguntó.

—Om está inconsciente con la mandíbula rota, y Nune ha muerto; el viejo cabrón le ha roto el cuello. ¡Esos dedos solo eran dos críos! Tan nuevos en el uso del jade que podían pasarse sin portarlo. ¿Cómo habrá podido ese espantajo arrugado...? —Cayó en la cuenta del repente y le saltó un tic en la mejilla—. El abuelo. —Giró en redondo y salió a zancadas del despacho, casi mareado por la rabia—. ¡Abuelo!

Shae se levantó de un salto y fue tras él. Hilo no le prestó atención mientras subía corriendo la escalera y abría de golpe la puerta de la habitación del abuelo. Kaul Sen le dirigió una sonrisa burlona desde el sillón de al lado de la ventana, con una expresión ufana y vengativa pintada en la cara llena de arrugas. Su mirada, por lo general cansada y ausente, tenía un brillo taimado.

—¿No sabes llamar a la puerta, chico? —preguntó con un graznido.

—¡Tú! —Hilo observó de arriba abajo al anciano con incredulidad—. Le has dado jade a Doru. Le has dado tu jade.

—¿Y por qué no? —gritó Kaul Sen—. ¡De todas formas ya me lo estás quitando tú, desgraciado insolente! ¿Crees que no iba a darme cuenta? Esto es todo lo que me queda. —El patriarca tiró la manta al suelo, se abrió la bata y mostró la piel pálida y caída del torso, encima de un cinturón al que habían quitado casi todas las gemas, dejándolo convertido en una antigualla desgastada y vacía, algo cuyo lugar era una casa de empeños—. Es mi jade. ¡Puedo regalarlo si quiero y dárselo a quien quiera!

Hilo no tenía palabras. Se había asegurado de que no hubiera jade en la casa de Doru y de que ningún guardia portara una pieza que le pudieran quitar. El anterior hombre del tiempo podía haber traicionado a los Kaul jóvenes, pero no le quitaría el jade a la Antorcha, del mismo modo que no lo degollaría. La idea de que Kaul Sen pudiera entregar voluntariamente su jade no se le había pasado nunca por la cabeza.

—Te has vuelto loco —dijo—. No tienes ni idea de lo que has hecho.

—He liberado a Doru —dijo su abuelo con una sonrisa feroz—. No tiene por qué estar prisionero aquí y soportar esta humillación. ¡La forma en que lo tratabais! ¡El mejor hombre del tiempo que existió jamás, un héroe nacional! Y le quitasteis el jade y lo encerrasteis como a un animal, igual que estáis haciendo conmigo. Es asqueroso.

Hilo dio unos pasos vacilantes hacia el anciano sentado en el sillón, demasiado furioso hasta para poder expresar sus sentimientos parricidas. Shae se puso defensivamente al lado de Kaul Sen, con el aura bullendo de nerviosismo, y dirigió a su hermano una mirada de advertencia.

—Hilo...

Hilo se detuvo a un par de metros con los nudillos blancos. Cuando habló, su voz era un susurro de desprecio.

—Nadie de la familia podía ser pedestal después de ti, ¿verdad, abuelo? Ni Lan ni, desde luego, yo. Nadie salvo la gran Antorcha de Kekon. No hiciste más que poner obstáculos a Lan y cuestionar cada paso que daba, y te habría encantado ver a la hija de Ayt Yu arrancando el jade de mi cadáver. Te quedarás en esta habitación hasta que te mueras.

Dio media vuelta y se marchó dando un portazo. Se cruzó con Woon al pie de la escalera y, olvidando en su furia que ya no era el asistente del pedestal, le dijo:

—Llama al doctor Truw. Que droguen a ese hombre y le quiten todo el jade que le queda. Cuando despierte Om, dile que monte guardia en la puerta del abuelo de ahora en adelante. Nada de llamadas ni mensajes. Si Doru intenta ponerse en contacto con él, quiero saberlo.

Hilo se sentó en la escalinata exterior de la mansión y encendió uno de los pocos cigarrillos espenios que le quedaban. Cada vez costaba más conseguirlos. El aumento de los delitos y la violencia estaba entorpeciendo la circulación de los productos importados. Los negocios iban mal en todas partes.

¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Tan blando? Y Shae, siempre saliendo en defensa de ese carcamal infame. El doctor Truw les había dicho que Kaul Sen iba cayendo en la demencia senil conforme perdía la tolerancia al jade, que ya no era consciente de todos sus actos, pero en

opinión de Hilo, lo único que pasaba era que la personalidad odiosa del viejo se había vuelto más evidente.

Apoyó los brazos en las rodillas y sintió que el cansancio se arrastraba lentamente sobre los restos de la ira. Desde que manifestó su postura en el Salón de la Sabiduría, cuando Sin Cumbre declaró que la paz era imposible y la ciudad estaba condenada a la guerra, habían pasado un par de semanas horribles. Hubo algunas victorias: la publicación del resultado de la auditoría de la AJK había dejado a Ayt en muy mal lugar, y con el canciller Son ejerciendo su influencia y liderando la carga en la condena pública de Montaña, los linternas más importantes de Sin Cumbre habían mantenido la fidelidad a la espera de ver qué más ocurría.

Pero lo que ocurría era que Gont iba ganando la guerra en las calles. Al parecer, Montaña había decidido que ya no tenía sentido refrenarse. Daba igual que Sin Cumbre gozara del favor de público y políticos si todos sus soldados estaban muertos. Aunque tenía su propia red de espías, Hilo había subestimado el talento de Gont para la guerrilla urbana, así como hasta qué punto Montaña había socavado el territorio de Sin Cumbre infiltrando bandas callejeras y mercenarios que atacaban al clan en sus propios distritos.

Shae salió de la mansión y se quedó detrás de él.

—Encontraré a Doru —dijo envarada—. Tienes razón: fue un error por mi parte. Le perdoné la vida y tengo la responsabilidad de corregirlo.

—Hace mucho que se ha ido —dijo Hilo—. No será fácil volver a echarle el guante.

—Daré con él —prometió Shae.

Que lo intentase. Hilo encomendaría la tarea a Tar, y estaba seguro de que su hombre llegaría antes.

—De todas formas, será demasiado tarde —dijo sin volverse. No tenía energías para seguir enfadado con ella—. Tenemos que asumir que Montaña ya sabe todo lo que sabe Doru: cuáles son nuestros negocios más valiosos, cuáles son más débiles, cuánto dinero y cuánto jade tenemos, cuánto tiempo podemos resistir en guerra... —Aplastó la colilla.

—Entonces sabrán que no mucho.

Giró la cabeza hacia su hermana y luego volvió a mirar al frente.

—¿Así de mal está la cosa?

—El turismo ha disminuido un cincuenta por ciento, y eso nos está haciendo más daño que a Montaña —dijo Shae—. De hecho, a algunos de sus sectores más importantes, como el comercio minorista, les va mejor con la guerra: la gente acumula suministros y está motivada a comprar cosas ahora en vez de esperar, por si acaso dejan de abrir las tiendas.

Woon, que se había reunido con Shae en la puerta, añadió:

—Con la AJK en suspenso, se han interrumpido la minería y las exportaciones de jade, así que no tenemos ingresos por ese lado.

Montaña también estaría notando las pérdidas, pero había estado acumulando jade y tendría una reserva mayor.

—Estamos intercambiando jade en la guerra en las calles —dijo Shae—, pero si ellos siguen cogiendo más del nuestro que nosotros del suyo, agotaremos el suministro. Todavía tenemos que convertir en dedos a los alumnos de la academia que se licencian dentro de dos meses.

—¿Y los clanes menores? —preguntó Hilo—. ¿Podemos sacarles algo?

—El clan Tienda Baja y el Seis Manos se han alineado con Montaña; no es ninguna sorpresa. Copa de Piedra está de nuestro lado; tampoco tenía mucha alternativa, porque depende por completo del negocio de la construcción. Los clanes Jo Sun y Cola Negra dicen que nos apoyarían, pero no nos sirven de gran cosa; se agradece la oferta de ayuda, pero no se puede sacar mucho mosto de una sola uva. —Había cerca de una docena de clanes menores en Kekon; algunos tenían peso en otras ciudades de la isla o estaban relacionados con una actividad concreta; unos eran independientes y otros rendían tributo a clanes mayores, pero ninguno tenía la sexta parte del tamaño de Montaña o Sin Cumbre—. Los demás hacen como Escudo Haedo y se mantienen al margen; sin duda están esperando para mandar ramos de clemátides al vencedor.

Hilo se puso en pie de mala gana.

—Vamos adentro a hablar. —Pasaron a la casa y, aunque no era su estancia favorita, Hilo se dirigió al despacho de Lan porque era un lugar privado. Shae y Woon lo siguieron. Los libros y papeles que había tirado seguían esparcidos por todo el suelo. Hilo cruzó el despacho pisándolos, se

dejó caer en un sillón e indicó con un gesto a Woon que cerrara la puerta—. ¿Cuánto podemos aguantar?

—A este ritmo, estaremos en números rojos en seis meses —dijo Shae—. Eso suponiendo que los linternas sigan de nuestro lado, como hasta ahora. Puede que sea menos tiempo. Da igual lo que haga Son Tomarho y que la gente considere a Ayt una corrupta; en cuanto corra la impresión de que vamos a perder, todo el mundo echará la culpa de los males de la ciudad a Sin Cumbre. Empezarán a escaquearse de pagar tributo y dirigirán la mirada al vencedor.

—¿Y Montaña? ¿Cuánto tiempo puede aguantar en pie de guerra?

—No lo sabemos, pero más que nosotros —dijo Woon—. Si, como se dice, están fabricando sene en Ygutan, se trata de una fuente de ingresos completamente independiente y lucrativa.

—Es peor aún —dijo Shae—. Están pasando jade de contrabando al Gobierno ygutano; han firmado contratos secretos. Para eso usan parte del suministro adicional que han sacado a escondidas de las minas: para colaborar con los extranjeros al otro lado. Entre eso y las fábricas de sene, deduzco que sus arcas están en buen estado.

Hilo miró con desconcierto a Shae.

—¿Cómo sabes que Montaña tiene contratos secretos para vender jade a Ygutan? ¿Estás segura?

Shae se sentó en el sillón opuesto a Hilo, cruzó las piernas y entrelazó los dedos en torno a la rodilla.

—El hombre del tiempo lee las nubes —dijo.

Era un viejo proverbio que significaba que la tarea del hombre del tiempo consistía en saber cosas, cultivar fuentes de información secretas para estar un paso por delante de todos los demás. Hilo sonrió al oír a su hermana pequeña citando un proverbio tan antiguo del clan, y recordó que un buen pedestal no mete demasiado la nariz en los métodos y las fuentes del hombre del tiempo. «Es como un pato en el agua, tranquila por fuera y toda actividad bajo la superficie», como siempre había sospechado.

Shae no le devolvió la sonrisa.

—Necesitamos dos cosas, y cuanto antes. Necesitamos dinero. Y necesitamos dar un vuelco a la guerra en las calles. Si yo puedo conseguir

lo primero y Kehn y tú lográis lo segundo, puede que sobrevivamos a este año. —Bajó la mirada un momento; luego volvió a fijarla en Hilo—. También necesitamos un plan para afrontar lo que ocurra si no lo conseguimos.

Estaba a punto de desarrollar el asunto, pero Hilo se hundió más en el sillón, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Ahora no, Shae; aún no hemos llegado a ese punto.

—Quizá lleguemos pronto.

—He dicho que ahora no —repitió Hilo—. Dejadme a solas un rato.

Tras una larga pausa, oyó que su hermana se levantaba. Shae y Woon recogieron los papeles tirados por el suelo y salieron sin decir nada más. Oyó cerrarse la puerta. Siguió inmóvil con los ojos cerrados.

Con una calma desapasionada impropia de él, consideró la posibilidad de que lo superasen. Si fracasaba o lo mataban, aunque no había diferencia, ya que cualquiera de las dos cosas llevaría a la otra, Sin Cumbre moriría con él. Sería el último pedestal de su clan.

Si hubiera alguien más apto para ser líder después de la muerte de Lan, se habría apartado, habría conservado el puesto de cuerno, para el que estaba más dotado, y habría hecho cuanto estuviera en su mano para ganar la guerra. Pero nunca había tenido elección. Shae no podía ser el pedestal. Desde luego, era inteligente y portaba bien el jade, pero el clan no lo aceptaría. Era la más joven, era mujer y no era Ayt Mada, quien a pesar de ser la hermana mayor había tenido que asesinar a todos los rivales en potencia para alcanzar el poder. Shae no haría nada parecido, y tampoco tenía el don de gentes, el carácter y el carisma que habrían motivado a los demás huesos verdes, sobre todo a los puños más fuertes, a ofrecer la vida de buen grado para seguir luchando a sus órdenes si moría Hilo. No, pensó descorazonado: su hermana era competente, autosuficiente y distante; una jefa perfecta en el área de los negocios, pero no una pedestal huesos verdes. Desearía aquel puesto incluso menos que él.

No existían otros herederos. Anden era Kaul por adopción, pero era demasiado joven, ni siquiera había recibido su jade y era mestizo. Probablemente, Ayt lo ejecutaría de todas formas, por seguridad. Los hermanos Maik eran hijos de un puño de Montaña caído en desgracia;

jamás los aceptarían como la familia al mando de Sin Cumbre, si llegados a aquel punto quedaba un Sin Cumbre que dirigir. Kaul Sen había tenido una hermana mayor, y la madre de Hilo tenía dos hermanos pequeños que nunca se habían hecho notar, de modo que había unos cuantos primos de segundo y tercer grado repartidos por el clan. Pero ninguno tenía el apellido ni la crianza de los Kaul, ocupaba una posición destacada ni había acumulado méritos que lo hiciera digno del liderazgo.

Hilo estaba acostumbrado a la idea de morir, pero que eso conllevara la extinción de la familia, de toda la estirpe y del clan que habían construido lo impactaba profundamente. Pensó en que podría llegar a reunirse con Lan en la muerte sabiendo que no había cumplido el juramento de vengarse. Se desesperaba por no haber tenido tiempo para casarse con Wen y darle hijos. Pensó en todo aquello y, durante un rato, se regodeó profundamente en el dolor que le causaba. Después, poco a poco, devolvió los pensamientos al presente.

Aún no había muerto. Un hombre podía recibir un disparo o una puñalada, quedar mortalmente herido, estar derramando la vida y, aun así, contar con unos minutos preciosos para acabar con su enemigo. Hilo lo había visto otras veces. La astucia oportunista y la confrontación eran la fuerza del cuerno, y él era un cuerno nato. En una batalla podía pasar cualquier cosa. La persona adecuada con la oportunidad adecuada y el arma adecuada... podía significarlo todo.

Al cabo de un rato se ancló en un pensamiento.

«Ahora puedo hacer planes para la muerte».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 49

Una propuesta para Adamont Capita

LA línea del transbordador amarraba en una zona de las Dársenas que había quedado bajo control de Montaña. Los puños y dedos de Gont patrullaban por allí, alertas ante posibles contraataques de Sin Cumbre y por los ladrones y contrabandistas que podían intentar aprovechar el cambio de supervisión territorial para intensificar sus actividades. Cuando Maik Wen subió por la pasarela del transbordador, un dedo de Gont la detuvo y le pidió el billete.

—¿Va a Euman, señorita?

—Sí, jen —dijo Wen—. Mi abuela era de Shosone. —Una pequeña población pesquera situada en la costa occidental de la isla de Euman, reconvertida en ciudad turística que atendía a kekoneses de vacaciones y militares espenios—. Quería que la llevásemos y que sus restos reposaran allí. —Bajó la mirada con tristeza a la urna funeraria azul que llevaba en brazos. Vestía un sencillo jersey blanco y una falda larga de lana blanca, y se había cubierto la cara de polvo blanco. Tenía el pulso un poco acelerado, pero sin duda sería comprensible que cualquiera se pusiera un poco nervioso si lo detenía un huesos verdes desconocido en una zona conquistada recientemente por el clan, aunque no tuviera nada que ocultar.

Aquel joven con pendientes de jade no Percibiría nada que se saliera de lo normal.

—Que los dioses la reconozcan. —El joven le devolvió el billete y pareció avergonzado al decir—: Me temo que debo pedirle que levante la tapa de la urna.

Wen emitió un jadeo de indignación.

—¡Jen! —protestó.

—Hay muchos delincuentes estos días —dijo el dedo en tono de disculpa—. Tenemos que revisar las pertenencias de todos los que embarcan, en busca de armas y contrabando.

«Y jade». En la costa de Euman había muchos tramos sin vigilancia, y los contrabandistas más inteligentes preferían arriesgarse a que los atraparan los espenios antes que los huesos verdes. El jade desvalijado en una guerra de clanes y sacado de Yanlún en el transbordador podía encontrar el camino a Tun o a las islas Uwiwa. Wen puso una cara de ofendida de lo más convincente ante el insulto del dedo de Montaña, pero se apresuró a bajar la mirada. Levantó la tapa lacada de la urna y dejó que el hombre echase un vistazo al contenido.

Si tocaba la urna o la levantaba para examinarla, todo estaba perdido. No la matarían, al menos enseguida. Montaña descubriría quién era y la usaría contra Hilo. «Antes me arrojaré al mar», pensó Wen. La urna y ella se hundirían hasta el fondo.

—Pase, señorita —dijo el joven—. Perdone la falta de respeto a su abuela y a usted.

Se echó a un lado para franquearle el paso al transbordador. Wen volvió a tapar la urna y subió por la pasarela que llevaba a la cubierta del barco. Su rostro, recompuesto en una expresión adecuadamente seria de duelo filial, no traicionó el alivio que sentía, del mismo modo que su cuerpo no emitía aura de jade. Cuando pasó por delante de él, se fijó en que el dedo Montaña se tiraba del lóbulo de la oreja derecha, pero era un gesto destinado a ahuyentar cualquier mal agüero que pudiera haberse granjeado al examinar los restos de la difunta, sin relación con que Wen fuera una ojos de piedra. Wen estrechó la urna contra el pecho. Ya no le importaba arrastrar el estigma de dar mala suerte, si eso la protegía y servía para un fin. Su

defecto era como un objeto deformado, que por sí mismo es indeseable y desagradable, pero que adquiere sentido si se coloca en el lugar adecuado.

Los demás viajeros del transbordador, gente que iba a trabajar o a pasar el día, así como turistas, se mantuvieron apartados de ella cuando ocupó un asiento cerca de la proa. La sirena emitió un silbido ruidoso y la nave se separó del muelle. Wen contempló con satisfacción como se alejaba la orilla. Podía haber contratado un barco privado en vez de correr el riesgo de usar el transbordador, pero entonces existiría un registro a nombre de una Maik, registro que alguien examinaría si una patrulla de guardacostas los detenía para registrarlos. Aquello era más anónimo, y las ventajas potenciales compensaban el riesgo personal.

Cuando, una hora y media más tarde, Wen desembarcó en el pequeño puerto de la isla de Euman, la esperaba un coche. Shae lo había organizado de antemano. Al igual que Botón, la isla de Euman no formaba parte de Yanlún exactamente, pero mientras que Botón era un municipio independiente, Euman estaba básicamente al cargo de los espenios. Tan pronto como el coche empezó a circular por las calles de la pequeña ciudad, Wen vio tiendas con carteles escritos en los dos idiomas, casetas de cambio de divisas que mostraban las tasas actuales entre los dienes kekoneses y los thalires espenios, cadenas de tiendas y restaurantes extranjeros y, lo más llamativo de todo, espenios de uniforme y de paisano en las calles.

A Wen le pareció que había llegado a otro país, un lugar que era un híbrido entre Kekon y lo que imaginaba que sería Espenia. Por supuesto, también se veían extranjeros en las calles de Yanlún, pero ni de lejos eran tantos como en aquel lugar. En la isla de Euman residían veinticinco mil miembros del Ejército espenio, un detalle que la mayoría de los kekoneses no tenía inconveniente en pasar por alto mientras se quedaran en aquel pedazo de tierra volcánica rocoso y barrido por el viento. Los clanes no controlaban aquel lugar, pero al estar tan cerca de Yanlún seguían teniendo cierta influencia. El conductor del sencillo coche gris que había recogido a Wen le abrió la puerta con respeto y no hizo preguntas durante el trayecto.

Wen ensayó lo que tenía que decir cuando llegara. En aquel momento lamentaba mucho no haber aprendido más espenio, y mientras el coche pasaba por delante de aeródromos y paisajes salpicados de silos y turbinas eólicas, dedicó los minutos a hacer rodar por la boca los sonidos poco familiares y repetir lo que le había enseñado Shae.

—¿Cómo se llama? —preguntó al conductor. Este echó una ojeada hacia atrás.

—¿Yo? Me llamo Sedu.

El señor Sedu era un individuo rubicundo de barba corta y dedos callosos. Wen, que nunca olvidaba un nombre ni una cara, lo archivó en la memoria. Según le había dicho Shae, era el yerno de un hacedor de fortuna que había trabajado directamente para Hami Tumashon y con cuya discreción se podía contar.

—¿A qué se dedica, señor Sedu? —preguntó Wen con una sonrisa cálida de auténtica curiosidad.

—Soy electricista.

—¿Es un buen negocio?

—Ah, bastante bueno —dijo el señor Sedu, que se había relajado un poco. Wen sospechó que cuando le ordenaron que recogiera en el transbordador a una representante del clan y no hablase de ello a nadie, Sedu imaginó que tendría que llevar a un intimidante huesos verdes de un alto rango, alguien como Hilo o uno de los hermanos de Wen.

—¿Trabaja a menudo con los espenios?

—Sí, un montón —dijo el señor Sedu—. Tienen muchas instalaciones aquí y siempre necesitan algún apaño. Tengo tres aprendices y pienso contratar a otro. Los espenios pagan bien, sin retrasos y en thalires.

—Debe de estar muy atareado. Le agradezco que se haya tomado la molestia de acompañarme.

El señor Sedu hizo un gesto para quitar importancia al detalle. La tensión inicial que mostraba en los hombros había desaparecido.

—No es molestia. Es bueno hacer favores siempre que surge la oportunidad. Los extranjeros van y vienen, pero los clanes siempre estarán aquí.

Wen sonrió.

—¿Habla bien espenio, señor Sedu?

—Lo suficiente para arreglármelas. Mi hija lo habla mejor. Quiere ir a estudiar a Espenia, pero no me hace gracia que viva sola en ese país. Los hombres espenios hacen lo que les da la gana y no hay repercusiones.

—¿Le importaría ayudarme a practicar un poco de espenio por el camino?

Una hora más tarde, el coche del señor Sedu cruzó la puerta de una alta valla metálica coronada con cámaras de vigilancia y señalizada con grandes avisos de «prohibido el paso» de color rojo. Más allá de la puerta había un grupo de edificios bajos pintados de un verde grisáceo. La bandera de la República de Espenia ondeaba ruidosamente bajo el viento constante de la isla. El señor Sedu detuvo el coche antes de llegar a la garita del guardia.

Wen se apeó y siguió a pie el resto del camino, sosteniendo ante sí la urna cineraria. El viento implacable de Euman le tiraba de la ropa y del moño apretado que le aprisionaba el pelo. Respiró profundamente para mantener la calma, más atemorizada que cuando se las había visto con el dedo en el muelle del transbordador. A partir de aquel momento, su éxito dependía por completo de que Kaul Shae hubiera juzgado bien la situación. Y aunque no dudaba de la información con que contaba el hombre del tiempo, no se fiaba por completo de la hermana de Hilo, que ya había dado la espalda a la familia y había abandonado Kekon en el pasado. ¿Qué le impedía hacerlo de nuevo?

Wen había llegado demasiado lejos y no tenía más alternativa que confiar en el hombre del tiempo. Se habría mostrado más aprensiva si Shae no hubiera sido sincera al menos sobre sus dudas.

—El fantasma de Lan me escupirá por esto —había dicho Shae con un tono tan sombrío que Wen se había sorprendido. Siempre había considerado a Kaul Shae una figura distante, incluso antipática; sospechaba que debía de estar muy desesperada para hacerle ese tipo de confidencias.

—Lan habría hecho cualquier cosa por salvar a la familia. Agradecería que actúes igual —le había asegurado Wen. La guerra entre clanes ya acercaba el peligro de que intervinieran los espenios; aquella era la oportunidad de Sin Cumbre de realizar una jugada que se adelantara a Montaña.

Shae había asentido con resignación.

—A los espenios no les da miedo luchar, pero si sé algo sobre ellos es que creen que pueden comprar cualquier cosa que deseen.

Un guardia, con una pistola enfundada al cinto, salió de la garita cuando se acercó Wen. Empezó a preguntar algo, pero Wen lo interrumpió alzando la voz para que pudiera oír con claridad, pese al viento, las palabras en espenio:

—Coronel Deiller, por favor, hablar con coronel Deiller. Envía Kaul Shaelinsan de clan Sin Cumbre con un mensaje para coronel Deiller de Espenia.

El coronel Leland Deiller, oficial al mando de la infantería de marina de la República de Espenia en la base naval de Euman, estaba disfrutando de un raro momento de tranquilidad en su despacho después de haberse pasado la mañana al teléfono. En los casi cuatro años que llevaba en aquel puesto, jamás había visto tanta atención dirigida hacia la isla de Kekon. Sus superiores de Adamont Capita estaban concentrados en contener y disuadir la amenaza creciente de Ygutan, así que mientras el jade kekonés cruzara asiduamente el océano, los mandamases estaban contentos. Pero la situación había cambiado, y de repente, Deiller empezó a recibir llamadas preocupadas de generales de alto nivel e incluso del ministro de Guerra.

Llamaron a la puerta. Su oficial ejecutivo, el teniente coronel Yancey, asomó su rostro anguloso.

—Creo que tiene que venir a ver esto, mi coronel.

Yancey lo fue poniendo al corriente mientras andaban.

—Hace una hora ha llegado una mujer y ha preguntado por usted personalmente. Dice que es mensajera de Kaul Shaelinsan.

Hacía tiempo que Deiller no oía aquel nombre.

—Los Kaul son la familia que dirige un clan de Yanlún. ¿La nieta nos manda a esta mujer?

—Eso afirma.

—Creía que Kaul Shaelinsan había dejado el país y había emigrado a Espenia.

—Al parecer ha vuelto. —Yancey se detuvo ante la puerta de una pequeña sala de reuniones—. ¿Quiere que recopile toda la información que tengamos sobre ella?

—Sí.

Entraron en la sala. La mujer, sentada en una silla, vestía la indumentaria de duelo kekonesa y sostenía una urna cineraria en el regazo. El coronel dirigió una mirada interrogante a su oficial ejecutivo y volvió a centrarse en la visitante inesperada.

—Soy el coronel Deiller, el oficial al mando.

—Mi nombre, Maik Wenruxian —dijo la mujer en un espenio torpe pero comprensible—. Kaul Shaelinsan de clan Sin Cumbre envía saludos.

—¿Tenemos algún intérprete? —dijo Deiller a Yancey. Se volvió hacia la mujer. Antes de permitirle entrar la habrían registrado en busca de armas y había tenido que pasar por un detector de metales, pero a pesar de todo observó con desconfianza la urna que sostenía—. ¿Qué significa eso exactamente, señorita Maik?

La mujer se puso en pie y levantó la tapa del recipiente de cerámica. Ante la sorpresa del coronel, vació el contenido en la mesa. Un chorro de cenizas blancas y grises brotó de la boca de la urna.

—Qué diabl... —exclamó Deiller, pero entonces se quedó mirando fijamente los trozos de piedra verde que cayeron al final. La mujer sacó las últimas piedras, dejó la urna y sonrió con suficiencia ante la expresión atónita de los militares.

—Jade —dijo.

Yancey silbó por lo bajo.

—Debe de valer una puta fortuna.

—Que venga Gavison —dijo Deiller—. Quiero saber si esas piedras son de jade kekónés auténtico.

Apareció el señor Yut, el intérprete. Cuando vio el jade en la mesa, casi se le saltaron los ojos de las cuencas.

—Explica por qué tienes tanto jade y cómo has llegado aquí —dijo Deiller a la mujer. El señor Yut tradujo la pregunta.

—La Alianza del Jade de Kekon está siendo investigada por irregularidades contables, así que todas las operaciones de extracción y

exportación se han suspendido, incluidas las ventas oficiales de jade a la República de Espenia. Nos damos cuenta de que eso es inoportuno. —La mujer hizo una pausa para dar tiempo al intérprete a que la alcanzase; después señaló las piedras esparcidas en la mesa—. El clan Sin Cumbre tiene almacenes de jade propios, y al hombre del tiempo le gustaría hablar del establecimiento de un acuerdo confidencial que sirva para paliar la repentina perturbación del suministro.

Deiller levantó las cejas. *Perturbación* era la palabra adecuada, desde luego. Desde que se había desencadenado la guerra de clanes en la mayor ciudad de Kekon, los analistas militares de Adamont Capita estaban cada vez más preocupados por que el clan que saliera victorioso consiguiera un poder político casi absoluto. Aquello podría significar que renegasen de los contratos existentes con la República de Espenia, o que los renegociasen de forma perjudicial. Kekon era esencial para que Espenia mantuviera su fuerza política y militar en la región: alojaba varias bases militares espenias, era una economía en crecimiento que se modernizaba con rapidez, mantenía un odio histórico hacia Shotar y Tun y, lo más importante, era el único proveedor de jade bioenergético del mundo entero. Deiller ya había hablado varias veces por teléfono con sus superiores para debatir la conveniencia de una intervención militar dirigida a asegurar las minas de Kekon si la situación se seguía deteriorando.

—¿Puedes demostrar que representas al clan? —preguntó.

La mirada alerta de la mujer y el polvo blanco que le cubría la cara la hacían parecer incluso más tímida y distante de lo habitual en las mujeres kekonesas. Inclínó la cabeza y dijo:

—Kaul Shae me pidió que le dijera que el cormorán aún puede pescar.

En aquel momento entró en la sala el doctor Gavison. Se puso unos guantes forrados de plomo, cogió una piedra verde con unas tenazas de metal y la examinó con lupa. Repitió la operación con varias más.

—Estructura mineral bioenergética, sí —declaró—. Jade kekonés en bruto.

—Señorita Maik —dijo el coronel Deiller—. Espere aquí, si es tan amable.

La mujer asintió y se volvió a sentar.

—Yo espero.

En su despacho y con la puerta cerrada, Deiller preguntó:

—¿Cómo ha transportado tanto jade sin protección? No es aborigen.

—Debe de ser no reactiva —dijo el doctor Gavison—. Es un rasgo genético natural, aunque infrecuente. Los kekoneses los llaman «ojos de piedra».

Yancey le pasó una carpeta al coronel.

—Esto es todo lo que tenemos sobre Kaul Shaelinsan. Se licenció en la escuela de empresariales de Benforte, en Windton, la primavera pasada. No solo ha vuelto a Yanlún, sino que se convirtió en la segunda al mando del clan cuando asesinaron a su hermano mayor, hace un par de meses.

Deiller pasó las páginas del archivo. Había informes y fotografías de Kaul Shaelinsan de hacía cinco años. Como informante local de la República de Espenia había hecho unas cuantas cosas útiles e impresionantes para el Ejército espenio, proporcionando información que les habría sido muy difícil o imposible conseguir de otra manera. Deiller solo la había visto en persona una vez, pero la recordaba como alguien inquietante, una joven que llevaba encima más jade que un equipo entero de las fuerzas especiales. Le había hecho preguntarse si la República de Espenia podría reclutar a más asesinos así.

—¿Se ha fijado en su nombre en clave, mi coronel? Cormorán.

—«El cormorán aún puede pescar» —dijo Deiller, repitiendo las palabras de la mensajera. Recordaba que el trabajo de Kaul para los espenios había causado cierto alboroto en aquella época; no habían tardado en llegar por vía diplomática órdenes del más alto nivel que indicaban que se cancelase su estado como operativa de inteligencia. Eso no significaba que no se pudieran renovar los lazos si habían cambiado las circunstancias—. ¿Y esta otra mujer, Maik? ¿Sabemos algo de ella?

—Nada —dijo Yancey—. Salvo que tiene el mismo apellido que dos miembros de más alto rango del clan. Se cree que los hermanos Maik son los consejeros más cercanos y los ejecutores del segundo hermano Kaul,

que ahora es el jefe del clan. Si no nos miente, probablemente sea su hermana o su prima.

—Tiene que poseer un rango elevado en un clan de Yanlún para tener acceso a un jade como este —dijo Gavison—. No es como el que pasan de contrabando los delincuentes; es jade bioenergético kekonés de primera calidad, prácticamente sin taras, uno de los materiales más valiosos del mundo. La cantidad que ha traído en esa urna valdrá probablemente un par de cientos de millones de dienes, veinte o treinta millones de thalires.

—¿Cuánto jade estamos perdiendo al mes por culpa de esta suspensión gubernamental? —se preguntó Yancey—. ¿Cuál es el riesgo del suministro a largo plazo?

Deiller frunció el ceño y se dirigió a su oficial ejecutivo.

—Asegúrate de que la señorita Maik está cómoda y de que el jade queda a buen recaudo. No quiero que esto salga de aquí, así que hablaré también con el señor Yut. Tengo que llamar a Adamont Capita y hablar con el general Saker.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 50

La hermandad verde

EN la hacienda Kaul entregaron la cabeza cortada de Lott Penshugon, dentro de un cajón de verduras. Los aullidos de rabia de Hilo resonaron desde el patio. Nadie, ni siquiera Shae, se atrevió a intentar consolarlo. Era el tercer puño al que emboscaban, asesinaban y decapitaban en las tres últimas semanas. Lott Pen no había sido demasiado agradable en vida, pero Hilo contaba con él como uno de los tenientes del clan más incansables y temibles, un hombre que, con las palabras de ánimo adecuadas, haría sin vacilar cualquier cosa que le pidiera.

EN la hacienda Kaul entregaron la cabeza cortada de Lott Penshugon, dentro de un cajón de verduras. Los aullidos de rabia de Hilo resonaron desde el patio. Nadie, ni siquiera Shae, se atrevió a intentar consolarlo. Era el tercer puño al que emboscaban, asesinaban y decapitaban en las tres últimas semanas. Lott Pen no había sido demasiado agradable en vida, pero Hilo contaba con él como uno de los tenientes del clan más incansables y temibles, un hombre que, con las palabras de ánimo adecuadas, haría sin vacilar cualquier cosa que le pidiera.

La pérdida de los buenos puños (Lott, Niku y Trin habían sido los últimos, pero también Goun, Obu, Mitto, Asei, Ronu y Satto) era para Hilo como una herida personal asestada directamente por Gont Asch. Aquel

cabrón metódico estaba desangrando a Sin Cumbre, matando a los hombres de Hilo antes de ir a por él.

Aún pasarían varias horas antes de que recuperasen el cuerpo con heridas de bala y arma blanca, con el jade arrancado, y lo reunieran con la cabeza. Era tarea de Kehn acudir en persona ante la familia de Lott a darle el pésame y dinero para el entierro, pero aquella era la única responsabilidad del cuerno a la que Hilo se negaba a renunciar. Cuando aparecieron los dos hombres, la esposa de Lott cayó al suelo deshecha en llanto. Si era sincero, Hilo no estaba seguro de que las lágrimas no fueran de alivio tanto como de pena; sospechaba que no había resultado fácil vivir con alguien como Lott. Kehn puso el sobre blanco en la mano de la mujer, y le aseguró que su esposo había dado su sangre por el clan y el clan siempre cuidaría de la familia. No tenía que temer que sus hijos pasaran hambre o se quedaran sin techo.

Hilo vio a cuatro: un niño pequeño, un chiquillo de seis años, una niña de unos diez y el hijo adolescente de Lott, el compañero de Anden de la academia. Este mantuvo el rostro inexpresivo cuando lo rodearon sus hermanos. Aún llevaba el uniforme de la academia; había ido corriendo a casa al recibir la noticia de la muerte de su padre. Hilo se arrodilló enfrente de los pequeños.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó.

—El pedestal —dijo la niña.

—Eso es. He venido a deciros que vuestro padre ha muerto. Murió porque juró ante mí defender al clan contra sus enemigos. Es algo que nos suele pasar, morir de este modo. Yo perdí a mi padre antes de haber aprendido a andar, y hace pocos meses perdí a mi hermano mayor. No pasa nada si os sentís tristes o enfadados, pero también debéis sentir os orgullosos. Cuando seáis mayores y hayáis conseguido vuestro propio jade, podréis decir: «Soy el hijo o la hija de Lott Penshugon», y los demás huesos verdes os saludarán con respeto por lo que ha pasado hoy. —Entonces se puso en pie y se dirigió al hijo mayor de Lott—: ¿Han terminado las pruebas en la academia?

El joven centró lentamente su atención en Hilo, como si estuviera despertando del estupor.

—Sí —dijo al fin—. Acabaron ayer.

Hilo asintió. La ceremonia de graduación no se celebraría hasta después de la semana del festival de Año Nuevo, cuando se hubieran determinado las notas y los licenciados hubieran declarado qué tipo de voto harían, pero aparte del trámite de la ceremonia, aquel muchacho ya era un hombre, el cabeza de aquella familia de huesos verdes.

—Siento que no puedas celebrar el final de las pruebas y el Año Nuevo. —En la voz de Hilo subyacía la lástima, pero tenía el tono duro que habría usado con cualquiera de sus hombres en circunstancias formales—. Pronto vendrá un representante del clan para ayudaros a organizar el funeral de tu padre. Si necesitas algo de nosotros, Lott-jen, lo que sea, llama y pregunta directamente por el cuerno, y si no puedes localizarlo, puedes llamar a la mansión y dejarme un mensaje.

El joven torció el gesto levemente. No se le había pasado por alto la manera en que Hilo se había dirigido a él como un camarada huesos verdes y un miembro del clan. Miró a su madre, en el suelo, y a sus hermanos pequeños, acurrucados junto a él. Hilo observó los ojos del joven. La primera vez que se encontraron estaban llenos de desdén y resentimiento; poco a poco, la confusión aturdida fue desapareciendo de la mirada y se transformó en aceptación sombría y negra determinación.

—Gracias por tu generosidad, Kaul-jen —dijo hablando como un hombre; unió la manos y se las llevó a la frente, y luego se inclinó en una profunda reverencia.

Cuando salieron de la casa, Hilo le dijo a Kehn:

—Ahora, ese joven es nuestro hermano. Tenemos que cuidarlo y educarlo en el clan, como habría querido su padre. Empieza a pensar la mejor forma. Quizá ponerlo con Vuay; es un buen mentor.

Las ideas concretas de Hilo sobre lo que se requería de un líder de huesos verdes tenían su origen en cierto día de hacía trece años, cuando media docena de muchachos de la academia emboscaron a los hermanos Maik y Kehn acabó con una fractura grave en el pómulo.

Hasta entonces, Hilo no se había fijado mucho en los Maik. Aunque Tar era compañero suyo en cuarto curso, no eran amigos. Los hermanos Maik no tenían muchos amigos, si es que tenían alguno. Pasaban mucho tiempo juntos y todo el mundo era consciente de que provenían de una familia en desgracia. Un día, un comentario sarcástico hizo que Tar atacara y diera una paliza a otro muchacho, y aunque los profesores lo habían castigado, los amigos del otro chico, Hilo incluido, decidieron esperar a que surgiera la oportunidad de pillar a los Maik fuera del terreno de la academia.

Los hermanos se defendieron con fiereza. Hilo se mantuvo al margen; Uto, el muchacho al que estaban vengando, llegaría a ser uno de sus puños, pero en aquella época no eran amigos cercanos, por lo que consideró que otros tenían más derecho que él a formar parte activa de la disputa. Sin embargo, al cabo de un rato sintió que los Maik habían soportado suficiente castigo. Si la pelea continuó, fue porque Tar no había sufrido mucho. Kehn, dos años mayor y más corpulento, había encajado lo más intenso del ataque y había causado un daño impresionante en respuesta.

La negativa de Kehn a rendirse le costó cara; al final recibió un golpe tan fuerte que cayó de rodillas, gimiendo y cubriéndose con las manos la cara destrozada. Tar lo vio todo rojo y sacó un cuchillo garra, nadie supo de dónde. Aquello detuvo en seco a los otros muchachos. Hasta aquel momento se habían seguido las reglas no escritas: solo se podían usar pies y puños, y no se podía inmovilizar al contrario ni darle una paliza en el suelo. La aparición de un cuchillo convertía la pelea en algo potencialmente mortal, y todos se arriesgaban a la expulsión de la academia. Una ola de peligro incierto recorrió al grupo.

A Hilo no le gustó cómo se estaba desarrollando aquello, así que gritó:
—Ya basta.

En aquella época tenía cierta autoridad en el grupo, pero no tanta como para que lo obedecieran en el calor de un momento como aquel.

—No; no basta —replicó Asei—. Tenemos que enseñar una lección a estos dos. No se puede confiar en ellos.

—¿Por qué? —preguntó Hilo con curiosidad, pues había empezado a admirar a los hermanos Maik después de ver lo bien que peleaban y la ferocidad con que se defendían mutuamente. Envidiaba el lazo que los unía,

y sintió una punzada al darse cuenta de que era algo que le faltaba, al no tener un hermano de una edad parecida. Lan se había licenciado un año después de que él entrara en la academia.

—Todo el mundo lo sabe —insistió Asei.

—Yo tampoco he acabado —gruñó Tar. Tras el cuchillo garra alzado, sus ojos eran tan salvajes como los de un animal. Hilo sospechó que le importaba una mierda que lo expulsaran por matar a otro alumno.

—Si estamos aquí por Uto, ya han tenido bastante —dijo Hilo, dirigiéndose todavía a Asei—. Si teníais algún otro problema con los Maik, deberíais haberlo dicho antes. Yo no tengo ninguno. ¿Alguien sí?

—Para ti es fácil hablar —dijo un muchacho que se tapaba la nariz ensangrentada con la mano—. No te he visto pelear mucho, Kaul; los demás hemos peleado por ti, y desde luego que aún tenemos cuentas que ajustar.

Pasó un momento antes de que alguien empezara a darse cuenta de que aquel chico, Yew, había metido la pata hasta el fondo. En los ojos de Hilo había aparecido un brillo alarmante.

—Vale —dijo al fin, y aunque había bajado la voz, se lo oía con claridad en el silencio repentino que había llenado el callejón—. No puedo discutir con Yew; no debería sugerir qué hacer si no he sufrido tanto como vosotros. Pero tampoco es justo que Kehn y Tar tengan que seguir luchando dos contra seis cuando ya los han castigado y no tienen la culpa de que todo el mundo odie a su familia.

»Pelearé con los Maik; si entre los dos me pueden, eso ajustará las cuentas para Tar y Yew. —Se quitó la chaqueta y se la entregó al segundo—. Que nadie más se meta, o tendrá que vérselas conmigo otro día.

Todos se mostraron escépticos, pero al mismo tiempo estaban inequívocamente interesados; iba a ser un buen enfrentamiento. Los Maik eran temibles y Kehn era grande, pero estaban cansados y heridos. Hilo estaba fresco y era un Kaul; nadie que quisiera estar a bien con la familia se atrevería a hacerle daño de verdad, pero los Maik no tenían ninguna reputación que dañar.

Hilo observó la cara magullada de Kehn y la mirada enloquecida de Tar.

—Guarda el cuchillo —le dijo con la misma tranquilidad con que le habría pedido que cerrase una ventana—. Te dejo que me des tres golpes para igualar las cosas. No responderé a esos tres. Después, sí.

Los Maik no discutieron. Los tres primeros golpes, dos enormes puñetazos de Kehn al estómago y otro a la cara, estuvieron a punto de dejarlo inconsciente. Consiguió ponerse en pie jadeando y con lágrimas de dolor, y empezó a contraatacar. Al principio, el círculo de espectadores animó y vitoreó, pero no tardaron en guardar silencio. El trío de luchadores lo estaba pasando mal; pronto empezaron a tambalearse, agotados, como si estuvieran borrachos, y ninguno sentía realmente odio hacia el adversario. Pero siguieron peleando impulsados por un sentimiento de obstinación adolescente que percibían como honor. En un combate con poderes de jade habría vencido Hilo, pero en un encuentro puramente físico no tenía la menor esperanza. Los hermanos Maik habían luchado codo con codo muchas veces, y Kehn era demasiado fuerte.

Al final, al ver que Tar jadeaba y apenas se tenía en pie pero aun así se preparaba para darle otro puñetazo, Hilo sonrió, con la boca cubierta de sangre. Se inclinó, tosió y soltó una carcajada que le sacudió las costillas magulladas, y Tar, después de mirarlo con perplejidad un instante, se echó a reír también hasta que se tuvo que apoyar en la pared de ladrillo. Kehn frunció el ceño. Tenía media cara paralizada por las heridas y parecía un espectro cuando se movió. Pero no fue hacia su hermano, sino hacia Hilo, y le ofreció la mano para ayudarlo a erguirse. Los tres se marcharon ayudándose a caminar mutuamente, y los otros cinco muchachos, desconcertados, los siguieron a una distancia respetuosa durante todo el camino de vuelta a la academia. Una vez allí, a Hilo y a los Maik los castigaron a limpiar las letrinas todos los días durante tres meses.

Al contemplarlo retrospectivamente, Hilo negó con la cabeza ante la estupidez de aquellos quinceañeros. Pero después nadie volvió a insultar a la cara a los Maik, a riesgo de desafiar a Kaul Hilo, cosa que, desde luego, nadie deseaba.

Tras la muerte de Lott padre, Hilo no era nada optimista sobre las posibilidades que tenía el clan de conservar Sogen. La mayor parte del distrito estaba perdida, y la violencia había empezado a salpicar el Casco Antiguo, que apenas unas semanas antes consideraba un bastión de Sin Cumbre.

En una atmósfera sombría, trazaba planes con Maik Kehn mientras se dirigían en el coche al Dama Cong, que se había convertido en uno de los principales lugares de reunión del clan y estaba ocupado permanentemente por hombres del cuerno. Hilo prefería la comida del Doble Doble, pero el fuego había causado daños en la cocina y no tenía sentido arreglarla en plena guerra callejera, cuando podían volver a perder el edificio. Cuando llegaron los esperaba otra sorpresa espantosa. Un dedo salió corriendo por la puerta y bajó la escalera de la entrada en cuanto se apearon del Duchesse.

—Es Eiten —jadeó el joven con el rostro demudado. Sin dejar de temblar volvió a entrar con ellos a la casa de apuestas y bajaron la escalera interior.

El grupo de dedos silenciosos que llenaba el pasillo se separó y se pegó a las paredes mientras avanzaban Hilo y Kehn. Eiten estaba tumbado y gemía en un sofá de cuero negro, en la sala del sótano. Le habían cortado los brazos y le habían cauterizado los muñones. Habían llamado al corpulento doctor Truw, que estaba inclinado sobre el pecho del hombre, Canalizando en su interior.

—No, para, déjame —sollozaba Eiten sin dejar de retorcer el torso, intentando alejar al médico. Hilo los miraba, impactado por la escena.

El doctor Truw se irguió y se secó el sudor de la frente.

—Eso lo mantendrá con vida hasta que llegue al hospital. Ya viene una ambulancia.

—Hilo-jen —gimió Eiten; Hilo se agachó a su lado—. Ayúdame, por favor. No quiso darme una muerte limpia; ni siquiera me concedió el respeto que tuvo con Lott y Satto. Me mandó de vuelta vivo para que te diera un mensaje.

Hilo se acercó a la cara de Eiten.

—¿Cuál es el mensaje de Gont?

Los ojos grises de Eiten ardieron de furia. Por su expresión, habría intentado escupir si al menos se pudiera sentar derecho.

—No quiero repetirlo, Hilo-jen. Es un insulto; no es digno de que lo escuches.

—Ese desgraciado bebedor de meados te ha mutilado para enviar el mensaje —dijo Hilo—. Dímelo, Eiten. Te prometo por la tumba de mi hermano que le arrancaré el jade a Gont en tu nombre.

Aun así, el puño titubeó. Tenía la cara pálida y cubierta de sudor.

—Gont dice que te da hasta el final del día de Año Nuevo para rendirte. Si te rindes, te concederá una muerte trascendente, de pie y armado, y dejará que tu familia te entierre con tu jade. Perdonará la vida a los demás miembros de Sin Cumbre si eligen entre jurar lealtad a Montaña o exiliarse de Kekon. —Inspiró con dificultad—. Si te niegas, promete que seguirá enviándote las cabezas de los puños, y a Anden y a Shae-jen les hará algo peor que lo que me ha hecho a mí. Pretende quemar hasta los cimientos la casa de la Antorcha y destruir el clan por completo.

Eiten vio la intención asesina en los ojos del pedestal y alzó la cabeza con repentina ansiedad.

—Pon fin a mi vida, Hilo-jen, y toma mi jade para el clan. Así no te sirvo de nada. Soy un huesos verdes, un puño de Sin Cumbre. No puedo vivir así. Por favor...

Detrás del pedestal, Kehn gruñó un asentimiento.

La neblina de rabia de Hilo se despejó un instante. Se inclinó hacia delante y puso una mano en la frente del herido.

—No, Eiten. Ahora mismo te sientes humillado y sufres dolor. En este estado no deberías tomar la decisión de morir. Solo te faltan los brazos. Ahora hay buenas prótesis; las fabrican los espenios. Aún tienes una mente aguda, tu entrenamiento y tus habilidades de jade. Y una esposa; tienes una hermosa esposa que lleva un hijo tuyo en el vientre. No debes morir si puedes evitarlo.

—No puede verme así —sollozó Eiten—. No puedo permitirlo.

Hilo se giró hacia Pano, el dedo que había llevado a Eiten.

—Vete a decirle a su esposa que está herido. Asegúrate de que se queda en casa hasta que él esté preparado para verla. Consíguele todo lo que necesite y asegúrale que su marido se pondrá bien, pero ella, que no se mueva de casa. Vete. —Cuando Pano se marchó corriendo, Hilo se volvió de nuevo hacia Eiten—. Tienes que vivir para ver nacer a tu hijo. ¿No querrás estar vivo cuando arranque el jade del cadáver de Gont por ti? —En la cara de Eiten apareció una expresión de incertidumbre. Hilo siguió hablando—: El Año Nuevo está a la vuelta de la esquina, así que te propongo una cosa: aguanta un año para ver esas cosas buenas que te esperan. Al final del año que viene, si todavía quieres morir, ven a hablar conmigo y honraré tus deseos personalmente, sin cuestionarte nada. Me aseguraré de que te entierren con tu jade y cuidaré de tu esposa y tu hijo.

Las lágrimas manaron de los ojos de Eiten y se encharcaron bajo la cabeza, en el cuero negro del sofá, bajo las fuertes luces del casino.

—¿Me lo prometes, Hilo-jen?

—Por la tumba de mi hermano, te lo he dicho.

Poco a poco, la respiración de Eiten se volvió más reposada. Su aura de jade se calmó; las púas chirriantes de la desesperación y el dolor desaparecieron. Cuando llegó la ambulancia, Hilo se apartó para que el doctor Truw y los enfermeros se llevasen al herido. Kehn salió para hablar con el conductor y asegurarse de que llevaba al puño al Hospital General de Yanlún, en el Barrio de los Templos, y no a otro hospital más pequeño. Cuando regresó, Hilo ordenó a todos los que estaban en la sala y en el pasillo que se marcharan. Obedecieron sumidos en un silencio solemne.

Hilo fue al bar, llenó dos vasos de hoji y puso uno delante de Kehn.

—Bebe —dijo, y vació su vaso. El licor le quemó la garganta y le caldeó el estómago, calmándole los nervios. Cuando Kehn dejó el vaso vacío, Hilo añadió—: Qué vergüenza, Kehn. Menos mal que estaba yo aquí.

Kehn se quedó sorprendido.

—¿Qué he hecho?

—Habrías matado a Eiten, como pedía.

—Parecía lo más piadoso. Era lo que quería.

—¿Convertir en viuda a su esposa y en huérfano a su hijo? No. Lo que quería era dignidad. Yo se la he prometido. Ahora no tendremos que

enterrar a otro puño. Ya estamos perdiendo a demasiada gente. —Apoyó la cabeza en las manos unos instantes. Nueve de sus mejores puños asesinados y uno mutilado horriblemente. Docenas de dedos muertos o lisiados. Miró a Kehn—. Espero que honres mi promesa a Eiten si no estoy vivo para cumplirla. Tienes que contárselo a Juen y a Vuay, para que puedan honrarla si no vives tú.

Kehn asintió, pero parecía frustrado. No era propio de él. Solía mantenerse firme en las peores situaciones. Era Tar quien mostraba las emociones, quien se desahogaba por los dos. Pero en aquel momento, la compostura soldadesca de Kehn tenía una grieta visible. Entendía demasiado bien los reveses que estaban sufriendo en la guerra y que debía cargar en buena parte con la culpa del fracaso. La cara cansada del mayor de los Maik estaba rígida, cargada de la funesta desesperación de aquel primer encuentro memorable que habían tenido cuando eran adolescentes y que Hilo recordaba tan bien.

—A mí no se me habría ocurrido decirle a Eiten las cosas que le has dicho tú —dijo Kehn con voz áspera—. No puedo hacer lo que haces, Hilo-jen.

—Tienes que aprender a ser el cuerno. Sé que estoy siendo duro contigo, de verdad. Si Lan estuviera aquí, me estaría destrozando por todo lo que hago mal como pedestal.

—Pero no está aquí.

Hilo captó el resentimiento y se dio cuenta de que Kehn sabía cuál era el problema inherente a su cargo; todos los guerreros jade del clan seguían viendo a Hilo como el cuerno auténtico cada vez que aparecía. Pero no se podía hacer nada cuando se jugaban tanto. Confiaba en que, si le daba autonomía y tiempo suficiente para que se afanzara, Kehn se convertiría en un cuerno más hábil, pero también era perfectamente consciente de que en aquel momento no se podía permitir echarse a un lado. Un cuerno en tiempo de guerra no necesitaba únicamente el respeto de sus hombres, sino también su cariño; necesitaba empatía además de inteligencia y determinación. Conforme empeoraba la situación de Sin Cumbre, era más y más importante que los huesos verdes lo vieran con ellos y conservaran la fe.

—Puede que pronto no esté aquí yo tampoco —dijo Hilo con tono sombrío.

Kehn irguió la cabeza de golpe y frunció el ceño.

—No estarás pensando en ceder a las amenazas de Gont. —Como Hilo no respondía, el cuerno empezó a mostrar una expresión preocupada—. Como ha dicho Eiten, es un insulto y no merece la pena dedicarle atención. ¿De verdad cree Gont que te entregarás como una oveja que va al matadero? Hemos acabado con muchos de los suyos, le ha hecho eso a Eiten para intentar asustar a nuestros dedos.

—Quizá —dijo Hilo, pero no creía que Gont fuera tan superficial. No; aquel hombre debía de ser consciente de un hecho importante que Shae le había contado a él, pero Kehn aún desconocía: a juzgar por los recursos de cada clan, Montaña acabaría ganando la guerra. Pero llevaría un tiempo, y sería costoso y sangriento para los dos bandos. Cuando todo acabase, Montaña sería un vencedor débil y agotado, quizá incapaz de controlar todos los territorios y mantener el apoyo de los linternas y del Consejo Real. Quizá se independizaran los clanes menores que le rendían tributo. Los negocios de contrabando de jade y fabricación de SN1 que Ayt había puesto en marcha correrían el riesgo de que los delincuentes y los extranjeros se hicieran con ellos.

—Está intentando acelerar el final —murmuró.

Aunque el clan Montaña estuviera mejor dotado económicamente para mantener una guerra prolongada, tenía que preocuparse por la pérdida del apoyo de la gente de sus distritos. Los ciudadanos normales sin jade no tenían que tener miedo de convertirse en objetivos de la violencia de los huesos verdes, pero a veces se producían daños colaterales, y los daños a la economía y a las propiedades eran inevitables. En primavera, cuando los licenciados de la academia se unieran a Sin Cumbre, el conflicto se agudizaría y la ciudad sufriría más aún. Por añadidura, debido a la censura pública a resultados de la auditoría de la Alianza del Jade de Kekon y a la inminente aprobación de las leyes de supervisión, Montaña querría sin duda asegurarse pronto la victoria. Cuando vencieran, el canciller Son no tendría poder y Ayt Mada podría presionar al Consejo Real para que dejara correr el asunto.

«Quién me ha visto y quién me ve —pensó Hilo con ironía—. Yo dando vueltas a todas estas chorradas políticas». Quizá, después de todo, estuviera aprendiendo poco a poco a ser pedestal. Pero no aprendería lo suficiente a tiempo. La política se movía despacio, pero los cuchillos se movían deprisa.

—Gont no nos intimidará con esa brutalidad salvaje —insistió Kehn; volvió a llenar los vasos de hoji—. Todos los huesos verdes, hasta el último dedo, darían la vida por ti, jen. Si Gont quiere una victoria rápida, le espera una sorpresa.

Hilo nunca había rehuido una pelea, y estaba dispuesto a soportar una guerra larga y enconada si era lo que hacía falta para superar a los enemigos. Pero si la derrota era inevitable, no tenía el menor deseo de que más puños y dedos perdieran el jade o las extremidades. Podía apreciar el valor de una muerte limpia para sí y para sus seres queridos. Lo cierto era que la propuesta de Gont no era mala.

Para Hilo, la idea de morir por el clan no era simple retórica. El clan era una extensión de la familia, y en algunos sentidos era más familia para él que sus propios parientes. Nunca había conocido a su padre. Su madre adoraba a Lan; su abuelo adoraba a Shae. Hilo había encontrado su lugar en el mundo rodeado de sus iguales; era allí donde apreciaban su expresividad y osadía. Ahora, el clan dependía de él de una forma muy real y muy personal: Kehn y Tar; los otros puños, como Juen y Vuay; el pobre Eiten; Satto y Lott, que merecían venganza, y así hasta llegar a los dedos, como Pano y aquel muchacho, Hejo, que había arriesgado la vida sin pestañear cuando entró en la Fábrica cumpliendo la orden de Hilo, y los futuros miembros del clan, como Anden y el hijo de Lott. Les había pedido a todos que ofrecieran la vida por la hermandad; no se exigiría menos a sí mismo.

Hizo girar el líquido en el vaso y lo vació; luego cogió la botella y volvió a colocarla en su sitio antes de que Kehn sirviese más. Un cuerno no podía permitir jamás que se le embotara el cerebro.

—Kehn, si muero, querrás vengarme y quitarle mi jade a Gont o a quienquiera que sea el que me haya matado. Es natural, pero no quiero que lo hagas. Prefiero que cuides de Wen. Que te asegures de que tiene una buena vida, un buen hogar. Eso es lo que más me importa, incluso aunque tengas que abandonar Kekon o cambiar de clan.

—Jamás juraré lealtad a Montaña —dijo Kehn, horrorizado—. Jamás. —Hilo recordó que no era solo la lealtad hacia él lo que motivaba su vehemencia; Montaña había ejecutado al padre de Kehn y Tar y había arrojado a la familia en brazos de la desgracia. Al cuerno le tembló la voz cuando siguió hablando—: ¿Por qué dices esas cosas, Hilo-jen?

—Solo quiero que tengas claros mis deseos. —Se dirigió hacia la puerta—. Tenemos que hablar con los hombres de arriba; nos están esperando. Y después iremos a ver a la esposa de Eiten, y luego a Sogen para decidir quién ocupará el puesto de Lott allí.

OceanofPDF.com

Tercer interludio

El triunfo de Baijen

EN la mitología kekonesa, el Anciano Tío Jenshu, El Que Regresó, tenía un sobrino favorito que se llamaba Baijen y que sigue siendo el héroe antiguo más conocido y querido del país. Durante cientos de años, a los niños kekoneses les han contado historias de Baijen, el valiente huesos verdes, y en épocas más recientes, la crónica de sus aventuras se ha extendido a los cómics y las películas. Pero a diferencia de su divino tío Jenshu, Baijen sigue siendo un héroe mortal y no se lo adora como un dios.

Según la leyenda, cuando Baijen murió al fin en un encarnizado combate contra su mayor enemigo, el general invasor tuni Sh'ak, los dioses lo reconocieron por su valor y le concedieron un lugar en el Cielo. Desde su mirador del reino divino, Baijen vio la Tierra. Presenció como los hombres que quedaban luchaban y morían en su nombre, y se dio cuenta de que su gente estaba a punto de caer conquistada. Observó impotente mientras su amada esposa, ciega de dolor, se disponía a arrojarle por un acantilado antes de que el ejército invasor llegase a su hogar, en la montaña.

Llevado por el pánico, Baijen rogó a los dioses que le permitieran regresar a la Tierra durante una noche y entregaran a otro su lugar en el Cielo. Al principio, los dioses rehusaron, pero Baijen insistió, inamovible. Gritó y golpeó con la cabeza los escalones del palacio de jade, negándose a

cambiar de idea, hasta que Yatto, el Padre de Todos, se apiadó de él y aceptó.

El guerrero caído se arrojó a los pies de los dioses y lloró de agradecimiento. Aquella misma noche regresó a la Tierra, recorrió los campos de batalla alfombrados de cadáveres y entró en la tienda del general tuni. Cayó sobre el asombrado enemigo y, con una carcajada triunfante, lo mató allí donde lo había encontrado vestido solo con la ropa interior.

Conforme al pacto que Baijen había firmado con los dioses, el alma del general Sh'ak ascendió al Cielo. Baijen, el salvador de su pueblo, quedó vagando por la Tierra, un espíritu exiliado para toda la eternidad.

Los huesos verdes tienen un dicho: «Reza a Jenshu, pero sé como Baijen».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 51

La víspera de Año Nuevo

AQUEL año, los preparativos para la semana del Año Nuevo en Yanlún fueron bastante discretos; la ciudad esperaba pocos visitantes y los nativos no estaban de humor festivo. Los dos clanes principales, que normalmente donaban una cantidad de dinero considerable a las celebraciones y a actos benéficos en aquella época del año, estaban demasiado acosados para organizar cualquier cosa, excepto pequeños actos comunitarios en los distritos más grandes que aún controlaban con seguridad. Desde que Shae tenía memoria, la familia Kaul, encabezada por el abuelo y más tarde por Lan, aparecía en público en el Barrio de los Templos de Yanlún todas las vísperas de Año Nuevo y lanzaba fuegos artificiales, repartía monedas de chocolate entre los niños y recibía a la riada de linternas que acudían a expresar sus buenos deseos. Aquel año, Hilo y ella estaban sentados a solas en la mesa del patio de la mansión Kaul. Habían pasado toda la noche discutiendo.

En aquel momento no quedaba prácticamente nada de que hablar. Shae contempló como el sol naciente cubría las nubes de pinceladas rojas por encima del tejado de la mansión. Dentro de cuarenta y ocho horas, quizá fuera durante un breve tiempo la pedestal de un clan agonizante. Llegado el caso, sus deberes serían relativamente sencillos: ocuparse del funeral de su hermano, organizar la seguridad de los miembros de la familia que

quedaran y disponer un traspaso de poderes más o menos ordenado a cambio de que le concedieran una muerte rápida y honorable. La parte más difícil sería reducir al máximo el derramamiento de sangre posterior. Siempre habría quienes quisieran seguir luchando aunque no hubiera esperanza. Tenía cartas selladas de Hilo dirigidas a los puños principales, todas escritas personalmente por él, por si las necesitaba. Las conversaciones con los Maik, que serían mucho más difíciles, se las había dejado al propio Hilo.

Al cabo de un rato, Hilo rompió el silencio.

—No te he dado las gracias por buscar trabajo a Wen.

—No me costó nada —dijo Shae—. Me explicó bien lo que quería.

Oficialmente, Wen trabajaba de asesora de diseño en proyectos inmobiliarios, en la oficina del hombre del tiempo. Exigía viajar bastante.

—Me alegro de que os estéis llevando bien —dijo Hilo.

—Ahora la conozco mejor.

Hilo sonrió débilmente. Shae pensó que parecía cansado y un poco distante. Los últimos meses le habían erosionado el aire juvenil del rostro; habían afectado a su anterior actitud relajada y abierta.

—La familia se lo tomó muy mal en su día, pero ahora me alegro de que tengas contactos entre los espenios. No sé cómo te las has apañado, pero sea como sea, gracias —dijo Hilo. Entornó los ojos hacia el sol naciente—. Dijiste que necesitábamos dos cosas para sobrevivir: dinero y una victoria militar. Conseguiste lo primero antes que yo lo segundo. Toda la vida has ido por delante de mí.

Shae deseaba que se les pudiera ocurrir alguna otra cosa, otra salida. La decisión de Hilo era horrible; ella se lo había dicho varias veces. Pero en última instancia, él era el pedestal, y también el cuerno, en la práctica aunque no lo fuera en teoría, y Shae no tenía ninguna base sobre la que oponerse, ningún plan mejor ni ninguna argucia más astuta, como aquella otra vez en la calle del Pobre. Había hecho cuanto había podido, más incluso de lo que podía reconocer con sinceridad ante su hermano, para reducir la ventaja que les sacaba Montaña, pero no había sido suficiente. Aquella podía ser su única oportunidad, y al menos se habían puesto de acuerdo en que no tenían otra alternativa que aprovecharla.

—Es un riesgo terrible —dijo Shae.

—También lo fue que te reunieras con Ayt.

Shae se sobresaltó. Cuando Hilo vio que la había descolocado, su sonrisa se hizo más amplia; volvió a parecerse al Hilo de siempre.

—¿Me has estado espiando? —Incluso entonces podía sorprenderla e indignarla con su arrogancia—. ¿Has puesto otra vez a Caun a vigilarme?

A Hilo se le borró la sonrisa.

—Caun Yu murió. Lo mataron en el Dos Fortunas cuando Gont y sus hombres se apoderaron del local.

Shae enmudeció. Intentó conectar la cara de su joven y atractivo vecino con las palabras secas de Hilo y se dio cuenta de que el leve pesar que sentía ella era una ínfima porción de lo que debía de estar soportando su hermano; en las últimas semanas había visto morir a demasiados puños y dedos.

—Que los dioses lo reconozcan —dijo en voz baja.

Hilo inclinó la cabeza con mirada triste.

—No he puesto a nadie a seguirte —aseguró—. Ha sido un tiro a ciegas, aunque ya veo que he acertado. Me figuré que Ayt se pondría en contacto contigo e intentaría convencerte para que me mataras. —Se encogió de hombros—. Tiene sentido. Es lo que habría hecho yo en su lugar.

Shae se recostó en la silla.

—Nunca dijiste nada. ¿No te preocupaba?

Su hermano soltó una risilla.

—Ah, Shae, si decidieras traicionarme, ¿qué podría hacer? ¿Qué sentido tiene vivir para quien no puede confiar en sus hermanos? —Le dio una patada en el pie por debajo de la mesa, un gesto infantil—. Tendrías que odiarme de verdad para entregar mi cabeza a Montaña. Y tendría que ser un hermano horrible que mereciera morir. Si fuera el caso, no habría nada que hacer.

Hilo era así; para él, todo se acababa reduciendo a lo más personal. Shae se levantó.

—Tengo que moverme un poco; me estoy quedando tiesa de tanto estar sentada aquí. ¿Tienes que ir a algún sitio, o puedes pasear un rato conmigo por el jardín?

—Un rato pequeño. —Se levantó y fue con ella.

Wen tenía razón: el jardín era la parte más bonita de la hacienda Kaul, y ella nunca se había detenido a apreciarlo. La luz de la mañana era neblinosa; iluminaba el estanque y las últimas flores del invierno: los capullos de un rosa intenso de los cerezos colgaban sobre densos setos cargados de racimos de bayas blancas. Hilo aplastó una con los dedos.

—Si juegas bien tus cartas, puede que Ayt te deje con vida —dijo—. El exilio no sería tan terrible para ti; puedes hacer muchas cosas en otros sitios. —Había cierta amargura en su voz—. Me sentiría mejor así.

Shae pensó en la reunión con Ayt Mada en el santuario, y en cómo había acabado.

—No —dijo con torva seguridad—. No me dejaría con vida.

Poco a poco, con pasos drásticos e inexorables, había rechazado la oportunidad de que su destino fuera diferente; se había asomado a aquella puerta abierta y le había dado la espalda. Se sorprendió al descubrir que no se arrepentía de nada, ni siquiera al afrontar la posibilidad de la ruina y la muerte. Al principio había tomado decisiones pensando en sí misma; más adelante, en honrar y vengar a Lan, pero al final había habido algo más. El día del Retorno podría decir a los dioses que al fin se había convertido en la huesos verdes que quería ser: alguien que aspiraba a alcanzar las Virtudes Divinas y que, aunque no lo consiguiera, había sido fiel a la familia, al país y al aisho.

Hilo y ella siguieron caminando envueltos en un silencio cómodo; sospechaba que jamás en la vida habían compartido un momento así. No quería romperlo, pero entonces se imaginó a Lan sentado en el banco de piedra frente al estanque, observando la carpa perezosa y los pájaros multicolores que revoloteaban sobre el bebedero, y supo que quizá no volviera a tener oportunidad de resolver una duda que la acosaba.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo a su hermano—. Ayt me dijo que no ordenó la muerte de Lan. Que nadie de Montaña reclamó la responsabilidad. —Esperó un momento—. Hilo..., ¿dónde está el jade de Lan?

Hilo no dejó de andar, pero sus pasos se hicieron cada vez más lentos. Al final se detuvo y se giró hacia su hermana. La sombra de una nube

pasajera le cubrió la cara, y de repente mostró una expresión inescrutable.

—Lo enterré con él.

Shae cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos sintió que se le llenaban de lágrimas inesperadas. Ayt había dicho la verdad. Ningún huesos verdes habría dejado jade en el cadáver de un enemigo al que hubiera abatido, así que...

A su hermano no lo había matado un guerrero enemigo.

—Su muerte fue un accidente —susurró angustiada.

—¡No fue ningún accidente! —dijo Hilo con voz cortante. Se acercó un paso a Shae; su aura llameaba intensamente en una repentina tempestad de emoción. A ella nunca le pareció más peligroso que en aquel único paso. Siguió hablando con una intensidad mortal—: En el muelle había dos subfusiles y un muerto, un adolescente. Aquella noche, Ayt y Gont mandaron al menos a dos hombres a por Lan. Uno escapó, y si sigo vivo cuando lo encuentre Tar, le haré tragar una piedra de jade y lo enterraré vivo para que muera lentamente de comezón. No dudes ni un segundo que Montaña mató a nuestro hermano.

—¿Mandando a dos matones sin jade? —gritó Shae.

Hilo se puso a jadear como si hubiera estado corriendo una gran distancia. Sujetó a su hermana por los brazos violentamente; ella no se resistió, se quedó inmóvil con la vista clavada en él.

—Lan estaba débil aquella noche —dijo Hilo—. Quedó herido de gravedad en el duelo con Gam en la Fábrica, pero no dejó que se notase. Portaba demasiado jade; intentaba mostrarse fuerte ante el clan. No se lo dije a nadie, pero ordené que le hicieran la autopsia. Tenía sene en la sangre, Shae; demasiado. ¡Sene! Lan odiaba esa cosa, jamás la habría consumido, pero debió de pensar que no tenía más remedio. —La soltó de golpe y se apartó; sus ojos eran fosas de odio implacable—. Los de Montaña siempre han intentado conquistarnos. Nos han destrozado, nos han amenazado y acosado, han echado a perder a un buen pedestal en tiempo de paz como era Lan. No importa lo que pasara exactamente aquella noche; son el motivo de que haya muerto. Y mañana voy a jugármelo todo para que paguen esa deuda.

—Me engañaste ese día —dijo Shae. No había enfado en sus palabras, solo una pena y una aceptación amargas. Curiosamente, tenía la impresión de que todo encajaba de algún modo perfecto y terrible. En su mente se había confirmado la idea de que la voluntad de los dioses era una conspiración de infinitos factores; la gente tendía las vías de su destino, pero al mismo tiempo estaba indefensa. Todos habían representado su papel en aquello; sus enemigos y ellos—. Montaña ni siquiera sabía que Lan había muerto cuando atacamos en la calle del Pobre. Fuimos nosotros los primeros en salir de la selva; masacramos por sorpresa a veintiuna personas.

—¿Que te engañé? —Los ojos de Hilo eran dos pozos—. Jamás. Acudiste por tu cuenta, Shae, sin que yo te dijera una palabra, y gracias a los dioses que acudiste.

»Y en cuanto a esas personas... Eran huesos verdes. A ningún huesos verdes le llega la muerte por sorpresa.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 52

Desde este momento hasta el último

AQUELLA tarde, Hilo fue a la mansión y se puso su mejor traje. Al salir se detuvo ante la puerta cerrada de la habitación de Kaul Sen. Om lo saludó y se apartó a un lado para cederle el paso, pero Hilo no entró; se quedó mirando la puerta lisa y Percibió al otro lado el lento pero firme latido del corazón de su abuelo, la respiración ronca, la textura débil del aura, apenas una sombra ahora que casi no le quedaba jade. El anciano dormitaba en el sillón. «Cuando está dormido se lo puede aguantar», pensó.

Por atónito y furioso que hubiera estado y aún estuviera, Hilo reconoció que el acto de dar jade al traidor de Doru para que pudiera escapar era lo más propio de la Antorcha que había hecho en meses. Artero y subversivo, inflexible, digno según sus feroces principios. En aquel momento, a Hilo no le sorprendería que el patriarca se hiciera con la victoria y la desgracia de sobrevivir a todos sus nietos. Puso una mano en la puerta, pero no se le ocurrió nada por lo que mereciera la pena entrar. Dio media vuelta, bajó la escalera, salió de la mansión y recorrió el corto sendero que llevaba a la residencia del cuerno.

Cuando Wen abrió la puerta y lo vio vestido tan formal, retrocedió un paso, se llevó las manos al pecho y se inclinó como si la hubiera golpeado

el dolor. Se echó a temblar cuando él entró en la casa y la rodeó con los brazos.

—Has decidido ir —dijo.

—Sí. Tenemos que casarnos hoy.

Aunque él la había preparado para aquella posibilidad, Wen dejó escapar un gemido desolado y se sacudió contra su cuerpo.

—No es así como lo había imaginado.

—Yo tampoco. —Apretó la mejilla contra la sedosa cabeza de Wen y cerró los ojos—. Imaginé el más suntuoso de los banquetes y la mejor comida. Una banda de música. Y a ti maravillosa, con el pelo arreglado y caminando con la mano en mi brazo, con un vestido largo verde. O rojo; el rojo me gusta también. Me habría gustado especialmente que el vestido tuviera cuello alto, al estilo tradicional, elegante y modesto a la vez, pero también un corte hasta el muslo para que todos vieran lo sexi que eres.

—Ya he elegido el vestido —le advirtió Wen.

—Tenlo escondido. No me lo enseñes todavía. Quizá aún podamos tener todo lo que habíamos planeado: el banquete, los invitados, la música... Todo. Más adelante.

—Lo tendremos. Volverás cuando hayas hecho lo que tienes que hacer.

Hilo sonrió y la besó en la frente, conmovido por la certidumbre de su voz.

—Volveré. Pero pase lo que pase, estarás a salvo. Shae tiene contactos en Espenia; no sé cómo se las ha arreglado, pero ha conseguido visados para ti, tus hermanos, el abuelo y Anden. Os pondrá a todos fuera del alcance de Montaña.

—Kehn y Tar no se irán —dijo Wen.

—Se lo he ordenado. No soportan la idea de huir, pero en este caso, morirán si se quedan. Es mejor que sigan vivos para poder ajustar cuentas más adelante. Tienes que recordárselo y hacer que cumplan mis órdenes si es necesario.

—Si es necesario —dijo Wen—. No creo que lo sea.

—Yo tampoco —aseguró Hilo—. Pero de todas formas es importante que nos casemos hoy, por si acaso.

—Por si acaso —aceptó ella. Se limpió las lágrimas y se apartó del abrazo—. Voy a cambiarme, dame un minuto.

Hilo se sentó en la sala y esperó; miró a su alrededor y pensó que la casa estaba realmente bien, que le habría gustado vivir allí con ella tal como la había dejado. Wen apareció maquillada al cabo de unos minutos, con un bonito vestido azul y un collar y pendientes de perlas. Hilo sonrió y le ofreció el brazo, y salieron al patio a casarse.

El juez Ledo, un hombre de confianza a sueldo del clan, había acudido para celebrar los esponsales. Kehn y Shae fueron los testigos. La ceremonia civil llevó tan solo unos minutos, no la hora larga de cánticos que habría durado con arreglo a la tradición deísta, pero los votos del matrimonio civil seguían haciendo referencia a las Virtudes Divinas.

—Practicaré la humildad: pondré a la persona amada por delante de mí sin esperar alabanza ni recompensa, pues ahora estamos unidos en todas las cosas.

»Practicaré la compasión: seré agradecido con la persona amada, sufriré cuando sufra, pues ahora estamos unidos en todas las cosas.

»Practicaré el valor: protegeré a la persona amada y me enfrentaré a los miedos interiores y exteriores, pues ahora estamos unidos en todas las cosas.

»Practicaré la bondad: me ofreceré libremente a la persona amada, la honraré y la cuidaré en cuerpo y alma, pues ahora estamos unidos en todas las cosas.

»Te hago este juramento a ti y solo a ti bajo la mirada de los dioses en el Cielo, desde este momento hasta el último de mi vida.

A Wen le tembló la expresión y tuvo que contener las lágrimas mientras Hilo repetía al dictado del juez Ledo y recitaba las últimas palabras. «Desde este momento hasta el último de mi vida». ¿Cuánto tiempo sería?

Hilo sintió que los votos se asentaban dentro de él y lo ataban con un poder diferente al del juramento del clan que había dirigido toda su vida adulta. Sentía ya una extraña necesidad de conciliar ambos juramentos y presentía las imposibilidades a que se enfrentaría al intentarlo. Al contemplar el rostro confiado y encantador de Wen lo golpeó el remordimiento, consciente de que no podía prometerle que no le rompería

el corazón, ni siquiera a pesar del gran amor que sentía por ella. Porque había momentos en que un hombre no podía ser a la vez leal a sus hermanos y amoroso con su esposa. Un guerrero de jade no podía estar unido por completo a su amada, cuando había prometido dar su sangre por el clan.

Wen inspiró profundamente para calmarse y pronunció los votos con una intensidad que hizo que Hilo la apreciase y admirase aún más. Kehn se adelantó para atarles las muñecas con cintas de tela, mano derecha con mano izquierda y mano izquierda con mano derecha, frente a frente, y Shae les puso la copa de hoji en las manos unidas. Los dos bebieron y vertieron el resto en el suelo para llamar a la suerte. El juez Ledo los declaró unidos en matrimonio.

Hilo sabía que era una boda muy escueta para el pedestal del clan. Lamentaba profundamente haber arrebatado a Wen la celebración espectacular que merecía. Pero lo importante era que ya era su esposa, y si al día siguiente era su viuda, tendría todo lo que había prometido dejarle. Montaña no podía tocar los bienes legados en testamento a los familiares. Wen tendría suficiente para empezar una vida nueva y más segura en Espenia. Y al menos de momento era su esposo y eso lo hacía feliz; más feliz que lo que había sido en mucho tiempo.

Llevó a Wen a la mansión, a su habitación; cerró la puerta, la desnudó y le hizo el amor. Dejaron encendida una luz tenue y se turnaron para guiarse uno al otro; no hablaron con palabras, sino con el roce silencioso de la piel contra la piel, el contacto de dedos y labios, la mezcla de alientos. Hilo ansiaba extender al máximo aquel oasis de tiempo; cada vez que se acercaba al clímax, se lo negaba y dirigía su atención a Wen, hasta que ella quedó agotada de placer y le susurraba con dulzura que cediera. Al final, con desesperación feroz y reticencia temblorosa, Hilo encontró la liberación, y después intentó seguir despierto el tiempo suficiente para grabar en su mente aquel momento de manera tan indeleble que pudiera tener la seguridad absoluta de que sería lo último que recordaría en la vida.

CAPÍTULO 53

Hermanos de armas

ANDEN llegó a la mansión Kaul ya entrada la tarde de la víspera de Año Nuevo. La academia cerraba durante la semana de festividades, y a lo largo del día, los estudiantes habían ido abandonando el campus para pasar las vacaciones en familia. Anden había tardado en preparar el equipaje y marcharse. El pedestal había pasado un buen rato hablando con él el día anterior, de modo que sabía qué iba a encontrar cuando llegase; pero durante buena parte del día no se había sentido preparado para afrontar lo que le esperaba. Se había dedicado a pasear por los terrenos de la academia, empapándose del ambiente del hogar que pronto abandonaría. Había pasado muchos años viendo a la academia, un lugar de privaciones y sufrimientos necesarios, de sudor y tareas, de comidas sencillas, de pocas comodidades y profesores severos. Pero ahora se daba cuenta de que había sido un refugio donde el honor de los huesos verdes era un objetivo inmaculado, el único lugar donde una persona podía portar jade y entrenarse en las disciplinas del jade en completa seguridad.

Las dos semanas de pruebas finales habían transcurrido como un relámpago borroso. Después de tantos años de preparación y sesiones febriles de estudio y entrenamiento de última hora, la conclusión de las pruebas académicas y marciales le había resultado casi un anticlímax. Lo que más preocupante encontraba eran los exámenes de ciencias y

matemáticas, y habían sido los primeros en el calendario. Después de aquellos, no hubo sorpresas importantes. Mejoró ligeramente los resultados de las pruebas preliminares, en especial en Desviación. El último día se puso el jade y luchó contra cuatro huesos verdes de la academia, ayudantes de los instructores, uno detrás de otro, a lo largo de treinta minutos agotadores. Al acabar estaba extenuado y apalizado, pero seguía en pie, jadeante aunque dispuesto a continuar. Las palizas de Hilo habían servido de algo, así como que le enseñase a volver a ponerse siempre en pie.

Los profesores tomaron notas en los portafolios y le indicaron con un gesto que podía retirarse. Anden había saludado y se había marchado de la sala de pruebas con una sensación de orgullo y triunfo poco más intensa que si hubiera despachado una tarea vulgar como fregar el suelo. «Al menos ya se acabó». Se licenciaría, eso era lo importante. Aquellas pruebas no eran reales; las auténticas estaban por llegar.

Cuando llegó a la mansión Kaul fue directamente al patio; el pedestal estaba sentado a la mesa con toda la familia, en penumbra. Estaban dando buena cuenta de la cena de la víspera de Año Nuevo, y se le hizo la boca agua al captar los deliciosos aromas: cochinillo asado, sopa de marisco, gambas en salsa picante, brotes de guisantes con ajo, verduras empanadas y fritas. Anden solo comía cosas así de buenas un par de veces al año, pero era una comida festiva modesta para una familia como los Kaul, que en el pasado habían sido anfitriones de grandes festines públicos de Año Nuevo. Se detuvo para captar la escena. Su primo Hilo, con un traje negro, estaba sentado a un extremo de la mesa y de espaldas a él. Wen estaba a su izquierda, inclinada hacia él y con una mano en su rodilla, como para mantenerlo sentado. Shae estaba en el extremo opuesto. Entre Hilo y Shae, a un lado estaban los hermanos Maik, y al otro, Kaul Sen en una silla de ruedas, con Kyanla cerca lista para atenderlo. Había un asiento vacío y un plato reservados para Anden.

Durante un instante, el joven no se movió; la intensidad del momento lo traspasó con un dolor que hizo que le costara dar un paso más. La imagen estaba incompleta; faltaba Lan, y con su ausencia también faltaba la sensación de alegría. Las voces eran bajas; las posturas, tensas. Incluso desde lejos se notaba que la reunión tenía más el aire de un velatorio que el

de una cena familiar de Año Nuevo. Solo Hilo parecía un poco relajado, hasta feliz. Detuvo la mano de Wen cuando esta fue a coger la tetera y él mismo llenó las tazas de todos. Se sirvió otro plato de cochinitillo, le dijo algo animadamente a Tar, que asintió pero no sonrió, y rodeó con el brazo la cintura de Wen.

Hilo miró atrás y vio a Anden. Sonrió, se levantó y se acercó a él.

—Andy, llegas tarde. Ya casi no queda comida. —Abrazó con cariño a su primo y lo acompañó a la mesa. Anden se sentó al lado del abuelo.

—Lo siento, Hilo-jen —dijo al sentarse—. He tardado más de lo que esperaba en salir de la academia, y el tráfico es horrible. La semana de Año Nuevo...

—Tenías que haberme llamado; te habría mandado un coche. —Hilo le dio una tarascada a modo de reprimenda burlona y le llenó el plato. Al contrario de lo que había afirmado, aún quedaba un montón de comida—. Las pruebas han terminado; ya no eres estudiante. No hace falta que vayas por ahí en bicicleta o en autobús.

—Enhorabuena por el final de las pruebas, Anden —dijo Shae.

—Gracias, Shae-jen —contestó sin mirarla a los ojos.

El abuelo pareció espabilarse y dejó de picar los restos del plato. Giró la cabeza marchita, entrecerró los ojos y dirigió a Anden una mirada que de repente era penetrante e intensa.

—Así que ya eres uno de los nuestros. El hijo de la Bruja Loca.

Anden se quedó helado, con la cucharada de sopa a medio camino. Volvió a dejarla en el cuenco y un rubor enfermizo le subió por el cuello y la cara.

—Espero que portes el jade mejor que tu madre —continuó Kaul Sen—. Ah, ella era verde, desde luego; un monstruo verde. Pero acabó aún peor que su padre y sus hermanos. —Alzó un dedo huesudo y lo agitó ante Anden—. Cuando Lan te trajo, le dije: «Ese chico de sangre mezclada es como un cruce entre una cabra y un tigre; quién sabe cómo acabará por salir».

Hilo miró a su abuelo y habló con un tono tan asesino que Anden se encogió al oírlo.

—Kyanla, creo que ya es hora de que se acueste el abuelo, ¿no?

Kyanla se levantó de golpe.

—Vamos, vamos, Kaul-jen. —Se apresuró a apartar la silla de ruedas para llevarlo a la casa—. Hora de descansar.

—Vigila tu jade, hijo de la Bruja —dijo Kaul Sen mientras se alejaban.

Todos se habían quedado en silencio. Hilo dejó escapar un suspiro y tiró la servilleta a la mesa.

—No está bien —explicó a Anden en tono de disculpa—. Perder la tolerancia al jade hace cosas a los viejos aquí arriba. —Se dio unos golpecitos a un lado de la cabeza.

Anden asintió sin decir nada. Kaul Sen nunca había sido cruel con él. Cuando Anden tenía siete años, el anciano le parecía un dios, y hasta hacía apenas un año lo había visto fuerte y sano. Una vez le dijo: «Pertenece a esta familia, chico. Serás un huesos verdes tan poderoso como mis propios nietos».

—No le hagas caso —dijo Hilo—. Venga, come. Y los demás, quitaos esas caras de luto. Esta es una noche feliz: Andy ha pasado las pruebas. Yo me he casado. Empieza a hacer calor; se acerca la primavera. Es la víspera de Año Nuevo. Ya sabéis que se dice que el primer día fija la suerte para el resto del año; no lo empecéis de mal humor.

Anden se obligó a masticar y tragar. Se sentía fatal: su llegada había empeorado las cosas. Se las apañó heroicamente para sonreír y dijo:

—Enhorabuena por la boda, Hilo-jen. Estás especialmente hermosa esta noche, hermana Wen.

—Así está mejor —dijo Hilo—. Gracias, Andy.

Wen sonrió con delicadeza, pero Anden se dio cuenta de que lo estaba observando con expresión preocupada. Los hermanos Maik, sentados enfrente de él, parecían especialmente disgustados. Ni Kehn ni Tar habían dicho una palabra desde que había llegado, y cuando lo miraban, mostraban algo que parecía resentimiento. Anden evitó mirarlos a los ojos. La tarea del cuerno y del asistente del pedestal era proteger a este con su propia vida: no se los podía culpar por deplorar la parte de responsabilidad de Anden en lo que iba a ocurrir al día siguiente.

—¿Sabéis qué nos falta hoy? —dijo Hilo—. Monedas de chocolate. Siempre nos daban monedas de chocolate la víspera de Año Nuevo cuando

éramos pequeños, ¿verdad, Shae?

Poco a poco se reanudó la conversación. Anden comió tan deprisa como pudo; no quería alargar el sufrimiento en torno a la mesa.

Kyanla volvió para recoger los platos, y la familia se levantó lentamente y remoloneó un momento, aliviada de que hubiera terminado la cena pero reticente a marcharse. Shae se acercó a Anden y le puso una mano en el brazo. Parecía un gesto de disculpa, y Anden sabía a qué se debía. Con Shae tan cerca, podía notar el jade que portaba, el leve cosquilleo del aura; no había tenido aquella sensación la vez que se sentó con ella a cenar en la churrasquería, hacía ya una eternidad.

—Me equivocaba —dijo Shae en voz baja—. No te escuché. Yo...

—Lo sé, Shae-jen. No tienes que decirlo.

—Lo que estás haciendo ahora... No quería que Hilo te lo pidiera. Discutí con él; le dije que te colocaba en una posición terrible, pero está convencido de que es la mejor oportunidad de salvar el clan. Siento no haber podido disuadirlo.

—Lo entiendo —dijo Anden—. Es mi elección.

Hilo susurró algo a Wen, que asintió y se marchó con sus hermanos.

—Ven conmigo, Anden. Hablemos dentro —dijo el pedestal.

—¿Llevo mi equipaje a la habitación de invitados? —preguntó Anden.

—Déjalo ahí; ya lo llevaremos luego.

Hilo echó a andar, no hacia la mansión principal, sino hacia la sala de entrenamiento. Al llegar encendió las luces, que iluminaron el largo suelo de madera. Anden sintió un calambre en el pecho. Recordó la última vez que estuvo allí; la última vez que vio a Lan con vida.

Hilo cerró la puerta y se volvió hacia él. La actitud relajada que había mostrado en la cena había desaparecido, sustituida por una intensidad peligrosa también propia de él. Anden se asombraba de la facilidad y la rapidez con que su primo podía pasar de un estado a otro.

—Has tenido tiempo para pensarlo un poco más —dijo Hilo—. ¿Crees que puedes hacer lo que te pido?

Anden asintió. De repente tuvo la impresión de que aquel era el momento del auténtico compromiso, de que toda su existencia lo había

llevado hasta allí. El pedestal contaba con él, y con nadie más que con él, en aquel momento de necesidad del clan.

—No te fallaré.

—Lo sé, Andy. —Hilo pareció afligido durante un instante—. Tenemos que prepararnos para mañana, pero tenemos que hacerlo bien. Te estoy pidiendo que actúes por el clan, por mí, y eso te convierte en un huesos verdes de Sin Cumbre. Aún no se ha celebrado la ceremonia de graduación, pero ya has pasado las pruebas, así que puedes pronunciar el juramento. ¿Te lo sabes de memoria o necesitas que lo recite contigo?

—Me lo sé —dijo Anden. Se arrodilló delante de su primo, unió las manos y se las llevó a la frente. Habló con voz sonora y firme—: El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. He sido escogido y entrenado para portar el regalo de los dioses, para usarlo por el bien y la protección de la gente y contra los enemigos del clan, no importan su fuerza ni su número. Me uno a la hermandad de los guerreros de jade, libremente y con todo mi ser, y los llamaré mis hermanos de armas. Si alguna vez soy desleal a mi hermano, que muera bajo el cuchillo. Si alguna vez no acudo en ayuda de mi hermano, que muera bajo el cuchillo. Si alguna vez busco el beneficio personal a costa de mi hermano, que muera bajo el cuchillo. Lo juro ante la mirada de todos los dioses del Cielo. Por mi honor, mi vida y mi jade.

Anden tocó el suelo con la frente a los pies de Hilo. Este lo ayudó a levantarse y lo abrazó.

—Hermano.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 54

Sé como Baijen

ENTRADA la tarde del primer día del año, Hilo y Anden fueron en coche a las Dársenas y llegaron sin contratiempos ante el Dos Fortunas poco después de la puesta de sol. Hilo puso a Anden al volante.

—Quiero estar seguro de que no me estropeas el coche a la vuelta —dijo. Había pasado algún tiempo desde que Lan enseñó a conducir a Anden en un coche viejo de la familia, y el joven estaba tan nervioso manejando el carísimo vehículo de su primo que lo llevó renqueando como un anciano todo el camino, lo que hizo que Hilo se burlase de él—. El Duchesse Priza tiene un motorazo y tú lo llevas como si fuera un coche de pedales.

—Podrían haber conducido Kehn o Tar —protestó Anden.

—No. Ya viste lo disgustados que estaban anoche.

Los estaban esperando. Habían visto la lenta aproximación del Duchesse e informado de su llegada mucho antes de que estuvieran cerca de las Dársenas, así que cuando se detuvieron delante del Dos Fortunas y Anden detuvo el motor, lo primero que vio Hilo fue que en el aparcamiento no quedaba ningún vehículo que pudiera pertenecer a un cliente real. Solo había unos cuantos coches negros grandes, como el ZT Valor de Gont, y en la puerta del restaurante se había reunido un pequeño grupo de huesos verdes de Montaña.

Hilo esperó un momento en el coche. Podía Percibir la ansiedad de los hombres que estaban fuera y el aura implacable de Gont Asch, girando como una roca negra dentro del Dos Fortunas y acercándose a la entrada. Pero lo que Percibía con más claridad era el miedo de su primo a su lado, el pulso acelerado, y estaba impresionado porque el rostro de Anden apenas traslucía nada de aquel temor. Hilo le puso una mano en el hombro, la mantuvo allí unos instantes y luego salió del coche y avanzó hacia el grupo de enemigos. Al cabo de un momento sintió y oyó que Anden se apeaba y lo seguía veinte pasos por detrás; los latidos del corazón de su primo aún resonaban con fuerza en su Percepción.

Gont Asch estaba ante él, con una chaqueta de cuero y la espada luna al cinto, flanqueado por una docena de guerreros. Hilo se detuvo a poca distancia. Pese a la enemistad mutua, los dos hombres rara vez se habían visto en persona, y durante lo que duraron varias respiraciones tranquilas se observaron inmóviles. Nadie habló ni se movió, expectantes ante el encuentro en ciernes.

—Es mi restaurante favorito, ¿sabes? —dijo Hilo al fin.

—Ya he visto por qué —retumbó Gont.

—¿Has probado las bolas de calamar crujientes?

—Las como casi a diario —dijo el cuerno de Montaña.

Hilo entrecerró el ojo izquierdo y sonrió.

—Te envidio. —Contempló la línea de veteranos guerreros de Montaña, algunos de los cuales portaban jade de los puños caídos de Sin Cumbre—. Muy bien. Aquí estoy. Lo que le hicisteis a Eiten fue muy rastrero, mamones. —Escupió a un lado—. Cualquier hombre que me desafíe con una hoja limpia tiene mi respeto, pero arrebatasteis la dignidad a un guerrero solo para atraer mi atención. Pues vale, ya la tenéis.

Gont avanzó lentamente como un león al acecho. Su voz era un gruñido cauteloso.

—Si fuera una disputa de honor personal, tú y yo nos habríamos enfrentado a hoja limpia hace mucho tiempo, Kaul-jen. Pero es una guerra de clanes. Somos cuernos y hacemos lo que debemos para que nuestro clan prevalezca, ¿no es así? —Caminó alrededor de Hilo, tomándole la medida con una mirada profunda—. Debo reconocer que no esperaba que vinieras.

Creía que tendría que abrirme camino matando hasta al último huesos verdes de Sin Cumbre para llegar a ti.

—Si todavía quieres un duelo, te lo concedo aquí y ahora —dijo Hilo, sin dejar de seguir al cuerno enemigo con la mirada y la Percepción.

Gont soltó una risilla.

—Esa no era la propuesta. No soy tan egoísta como para jugarme el desenlace de la guerra en un duelo personal. —Se detuvo delante de Hilo; su enorme figura proyectaba una sombra alargada en el espacio que los separaba—. Los dos sabemos que Montaña derrotará a Sin Cumbre al final; ¿por qué dejar que tus leales desperdicien la vida por ti? ¿Por qué alargar el sufrimiento de la ciudad que amamos los dos? Si yo estuviera en tu pellejo, seguiría el ejemplo desinteresado de Baijen.

Hilo guardó silencio. Lo recorrió un espasmo invisible; no quería morir. Desde luego, estaba preparado, pero no quería. Sabía que Gont podía Percibir el estallido de emociones en conflicto, pero no intentó ocultarlas.

—Me ofreciste algunas garantías —dijo. Señaló con la cabeza hacia donde esperaba Anden, a cierta distancia detrás de él—. Mi primo ha venido para asegurarse de que se cumplen.

Gont miró al joven y le hizo un gesto para que se acercase.

—Ven aquí, Anden Emery. —Anden acudió con tranquilidad, pero con visible reticencia. Gont siguió haciéndole gestos hasta que lo tuvo bastante cerca para ponerle una enorme mano en el hombro. Los dos quedaron de frente a Hilo—. ¿Sabes cuál es tu papel en este acuerdo entre tu primo y yo?

—Lo sabe —dijo Hilo con la mandíbula tensa al ver la zarpa de Gont en el hombro de Anden—. Confío en que se mantenga al margen cuando empiece esto. Me llevará de vuelta con mi familia; quiero estar de una pieza y que mi cuerpo conserve hasta la última gema de jade. Si Anden regresa sano y salvo e informa de que todo ha ocurrido como prometiste, mi hombre del tiempo cederá el control del clan. He hablado con mi cuerno y escrito cartas a todos mis puños, ordenándoles que depongan las armas y acepten vuestras condiciones. Si honras el trato, el hombre del tiempo entregará las cartas. Si no, todos los puños y todos los dedos lucharán hasta el último hombre para derribar a Montaña. Nos destruiréis, pero será una

victoria pírrica. Vuestro clan quedará lisiado, y la ciudad, en ruinas. —Hilo hablaba con convicción absoluta; lo decía en serio—. Los dos sabemos que las cosas pueden acabar así, pero ninguno de los dos es tan egoísta, Gont-jen. Por eso estoy aquí.

Gont asintió; a su pesar, sentía respeto. Soltó a Anden.

—Doy mi palabra de que el joven Anden no sufrirá daño alguno ni se le impedirá cumplir su deber.

—Otra cosa —dijo Hilo—. Quiero que lo acabes tú. Merezco un duelo a hoja limpia y en su lugar me das esto... Lo mínimo que merezco en una muerte trascendente es no caer en una carnicería descuidada. ¿Lo entiendes, Gont-jen? Quiero que otro cuerno me conceda la muerte de un guerrero.

Pasó un momento. Luego, Gont inclinó la cabeza y habló con un deje de humor negro:

—Te aseguro que será un placer, Kaul-jen.

Hilo recorrió con la mirada el grupo de hombres de Gont. Habían avanzado tras su cuerno, acercándose expectantes, pero entonces se detuvieron y recularon al notar el cambio en el cuerpo de Hilo, la forma en que colocaba los hombros y doblaba ligeramente las rodillas. Hilo se desabrochó dos botones de la camisa y arrancó los demás para mostrar la larga hilera de gemas de jade encastradas en la clavícula.

—¡Adelante, pues! —De repente sentía impaciencia. Desenvainó el cuchillo garra y lo hizo girar en el índice, por el aro de la empuñadura, antes de aferrarlo y adoptar la postura agazapada de un luchador experto—. ¡Gont-jen, dime cuál de tus hombres es mejor con el cuchillo!

Anden se mantuvo a un lado; la poderosa presencia de Gont se alzaba cerca. Reprimió un jadeo cuando los tres hombres de Montaña que rodeaban a Hilo cargaron contra él a la vez. La escena se convirtió en un borrón de movimientos y tajos que Anden apenas podía seguir. Los tres hombres que se habían adelantado con permiso de su cuerno eran buenos luchadores. Portaban jade en las cejas y las orejas, y alrededor de los dedos, las muñecas y el cuello. Se movían con una fiereza elegante. Pero deberían haber sabido desde el principio que al presentarse voluntarios para aquella

tarea honorable era probable que murieran. Kaul Hiloshudon inspiraba terror con el cuchillo garra, y en aquel momento, Anden descubrió por qué.

El cuchillo garra kekonés es una hoja curvada de diez centímetros con doble filo, que se usa para cortar, apuñalar, enganchar y controlar las articulaciones. Anden había visto el cuchillo de Hilo; tenía tres gemas de jade en la empuñadura y estaba forjado con el mismo acero Da Tanori que las mejores espadas luna, pero a diferencia de estas, que siempre fueron el arma por antonomasia de los huesos verdes, el cuchillo garra era el arma de los luchadores callejeros. Por todo Kekon se podían encontrar versiones sencillas sin jade, y los miembros jóvenes de las familias de huesos verdes aprendían a manejarlo mucho antes de tocar cualquier otra arma.

Hilo peleaba como si ni siquiera empuñara un cuchillo. En ningún momento se miró las manos ni el arma; no dependía de atacar solo con el lado derecho; en ningún momento pareció tener el brazo tenso ni ser siquiera consciente del cuchillo, comportamiento que habría cabido esperar de alguien menos habituado. Se inclinó, se escurrió lateralmente y giró, desviando los ataques de sus adversarios y penetrando la guardia de estos con sus ataques. La diferencia era que cada contacto suyo iba puntuado con destellos de acero. Un luchador le lanzó un tajo alto; Hilo le enganchó la muñeca, le cortó la cara interior del codo, pasó el cuchillo al otro brazo, lo impulsó hacia arriba y pasó el filo alrededor del cuello del hombre como si estuviera pelando una fruta.

Ocurrió en un segundo. El adversario no pudo ejecutar Acero bastante deprisa para seguir el movimiento; el cuchillo cortó la yugular y el guerrero cayó con un gorgoteo sangriento. Hilo ya estaba en acción otra vez y sus ojos arrojaban destellos de fuego. Con el siguiente hombre ocurrió igual; Hilo replicó a un tajo con tres o cuatro cortes en sucesión fluida. El tercer rival alcanzó a Hilo en las costillas y luego lo golpeó en la nuca. En cualquier otra persona, el cuchillo garra habría segado la carne sin esfuerzo, pero el Acero de Hilo era casi tan bueno como el que se suponía que tenía Gont, aunque menos fuerte y más fluido. Un maestro del Acero podía dirigir la energía del jade en una danza ágil de tensión y liberación, evitando entorpecer los movimientos propios y desplegando en un instante un escudo cambiante de invulnerabilidad casi absoluta. Anden contuvo la respiración

al ver que el cuchillo cortaba la ropa de Hilo, pero solo la mancharon unas gotas de sangre. Hilo gruñó al cambiar de postura y aplicó Fuerza a un golpe de la mano izquierda dirigido al cuello de su rival. Como había esperado, el adversario reaccionó extendiendo Acero en la mitad superior del cuerpo para encajar el golpe. Hilo se agachó, le segó de un tajo la arteria femoral y luego lo apuñaló en la corva. El huesos verdes cayó lanzando un grito que Hilo coreó con un gruñido triunfal al hundirle la punta del cuchillo entre las vértebras del cuello.

—¡Me estás haciendo perder el tiempo! —gritó apartándose de un salto del cadáver. Le corría el sudor por la frente y el cuello—. ¡A este paso te vas a quedar sin huesos verdes, Gont-jen! ¡De haber sabido que los puños de Montaña eran tan fáciles, habría venido antes!

«Los está provocando», pensó Anden con desesperación. Los siguientes luchadores de Montaña ya no titubearon. Estaban furiosos por la muerte de sus camaradas y animados por la certeza de que hasta el mejor guerrero está condenado a agotarse rápidamente cuando pelea contra varios rivales a la vez. Anden se obligó a quedarse inmóvil, a observar y a no apartar los ojos cuando el combate se convirtió en una auténtica batalla campal. Hilo se desplazaba para mantenerse fuera del centro de la tormenta. Hizo retroceder a dos enemigos golpeándolos con una Desviación mientras despachaba al tercero. Saltó con Ligereza para evitar un ataque simultáneo desde dos lados, pero lo arrastraron de vuelta. Usó Canalización contra un atacante, pero antes de que pudiera rematarlo, la Fuerza del otro lo hizo caer de rodillas. La respiración de Anden se había convertido en un jadeo asustado; se clavó las uñas en las palmas de las manos al ver que su primo desaparecía bajo un torbellino de cuerpos vestidos de negro y cuchillos centelleantes.

El cuchillo garra de Hilo salió rebotando por el asfalto, fuera del círculo de luchadores.

—¡Basta! —gritó Gont. Hubo hombres que, enloquecidos por el fragor del combate, no obedecieron de inmediato, y Gont gritó otra vez al tiempo que movía el brazo en un amplio arco de Desviación suave que golpeó a sus propios huesos verdes y los hizo apartarse trastabillando. Cuando se retiraron, Anden vio al pedestal de Sin Cumbre a cuatro patas; le corría la

sangre por la cara y por la espalda de la camisa. Un ruido chirriante acompañaba su respiración mientras los hombros subían y bajaban.

De repente, Anden pensó en aquella vez que Hilo fue a la academia y le dio una paliza por mera diversión y para descubrir qué clase de hombre era, si era de los que seguían luchando por grande que fuera la desventaja. Aquel día, Hilo lo había machacado con facilidad, había jugado con él de la misma forma que un perro grande inmoviliza y mordisquea a uno pequeño. En aquella ocasión, Anden jamás habría imaginado que llegaría a ver algo así: el más feroz de los Kaul tan indefenso ante sus enemigos como había estado Anden ante él. Gont se adelantó un paso.

—Basta —retumbó otra vez—. Hoy has derramado suficiente sangre de huesos verdes, Kaul Hiloshudon de Sin Cumbre. Mereces la muerte de un guerrero.

Gont llevó la mano a la empuñadura de la espada luna, y en ese instante, Hilo saltó disparado hacia delante y lo atrapó por la cintura. Los dos hombres cayeron juntos al suelo. Hilo escupió a Gont en la cara.

—¿Creías que te iba a ofrecer el cuello como un pato en una tabla de cortar? ¡Te llevaré conmigo! —Y se alzó lo suficiente para reunir la Fuerza que le quedaba y lanzar un golpe aplastacráneos.

Gont lo golpeó con una Desviación que lo hizo caer de espaldas. Los luchadores de Montaña corrieron para atacar de nuevo, pero Gont los detuvo.

—¡Dejadlo!

Se puso en pie de un salto, con una velocidad y una Ligereza sorprendentes en un hombre de su tamaño. Se quedó mirando a Kaul, que se levantó con un gruñido y volvió a atacar. Gont rechazó la embestida de su debilitado rival y lo golpeó en la cara. Hilo cayó, pero se volvió a levantar, y Gont lo tumbó de nuevo, aquella vez con una patada en las costillas. Anden se estremeció; le ardían los ojos, la garganta, el pecho. En la mirada de Gont, bajo la espesa cortina de autodomínio pétreo, había aparecido un brillo de satisfacción vengativa.

—Eres... tan... persistente... —gruñó con cada golpe que hacía tambalearse a Hilo o lo mandaba de vuelta al suelo, solo para que se levantara otra vez—. No... sabes... cuándo... parar.

Con un tirón de Fuerza, Gont levantó al adversario, más ligero que él, y lo lanzó a varios metros. Hilo golpeó el asfalto, y aquella vez no se levantó. Yacía como un muñeco roto y desgarrado; apenas se le movía el pecho en una respiración gorgoteante y bronca. Mientras Gont desenvainaba la espada luna, Hilo giró la cabeza y gritó:

—¡Ahora!

Anden echó a correr. Ninguno de los huesos verdes le prestaba atención; era un estudiante adolescente, un simple testigo designado para aquel acontecimiento; nadie le había visto armas ni notado la menor aura de jade. El miedo y la ansiedad que Percibían en él les habían parecido lógicos y naturales. Ahora corría sintiendo el pulso en los oídos, y se arrojó sobre el cuerpo tumbado y ensangrentado de su primo.

—Andy... —susurró Hilo, y alargó la mano.

Anden le sacó de la manga izquierda una larga cinta de jade y la enrolló en su propio puño cerrado.

Dos días antes, Hilo se había quitado casi todo el jade que portaba y lo había engastado en una cinta fina que se había adherido cómodamente a la cara interior del antebrazo izquierdo, el brazo que no atraía la atención con el cuchillo garra. Solo había dejado en su lugar habitual las gemas de la clavícula, las que veía todo el mundo. No había diferencia en su aura; seguía llevando todas las gemas pegadas a la piel. En aquel momento, el cuerpo de Hilo tembló con violencia al separarse del jade.

El mundo de Anden estalló en un géiser de energía pura.

Era como si hubiera salido de los confines de su propio cuerpo. Estaba en todas partes y en ninguna; estaba agachado sobre su primo, estaba contemplándose y contemplando a Gont desde lo alto, estaba dentro de la gente que lo rodeaba, notaba el flujo de la sangre y la palpitación de los órganos internos. Su propio cuerpo era una cosa extraña y limitadora, una curiosa combinación de sistemas y partes, materia orgánica, carne que rodeaba huesos, piel, agua y materia cerebral, y era muy consciente de que solo era eso y a la vez era mucho más. Era sensación; era energía consciente. Energía que sabía manipularse a voluntad.

Nunca había imaginado semejante capacidad de consciencia, semejante éxtasis, poder y sensación.

La noche anterior, cuando habían ensayado la forma de actuar, Anden tiró del jade oculto sin separarlo por completo del brazo de Hilo. No habían querido correr el riesgo de debilitarse peligrosamente con el subidón y el síndrome de abstinencia. A pesar de eso, Anden había sentido el flujo cosquilleante de todo aquel jade, más de lo que había tocado nunca.

No había sido nada comparado con lo de aquel momento.

—No te muevas hasta que te dé la señal —había dicho Hilo—. Si muero antes de poder llamarte, quizá tengas todavía una oportunidad, pero solo si Gont está cerca. Tiene que estar cerca.

Gont estaba cerca. Anden sintió la vacilación en el movimiento del hombre, el instante de sorpresa absoluta. Hilo había hecho un buen trabajo manteniendo la atención del cuerno concentrada en él y en nada más, irritándolo para ocultar cualquier cosa que hubiera podido hacer que se fijara en Anden, incluso en el brevísimo instante entre el grito de Hilo y la respuesta del joven. Gont bajó la espada luna, pero fue un movimiento indeciso; la hoja metálica blanca descendió lentamente, como si el aire que atravesaba fuera espeso como la melaza, y Anden sintió el extraño impulso de echarse a reír cuando se dio cuenta de que Gont no se movía más despacio; era su percepción del tiempo la que se había multiplicado por mil.

Podía sentir el aura de jade del cuerno como si fuera un objeto tangible que pudiera sujetar con las manos. Casi tentativamente puso la palma hacia arriba y sintió que su ser más grande que él mismo sujetaba el flujo de energía, lo envolvía, penetraba el corazón de aquella aura. Gont se quedó helado; entonces comprendió, y en sus ojos apareció un brillo de alarma. Se rodeó con su legendario Acero. Anden sintió que la fuerza que usaba para tantear se veía empujada hacia atrás, y notó que el aura de jade de Gont se preparaba para defenderse. Se levantó y apretó en el puño la cinta de gemas de jade; alargó la otra mano hacia el enemigo y empujó. Su Canalización era como una lanza de hierro. Atravesó las capas exteriores del Acero de Gont y se detuvo al encontrar una resistencia impenetrable, incapaz de avanzar más.

Gont puso los ojos como platos. La espada luna tembló como si todo el cuerpo del cuerno estuviera bloqueado en una parálisis de acción y reacción. Anden sintió que le hormigueaba la piel con el repentino aumento

de la temperatura. La sangre empezó a brotar de la boca y la nariz de Gont; el asombro y el pánico reforzaron su Acero, y Anden sintió que se expandía inexorablemente hacia él. No podía respirar; la fuerza que se le acumulaba en el interior era tan inmensa que le pareció que no tardarían en estallarle los ojos y los pulmones.

En aquel instante de empate inesperado, Hilo se impulsó con un brote de energía guiada por nada más que su fuerza de voluntad. Desenfundó el cuchillo garra de Gont y se lo clavó en el costado. Gont lanzó un rugido de dolor.

—¿No te acordabas? —jadeó—. Baijen regresó de entre los muertos para matar a su enemigo.

Hilo se derrumbó en el suelo. Los guerreros de Montaña que quedaban corrieron para ayudar a su cuerno, para hacer pedazos a Hilo y Anden, pero llegaron tarde. El cuchillo garra enterrado en el costado había creado la apertura necesaria. La concentración y el Acero de Gont flaquearon, y Anden Canalizó con todas sus fuerzas y sintió que la presión insoportable que se había acumulado en su interior se liberaba con un estallido salvaje y atravesaba el cuerpo del otro hombre.

El corazón de Gont se detuvo, se le atascaron los pulmones, le estallaron las venas del cerebro. Anden, incapaz de bloquear la nitidez implacable de su Percepción, compartió la sensación de la muerte y notó cada lanzada terrible de destrucción que atravesaba el cuerpo de su enemigo. Gont estaba muriendo; él estaba muriendo también. Cuando cayó el cuerno, Anden cayó con él, con la boca abierta pero incapaz de emitir el menor sonido. Entonces, la tormenta de la muerte se disipó y lo golpeó otra ola: el retroceso de la energía del jade que volvía a entrar en Anden como un viento aspirado por el furioso dios Yofo y exhalado en la forma de un tifón arrasador. El subidón del retorno de energía resultante de destruir a alguien tan poderoso como Gont era indescriptible. Dentro del cráneo de Anden, la luz y el calor de mil estrellas entraron en erupción. Echó la cabeza hacia atrás y, desde el fondo de su alma, lanzó un grito terrorífico de agonía y éxtasis.

Iba a incinerarse; necesitaba consumir aquella ebullición terrible, aquel exceso que lo desgarraba bajo la piel, desesperado por escapar de los límites

de la carne. Los guerreros de Montaña que cargaban hacia él con las espadas alzadas eran recipientes donde Canalizar la sobrecarga. Un escape, un valioso escape. Ni siquiera necesitó tocarlos; fue tan fácil como acabar con la vida de los ratones de la jaula. Atrapó a dos hombres sobre la marcha; se llevaron las manos al pecho con los ojos y la boca abiertos por la sorpresa y las espadas repiquetearon contra el suelo. Los vio morir con una curiosidad distante y una alegría voraz.

Los demás huesos verdes retrocedieron. Anden se dio cuenta del miedo que le tenían y se oyó soltar una risilla. Era un demonio, un monstruo adolescente ebrio de energía de jade y ansia de matar. «¿Qué pasa cuando se cruzan una cabra y un tigre?», se había preguntado Kaul Sen.

Algo extraño y terrorífico.

Un estremecimiento le recorrió la columna. Extendió los brazos bruscamente, con las manos abiertas, y lanzó una Desviación que rasgó el aire y se llevó por delante a tres hombres, que salieron volando antes de caer y rodar por el suelo. Se levantaron trastabillando y echaron a correr mirando hacia atrás con un miedo incontrolable. Los demás los siguieron en el acto. Atronaron las pisadas.

El sentido de la realidad se adentró flotando en la mente consciente de Anden, que lo percibió como si estuviera acurrucado en posición fetal en una esquina de sí mismo, aterrorizado. La figura inmóvil de Hilo yacía en el suelo; la sangre y la vida se le escapaban por las heridas. Anden tenía que... Tenía que conseguir ayuda... Llamar a alguien. Miró las piezas de jade que tenía en el puño derecho y, con la misma fuerza de voluntad que habría necesitado para arrancarse un ojo, abrió la mano y las dejó caer al suelo. Se irguió, dio un paso, y de repente el mundo entero osciló y quedó envuelto en la oscuridad. Anden, insensible, cayó al asfalto al lado de su primo.

CAPÍTULO 55

No está derrotada

ANDEN despertó en el hospital, conectado a un catéter intravenoso y a máquinas que emitían débiles pitidos. Sentía la cabeza pesada e hinchada, y tenía los ojos legañosos, la garganta seca y la piel dolorida, como si toda la superficie del cuerpo fuera una única magulladura; le molestaba hasta el más leve movimiento encima del colchón blando de la cama de hospital. Durante un momento no entendió qué hacía allí, y entonces lo recordó todo. Asustado, sintió que se le aceleraba el pulso, y no tardó en quedar bañado de sudor.

El recuerdo del terror y la euforia que lo invadieron al portar el jade, tantísimo jade, le llenó la mente. Ninguna otra cosa parecía ya tener importancia. El asombro y el anhelo hicieron presa en él cuando se miró los brazos pálidos que descansaban sobre la sábana blanca.

Había matado a Gont Asch.

El cuerno del clan Montaña, uno de los huesos verdes más poderosos de Yanlún. Había sentido la muerte de aquel hombre como si se hubiera estado muriendo él, y cuando el dolor quedó atrás, se deleitó en el momento en que se liberaba la energía de Gont y la recogía junto a la suya propia. Semejante euforia... Luego había matado a otros dos hombres; las muertes habían sido satisfactorias, aunque no tan memorables. Quizá solo fuera tan intenso la

primera vez que se mataba. ¿O la diferencia estaba en la fuerza y la capacidad de jade de cada muerto?

¡Ah, el jade! Era como decían los monjes: el jade era divino. Había llegado del Cielo y podía convertir a los hombres en dioses. Anden se pasó la lengua por los labios resecos y se preguntó dónde estaría el jade, y cuándo podría volver a ponérselo y sentirse otra vez como entonces.

Y de repente sintió ganas de llorar.

Él no era normal, lo sabía. Siempre lo había sospechado. La estirpe Aun, poderosa pero inestable, mezclada con la sangre y la sensibilidad al jade de un extranjero. Le habían dicho, y lo había creído, que el entrenamiento riguroso en la academia le serviría para superar sus deficiencias. La disciplina y la aclimatación al jade creaban huesos verdes poderosos pero que mantenían el control, no monstruos que estallaban en carcajadas de alegría sensorial al detener corazones ajenos. Hilo había matado muchas veces y seguía cuerdo.

¡Hilo! Anden sintió un intenso dolor de cabeza al erguirse.

Entró una enfermera, una mujer seria y corpulenta, y echó un vistazo a los indicadores del monitor.

—¿Dónde está Kaul-jen? —graznó Anden. La mujer no respondió enseguida; se limitó a inyectar algo en el tubo intravenoso—. ¿Está vivo?

—Está vivo —dijo la enfermera. Anden la oyó a través de una niebla. Fuera lo que fuera lo que entraba por el catéter, era profundamente sedante. En menos de un minuto estaba inconsciente.

Cuando volvió a despertar, Hilo estaba sentado junto a la cama. Anden se quedó sin aliento al verlo. Era como si le hubieran aspirado de la cara el famoso aspecto juvenil por debajo de la piel y hubieran dejado una versión espantapájaros. Su primo tenía los ojos morados y cortes y suturas en la mejilla, y llevaba una muñeca escayolada. A pesar de eso, cuando vio despertar a Anden sonrió de oreja a oreja y los ojos hundidos brillaron con calidez.

—Lo conseguiste, Andy. —En un impulso afectuoso se inclinó sobre él, lo agarró por la cabeza y le dio un beso en la frente—. Hiciste salir corriendo a Montaña. Has salvado al clan, primo. Y mi vida. Nunca lo olvidaré.

—¿Cómo...? —Tragó saliva, intentando humedecerse la boca. Vio que las gafas estaban en la mesilla que tenía al lado y se las puso con manos temblorosas—. ¿Cómo es que estamos vivos? ¿Qué pasó después...? —Le costaba construir frases completas.

Hilo se echó a reír. Se levantó, fue al lavabo y llenó un vaso de agua. Anden se dio cuenta de que estaban en una habitación privada del hospital. Hilo se movió con cuidado, con muy poco de su elegancia lánguida habitual, como si lo hubieran desmontado y vuelto a montar y no estuviera seguro de que no faltara alguna pieza. Volvió a sentarse, puso el vaso en la mano de Anden y le cerró los dedos alrededor como si guiara a un niño con problemas de coordinación motriz. Anden se lo llevó a los labios con torpeza y bebió, agradecido y avergonzado de tener allí al pedestal del clan tratándolo con tanto mimo.

—El señor Une, el propietario del Dos Fortunas, vio lo que pasó y telefoneó a la mansión. Shae llamó a Kehn y a Tar, que esperaban en un edificio del otro lado de la autopista, en Junko, a menos de cinco minutos. —Hilo se interrumpió para retomar el aliento y apretó los dientes al sentir alguna herida oculta, pero no dejó de sonreír—. Son todo buenas noticias, Andy. Después de que Montaña perdiera a su cuerno y a media docena de sus mejores huesos verdes, Kehn y nuestros puños arrasaron como un incendio. Recuperaron todo el distrito de las Dársenas en solo un día. —Le brillaba el rostro de orgullo—. Después de que Shae y él nos trajeran al hospital, Tar conquistó el resto de Sogen. Juen y sus hombres atacaron Punta de Lanza y mataron a tantos dedos de Montaña que no tendremos que volver a preocuparnos de perder la calle del Pobre. Hemos dado la vuelta a la guerra. Y lo has conseguido tú.

Anden intentó asimilar todo aquello.

—¿Eso quiere decir que hemos derrotado a Ayt?

Hilo ladeó la cabeza.

—Andy, un huesos verdes no está derrotado hasta que está muerto. ¿No acabamos de demostrarlo tú y yo? —Apretó los labios—. Montaña es un clan antiguo. Un clan grande. Les hemos dado un buen golpe y hemos obligado a Ayt a retroceder. Tendrá que nombrar un nuevo cuerno. Probablemente será el puño primero de Gont; me han dicho que sigue vivo.

Pasará algún tiempo antes de que puedan volver a atacarnos. Pero Ayt no está derrotada. —En la voz de Hilo había algo sombrío, pero los ojos le brillaban con optimismo, un brillo que Anden no había visto desde la muerte de Lan—. Y nosotros tampoco, Andy —añadió inclinándose hacia él como si le estuviera contando un secreto—. Tú y yo hemos acabado con Gont. Acabaremos con ella.

Anden se sentía confuso. ¿Por qué le costaba tanto alegrarse? Estaba vivo, Hilo estaba vivo, Gont había muerto y Sin Cumbre había prevalecido. Debería sentirse aliviado, debería estar tan de buen humor como su primo. Sin embargo, se sentía vacío, como si le faltara algo, hambriento no de victoria o venganza, sino de la consciencia y el poder que habían sido tan fugaces y transformadores. La breve exposición a aquella cantidad de jade le había grabado en la mente el conocimiento indeleble de lo que era capaz de hacer. Todo lo demás, familia y clan incluidos, palidecía en comparación.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Cinco días. —Ante la mirada de alarma de Anden, Hilo añadió—: No te preocupes, te pondrás bien. Yo estuve bailando más cerca de la tumba que tú, y eres más joven y más fuerte que yo. El doctor Truw ha estado con nosotros todo el tiempo. Deberíamos nombrarlo médico personal de la familia.

Anden no estaba seguro de poder plasmar sus pensamientos en palabras, pero tenía que intentarlo.

—Hilo... No me siento bien. Me siento extraño, vacío. Como si ya no me importaran las cosas importantes. Al matar a Gont... lo sentí todo. Fue lo peor que he tenido que hacer nunca, pero quiero hacerlo otra vez. —Se le quebró la voz—. Me pasa algo malo, ¿verdad? ¿Estoy enfermo? ¿Es la comezón?

—No seas bobo —dijo Hilo. Le puso una mano en el hombro, comprensivo, y suspiró—. Manejar tanto jade por primera vez, con toda esa presión... Te dejó seco. No cabe duda de que eres especialmente sensible. Te hemos estado dando dosis periódicas de SN1 para bajarte la fiebre y reiniciar tu sistema. Dice el médico que tus escáneres cerebrales ya son normales, así que dentro de unos días volverás a sentirte bien. —Le dio una

palmada—. No te preocupes; todavía falta una semana para la graduación. Para entonces estarás allí. Y no nos lo vamos a perder ninguno.

Anden miró la botella de suero y siguió el tubo transparente hasta el punto donde se clavaba en el brazo.

—¿Me están drogando con sene? —El veneno que había matado a Lan entraba gota a gota en sus venas.

—No te preocupes tanto —se apresuró a decir Hilo. Tocó el tubo con un dedo—. Está totalmente controlado; no hay peligro. El doctor Truw te ha estado vigilando todo el tiempo. Cuando salgas necesitarás solo una dosis pequeña, y dice que más adelante hablaremos de si tienes que seguir tomándolo o te lo podemos retirar del todo. Dice que por ahora no debemos quitártelo porque pronto vas a recibir el jade de la graduación y es mejor que tu cuerpo tenga un colchón de seguridad. Esto te ayudará.

El cansancio abrumó a Anden. Recostó la cabeza y cerró los ojos. Sentía una presión en el pecho. El deseo indefinido de llorar seguía creciendo en su interior sin ser capaz de liberarse, y se mezclaba con el anhelo confuso y con la droga que le corría por las venas.

—Por ahora descansa, Andy —dijo Hilo con voz amable, y luego no dijo nada más. Seguía con la mano apoyada en el hombro de Anden, y a través del contacto físico, el joven sintió el zumbido familiar del aura de jade de su primo, débil y apagado, ya fuera porque tenía los sentidos embotados o porque Hilo no se había recuperado lo suficiente para volver a portar todo el jade.

El jade que Anden había empuñado pertenecía a Hilo, que tenía tanto que ni siquiera sentía nada cuando añadía una pieza. Anden se quedó tumbado inmóvil, pero el rencor y la envidia lo invadieron como una infección.

CAPÍTULO 56

Día de graduación

EN los años venideros, la ciudad recordaría la semana de festividades que siguió a la masacre de Año Nuevo de los clanes de Yanlún. Muchos se referían a ella como la Venganza de los Kaul. En algunas partes de la ciudad se asentía con aprobación al oírlo; en otras provocaba tirones nerviosos del lóbulo de la oreja. Lo que fue evidente cuando los distritos se asentaron en una nueva posición de tablas fue que ninguno de los clanes conseguiría una victoria rápida. A pesar de todas las expectativas en contra, los nietos más jóvenes de la Antorcha habían atajado el intento de anexión y, con ello, habían asentado de forma incontestable su liderazgo del clan.

Según la tradición, los alumnos de octavo de la academia Kaul Dushuron, que habían terminado las pruebas antes de las fiestas pero tenían que esperar hasta el propicio comienzo del año para conocer las notas finales y licenciarse, pasaban la primera semana después de las vacaciones haciendo trabajos forzados en los terrenos de la academia, una última lección sobre la Virtud Divina de la humildad, antes de que les permitieran pronunciar los votos y recibir el jade. Anden seguía recuperándose en el hospital y no podía unirse a sus compañeros en la limpieza del empedrado, la reparación de vallas, la poda de árboles y la orientación de alumnos despistados de primero. Pero Hilo acertó en su predicción y Anden salió del Hospital General de Yanlún dos días antes de la ceremonia de graduación,

en condiciones suficientemente buenas para asistir a la convocatoria en un día nublado de primavera, con el cielo gris y amenazando lluvia.

Había corrido la voz de que Anden era el único que acompañaba al pedestal en la batalla donde había muerto Gont Asch. Cuando llegó con la túnica formal de la academia para unirse a sus compañeros en el Salón de Asambleas, antes de la ceremonia, un silencio profundo lo precedía allá donde fuese. Cuando llegó a la mesa de registro, el maestro Sain inclinó la cabeza con el mayor respeto que Anden hubiera recibido nunca por parte de un profesor.

—Emery. Ponte al final de la cola; serás el último en entrar.

Anden sabía que aquello significaba que había obtenido la calificación más alta en las pruebas, lo que, combinado con haber sido el primero de la clase en las preliminares, compensaba su mediocre puntuación académica y lo había colocado en el primer puesto.

Saludó y se retiró al final de la cola que se estaba formando.

—Ton... —dijo a modo de saludo.

Ton se sobresaltó y alzó las manos en saludo.

—Anden-jen —dijo—. Me alegro de ver que estás bien.

Había hablado en tono formal, el tono que emplea un dedo al dirigirse a un puño, y Anden se detuvo sin saber muy bien cómo responder. Quería corregir a Ton por dirigirse a él como a un huesos verdes, antes incluso de la ceremonia de graduación, pero por los modales del otro joven estaba claro que lo había hecho a propósito. Anden se tragó la incomodidad creciente y giró para saludar a Dudo y a Pau; los dos se inclinaron.

Anden miró detrás de ellos y descubrió a Lott. Lo atravesó una emoción fugaz, la leve sombra de un dolor, pero eso fue todo. No tenía espacio para nada más. Aquella parte de él estaba embotada. Lott, que desde la muerte violenta de su padre tenía un aire sombrío y una mirada vacía, inclinó la cabeza cortésmente hacia Anden.

—Jen...

Anden giró hacia el frente de la cola y cruzó las manos bajo las amplias mangas de la túnica ceremonial negra. Dos semanas de convalecencia, las sesiones de sanación con el doctor Truw y las dosis de SN1 habían cumplido la promesa de Hilo: se sentía recuperado físicamente, mucho más

él mismo que cuando despertó en el hospital trastornado y con ansia de jade. Aun así, había tenido que realizar un gran esfuerzo mental para acudir al acontecimiento de aquel día, para prepararse para soportar las miradas atentas de no solo sus compañeros de clase, sino del clan entero.

—Eres un héroe, Andy —había dicho Hilo, pero Anden no se sentía como tal. Se sentía dañado e inseguro. Pensó en el SN1 que seguía circulándole por las venas, contaminándole la sangre. Toda esa gente sabía lo que había hecho, pero no en qué se había convertido: en un peligro. Una sustancia volátil que se mantenía estable con ayuda de una ciencia moderna dudosa.

Cuando sonaron los tambores en el exterior, los ciento veintiséis hombres y las treinta y dos mujeres que habían completado los ocho años de entrenamiento de huesos verdes en la academia Kaul Du salieron del Salón de Asambleas al patio principal y formaron en filas pulcras delante de la tarima baja que habían levantado de cara a los cientos de sillas plegables llenas de parientes y miembros del clan.

Anden se arrodilló con sus compañeros en el suelo de piedra bajo la carpa que habían levantado debido a la amenaza de lluvia. Cuando el gran maestro Le empezó a hablar, Anden echó un vistazo a las hileras de espectadores. Descubrió de inmediato a los Kaul, sentados en el centro de la primera fila. Hilo llevaba un traje verde oliva y un chaleco negro comprados para la ocasión; parecía estar mucho mejor; aún tenía heridas en la cara, pero había perdido el aspecto demacrado. Estaba claramente de buen humor, igual que durante el trayecto en coche, y mostraba la alegre desenvoltura que casi había desaparecido durante los últimos meses. Rodeaba con un brazo los hombros de Wen. Anden vio que la apretaba contra sí con afecto y le ponía la capucha del chaquetón para protegerla de la brisa húmeda. Al otro lado de Hilo estaba Maik Kehn, y al lado de Wen, el hombre del tiempo. Shae estaba erguida; llevaba una falda y una blusa oscuras y tenía una mirada seria y algo preocupada, pero cuando se dio cuenta de que Anden la observaba le dirigió una leve sonrisa.

Devolvió la atención al frente cuando el gran maestro Le pidió que se adelantara el primer grupo de estudiantes. Todos los alumnos de octavo debían declarar antes de las pruebas finales hacia dónde tenían intención de

destinar su lealtad, y aquellos once habían elegido tomar los votos monásticos. Un erudito del templo del Divino Retorno subió los escalones de la plataforma para recibir el juramento de los monjes. Los once estudiantes se levantaron y se acercaron a la plataforma; se arrodillaron ante los reunidos y recitaron las frases que los ligaban a una vida de servicio religioso, y después tocaron el suelo con la frente, se levantaron y se colocaron detrás de sus compañeros. Los veinticinco estudiantes siguientes se habían comprometido a consagrar sus habilidades de jade a las artes curativas; los llamaron para que prestaran juramento ante un maestro de la Escuela de Medicina Bioenergética, donde proseguirían su formación. Anden se removi6 para desentumecer las piernas mientras un tercer grupo de dieciocho licenciados se presentaba ante el gran maestro Le para entregarse a la honorable profesi6n de ense1ar las disciplinas del jade. A la semana siguiente regresarían a la academia como profesores auxiliares, con la esperanza de llegar a ser maestros alg6n día.

Por último, los alumnos restantes, el gran grupo que había declarado servir lealmente al clan Sin Cumbre, se adelantaron en bloque para prestar juramento. Corrió un murmullo entre espectadores y estudiantes cuando el pedestal del clan recorrió el pasillo central y subió a la plataforma con pasos ágiles. Hilo giró y miró a la multitud reunida. Anden pensó que parecía satisfecho. Cerca de un centenar de huesos verdes nuevos para el clan, casi dos tercios del curso. Algunos se convertirían en hacedores de fortuna, pero casi todos empezarían como dedos bajo el mando de Kehn y los puños.

Todos esperaron a que Hilo empezara a recitar el juramento de los guerreros de jade línea por línea, de modo que los licenciados fueran repitiéndolo tras él. Sin embargo, guardó silencio un buen rato, y la pausa inc6moda se fue alargando. La gente empezó a cruzar miradas de desconcierto. El gran maestro Le carraspeó con impaciencia, pero Hilo negó con la cabeza.

—Gran maestro —dijo sonriendo, en voz bastante alta para que lo oyera el público—, no saboreé bastante este lugar cuando estuve ah6 delante con la túnica negra, así que permítame disfrutar de esta imagen un minuto. Ya no soy alumno, así que ni siquiera puede darme una zurra por hacerle perder el tiempo.

Hubo risas entre el público. «Ahora es verdaderamente el pedestal y todos lo saben —pensó Anden—. Pero sigue siendo él, en su mayor parte».

—Hermanos y hermanas —gritó Hilo—. El pedestal es el señor del clan, pero los pedestales cambian y, aun así, la hermandad sobrevive y continúa. El juramento os lo hacéis unos a otros tanto como a mí, de modo que ¿quién se sabe de memoria el juramento del guerrero huesos verdes y puede guiar a sus compañeros pronunciándolo primero?

Aquella no era la forma en que se suponía que se debía desarrollar la ceremonia, pero ni siquiera el gran maestro Le se atrevió a interferir cuando Lott salió de la fila.

—Yo lo haré, Kaul-jen.

Hilo asintió y le hizo un gesto, indicándole que subiera al estrado. Anden observó con el corazón en un puño mientras Lott ascendía tranquilamente los tres escalones y se arrodillaba ante Hilo, que se inclinó y le dijo algo al oído antes de dar un paso atrás. Anden captó durante un instante la expresión triste y decidida de Lott cuando se llevó a la frente las manos unidas.

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor —empezó con una voz fuerte que cubrió todo el patio. Y las voces de cien compañeros se alzaron y repitieron como un eco: «El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor».

Mientras sus labios se movían repitiendo el juramento que ya había pronunciado dos semanas antes, Anden no podía apartar los ojos de la figura de Lott, arrodillado delante de todo el mundo, con las manos alzadas y la vista baja ante la cálida pero penetrante mirada de Hilo. En su interior se alzó una angustia sorprendida. Estaba seguro de que aquello no era lo que había querido Lott; jamás pretendió seguir los pasos ensangrentados de su padre. Debería ser él, Anden, quien estuviera allí arriba. Los Kaul eran su familia. Ya había demostrado ser digno del jade, y todos se daban cuenta de que era el protegido de Hilo y una nueva fuerza temible dentro del clan. Aun así, estaba afligido por Lott, y horrible e incomprensiblemente agradecido por no estar en la tarima, porque durante un momento largo y surrealista le pareció que Lott era él, que había ocupado su lugar tal como él se había mostrado cuando se arrodilló en el suelo de madera de la sala de entrenamiento de la hacienda Kaul después de la cena de Año Nuevo, y

ahora se miraba a sí mismo a través de los ojos de otra persona y veía sangre, jade y tragedia.

—Por mi honor, mi vida y mi jade —terminó Lott, y tocó el suelo con la frente. Los demás huesos verdes de Sin Cumbre repitieron las palabras y sellaron el juramento.

Al igual que había hecho con Anden, Hilo lo ayudó a levantarse y lo abrazó. Luego le puso una mano en el hombro y le dijo en voz baja algo que Anden no pudo oír. Lott asintió con un seco movimiento de cabeza, bajó de la plataforma y ocupó su lugar en la fila. Hilo unió las manos en un saludo breve y alzó la voz para dirigirse a los nuevos miembros del clan:

—Acepto vuestro juramento. A partir de ahora sois mis hermanos de armas.

—¡Nuestra sangre por el pedestal! —gritó alguien.

Más voces se fueron uniendo mientras Hilo bajaba de la plataforma.

—¡Sin Cumbre! ¡Sin Cumbre!

Anden miró al público intentando descubrir quién había gritado la consigna en primer lugar, pero el gran maestro Le, con mirada desaprobadora, alzó los brazos para pedir silencio. Todos los licenciados y muchos miembros del público se habían educado bajo la estricta dirección del maestro y guardaron silencio instintivamente.

—Ahora —dijo el gran maestro Le con un tono más que reprobador ante aquel espectáculo histriónico del juramento y la reacción del público— debemos entregar a los licenciados el jade que se han ganado por sus años de trabajo duro, disciplina y entrenamiento.

Al fondo del estrado había una mesa con cuatro grupos de cajitas de madera. Todos los ojos se volvieron con ansiedad hacia el maestro Sain cuando cogió una caja del primer montón y la abrió.

—Au Satingya —leyó en el interior de la tapa.

Justo después de que acabaran las pruebas, todos los alumnos de octavo habían entregado las cintas de entrenamiento y el jade que contenían. Ahora les devolverían el jade permanentemente, quizá con más o menos gemas de las que habían entregado según cómo les hubiera ido en los exámenes. Cada montón de la mesa representaba un nivel de destreza en las disciplinas del jade. Au Sati, que subió a la plataforma acompañado de un aplauso cortés,

había ganado una gema de jade, que le entregaron unida a una cadena de metal. El gran maestro Le la sacó de la caja y la pasó sobre la cabeza de Au. Este se convertiría en dedo del rango más bajo, o quizá, si se le daban bien los números, en aprendiz de hacedor de fortuna.

—Goro Gorusoto —dijo el maestro Sain, llamando al siguiente licenciado mientras Au saludaba y bajaba de la plataforma.

El acto prosiguió hasta que se acabó el primer grupo de cajas, y un grupo mayor de licenciados empezó a subir, uno por uno, para recibir dos gemas de jade por cabeza. Para algunos de ellos, el jade que les entregaban aquel día sería el único verde que portarían en la vida. Para otros era tan solo el principio de lo que llegaría después, pues el jade se heredaba en las familias, lo entregaban como recompensa los superiores del clan o, la forma más prestigiosa, se ganaba en duelos y batallas.

Cuando los estudiantes de mayor rango, que habían ganado tres piezas, empezaron a pasar por la plataforma, Anden se puso tan nervioso que casi no podía mirar. Dudo recibió su jade; luego Pau y Ton; todos sonrieron ampliamente en cuanto dejaron atrás al gran maestro y se reunieron al otro lado con sus compañeros. La colección de cajas de la mesa iba menguando. En el último montón solo había una docena aproximadamente, y contenían la recompensa de los mejores estudiantes, los que habían ganado el máximo de cuatro piezas; todo el jade que cabría esperar encontrarse en un dedo veterano o un puño novato, más de lo que la mayoría de los kekoneses y cualquier extranjero podía tolerar con seguridad.

Portar aquel jade debería ser fácil para Anden después de lo que había soportado. Implicaría un subidón con una desorientación momentánea, parecida a la que experimentaba durante los entrenamientos; nada como el poderoso e incapacitante golpe que había sufrido enfrente del Dos Fortunas. Aun así, empezó a sentir los dedos fríos y entumecidos, y se le encogió el estómago con una mezcla de ansia y reticencia visceral. El gran maestro empezó a llamar a los últimos estudiantes, y una ruidosa ronda de aplausos y pataleos recibió a Lott cuando subió a la plataforma e inclinó la cabeza ante el gran maestro. Anden oía a los compañeros cercanos, que ya estaban charlando y felicitándose entre ellos y comentaban cómo iban a colocarse

las gemas, si las llevarían en anillos en los pulgares o en *piercings* en las cejas o en sitios más atrevidos.

Solo quedaba una caja en la mesa.

—Emery Anden —dijo el maestro Sain.

La charla murió cuando se levantó Anden. De repente se sintió como si caminara en sueños, en un estado onírico autoconsciente en el que estaba haciendo algo sin creer que estuviera realmente allí. Las piernas lo llevaron hacia delante; los pies pisaron los escalones, y cuando llegó a la plataforma oyó gritar:

—¡Kaul-jen!

Sonaron aplausos y otras voces corearon a la primera.

—¡Kaul-jen!

Anden se detuvo, creyendo que la multitud vitoreaba a Hilo. Cuando se dio cuenta de que el destinatario era él, el calor se le extendió por todo el rostro. «Están diciendo que soy un Kaul». Un huérfano mestizo como él y lo estaban colocando al lado de Lan, Hilo y Shae. Era el mayor elogio que podía imaginar, y se sentía mortificado. Porque no era cierto; no era como ellos. Cuando el gran maestro Le alzó las cuatro gemas de jade engarzadas en la cadena, Anden retrocedió como si la caja contuviera una araña venenosa.

—No —balbuceó.

El gran maestro Le frunció el ceño y se detuvo.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—No... —Se le hizo un nudo en la garganta—. No quiero portar jade.

En todos los años pasados en la academia jamás había visto al gran maestro tan sorprendido, con las cejas grises convertidas en dos arcos y la expresión paralizada. El maestro Sain y los otros miembros del profesorado cruzaron miradas de estupefacción, pero ninguno parecía saber qué decir. ¿Un licenciado que rechazaba el jade? Eso no había ocurrido jamás.

Anden oyó el silencio conmocionado antes de que empezaran a alzarse los murmullos de incredulidad. No se atrevía a mirar otra cosa que no fueran sus pies; se estaba deshonrando y estaba deshonrando a Hilo y a Shae. Ardiendo de vergüenza, unió las manos temblorosas, las elevó hasta

la frente inclinada en un saludo de profunda disculpa, dio la vuelta y bajó de la plataforma sin decir nada más.

Nunca había visto a Hilo tan lívido de confusión y rabia. El pedestal fue directamente hacia él en cuanto el gran maestro Le llevó la ceremonia de graduación a una conclusión apresurada e incómoda. El grupo de miembros del clan se abrió ante Hilo con rapidez temerosa. La mano de Hilo se cerró como una garra alrededor del bíceps de Anden. Se lo llevó a rastras, alejándose del grupo de licenciados, y rodeó la plataforma hasta quedar a varios metros de las miradas silenciosas de muchos otros. Hizo girar a Anden para tenerlo cara a cara.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Anden intentó contestar, pero cuando abrió la boca no supo qué decir. Le parecía imposible explicar lo que había hecho. La mano de Hilo seguía cerrada en torno a su brazo, y a través de ella, podía sentir que el aura de su primo chirriaba como un enjambre de avispas enfurecidas.

—Lo siento —dijo al fin.

—¿Lo sientes? —Hilo se quedó sin palabras unos instantes—. ¿Qué ocurre, Andy? ¿Qué te ha pasado? Has quedado como un idiota delante del clan, delante de todos tus hermanos huesos verdes. ¡Me has hecho quedar como un idiota a mí!

—No soy como tú, Hilo —estalló Anden lleno de angustia. Todo lo que había temido sobre sí mismo, todas las dudas que había reprimido con el entrenamiento estricto y la fe en el clan, todas las pesadillas que incluían una bañera llena de agua teñida de sangre y los gritos de su madre se habían unido en un único instante y habían parecido salir de la cajita de madera, imponiéndose incluso a la horrible convicción de que estaba echando por tierra todo lo que siempre había deseado—. No soy nadie que deba portar jade, que estuviera destinado siquiera a portar jade. Si empiezo hoy, solo querré más y más, tanto como tenía cuando maté a Gont. Me convertiré en alguien peor que mi madre, la Bruja Loca; sé que será así. Puedo sentirlo en la sangre ahora mismo, digas lo que digas. —Apenas podía respirar lo suficiente para seguir hablando—. Puedes drogarme con sene, con esa

sustancia venenosa que mató a Lan, pero no quiero vivir así. No quiero ser eso en lo que me estás convirtiendo: un..., un...

—Un, ¿qué? —preguntó Hilo, airado—. ¿Un huesos verdes? ¿Un miembro de esta familia?

—Un arma —concluyó Anden en un susurro.

Hilo lo soltó bruscamente y retrocedió un paso. La cara se le retorció en una mezcla desconcertante de emociones; por encima de todo se sentía dolido, los ojos se le abrieron en una profunda sorpresa llena de dolor, como si Anden hubiera desenvainado un cuchillo y le hubiera dado un tajo en la cara. Por detrás de Anden, vio que Shae se acercaba. Kehn y Wen la seguían, pero se detuvieron a unos metros; no querían interrumpir.

El pedestal avanzó un paso y cogió a su primo por los hombros. Anden se encogió, convencido durante un momento de que iba a hacerle daño de verdad, pero Hilo se limitó a hablar con voz forzosamente tranquila.

—Es culpa mía, Andy. —Lo zarandeó para obligarlo a alzar la mirada—. Aquel combate... Fue demasiado, demasiado deprisa. Ir después directamente al hospital debió de ser terrorífico. Te asustaste. La culpa es mía, pero tuve que hacerlo porque te necesitábamos. No podría haberlo conseguido yo solo; no podría haber salvado al clan sin ti. Todavía te necesitamos.

Anden sintió una culpa terrible cuando Hilo añadió, con una voz a medias suplicante y a medias reprobadora:

—Ahora nos has humillado a los dos, pero sé que no era tu intención; no te lo tendré en cuenta. Volvamos con el gran maestro Le, y recoge tu jade de graduación. Has trabajado todos estos años para conseguirlo. Olvidaremos lo que ha pasado y esta vez lo haremos bien, poco a poco. Eres miembro de esta familia. Te has criado para ser un huesos verdes.

Anden sintió que su determinación vacilaba, pero negó enérgicamente con la cabeza.

—Soy demasiado sensible al jade; me hace demasiado poderoso. Me hace disfrutar demasiado cuando mato. —Tragó saliva—. Montaña sabe hasta qué punto soy una amenaza. Si porto jade, Ayt hará cuanto esté en su mano para matarme, y tendré que matar a tanta gente solo para seguir vivo... —Las palabras se le atropellaron en un torrente de desesperación—.

Y cada vez que mate, lo disfrutaré, cada vez más, y ganaré más jade, y ni todo el sene del mundo me ayudará al final. Lo sé.

Hilo extendió las manos.

—¡Montaña lleva años intentando matarme! Vivimos bajo el acoso de la muerte y la locura, pero hacemos lo que debemos. ¡Le hacemos frente! ¿Crees que la última semana me ha resultado más fácil que a ti? Tuve que pasar la abstinencia del jade cuando estaba hecho casi un cadáver, ¡y aun así me levantaba todos los días y me comportaba como el puto pedestal! —Se dio cuenta de que había alzado la voz y se obligó a controlarse con un esfuerzo visible—. Ser poderoso te convierte en objetivo; ser un Kaul te convierte en objetivo, pero un huesos verdes jamás da la espalda a la familia ni al clan. —Apareció una luz temible en sus pupilas dilatadas—. Piensa en lo que estás haciendo, Andy.

Shae apareció de repente junto a ellos. Habló con voz baja pero firme, y su tono arrastraba una corriente de frío reproche que dirigió hacia su hermano.

—Es decisión de Anden, Hilo. Se ha graduado y ha pronunciado el juramento; ya es un hombre.

—¿Y ante quién crees que ha jurado? Es el juramento del clan, dirigido al pedestal. Vivimos y morimos con arreglo a él. Si haces esto, me estarás traicionando, Andy. —Su expresión era terrible—. ¿Cómo puedes decir que te he convertido en un arma? Como si no te quisiera y te tratara como a mi hermano pequeño. Como si para mí no fueras nada más que una herramienta. ¿Cómo puedes decir eso? —Dio un paso atrás; le temblaban los hombros como si le causara un dolor físico contenerse para no matar a su miserable primo en el sitio. De repente, su expresión y su voz se llenaron de un desprecio frío y distante—: Si haces esto, estás fuera de la familia.

—¡Hilo! —siseó Shae. Lo miró como si estuviera a punto de golpearlo—. Para ya.

—Hilo-jen... —rogó Anden. Se había quedado helado.

—Fuera de mi vista —dijo Hilo. Como Anden no se movía, rugió—: ¡Fuera de mi vista! ¡No quiero volver a verte, mestizo ingrato y traidor!

Anden se tambaleó hacia atrás, conmocionado. La intensidad de la furia de Hilo ahogó cualquier palabra que quisiera salirle de la garganta. Se giró

y echó a correr.

Corrió hasta dejar atrás los terrenos de la academia. Se arrancó la túnica de graduación, la tiró y siguió corriendo con los pantalones de traje y la fina camisa, manchándolos de barro mientras atravesaba el bosque de Parque de la Viuda sin rumbo fijo. Corrió hasta que las lágrimas le nublaron la vista y el agotamiento hizo que le ardieran los pulmones y las piernas. Cuando dejó de correr siguió tambaleándose entre los árboles, como si pudiera escapar de lo que había ocurrido, como si pudiera perder en el bosque la vergüenza que sentía.

Cuando llegó a una carretera, se dio cuenta de dónde estaba y echó a correr otra vez. Las puertas del cementerio estaban abiertas en el horario de visitas, y subió jadeando la colina atestada de lápidas sin dejar de sollozar, hasta que se derrumbó ante la tumba de Lan, a los pies del monumento funerario de los Kaul.

—Lo siento —jadeó temblando. El viento le enfrió la camisa empapada de sudor y se la pegó a la piel. Habían empezado a caer gruesas gotas de lluvia que le corrieron por las gafas y le aplastaron el pelo contra la cabeza. La lluvia fue empapando la lápida de mármol verde blanquecino y la oscureció hasta hacerla parecer jade sucio—. Lo siento, Lan.

Se sentó y lloró.

Cuando apareció Shae, unos minutos o unas horas después, llevaba un paraguas negro. Lo sostuvo encima de él y dejó que se le mojase la cabeza mientras contemplaba el lugar de reposo final de la familia.

—Habría estado orgulloso de ti, Anden —dijo convencida—. Siempre estuvo orgulloso de ti.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 57

Perdón

LA carta llegó dos semanas después a la oficina del hombre del tiempo, en la calle del Barco. No tenía remitente, pero Shae supo de quién era en cuanto la cogió y vio en el sobre la densa caligrafía escrita a pluma con tinta de color azul. Se sentó tras la mesa del despacho, jugueteó con las esquinas del sobre rígido, y después lo abrió y leyó.

Queridísima Shae-se:

No puedo expresar lo mucho que lamento haber traicionado tu confianza. Siempre hice lo que ordenó Kaul-jen en cualquier aspecto, y puedo afirmar que sigue siendo así. Supongo que Hilo y tú me estáis buscando, y no espero compasión ni piedad si volvemos a encontrarnos.

Ten cuidado con lo que haces ahora. Puede que Hilo crea que ha ganado, pero no es fácil empujar una Montaña al mar. No puedo hacer nada para cambiar el destino de tu hermano ni del pobre Anden, pero me duele el corazón cuando pienso que pudiera pasarte algo malo. De modo que considera esto un sincero aviso de tu tío, que te quiere: idea un plan para escapar de Kekon rápidamente y por tu cuenta. Guarda algo de dinero en lugar seguro y usa tus contactos espenios, de forma que no lo sepa nadie del clan. Un buen hombre del tiempo siempre está leyendo las nubes.

Con profundo pesar,

YUN DORUPON

Shae giró la silla lentamente y contempló la ciudad a sus pies. El calor de la primavera colgaba en la fina nube de contaminación sobre el

murmullo uniforme del tráfico de la autopista y los sonidos del puerto. El aparato de aire acondicionado del despacho de Shae soplabá con un petardeo ruidoso. De repente se sintió muy consciente de sí misma, de la carne y la sangre, del aliento y el aura que confirmaban su ser físico, que estaba allí sentado en el despacho que había pertenecido tanto tiempo al hombre que había escrito la carta que tenía en las manos.

Su familia y ella seguían con vida un día que, hacía apenas unas semanas, pensaba que ya habrían muerto. Sin Cumbre había sufrido y seguía sufriendo, pero se mantenía con tenacidad, como se habían mantenido los huesos verdes y sus costumbres durante cientos de años. Volvió a leer la carta; luego acercó un mechero a una esquina y la miró arder en el cenicero. «No pienso huir, Doru; esta vez no. Y voy a por ti».

El servicio de almuerzo del díaséptimo en el Dos Fortunas no era tan animado como en el pasado, pero con las Dársenas de nuevo bajo control de Sin Cumbre y con la violencia en las calles aplacada, la clientela empezaba a volver al popular restaurante del puerto. Hilo y Shae estaban sentados frente a frente en una mesa fija separada de los demás comensales. La silla de ruedas de Kaul Sen estaba en un extremo. Kyanla, sentada junto al anciano, le colocó la servilleta en el regazo. Wen no había podido ir con ellos aquella mañana; cuando no estaba viajando a causa de su nuevo trabajo asistía a clases de espenio varias veces por semana en la Universidad Pública de Yanlún.

Shae echó unas cuantas salchichas y verduras salteadas al plato del abuelo, sentado a su lado. El anciano murmuró algo parecido a un agradecimiento y le dio unas palmaditas en la mano. Aquellos eran los momentos que Shae buscaba ahora: los pequeños detalles. Recuerdos del patriarca de la familia al que había admirado y amado, del hombre que había insistido en que ella no era menos huesos verdes que sus hermanos. Los escasos fragmentos de lucidez que le quedaban podían ser tan breves e ilusorios como la paz aparente en la ciudad de Yanlún, pero los apreciaba aún más por lo frágiles que eran.

Montaña se había replegado y estaba concentrando sus defensas en Parque Verano, Punta de Lanza y otros distritos del sur que eran el núcleo de sus territorios. Se rumoreaba que Ayt Mada había nombrado otro cuerno. No era Waun Balu, el puño primero de Gont, como Hilo y casi todo el mundo habían esperado. Ayt había acudido a la escuela del templo Wie Lon, a las afueras de Yanlún, y había reclutado a Nau Suen, uno de los antiguos guerreros de su padre. Nau había pasado los dos últimos años llevando una vida apacible como instructor veterano en Wie Lon; una recompensa del clan, se sospechaba en general, por haber dado un apoyo completo y enérgico al ascenso de Ayt Mada al puesto de pedestal, apoyo que incluyó degollar a Ayt Eodo con entusiasmo encomiable. Se decía que era un maestro de la Percepción.

Shae volvió a intentar disfrutar la comida y apartar la guerra de sus pensamientos durante un rato. Al otro lado de la mesa, frente a ella, Hilo hurgaba en su plato de bolas de calamar crujientes.

—Esto hace que todo valga la pena —dijo con una sonrisa que le curvó los labios pero no le llegó a los ojos. Estaba intentando mostrarse animado, pero Shae no se dejaba engañar. Gont y sus hombres lo habían dejado al borde de la muerte, y después de todas las semanas que habían pasado seguía viendo asiduamente al doctor Truw y se cansaba con facilidad por las heridas sufridas. Pero esa no era la causa de la angustia de su hermano; llevaba encima una capa de dolor, un rencor huraño que salía a la luz frecuentemente en forma de ira o inseguridad. Había salvado al clan, pero había perdido otro hermano.

—Deberías perdonarlo —dijo Shae—. Incluso aunque él no pueda perdonarte a ti todavía. —Consideró la ironía de que aquellas palabras salieran de su boca. Hubo un tiempo en que estuvo segura de que jamás querría volver a ver a Hilo ni dirigirle la palabra, y allí estaban. Pedestal y hombre del tiempo del clan.

No había conseguido que Hilo se diera por enterado de ninguno de sus comentarios sobre Anden; en efecto, no la miró ni respondió a aquel último intento. Shae seguiría intentándolo; aún era pronto. Lan le había dicho que después de que ella se marchase a Espenia, Hilo se había pasado seis meses sin mencionarla.

—¿No quieres saber dónde está? ¿Si está a salvo? —Ya se había ocupado ella de eso.

—No —dijo Hilo.

Cualquier respuesta era un progreso; no siguió presionando. Después de dejar a su primo, desolado pero más tranquilo, en la playa de al lado de la casa de su madre, Shae había hablado con Wen, que a su vez había hablado con Kehn, y este había enviado discretamente a Marenia a dos guardianes de confianza.

El señor Une se acercó a la mesa con amaneramiento, medio inclinado y arrastrando los pies. Tenía vendado el lado izquierdo de la cabeza, cubriendo un grueso parche de gasa. Llevaba una cajita de madera negra y le tensaba la cara una sonrisa forzada que no hacía mucho por disimular su nerviosismo.

—Kaul-jens —dijo—, ¿es todo de su gusto?

Hilo disipó su aire abatido y le dirigió una sonrisa expectante.

—Señor Une, ya sabe cuánto me alegra estar de vuelta en uno de mis sitios favoritos.

El propietario del Dos Fortunas se ruborizó y se inclinó profundamente mientras dejaba la cajita cerrada delante de Hilo como si se tratara de un plato especial, salvo que contenía su oreja izquierda. Imploraba piedad al pedestal del clan por haberse pasado a Montaña.

—Espero poder seguir sirviéndole, Kaul-jen —dijo con voz temblorosa. Se enjugó la frente mientras se inclinaba también hacia Shae y Kaul Sen, incluyéndolos en el ruego.

Hilo puso la mano encima de la caja y la apartó. El señor Une se estremeció visiblemente de alivio; al tocar la caja, el pedestal indicaba que la aceptaba.

—Todo está perdonado, amigo mío —dijo Hilo—. Hay veces que hasta los hombres más leales y devotos cometen errores cuando se ven obligados a tomar decisiones en circunstancias extremas.

—Cierto, Kaul-jen —coincidió el señor Une sin reservas; unió las manos y se tocó la frente repetidas veces mientras se retiraba—. Muy cierto, de verdad.

Shae se dio cuenta de que Kaul Sen empezaba a cabecear.

—Kyanla, lleva al abuelo a casa. Hilo y yo iremos más tarde.

Kyanla le limpió la boca con una servilleta y lo apartó de la mesa. La gente guardó silencio unos instantes mientras la silla de ruedas cruzaba el comedor. Algunos se llevaron las manos unidas a la frente en un saludo respetuoso a la anciana Antorcha. Cuando Kaul Sen y su cuidadora se hubieron marchado, varias personas se levantaron a la vez y se acercaron a Hilo y Shae.

—Kaul-jens, vivimos cerca del Dos Fortunas y es nuestro restaurante favorito, pero jamás vinimos aquí mientras estuvo en manos de esos perros —dijo el señor Ake, padre de dos dedos del clan—. Nos alivia profundamente que vuelva a haber paz en el barrio.

Una pareja, el señor y la señora Kino, a quien Shae reconoció como hacedores de fortuna de su oficina, le deslizó un sobre bajo el plato.

—Para ayudar al señor Une a pagar el tributo de este mes —explicaron—. Sabemos que el clan le echará una mano con los daños de las ventanas y la moqueta.

Una corriente de alivio palpable empezó a circular por el comedor. Los ventiladores del techo agitaban el aire bochornoso procedente del puerto, donde patrullaban Kehn y sus hombres. Los parroquianos del Dos Fortunas se habían fijado en la cabeza vendada del propietario y ahora veían la cajita al lado de Hilo, encima de la mesa, y se tranquilizaron al comprobar que el pedestal era misericordioso y renovaba su apoyo al establecimiento. Con la confianza de los linternas reforzada y los ingresos del jade vendido a los espenios, Shae se permitió un discreto instante de optimismo. Quizá la visión implacable de Ayt, un clan que dominara todo Yanlún, llegara a hacerse realidad, pero Shae se juró que no sería de la forma que deseaba la pedestal de Montaña.

Hilo aceptó los respetos con algo que se parecía a su buen humor habitual. Luego dijo:

—Por favor, vayan a disfrutar de la comida. Mi hermana y yo tenemos que hablar de negocios.

La cola improvisada de leales se dispersó y todos volvieron a sus mesas. El pedestal y el hombre del tiempo se quedaron a solas, y acabaron de comer mientras hablaban de asuntos del clan.

EPÍLOGO

Siempre había oportunidades

LA primera vez que Bero fue a la tumba, ante ella había un joven que se quedó allí mucho tiempo. Pero la segunda vez que se coló en el cementerio con Mudt era de noche, y la lóbrega colina estaba vacía. Encontró el lugar con facilidad. Debido a los problemas de espacio, la mayoría de los kekoneses incineraba a sus muertos y enterraba las cenizas. Pocas familias se podían permitir parcelas funerarias y grandes monumentos de mármol.

Habían enterrado a Kaul Lanshinwan al lado de su padre, el héroe de guerra. Había ramos de flores primaverales, escudillas de colorida fruta encerada y varillas de incienso quemadas en pequeños cuencos llenos de arena que habían depositado los fieles del clan al pie de la lápida. Bajo el nombre y las fechas grabadas en el mármol había dos líneas:

AMADO HIJO Y HERMANO

PEDESTAL DE SU CLAN

Con un gesto violento, Mudt escupió en la tumba y fue a dar una patada a los objetos que había en el suelo. Bero tiró de él hacia atrás.

—No seas idiota —siseó—. ¿Quieres que empiecen a montar guardia en este sitio?

El muchacho se soltó del agarre de Bero, pero no volvió a intentar romper nada. Se metió las manos en los bolsillos y pasó la mirada por el cementerio con incomodidad taciturna. Al fin y al cabo, el saqueo de tumbas se castigaba con la muerte.

Bero se agachó y pasó las manos por la base del monumento. Apoyó las palmas en la hierba y puso la mejilla tan cerca del suelo que pudo oler la tierra húmeda. Un par de metros más abajo yacía el cadáver del hombre que había matado, y estaba seguro de que lo habían enterrado con el jade. Jade que le pertenecía por derecho. Ahora que había puesto a salvo todo el alijo de sene y que la guerra de clanes estaba en punto muerto y Yanlún parecía haber recuperado casi del todo la normalidad, podía pensar en cómo dar otro vuelco a su suerte.

Siempre había oportunidades en aquella ciudad.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Desde su concepción, *Ciudad de Jade* fue un proyecto apasionado, tan ambicioso que a veces desesperé de poder hacerle justicia. Confié contra toda probabilidad en que mis capacidades estuvieran a la altura de la tarea de dar vida en el papel a lo que estaba tan claro en mi imaginación. Si he tenido éxito con este libro que tienes en las manos, se debe en no poca medida al apoyo que he recibido por el camino.

Después de leer el borrador de esta novela, mi agente, Jim McCarthy, no solo me exigió que siguiera adelante, sino que me hizo unos comentarios tan perspicaces y útiles que le escribí: «Tienes toda la razón en todo. Espero poder sacarlo adelante». Lo conseguimos. Gracias de nuevo, Jim.

No podría pedir un adalid mejor para *Ciudad de Jade* que Sarah Guan, de Orbit. Supe que estaba en buenas manos cuando descubrí que Sarah no solo captó el libro de inmediato, sino que se metió en la deliciosa madriguera de ratas de dar forma a los personajes conmigo. Soy extremadamente afortunada por tener una correctora tan entusiasta y perspicaz guiando y puliendo mi trabajo.

Gracias también a Tim Holman y a Anne Clarke por llevar esta serie a la familia Orbit; a mi correctora británica, Jenni Hill, por llevar *Ciudad de Jade* al otro lado del charco y por todas partes; a Alex Lencicki, Ellen Wright y Laura Fitzgerald por levantar una tormenta de *marketing* y publicidad; a Lauren Panepinto y Lisa Marie Pompilio por dar al libro un aspecto fantástico; a Gleni Bartels por prestar atención a cada detalle de la producción, y a Kelley Frodel por su vista de lince en la corrección de galeras. Tim Paul cogió mis toscos esquemas de Kekon y Yanlún y los convirtió en unos mapas preciosos. Estoy segura de que olvido a otros que merecían mención; gracias a todos.

No hay sustituto para los lectores beta fiables. Curtis Chen, Vanessa MacLellan, Carolyn O'Doherty y Sonja Thomas me proporcionaron la explosión cerebral necesaria para revisar este libro y convertirlo en lo que debía ser. A mis compañeros de Viable Paradise XVIII: gracias por todo el apoyo y las condolencias en Slack, y un saludo extra para todos los que leyeron y criticaron los primeros capítulos del manuscrito en sus comienzos: Amanda Helms, Annaka Kalton, Renee Melton, Benjamin C. Kinney, Steve Rodgers, Shveta Thakkar y especialmente Jesse Stewart, quien me dijo varias veces en términos inequívocos que acabase el libro.

Estoy agradecida a Elizabeth Bear, Tina Connolly, Kate Elliot, Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Scott Lynch y Fran Wilde por su apoyo y consejo en diversas ocasiones. A mis amigos escritores que se reúnen a comer, se ven personalmente en las convenciones o se mantienen en contacto online: seguís inspirándome y motivándome. Me sigue emocionando ver mis libros en los estantes de las librerías, y me siento especialmente agradecida a Powell's, en Portland, y a University Bookstore, en Seattle, por alojar mis presentaciones.

Ciudad de Jade es en gran medida una mezcla de influencias orientales y occidentales; mi padre tiene el mérito de haberme mostrado los dos tipos. No recuerdo exactamente cuándo me convertí en aficionada de por vida a las sagas de gángsters y las películas de kung fu, pero estoy segura de que tuvo parte en ello. Debo extender mi agradecimiento constante a mi marido, Nathan, que acepta voluntaria y peligrosamente ser un crítico duro o un hombre comprensivo cada vez que lo necesito. Por último, dedico este libro a mi hermano, Arden, el mejor hermano que podía pedir. Nos llevamos mucho mejor que Hilo y Shae.

Y mi agradecimiento más profundo a vosotros, mis lectores.

OceanofPDF.com



FONDA LEE (Calgary, Alberta, Canadá, 1979 -). Autora de ciencia ficción y fantasía para adultos y jóvenes lectores. *Ciudad de Jade*, la primera entrega de la *Saga de los huesos verdes*, ganó el World Fantasy Award a mejor novela en 2018 y fue finalista a los premios Nebula y Locus. Fonda ganó el premio Aurora, el premio nacional de Canadá de novela de ciencia ficción y fantasía dos veces en el mismo año a mejor novela y mejor novela de LIJ. Fonda es una ex estratega corporativa, cinturón negro en artes marciales y aficionada a las películas de acción. Vive en Portland, Oregón.

OceanofPDF.com